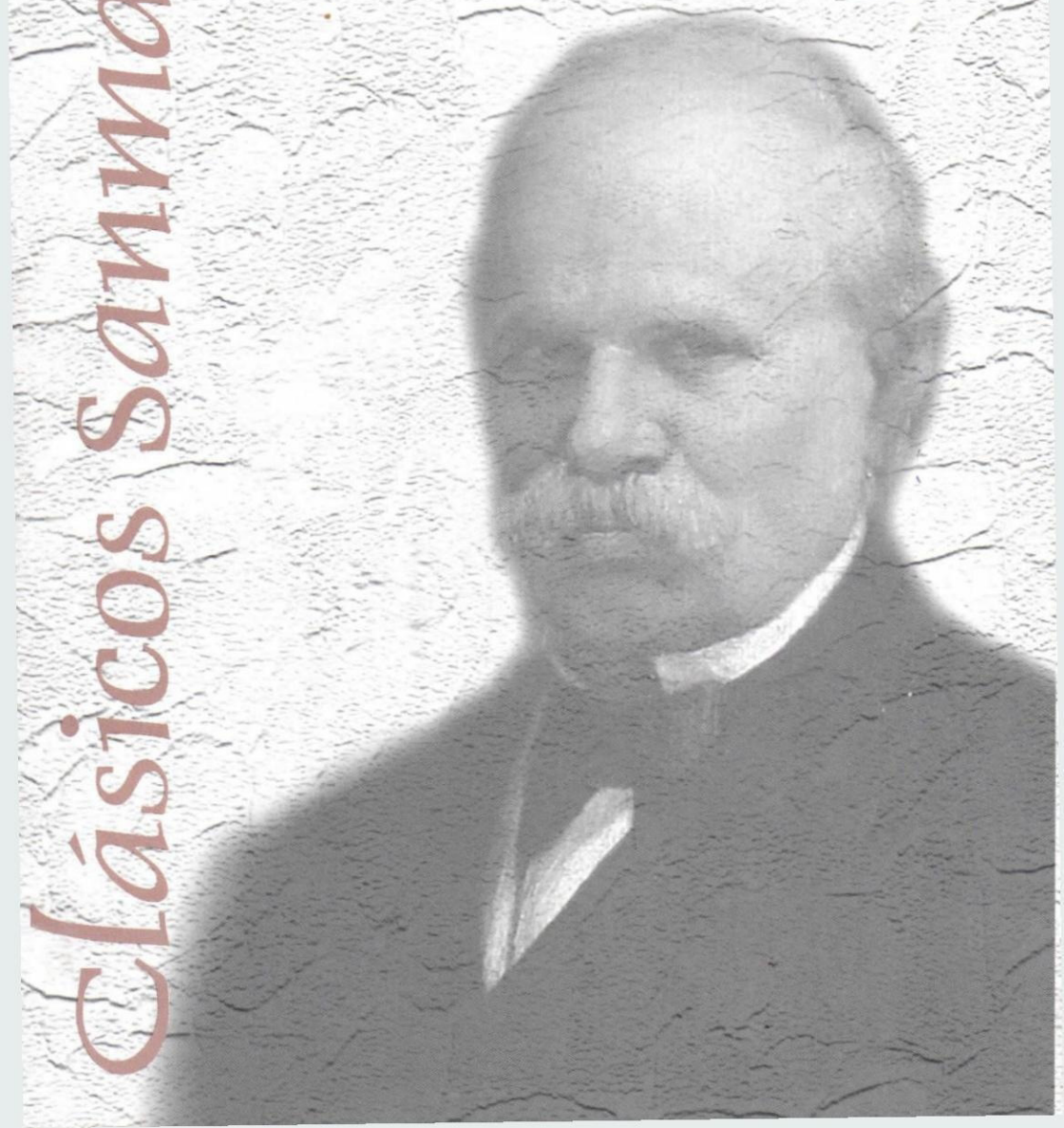
Clásicos Sanmarquinos

Sebastián Lorente

Escritos fundacionales de historia peruana

Compilación y estudio introductorio:
Mark Thurner



SERIE CLÁSICOS SANMARQUINOS

ESCRITOS FUNDACIONALES DE HISTORIA PERUANA

UNIVERSIDAD NACIONAL
MAYOR DE SAN MARCOS
– Fundada en 1551 –

Dr. Juan Manuel Burga Díaz
Rector

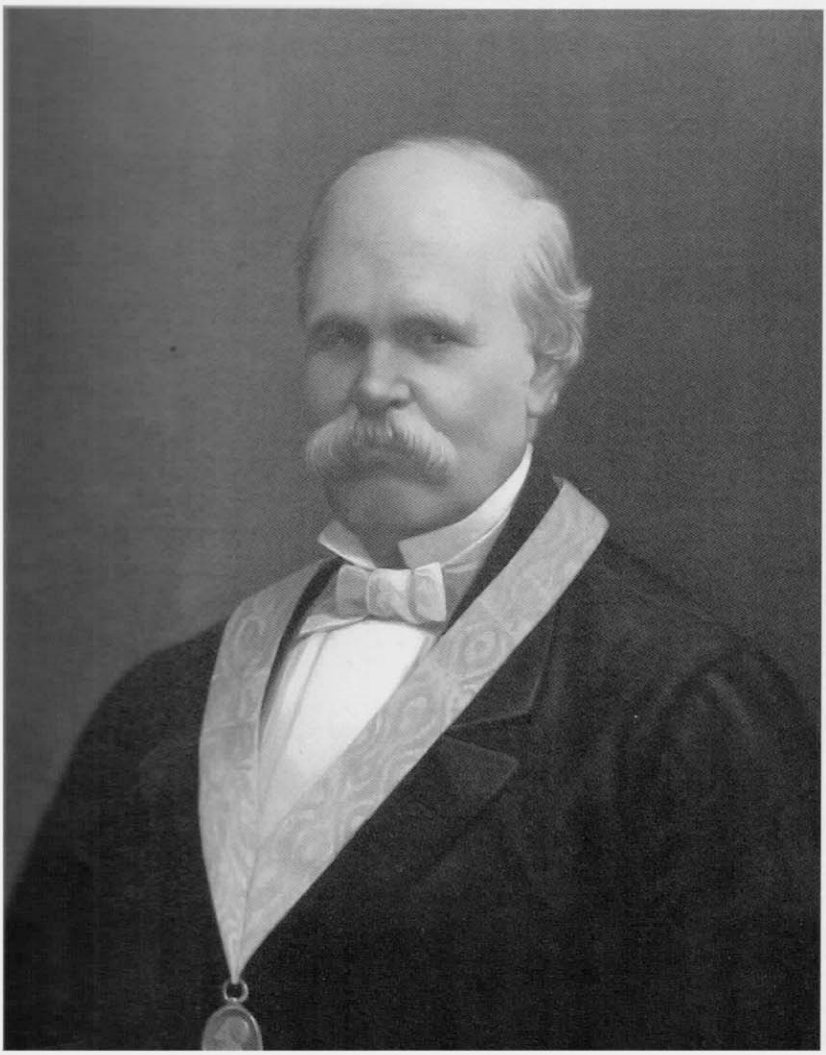
Dr. Raúl Izaguirre Maguiña
Vicerrector Académico

Dra. Beatriz Herrera García
Vicerrectora Administrativa

CORPORACIÓN FINANCIERA
DE DESARROLLO
– COFIDE –

Daniel Schydlowsky Rosenberg
Presidente

Carlos Otero Bonicelli
Gerente General



SEBASTIÁN LORENTE
(MURCIA,1813 - LIMA, 1884)

Sebastián Lorente

Escritos fundacionales de historia peruana

Historia del Perú compendiada para uso de los colegios y de las personas ilustradas
[1876]

■

Historia de la civilización peruana
[1879]

■

Compilación y estudio introductorio
Mark Thurner

CORPORACIÓN FINANCIERA DE DESARROLLO
COFIDE
CORPORACIÓN FINANCIERA DE DESARROLLO

FONDO EDITORIAL
UNIVERSIDAD NACIONAL
MAYOR DE SAN MARCOS

ISBN: 9972-46-275-7
Hecho el Depósito Legal: 1501162005-1944
Primera edición: Lima, marzo de 2005.

© COFIDE
© Fondo Editorial de la UNMSM
Tiraje: 700 ejemplares

Agradecemos a la Biblioteca Central de la UNMSM
por habernos proporcionado las ediciones base de la presente.

Fotografía de sobrecubierta: Anónimo, *Retrato de Sebastián Lorente. c 1880-1884.*
Óleo sobre lienzo. Colección familia Lorente.
Fotografía de Interior: Louis Boudat. *Retrato de Sebastián Lorente.* 1885
Óleo sobre lienzo. Museo de Arte CCSM.

Centro de Producción Fondo Editorial
Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Calle Germán Amézaga s/n Pabellón de la Biblioteca Central -
4.° piso - Ciudad Universitaria, Lima-Perú
Correo electrónico: fondoedit@unmsm.edu.pe
Página web: http://www.unmsm.edu.pe/fondoeditorial/

La universidad es lo que publica
Director / José Carlos Ballón Vargas

—Producción—
Editor / Odín R. Del Pozo O.
Diagramador / Gino Becerra Flores

—Ventas y Distribución—
Edwin Matos Araujo
619-7000 (anexo 7530)

—Administración—
Erminia Pérez Vásquez
619-7000 (anexo 7529)

Impreso por Didi de Arteta S.A.C.
Domingo Casanova 458 - Lince

Contenido

Una historia peruana para el pueblo peruano. De la genealogía fundacional de Sebastián Lorente, *por Mark Thurner* 15

HISTORIA DEL PERÚ COMPENDIADA PARA EL USO DE LOS COLEGIOS Y DE LAS PERSONAS ILUSTRADAS [1876]

Historia del Perú. Nociones preliminares

Caracteres de la civilización peruana, p. 79. — Importancia de su historia, p. 79. — Método histórico, p. 80. — Principales épocas, p. 80. — Fuentes históricas, p. 81. — Escritores principales que pueden consultarse, p. 82.

Época de los Curacas

I. Primeros habitantes del Perú 83

Antigüedad de los peruanos, p. 83 —Origen de los peruanos, p. 83 —Variedad de inmigraciones, p. 84 —Principales tribus, p. 84.

II. Civilización primitiva 84

Monumentos anteriores a los incas, p. 84 —Cultura física, p. 85 —Jeroglíficos, p. 85 —Religión, p. 85 —Gobierno, p. 86 —Focos de civilización, p. 86.

Época de los Incas

I. El Imperio de los Incas 87

Extensión del imperio, p. 87 —Población, p. 87 —Monumentos de los incas, p. 88 — Vicisitudes del imperio, p. 88 —Número de incas, p. 89.

II. Hechos de los Incas 90

Manco-Capac, p. 90 —Sinchi-Roca, p. 90 —Lloque-Yupanqui, p. 90 —Maita-Capac, p. 91 —Capac-Yupanqui, p. 91 —Inca-Roca, p. 91 —Yahuar-Huaca, p. 92 — Viracocha, p. 92 —Pachacutec, p. 93 —Inca-Yupanqui, p. 94 —Huaina-Capac, p. 94 —Huascar y Atahualpa, p. 95

III. Civilización del Perú bajo los Incas 96

Sistema de gobierno, p. 96 —Jerarquía social, p. 96 —Legislación, p. 97 —Administración, p. 98 —Conquistas, p. 99 —Religión, p. 99 —Instrucción, p. 101 —Industria, p. 102 —Usos generales, p. 103.

Época de la Conquista

I. Descubrimiento del Perú (1511-1528) 105

Vasco Núñez de Balboa, p. 105 —Pascual de Andagoya, p. 105 —Primera expedición de Pizarro y Almagro, p. 106 —Segunda expedición de Pizarro y Almagro, p. 106 —Aventuras de Pizarro en las costas del Perú, p. 108.

II. Establecimiento de la dominación española (1529-1537) 108

Preparativos para la conquista, p. 108 —Aventuras de los invasores en la costa, p. 109 — Marcha de los invasores a Cajamarca, p. 110 —Captura de Atahualpa, p. 112 — El rescate de Atahualpa, p. 113 — El proceso de Atahualpa 114 — Anarquía, p. 115 —Alianzas y combates de los conquistadores con los indios, p. 116 — Expedición de Pedro de Alvarado, p. 117 —Colonización del Perú, p. 118 —Primeras alteraciones, p. 119 — Sitio del Cuzco, p. 120 —Lucha con el Marqués, p. 121.

III. Guerra entre los conquistadores (1537-1542) 122

Triunfos de Almagro, p. 122 —Negociaciones, p. 123 —Persecusión de Almagro, p. 123 —Gobierno de Pizarro, p. 124 —Asesinato de Pizarro, p. 126 — Guerra entre Vaca de Castro y los almagristas, p. 127 —Consumación de la conquista, p. 128.

Época del Virreinato

I. Sucesión de gobiernos (1533-1824) 129

Reyes, p. 129 —Virreyes, p. 129.

II. Carlos V (1542-1556) 131

Establecimiento del virreinato, p. 131 —Guerra entre el virrey y Gonzalo Pizarro, p. 132 —Administración de Gonzalo Pizarro, p. 135 — Negociaciones del presidente Gasca, p. 136 —Caída de Gonzalo Pizarro, p. 136 —Administración de Gasca, p. 139 —La audiencia y don Antonio de Mendoza, p. 140 —Movimientos en los Charcas, p. 141 —Insurrección de Francisco Girón, p. 142.

III. Felipe II (1556-1598) 143

Don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, p. 143 —Don Diego de Acevedo y Zúñiga, conde de Nieva, p. —La audiencia y el licenciado don Lope García de Castro, p. 145 — Don Francisco de Toledo, p. 145 —Don Martín Enríquez, p. 148 —La audiencia, p. 148 —Don Fernando de Torres y Portugal, conde del Villar Don Pardo, p. 148 —Don García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, p. 149 — Organización del virreinato, p. 151.

IV. Felipe III (1598-1621) 152

Don Luis de Velasco, p. 152 —Don Gaspar de Zúñiga y Acevedo, conde de Monterrey y la audiencia, p. 153 —Don Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montes Claros, p. 155 —Don Francisco de Borja y Aragón, príncipe de Esquilache, p. 157.

v. Felipe IV (1621-1665) 159

La audiencia, p. 159 —Don diego Fernández de Córdova, marqués de Guadalcázar, p. 160 —Don Luis Fernández de Cabrera, conde de Chinchón, p. 161 —Don Pedro de Toledo y Leiva, marques de Mancera, p. 163 —Don García Sarmiento, conde de Salvatierra, p. 164 —Don Luis Enríquez de Guzmán, conde de Alva de Aliste, p. 165 —Don Diego de Benavides, conde de Santisteban, p. 167.

VI. Carlos II (1665-1700) 168

La audiencia, p. 168 —Don Pedro Fernández de Castro, conde de Lemos, p. 169 — La audiencia, p. 169 —Don Baltazar de la Cueva, conde de Castellar, p. 170 —Don Melchor de Liñán y Cisneros, arzobispo de Lima, p. 171 — Don Melchor de Navarra y Rocafull, duque de la Palata, p. 172 —Don Melchor Portocarrero, conde de la Monclova, p. 174.

VII. Felipe II (1700-1746) 175

Advenimiento de los Borbones, p. 175 —Don Manuel Oms de Semanat, marqués de Castel-dos-Rius, p. 176 —Don Diego Guevara, obispo de Quito, p. 177 —Don Carmine Nicolás Caracciolo, príncipe de Santo Bono, p. 178 —Don Diego Morcillo y Auñón, arzobispo de Lima, p. 178 —Don José Armendáriz, marqués de Castelfuerte, p. 179 —Don Juan Antonio de Mendoza, marqués de Villagarcía, p. 181.

VIII. Fernando VI (1746-1759) 183

Don José Antonio de Velasco, conde de Superunda, p. 183.

IX. Carlos III (1759-1788) 185

Principios de este reinado, p. 185 —Don Manuel Amat, p. 186 —Don Manuel de Guirior, p. 187 —Don Joaquín Jáuregui, p. 189 —Revolución de Tupac-Amaru, p. 189 —Don Teodoro de Croix, p. 192.

X. Carlos IV (1778-1808) 193

Don Francisco Gil de Taboada y Lemos, p. 193 —Don Ambrosio O'Higgins, conde de Ballenar y Osorno, p. 195 —El marqués de Avilés, p. 195. — Don Fernando Abascal, p. 196.

XI. Fernando VII (1808-1824) 196

Don Fernando Abascal, p. 196 —Don José Joaquín de la Pezuela, p. 197 —Don José La Serna, p. 198

XII. Civilización colonial 198

Idea del virreinato, p. 198 —Sociedad colonial, p. 199 —Sistema de gobierno, p. 200 — Gobierno eclesiástico, p. 202 —Gobierno civil, p. 203 —Estado militar, p. 206 — Hacienda, p. 207 —Mejoras materiales, p. 208 —Progreso moral, p. 211.

Época de la Emancipación

I. Primeras tentativas de independencia (1805-1818) 215

Causas de la Emancipación, p. 215 —Movimientos secretos, p. 216 —Primeros levantamientos, p. 218 —Revolución de Pumacahua, p. 219 —Progresos de la opinión liberal, p. 220.

II. Expedición libertadora 221

Expediciones de lord Cochrane, p. 221 —Primeras operaciones de los libertadores, p. 223 —Revolución de los realistas, p. 224 —Jura de la Independencia, p. 225.

III. Protectorado de San Martín (1821-1822) 226

Establecimiento del Protectorado, p. 226 —Administración de San Martín, p. 229 —Supremo delegado, p. 231 —Fin del Protectorado, p. 233.

IV. Congreso Constituyente (1822-1824) 233

Idea del Congreso, p. 233 —Junta gubernativa, p. 234 —Presidencia de Riva-Agüero, p. 236 —Presidencia de Torre-Tagle, p. 239.

V. Dictadura de Bolívar (1824-1826) 241

La situación, p. 241 —Campaña de Junín, p. 242 —Campaña de Ayacucho, p. 244 —Consumación de la Independencia, p. 246.

Época de la República

I. Gobiernos del Perú independiente (1821-1866) 249

Jefes reconocidos, p. 250 —Gobiernos interinos, p. 250 —Jefes no reconocidos, p. 250 —Legislaturas, p. 250 —Constituciones, p. 250.

II. Vicisitudes de la República 250

Fundación de la República, p. 250 —Gobierno del Libertador, p. 251 —Presidencia de La Mar, p. 253 —Presidencia de Gamarra, p. 256 —Presidencia de Orbegoso, p. 258 —Dictadura de Salaverry, p. 260 —Confederación, p. 261 —Restauración, p. 264 —Directorio, p. 266 —Presidencia de Castilla, p. 268 —Presidencia de Echenique, p. 270 —Nuevo período de Castilla, p. 272 —Período de San Román, p. 274 —Dictadura de Prado, p. 276.

III. Progresos del Perú independiente 278

Obstáculos para el progreso, p. 278 —Administración, p. 279 —Transformación social, p. 280 —Mejoras materiales, p. 281 —Progreso moral, p. 282.

Historia de la civilización peruana [1879]

Introducción

I. Interés de la civilización peruana 293

Sus atractivos, p. 293 —Su antigüedad, p. 293 —Sus variadas formas, p. 294 —Su grandioso desarrollo, p. 295 —Sus violentos contrastes, p. 295 —Importancia de su estudio, p. 296.

II. Relaciones entre la civilización y el territorio del Perú 298
Influencia del medio social, p. 298 —Posición y extensión del Perú, p. 299 —Aspectos del Perú, p. 300 —La costa, p. 300 —La sierra, p. 301 —La montaña, p. 303 — Opulecia del Perú, p. 304 —Riqueza mineral, p. 305 —Riqueza vegetal, p. 306 — Riqueza animal, p. 307 —Desarrollo del hombre en el Perú, p. 308.
III. Estudio metódico de la civilización peruana 311
Método histórico, p. 311 —Aplicación de la filosofía a la historia, p. 312 —Fuentes históricas, p. 313 — Fases de la civilización peruana, p. 314.

Civilización primitiva

I. Razas indias 319
Influencia de la raza en la cultura nacional, p. 139 —Antigüedad de los peruanos, p. 320 —Sus primeros padres, p. 322 —Su parentesco con diversas naciones, p. 325 — Pluralidad de razas, p. 329 —Carácter de los indios, p. 332.
II. Primeras divisiones del Perú 335
Diseminación de los antiguos peruanos, p. 335 —Costeños, p. 337 —Serranos, p. 339 —Salvajes, p. 34.
III. Principios de la cultura peruana 347
Relaciones entre las tribus, p. 347 —Gobierno, p. 349 —Religión, p. 351 —Costumbres, p. 358 —Artes, p. 362.
IV. Antigüedades primitivas del Perú 369
Primeras impresiones, p. 369 —Restos humanos, p. 372 —Monumentos primitivos, p. 375 —Pequeños artefactos, p. 386 —Jeroglíficos, p. 390 —Conclusiones arqueológicas, p. 392.

Civilización de los incas

I. Crítica histórica 397
Elementos para la historia de los incas, p. 397 —Primeros historiadores de los incas, p. 403 —El progreso histórico durante el coloniaje, p. 408 —Estado de la historia incáica después de la Emancipación, p. 413.
II. Sucesión de los incas 417
Número de monarcas, p. 417 —Duración de la monarquía, p. 422 —Origen de los incas, p. 422 —Principios del imperio, p. 428 —Grandes conquistas, p. 436 —Caída de los incas, p. 448.
III. Gobierno de los incas 453
Sistema de gobierno, p. 453 —El inca, p. 455 —Los nobles, p. 458 —Las comunidades, p. 461 —La división de los bienes, p. 462 —Organización del trabajo, p. 465 — Gobierno interior, p. 467 —Conquistas, p. 475.
IV. Religión de los incas 481

Objetos de adoración, p. 481 —Personal del culto, p. 485 —Fiestas y sacrificios, p. 487 —Vaticinios y prodigios, p. 493 —Analogías religiosas, p. 495

v. Cultura moral y física 499

Educación, p. 499 —Instrucción, p. 503 —Bellas artes, p. 508 —Moralidad, p. 514 —Industria, p. 519 —Adelantos materiales, p. 524

vi. Descripción del imperio 529

Idea general, p. 529 —El Cuzco, p. 533 —Antisuyo, p. 539 —Collasuyo, p. 542 —Cuntisuyo, p. 547 —Chinchasuyo, p. 550 —Vías de comunicación, p. 563.

Una historia peruana para el pueblo peruano. De la genealogía fundacional de Sebastián Lorente

Mark Thurner[1]

> «La historia», dice un autor que no recordamos, «es el libro de los reyes; pero es preciso que esté escrito por hombres libres y amigos de la verdad.» Este autor debió ser cortesano; porque si no, hubiera dicho: «La historia es un maestro de escuela que enseña a leer a las sociedades modernas en el libro en que aprendieron a deletrear las antiguas.»
> Juan ESPINOSA, *Diccionario para el pueblo* (1855)

> Desde 1789 hasta nuestros días, por la violencia y repetición de los trastornos políticos, puede decirse que nos hallamos en la edad de las revoluciones. No obstante la inestabilidad de las instituciones y entre los frecuentes cambios de gobierno, se deja sentir más y más la dominación del gran número; si no todo se hace por el pueblo, se procura manifestar que todo es para el pueblo.
> Sebastián LORENTE, *Compendio de historia contemporánea* (1876a)

Jacques Ranciere sostiene en *Los nombres de la historia*, su brillante meditación sobre Jules Michelet y la historiografia francesa, que la tarea del historiador en la edad republicana y democrática se presenta como un «contrato» trinitario a la vez político, científico y literario (RANCIERE 1994). Sin querer «comparar» a Michelet con Lorente, sostendremos que cumplió el mismo papel fundacional: narrar la nación como gesto civilizador del pueblo en el benigno suelo patrio, desde sus primitivos orígenes o «germen» hasta su destino providencial, cuya expresión eterna es un «espíritu nacional» y «comunal» con nombre propio de «peruana».

Partiendo del análisis de Ranciere, y con miras a una nueva lectura de Lorente, nos parece por tanto útil preguntar lo siguiente: ¿Por qué, cómo, y para quién escribió Lorente su historia de la civilización peruana? Para dar respuesta mínima a esta triple interrogante tan fundamental como potencialmente ilustradora será necesario volver sobre lo que «la edad de las revoluciones» republicana y liberal significaría para la ciencia poética de la historia en el Perú.

[1] Profesor Asociado de Historia y Antropología, Universidad de Florida y Becario Fulbright-Hays en el Perú.

0_intro thurner.p65 15 29/11/2006, 12:12 p.m.

I. Revolución e historia en el Perú

Borrar el nombre de los reyes

En Francia, al rey lo mataron primero. Quizá por ello ese país europeo se coronó —claro, con el gorro republicano— como la nostálgica «cuna de la historia contemporánea universal». Pero el hecho más fundamental no se dio en la Bastilla sino en la Convención Nacional, cuando un buen día (21 de septiembre de 1792) se declaró con radical júbilo popular no sólo «la muerte» del «nombre de los reyes» sino también la extinción del «libro de los reyes» porque —según el obispo de Blois— «la historia de los Reyes es el martirologio de las naciones» (LORENTE 1876a: 26).[2] Se declaró así un nuevo día para la humanidad (al menos en París); entonces se comienza a contar, a partir del 22, «el Año primero» de la «época contemporánea de la Historia Universal».

En América, al rey no lo mataron —con la graciosa excepción, décadas después, del desgraciado Maximiliano— pues era un «simulacro» colonial, un nombre hiperpoderoso (OSORIO 2001). Su muerte carnal no fue posible, pero tampoco necesaria. En teoría, la revolución republicana y democrática, tanto americana como europea, buscaba borrar «el nombre de los reyes» para inscribir encima «el nombre de los pueblos»; es decir, la revolución desplazaría la soberanía real hacia el pueblo representado. Con ese fin, los hombres patriotas redactaron el «documento» fundacional: la Constitución de la República. En el Perú ocurre ello el 28 de julio de 1821. Entonces se imprime, sobre el papel sellado del rey, el nuevo sello de la patria con estas palabras: «Año primero de la vida independiente». Así, el Perú entra definitivamente en el universo textual llamado «Historia contemporánea». Se inicia la americana muerte, simbólica y lingüística, del rey simulacro. En su bando de 17 de julio de 1821 San Martín proclama:

> No concertando el Sistema de Yndependencia que ha adoptado espontáneamente esta Capital, con la conservación de las insignias que había puesto por ligar estos Pueblos a su obediencia la anterior Dominación y calculadora tiranía; es necesario se borren, quiten y destruyen los Escudos de Armas del Rey de España que se hallan colocados en los Edificios públicos pertenecientes al Estado, como toda otra qualquier demostración que denote la sujeción y vasallaje a que antes pertenecían vergonzo-

[2] Sin embargo, la muerte del libro de los reyes en Francia tuvo que esperar a que Jules Michelet escribiera, en la época triste de la restauración, su historia de la revolución. En el Perú la situación era parecida, sin haber vuelto por supuesto la monarquía; tendrá que esperar varias décadas de «definición» caudillista para que se escribiera una historia nacional de orientación republicana y liberal.

0_intro thurner.p65 16 29/11/2006, 12:12 p.m.

samente estos Pueblos, va a proclamarse la Yndependencia en esta Capital, y deben desaparecer antes esos Monumentos de la antigua opresión y servidumbre: en su lugar dispondrá el Excelentísimo Cabildo que se ponga un letrero con el siguiente mote: *Lima independiente*.[3]

Al rey de España lo habían «desaparecido» con un gesto de olvido colectivo, en el borrar y rescribir al estilo pedante del maestro de escuela. Recordemos que esta clase de actos políticos «en pizarrón» no se limitaban a los confines de la Lima amurallada: Juan Antonio Álvares de Arenales, Coronel Mayor de los Ejércitos de la Patria y Jefe General de la División de Vanguardia del Ejército Libertador del Perú, ya había proclamado y jurado «las banderas de la Patria» y el fin del «vasallaje» al rey de España en Tarma en noviembre de 1820.[4] Se proclamaron semejantes actos en todas partes: Cuzco, Arequipa, Huaraz, Huánuco, Trujillo, Tumbes.

Es por lo demás evidente que San Martín y los suyos comprendieron el sumo valor revolucionario del gesto simbólico. El «Protector» recogió personalmente el ya mítico «estandarte de Pizarro» que, para los patriotas adictos al gesto épico, simbolizaba la conquista y dominio españoles en «el país de los Incas».[5] Luego declaró la abolición del «tributo» de los «indios o naturales» porque era «signo humillante del dominio del Rey de España» en estas tierras. Para San Martín el propio nombre «indio» equivalía a «vasallaje» colonial, y por lo tanto tuvo que borrarse también. En adelante se los reconocerá con el nombre propio de «peruanos». Otros ejemplos: por decreto de 1822, el antiguo Colegio del Príncipe, dedicado a la educación de los hijos de los curacas, se rebautiza republicanamente como «Colegio de la Libertad». En el mismo local se instalará la flamante Biblioteca Nacional, creada por decreto de San Martín. El Congreso Constituyente no quedó atrás. Rebautiza entonces el castillo de Real Felipe en el Callao, imponente símbolo del poder real español, en «Castillo de la Independencia […] mandando grabar las nuevas denominaciones con el fin de que "se borre enteramente la memoria de las antiguas"» (QUIJADA 1994: 367). Sus cinco baluartes también cambiaron su carné de identidad: El antiguo baluarte del «Rey» se transforma en «Manco Cápac» y el de «la Reina» se luce aún más bella como

[3] Decreto de San Martín de 17 de julio de 1821. *Latin American Manuscripts-Peru,* Mendel Collection, Lilly Library, Box 9 (mayo 1818-agosto 1821).

[4] Bando de 28 de noviembre de 1820, por orden de don Juan Antonio Álvares de Arenales, en Tarma. *Latin American Manuscripts-Peru,* Mendel Collection, Lilly Library, Box 9 (mayo 1818-agosto 1821).

[5] Curiosamente Bolívar repite el gesto. Luego los museos argentinos y colombianos disputan la autenticidad de los «estandartes» en su posesión. Al fallecer San Martín en París su hija entrega el estandarte a Ramón Castilla, entonces Presidente de la República. *Latin American Manuscripts-Colombia,* Mendel Collection, Lilly Library.

0_intro thurner.p65 17 29/11/2006, 12:12 p.m.

«la Patria». Sin embargo, tanto en Lima como en París, las cosas y los nombres —y, como bien sabemos, aun las modas— podían revertirse a lo antiguo. Habrá tiempo para que otro libertador intentara borrar del suelo peruano, de una vez por todas, el nombre del rey de España.

Aquel borrar revolucionario venía siempre acompañado por el gesto pedante y refundador de re-escribir la Historia. El rey podía ser reemplazado por un inca; la reina por la patria (una alegórica figura femenina de raza blanca, vestida a usanza griega antigua y que simbolizaba el fértil suelo natal); la corte virreinal por el congreso republicano; todo aquello hecho posible por el gesto revolucionario del heroico caudillo libertador. Así, cuando Sucre entra triunfante en el Cuzco (felizmente el Bolívar de carne y hueso no estuvo presente, pues a lo mejor no hubiera consentido en lo que harían después con su busto) los notables de la «Ciudad Imperial» orquestan un gesto histórico-patriótico, comunicando la vida de ultratumba de «sus ancestros» con la del futuro brillante y providencial:

> La tarde del 3 [de febrero de 1825] fue colocado el busto de nuestro Dictador [Bolívar], en el antiguo templo del Sol. Los INCAS que allí yacen, levantaron las cabezas de sus sepulcros, y al ver al LIBERTADOR de su país, lo bendijeron; y cubiertos de gloria, volvieron satisfechos a sus frías tumbas.[6]

El héroe ausente posiblemente hubiera estado contento al saber que los incas habían vuelto a sus tumbas. Meses después, a su llegada al Cuzco, el gran republicano colombiano decreta la abolición de todo título de nobleza a pesar de que el Congreso Constituyente en Lima ya lo había hecho —quizá era necesario repetirlo en un lugar como Cuzco—, incluyendo «el título y autoridad de los caciques» indígenas y mestizos que habían sobrevivido la atroz opresión del muy inteligente y temible visitador general Areche.[7] No sabemos la reacción que posiblemente se emitió desde las tumbas reales del Templo del Sol, pero lo cierto es que queda constancia de las palabras escritas, luego pronunciadas en el Congreso de la República hacia 1826. Nos referimos en particular a las del diputado por Puno Benito Laso: «Peruanos: Bolívar es a quien debeis la vida, la libertad, y el nombre [...] El es, quien, enemigo del nombre de los Reyes, se ha constituido el ángel del régimen representativo» (LASO 1826).

[6] *El Sol del Cuzco*, N.º 7, 12 de febrero de 1825.
[7] Decreto de 4 de julio de 1825 en Cuzco.

0_intro thurner.p65 18 29/11/2006, 12:12 p.m.

El nombre y el libro

El hecho contemporáneo es que el borrar el «nombre de los reyes» políticamente siempre implicaba una eventual supresión histórica del «libro de los reyes» y su re-escritura en favor del «libro de los pueblos»; vale decir, el gesto político, científico y literario de representarse a sí mismo en el manual de historia de la escuela de los ciudadanos. Por eso, en su *Diccionario para el pueblo* de 1855, Juan Espinosa[8] define la Historia ya no como «el libro de los reyes» sino como «un maestro de escuela que enseña a leer a las sociedades modernas en el libro en que aprendieron a deletrear las antiguas». No cabe ninguna duda de que el gran maestro de escuela de la nueva historia republicana, liberal y patriótica en el Perú era nuestro autor: Sebastián Lorente.[9] Pero antes de acercarnos al maestro y a su obra cabe aclarar dos asuntos: ¿por qué enseñar a leer al pueblo moderno en el libro de las sociedades antiguas?, y ¿qué había sido aquel «libro de los reyes» que en un momento se quiso borrar del mundo de las letras peruanas?

Es notable que la definición o explicación de la «Historia» ofrecida por Juan Espinosa ni siquiera mencione a los reyes. Hay allí una razón simple para la omisión: en la imaginación republicana clásica e ilustrada de la «edad de las revoluciones» la única «verdadera historia» era la antigua, aquélla de las civilizaciones de Roma y Grecia y aun la del Oriente, por ser esta última «cuna de la civilización y de la humanidad». Como veremos para el caso del Perú republicano y liberal de Sebastián Lorente, la «verdadera historia» contemplaba no sólo la muy antigua del Viejo Mundo sino también la larga carrera de la «civilización peruana» en el suelo nacional, desde la lejana época de las «culturas primitivas» preincas hasta el presente, inclusive proyectándose hacia un futuro providencial. Recordemos que las modernas repúblicas de la Europa, de la América inglesa y de la América española habían sido imaginadas y pronunciadas de acuerdo con un complejo juego novedoso de imágenes y discursos renacentistas, ilustrados y románticos, como descendientes providenciales de las antiguas.

Los arcos y las togas se pusieron de moda, inclusive en los escenarios y trajes de los incas que se representaban o dibujaban en París o en Lima. Al mismo tiempo las «barbaridades» de la historia antigua presen-

[8] Podrá decirse que Espinosa era «uruguayo» aunque tal «país» no existía en aquel entonces. Lo mismo ocurre con Lorente, aunque él nace en España en 1813, cuando España y América formaban una sola nación según la Constitución de 1812. En este momento todos los «peruanos» eran constitucionalmente «españoles», inclusive los «indios». Las «naciones» estaban aún por definirse.

[9] Sobre el papel fundacional y preponderante de Lorente en la pedagogía liberal peruana, ver Rubio Fataccioli 1990.

0_intro thurner.p65 19 29/11/2006, 12:12 p.m.

taban obvias lecciones temibles para la civilización moderna, pues cuentan las historias clásicas que las ciudades e imperios de la Grecia y Roma habían sucumbido ante las hordas bárbaras, sean griegas, persas o alemanas. Las lecciones de la historia antigua para la sociedad moderna eran muchas y muy ventajosas, admirables y peligrosas, es decir, políticas, científicas y literarias. Vincular las modernas repúblicas con las antiguas civilizaciones mediante la enseñanza «crítica» de la historia antigua brindaba un elemento profundo de «permanencia» y aun de superioridad a los precarios estados nuevos. Además, el pasado glorioso de la antigüedad postulaba un porvenir brillante para la República, eso sí, siempre y cuando supiera evitar los «peligros de la barbarie» que habían hecho tanto daño en la antigüedad. El hombre nuevo de la República podía sentirse antiguo y universal en su orgullosa ciudadanía moderna. No necesitaba de reyes para poseer historia profunda y prometedora.

Lorente pone muy en claro el motivo peruano de la lectura moderna del libro antiguo. En la introducción a su pionera *Historia antigua del Perú* (1860a) sostiene lo siguiente:

> Si la civilización antigua del Perú ofrece un interés general a los hombres de todos los países, tiene para nosotros el de la actualidad y el del porvenir. Ella está personificada en monumentos que aún subsisten, vive en nuestras costumbres e influye sobre nuestra marcha social y política; quien la ignora, no puede comprender nuestra situación, ni dirigir la sociedad con acierto. La influencia que su conocimiento está llamado a ejercer sobre nuestros sentimientos, excede en importancia a las luces que nos da para comprender el presente. Por la grandeza pasada presentiremos la futura; y conociendo mejor lo que puede ser el Perú, cooperaremos con mayor resolución a su engrandecimiento. (LORENTE 1860a: 8-9)

Lamentablemente para los republicanos de la época independentista —como nuestro soldado ilustrado Juan Espinosa— resultaba que al final de cuentas «el libro de los reyes» también era sumamente «antiguo» y por tanto no les era dado monopolizar la antigüedad. Consultando a la propia historiografia clásica o antigua de Occidente (Herodoto,[10] Tácito, etc.) era evidente que los reyes no fueron invenciones «modernas» de las edades media y moderna ya que habían existido desde los orígenes de la misma historia escrita. El hecho era que no se pudo borrar del todo el «antiguo régimen» de la narrativa histórica de la nación, ni en las metrópolis europeas ni en las provincias o colonias americanas, donde ese «régimen» era reconocible como «la época del coloniaje». Así pues, los intentos iniciales entre las décadas de 1820 y 1850 de negar la época colonial a manera de leyenda negra, considerándola como un mero

[10] Sobre la importancia de los reyes en la historia de Herodoto, ver HARTOG 2004.

0_intro thurner.p65 20 29/11/2006, 12:12 p.m.

«paréntesis», no florecerían mucho más allá de los años 1860 (aunque volverán con el indigenismo del siglo XX). Se dieron cuenta —y en esta tarea Lorente es fundamental— de que el mismo «libro de los reyes» podía ser útil para la elaboración de una larga y prestigiosa historia nacional. Tanto en el Perú como en México vendría a ser hasta cierto punto «necesario» reinsertar a los reyes y sobre todo a los virreyes dentro de una larga historia patria, para así brindar más elementos de «permanencia» o «continuidad» a su cada vez menos precario ser.

El libro de los reyes

En el prólogo a la majestuosa *Historia de la conquista de México* (1684), escrito por el erudito historiador cortesano de Indias don Antonio de Solís, se lee así:

> AL REY NUESTRO SEÑOR. SEÑOR. Llamo la Venerable Antigüedad Libros de Reyes a las Historias; o porque se componen de sus Acciones, y Sucessos, o porque su principal enseñanza mira derechamente a las Artes del Reynar; pues se colige de la variedad de sus Ejemplos, lo que puede revelar la Prudencia, y lo que deve abrazar la Imitación. De cuyo principio nace, que la noble ossadia de los Escritores, que dedican sus Obras a los Grandes Reyes, sea menos culpable, o mas generosa en los Historiadores, que sin disputar su estimación a las demás Facultades, tienen por suyo el Magisterio de los mayores Oyentes. (SOLÍS 1684)

A pesar de las apariencias, tales dedicatorias no eran meras genuflexiones a poderosos patrones y temibles censores. La historia como tal era inseparable de la poética y política dinásticas, del quehacer de los nobles y de los linajes reales. Las historias cortesanas «de los hombres libres y amantes de la verdad» mimetizaban a sus objetos de estudio, convirtiéndolos en sujetos de historia viva. El «libro de los reyes» se escribía para y sobre el actuar de los hombres nobles. Precisamente por eso, a la historia también la llamaban «la ciencia noble» y «la ciencia de los príncipes». En el Perú, como en otros reinos y provincias del imperio español, el «oyente mayor» del historiador era el rey; sin embargo, el pupilo preferido del historiador siempre fue el príncipe heredero. Las lecciones de historia para el joven príncipe eran desde luego principescas: llenas de ejemplos heroicos y de virtudes caballerescas que debían ser «imitados». Asimismo, nunca faltaban los hechos malévolos y los personajes tiránicos y desgraciados —o sea lecciones morales de lo que se debía evitar al asumir sus responsabilidades de reinar. Las historias principescas o dinásticas eran a la vez sagradas y seculares. Esto no quiere decir, empero, que no eran modernas o filosóficas. En realidad, las

0_intro thurner.p65 21 29/11/2006, 12:12 p.m.

historias barrocas (neoplatónicas) e ilustradas (en el sentido amplio de la palabra) escritas en el mundo hispano durante los siglos XVII y XVIII solían ser modelos de modernidad en cuanto a sus métodos de investigación y de interpretación se refieren (CANIZARES-ESGUERRA 2001); en muchos casos sus autores manejaban sofisticadas teorías de estilo y de representación históricas.

Sin lugar a dudas, el mejor ejemplo peruano de dicha sofisticación teórica en el género de la historia dinástica es la obra del sabio criollo y rector universitario Pedro de Peralta Barnuevo (1664-1743). Hombre versátil, cuyo pensamiento abarcaba lo renacentista y lo barroco y anticipaba sutilmente lo ilustrado, Peralta escribe dos historias: una sobre la fundación de España y otra sobre la del Perú. Su respetada *Historia de España vindicada* (1730) empieza con la siempre indispensable dedicatoria al príncipe, en este caso escrita por su colega Ángel Ventura Calderón y Cevallos. En dichos prólogos era tradicional discursar puntualmente sobre la filosofía y utilidad de la historia. Las palabras elocuentes de don Ángel rindieron culto a esa venerable tradición:

> Entre todos los ilustres Trabajos que emprenden los hombres es el de la Historia uno de los más gloriosos a un tiempo, y los más útiles; como que todo se dirige a la honra, y al exemplo. Es una empresa formada a dos hazes de inmortalidad; la que da a los pasados con el nombre, y la que previene a los futuros con la regla. Aun haze más que la misma heroicidad, y se estiende a más que todas las hazañas: porque es la misma heroicidad fecunda, y es todas las hazañas inmortalizadas. (PERALTA 1730)

La Historia «ofrece junto y reflectado todo lo que separado y desnudo dieron los sucessos: y lo que aun la vista no pudo distinguir confuso, lo da ordenado su memoria». Así, «no solo compense lo que le falta de existencia en los hechos, sino que lo mejore, cuanto excede la realidad de las luzes a la evidencia de los casos». La Historia no es solamente el espejo de todo lo grande en la vida, es aun más grande que la vida porque es la brillante suma de «todas las hazañas inmortalizadas». Bien. Y ¿qué era el rey? El rey era precisamente la suma de «todas las hazañas inmortalizadas» de su real estirpe. El príncipe debía no sólo «imitar» las hazañas de sus reales antecesores sino «mejorarlas», es decir, ser más grande que ellas y así ofrendar a la mayor gloria de su linaje sus virtudes o «cualidades». Por ello el rey era «una historia animada». Al igual que los príncipes bienhechores, el historiador «mejoraba» y «memorizaba» las hazañas confusas y olvidadas de la vida real. La historia misma era «dinástica» ya que era «una copia» del rey. Lo antedicho está claramente manifestado por Peralta en las primeras páginas de su espléndida *Historia de España vindicada*:

0_intro thurner.p65 22 29/11/2006, 12:12 p.m.

> No es solo esta Historia de España deuda, que pertenece a V.A. por dominio, sino Copia, que se le dedica por Virtud; siendo V.A. un compendio mejorado de sus Reyes, y de sus Héroes: de suerte que pudiera decirse, que es ya desde ahora V.A. una suprema animada Historia de sus hazañas; como la Historia una Regia mental heredera de sus timbres. En ella vera V.A. todo lo que ha sido su Augusta Sangre, y todo lo que ha de exceder su inmortal Nombre. Porque sus Soberanos Progenitores entran en V.A., no le forman; llegando a su Grandeza, como Océanos que se comunican, de manera que con una Circulación de Regio honor les vuelve V.A. más perenne la gloria que recibe. Registráralos en esta Historia V.A. para complacencia, aun más que para estímulo: porque se alegrara de ver como correspondieron a la alta obligación de ser sus Ascendientes […] no porque necesite de encenderse con sus hechos, quando en V.A. se han adelantado a este officio sus Virtudes. Leeralos, para imitarlos su respeto; no para aprenderlos su deseo: que V.A. se nació Paralelo, y solo tiene que vivir de excesso. Desde la cuna se fue exemplo: y solo podrá irse manifestando, no siguiendo. Desde ella ha comenzado V.A. a hablar Políticas, y a pensar hazañas. Solo necesitará V.A. de hazer imitación lo que es preciso que arda culto: erigiendo sus Reales Venas como Altares animados de los Augustos Santos que contienen. Así adorará V.A. en este modo su mismo Real Linage, y le rendirá sus qualidades como ofrendas. (PERALTA 1730)

Para Peralta, el linaje del trono del rey de España no es solamente «el más glorioso y grande de la historia del mundo», ya que España «ha añadido un Mundo al otro» (y, desde luego, «la mejor parte» del Nuevo Orbe es «el Perú»); era su linaje nada menos que «el Mapa intelectual de todas las Edades».

«El libro de los reyes» o la historia dinástica, de la cual Peralta y muchos de sus contemporáneos, tanto europeos como americanos, eran partidarios, profesaba una elegante verdad poética basada en las reflexiones filosóficas y teológicas de Platón, Cicerón y San Agustín, entre otros. Peralta nos explica con detalle la poética de su historia dinástica recorriendo al emblema o a la ayuda gráfica de una majestuosa lámina que sirve de frontispicio a la obra. La lámina emblematiza el trono de España y la Historia Universal. Lo que nos interesa aquí es la representación de la Historia como una «elegante Nympha» que «en lo inferior del Throno se ve en acción rendida, coronada de laureles» y que «insiste sobre un Globo, que indica este Nuevo Orbe; desde donde ofrece este Trabajo». La «Nympha» o la Historia está acompañada por «tres hermosos Genios, que significan las tres qualidades que ha de tener la Historia: la verdad, la elegancia, y la instrucción: y las tres que debe llevar el buen

0_intro thurner.p65 23 29/11/2006, 12:12 p.m.

estilo, de claro, brillante, y reflexivo; animados de los Motes, que ministran las sublimes palabras de San Agustín» en su *Doctrina Christiana*: «*Veritas pateat, Veritas luceat, Veritas moveat»:*

> El primer Genio, que representa la claridad, y tiene el Mote, *Veritas pateat*, se indica con el espejo, que muestra como Symbolo de un claro desengaño. El que significa el adorno y se anima de el Mote, *Veritas luceat*, lleva una antorcha, como imagen de un esplendor brillante. Y el tercero, que espressa la doctrina y persuadió con el de *Veritas moveat*, ofrece a la vista unas cadenas de oro, que saliendo de los labios, atraen varios corazones, a semejanza de las que pintaban al Hércules Gálico. (PERALTA 1730)

Peralta anota que «aunque ello último lo dixo [San Agustín] por la doctrina Christiana, de que hablaba, puede bien adaptarse [los tres principios] a la fuerza de la sentencia y reflexión, con que la Historia debe persuadir a la imitación de las Virtudes y hazañas que refiere».

Al adaptar los principios agustinianos de la doctrina cristiana al «libro de los reyes» Peralta no hizo más que reconocer las dimensiones poéticas del discurso histórico. Son precisamente estos brillantes «genios» los que distinguen a la «verdadera historia» de los «primitivos Annales» o crónicas. Los anales no son «más que una estatua de narración» mientras que la «historia verdadera» es «un animado viviente de razón». El fin de la verdadera historia «es la instrucción» del príncipe y de las personas ilustradas de «su Nación» (el imperio español). Por eso «componen su estilo la pureza en las palabras, la claridad en los sucessos, la hermosura en las descripciones, la viveza en las sentencias, la energía en las Oraciones, el juicio en la crisis o definición de los Personages, y la dirección en sus elogios». En fin, la «verdadera historia» es «un Poema de la verdad sin metro», lo cual se confirma ampliamente por los ejemplos más ilustres y conocidos. Para ilustrarlo Peralta revisa el uso de los tropos y figuras retóricas en las obras de los historiadores clásicos como Livio, Floro y Tácito:

> Ni aun en las figuras esta la Historia tan distante, como se imagina, de la Poesía […] El fulgor del nombre Romano: la Furia, y hachas de la guerra: el torrente de los hombres, son otra cosa en Livio que una mera metaphora, o similitud? Subir el estrépito de las armas hasta el Cielo: mezclarse con el la altura, y la nieve de los Alpes, en el mismo; en Floro decir, que antes subirían las ondas del Océano al Monte Vinnio, que las Tropas Romanas: qué otra cosa es, que un conocido hypérbole? La osadía de Annibal en acometer, y el sonsejo de discurrir: ser el primero en el combate, y el último en la retirada, en el referido Livio; y en Tácito ponderar el verse a un tiempo en Roma, unido lo más prophano del ocio con lo más duro de la captividad; y una misma Ciudad horrible, y alegre;

0_intro thurner.p65 24 29/11/2006, 12:12 p.m.

> poseyda del furor y del júbilo: qué otra cosa es, que una antithesis manifiesta? Aun en las Sacras Letras, donde parecen menos necessarios, se ven usados estos modos […] Y aun, lo que es más, en el mismo Evangelio, el Sol, y la nieve son symbolos del rostro, y vestidura del Señor. Son estas imágenes el ahorro del discurso: porque son razón, y exemplo; pensamiento, y objeto a un mismo tiempo, conque se haze vista de la idea. Lo que se condena es la afectación, y la frequencia. Porque solamente ha de tener la Historia la forma, no la materia, de la Poesía; el estilo del pensar, no del decir […] Si según Cicerón ella es la luz de la Verdad, cómo se le ha de quitar el que brille? Y si es la Maestra de la vida, cómo se le ha de negar el que enseñe? Si es el Arte de los exemplos, como ha de dar estímulos para imitar? Y si es la Ciencia de los Príncipes, cómo no ha de dar reglas de regir? Este ha sido el dictamen de los mejores Críticos que han escrito del Arte y del estilo de la Historia. (PERALTA 1730)

No interesa aquí entrar en los detalles del fascinante contenido de la *Historia de España vindicada*. Sin embargo, es importante resaltar una cosa: La historia de Peralta recoge la tradición clásica de describir las «características» del «suelo y clima» como factores influyentes en el «carácter del hombre» nacido en él. Herodoto y Tácito son los precursores de esta tradición historiográfica, aquí retomada por Peralta y luego, como veremos, por Lorente; esta larga tradición entonces llamada «geografía histórica» encontraría su expresión más avanzada en la escuela francesa de «la historia de la civilización» que fundara Lucien Febvre y Fernand Braudel en el siglo XX. En el caso de Peralta, la caracterización del «país» y de «los hijos del país» establece el «teatro humano» sobre el cual se despliegan una milenaria procesión de héroes, santos y reyes, desde Hércules a los reyes godos, pasando por el mismo «Rey de los Reyes» y también por el arcángel San Miguel. Peralta no pudo concluir la prometida segunda parte de la *Historia de España vindicada* que al lograrla hubiera conducido sin duda a Fernando VI, regente hacia 1730.

La segunda —y en el Perú mejor conocida— obra histórica de Peralta Barnuevo es un «poema de verdad» titulado *Lima fundada o la conquista del Perú*[11] (1732), dedicado al virrey del Perú. Se trata, entre otras cosas, de la gloriosa y cristiana conquista del Perú y la fundación de Lima por

[11] El título completo lo dice todo: *«LIMA FUNDADA, O CONQUISTA DEL PERÚ. POEMA HEROICO EN QUE SE DECANTA TODA LA HISTORIA del Descubrimiento, y sugecion de sus Provincias por Don Francisco Pizarro, Marqués de los Atabillos, Inclyto y Primer Governador de este vasto Imperio. Y SE CONTIENE LA SERIE DE LOS REYES, LA Historia de los Virreyes y Arzobispos, que ha tenido; y la memoria de los Santos, y Varones Ilustres, que la Ciudad y Reyno han producido. LA QUAL OFRECE, DEDICA, Y CONSAGRA AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON JOSEPH DE Armendariz, Marqués de Castelfuerte, Commendador de Chiclana y Montizon en el Orden de Santiago, Capitán General de los Reales Exercitos de S. Magestad, y Virrey de estos Reynos del Perú, Tierra firme, y Chile […] En Lima […] 1732».*

0_intro thurner.p65 25 29/11/2006, 12:12 p.m.

el «héroe nacional» Francisco Pizarro. En su dedicatoria, Peralta inmortaliza el virrey, enlazándolo por «una geometría de honor» con el fundador Pizarro. Ambos son «héroes» del «Peruano Imperio». Pero dicha «geometría de honor» —la cadena «dinástica» que liga imaginariamente a los héroes culturales o civilizadores— se extiende aun más allá en el tiempo, al encadenar al primer inca Manco Capac, fundador de la dinastía cuzqueña y autor del primer gesto civilizador en «el Perú». Manco Capac ocupa el mismo lugar en la historia del Perú que el «Hércules egipcio» en la de España. Al contar en verso la historia de los incas, Peralta no hace más que traducir y actualizar la prosa fundacional renacentista del sujeto escritor Inca Garcilaso de la Vega. Así, Peralta establece una larga cadena de héroes culturales y reyes que va desde Manco Capac hasta Fernando VI y su virrey del Perú, el marqués de Castelfuerte.

¿Qué tiene que ver todo esto con la obra de Lorente? ¿Por qué hemos fijado nuestra mirada en los planteamientos de la poética dinástica barroca del «libro de los reyes» tal como fueron manifestados por Pedro de Peralta Barnuevo? Veremos más adelante que ciertos elementos clave de la poética histórica de Peralta encuentran su eco contemporáneo en la moderna «historia de la civilización» escrita por el «maestro de escuela» y en aquellos que (como por ejemplo, Basadre) seguirán sus huellas. Podemos decir que tal «eco» aún no termina de resonar entre las murallas de las centurias.

El maestro de escuela

El gran maestro de la Historia en el Perú republicano nació en la provincia de Murcia, España por el año 1813. Estudió teología y medicina; después, leyes y filosofía. En 1835 llegó a ocupar la cátedra de Filosofía en el Colegio Real de San Isidro de Madrid. Por las décadas de los 30 y 40 España vive una tenaz lucha política e ideológica entre liberales republicanos y conservadores monarquistas, dando por resultado la emigración de un número considerable de españoles que fueron hacia América y otros puntos europeos. Lorente deja España hacia fines de 1842 y llega al Perú en julio de 1843. Viene por invitación de los fundadores del nuevo colegio Guadalupe de Lima, el comerciante y terrateniente progresista Domingo Elías y el comerciante español Nicolás Rodrigo. Lorente asume la dirección del colegio Guadalupe en 1844, introduciendo la nueva enseñanza liberal europea que se iba desarrollando sobre todo en los colegios de Francia y España. Lorente y su sucesor Pedro Gálvez (quien le reemplaza como Director cuando, por razones de salud, el murciano se instala en Huancayo, fundando allí el colegio Santa Isabel), logran

0_intro thurner.p65 26 29/11/2006, 12:12 p.m.

convertir a Guadalupe en el baluarte liberal de la educación superior nacional.

En el campo político, Elías y sus seguidores fueron militantes en el club Progresista, pero pierden una lucha interna con Echenique y sus partidarios. Se refugian en las aulas del colegio Guadalupe, desde donde nace la revolución liberal de 1854. Gálvez y compañía marchan al centro y, con Lorente, hacen de montoneros, participando en un amplio movimiento popular que, tras triunfar en la Palma, será acaudillado por Ramón Castilla. En la lucha del 54 Lorente pierde a su esposa y una hija menor; ellas fueron enterradas en el convento de Ocopa.[12]

De la espada y de la sangre pasa a la lucha de la pluma. Funda y dirige la voz oficial de la revolución, *La voz del pueblo*, en cuyas páginas publica sus inspirados «Pensamientos sobre el Perú» (1855). Incursiona en los debates políticos, siempre razonando desde una perspectiva filosófica, histórica y etnográfica, redactando artículos, ya en defensa de la abolición del tributo del indígena y en contra de la opresión terrateniente; ya en pro de la inmediata emancipación de los esclavos; ya por la promulgación del sufragio masculino universal por la convención nacional; ya insistiendo en la prohibición absoluta de la pena de muerte. Para Lorente y Gálvez y sus correligionarios liberales (entre ellos se destacan Santiago Távara y Juan Espinosa), todas estas causas eran «cuentas pendientes» de la revolución republicana de la independencia. La revolución liberal de 1854 no haría otra cosa que hacer cumplir la promesa democrática de la vida independiente, pero lo haría de una forma más sólida y sistemática.

De esta manera, Lorente comienza a vivir su liberalismo revolucionario como proyecto nacional y estatal. Gracias a los ingresos fiscales provenientes del guano, el régimen de Castilla —Elías (Ministro de Hacienda) y Pedro Saavedra (Ministro de Educación)— se interesa en patrocinar el quehacer histórico y la enseñanza pública, siempre buscando erigir una imagen progresista y próspera de la nación. Castilla decreta la creación del Archivo Nacional; luego Saavedra comisiona a Lorente para preparar la publicación de las *Memorias de los virreyes;*[13] se redacta la *Revista de Lima* con fondos ministeriales y en sus páginas aparecen ensayos y reseñas históricas; se reestructura la enseñanza pública diseñando nuevos textos para las escuelas y los colegios del Perú. Lorente jugará un papel decisivo en todo este proceso como Inspector de la Instrucción Pública y sobre todo como autor de numerosos textos oficiales para los colegios, publicados entre 1854 y 1876, entre ellos los «cursos» o «compen-

12 Lorente contrajo matrimonio en 1845 con la señora Rosa Benel y tuvieron cinco hijos (Rubio Fataccioli 1990: 69 y 79).

13 Ver *El Comercio* 7 y 12 de agosto de 1867.

0_intro thurner.p65 27 29/11/2006, 12:12 p.m.

dios» de Filosofía, Geografía Histórica, Literatura, Estilo, Higiene, Religión o Catecismo, Economía, Historia Universal e Historia Peruana.[14]

La legación diplomática de Pedro Gálvez a Centroamérica y Europa entre 1856-64 presenta una magnífica oportunidad para que Lorente (nombrado secretario de la legación) profundice sus estudios históricos en archivos y bibliotecas, sobre todo en París y Madrid, cuyo resultado será la primera *Historia general del Perú* editada después de la Independencia. Al reinstalarse en Lima a mediados de los años 60, Lorente asume un perfil de intelectual público, siendo secretario de la Sociedad de los Amigos de los Indios fundada en 1867 por Juan Bustamante. En esta condición redacta artículos sobre derecho indígena. Entre ellos una *Memoria* en que Lorente defiende y lamenta el martirio de Bustamante en la sangrienta insurrección de Huancané. En 1868 es elegido Decano de Letras de la Universidad de San Marcos. En 1870 viaja de nuevo a Europa a pedido de la administración de Balta a fin de estudiar los nuevos métodos pedagógicos en Inglaterra, Francia, Italia y España. Al volver en 1872 es reelegido Decano de Letras y así sucesivamente hasta su muerte en 1884. Su sucesor en el decanato sanmarquino, Carlos Lisson, reconoció la gestión fundacional de Lorente:

> El pasado de la Facultad de Letras, en el año transcurrido y todos los anteriores, desde su fundación, está concretado en un solo nombre: Lorente. Todo es obra suya; plan de estudios, establecimientos de cátedras, textos escolares, métodos, disciplina, todo, repito, es obra suya, en todo está su mano. (Lisson 1887: 446-447)[15]

Durante su decanato sanmarquino Lorente establece el estudio liberal de las humanidades en el Perú; funda la enseñanza universitaria de la historia y crea la cátedra de «Historia de la civilización peruana», inspiración pedagógica del texto fundamental que nos ocupa. Según la leyenda, dicha cátedra «atrajo tantos oyentes que el mismo Presidente de la República don Manuel Pardo fue uno de ellos» (Rubio Fataccioli 1990: 76). Así, el «maestro de escuela» llega a enseñar al «Oyente mayor» ya no de la monarquía imperial, sino de la República del Perú, cumpliendo de esta manera con la revolución republicana de la historia. Pero la historia de Lorente también llega al pueblo, estudiantil y letrado. Como Vocal del Consejo Superior, Lorente inspira el nuevo Reglamento de Instrucción Pública de 1876. En el mismo año publica su *Historia del Perú, compendiada para el uso de los colegios y de las personas ilustradas del Perú* (incluida en la presente edición), calificada por Raúl Porras Barrenechea como «uno

[14] Una bibliografía bastante completa de Lorente se encuentra en Rubio Fataccioli 1990: 249-251.

[15] Citado también en Rubio Fataccioli 1990: 142.

0_intro thurner.p65 28 29/11/2006, 12:12 p.m.

de los mejores manuales de historia integral peruana escritos hasta hoy […] documentado en los hechos y a la vez con una visión general filosófica que los aclara y coordina» (PORRAS 1963: 489); publica además un compendio completo de la Historia Universal en seis pequeños tomos, dedicado a los colegios. Viene la guerra. Lorente sobrevive heroicamente la ocupación chilena, siendo arrestado por orden del general Lynch, según dicen, mientras dictaba clases en el convento de San Pablo (San Marcos fue tomado como cuartel), y por colaborar moral y materialmente con la causa nacional. Muere en Lima a causa de un infarto cardíaco el 28 de noviembre de 1884, mereciendo un profuso homenaje por parte de sus colegas universitarios dos días después (RUBIO FATACCIOLI 1990: 64).

En temas de historia Lorente superó largamente a sus eruditos condiscípulos limeños. En realidad, casi todos ellos merecerían los títulos de bibliófilos, biógrafos, analistas o ensayistas, más que el de historiadores. Manuel Mendiburu compiló un amplio y erudito «diccionario» llamado «histórico-biográfico» que a juicio de todos tiene un valor incalculable como obra de referencia sobre los hechos y tiempos de héroes y aristócratas; pero Mendiburu no escribió historia en el sentido contemporáneo de la palabra.[16] Mariano Felipe Paz Soldán ha sido aplaudido por los historiadores profesionales del siglo XX por el hecho de haber introducido en el Perú el uso sistemático de la nota a pie de página, por haber fundado la primera revista de historia, *La revista peruana* (en cuyo número inaugural aparecieron los primeros capítulos de la *Historia de la civilización peruana*) como también por dedicar su amplia erudición a las fugaces fuentes de la temprana historia republicana. Sin embargo, tampoco escribió historia en el sentido moderno. Según su propia confesión, su obra más importante pero aún incompleta, *Historia del Perú independiente* (1868) no es más que un «anal o crónica» de lo que supuestamente sucedió.[17] Ni siquiera Peralta la hubiera reconocido como historia. Lorente no escribió ni diccionarios ni anales; su obra mereció y merece el nombre de Historia en la edad contemporánea.

Lorente produjo una amena e inteligente *Historia general del Perú*[18] (seis tomos publicados a partir de 1860, comenzando por su *Historia*

16 Riva-Agüero caracterizó, y no sin razón, la obra de Mendiburu y de Paz en estos términos: «falta de criterio filosófico y de visión sintética, estilo incoloro y pesado, total ausencia de animación y gracia por el relato» (RIVA-AGÜERO 1910: 331).

17 Paz Soldán fue inhibido además por su concepto de Historia, que le exigía una separación entre narración y filosofía, sacrificando el estilo en el altar de los documentos (ver PAZ SOLDÁN 1868: I-V).

18 Se vendía bajo este título en la Librería Universal de Gil. La *Historia general del Perú* incluía (1) *Historia antigua del Perú*, (2) *Historia de la conquista del Perú por los españoles* (3) *Historia del Perú bajo la dinastía austriaca, 1542-1598*, (4) *Historia del Perú bajo la dinastía austriaca, 1598-1700*, (5) *Historia del Perú bajo los Borbones, 1700-1821*, (6) *Historia del Perú desde la proclamación de la independencia, primer*

0_intro thurner.p65 29 29/11/2006, 12:12 p.m.

antigua del Perú); como ya hemos mencionado, esta historia es compendiada en una edición barata y «portátil» para los colegios y para el pueblo letrado. La historia de Lorente trama el trayecto total de la larga «historia peruana» de «la civilización», desde la «época primitiva» hasta la «edad contemporánea». *Historia del Perú compendiada* y su *Compendio de Historia Universal* circulaban por todo el país, convirtiéndole en efecto en el historiador acaso más leído de su época. Además, su influencia sobrevivirá en los textos de su discípulo y sucesor sanmarquino Carlos Wiesse (profesor eje de la generación de Riva-Agüero y también de Porras y Basadre), cuyo curso universitario de *Historia crítica del Perú* fue a su vez ampliamente difundido y oficialmente aprobado como el texto preferido de la enseñanza pública en el Perú hasta más allá de la década de 1930.[19]

Sin embargo, lo importante de la obra de Lorente no está en la mera productividad y difusión. Lorente es para la historia peruana lo que San Martín y Bolívar para la política peruana. Fue el primero y más consecuente en gestionar una historia total del Perú que no fuera «dinástica» sino, más bien, de la «evolución» de la «civilización» de un pueblo y que se llamara «peruana». Al escribir una «historia filosófica y crítica» de la «civilización peruana» que «contemplaba el desarrollo nacional» en su más sublime «armonía entre todos los elementos civilizadores», desde lo más primitivo hasta lo más contemporáneo, Lorente trazó las líneas fundamentales del discurso histórico peruano. A la manera de Michelet, Lorente estableció para el Perú «la concepción de la historia de un pueblo como un todo unitario que se va desenvolviendo desde un momento original hacia un destino, y que se manifiesta en la identidad armónica del alma nacional» (QUIJADA 1996: 246-247). Inicia el discurso histórico genealógico integral y total del Perú, hoy en día identificado con Jorge Basadre, como la continuidad dinámica de un gran «espíritu nacional» con «destino histórico».

período, 1821-1828. Se contemplaba un séptimo tomo que abarcaba la República a partir de 1828, pero no salió a luz. Lorente llegó a publicar algunos apuntes sobre la Confederación de Santa Cruz; además su *Compendio de Historia contemporánea* como su *Historia del Perú compendiada* presentan una visión esquemática de la historia republicana hasta los años 1870.

19 Los dos textos más importantes de Carlos WIESSE, *Las civilizaciones primitivas del Perú* y *Apuntes de historia crítica del Perú* tienen mucho en común con los textos de su maestro Sebastián Lorente. La diferencia más notable es el uso, por parte de Wiesse, de la nueva literatura etnológica y positivista alemana y francesa de fines del siglo XIX y principios del XX. Hay algunas notas sobre el papel de Wiesse en la historiografía del Perú en PEASE 1993 en su capítulo sobre historiografía. Sobre la aprobación oficial de los textos de Wiesse en los años 1930, ver RIVA-AGÜERO 1935.

0_intro thurner.p65 30 29/11/2006, 12:12 p.m.

II. La Filosofía de la Historia de Lorente

Entre otras cosas Lorente fue filósofo y también historiador —una combinación aún bastante respetada en la Europa de su época. Siguiendo el diseño de su *Compendio* o *Curso de Filosofía*, revisaremos los principios psicológicos, lógicos, morales y metafísicos de su pensamiento en lo referente a su concepto y método de la Historia. En su *Compendio de Filosofía* se observan argumentos que luego serán expresados en su producción historiográfica. Los especialistas en el tema notarán varias influencias, entre ellas la amplia corriente historicista que fundara el gran filósofo de la historia antigua, el napolitano Giovanni Battista Vico (1668-1744), contemporáneo de Peralta Barnuevo y, como él, también sujeto del imperio español; en otros puntos se aprecian ideas baconianas, cartesianas, kantianas, y leibnizianas, entre otras. Hay una clara tendencia antipositivista y un florido lenguaje herderiano.

El objeto de la meditación filosófica es el «espíritu» o «alma» del mundo. La filosofía en general se puede definir como «la ciencia del espíritu» o «del espíritu humano», aunque «no abraza todos los desenvolvimientos espirituales» (sólo Dios los abraza a todos). Lorente escribe:

> Sócrates quiso combatir a los sofistas, y humanizar una filosofía que se perdía en la materia y en el caos […] Descartes se puso al frente de una cruzada filosófica contra el escolasticismo que había dicho a la razón «de aquí no pasarás», tomó por divisa el famoso YO PIENSO. En los últimos tiempos Kant se ha encerrado en el pensamiento de sí mismo para sobreponerse a una época sensualista, y hoy nadie duda que deben partir de los fenómenos del alma cuantos se propongan dar bases sólidas a las doctrinas sociales y elevarse hasta Dios. (LORENTE 1853a: 10-11)

Se halla la filosofía «a la cabeza de las demás ciencias» sobre todo las que «se ocupan del mundo moral como la Historia, la Política, la Jurisprudencia, la Economía». El «método» de la moderna filosofía es «empírico-racional» porque sin las «observaciones» y «experiencias» se convertiría en «interesantes ficciones» que «nos alejarían de la humanidad y de la Naturaleza, robándonos además un tiempo precioso que reclaman la ciencia y la virtud». Sin embargo, quedarse en lo empírico o en la mera descripción de los hechos es cometer un grave error. Por el contrario, si «no quisiéramos salir de los hechos, nos perderíamos en su incesante variedad, en su indefinida multitud y en su aparente incoherencia» dando por resultado «una estadística sutil, cansada, que sería imposible comprender, una letra muerta de donde nada podríamos sacar en claro» (LORENTE 1853a: 5-6).

0_intro thurner.p65 31 29/11/2006, 12:12 p.m.

Principios psicológicos: La ciencia del alma

La psicología es el punto de partida de la filosofía porque se trata del pensamiento en sí. «La palabra *psicología* viene de dos voces griegas. *Psiquis*, que significa alma, y *logos* tratado; así en su sentido literal quiere decir *Tratado o ciencia del alma*». Lorente define la psicología como «la ciencia de las facultades del alma, o más brevemente, la ciencia del pensamiento, pero añadiendo las palabras de Descartes "por la palabra pensar entiendo todo aquello que se hace en nosotros de tal suerte que lo percibimos inmediatamente por nosotros mismos"; así es que el pensamiento no significa tan solo entender, querer, imaginar, sino también sentir» (LORENTE 1853a: 9-10). De esta manera el «pensamiento» del hombre es la sensibilidad múltiple de su alma hacia el hombre, la Naturaleza y Dios.

Aunque el lenguaje «no es absolutamente indispensable para pensar, no hay duda de que auxilia maravillosamente al pensamiento». La búsqueda del origen del lenguaje «nos llevaría hasta la cuna del linaje humano y la perfección primitiva de las lenguas y su procedencia de un tronco que estuvo en el Asia» pero su último origen es «divino». La escritura «amplía» y eterniza la palabra. La escritura «es la palabra misma triunfando del espacio y del tiempo»:

> Con la escritura no hay distancias. Un hombre retirado en un ángulo del mundo concibe una idea, y hace un signo en una hoja deleznable; el hombre muere desconocido; el viento esparce sus cenizas antes que se haya descubierto su ignorada tumba. Y sin embargo la idea vuela por toda la redondez del globo, y se conserva intacta al través de la corriente de los siglos, entre las revoluciones de los imperios, entre las catástrofes en que se hunden los palacios de los monarcas […] y el pensamiento del mortal desconocido se conserva aun […] su espíritu domina la tierra […] la oirá la humanidad en los siglos futuros. (LORENTE 1853a: 118-121)

El alma del hombre es un buen objeto de contemplación y se manifiesta a través de las edades de la Historia de la civilización escrita. De esta manera «el alma» del hombre se «auxilia» en la palabra y se eterniza en la escritura, convirtiéndose en Historia misma:

> Contemplad al hombre al través de las edades y de las fases de la civilización, y decidnos si en la ignorancia del niño y del salvaje, entre los errores de las generaciones adultas y de los pueblos bárbaros, y en medio de la vacilante vejez de las naciones extraviadas por el refinamiento social, hallais inteligencias harto robustas para que en todos casos lleven con seguridad el género humano al perfeccionamiento de sí mismo. (LORENTE 1853a: 18)

0_intro thurner.p65 32 29/11/2006, 12:12 p.m.

Principios lógicos de la Historia

En su *Compendio de Filosofía para los colegios de América: Lógica* (1860b) Lorente precisa los principios que dejan ver la presencia de la lógica en la historia. Una «idea clara es aquella que nos presenta un objeto de modo que se puede distinguir de cualquier otro, v. g. la idea del sol en un día sin nubes». Asimismo, «la claridad en el lenguaje supone la claridad en las ideas: una cosa que no se concibe distintamente, solo podrá espresarse de una manera confusa; cuando sea comprendida bien, abundarán los medios de espresion; así, los que dicen: "yo entiendo bien esta materia, pero no sé esplicarme"; ni saben lo que dicen, ni entienden lo que creen entender». Las ideas en sí no son ni falsas ni verdaderas, solamente claras u oscuras. Es decir, «como toda idea procede de un juicio y conduce a otros, puede llamarse verdadera a la que envuelve juicios verdaderos y falsa a la que envuelve juicios falsos; así las ideas tienen la verdad y la falsedad no por sí mismas, sino por los juicios que las acompañan». Sólo Dios tiene una idea completa de las cosas del mundo natural:

> Idea completa es aquella que nada nos deja por conocer, la incompleta deja algo que desear. Todas las ideas de Dios son completas; pero las nuestras son necesariamente incompletas cuando se refieren a objetos reales; porque hallándose en el universo encadenados todos los seres, para comprender un grano de arena será preciso conocer al creador y la creación entera; tan solo podemos aspirar a tener ideas completas de aquellos seres ideales que siendo obra de nuestro entendimiento no encierran sino las propiedades que hemos querido unir. (LORENTE 1860b: 17-18)

El hombre sólo llegara a entender plenamente sus propias creaciones humanas; los fenómenos naturales son obra de Dios y, por lo tanto, el hombre como ser encadenado nunca llegará a tener «idea completa» de ellos. La Historia Natural que Lorente también profesaba (al llegar al Perú ocupó la cátedra que luego pasara a Antonio Raimondi) se pudo distinguir de la Historia de las civilizaciones porque esta última era entendible como una serie de creaciones ideales del hombre dentro de un plan o gran «cadena» providencial.

El signo es «cualquier objeto exterior que nos recuerda la idea de otro; así los latidos del corazón que nos recuerdan la vida, y las insignias que nos hacen pensar en los grados militares, se cuentan entre los signos. Estos escitan siempre dos ideas: la de sí mismo y la del objeto significado». Pero lo importante para su visión de la historia es el presupuesto de que la idea del objeto significado «no puede ser una idea nueva sino que forzosamente ha de ser un recuerdo, porque mal podrá entender

0_intro thurner.p65 33 29/11/2006, 12:12 p.m.

el signo quien desconoce de todo punto la cosa significada» (LORENTE 1860b: 29).

La segunda parte del curso de *Lógica* de Lorente se trata de la «Lógica sintética». Aquí el maestro discursa sobre el arte cotidiano del estudio erudito. Resulta que este arte está a alcance de todos:

> La condición más vital del estudio (hágase sobre las cosas o sobre los libros) es la meditación. Reflexionando detenidamente acerca de lo que hemos observado o leído, es como hacemos fructificar nuestro trabajo […] La meditación no exige reglas especiales. El que conociendo las leyes de la Lógica, y familiarizado con las obras profundas se ha hecho un hábito de meditar, para hacerlo con fruto no necesita sino evitar las distracciones esteriores o sobreponerse a ellas; calmar su imaginación o sus pasiones y dejar que la inteligencia replegada sobre un asunto lo recorra libremente en todas direcciones: ya se fijara imperturbable largas horas en una idea como el que ha encontrado un tesoro inapreciable del que no quiere perder la más pequeña parte […] y súbitamente dirá como Arquímedes: «Ya la encontré, ya la encontré». (Lorente 1860b: 224-225)

Aunque, como hemos visto, la claridad en el lenguaje presupone la claridad de las ideas, y que a ésta se llega a través de la meditación, es un hecho didáctico que se la realiza en la práctica sólo a través del ejercicio de la escritura. Para comprender cabalmente es indispensable escribir claramente. No basta con vocear las ideas eruditas; hay que escribirlas en una narrativa limpia. La producción escrita es vital.

Resulta que «si la Lógica es la ciencia de la verdad, es evidente que no tiene una importancia limitada sino que, como decía Cicerón, se derrama y difunde por todas las partes de la sabiduría» incluyendo, por supuesto, la Historia. Asimismo, la lógica triunfará en todos los quehaceres del mundo porque su fuerza es ilimitada:

> Sea cualquiera la facultad a que nos dediquemos, cualquiera la profesión que ejerzamos, en las grandes discusiones sobre los intereses de la humanidad o en los negocios de un día, nos proponemos siempre descubrir lo que hay, siempre aspiramos a conocer la verdad; mas como ésta no puede ser alcanzada sino obedeciendo a las leyes de la inteligencia que la Lógica nos revela, claro es que nos puede prestar grandes servicios en todos los ramos del saber humano; el entendimiento abandonado a sí mismo, aunque esté dotado de un vigor divino, no puede seguir una senda segura ni marchar con paso firme; sino que deslumbrado por las luces de la falsa sabiduría, detenido por la oscuridad de las cosas o empujado por su propia precipitación, camina en desorden y sin igual-

0_intro thurner.p65 34 29/11/2006, 12:12 p.m.

> dad: aquí se estravia, ahí cae, ya se detiene, ya da saltos irregulares, y tanteando siempre, yendo sin orden ni seguridad compra cada acierto con mil errores; mas la Lógica viene en su auxilio, si asegura su marcha con reglas exactas e infalibles, puede avanzarse con paso firme hacia la verdad, descubrirla, mostrarla a los que la ignoran y defenderla contra sus enemigos; tendrá en ella la gimnástica más poderosa y la medicina más vivificadora; vigorizando para conocer y a cubierto de las enfermedades mentales, dominará la opinión que no es reina del mundo sino para rendir homenaje a la verdad, destruirá los falsos razonamientos sobre [los] que reposan los grandes crímenes y grandes sufrimientos del género humano, y obteniendo esplendidos triunfos por la fuerza sola de la razón asegurará el bienestar y los progresos de nuestra especie. (LORENTE 1860b: 4-5)

Sucede lo mismo con la Historia. Si una política humana, o una civilización, no es verdadera, si no es lógica, forzosamente desaparecerá de la faz del mundo. El «testimonio de todos los siglos» lo confirma:

> Nada hay duradero sobre la tierra si no es lógico; todos los falsos artificios de una política pérfida, todas las exageraciones de la pasión, todas la violencias de la fuerza ciega no pueden impedir la caída de un poder, ni prolongar una situación contraria a la ciencia de la verdad; mas lo que es lógico, lo que está basado sobre las leyes del conocimiento, si aún no ha sucedido, sucederá y obtendrá un triunfo estable contra todas las decepciones y contra todos los esfuerzos brutales. La escelencia de la Lógica se halla confirmada por el testimonio de todos los siglos: el Indostán, cuna de las luces, vislumbró sus leyes; la Grecia, madre de la verdadera filosofía, la cultivó con esmero y ¡cosa admirable! desde Aristóteles la presentó con formas rigurosamente científicas. (LORENTE 1860b: 4-5)

Principios morales: La ciencia de la vida

En *Compendio de Filosofía para los colegios de América: Filosofía moral* (1860c) Lorente acentúa la utilidad y universalidad de una «ciencia de la vida» o de «las costumbres» del hombre:

> Si atendemos al objeto de la Filosofía moral, podemos definirla como «aquella parte de la filosofía que dirige la voluntad al bien, la filosofía de la virtud, la ciencia que señala las leyes de las acciones humanas, el código racional de la humanidad, etc.» porque así como la Lógica observando la marcha del entendimiento nos descubre los medios de llegar a la verdad, así la Filosofía moral estudia nuestra voluntad para encaminarnos por la senda que conduce a la virtud y a la felicidad. (LORENTE 1860c: 1-2)

0_intro thurner.p65 35 29/11/2006, 12:12 p.m.

La filosofía moral esta en todas partes. «Todas las ciencias especulativas se tocan con la filosofía moral, porque todas contribuyen a hacernos conocer al hombre o sus relaciones con la naturaleza y con Dios, conocimiento que es indispensable para encaminarnos al bien» (LORENTE 1860c: 8). Además, la ciencia de la moral es universal entre los hombres, aun entre los que la niegan. «El sabio, el ignorante, el escritor frívolo como el más grave de los historiadores, aunque no nombren la Filosofía moral, invocan sin cesar los principios morales, y en su lenguaje muestran claramente la fe que tienen en la ciencia de las costumbres» (LORENTE 1860c: 3). A pesar de «nuestras determinaciones variables […] poco importa que el viento sople de esta o la otra parte, suavemente o con violencia […] pueden estudiarse sus resultados eternos» (LORENTE 1860c: 4). El estudio de tales «resultados eternos» es además de gran utilidad contemporánea:

> Es pues indudable que a todos nos servirá su estudio, principalmente cuando el choque de los partidos que hace perder la fe en la virtud y pide sus inspiraciones a la pasión, el positivismo innoble de la sensualidad que nos amenaza con una nueva adoración al becerro de oro, el cinismo del arte y la propagación de doctrinas antisociales e impías que rehabilitan la carne para hacer la apología de los crímenes, vengan en los días borrascosos de nuestra juventud a hacernos olvidar las leyes eternas del mundo moral. (LORENTE 1860c: 6-7)

Quizá lo más importante de la Filosofía moral, en cuanto a la escritura de la Historia se refiere, es el hecho de que dicha ciencia «sería vana si limitándose a enriquecer nuestro entendimiento con verdades especulativas dejase frío nuestro corazón». Por eso, en todos los tiempos se han procurado los filósofos moralistas «hermosear las ideas sagradas del bien, presentar la virtud como la obra maestra del genio, y cubrir la repugnante desnudez de los razonamientos abstractos con todas las producciones de las bellas artes» (LORENTE 1860c: 9-10).

Estos principios de la filosofía moral se extienden de mayor o menor grado a los libros de toda clase, desde la poesía hasta la novela y, hasta cierto punto, a la historia también:

> Los libros abren una cátedra de moral en la que se presenta reunida la sabiduría de todos los países y de todos los siglos […] su instrucción es para todos los hombres […] Debemos contar entre los buenos libros cuantos ofrecen sistemas completos de moral […] también deben tenerse por buenos libros los que nos dan a conocer las máximas de la sabiduría y las reglas de la virtud. Las máximas ofrecen al entendimiento las verdades morales con una claridad que arrastra, y hablan al corazón con

0_intro thurner.p65 36 29/11/2006, 12:12 p.m.

> una elocuencia que subyuga; son de una fecundidad inmensa y de una autoridad universal; ellas dirigen al vulgo bajo la forma de refranes, ellas sirvieron de cimiento a la civilización, y en los pueblos más cultos, en las reuniones más heterogéneas basta que se presenten en toda su sencillez para ser saludadas como el estandarte del género humano […] Mientras la historia se limite a trazar cuadros de la marcha de las naciones, la lectura de los hechos […] no es enteramente perdida para nuestra dirección moral. (LORENTE 1860c: 205-206)

Principios metafísicos: El lenguaje de Dios

Como sugiere su nombre, la metafísica trata de lo que está «más allá de la naturaleza» y se puede definir como «la ciencia general» o «filosofía primera». Su objeto de estudio es múltiple: desde «el ser», sus «propiedades» y «relaciones» con «el mundo material» hasta «el lenguaje de Dios» en que encuentra su luz definitiva y el límite del saber humano:

> Leibniz ha dicho: «los hechos son el lenguaje de Dios y las opiniones el lenguaje de los hombres»; nosotros pudiéramos añadir, la Metafísica es la ciencia divina, faltando la cual jamás oímos el lenguaje de Dios y nos aturde sin cesar el lenguaje de los hombres; sus principios son inmutables como el Eterno, y aunque el universo obedeciese a otras leyes, aunque desapareciesen todas las criaturas, ellos subsistirían para sobreponerse a todo orden posible y dominar todas las creaciones […] Tocamos los límites del saber, y si queremos pasar más allá nos abismamos en un océano de dudas y sombras; pero no somos menos grandes al descubrir los últimos confines de la inteligencia […] el metafísico al acercarse a los límites de la ciencia puede decir, mi entendimiento no pasa más allá, porque no hay más que saber […] En la contemplación de esos misterios se han saboreado en todas épocas los hombres más grandes: el genio que agitara sus alas sobre el Oriente, sobre la Grecia, sobre Roma, sobre las escuelas de los siglos medios, es el mismo que se cierne sobre la Europa moderna. (LORENTE 1853b: 1-5)

La Historia Universal como Filosofía

Lorente se distingue entre los «historiadores» peruanos de su época por su dominio explícito del discurso filosófico de la «Historia Universal». Redacta un juego completo de compendios de la Historia Universal (seis tomos) en los que trata de «la relación fiel de los hechos memorables del género humano, ordenados por pueblos, tiempos y lugares» y siempre guiado por el «espíritu filosófico» y el «método crítico» (LORENTE 1876b: 4). Este método, también llamado «crítica histórica» o

0_intro thurner.p65 37 29/11/2006, 12:12 p.m.

«historia crítica», funciona al igual que el juicio verdadero sobre la idea clara (elaborada en Lógica), es decir, la «crítica histórica determina el valor de los diferentes datos» y suprime todos los detalles que ofuscan o que no contribuyen a la valoración y comprensión verdaderas de la Historia (LORENTE 1876b: 5).

«La crítica —explica Lorente— ha renovado en nuestro siglo la historia del mundo antiguo» (LORENTE 1860a: 21). Esta nueva «crítica histórica» emplea las distintas y nuevas disciplinas. Así, «la arqueología estudia las antigüedades; la heráldica los blasones; la genealogía los linajes; la etnografía las razas; la filología las lenguas; la numismática las monedas y medallas; la diplomacia los documentos» (LORENTE 1876b: 6). Pero —citando a Vico—«los verdaderos ojos de la historia son la geografía y la cronología, dejando ver los hechos en su lugar y en su tiempo». A través de «la geografía histórica debe estudiarse el país» porque ella «influye mucho en el destino de los pueblos»; además, el conocimiento de «los lugares históricos» puede «aclarar los sucesos» (LORENTE 1876b: 6).

Para Lorente la Historia Universal no es una enciclopedia erudita de personajes y acontecimientos curiosos; tampoco requiere de una teoría «abstracta» de la humanidad como quisiesen los ilustrados franceses (desde Descartes hasta Voltaire) de los siglos XVII y XVIII (LORENTE 1876b: 20-21). Al igual que sus contemporáneos Michelet y Ranke, y como ellos inspirado en la filosofía y lenguaje de Herder, a Lorente le repugna el «espíritu sistemático» de la Ilustración francesa, con su escepticismo destructor y su alienante ironía, pero está dispuesto a utilizar algunos de sus probados instrumentos metodológicos.[20] La historia de las civilizaciones debía estar basada en sólidas evidencias, pero debía también ser amena, concisa y brillante como la carrera de la humanidad misma y puesta a su servicio. «Bástale para sus altos fines, que los hechos estén perfectamente determinados y atribuidos a sus verdaderas causas».

Lorente creyó profundamente en el poder luminoso de la narración limpia de los hechos. La narración histórica debe desembarazarse

> […] de cuanto entorpecería su marcha o la haría menos sencilla y metódica, evita[ndo] las digresiones que tocan en la anécdota, todo adorno postizo y sobre todo las largas reflexiones. Yo creo que debo sugerirlas al lector, no trasmitírselas; que los hechos hablen por sí mismos y la historia suministre sus elocuentes enseñanzas con solo el auxilio del sentido común, sin pedirlas prestadas a la filosofía, que puesta en lugar de la narración la hace siempre sospechosa, de un sentido parcial y de aplicaciones más limitadas. (LORENTE 1860a: 20)

[20] Sobre Michelet y Ranke, ver WHITE 1973.

0_intro thurner.p65 38 29/11/2006, 12:12 p.m.

Así, Lorente se vale de la estrategia narrativa que Hayden White ha identificado como «explicación por la trama» *(explication by emplotment)*.[21] Bajo este régimen literario de la verdad, el historiador hace que «los hechos hablen por sí mismos», buscando refugiarse siempre en la lectura o «recepción» desde «el sentido común». Asimismo, en toda su obra Lorente siempre evita

> […] el vicio pomposo de las citas de que algunos historiadores recargan sus páginas. Esta intempestiva erudición que jamás usaron los de primer orden, hace perder de vista el espectáculo de lo que fue por escuchar lo que otros dijeron, quita al pensamiento propio la unidad de concepción, a la narración el colorido y al estilo su libre movimiento; y presenta así la realidad que pretendía reproducir más fielmente, sin verdad, sin luz y sin vida. Si se pretende con este sistema fatigoso de citas continuas autorizar el propio testimonio con el de otros historiadores, se olvida sin duda que semejante pretensión conduciría de ordinario a discusiones interminables, y que en la mayoría de los casos el trabajo de las citas no quedaría compensado con el crédito que el historiador puede buscar por lo común con medios más naturales y de éxito más seguro. (LORENTE 1860a: 20-21)

Las técnicas narrativas de la representación realista, en Lorente, emanan de su filosofía de la historia. No indican falta de erudición o carencia de datos como lo han querido insinuar sus críticos. La narración histórica no es un simple espejo de todos los hechos sino una «pintura fiel y viva de la realidad» misma, y por lo tanto legible desde el «sentido común», porque emana de la lógica real de los hechos cotidianos de los hombres. Para Lorente, los hechos históricos nunca son «caprichos del acaso» porque

> […] estando sujetas a las leyes físicas y morales las evoluciones de la humanidad por la doble acción de la Providencia y de la libertad humana, toda esposicion desordenada, en que aparezcan los sucesos sin relaciones con el tiempo, con los lugares, con las personas y con las demás influencias, no será la pintura fiel y viva de la realidad, será la imagen del caos, el tenebroso reflejo de siglos vacíos o turbulentos, apariencias fugitivas sin significación para el progreso, las que a lo más podrán alimentar la vana curiosidad, ya que no extravíen el pensamiento. (LORENTE 1860a: 21)

La historia escrita no debe ser nunca una «imagen del caos»; siempre debe buscar la «verdadera armonía» entre el texto que elabora y la esencia de la realidad retratada. Y como la moderna «historia de la civilización» es la única que contempla la «armonía entre todos los elemen-

[21] Sobre *«explanation by emplotment»* en la historiografía europea del siglo XIX, ver WHITE 1973: 7-11.

0_intro thurner.p65 39 29/11/2006, 12:12 p.m.

tos civilizadores» de la humanidad es ella la más alta y «verdadera historia». Así es que la «la historia metódica de la civilización, la verdadera historia presentando los hechos en su unidad viviente y luminosa, merecerá llamarse según el lenguaje de Cicerón, luz de la verdad y maestra de la vida» (LORENTE 1860a: 21).

III. De la Historia Universal a la Historia Peruana

Lorente busca renovar la historia antigua del Perú aplicando los nuevos métodos «críticos» y narrativos de la filosofía de la historia y de la nueva historia universal de las civilizaciones. La propuesta «crítica» de Lorente de escribir la historia de la civilización antigua del Perú implicaba así una renovación metodológica y narrativa que, a diferencia de las devastadoras críticas de Buckle, Robertson, Pauw, Raynal, Buffon, y hasta cierto punto Prescott, siempre mantuvo un respeto medido para la tradición historiográfica española y peruana de la época colonial. Aplicada al Perú antiguo, la nueva crítica histórica

> […] puede desvanecer las ficciones novelescas, que, acogidas por los poco severos historiadores del siglo XVI, han llegado hasta nosotros como verdades pasadas por la tela del buen juicio; al mismo tiempo afirmará la creencia en los progresos realizados antes o después de la conquista, que son rotundamente negados o puestos en duda por la superficialidad o por el espíritu sistemático, y sacará luces inesperadas de copiosos manantiales, todavía no bien utilizados para ilustrar la historia de la civilización peruana. (LORENTE 1860a: 21)

Para «ilustrar» la muy antigua historia de la civilización peruana se requería de un «espíritu filosófico». Sólo un espíritu filosófico podría defender la venerable tradición histórica y civilizadora del Perú frente a las devastadoras críticas de los escépticos «sistematizadores» europeos que buscaban traer todo abajo. Así,

> Solo un espíritu filosófico en posesión de amplios y bien meditados datos podrá emprender con facilidad la exposición ordenada de la civilización peruana; para presentarla en orden luminoso es necesario poder reunir en una vasta síntesis los conocimientos suministrados por el análisis, y esa aptitud solo puede darle la filosofía aplicada a la historia […] Con la aplicación de la filosofía a la crítica histórica dejará la narración de ser una mezcla incoherente de fábulas y de sucesos reales, una transmisión de errores acreditados por historiadores apasionados o crédulos y un edificio ruinoso incapaz de resistir a la acción del escepticismo, que hoy pretende echar por tierra los hechos más incontestables y grandiosos. (LORENTE 1860a: 21)

0_intro thurner.p65 40 29/11/2006, 12:12 p.m.

Sin embargo, escribir la historia de la «civilización nacional» en la edad de las revoluciones implicaba algo más que el mero seguimiento de la senda lógica y luminosa de Cicerón hacia la «verdadera historia». Se trataba pues no sólo de una búsqueda personal para «descifrar el enigma» del país que había adoptado como suyo, sino de un proyecto político que, al «abrazar la vida del Perú en su evolución progresiva» buscaba impartir al pueblo «una enseñanza práctica»:

> Decidido yo a escribir la historia del Perú que ha llegado a ser mi estudio constante por muchos años, no he podido desconocer el interés de tan importante período; olvidado el cual la civilización nacional habría sido para mí un enigma indescifrable, por no haberla tomado desde sus primeros orígenes. Deseando abrazar la vida del Perú en su evolución progresiva; darme razón de los hechos, ligándolos a sus causas y a sus consecuencias, y presentar a los demás una idea clara del conjunto, una imagen viva de los grandes sucesos, y una enseñanza práctica; claro es que no podía comprender la situación de la república sin haber estudiado la época colonial, el coloniaje sin el estudio de la conquista, la conquista echando en olvido el imperio de los Incas, y el imperio, si desconocía la cultura primitiva. (LORENTE 1860a: 9-10)

Su búsqueda filosófica a través de las edades de la historia lo llevó a «remontar y descender la corriente de los siglos para contemplar el desarrollo nacional en sus más remotos orígenes siguiéndolo sin saltos en las diversas épocas» haciendo ver «los elementos armoniosos y permanentes» de su civilización (LORENTE 1860a: 21).

Las épocas de la Historia

Las divisiones principales de la Historia Universal en tiempos de Lorente correspondían a las cuatro «fases de la civilización» en el Viejo Mundo, desarrolladas por los filósofos historicistas alemanes (de Leibniz a Hegel), a saber: antigua, media, moderna y contemporánea. Según este esquema clasificatorio del tiempo histórico, la historia antigua se extendía «desde el origen de los pueblos hasta la disolución de la sociedad romana» y se dividía «en historia de Oriente, de Grecia y de Roma». La edad media se estrechaba en el tiempo «desde el fin de la historia antigua hasta el descubrimiento de América»; y la moderna «desde este trascendental descubrimiento hasta la revolución francesa», mientras que la época contemporánea corría «desde tan gran revolución hasta nuestros días» (LORENTE 1876b: 7). La relación fiel y verdadera de la carrera de la civilización universal, entonces, nació en Oriente y luego pasaba por Grecia, Roma, España (pues ella fue autora de aquel «descubrimiento trascendental» que iniciaba la edad moderna del mundo) y Francia en ruta hacia un

0_intro thurner.p65 41 29/11/2006, 12:12 p.m.

destino «contemporáneo» universal, cuya flor brotaba en todas partes del mundo donde «la Providencia» y «la Libertad» ejercían sus efectos felices sobre la humanidad.

Lorente reconoció de inmediato que la historia peruana no encajaba bien con la arquitectura «universal» de la Historia:

> Habiendo permanecido el Perú hasta los tiempos modernos aislado en su civilización y sus relaciones manifiestas con el mundo civilizado, no se presta su historia a la división común en antigua, media y moderna. Estos nombres no pueden aplicarse a sus períodos particulares, sin cambiar arbitrariamente el sentido usual y sin introducir una confusión en el lenguaje, tan perjudicial a la claridad de ideas, como sin interés práctico. (LORENTE, 1876c: 5)

Dada su filosofía o lógica sobre las ideas y sobre el lenguaje era impensable romper la cadena de la narrativa maestra de la Historia Universal, porque así introduciría «confusión» en el lenguaje, añadiendo un nuevo significado a un signo ya establecido en el discurso, cuyo resultado sería la «ofuscación» de la «idea clara» y práctica. Sin embargo, es notable que Lorente llegara a estructurar el esquema arquitectónico y filosófico de la narrativa de la historia peruana dividida también en cuatro épocas o fases.

En *Historia del Perú, compendiada para el uso de los colegios y de las personas ilustradas* Lorente reconoce «las seis épocas» de la historia del Perú, a saber: de los caciques; de los incas; de la conquista; del virreinato; de la emancipación, y de la república. Pero luego precisa que son sólo cuatro «épocas verdaderas» porque la conquista y la emancipación son más bien «epopeyas rápidas y momentáneas» que proponen las nuevas épocas. Las cuatro «fases de la evolución progresiva de la civilización peruana» son las primitiva, incaica, colonial y contemporánea (LORENTE 1876c: 5). Al igual que la historia antigua del Oriente, la del Perú exhibía dos grandes fases de desarrollo de su civilización antigua, la primitiva o patriarcal de las tribus (de los caciques) y la centralizada o estatal (incaica). Pero a diferencia de Europa, el Perú no transitó por una edad media o feudal. La civilización peruana pasó directamente de la «fase antigua» a la «fase colonial» bajo la influencia de la España moderna, por entonces «vanguardia de Europa» en la época gloriosa de Carlos V. Al finalizar dicha época por la acción heroica de la epopeya de la independencia, el Perú participa de la época «contemporánea» de las repúblicas y de la Libertad.

Hay, sin embargo, otra «epopeya rápida y momentánea» que marca la iniciación de una época en la historia de Lorente, aunque ésta no lleva nombre explícito, más allá del de su héroe cultural. Se trata del gesto

0_intro thurner.p65 42 29/11/2006, 12:12 p.m.

civilizador fundacional del misterioso iniciador de «la época de los Incas» Manco Capac. La interpretación lorentina sobre Manco Capac se deriva y también se diferencia de la versión dinástica renacentista del «sujeto escritor» Inca Garcilaso de la Vega, elaborada en la primera parte de sus *Comentarios reales de los incas* (1609).

La epopeya fundacional y la epistemología patriótica

El Inca Garcilaso había reconocido una edad primitiva e idolátrica bajo los curacas o señores étnicos, pero su historia dinástica imperial no pudo reconocer adelantos importantes de la civilización en aquella época predinástica. Las historias orales y de los quipus que fueron inscritas «coralmente» en el texto orquestal de Garcilaso parece ser que están basadas en la tradición dinástica que se construyó a partir del linaje real o «panaca», cuyo fundador sería «el mítico» Manco Capac.[22] En los *Comentarios reales* como en muchas otras crónicas fundacionales de la época colonial temprana, Manco Capac aparece como primer rey o emperador «fingiendo ser hijo del Sol» pero sobre todo como gestor de la civilización, fundador de la vida urbana y de la agricultura sedentaria, sabio promulgador de leyes protectoras y «de la lengua general del Inga» (el quechua), y por ende unificador de las tribus bárbaras que en adelante formarán un orden social totalizador, sumamente benéfico y paternal. En cambio, para Lorente Manco Capac no era rey o inca, sino un «reformador de instituciones» ya establecidas. En otras palabras, Lorente plantea la existencia previa de la «civilización peruana» antes de la epopeya de Manco Capac.

Desde el siglo XVIII, los historiadores habían debatido el origen e «identidad» del fundador del imperio de los incas. Raynal sostenía la opinión, bastante común en su época, de que Manco Capac y Mama Ocllo eran «más blancos que los nativos del país» y que lo más probable es que fueron «descendants de quelques navigateurs d'Europe ou des Canaries, jettes para la tempete sus les cotes du Brasil» (RAYNAL 1783: 19-20). Humboldt especulaba que Manco Capac habría sido asiático, y posiblemente «un sacerdote budista» que impuso leyes de antiguo origen hindú. John Ranking presentó pruebas filológicas y arqueológicas en favor de la tesis de que Manco habría sido un hijo de Kublai Khan, que se extravió durante la epopeya de la conquista naval de Japón por los chinos en el siglo XII. Luego, escépticos como Prescott habían echado al suelo la existencia histórica de Manco Capac, calificándolo como mero «invento de la imaginación vanidosa» de los incas y de Garcilaso. Lorente resistió la tesis europea del origen foráneo de Manco y, por supuesto, no

[22] Ver el trabajo de rescate de Catherine JULIAN 2002.

0_intro thurner.p65 43 29/11/2006, 12:13 p.m.

aceptó el machetazo de Prescott. Lorente insiste más bien en que Manco fue un «reformador de instituciones» imbuido del «espíritu nacional», a tal punto que habría afirmado «las bases indestructibles de la unidad nacional del Perú»:

> El origen de Manco [Capac] no será dudoso para el que con ánimo imparcial interrogue la historia. El hombre que tan perfectamente conocía los lugares, y las personas, que tan penetrado estaba del espíritu nacional, y que con tal sabiduría amalgamó los elementos de la civilización anterior, nació sin duda en el Perú. Su obra lleva el sello de la raza nacional, y el del país; es la espresion de su época, tal como la podía comprender un hombre de genio. (Lorente 1860a: 130-133)

La posición genial de Lorente acerca de los orígenes de Manco Capac recoge la tradición de la «epistemología patriótica» de los historiadores criollos del siglo XVIII analizados por Jorge Canizares-Esguerra (2001). La citada epistemología patriótica se basaba en la convicción de que los críticos y viajeros europeos no conocían bien las realidades americanas, o porque no dominaban la lengua, o porque los nativos escondían la verdad ante sus ojos. En cambio, los sabios criollos sí tenían acceso privilegiado a las verdaderas fuentes de la verdad histórica, que eran los idiomas nativos, las costumbres vivas y otros artefactos y monumentos antiguos. Algunos juicios de Peralta Barnuevo participan de esta tradición. Otro ejemplo peruano de esta tradición de pensamiento crítico y patriótico sería el gran sabio y estadista peruano José Hipólito Unanue. Contemporáneo de Humboldt (se vieron en Lima en 1802), Unanue era gran admirador del naturalista alemán; sin embargo, no compartía sus especulaciones orientalistas acerca del origen de los incas. Unanue elaboró una teoría que podríamos llamar «nerviosa» y, por ende patriótica, de la imaginación del hombre peruano, razonando desde la ciencia de «las influencias del clima sobre los seres orgánicos». De acuerdo con las corrientes dominantes del pensamiento colonialista europeo del XVIII acerca de razas y climas, Unanue sostuvo que los hombres nacidos y crecidos bajo climas húmedos y cercanos al ecuador, como el de Lima, por lo general exhibían una «constitución débil». Sin embargo, precisamente por eso, y dando vuelta a la tortilla, la imaginación americana era «superior». La densidad de la imaginación americana se debía a los nervios hipersensibles ubicados en la superficie del ojo y de la piel que por ser «débiles» eran más «movibles» y que, por tanto, «exprimían» fuertes y repetidas imágenes de los objetos reales vistos o tocados, siendo ellas transmitidas como mensajes múltiples «al alma» del hombre (UNANUE 1815: 12-13). Asimismo:

0_intro thurner.p65 44 29/11/2006, 12:13 p.m.

> Por este medio se iluminan nuestros pensamientos, las sensaciones se engrandecen, y se pintan con vigor los sentimientos. De aquí esta elocuencia asombrosa con que suelen explicarse los salvajes de América: las comparaciones naturales, pero fuertes de sus discursos, y la viveza en sus sentimientos. Después que hemos oído algunas de las arengas de los guerreros de Arauco, estamos persuadidos que Colocolo no fue menos digno del razonamiento de Ercilla, que Néstor del de Homero […] De aquella misma preciosa fuente nace la destreza y pericia en la escultura y pintura, sin más enseñanza que su genio. En este modo de espresar nuestras imágenes e ideas, hay en México, Quito, y el Cuzco una multitud de artistas capaces de competir con los más provectos de Europa, y también de superarlos, si tuvieran la instrucción que estos reciben. Aquí en Lima, en el Colegio del Príncipe, suelen verse muchachos indios aprendiendo a leer, que con un lápiz copian las estampas de Klauver tan perfectamente, que es difícil descubrir un rasgo de diferencia. Me persuado que la imaginación, este precioso don de la naturaleza difundido en América, brilla en especial en los lugares circunvecinos al ecuador. Pocos legisladores ha habido dice un escritor que pudiesen como Manco-Capac percibir las inclinaciones de sus vasallos, compararlas con sus necesidades, y convertirlas en su propio provecho, por constituciones llenas de sagacidad y benevolencia. (UNANUE 1815: 13)

Lorente no compartió esta imaginativa teoría de la imaginación circunecuatorial, pero lo cierto es que se dejaba inspirar por un cierto «espíritu nacional» que podía unir en su densa imaginación a personajes-signos tan distantes en el tiempo y tan cercanos «en el espíritu» como Manco Capac y el mismo Unanue.

Al igual que sus precursores de la «epistemología patriótica» en el siglo XVIII, Lorente se valió críticamente de los testimonios orales de los nativos que fueron registrados en las crónicas coloniales. Así,

> La nacionalidad de Manco, que se deduce de razones tan concluyentes, y que hasta cierto punto se revela en todas las tradiciones, se prueba también por testimonios directos. Los quipocamayos de Pacaritambo, donde principió según todas las apariencias la misión del primer Inca, le suponían engendrado allí por un rayo del sol. (LORENTE 1860a: 131)

El hecho de que Manco no haya sido un inca o rey y que tampoco haya sido el «creador» de la civilización peruana (porque que ya existía en su forma primitiva) no perjudicaba en nada «su merecido renombre»:

> Nadie podrá disputarle la incomparable gloria de los grandes bienhechores de la humanidad, y la de los grandes legisladores, la gloria de haber hecho gozar a pueblos antes enemigos, turbulentos o atrasados

0_intro thurner.p65 45 29/11/2006, 12:13 p.m.

> los beneficios de la unión, del orden y de la cultura, la gloria sobre todo de haber asegurado para siempre la unidad del Perú, base de su futura grandeza. (LORENTE 1860a: 130-133)

Lorente no fue el primer pensador liberal después de Unanue en defender la tesis patriótica acerca del origen de Manco Capac. La tesis patriótica y luego republicana fue defendida por el mismo Bolívar en una carta que escribe a su llegada a Cuzco en 1825:

> Manco-Capac, Adán de los indios, salió de su paraíso Titicaca y formó una sociedad histórica sin mezcla de fábula sagrada o profana, sin diluvio de Noé o de Deucalión, sin historiador de Moisés o de Herodoto. Dios lo hizo hombre: él hizo su reino y la historia ha dicho la verdad; porque los monumentos de piedra, las vías grandes y rectas, las costumbres inocentes y la tradición genuina nos hacen testigos de una creación social de que no tenemos ni idea, ni modelo, ni copia. El Perú es original en los fastos de los hombres.[23]

La calificación de Manco Capac como un «reformador de instituciones» y no como rey o inca fue compartida, aunque con ciertas modificaciones importantes, por Mariano de Rivero y Ustariz en su obra *Antigüedades peruanas* (1851).[24] Rivero suscribe, a la vez, la tesis orientalista de Humboldt y la tesis patriótica. ¿Cómo lo hace? Siguiendo a Humboldt, Rivero identifica a Manco Capac como un «sacerdote budista» que reforma la primitiva cultura peruana y que prepara la coronación de un inca.[25] Los incas que le siguen no son asiáticos sino peruanos, comenzando por un cacique que se corona como «Inca Rocca», primer inca o emperador del Perú. O sea, Rivero puede sostener con orgullo patrio que los incas

[23] *La revista peruana,* vol. III, Lima, 1879, pp. 35-39. Reimpreso de la carta de Bolívar a José Joaquín Olmedo (Cuzco, 27 de junio de 1825). Este último fue autor del poema heroico «La victoria de Junín. Canto a Bolívar» (1825). La alusión al «Adán de los indios» es poética y no implica una adhesión por parte de Bolívar a la tesis poligenista.

[24] El libro de Rivero resulta ser un museo curioso de artefactos e hipótesis a veces incompatibles, en parte porque dos capítulos son de la mano de su colega Jacob von Tschudi, antropólogo suizo de larga trayectoria en los estudios peruanistas, y en parte porque el texto de Rivero parece haber sido escrito y reescrito durante el lapso de una década.

[25] Sobre la cultura primitiva y la obra reformadora de Manco Capac, Rivero escribe: «No admite duda que existía en el Perú, ya antes de [la] llegada [de Manco Capac], cierto grado de cultura, pero queda por averiguar el problema, tal vez para siempre indisoluble, del origen de esta cultura: si era una sucesiva manifestación progresiva del espíritu de las naciones aborígenes, o más bien transplantada de otro suelo [...] El tino perspicaz y exacto conocimiento del terreno en que iba a construir su nuevo edificio, motivaron al reformador a tomar por base el culto anterior decaído, y por eso encontramos, especialmente en el culto religioso, elementos heterogéneos, no combinados entre sí aunque mezclados, que atestiguan sin embargo al observador atento y profundo, la sabiduría del que supo reunirlos tan ingeniosamente» (RIVERO 1851: 62-63).

0_intro thurner.p65 46 29/11/2006, 12:13 p.m.

son «nuestros» aunque, según las prestigiosas investigaciones filológicas de los orientalistas, Manco Capac parece haber sido de origen forastero. Manco Capac sigue siendo «fundador de la dinastía» sin haber sido inca.

En *Las tres épocas del Perú o Compendio de su Historia* (1844) José María Córdova y Urrutia también defendió la tesis patriótica acerca del «origen nacional» de Manco Capac. Rechaza como «ficciones» las tesis de Raynal, Humboldt y Ranking, insiste en la verdad de Garcilaso: Manco Capac y Mama Ocllo salieron «de una isleta de la laguna de Titicaca»:

> Mucho han trabajado los sabios sobre escudriñar el origen de los Incas; o mejor diremos, en revestir sus obras con ficciones para hacerlas apreciables: esto ha llegado al extremo de privarnos de la gloria de que Manco-Capac hubiese nacido en el país, persuadiendo vinieron de afuera [...] El Barón de Humboldt infiere que no fue del Norte de la Europa de donde sacó el Inca el código de sus leyes, sino más bien del Asia. Ranking [...] conjetura a Manco Capac hijo del Gran Khan Kublai [...] (CÓRDOVA Y URRUTIA 1844: 1-2)

En resumen, Lorente recoge la «epistemología patriótica» y narra una historia unificada de las épocas, partiendo de la primitiva «civilización peruana». La arquitectura lorentina de la historia peruana postulaba tres epopeyas (fundación, conquista, emancipación) y cuatro épocas o «fases de desarrollo nacional» (primitiva, incaica, colonial y contemporánea). Esta arquitectura reflejaba una visión del conjunto.

Narrar la historia de la civilización a partir del «libro de los reyes»

¿Cómo hilar una narrativa «animada» y «filosófica» de la larga historia de una civilización de tan «fuertes contrastes»? Para escribir las cuatro fases o épocas de la civilización peruana, Lorente no tuvo otro remedio que recopilar «el libro de los reyes» escrito por «los poco severos historiadores» del pasado. En los seis tomos de su *Historia general del Perú*, Lorente adopta la muy antigua y probada estructura dinástica del anal político, es decir, la historia de los soberanos y los «sucesos notables» ocurridos durante sus respectivos reinados, sobre todo para narrar «ordenadamente» la «historia del Perú» bajo las dinastías, sean ellas incaica, austriaca o borbónica. En otras palabras, Lorente juntó las tradicionales narrativas de las historias dinásticas y neodinásticas (anales políticos) y las sujetó a la «crítica histórica» y al criterio global de su valor filosófico para la contemplación del «desarrollo nacional» de la civilización. De esta manera, los textos de Lorente beben de una larga tradición de historiografía política peruana y española.

Es obvio que la obra de Lorente se nutrió de una amplia y diversa lectura que incluía crónicas, historias oficiales, manuscritos inéditos

0_intro thurner.p65 47 29/11/2006, 12:13 p.m.

como las memorias y las visitas, literatura, libros de viaje, tratados de geografía y de historia natural, historia universal, filosofía, etc. Sin embargo, sobre el tema del «Perú antiguo» podemos identificar unos cuatro o cinco textos históricos fundamentales y de gran prestigio (cuyas huellas son visibles en las nuevas narrativas) no sólo para Lorente sino para el conjunto del discurso histórico peruano de su época. Éstas eran *La crónica del Perú* de Pedro Cieza de León, la *Historia natural y moral de las Indias* del padre Acosta, la primera parte de los *Comentarios reales de los incas* del Inca Garcilaso de la Vega, y la *Verdadera relación de los hechos de los castellanos en ultramar* de Antonio de Herrera. Junto a estas obras clásicas había muchas de menor o mayor influencia, como los escritos geográfico-históricos de Cosme Bueno y José Hipólito Unanue y, entre las contemporáneas, una interpretación esquemática que William Prescott dedicó al Perú antiguo como preámbulo a su *Historia de la conquista del Perú* y que trataremos aparte más adelante.

La crónica soldadesca de Cieza fue muy estimada por los historiadores del siglo XIX por su estilo frugal y por su estrategia textual de diferenciar claramente entre lo observado por el escritor, testigo ocular que marcha e indaga, y lo que los nativos encontrados allí «cuentan» o dicen haber oído decir. Las descripciones geográficas y de monumentos de Cieza proveían al nuevo historiador de la antigua civilización el retrato primigenio del «suelo» que requería para poder «caracterizar» a sus habitantes nativos e incluso definir «el espíritu nacional» de su gente. Las «informaciones» relatadas por Cieza acerca de Tiahuanaco, por ejemplo, servían como punto de partida no sólo para los historiadores sino también para los viajeros y anticuarios del siglo XIX. La historia civil y natural del gran jesuita Acosta contribuyó en dos puntos fundamentales a la historia nacional de Lorente: la noción de un gran Perú como «parte más principal» del Nuevo Orbe (recogida además por Garcilaso, Peralta Barnuevo y Unanue, entre otros) y la tesis sobre el origen del hombre americano en primitivas migraciones asiáticas de gran antigüedad.

El significado de Garcilaso es múltiple. Lorente lo considera «el primer historiador nacional» y también una buena fuente de observaciones y tradiciones nativas, siempre descartables o verificables a través de la compaginación «crítica» con otros textos confiables de la época. Pero quizá lo más fundamental de Garcilaso para Lorente es su narrativa «providencial» de la conquista, hecha posible en gran parte por la divina intervención de la Virgen María, y cuyo resultado fue que el «Peruano Imperio» no sólo continuó, sino que recibió el más grande impulso civilizador que se pudiera imaginar («la luz» del Rey de los Reyes, «la espada» del mayor Rey de la Tierra y «la pluma» de la letrada civilización universal). Por último, la historia oficial de Antonio de Herrera era para

0_intro thurner.p65 48 29/11/2006, 12:13 p.m.

Lorente fuente bastante confiable de datos por el hecho de que se basaba en la más completa colección de «documentos» depositados en el archivo real de Simancas. La historia virreinal de Lorente, publicada en tres tomos, se organiza en la tradicional forma dinástica, es decir, es una narrativa amena y sumaria que sigue los reinados de los reyes y, en el marco de ellos, los períodos más cortos de los virreyes. Para estos últimos, sus fuentes más importantes son las memorias de los virreyes, algunas de las cuales él mismo editó.[26]

Para «completar» la narrativa que entretejía las grandes épocas de la historia del Perú, Lorente pudo haber recogido el anal neodinástico de José María de Córdova y Urrutia, publicado un año después de su arribo al Perú.[27] *Las tres épocas del Perú* es un simple listado con breves apuntes acerca de los soberanos «peruanos». Es una simple copia y contemporización del «Resumen histórico del origen y sucesión de los Incas, y demás soberanos del Perú, con noticias de los sucesos más notables en el reinado de cada uno», compilado por Antonio de Ulloa como añadido a su *Relación histórica del viaje a la América meridional* (1748). El texto de Ulloa es, a su vez, también copia modernizada de la historia dinástica de los incas de Garcilaso. *Las tres épocas* es prueba, además, de que ya hacia los años 1840 y aun antes del famoso sermón del conservador Bartolomé Herrera,[28] los republicanos ansiaban escribir en el Perú una larga e ininterrumpida historia nacional a partir del libro dinástico de los reyes. Quizá no debe sorprendernos el hecho de que su autor fuera partidario de San Martín y secretario del Congreso, y luego amanuense que cumplía funciones judiciales y prefecturales, entre ellas la de compilar una «Estadística histórica y geográfica» de las provincias de Lima.[29] Córdova y Urrutia recoge el popular «Resumen» por Ulloa (que retrató a los «emperadores peruanos» desde Manco Capac hasta Fernando VI), poniéndolo al día, con añadir los reyes borbónicos «emperadores del Perú» que habían seguido a Fernando VI, dando cuenta de los reinados de todos los virreyes que también son «peruanos» para luego, y sin ninguna ruptura, sumar los Libertadores San Martín y Bolívar así como a los Presidentes de la República del Perú, hasta terminar en el entonces ocupante del Ejecutivo, Ramón Castilla. La cadena de soberanos y gobernantes unía la «historia del Perú» desde Manco Capac hasta Ramón Castilla. La

26 Véase el breve ensayo bibliográfico en *Historia de la civilización peruana,* pp. 99-108.

27 *Las tres épocas* fue publicado en 1844 por el autor. Hubo 51 subscriptores, entre ellos Luna Pizarro, Herrera, Elías, Durán, Riva-Agüero y Mendiburu. Lorente no figura en la lista.

28 Nos referimos al sermón de 1846 en que Herrera fustiga los liberales republicanos por imaginarse libertadores del «Imperio de los Incas» y aun «hijos del Sol».

29 Córdova y Urrutia 1839. Sobre su carrera ver *Ojeada de los servicios prestados a la nación*, Lima, 1849.

0_intro thurner.p65 49 29/11/2006, 12:13 p.m.

historia neodinástica de Córdova y Urrutia exhibía «tres épocas» llamadas «fundación del imperio de los incas», «dinastía ultramarina» y «Perú independiente». La arquitectura tripartita «completó» la narrativa nacional, dándole su comienzo, medio y fin. Por eso deja huella en el discurso histórico que hasta hoy es dividido, al menos en el lenguaje laico, en «prehispánica», «virreinal» y «republicana». En *Las tres épocas* no cabe duda de que «el Perú Independiente» es el «destino» inexorable de las dos épocas anteriores, porque el guía infalible en la ruta histórica del Perú es Dios.

Lorente hizo algo más que ensamblar los anales dinásticos de la historia política peruana. Añadió una narrativa progresista del «desarrollo nacional» que partió de la historia primitiva y antigua del hombre, haciendo que «el espíritu» de la historia o «el movimiento general» de la civilización peruana «bajo» este u otro régimen dinástico sea el sujeto omnipresente pero invisible de la película, y no los incas o reyes y sus memorables hechos. Lo que es más importante, Lorente construyó una historia «armoniosa» en la que «los elementos civilizadores» encontraron eco en la trama y estilo mismos de la historia escrita (LORENTE 1860a: 21).

La historia antigua, universal y peruana

El *Compendio de la historia antigua del Oriente* (1876b) de Lorente empieza con estas palabras:

> Ninguna historia puede ofrecer un interés superior al de la historia antigua de Oriente, que ha sido la cuna de la humanidad y de la civilización [...] Las ventajas generales de la historia, que son suplir la falta de experiencia, dirigirnos a la verdad, la belleza y el bien con el atractivo de los grandes ejemplos, y avivar el deseo de instruirse en los principales ramos del saber, se hallan, en el más alto grado, en la historia antigua de Oriente. (LORENTE 1876b: 8-10)

La trama del texto sobre la historia antigua del Oriente es la del nacimiento y degeneración del hombre primitivo. Esta trama o narrativa maestra, cristiana y liberal, está presente en toda la obra de Lorente, como en la de la gran mayoría de los historiadores americanos y europeos de su época. «En el Oriente degeneró pronto la familia de su pureza primitiva, que le ha devuelto el cristianismo». El traspaso de la poligamia pudrió a la sociedad desde adentro. La caída del hombre oriental desde su primitivo estado de libertad y pureza es confirmada por las nuevas disciplinas científicas de la Historia Universal: la Arqueología, la Etnografía, y sobre todo la Filología:

0_intro thurner.p65 50 29/11/2006, 12:13 p.m.

> Si en las primeras tribus, a juzgar por los nombres con que en las lenguas primitivas se designan a la madre y a los hermanos, conservaron la santa unión de un solo hombre con una sola esposa; aun bajo la vida patriarcal y mucho más en la relajación de los grandes Estados se introdujo la pluralidad de mujeres, que degrada al bello sexo, aleja de la familia las afecciones más puras, y por la degeneración de la sociedad fundamental, dificulta en gran manera la cultura superior de los pueblos. (LORENTE 1876b: 8-10)

Así, «la práctica pura, primitiva y universal de la monogamia» en las culturas primitivas se degenera bajo la férula de los patriarcas feudales y el despotismo de los estados imperiales. La causa es evidente: las «falsas religiones» arruinan toda sociedad, llevándola a la idolatría, al despotismo, al egoísmo, a la sociedad de castas, a la degradación de la mujer, en suma a la injusticia social:

> [...] sostenida por las clases superiores y autorizada por las falsas religiones, amoldó a los pueblos al yugo, de tal modo, que perdieron el sentimiento de la libertad primitiva; las generaciones nacen, vegetan y se extinguen allí en la inmemorial servidumbre. Los dominadores se rodean de lujo deslumbrador, imperan según su capricho, son dueños de vida y haciendas, y miran al mísero pueblo como un simple instrumento de su poder y de sus goces. (LORENTE 1876b: 24)

A consecuencia del «sistema de castas» en Oriente, el hombre había «olvidado» su «fraternidad universal y original». El pueblo vegetaba y las clases altas se degeneraron, dominadas por el espíritu idolátrico de «la casta sacerdotal». La «injusticia social», las «guerras barbáricas» y también el «despotismo», todos estos males fueron resultado directo de las «falsas» enseñanzas idolátricas de esa casta. Entre los pueblos orientales, sólo los hebreos evitaron el error fundamental de la idolatría.

A pesar de todo, las civilizaciones orientales eran grandiosas y por lo tanto disponían de «poderosos elementos» de fraternidad y unidad que servirán de base para el progreso, una vez removidos los «obstáculos» que son la idolatría, el despotismo y el sistema de castas. Como Marx y muchos otros pensadores occidentales, Lorente esperaba el día en que los pueblos orientales rompieran las cadenas de su servidumbre; ese día estaba muy lejano, porque, en el pensamiento liberal y socialista occidentales, los pueblos europeos y luego los americanos constituían la vanguardia del proceso histórico. También como Marx, Lorente estimó que el colonialismo británico podía acelerar ese proceso progresista en Oriente, brindando tales elementos de modernidad como el gobierno racional, la industrialización y la educación liberal. La diferencia entre Lorente y Marx no radica en la teleología de la historia, sino (entre otras

0_intro thurner.p65 51 29/11/2006, 12:13 p.m.

cosas) en el verdadero estado primitivo del hombre, es decir, en su filosofía histórica. Para Marx y Engels ese estado era «comunista»; para Lorente, tal como para Rousseau, el estado «natural» del hombre primitivo era liberal y monogámico-familiar. Resulta que, en el pensamiento filosófico historicista del siglo XIX, el «destino histórico de la humanidad» era un nombre moderno para el estado primitivo o puro del hombre, cuya realización plena esperaba la modernización revolucionaria y/o evolucionaría de la civilización. Marx y Lorente compartían ese discurso aunque partiendo de «ideologías» y «metodologías» distintas.

Todo «compendio» o texto didáctico de historia debe impartir generalizaciones memorables; sin embargo, es evidente que el *Compendio de la historia antigua del Oriente para los colegios del Perú* de Lorente no dista tanto de las líneas fundamentales del discurso erudito orientalista de su época, estudiado críticamente por Edward Said (1973). El *Compendio* de nuestro autor ofrece una especie de «espejo» del Occidente cristiano contemporáneo: idolatría, despotismo, opresión, inmovilidad histórica. Estos elementos los pudo observar el historiador en otras latitudes y en otros tiempos. La revolución francesa se levantó para borrarlos de la historia. Por eso era indicado hablar de «libertad, igualdad, fraternidad» pero también de los valores filosóficos cristianos de la moral y de la metafísica. Sin estos elementos, «la misteriosa y brillante» pero siempre «frágil» civilización del Oriente jamás podía gozar de un «progreso indefinido». La civilización tendrá que luchar para aniquilar «los obstáculos» que inhiben su evolución definitiva y providencial hacia la Libertad del hombre (LORENTE 1876b: 22-24).

La larga historia de la civilización peruana es como la de Oriente, «misteriosa, brillante y frágil», pues «en las situaciones más esplendentes y envidiables han ocurrido catástrofes impensadas, trastornos violentísimos e invasiones destructoras». Estos hechos «harían desconfiar del porvenir del Perú» si no fuera por «su grandeza pasada, sus elementos actuales y sus condiciones indestructibles de progreso» que, tal como en el Oriente, «le asegurarán días más y más prósperos» siempre «que sepa sentir todo el valor de la libertad y marche según las miras de la Providencia» (LORENTE 1876c: 3). Sin embargo, el Perú no es sinónimo de Oriente; su historia antigua presenta elementos comparables a los de Grecia y Roma.

Lorente tiene una visión más matizada de la Grecia antigua. La antigüedad clásica presenta un escenario sangriento «de libertad y opresión». Se define por una serie de luchas tenaces y heroicas entre las fuerzas de la libertad e independencia y las de la barbarie y tiranía, entre hombres libres y filosóficos y hombres esclavos y brutos. A diferencia de Oriente, la historia antigua de Grecia ofrece una gran «variedad

0_intro thurner.p65 52 29/11/2006, 12:13 p.m.

de gobiernos, desde el individualismo a la comunidad espartana» y desde las monarquías (paternales o tiránicas) hasta las repúblicas (timocráticas, oclocráticas, aristocráticas y oligárquicas). Hay, además, las «numerosas confederaciones» en donde alguna ciudad ejerce supremacía sobre las demás; ello se ve en diversas épocas, por ejemplo en Atenas, Esparta y Tebas (LORENTE 1876d: 143). Por su diversidad de instituciones y por su pensamiento libre e independiente

> [...] la Grecia, que era el más pequeño país de Europa, ejerció en la civilización antigua un influjo superior al de los mayores imperios de Oriente: ninguno le igualó en grandes hombres, hechos memorables, instituciones políticas, sabias doctrinas y obras maestras; hasta hoy es para las naciones más adelantadas una escuela de filosofía, bellas artes y letras. El estudio de su historia es por lo tanto sumamente instructivo. (LORENTE 1876d: 1)

La historia antigua romana tiene una importancia suma por ser «sepulcro de las naciones antiguas y cuna de las modernas» y además escenario primigenio de una dramática proscripción, por parte del «irritado» pueblo romano, de los reyes etruscos en la tiránica figura de Tarquino.

El estudio de la historia romana es tan agradable como útil; presenta la interesante vida del pueblo romano, que fue el sepulcro de las naciones antiguas y la cuna de las modernas; abunda en sucesos extraordinarios, rasgos de heroísmo, grandes instituciones y hombres notables; nos da a conocer los principales orígenes de nuestras leyes, de nuestras costumbres y de nuestra lengua; y mostrándonos claramente que las naciones crecen y prosperan por las virtudes, degeneran y caen por los vicios, nos da lecciones de moral más elocuentes que las explicaciones abstractas, y más provechosas que la tarda y amarga experiencia. (LORENTE 1875: 1)

Quizá el gesto fundamental de la *Historia de la civilización peruana* (1879) de Lorente es el puente filosófico que construye entre la historia antigua del Oriente y la del Occidente. Es un libro sintético que refleja la madurez del pensamiento filosófico-histórico de Lorente, resumiendo lo ya sabido, pero también lanzando sorprendentes propuestas. Anticipa los debates, ejes y tendencias doctrinarias y pedagógicas que definirán el pensamiento histórico peruano del siglo XX,[30] entre ellos la problemática recurrente del «socialismo incaico» que marcará los contrastes entre el positivismo, el indigenismo, el socialismo y el peruanismo integral, desde Javier Prado y Castro Pozo hasta Mariátegui y Basadre. La noción de Lorente es que «el estado social» del Perú antiguo, cuyo «elemento permanente y civilizador» es su «espíritu comunal», demuestra elemen-

[30] Ver PORTACARRERO y OLIARTE 1989.

0_intro thurner.p65 53 29/11/2006, 12:13 p.m.

tos propios hasta cierto punto comparables o parecidos a los de «la comunidad de Esparta» y también a «los Imperios del Oriente».

Según Lorente el «elemento permanente» de la civilización peruana desde la época primitiva hasta la contemporánea, vale decir, la manifestación constante del «alma» del pueblo-raíz en la larga historia peruana, es el «espíritu comunal» de su gente. En este concepto clave de «espíritu comunal» encontramos una parte del motivo por su utilización del nombre «civilización peruana» y no el de costumbre, es decir, la «civilización incaica». Es que la civilización era más profunda y más antigua que los incas. «Las partes integrantes del estado, la base permanente de la constitución social eran las comunidades [...] no solo florecieron en el gobierno de los Incas, sino que subsistieron en muchas partes después de su destrucción, durante el coloniaje y aun en la República peruana». Para Lorente el nombre de una civilización de origen preinca y basada en las comunidades, tenía que ser «peruana». El nombre «andina» aún no era usado en el discurso histórico; en cambio, hace varios siglos que «peruano» circula como el nombre de una gran cultura, y aun de «la nación más imponente de América». Sin embargo es probable que, aun estando disponible el nombre «andina», Lorente hubiera escogido «peruana» por su resonancia contemporánea con un «destino» o proyecto nacional. Así Lorente concentra, en el nombre de una civilización antigua, la metamorfosis del «libro de los reyes» en el libro antiguo en que «el maestro de escuela» enseña a leer a la sociedad moderna.

El espíritu comunal y el socialismo incaico

El «espíritu comunal» del pueblo-raíz peruano fue articulado en un «estado social» unificado sin violencias y por leyes sabias formuladas por el reformador Manco Capac y basadas en las ya existentes instituciones comunales, siendo luego ampliado por la dinastía incaica. Era precisamente este elemento comunal, voluntario y «suave» del estado social peruano «realizado en escala vastísima» lo que le distingue al Perú de los imperios «despóticos» orientales y que lo asemeja a la Esparta antigua:

> Lo que la civilización del Perú ha ofrecido de más extraordinario y permanente en el estado social ha sido el espíritu comunal, que apareció desde los primeros albores de la vida civil, recibió una organización admirable en el imperio incásico, dejó sentir su influencia bajo los Virreyes y aun no ha desaparecido enteramente; lo que entre los Griegos consiguió difícilmente Licurgo en el reducido territorio de Esparta, lo que en nuestros días se relega entre las peligrosas utopías del socialismo, fue realizado por Manco Capac y sus sucesores en escala vastísima,

0_intro thurner.p65 54 29/11/2006, 12:13 p.m.

> haciéndose solidario el destino de las comunidades y provincias, sin trastornos, ni crímenes, sin holgazanería, ni violencias, en dulce paz, con bien estar común, con la regularidad de un convento y con las aspiraciones concertadas de una familia, cuyos individuos están cordialmente unidos. (LORENTE 1879: 4)

Para Lorente, el socialismo en gran escala es un fenómeno social que pertenece a la época antigua-tardía de la historia. No es el estado primitivo del hombre ni tampoco el destino histórico de la humanidad. En el mundo contemporáneo se presenta más bien como una «utopía peligrosa» que no está en armonía con el progreso de la civilización hacia la libertad providencial.

Pero ¿por qué no perduró el socialismo incaico si se basaba en un elemento tan «permanente» como el «espíritu comunal» del pueblo peruano?:

> El socialismo en la escala más vasta [...] no podía durar, porque contrariando los más poderosos sentimientos de libertad, propiedad y familia debía debilitarse y corromperse a medida que se extendiera, y de continuo estuvo expuesta a una destrucción súbita, porque la jerarquía social dejaba el destino de todos pendiente de una sola cabeza […] Los intereses de la patria se confundían con el de la autoridad. (LORENTE 1879)

O sea, la tendencia monarquista e imperialista del estado incaico lo condenó a muerte, para que «los intereses de la patria» pudieran seguir con vida. Pronto se presentarán las condiciones para una nueva «siembra» de la vieja semilla comunal. Sin embargo, las comunidades indígenas tal como existían en la antigüedad y tal como supervivían, en ciertos casos, durante el coloniaje español, no podían servir de base para la nueva nacionalidad del Perú contemporáneo. El problema yacía en el «sentimiento comunista» de la «parentela» extendida en el ámbito comunitario. Esta estructura interna de la comunidad, a la vez que los sostenía materialmente, oprimía a la mujer y a los ancianos, «violentando el corazón humano» y contrariando los principios organizativos fraternales y familiares de la nación contemporánea. Estas tendencias eran, sin embargo, remediables y hasta cierto punto habían sido canceladas antiguamente durante el imperio incaico por «instituciones más humanitarias» y por «la inalterable ternura del carácter nacional»:

> El gran vacío de la comunidad [...] era la imperfecta organización de la familia, de la que están pendientes el destino de los individuos y el de las naciones: los tiernos afectos y la providencial solicitud, que en las sociedades bien construidas deben unir entre sí a esposos, padres, hijos y hermanos, perdían en intensidad y dulzura, cuanto los lazos de la paren-

0_intro thurner.p65 55 29/11/2006, 12:13 p.m.

> tela habían ganado en expansión; debilitados los afectos de la sangre por los sentimientos comunistas [...] los seres flacos por el sexo o por la edad tenían mucho que sufrir. La mujer, más que la compañera, era la sierva del marido [...] los ancianos [...] solían ser vistos con indolente indiferencia, cuando no eran dejados en el más lamentable abandono. Tales serán siempre los efectos del socialismo, que, violentando el corazón humano, sacrifica a la fraternidad oficial los sentimientos más íntimos, más dulces y más generosos, fuente inagotable y pura de la más deliciosa abnegación. (LORENTE 1879: 153-154)

La historia colonial de la moderna civilización peruana

¿En qué consistía la historia de la civilización peruana bajo las dinastías ultramarinas? La «historia antigua» del Perú se encuentra con la «historia media» de Europa, dando por resultado la «edad moderna» universal. España se presenta a «la vanguardia de Europa», abriendo un nuevo mundo. Esto significa para el Perú una pérdida, pero también una muy valiosa e irreversible ganancia o avance. Por un lado, «la sujeción colonial hacía perder el sentimiento de la existencia nacional. Colocado el poder central al otro lado de los mares no era dado a la nación tener la idea clara de sus necesidades, ni de sus recursos». Por otro, «la Providencia […] jamás borra unos nombres del libro de la vida, sino para escribir otros». El nombre primitivo de la civilización peruana, en otras palabras, no será borrado:

> Al desaparecer el Imperio de los Incas hacía germinar las semillas de una nueva nación: los mismos principios que habían dado origen a la conquista, debían producir la independencia de la colonia [...] ninguna fuerza de la tierra era bastante [par]a ahogar los gérmenes de progreso: la cultura de los Incas, el cristianismo y la influencia española, quedaron en el Perú junto con la grandeza imperecedera del país para reparar los estragos que siguieron a la caída del Imperio. (LORENTE 1861: 494-495)

En realidad, «el Virreinato daba a los Peruanos una influencia más extensa y más gloriosa que la dominación de los Incas, y bajo las apariencias uniformes de la inmovilidad ocultaba un progreso variado». La Lima virreinal, centro del poder peruano colonial, «contribuyó […] a formar las nuevas sociedades, con las que la emancipación había de establecer siete Repúblicas hispano-americanas y uno de los estados de la federación colombiana» (LORENTE 1879: 4-5).

Así, Lorente no compartió la visión nativista y antihispánica acerca de la Colonia cultivada por algunos republicanos «radicales», entre ellos

0_intro thurner.p65 56 29/11/2006, 12:13 p.m.

Simón Bolívar, Benito Laso, Juan Espinosa y Santiago Távara, sobre todo durante la época posindependencia: «El cúmulo de abusos, miserias, humillación y rémoras inherentes a la civilización colonial, ha dado ocasión a que no solo se nieguen todos sus beneficios, sino a que se tenga ese período trisecular como un paréntesis en la cultura de los peruanos, como un retroceso o un letargo» (LORENTE 1879: 5). La larga perspectiva filosófica de Lorente jamás podía admitir semejante juicio «superficial» y «cínico» que, por lo demás, demostraba tamaña ignorancia del «movimiento general» y providencial de la humanidad hacia la modernidad y libertad universales:

> Casi todas las influencias que conservaban a la sociedad peruana bajo la organización colonial, impedían los progresos rápidos, ya alejando los medios, ya amortiguando el deseo de mejorar de situación. Mas la Providencia que todo lo encamina al bien de la humanidad, hacía servir la lentitud de los movimientos a la formación más regular y por lo mismo más sólida de la nueva nacionalidad. El pasado se transformaba sin perder su valor; los elementos extraños se acercaban más; la población echaba hondas raíces en el suelo; su porvenir deslumbraba menos, pero era más sólido. Los cuerpos políticos, como los seres vivos y como los cristales, solo adquieren una perfección estable cuando se forman en las condiciones naturales de espacio, tiempo y reposo. (LORENTE 1863: 382)

La «nueva nacionalidad» moderna peruana sufría reveces por el hecho colonial de ser gobernada por una lejana monarquía, pero su nombre y glorioso pasado no pudieron ser borrados, siendo más bien transformados «sin perder su valor» (LORENTE 1863: 382-383).

La historia contemporánea del Perú y del mundo

La versión de Lorente de la historia del Perú independiente está marcada por la historia universal de la edad contemporánea, iniciada por la revolución francesa. Lorente se identifica plenamente con la «edad de las revoluciones», juzgando que su época se caracteriza por «el espíritu revolucionario, el predominio de la democracia, la solidaridad creciente de los pueblos y el progreso rápido». Es, además, una época sin igual en la historia porque «la civilización del siglo XIX alcanza una grandeza, a que nada puede compararse en los tiempos antiguos, ni en los modernos, sin que por eso esté exenta de sufrimientos y de extravíos» (LORENTE 1876a: 1).

A pesar de las reacciones monarquistas de los 30 y del decadente «cesarismo» de los 60 en Europa, el liberalismo, «fundamento de toda revolución contemporánea», avanzaba sobre el terreno tanto en Europa

0_intro thurner.p65 57 29/11/2006, 12:13 p.m.

como en las Américas. Además, se dieron progresos notables en los «estados despóticos» de África, Asia y Oceanía, sobre todo en las colonias británicas y, en algunos casos como el de la India, por medio de la insurrección. «Calcuta y otros grandes centros ostentaban bellos establecimientos de instrucción y beneficencia. Mas el despotismo de la Compañía de las Indias Orientales se hacía más y más intolerable» (LORENTE 1876a: 184). El motín de 1857 frenó los peores abusos de la Compañía rapaz, pero la rebelión fracasó por las divisiones religiosas entre musulmanes e hindúes, y por el exaltado monarquismo restaurador en Delhi en favor del gran Mogul. Hubo, además, una reacción terrorista británica, «ejecuciones por millares, varias de ellas mediante la metralla». Al gobierno informal de la Compañía sucedió el de la reina en 1858, «animada de miras más elevadas, más económico y justiciero» (LORENTE 1876a: 185-6). La autoridad en las colonias holandesas de Malasia ya «no admite esclavos y deja a los naturales administradores propios vigilados por el gobierno colonial; respeta las creencias y costumbres locales, y solo impone cargas moderadas». En las islas Filipinas españolas, la autoridad colonial «los gobierna con alguna dulzura y promueve la conversión de los idólatras». Mientras que «las colonias inglesas» de Australia y Nueva Zelanda ya «han principiado en la época contemporánea» y «no tardarán en hacer de ellas los Estados Unidos de Oceanía» (LORENTE 1876a: 191-2).

Hacía tiempo que en las colonias españolas de América se venía preparando la vida independiente de la época contemporánea. Sólo había que esperar «el momento señalado por la divina providencia para la vida independiente del Nuevo Mundo»:

> La emancipación de la América española fue preparándose de lejos por causas diversas […] No podía ser duradera la sujeción de un inmenso y distante territorio a la débil España […] Hallaba ésta ya en sus condiciones locales, ya en su historia elementos poderosos para la vida independiente: incalculables riquezas […] naturales; la antigua grandeza de los imperios peruano y mexicano respondía del porvenir de poderosos estados; en toda la duración del coloniaje habían ocurrido tentativas de emancipación, a las que solo faltó la oportunidad para el éxito completo […] El gobierno español no sabía administrar bien países, que apenas conocía […] además de las absurdas y ruinosas restricciones impuestas al movimiento civilizador […] La independencia de los Estados Unidos, tan gloriosa como próspera, no podía menos de animar a romper el ominoso yugo. Más tarde la de Santo Domingo movía a mirarlo como una vergüenza, y al fin la del Brasil descubría, cuanto tenía de frágil […] La revolución francesa vino a revelar los derechos, las conveniencias y las aspiraciones, que condenaban el coloniaje. El venezolano Miranda, que

0_intro thurner.p65 58 29/11/2006, 12:13 p.m.

> había estado al servicio de la república francesa, inició con una expedición prematura la emancipación de su patria; Aguilar y Ubalde conspiraron en el Cuzco, con fin trágico, por la del Perú […] La defensa heroica que en 1806 y 1807 hizo Buenos Aires contra formidables armamentos británicos, dio a la América española el sentimiento vivo de sus propias fuerzas […] La guerra de la independencia de España ofreció a la de sus colonias, la ocasión más propicia […] La abolición del Santo Oficio, los ayuntamientos populares, la libertad de imprenta y las demás medidas liberales traían por resultado lógico el desarrollo de las ideas libertadoras […] De 1808 a 1810 estallaron en toda la América española sin concierto previo movimientos tan uniformes, tan espontáneos y tan grandiosos, que revelaron a las claras haber llegado el momento señalado por la divina providencia para la vida independiente del Nuevo Mundo. (LORENTE 1876a: 204-6)

Lima y el Perú fueron escenarios de tempranas conspiraciones independentistas (Aguilar y Ubalde y luego Pumacahua en Cuzco, los movimientos de Huánuco y de Tacna, tentativas en Lima) pero también de una mayor eficacia de reacción y negociación españolas, dando por resultado un equilibrio de fuerzas. Su misma grandeza hizo necesario un movimiento continental «con el concurso de las huestes libertadoras, originarias de todos [...] los nuevos estados» hijos del gran Perú virreinal (LORENTE 1879: 5). Sin embargo, no habría sido necesaria la intervención de Bolívar «si San Martín no hubiera postergado la emancipación por malhadados proyectos de organización monárquica». Lorente narra el momento sanmartiniano de esta forma:

> El Perú, último baluarte de la dominación española […] iba a ser libertado por acción combinada de los independientes del norte y del sur, secundada por el entusiasmo de sus propios hijos […] El Perú se conmovió a la llegada de sus libertadores; el virrey Pezuela, a quien había desconcertado la revolución constitucional de la península, entró en negociaciones conciliadoras con los patriotas; y durante la suspensión de armas Guayaquil se pronunciaba en el norte, y Arenales hacía una marcha triunfal por la sierra, coronada con la victoria de Pasco. Rotas las hostilidades desembarcaban San Martín en Ancón, Cochrane se apoderaba de la Esmeralda en la bahía del Callao con admirable valor […] Si San Martín no hubiera postergado la emancipación por malhadados proyectos de organización monárquica, la independencia se habría consumado sin combates azarosos: todo el norte estaba ya independiente por el pronunciamiento espontáneo de los pueblos; el centro volvía a levantarse en torno a Arenales, no obstante la presión de las fuerzas realistas, y el sur acogía con entusiasmo a las columnas libertadoras, comandadas por

0_intro thurner.p65 59 29/11/2006, 12:13 p.m.

> Miller […] El virrey, que no podía sostenerse en Lima, huyó a la sierra, y al ser perseguido activamente la lucha habría sido de corta duración. Los libertadores fueron acogidos en la capital con entusiastas aclamaciones, y el 28 de julio de 1821 fue jurada la independencia con júbilo general, puro e indescriptible después que hubo exclamado San Martín: El Perú es libre e independiente por la voluntad de los pueblos y por la justicia de su causa, que Dios defiende. (LORENTE 1876a: 228-229)

Después de la entrevista de Guayaquil vino la intervención providencial del gran hombre universal. Bolívar marcha al Perú a cimentar la histórica causa republicana de la época contemporánea:

> Simón Bolívar […] había recibido en Europa y al lado de su maestro D. Simón Rodríguez, la educación del gran mundo; asistió a la proclamación del emperador Napoleón, y juró en Roma consagrarse a la emancipación de la América española. Su nacimiento, riquezas y educación le daban mucha consideración entre las clases acomodadas; su mirada de águila, su exterior imperioso y su elocuencia vehemente avasallaban al vulgo; de aspiraciones sublimes, de vasta inteligencia, y de imaginación volcánica, se fascinaba a sí mismo y fascinaba a los demás con gigantescos proyectos; desprendido, audaz, infatigable, con una voluntad inflexible y con una fe incontrastable en la derrota lo mismo que en la victoria, era la imponente personificación de la América independiente. (LORENTE 1876a: 220-221)

Así es que, en la historia contemporánea universal de Lorente, el Perú es teatro privilegiado del gesto emancipador del gran héroe de la epopeya de la independencia americana.

La gloriosa iniciación bolivariana de la historia contemporánea en el Perú obtendría, sin embargo, consecuencias infelices al afincarse el militarismo caudillista. Pero no todas fueron infelices. Algunos caudillos lucharon por grandes causas nacionales, «por la grandeza y prosperidad de la patria»:

> Las miras políticas de los caudillos libertadores, la índole sumisa del pueblo, que le hace fácilmente instrumento del poder militar, la preponderancia natural de las armas en prolongadas contiendas interiores y exteriores, la falta de educación republicana, todo daba en el Perú la preponderancia al ejército, que ponía y quitaba presidentes, eligiéndose siempre en su seno. La fuerza armada, y no la ley, ni la opinión pública regían los destinos de la república; sin que por eso estuvieran siempre los caudillos militares en oposición con los intereses nacionales, ni destituidos de celo ilustrado por la grandeza y prosperidad de la patria. (LORENTE 1876a: 272-3)

0_intro thurner.p65 60 29/11/2006, 12:13 p.m.

Es evidente que Lorente tiene en mente al mariscal Ramón Castilla, el caudillo protector «necesario» que pudo asegurar «con su prestigio» entre los militares la actuación de la popular revolución liberal de 1854-55:

> En 1854 estalló la más general de las revoluciones populares: todo el poder militar, disponiendo de inagotables recursos, no pudo impedir, que los revolucionarios, después de otros inesperados triunfos, consiguiesen la victoria completa de la Palma (1855). La revolución, fiel a su programa, quiso asegurar el porvenir de la democracia con reformas radicales, abolió los fueros, la pena capital, la esclavitud de los negros y el tributo de los indios, los diezmos y otras reformas del progreso social; organizó en sentido liberal la instrucción pública y dio la constitución democrática de 1856. (LORENTE 1876a: 278)

Sin embargo, luego Castilla se sobrepuso al liberalismo, haciendo «disolver por un piquete de soldados la convención nacional, desprestigiada por su larga duración». Luego, Castilla «recobró parte de su prestigio» apoyándose en las condiciones de la prosperidad reinante. Al final de cuentas, «la administración del general Castilla es hasta ahora la época más feliz del Perú independiente» (LORENTE 1876c: 239).

Pardo asciende a la silla presidencial en jornada cívica (1872); a pesar de la inestabilidad financiera, la república debía presentar presagios de su «glorioso porvenir», pues se conmemoraba 50 años de vida independiente y había mucho que agradecer (es un hecho que la producción historiográfica de Lorente en estos años es estimulada por este acontecimiento simbólico). Ahora Lorente juzgaba que el militarismo debía sucumbir, ya que estaba cubierto de «ignominia»:

> Pardo daba en sus eminentes dotes de estadista y en su inmensa popularidad muchas garantías de una administración apacible y próspera. Procuró desde luego ensanchar la vida de los pueblos, con la descentralización administrativa y las amplias facultades de los consejos populares; quería terminar las grandes líneas de ferrocarriles, y en todos los ramos se proponía hacer sentir su actividad inteligente y bienhechora; pero, sea por las tentativas reaccionarias, que han dificultado las mejoras apacibles, sea principalmente porque el malestar financiero, producido por anteriores desaciertos, supere la habilidad del mejor hombre de estado, la república ha presentado y presenta todavía una situación gravísima, llena de sufrimientos y peligros. No por eso dejan de ser tan incuestionables, como grandiosos los progresos realizados por el Perú en medio siglo de vida independiente. La grandeza tradicional, el suelo privilegiado, las reformas emprendidas y el espíritu nacional, solícito y capaz de la mayor cultura, anuncian siempre a la república un glorioso porvenir. (LORENTE 1876a: 282-3)

0_intro thurner.p65 61 29/11/2006, 12:13 p.m.

IV. Sobre la tumba de Lorente

Es fácil juzgar retrospectivamente que todo ese «glorioso porvenir» era «falaz», pero ello no nos ayuda a entender la producción histórica de un discurso histórico que, en sus grandes líneas, aún rige en el Perú. Lo cierto es que el período 1855-1879 fue relativamente próspero, de un crecimiento económico y una expansión del estado marcado por una nutrida producción intelectual y cultural.[31] La guerra con Chile termina abruptamente con esta época de relativa prosperidad y libertad republicanas. *Historia de la civilización peruana*, su último libro, es publicado en el año gris de 1879. Lorente sobrevive la ocupación chilena, pero muere poco después, a fines de noviembre de 1884.

Hemos insinuado a lo largo de este estudio que la obra de Lorente, vista como «narrativa maestra» de la historia peruana, fue fundacional y es fundamental para la comprensión crítica de la invención republicana y postcolonial de una larga y unitaria historia nacional. Repitámoslo: Lorente fundó la visión sintética y genealógica de la nación peruana como «ser» histórico o «espíritu» de origen primitivo y con destino providencial, y lo hizo más de medio siglo antes que Basadre. Sin embargo, nuestro trabajo ha sido hasta cierto punto arqueológico. Con contadas excepciones, los historiadores peruanos del siglo XX no tienen una opinión formada sobre la obra de Lorente o, si la tienen, ésta es breve y poco favorable.[32] Hace mucho tiempo que los libros de Lorente están en desuso. Al parecer, ninguna biblioteca pública limeña posee su obra completa. Dada la importancia crítica de esta obra nos cabe indagar, sin desear «rescatar» lo muerto, y más bien con miras a la crítica vital del discurso histórico peruano de mañana, acerca de la relativa indiferencia que rodea su tumba.

Los primeros escritos de Lorente acerca del Perú fueron publicados en el periódico oficial de la revolución del 54, *La voz del pueblo*. Fueron recibidos con las ácidas críticas de su principal rival intelectual y partidario del bando enemigo de Echenique, Manuel Atanasio Fuentes. El tono *ad hominem* de estas críticas se repite cuando se publican los primeros tomos de su *Historia general del Perú*. Mencionamos estas críticas perjudiciales del «Murciélago» no porque merezcan ser repetidas, sino por el hecho de que encontrarán eco en las opiniones emitidas por ilustres peruanos del siglo XX.[33] En los periódicos de la época, Fuentes y

31 Véase los diversos trabajos de Paul Gootenberg y de Carmen Mc Evoy.

32 Excepción notable es la inteligente y útil ponencia presentada al *V Coloquio de Estudiantes de Historia en el Perú*, por Gabriel Ramón Joffré, «La Historia del Perú según Sebastián Lorente» (1994).

33 Ver «Tres preguntas al Señor Lorente», por Manuel A. Fuentes, *El Comercio*, 1855; reimpreso en FUENTES 1866, 1: 164. Ver asimismo diatriba firmada «Los Peruanos» en *El Comercio,* 7 de agosto de 1867 y *El Comercio,* 17 de julio de 1867.

0_intro thurner.p65 62 29/11/2006, 12:13 p.m.

compañía (siempre ocultos tras seudónimos tales como «un bípedo» y «el murciélago» y «unos peruanos») intentan bajar la reputación de Lorente tachándolo, entre otras cosas, de «cuadrípedo» y «lustrador de zapatos» de Castilla a quien sólo le interesa cobrar sueldos del estado. Lo tildan de «mero narrador superficial» e «inmoral» sin méritos de pensador, de «espía» al servicio de la reina de España, y de «apologista» de la conquista. Los ataques sensacionalistas y xenofóbicos aumentan cuando circula el rumor de que Lorente va a ser nombrado Ministro de Educación (un imposible bajo la Constitución), cuando obtiene la comisión para editar las *Memorias de los virreyes* que él mismo encontró en el Archivo de Indias (Fuentes estuvo tras esa comisión y luego será quien edite los tomos que Lorente dejó sin terminar) y cuando vuelve de Europa para reasumir sus actividades en el Perú. Aunque Lorente es defendido hábilmente por sus amigos y apreciadores entre la intelectualidad peruana de la época, cuyas cartas editoriales ponen en tela de juicio el carácter interesado y xenofóbico de las críticas, Lorente no las consideró dignas de respuesta propia.

El epitafio profesional sobre la tumba de Lorente es grabado en piedra con los pronunciamientos «funerarios» de dos estudiantes neopositivistas cuyas tesis marcaron una nueva etapa en la historiografía peruana: José de la Riva-Agüero y Víctor Andrés Belaúnde. En sus ensayos sobre historiografia peruana, Pablo Macera sostiene equivocadamente que «el primer historicismo» en el Perú fue el de la generación de Riva-Agüero y Belaúnde; curiosamente, Macera califica este «historicismo» de «tradicional» cuando en realidad representaba una heterodoxa versión local de la nueva historiografia positivista o neopositivista. Para Macera, la historiografia del siglo XIX, incluyendo por supuesto la obra de Lorente, no valió la pena porque no produjo ninguna síntesis, sólo «textos escolares».[34]

Lo que podríamos llamar una visión «sigloveinticentrista» sobre el origen del moderno discurso histórico en el Perú se repite *ad nauseum*. En su inteligente reseña de la obra de Jorge Basadre, Gustavo Montoya afirma no sin razón que «luego de la Independencia y hasta el final de la Guerra del Pacífico, lo que tenemos es un escenario historiográfico en el que predominó la narración de acontecimientos» (MONTOYA 2002, I: 18). Pero Montoya cae en el error de sus antecesores al juntar en un saco a «Mariano Felipe Paz Soldán, Sebastián Lorente, Mendiburu, Bilbao, Santiago Távara, Odriozola, Gonzales de la Rosa, Nemesio Vargas, José Toribio Polo y, en una sección aparte, a Ricardo Palma» concluyendo que «ninguno de ellos produjo una síntesis del proceso histórico peruano». Pero lo que más sorprende es el pronunciamiento que sigue: «no tendrían

[34] Pablo Macera, «Historia e Ideología» y «El historiador y su oficio», en MACERA 1988, I: 5-7, 129-130.

0_intro thurner.p65 63 29/11/2006, 12:13 p.m.

por qué haberlo hecho. El Perú, como entidad colectiva, apenas si estaba en la agenda ideológica e intelectual de aquella época» (MONTOYA 2002, I: 18). Es difícil imaginar un intelectual más preocupado por una agenda nacional y por un Perú colectivo que Sebastián Lorente. El único historiador de comparables intereses y producciones sería el mismo Jorge Basadre.

Jorge Basadre manifiesta mayor respeto para la obra de los historiadores del siglo XIX, y dedica varias páginas luminosas a Lorente en su monumental historia enciclopédica republicana, reconociendo que Lorente «inicia en el Perú la historiografia universitaria». Basándose en los comentarios de su colega Raúl Porras Barrenechea (todo indica que Basadre no leyó la obra de Lorente con detenimiento), Basadre anota, además, que «Lorente aparece como el único historiador avecindado en el Perú que ha intentado hacer el estudio total de la experiencia histórica nacional en un plano distinto del texto escolar, presentando el estado de los conocimientos según los materiales utilizables en su época» (BASADRE 1968, VII: 169-72). Sin embargo, Basadre cita y sigue el juicio perjudicial de Atanasio Fuentes acerca de los *Pensamientos sobre el Perú*, caracte-rizándolos de «un testimonio ligero sobre el país profundo» (BASADRE 1968, V: 66). Es evidente que, como veremos más abajo, los comentarios críticos e historicistas de Basadre acerca del pensamiento del siglo XIX tienden a descalificar el gesto fundacional de la visión histórica de Lorente, cuyas líneas herderianas son ampliamente manifiestas (aunque no reconocidas) en la propia visión «genética», historicista y totalizadora de Basadre.

Aparte de Carlos Wiesse, profesor sanmarquino de Riva-Agüero y de Basadre y fiel discípulo de Lorente, el más notable defensor y mejor lector de la obra de Lorente en el siglo XX ha sido Porras. En su curso sanmarquino de 1945 Porras califica la obra de Lorente de «pionera», reconociendo su función fundacional como síntesis filosófica y narrativa. En un intento de rescatar la imagen de Lorente, Porras discrepa abiertamente con la sentencia dictada por Riva-Agüero (PORRAS 1963: 489).

En su tesis doctoral de 1910, el joven Riva-Agüero justifica tranquilamente la exclusión de la obra de Lorente; el cómodo criterio nativista de la tesis de Riva-Agüero sólo permite incluir a los historiadores nacidos en suelo peruano. Sin embargo, Riva-Agüero tuvo que adjuntar, al final de la tesis, dos páginas de obligado comentario. Sospechamos (queda por confirmar), que estas breves páginas respondieron a la insistencia de su comité asesor sanmarquino (entre ellos estaba Wiesse), pues era inadmisible borrar el nombre del muy querido ex Decano de Letras de la institución, de una tesis que pretendía calificar «la Historia en el Perú». En sus dos páginas Riva-Agüero corona a Lorente con el «título de Vulgarizador». Dando eco a Fuentes, Riva-Agüero considera que Lorente no merece ser calificado como «un pensador sino un modesto expositor […] sin vocación erudita». No es «ni investigador ni sintético»

0_intro thurner.p65 64 29/11/2006, 12:13 p.m.

sino un «simple narrador, agradable pero superficial». Según el criterio positivista que enmarca la tesis, aun el mejor y último libro de Lorente *(Historia de la civilización peruana)* es calificado, en última instancia, como «errado e incompleto»:

> Sus libros históricos [...] resúmenes vivos y amenos de las noticias ya adquiridas, sin comprobaciones ni referencias de ninguna clase, prescindentes de todo lo relativo a instituciones, cultura y movimiento literario, concretados a lo puramente político y en ello mismo no libres de graves deficiencias y equivocaciones, se leen sin embargo con agrado por el aseo y la fluidez del relato, a pesar de que con frecuencia lo malean declamaciones triviales, adornos de barata literatura y flores de anticuado gusto. (RIVA-AGÜERO [1910] 1965, IV: 539-40)

Es notable que los «prolijos y pesados» historiadores que son para Riva-Agüero «antítesis perfecta» del Lorente «agradable pero superficial» merecen capítulos enteros de detenido estudio a pesar de que, como ya hemos aclarado, ni Mendiburu ni Paz Soldán escribieron Historia en el sentido contemporáneo de la palabra. Resulta que a Riva-Agüero le interesan sus escritos por la utilidad de sus datos, es decir, por su «contribución» erudita. Así Mendiburu y Paz Soldán son incluidos en el «museo erudito» de «la Historia en el Perú» mientras que Lorente queda fuera.[35]

Sugerimos que hay una razón más profunda y hasta inconsciente para la exclusión de Lorente de la tesis de Riva-Agüero. Yace en el hecho «gramatical» o «funcional-estructural» de que el propio discurso histórico de Riva-Agüero se aproxima demasiado al del «Vulgarizador». No hay, por ejemplo, ninguna diferencia apreciable entre el método «crítico» de Riva-Agüero y el de Lorente. Ambos emplean las «pruebas» simples de la «comparación» libre, entonces llamada «historia crítica», secundadas por una amplia dosis de «sentido común».[36] Este hecho no tiene por qué sorprendernos: el maestro de Riva-Agüero era Carlos Wiesse, quien se basaba en el método y en los textos de Lorente. La unión sagrada y fundacional entre patriotismo e historia queda manifiesta en la integridad de las obras de ambos historiadores, aunque desde ideologías distintas.[37] La narrativa maestra de la historia peruana en ambos es la del «gran Perú» y ésta tiene raíces en la historiografia colonial. Sus

35 Ante la iniciativa de los alumnos de la Facultad de Letras, Riva-Agüero preside una comisión sanmarquina para conmemorar la labor de Lorente en el centenario de la independencia. El pedestal de bronce, ubicado en el parque Universitario, identifica a Lorente con las palabras de «Maestro de la Juventud Peruana»; el acta redactada por Riva-Agüero se expresa en el mismo tono de la tesis. Véase Jorge Guillermo LEGUÍA, *Monumento a D. Sebastián Lorente*. Lima, 1918.

36 Ver p. j. *La Historia en el Perú* [1910], en RIVA-AGÜERO 1965, IV: 140-143.

37 «La estrecha relación entre la historia y el patriotismo es de evidencia tal que constituye un lugar común [...] La patria es una creación histórica. Supone no solo la cooperación

0_intro thurner.p65 65 29/11/2006, 12:13 p.m.

visiones del estado inca son también bastante parecidas. Riva-Agüero y Lorente buscan, a su manera, la revaloración crítica de la obra de Inca Garcilaso de la Vega, ambos fueron impactados por las breves reflexiones de Prescott, aunque, curiosamente, Riva-Agüero está más cerca de la tesis orientalista de Prescott que Lorente. Basándose en la frenología del médico estadounidense Samuel G. Morton y en el orientalismo americanista que iniciara Humboldt, Prescott había sostenido que los incas constituían «una raza superior» a las demás «tribus bárbaras» nativas del Perú; además anotaba que los incas tenían origen asiático y también provenían de migraciones mexicanas o toltecas más inmediatas. El incaico era un «estado despótico» a lo Oriental, cuyo gobierno «paternal» tuvo el efecto de neutralizar las «energías individuales» de sus sujetos dóciles, dando por resultado un legado de servilismo e inmovilidad histórica luego acentuados por el despotismo español (PRESCOTT [1847] 1874, I). Riva-Agüero confirmó en parte esta tesis, sosteniendo que el estado inca era un «imperio despótico» comparable a «una China joven» y que «en mucha parte es responsable de los males que todavía afligen el moderno Perú» (RIVA-AGÜERO [1910] 1965, IV: 179-80). Como veremos más abajo, y como también se aprecia en el texto de la *Historia de la civilización peruana*, la posición de Lorente sobre los incas es algo más matizada. Finalmente, aunque Riva-Agüero se inclina parcialmente hacia los nuevos procedimientos «modernos», es evidente que comparte con Lorente el deseo de escribir una animada «historia filosófica» del Perú. En esta última tarea del «verdadero» historiador es razonable concluir que Riva-Agüero no logró superar a Lorente.

En cuanto a su opinión acerca de la obra de Lorente, la tesis de Víctor Andrés Belaúnde es aún menos estimable (si tal cosa es imaginable) que la de Riva-Agüero. Sin embargo, un lector de Lorente se preguntará si Belaúnde en realidad había leído dicha obra con algún detenimiento. En su tesis en jurisprudencia, «El Perú antiguo y los modernos sociólogos» (1908), Belaúnde escribe estas palabras: «Siguió a Prescott, informándose en el criterio de los trabajos sobre la historia de la civilización de Inglaterra de Buckle, el Señor Lorente, historiador superficial y diluido. Su obra, principalmente descriptiva, sin ideas de conjunto, es inferior al trabajo de Prescott» (BELAÚNDE 1908: 32).

Por el contrario, es evidente que la historia de Lorente se distingue de la de Prescott en varios puntos clave de interpretación, como veremos más abajo. Además, Lorente critica duramente la visión naturalista y positivista de Buckle, que nada tiene que ver con la historia de la civilización que escribe el guadalupano (LORENTE 1879: 8-9). Es por lo demás

de todas las generaciones sucesivas. Vive de dos cultos igualmente sagrados, el del recuerdo y el de la esperanza». RIVA-AGÜERO [1910] 1965, IV: 504-5.

0_intro thurner.p65 66 29/11/2006, 12:13 p.m.

abundante y evidente que Lorente elaboró una muy consistente y manifiesta «idea de conjunto» de la historia peruana. Según los criterios de su época y escuela, la historia que escribió Lorente no es para nada «descriptiva» ni «superficial» y tampoco «diluida»: todo lo contrario. Se trata, como hemos constatado arriba, de una historia filosófica y sintética de la civilización, basada en el método de la «historia crítica» y en las narrativas maestras (sobre todo las de Kant, Herder y Hegel) de la «Historia Universal». La obra de Lorente abrió «el libro de los reyes» a la lectura del pueblo moderno de la república, dando paso a la edad democrática de la historia nacional.

Por otro lado, es cierto, como ya hemos mencionado, que las breves pero prestigiosas reflexiones de Prescott influyeron en la obra de Lorente, pues Prescott y Lorente compartieron ciertas «prefiguraciones» liberales y providenciales de la Historia. Sin embargo, la influencia de Prescott es limitada. La narrativa protestante y orientalista del historiador norteamericano implicaba un paradigma anglosajón acerca de la decadencia imperial española, analizada en otro contexto por Richard Kagan (1996). Lorente no compartió ese paradigma. Como a cualquier pensador liberal del siglo XIX, la aparente organización del estado inca iba a preocupar a Lorente. Por eso admite que la civilización peruana bajo los incas en su «estado ideal» dejaba mucho que desear; y considera que tendía hacia el despotismo monárquico y, por lo tanto, a la inmovilidad histórica. Sin embargo, desde la «historia crítica», o sea, la perspectiva comparada, el estado incaico era admirable:

> Mas, si no consideramos las instituciones incásicas en su relación con el ideal; si no que las comparamos con otros gobiernos imperfectos [...] las creyéramos sin duda dignas de elogio y admiración: ofrecieron un sistema admirable por sus proporciones, el vasto conjunto de sus partes y su general armonía [...] produjeron gran suma de bienestar, y echaron las bases para la unidad y engrandecimiento del Perú. (LORENTE 1879: 146-7)

El hecho es que la visión lorentina acerca del estado incaico y su legado actual es menos pesimista y menos orientalizante que la de Prescott. ¿Por qué? Cabe mencionar tres cosas: primero, la trama totalizadora y patriótica de la historia republicana de la civilización peruana implicaba una cierta simpatía con el gesto civilizador y patriótico garcilacista (que Prescott no pudo compartir). Segundo, para Lorente y su clase de historia, los «primeros orígenes» de la civilización eran de suma importancia «nacional» porque fijaban su naturaleza y por tanto su destino, a partir del cual se procedía a la identificación de los «obstáculos» a su desarrollo hacia la libertad providencial. En cambio, Prescott sostuvo que los orígenes de Manco Capac y de la civilización incaica yacían en una «tierra de obscuridad más allá del dominio de la Histo-

0_intro thurner.p65 67 29/11/2006, 12:13 p.m.

ria», es decir, quedaba fuera del alcance positivo del conocimiento histórico.[38] Tercero, Lorente fue miembro activo y creyente de un proyecto civilizador lascasiano que propugnaba la redención contemporánea del indio en el Perú. Por lo tanto, su visión del indio fue siempre nutrida por una sólida fe católica y caracterizada por una teología progresista.

A diferencia de Prescott y de otros muchos, Lorente siempre insistió en que la aparente «degeneración» del indio bajo los «despotismos» monárquicos del incanato y del coloniaje español no era tal y aun si lo fuera, no sería irremediable, porque el pasado y el presente lo desmienten:

> Afortunadamente, la servidumbre inmemorial no ha llegado a degradar de una manera general y permanente el carácter del indio, convirtiéndolo en un ser estúpido sin aspiraciones, indiferente a todo, solo capaz de ser llevado por el mal, como han repetido sus opresores. Aun cuando la degradación se hubiera consumado, ahí está la historia, que desmentiría su pretendida ineptitud con los hechos que atestiguan su cultura. (LORENTE 1879: 146-7)

En otra ocasión he explicado cómo semejante gesto histórico de reivindicación del pasado glorioso servía para sostener una visión esquizofrénica del indio, cuyo resultado era abrir una grieta profunda entre el pasado y el presente, dado que el indígena contemporáneo se presentaba como ser «miserable» (THURNER 2003). Sin embargo, vemos que Lorente intenta cerrar esta grieta, al insistir en el heroísmo cívico y la virtud laboral del indio vivo. Así,

> […] no es necesario evocar el pasado para poner fuera de duda los bellos rasgos que le caracterizan [al indígena peruano]: aparece de un valor sereno en el campo de batalla; brilla en la enseñanza superior, en la prensa, en la tribuna y en los libros; ha dado a la iglesia santos y a la patria héroes; su dulzura rara vez se ha desmentido, siendo en su raza más raros los atentados, que en las razas de mejores costumbres; su docilidad, que la ambición ajena ha explotado, puede arraigar el orden social más perfecto; cuando se ha acusado de insensible, derrama raudales de ternura en sus cantares, y con frecuencia el dolor comprimido causa en su corazón estragos irreparables; no son raras las muestras que da de abnegación sublime; su pereza, que es consiguiente al trabajo mal retribuido, se convierte en laboriosidad, desde que está seguro de alcanzar la recompensa merecida; es reservado porque tiene justos motivos para no expresar lo que siente [...] No hay pues, en los vicios, que se atribuyen a los indígenas, nada que no sea obra del artificio y de la violencia, y por lo tanto todos han de desaparecer y están desapareciendo con una cultura más liberal, inteligente y moralizadora. (LORENTE 1879: 146-7)

[38] PRESCOTT [1847] 1874: 14. Ver también THURNER 2003.

0_intro thurner.p65 68 29/11/2006, 12:13 p.m.

Es cierto que Lorente creyó reconocer un «decidido espíritu oriental» en los indígenas peruanos —transmitido por migraciones muy antiguas y posiblemente con alguna influencia del antiguo idioma y «espíritu» de «las razas arias» o prearias, de acuerdo con la entonces influyente investigación filológica del historiador argentino Vicente Fidel López. Sin embargo, y como ya hemos visto para el caso de la *Historia del antiguo Oriente,* tal «espíritu» que, en el caso peruano se modifica y se califica como «comunal», siempre constituía una base sólida para un progreso ordenado hacia la libertad fraternal.

Para no malinterpretar a Lorente es necesario resaltar que para él «raza» normalmente quiere decir algo así como «espíritu histórico» (una idea de inspiración herderiana) de alguna civilización o «tronco» de la humanidad. Sin embargo, la aceptación de «raza» es múltiple y en el momento particular en que Lorente escribe *Historia de la civilización peruana*, se vive un tenso cambio de paradigma bajo la influencia del positivismo y de las nuevas investigaciones orientalistas. La referencia que hace Lorente a «las razas arias» no quiere decir que él creyera en una genética raza «blanca», superior por «su sangre» a todas las demás, y por lo tanto predestinada a dominar el mundo. Sí creía en un «espíritu de progreso» civilizador que últimamente se había querido identificar con un conjunto de pueblos o «razas arias» o «indo-europeas» identificadas a través de los nuevos métodos lingüístico-históricos desarrollados por los orientalistas. Como ha demostrado Mónica Quijada (1996), lo interesante es que sea el autor de esta tesis «aria» un historiador argentino de tendencias nacionalistas e incásicas. Fidel López recién había querido probar que el idioma quechua (que se suponía de los incas) revelaba una relación filológica con los reconstruidos Ur —idiomas ya muertos de la antigua India, estudiados por los orientalistas ingleses y alemanes, y que entonces se identificaban con «las razas arias» que habrían migrado en la primitiva antigüedad hacia Occidente. La tesis de Fidel López va en el sentido de que el quechua se habría constituido bajo la influencia lingüística de un lenguaje-madre ario o prearío que se iba modificando a través de las edades migratorias de los pueblos orientales. Así, los incas, mediante su lenguaje, más que por la sangre, habrían recibido algo del «espíritu» o «germen» de «las razas arias» porque tal «espíritu» estaba grabado en el lenguaje mismo. Por tanto, la referencia que Lorente hace aquí es ambigua. Por un lado, la tesis de «las razas arias» puede ser reconciliada con la narrativa maestra de la historia universal según la cual el antiguo Oriente es «la cuna del hombre y de la civilización»; por otro lado, las nuevas investigaciones sugieren, pero no confirman, que «el espíritu» de «las razas arias» posiblemente fue diseminado por el mundo a través de los idiomas primitivos, uniendo

0_intro thurner.p65 69 29/11/2006, 12:13 p.m.

así la historia universal con la civilización americana y peruana. Como ya mencionamos, Lorente sostenía que el único vínculo entre la historia universal y la peruana sería muy antiguo y anterior a la civilización primitiva de los curacas. También sabemos que Lorente había leído la obra de Fidel López (1871) y que antes de su *Historia de la civilización peruana* (1879) no parece haber hecho ninguna referencia al concepto de «las razas arias».

Por lo demás, Lorente es firme cuando insiste que «con el tiempo» la historia «acabará con las razas» y con «la vieja calumnia de las razas opresoras contra las razas oprimidas» porque éstas son «la obra impía» de hombres:

> Por mucho tiempo han predominado las opiniones más desfavorables al carácter de los indígenas [...] los han presentado como estúpidos animales [...] se dejan oír desde alturas [...] las declamaciones ya frías, ya vehementes, contra su rudeza, ingratitud, pereza, indolencia, incapacidad y otros defectos más graves, que se suponen ingénitos e incurables. Es la vieja calumnia de las razas opresoras contra las razas oprimidas; junto con la libertad se les arrebata parte de las facultades morales, pues, según la observación de Homero, Júpiter quita la mitad de la inteligencia a los esclavos; se les niega la educación y en vista de la inhabilidad, que es la consecuencia forzosa, se les declara condenados por la naturaleza a perpetua servidumbre; corrompiéndolos y degradándolos se les hace responsables de la corrupción del envilecimiento, que son el crimen de sus inhumanos tutores. Con la opresión secular llega a deteriorarse el cuerpo junto con las dotes del espíritu: la fisonomía de ciertos indígenas ofrece al aire de las razas decrépitas, hay ausencia total de lozanía, falta de frescura, que anima las razas llenas de juventud y de porvenir. Tal es la obra impía y destructora, no del tiempo, que gastará un día las razas, como gastará la tierra, sino de hombres, cuya imprevisión no se hace escrúpulos en convertir a otros hombres en simples instrumentos de su prosperidad y de sus locuras. (LORENTE 1879: 146-7)

La visión histórica del indio y de la civilización peruana elaborada por Lorente anticipó plenamente no sólo los argumentos o narrativas indigenistas (Castro Pozo, Valcárcel, hasta cierto punto Mariátegui también) sino igualmente los historicistas o «peruanistas» totalizadores (Belaúnde, Porras, Basadre) del siglo XX. Por eso, resulta clave la relectura crítica de su obra, pues nos presenta uan visión genealógica y filosófica que representa la más lograda articulación fundacional de un discurso histórico nacional que se ha vuelto inconsciente por su condición de ser ampliamente compartido, vale decir, por constituirse en «sentido común» o prefiguración epistemológica de las explicaciones históricas actuales que se ofrecen acerca de la «realidad nacional peruana».

0_intro thurner.p65 70 29/11/2006, 12:13 p.m.

¿Por qué se ha vuelto invisible la narrativa genealógica y fundacional de Lorente? Hemos sugerido —sin demostrarlo— que la respuesta puede encontrarse en la historia intelectual peruana del siglo XX. Bosquejaremos rápidamente los elementos posibles de un exitoso olvido o sublimación funcional.

La guerra con Chile marca una aparente ruptura en la historia republicana del Perú. Como bien reconoció Basadre, se levanta desde los escombros intelectuales de la derrota la voz de Manuel González Prada y de otros; se comienza a fustigar todo lo republicano; se acentúa una «leyenda negra de la República» como «cueva de bandoleros» (BASADRE 2002, I: 51); se manifiesta que la nación no existe o que está al otro lado de los Andes. A partir de la derrota, González Prada pronuncia la rabiosa *tabula rasa* de la historia peruana: «¡Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra!» (GONZÁLEZ PRADA 1985: 90).

El positivismo de González Prada y el neopositivismo de Riva-Agüero y Belaúnde gestionaban una ruptura intelectual. Curiosamente, Riva-Agüero es hasta hoy considerado (sobre todo en la Pontificia Universidad Católica del Perú) el «padre de la disciplina académica de la historia» en el país,[39] mientras que a Belaúnde se le acredita haber formulado la idea de «peruanidad». Sin embargo, hay buenas razones para pensar que ambos títulos correspondan a Lorente. En este sentido, ya es tiempo para reconocer que la historia «superficial» de Lorente sigue siendo «profunda» —tan profunda que ya no se ve.

Bajo el marco del centenario de la independencia se perfilan la vida y la obra de Basadre como gesto heroico de la memoria republicana: sobrevivir y contrarrestar el derrotismo y cinismo de la posguerra, crear y difundir una visión total y optimista del destino histórico del Perú. Vuelve con determinación erudita sobre la negada historia temprana de la República, retomando la tarea inconclusa de Paz Soldán. Sin embargo, la obra de Basadre nos presenta una vision historicista y genealógica del Peru que retoma y actualiza el historicismo aleman introducido por Lorente, pero a su vez sublima, contradictoriamente, la contribución fundacional del guadalupano. La visión de Basadre sobre las ideas políticas del siglo XIX está marcada por el historicismo alemán; dicha tradición se basaba en parte en una negación propia que obedece a las coyunturas del nacionalismo alemán, la cual tiene implicancias importantes para la lectura o no-lectura de Lorente.

Como el mismo Basadre afirma, el historicismo alemán del siglo XIX se constituyó en parte como una defensa nacionalista y romántica

[39] Véase KAULICKE 2001: 78.

0_intro thurner.p65 71 29/11/2006, 12:13 p.m.

frente a la histórica imposición del código napoleónico en «territorio alemán». Los historicistas legales consideraban dicho código francés como «racionalismo abstracto» y sin base en «la cultura alemana» o en «las costumbres alemanas» (BASADRE [1937] 1988: 13-18, 323-325). Postuló como crítica epistemológica la existencia de una relación orgánica entre «el pueblo-raíz» *(Grundvolk)* y las leyes que deben regir, vale decir, entre el verdadero suelo y la verdadera verdad, y entonces lanzó una agenda de investigación histórica para rescatar «lo profundo» de la cultura alemana. El cliché de un «país profundo» en Basadre no es más que la transferencia al suelo peruano de la noción historicista y dualista alemana (aunque con antecedentes en el preromanticismo inglés) de que, bajo un código artificial de leyes llamado «el país legal» yace un verdadero «pueblo-raíz» o *Grundvolk.* Basadre hace el mismo gesto crítico para el ámbito peruano, haciendo blanco del pensamiento republicano del siglo XIX en el Perú, descalificándolo por ser, primero, un caso extremo del «racionalismo abstracto» y, más tarde, un «sociologismo positivista» cuyas «leyes sociales» también negaban la realidad histórica peruana. El esquema de Basadre dejó un vacío inconsciente (pensamos así porque en ciertos pasajes de su *Historia del Derecho peruano* e *Historia de la República del Perú* Basadre parece reconocer la existencia de un pensamiento historicista durante dicha época media) entre el período inicial de la República y el período positivista de fines del siglo, pasando por encima del pensamiento histórico republicano y liberal de las décadas medias del siglo, es decir, «la segunda generación del liberalismo», cuya mejor expresión es la obra historicista de Lorente.[40] En términos generales, Basadre califica esta época media como «la prosperidad falaz» por el hecho de que el auge del guano termina en desastre. Resultaría que la tumba del «viejo» Lorente lleva el epitafio no sólo de «la prosperidad falaz» sino del pensamiento falaz. Por lo demás, no cabe aquí demostrar que la propia visión histórica de Basadre sobre el Perú puede ser entendida como una reinvención de la lorentina, es decir, una vision historicista y genealógica igualmente basada en la filosofía y lenguaje alemanes y marcada por las figuras de Herder y Hegel. La "reinvención" resulta del hecho que Basadre tiene la ventaja de vivir en el siglo XX, es decir, ha podido leer y incorporar a los nuevos historicistas, entre ellos Dilthey, Heidegger y Croce.

El hecho histórico es que la historia republicana de las civilizaciones que escribe Lorente fue la más indicada para cumplir la tarea fundacional de la nación contemporánea, que es hacer valer su nombre («el Perú») como homónimo «natural» y «antiguo» que «remonta las

[40] Véase el ensayo «La promesa de la vida peruana», en BASADRE 1958: 21-27. Este ensayo apareció en 1943 y se incluyó también en *Meditaciones sobre el destino histórico del Perú* (Lima, 1947).

0_intro thurner.p65 72 29/11/2006, 12:13 p.m.

edades» y une al «suelo» (el territorio) con sus ciudadanos a través del pueblo-raíz («los peruanos»). La historia genealógica del «movimiento general de la civilización» llamada «peruana» se articula en Lorente como discurso providencialista de la libertad que en su tiempo fue universal, republicana, progresista y cristiana y que se manifestó en ambos lados del mundo atlántico. Esta historia de la civilización peruana era, como la república misma, civilizadora: inventaba el objeto de su estudio (y de su deseo) al escribirlo. No era menos científica o moderna por hacerlo: al contrario, la republicana historia de la civilización era la manifestación política y poética de la moderna ciencia humana de su época. Buscaba comprender las armonías y las reglas profundas del «alma» humana y representarlas fielmente en una narrativa para el pueblo. Por eso Lorente insiste, «lo que el historiador de la cultura peruana no debe perder nunca de vista es la armonía entre todos los elementos civilizadores; el todo orgánico, que constituye la civilización, ha de reaparecer distintamente en el conjunto armonioso de su historia». Lorente tuvo razón: la armonía genealógica del discurso historicista sobre una larga historia peruana reapareció en Basadre, y ahora está en todas partes; por lo tanto es invisible. Desde Lorente en adelante la «historia peruana» será «un retrato animado» de una nación que se imagina como la genealogía de un destino unitario con nombre propio, y por eso se ha perdido de vista lo más obvio: la nación es la perpetua historia total del «ser» peruano y Lorente su primer «autor» contemporáneo.

Bibliografía

BASADRE, Jorge. *La promesa de la vida peruana y otros ensayos.* Lima: editorial Juan Mejía Baca, 1958.

_____. *Historia de la República del Perú 1822-1933*, sexta edición, 2 tomos. Lima: Editorial Universitaria, 1968.

_____. *Historia del Derecho peruano*. Lima: Studium, [1937] 1988.

_____. *La Iniciación de la República*, dos tomos. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, [1929-30] 2002.

BELAÚNDE, Víctor Andrés. *El Perú antiguo y los modernos sociólogos.* Lima: Tesis presentada a la UNMSM, 1908.

CANIZARES-ESGUERRA, Jorge. *How to write the history of the New World*. Stanford: Stanford University Press, 2001.

CÓRDOVA Y URRUTIA, José María de. *Estadística histórica, geográfica, industrial y comercial de los pueblos que componen las provincias del departamento de Lima*. Lima: Imprenta de Instrucción Primaria, 1839.

_____. *Las tres épocas del Perú o compendio de su Historia*: edición de autor, 1844.

0_intro thurner.p65 73 29/11/2006, 12:13 p.m.

FUENTES, Manuel Atanasio. *Aletazos del murciélago.* Lima: s/e, 1866.
GONZÁLEZ PRADA, Manuel. *Obras*, t. I, vol. 1, Lima: Petroperú, 1985.
HARTOG, Francois. *El espejo de Herodoto.* México: Fondo de Cultura Económica, 2004.
JULIAN, Catherine. *Reading Inca History.* Des Moines: University of Iowa Press, 2002.
KAGAN, Richard L. «Prescott's Paradigm: American Historical Scholarship and the Decline of Spain», *American Historical Review,* abril de 1996.
KAULICKE, Peter (ed.), *Aportes y vigencia de Johann Jakob von Tschudi*, Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú Fondo Editorial, 2001.
LASO, Benito. *Exposición al Congreso.* Lima: Imprenta Republicana, 1826.
LEGUÍA, Jorge Guillermo. *Monumento a D. Sebastián Lorente*. Lima: s/e, 1918.
LISSON, Carlos. «Memoria del Decano de la Facultad de Letras, 1884», en *Annales Universitarios del Perú*, t. XIII, Lima: Imprenta del Universo de Carlos Prince, 1887.
LORENTE, Sebastián. *Curso elemental de Filosofía para los colegios del Perú: Psicología.* Ayacucho: Braulio Cárdenas, tomo I, 1853a.
_____. *Curso elemental de Filosofía para los colegios del Perú: Metafísica.* Ayacucho: Braulio Cárdenas, tomo IV, 1853b.
_____. *Pensamientos sobre el Perú.* Lima: Tipografía de la Voz del Pueblo, 1855.
_____. *Historia antigua del Perú.* Lima: Poissy, 1860a.
_____. *Compendio de Filosofía para los colegios de América: Lógica.* Lima: Librería de Masías, 1860b.
_____. *Compendio de Filosofía para los colegios de América: Filosofía moral.* Lima: Librería de Masías, tomo III, 1860c.
_____. *Historia de la conquista del Perú por los españoles*. Lima: s/e, 1861.
_____. *Historia del Perú bajo la dinastía austriaca, 1542-1598.* Lima: s/e, 1863.
_____. *Compendio de la historia romana para los colegios del Perú,* segunda edición. Lima: s/e, 1875.
_____. *Compendio de historia contemporánea para los colegios del Perú.* Lima: s/e, 1876a.
_____. *Compendio de la Historia antigua de Oriente*. Lima: Benito Gil, 1876b.
_____. *Historia del Perú, compendiada para el uso de los colegios y de las personas ilustradas.* Lima: s/e, 1876c.
_____. *Compendio de la historia griega para los colegios del Perú.* Lima: Benito Gil, 1876d.

0_intro thurner.p65 74 29/11/2006, 12:13 p.m.

LORENTE, Sebastián. *Historia de la civilización peruana*. Lima: Imprenta Liberal, 1879.

MACERA, Pablo. *Trabajos de Historia*. Lima: INC, [1977] 1988.

MONTOYA, Gustavo. «Jorge Basadre: El ensayo como estrategia», en BASADRE 2002, I: 17-42.

OSORIO, Alejandra. «Inventing Lima: The making of an early modern colonial capital", Disertación Ph. D., SUNY-Stony Brook, 2001.

PAZ SOLDÁN, Mariano Felipe. *Historia del Perú independiente, primer período, 1819-1822.* Lima: s/e, 1868.

PEASE, Franklin. *Perú, hombre e historia: la República.* Lima: Edubanco, 1993.

PERALTA BARNUEVO, Pedro. *Historia de España vindicada.* Lima, s/n, 1730.

PORRAS BARRENECHEA, Raúl. *Fuentes para la Historia peruana.* Lima: s/e, 1963.

PORTACARRERO, Gonzalo y Patricia OLIARTE. *El Perú desde la escuela.* Lima: Apoyo Agrario, 1989.

PRESCOTT, William. *History of the Conquest of Peru*, vol. 1. Filadelfia: Lippincott, [1847] 1874.

QUIJADA, Mónica. «De la Colonia a la República: Inclusión, exclusión y memoria histórica en el Perú», *Histórica,* vol. XVIII, N.º 2, diciembre de 1994.

_____. «Los "Incas arios": Historia, lengua y raza en la construcción nacional hispanoamericana del siglo XIX», *Histórica,* vol. XX, N.º 2, diciembre de 1996.

RANCIERE, Jacques. *The Names of History: On the Poetics of Knowledge*, trad. Hassan Melehy. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1994.

RAYNAL. *Histoire philosophique et politique des etablissements et du commerce des Europeens dans les Deux Indes.* Génova: s/e, 1783.

RIVA-AGÜERO, José de la. *La Historia en el Perú*. Lima: Tesis presentada a la UNMSM, 1910.

_____. *Informe sobre textos escolares de Historia del Perú y de la Economía Política Presentado a la Dirección de Exámenes y Estudios del Ministerio de Instrucción*. Lima: Imprenta Gil, 1935.

_____. *Obras completas*, tomo IV. Lima: IRA, 1965.

RIVERO Y USTARIZ, Mariano de. *Antigüedades peruanas.* Viena: Imprenta Imperial, 1851.

RUBIO FATACCIOLI, Alberto. *Sebastián Lorente y la educación en el Perú del siglo XIX*, Lima: s/e, 1990.

SAID, Edward. *Orientalism.* Nueva York: Signet, 1973

SOLÍS, Antonio de. *Historia de la conquista de México, población y progressos de la América Septentrional conocida por el nombre de Nueva España*. Escrita por «Don Antonio de Solís, Secretario de su Magestad, y su Chronista mayor de las Indias». Madrid, 1684.

0_intro thurner.p65 75 29/11/2006, 12:13 p.m.

THURNER, Mark. «Peruvian Genealogies of History and Nation», en THURNER y GUERRERO 2003: 141-175.

THURNER, Mark y Andrés GUERRERO (eds.), *After Spanish Rule: Postcolonial Predicaments of the Americas*. Durham: Duke University Press, 2003.

UNANUE, José Hipólito. *Observaciones sobre el clima de Lima y sus influencias en los seres organizados, en especial el hombre*, segunda edición. Lima: s/e, 1815.

WHITE, Hayden. *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe.* Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1973.

0_intro thurner.p65 76 29/11/2006, 12:13 p.m.

Historia del Perú compendiada para el uso de los colegios y de las personas ilustradas

Historia del Perú

Nociones preliminares

Caracteres de la civilización peruana.- El Perú ofrece una cultura muy antigua, muy variada, a la vez misteriosa, brillante y frágil. Si todavía yacen envueltos en feroz rudeza los chunchos, que vagan entre los espesos bosques de la montaña, desde siglos remotos aparecen en la sierra y en la costa seguros indicios de una civilización dulce y progresiva. El Perú ha presentado todas las formas de gobierno: comunidades, confederaciones, señoríos, el más vasto imperio, un extensísimo virreinato sujeto al extranjero y una república independiente. La más grosera idolatría se ha unido a nociones elevadas sobre el criador del universo. La barbarie ha tocado de cerca a una civilización refinada. Los pueblos yacían en la miseria, mientras deslumbraba el esplendor del gobierno. Una política sabia y admirables adelantos en las artes se han visto aparecer de súbito, sin que hasta ahora pueda descorrerse el velo que envuelve su misterioso origen. El suelo ferocísimo, las entrañas de la tierra henchidas de tesoros, los más valiosos depósitos derramados sobre la superficie, el clima saludable, el cielo benigno, los habitantes dóciles, entendidos y bondadosos prometen un porvenir de bienestar y de gloria; y, sin embargo, en las situaciones más esplendentes y envidiables han ocurrido catástrofes impensadas, trastornos violentísimos e invasiones destructoras que harían desconfiar del porvenir del Perú; si su grandeza pasada, sus elementos actuales y sus condiciones indestructibles de progreso no le aseguraran días más y más prósperos; siempre que sepa sentir todo el valor de la libertad y marche según las miras de la Providencia.

Importancia de su historia.- Los caracteres de la civilización peruana ofrecen de suyo bastante interés para merecer estudios serios, aun de parte de aquellos que los contemplen sólo como objeto de pura curiosidad.

2_lorente 2.p65 79 29/11/2006, 12:14 p.m.

Para nosotros su historia es la más importante después de la historia sagrada. Junto con un espectáculo tan variado como maravilloso nos presenta instrucciones de suma trascendencia capaces de fortificar la unidad nacional, de avivar los sentimientos patrióticos, de hacernos cooperar con más acierto a la prosperidad pública y de preservarnos así de exageraciones peligrosas, como de un desaliento que es siempre fatal a las naciones y a los individuos.

Método histórico.- Para que el estudio de nuestra historia produzca sus inapreciables ventajas, es necesario hacerlo con método. El orden es tan esencial en la historia como en la vida; una y otra se destruyen cuando falta la relación íntima y armoniosa entre sus partes. Hechos aislados o amontonados sin discernimiento; una mezcla confusa e incoherente de fábulas y de sucesos reales, de frivolidades y de grandes acontecimientos; apreciaciones aventuradas o sin objeto, nunca podrán dar una verdadera idea de la historia y sólo servirán para sobrecargar la memoria, extraviar el juicio y viciar los sentimientos. Aun en los más reducidos compendios debe presentarse la historia con un plan regular, de modo que nunca se oscurezca la unidad de la civilización; que los hombres y las cosas aparezcan con su verdadero valor; y que en todo resalten la veracidad y la buena crítica. A este respecto la historia del Perú ofrece muy serias dificultades; porque todavía no se ha publicado ningún trabajo completo y porque el descubrimiento de la verdad y la apreciación de los hechos encuentran obstáculos, no sólo en la oscuridad del pasado, sino también en las pasiones del presente. Un historiador concienzudo y que aspira a ser verdaderamente útil, necesita reflexionar mucho para no adoptar ciegamente errores acreditados por la tradición y por escritores poco severos, para no dar por cosa averiguada las simples conjeturas acerca de una antigüedad misteriosa y para no juzgar de la actualidad ligeramente, cuando todavía los hechos no están consumados o el interés no permite apreciarlos con la debida imparcialidad. Si respecto a las épocas remotas el juicio puede ser seguro acerca de las instituciones y revoluciones completamente terminadas, siendo muy aventurado cuando desciende a los pormenores; en cuanto a los sucesos contemporáneos, mientras el conjunto es bastante claro aun en las particularidades dignas de interés, las reflexiones suelen ser tan arriesgadas como intempestivas. Distingamos pues cuidadosamente las épocas del Perú para juzgar los hechos del modo más conveniente, sacando el mejor partido posible de las fuentes históricas.

Principales épocas.- Habiendo permanecido el Perú hasta los tiempos modernos aislado en su civilización y sin relaciones manifiestas con el

2_lorente 2.p65 80 29/11/2006, 12:14 p.m.

mundo civilizado, no se presta su historia a la división común en antigua, media y moderna. Estos nombres no pueden aplicarse a sus períodos particulares, sin cambiar arbitrariamente el sentido usual y sin introducir una confusión en el lenguaje, tan perjudicial a la claridad de las ideas, como sin interés práctico. Cuando se trata de facilitar el estudio de los hechos agrupándolos según sus analogías, la historia del Perú aparece naturalmente dividida en seis períodos: la época de los Curacas, la de los Incas, la de la Conquista, la de los virreyes, la de la Emancipación y la de la República. La época de los Curacas, que ofrece la civilización más antigua del Perú, no puede trazarse sino a grandes rasgos: todo es en ella igualmente incierto, fechas, lugares y personajes. La época de los Incas presenta sucesos muy brillantes, instituciones bien determinadas, un término fijo y ciertos personajes prominentes; pero la mayor parte de los sucesos están envueltos en fábulas. La época de la Conquista es una violenta y rápida transición del Imperio de los Incas al régimen colonial; pero abunda en interés dramático y fue de suma trascendencia social. La época de los virreyes, que ha durado cerca de tres siglos, aunque poco variada en su marcha y lenta en sus movimientos, no deja de presentar lecciones muy importantes, tanto para comprender el presente, como para influir en el porvenir. La brevísima época de la Emancipación palpitante de actualidad es muy rica en hechos y se presta a reflexiones transcendentales. La época de la República en que estamos recién entrados, puede estudiarse con mucho provecho en sus numerosas vicisitudes políticas y en los grandes progresos que no obstante los mayores obstáculos ha realizado ya el Perú independiente.

Fuentes históricas.- Para el estudio de las primeras épocas pueden servirnos los restos de las primitivas poblaciones y cultivo, las huacas más elocuentes aun que los monumentos consagrados a la vida, algunas tradiciones, las voces e índole de los idiomas indígenas y hasta cierto punto la comparación con otros pueblos de América y del resto del mundo. Además de estos auxilios tenemos para estudiar la historia de los Incas el testimonio de los que conocieron a los últimos soberanos o vieron sus instituciones en vigor, la huella que éstas han dejado en la sociedad, y el examen que se hizo apenas consumada la conquista consultando a los encargados de los registros. Para los tiempos posteriores existen las correspondencias oficiales y privadas, los actos de un carácter público, los apuntes particulares, relaciones de viajeros, testimonios y apreciaciones imparciales, en suma, cuantos datos suministran mayor luz sobre los hechos y permiten juzgar con más acierto a cerca de sus causas.

2_lorente 2.p65 81 29/11/2006, 12:14 p.m.

Escritores [y documentos] principales que pueden consultarse

Acosta
Alcedo
Arriaga
Balboa
Bollaert
Buendía
Calancha
Calderón
Camba
Castelnau
Cieza de León
Colección de tratados
Córdova Urrutia
Cosme Bueno
Desjardins
Documentos sobre Tupac Amaru
Escalona
Fernández
Feville
Figueroa
Flora peruana
Frezier
Fritz
Fuentes
García
Garcilaso
Gentil
Gomara
Hall
Herrera
Humboldt
Jerez
Laet
Leyes de Indias
Leyes del Perú
Lorente
Llano Zapata
Markham
Meléndez
Memorias de Ministros
Mercurio Peruano
Miller
Montesinos
Oliva
Orbigní
Oré
Oviedo
Paz Soldán
Pedro Pizarro
Peralta
Pinelo
Prescott
Pruvonena
Quintana
Raimondi
Relaciones de virreyes
Revista de Lima
Rivero
Robertson
Rocha
Rodríguez
Salinas
Solórzano
Stevenson
Tschudi
Ulloa
Unanue
Vappaus
Velasco
Villarroel
Zárate

2_lorente 2.p65 82 29/11/2006, 12:14 p.m.

Época de los Curacas

—I—

Primeros habitantes del Perú

Antigüedad de los peruanos.- La presencia del hombre en el suelo privilegiado del Perú desde los tiempos más remotos se revela de todos modos. La extensión del cultivo manifiesta haber sido el trabajo de una larga serie de generaciones. En las islas de Chincha se hallan cada día varios útiles con los que se extraía el guano y que están bajo capas muy espesas, las cuales no han podido formarse sino por depósitos seculares. Los primeros españoles vieron muchos monumentos, cuyas durísimas piedras aparecían gastadas por la acción del tiempo. También ha sido necesario un largo transcurso de siglos para que los pueblos dejaran ruinas sucesivas en las cumbres, punas, valles y quebradas. En fin, con el transcurso de las generaciones habían llegado los habitantes a olvidar la patria de sus mayores y se creían originarios del suelo peruano, teniéndose por hijos de las fuentes, ríos, lagunas, cerros, cuevas, leones, cóndores, otras fieras u otras aves.

Origen de los peruanos.- Los rasgos físicos, las facultades morales, las creencias religiosas, el sistema de gobierno, el género de vida, la industria, las costumbres y sobre todo el lenguaje, prueban que los peruanos proceden del Oriente, donde tuvo su cuna el género humano. Algunos indicios hacen pensar en un origen egipcio; otros signos recuerdan a los fenicios; analogías más concluyentes inclinan a creer que al menos la religión vino del Indostán; y son muy poderosas las presunciones para dar a los indígenas un origen chino. Mas puede tenerse por cosa averiguada que el Perú no fue poblado de una sola vez ni por una sola nación.

2_lorente 2.p65 83 29/11/2006, 12:14 p.m.

Variedad de inmigraciones.- De los diferentes pueblos que en varias épocas llegaron al Perú, el mayor número vendría por tierra, después de haber desembarcado en los países de América más en contacto con el antiguo continente; y de ello da indicios la notable analogía entre varios nombres de lugares antiguos en México, Centroamérica y el Perú; pero una parte considerable debió venir por mar, como puede inferirse de la semejanza que se descubre con algunas tribus de la Oceanía y de la memoria de antiguos viajes por mar que conservaban los habitantes de Tumbes, Ica, Arica y otros pueblos. La variedad de inmigraciones se revela: por las tradiciones que hablan de invasiones sucesivas, de personajes misteriosos trayendo ideas nuevas, y de hombres de larga barba; por la diferencia de idiomas; por la variedad de civilizaciones; y más que todo, por la organización física de las diferentes tribus.

Principales tribus.- Presentaban los peruanos grandes diferencias de talla, color, fisonomía, frente, cráneo y ángulos faciales; mas hasta ahora no es posible reducir a un número fijo y clasificar por caracteres ciertos las tribus de los indígenas. Las más célebres fueron los Collas en la meseta de Titicaca, los Quechuas cerca del Pachachaca, los Chancas en Andahuaylas, los Pocras al norte de Huamanga, los Huancas en el valle de Jauja, los Huanucuyos cerca del Huallaga, los Huacrachucos en Pataz, los Chachapoyas junto al Marañón, los de Cajamarca en los valles de este nombre, los Huaylas en Huaraz y los Chinchas en la parte media de la costa.

—II—
Civilización primitiva

Monumentos anteriores a los Incas.- En todo el Perú hay todavía ruinas que revelan la acción secular de razas inteligentes y cultas antes de haber recibido las luces de los Incas. En lugares donde su influencia fue de corta duración; se descubren semilleros de pueblos, sepulcros que llegan a formar vastas ciudades de muertos, y huellas indudables de una agricultura entendida y extensa. Entre los monumentos más notables por sus dimensiones gigantescas o por el carácter de sus formas se cuentan las ruinas de Tiahuanaco sorprendentes por sus muros, templos y estatuas, el primitivo templo de Cacha, la fortaleza de Ollantaytambo, las ruinas de Vilcas y Huánuco el viejo, las construcciones llamadas Huancas en los altos de Jauja, los sepulcros entre Hualgayoc y Cajamarca, los palacios del Chimú, el templo de Pachacamac, numerosas fortalezas en las cabeceras de la costa, entre ellas la de Pativilca, las murallas de Kuélap y otras ruinas próximas a la montaña.

2_lorente 2.p65 84 29/11/2006, 12:14 p.m.

Cultura física.- La antigüedad de una agricultura avanzada se manifestaba en las hoyas de la costa, en los andenes de la sierra y en el uso bien entendido del guano y de los riegos. También fueron muy antiguas la pesca y la cría de los ganados, la variedad y ornato de los vestidos, los artes del alfarero, del platero y del tejedor; y no eran desconocidos, ni el comercio por tierra, ni el comercio marítimo.

Jeroglíficos.- Conocieron igualmente los antiguos peruanos la escritura jeroglífica, arte que mostraba sus adelantos en la civilización y, los hubiera recordado con alguna precisión, si no hubiese caído en desuso en la época más ilustrada de los Incas. Los conquistadores y misioneros españoles hallaron jeroglíficos en algunos monumentos de Huamanga, Huaitará, Huaraz y otros lugares. Todavía se hallan cerca de Tacna, Puno, Arequipa y del lado de Pasco, tanto en rocas durísimas, como en el fondo de los bosques, que ciñen las márgenes del Marañón y del Huallaga. Esta escritura se reducía a imágenes de hombres, círculos, paralelogramos u otras figuras geométricas, o simples líneas rectas.

Religión.- Como todos los pueblos en quienes se oscureció la luz de la revelación, estaban los peruanos sumidos en la idolatría: adoraban los astros, el mar, la tierra; las lagunas, los animales, piedras y plantas, muchas obras de sus manos, sus ascendientes, algunos hombres eminentes, las *pacarinas* o lugares, de donde creían procedía su raza, los *conopas* o ídolos particulares y ciertas huacas u objetos consagrados; ofrecían sacrificios humanos y creían en los oráculos. Sin embargo recordaban al Criador del universo bajo los nombres de Pachacamac, Viracocha, Con y otros menos comunes, y tuvieron alguna idea del diablo, del diluvio y de la vida futura.

Según las tradiciones más acreditadas, VIRACOCHA (espuma de la laguna) fue el criador del cielo, de la tierra y de los primeros hombres, y pobló el Perú formando imágenes de toda suerte de personas que colocó en las diferentes provincias y que en cumplimiento de sus órdenes salieron animadas de las fuentes, ríos, cerros y cuevas. CON, que carecía de órganos corporales y marchaba con la celeridad de los espíritus, con sólo su palabra allanó las sierras y quebradas, cubrió la tierra de frutos y crió hombres y mujeres para que gozasen de la abundancia; mas para castigar la corrupción de los costeños los transformó en gatos negros y otros animales horribles, al mismo tiempo que hizo del anterior paraíso un triste desierto. PACHACAMAC (el que anima al mundo) ahuyentó al perseguidor de los hombres, crió la nueva raza de indios, y éstos le erigieron un templo sobre el valle de Lurín en el sitio donde solía sentarse para dar sus benéficas instrucciones. Del diluvio decían que durante la inunda-

2_lorente 2.p65 85 29/11/2006, 12:14 p.m.

ción se refugiaron los hombres en cuevas; y tocante a la vida futura admitían un lugar alto *(hanac pacha)* para los buenos y un lugar bajo *(hucupacha)* para los malos.

Gobierno.- Pocos pueblos carecían de un gobierno regular. El mayor número obedecía a curacas, cuya autoridad era más o menos absoluta, vitalicia y hereditaria. Otros pueblos vivían bajo la dirección de los principales personajes formando cierta especie de repúblicas aristocráticas. En algunos valles de la costa ejercieron un verdadero señorío mujeres que tenían el título de *Capullanas* o *Sayapullas*. A veces para hacer la guerra y más a menudo para las fiestas religiosas solían unirse los habitantes de una provincia, los de provincias vecinas y aun los de lugares más remotos.

Focos de civilización.- No hay ningún indicio cierto de que antes de los Incas haya estado reunido el Perú bajo un cetro común; aunque algunos escritores hagan remontar la monarquía al siglo quinto después del diluvio y cuenten un centenar de monarcas. Sólo se sabe que existieron desde los tiempos más remotos numerosos focos de civilización en los valles de la costa y en los lugares abrigados de la sierra. En la costa se distinguían los señoríos del gran Chimú, Pachacamac, Huarco y Chincha y en la sierra los pueblos de Cajamarca, Huánuco, Jauja, Vilcas, cercanías del Cuzco y algunos del Collao. La dulzura del clima y la docilidad del carácter preparaban los habitantes a recibir las luces de una cultura superior. Mas el aislamiento en que vivían sus grandes diferencias en idioma, religión y hábitos, las sangrientas rivalidades entre tribus vecinas y la indolencia característica del mayor número dejaban pocas esperanzas de grandes adelantos, y apenas podía pensarse en que el Perú formase una sola nación. Estaba reservado a los Incas hacer de todos los peruanos una gran familia bajo un gobierno paternal, uniéndolos bajo un Dios, una ley, una lengua, los trabajos comunes y los beneficios recíprocos.

2_lorente 2.p65 86 29/11/2006, 12:14 p.m.

Época de los Incas

—I—
El Imperio de los Incas

Extensión del Imperio.- Habiendo tenido los principios más humildes llegó el imperio de los Incas a extenderse más que el Imperio Romano; a lo largo de la costa ocupó de treinta y nueve a cuarenta grados de latitud, y hacia el interior penetraba en las montañas. Las actuales repúblicas del Ecuador, Perú, Bolivia, Chile y parte de Buenos Aires estuvieron comprendidas en esta vasta dominación, a que los Incas dieron el nombre de Tahuantinsuyu (los cuatros linajes juntos). Con los nombres de Antisuyu, Collasuyu, Cuntisuyu y Chinchasuyu se expresaban las inmensas regiones del oriente, mediodía, poniente y septentrión, que estaban ya sometidas, o que se aspiraba a conquistar.

Población.- Sería aventurado todo cálculo en que se tratara de precisar la población del imperio; mas podemos afirmar sin el menor riesgo de exageración, que los Incas contaban más de diez millones de súbditos. Gran parte de los habitantes vivían dispersos en los campos y en las punas. Mas el número de poblaciones fue de algunos miles, la mayor parte muy pequeñas. Las ciudades metropolitanas, que eran el centro de varias provincias, pasaron de veinte. En el territorio actual del Perú fueron las principales ciudades de la costa Tumbes, baluarte del Norte, Jayanca, Chimu, Pachacamac y Chincha, en la sierra Huancabamba, Cajamarca, Huánuco, Hatunsausa, Vilcas; las residencias reales, las capitales del Sur y la corte del Cuzco que contenía en su recinto más de cuarenta mil habitantes y en sus arrabales más de doscientos mil. Aunque conquista reciente, el reino de Quito ostentaba esta antigua capital de los Sciris y otras poblaciones considerables.

2_lorente 2.p65 87 29/11/2006, 12:14 p.m.

Monumentos de los Incas.- Por sus edificios públicos fue el Cuzco la Roma del nuevo mundo, haciéndose admirar por sus calles largas bien alineadas y empedradas primorosamente, por sus espaciosas plazas, por su río canalizado con sumo trabajo, por el templo del Sol llamado con razón *Coricancha* (cerco de oro), por la casa de las escogidas, por los palacios de los Incas y por la asombrosa fortaleza de Sacsahuaman. Casi tan admirable como Coricancha fue el templo dedicado al Sol en la isla de Titicaca. Hubo otros quince o más templos de increíble riqueza entre los que se distinguían los de Pachacamac y Vilcas. Entre las obras tan notables, por sus vastas proporciones, como dignas de aprecio por sus ventajas, merecen especial consideración los acueductos y los caminos. Los acueductos llevaban el riego a los pastos de la sierra en la estación seca y la fecundidad a los arenales de la costa, como puede verse en los de Nazca. En los caminos principales había magníficas casas reales, tambos extensos, albergue para los correos, calzadas en los atolladeros, pretiles en los derrumbaderos, graderías en las cuestas, y puentes de varias clases en los ríos, siendo muy de admirar los puentes de maromas suspendidos sobre las grandes corrientes y los puentes flotantes del desaguadero. Los caminos generales fueron dos, uno por la costa y otro por la sierra; en éste, que pasaba de quinientas leguas, se vencieron inmensas dificultades, y la construcción fue tan sólida que en muchos puntos todavía se conservan admirables restos. Por todo el imperio se levantaron magníficas fortalezas, cuarteles, palacios y templos.

Vicisitudes del Imperio.- El origen de los Incas está envuelto en fábulas. Según la tradición más conocida, compadecido el Sol de la barbarie en que yacían los peruanos, envió para civilizarlos a sus hijos Manco-Capac y Mama-Ocllo que eran a la vez esposos y hermanos: «tomad esta cuña, les dijo dándoles una barreta de oro, golpead con ella en todos los sitios adonde llegareis; y estableceos en aquel en que se hundiere al primer golpe. Allí daréis principio a vuestras exhortaciones, enseñando a los hombres a que me adoren y a que os obedezcan como a hijos míos». La celestial pareja salió de la isla de Titicaca y después de haber visto desaparecer la cuña de oro en el cerro de Huanacaure, se estableció en el Cuzco para dar principio a su misión civilizadora. Manco enseñó a los hombres el cultivo de los campos y las primeras artes de la vida civil; y las mujeres aprendieron de Mama-Ocllo el hilado, el tejido, la costura y las virtudes que hacen la buena madre de familia.

Los sucesores de Manco-Capac avanzaron desde luego con la prudente calma de los misioneros, esperando más de la razón que de la fuerza y conquistando más con los beneficios que con los ejércitos. Sus progresos fueron muy lentos y su dominación no se extendió sólidamente

2_lorente 2.p65 88 29/11/2006, 12:14 p.m.

sino en las regiones cercanas al Cuzco. Habiéndose hecho muy poderosos y excesivamente ambiciosos hubieron de sufrir los azares de la guerra y aun se vieron expuestos a perecer con toda su raza cerca de su venerada capital; reinados florecientes fueron seguidos de otros menos prósperos; a soberanos inteligentes sucedió alguno poco cuerdo, a los virtuosos alguno corrompido, y a los activos y animosos algún pusilánime o indolente. Mas habiendo puesto bajo su yugo a enemigos formidables, se avanzaron sin peligro aunque no sin rudos combates hasta los confines del Maule en Chile y los de Angasmayo al Norte del Ecuador; así se formó un imperio rival de los grandes imperios del Asia; pero no pudiendo amoldarse a las necesidades del progreso y siendo más brillante que sólido, estuvo cerca de su ruina cuando llegó a su mayor grandeza y las divisiones interiores le hicieron caer fácilmente al primer golpe de la invasión española. La duración del Imperio de los Incas, contando desde Manco-Capac hasta la muerte de Huaina-Capac, fue de doscientos cuarenta años según los cálculos más reducidos, y de quinientos según testimonios respetables, que hacen remontar su fundación al siglo once.

Número de Incas.- Se cuentan unos doce soberanos desde el fundador del imperio hasta su partición, a que siguió de cerca su ruina, y son más comúnmente conocidos bajo los nombres siguientes:

I. Manco-Capac.
II. Sinchi-Roca.
III. Lloque-Yupanqui.
IV. Maita-Capac.
V. Capac-Yupanqui.
VI. Inca-Roca.
VII. Yahuar-Huaca.
VIII. Viracocha.
IX. Pachacutec.
X. Inca-Yupanqui.
XI. Tupac-Inca-Yupanqui.
XII. Huaina-Capac.

Huaina-Capac dividió el imperio entre sus hijos Huascar y Atahualpa, lo que facilitó la conquista española; Manco, otro hijo de Huaina-Capac, disputó a los conquistadores la herencia de sus mayores y legó sus derechos a sus hijos Sairi-Tupac, Titucusi-Yupanqui y Tupac Amaru, en quien se extinguió el linaje legítimo de los Incas.

2_lorente 2.p65 89 29/11/2006, 12:14 p.m.

—II—

Hechos de los Incas

Manco-Capac.- Según los testimonios más verosímiles Manco-Capac fue hijo de un curaca de Pacaritambo; a la muerte de su padre levantó en las inmediaciones del Cuzco un oratorio a Huanacaure, que era el principal ídolo de sus mayores; auxiliado por algunos partidarios extendió su dominación atrayendo a otros con los beneficios, imponiendo con las amenazas a los que no querían reconocerlo por hijo del Sol y fascinando a la muchedumbre con su porte magnífico: vestía camiseta recamada de plata y traía grandes pendientes de oro en las orejas, una patena de oro sobre el pecho, plumas vistosas en la cabeza y otros adornos preciosos en los brazos. El naciente Estado se extendía como diez leguas de Paucartambo al Apurímac y seis de Quiquijana al Cuzco. Los pueblos eran más de cien, si bien los mayores no pasaban de cien casas y los menores no llegaban a treinta. El Cuzco (ombligo) se llamó así por estar destinado a ser el centro del imperio y se dividió en dos barrios *Hanai Cuzco* (Cuzco alto) y *Hurai Cuzco* (Cuzco bajo). Los principales auxiliares de Manco recibieron el privilegio de llamarse Incas como los descendientes del monarca. Las instituciones imperiales se atribuyen sin razón a Manco, que sólo pudo echar el germen desarrollado por sus sucesores.

Sinchi-Roca.- El sucesor inmediato de Manco-Capac es generalmente conocido con el nombre de Sinchi-Roca, que se interpreta valeroso y prudente, y según la opinión más común afirmó y engrandeció el dominio heredado con el prestigio de la religión y de la beneficencia, extendiéndolo por una parte hasta el río Carabaya y por otra hasta Chuncará, veinte leguas al Sur de Quiquijana. A este Inca se atribuye la división del imperio en cuatro partes, la formación del primer censo y la introducción del *chaco*, gran cacería en que se reunían millares de indios para encerrar los animales del monte en un inmenso círculo y reduciéndoles a límites estrechos se lograba fácilmente la captura de un número increíble de vicuñas, guanacos, ciervos y fieras.

Lloque-Yupanqui.- Sinchi-Roca dejó el cetro a su hijo Lloque-Yupanqui (el zurdo memorable) que aspiró a extender su dominación con la guerra. Los Canas próximos al Cuzco cedieron a las amenazas mezcladas de promesas seductoras; los de Ayaviri y Pucará sólo se rindieron después de haber visto perecer a cuantos podían llevar las armas; su sumisión quedó asegurada con la construcción de una imponente fortaleza y con el establecimiento de gran número de MITIMAES (colonos), para repoblar a Ayaviri. También se atribuye a Lloque-Yupanqui la conquista de una

2_lorente 2.p65 90 29/11/2006, 12:14 p.m.

parte del Collao, el engrandecimiento del Cuzco hasta darle un nuevo ser con sus construcciones, y el haber ordenado que el heredero del trono visitase todas las provincias para atraerse el amor de los pueblos.

Maita-Capac.- Según las tradiciones más recibidas tuvo Maita-Capac un gran número de concubinas y en ellas centenares de hijos y eclipsó la gloria de sus antepasados, sometiendo a todos los collas, a los naturales de Moquegua y a los del valle de Arequipa, y construyendo un puente colgante sobre el Apurímac, una calzada en el camino de Cuntisuyu y otras obras maravillosas. Estando en las antiguas ruinas de Chucahua dijo a un correo que había hecho una marcha muy rápida: «Tia Huanaco» (siéntate guanaco) y de aquí vino el nombre que hoy lleva aquel lugar. En la campaña contra los collas del Oeste sometió a los que se habían asilado en el cerro de Cayacviri, después de un estrecho sitio y de haberles hecho sufrir un estrago horrible en una salida imprudente. Los collas del Este se rindieron a consecuencia de haber experimentado enormes pérdidas en la batalla de Huaichai y de haber obtenido una acogida generosa. El afecto de los moqueguanos se afianzó con el exterminio de algunos envenenadores que eran el terror de aquellos naturales. El puente colgante del Apurímac impuso a las tribus vecinas. La calzada de Cuntisuyu facilitó las conquistas por el lado de Arequipa; y este hermoso valle recibió su nombre por haber dicho el Inca a unos capitanes que deseaban quedarse allí: «Ari Quepai» (bien está, quedaos). Se atribuye a Maita-Capac la invención del escudo llamado *Querara,* y a su favorito *Illa* la de los *quipos*, o manojos de hilos que con el diferente color expresaban la diferencia de objetos y con varios nudos los números (v. g. con el color rojo la guerra, con el blanco la paz, con dos nudos juntos 20, con uno doble 100, etc.).

Capac-Yupanqui.- El sucesor de Maita-Capac necesitó de repetidos combates para asegurar la obediencia de las tribus recién sometidas. Habiendo querido destronarle uno de sus hermanos, descubrió el Inca la conspiración haciendo beber abundante chicha a los sospechosos, hizo enterrar vivo al jefe, y arrojó a los cómplices a unos en el foso de las fieras y a otros entre reptiles venenosos. Sin embargo de estos cuidados se dice que sometió a los Yanahuaras, Aymaraes, Umasuyus, Quechuas, habitantes de Camaná y parte de Chayanta. Este Inca adoptó medidas severas contra vicios abominables. Se cree que murió envenenado.

Inca-Roca.- Se cuenta que, siendo aún príncipe heredero, extendió Inca-Roca las conquistas hasta Abancay por la sierra y por la costa hasta el valle de Nazca. Después de haber tomado la borla imperial, emprendió

2_lorente 2.p65 91 29/11/2006, 12:14 p.m.

la conquista sucesiva de los Chancas, Charcas y Antis. Los Chancas cedieron de mala voluntad en presencia de ejércitos irresistibles; los Charcas aceptaron el yugo por consejo de sus ancianos; y los Antis conservaron su libertad a favor de sus selvas impenetrables y de su clima poco saludable. Inca-Roca fundó para la nobleza escuelas, de las que era excluido el pueblo; y ordenó que a su muerte se destinaran sus grandes tesoros al ornato de su tumba y al servicio de su familia; de allí nació la costumbre de que cada Inca se formara un tesoro.

Yahuar-Huaca.- El nombre de Yahuar-Huaca (el que llora sangre) indica las desgracias del séptimo Inca, quien según algunos fue asesinado por sus capitanes, y según otros murió en el destierro después de haber sido destronado por su hijo Inca-Roca llamado comúnmente Viracocha. Este príncipe que por su carácter violento había sido condenado a guardar los rebaños del Sol en las alturas de Chitapampa, se presentó un día a su padre avisándole que, según le había anunciado el dios Viracocha, se aproximaban los Chancas al Cuzco con un gran ejército. Despreciado este aviso, llegaron sin oposición hasta las cercanías del Cuzco treinta mil hombres al mando del valeroso Anco Huallo, jefe de una gran tribu de Huamanga. El tímido e imprevisor Yahuar-Huaca sólo tuvo tiempo para retirarse a la angostura de Muina; mas el imperio fue salvado por el animoso príncipe que reunió en torno de sí a los valientes y derrotó a los invasores en Yahuarpampa (llanura de sangre). El vencedor hizo desollar vivos a algunos Chancas y formó con sus cueros henchidos unos tambores para aterrar a los enemigos del imperio. Recogió ciertas piedras del campo de batalla, diciendo que en ellas se habían convertido los auxiliares enviados por el dios Viracocha, las que en adelante eran llevadas a la guerra con el nombre de *Pururaucas* como prenda de la protección celestial. Habiendo entrado al Cuzco en triunfo, usurpó la corona destronando a su padre, en cuyo tiempo se había conseguido la fácil conquista desde Arequipa hasta Atacama.

Viracocha.- Habiendo ocupado el trono de una manera irregular, tuvo el octavo Inca que sofocar a viva fuerza las semillas del descontento. Libre de enemigos domésticos, extendió la dominación imperial tanto por el Norte como por el Sur. Los soldados de Anco Huallo emigraron hasta Moyobamba por no someterse a un poder que habían estado cerca de abatir en Yahuarpampa. Mas otros pocras, poco resignados al yugo sorprendieron una noche a los guerreros imperiales y colgaron los cadáveres de los principales en la quebrada que en el camino de Ayacucho a Huanta se conoce hoy con el nombre de Ayahuarcuna (sitio donde se cuelgan cadáveres). El Inca los aterró haciendo ahorcar un gran número

2_lorente 2.p65 92 29/11/2006, 12:14 p.m.

de ellos en el rincón de Ayacucho (rincón de muertos). Por el Sur los Chichas, Amparaes y otras tribus de Charcas se rindieron después de algunos encuentros parciales; los de Tucma (Tucumán) se sometieron antes de haber sido amenazados, cediendo al prestigio de los hijos del Sol. Viracocha acrecentaba el brillo de sus victorias con obras magníficas: embelleció la antigua ciudad de Vilcas; abrió una acequia desde Angaraes a Lucanas; restauró el antiguo templo de Cacha en honor del dios Viracocha; y construyó palacios dorados en el ameno valle de Yucay. Mas abandonándose a aquellas delicias y ya en una vejez avanzada entregó las riendas del gobierno al príncipe heredero Inca-Urco que estúpido y corrompido no pudo defender el imperio del valeroso Asto Huaraca quien desde Huaitará se había avanzado sobre el Cuzco. Felizmente el joven Yupanqui, que había sido elevado al trono por la nobleza disgustada de su padre y de su hermano, venció a los invasores, apoderándose de Asto Huaraca en una sorpresa nocturna.

Pachacutec.- Yupanqui recibió el nombre de Pachacutec (el que da nuevo ser al mundo) por haber sido después de Manco-Capac el verdadero padre del Perú. La activa cooperación de Asto Huaraca, cuya voluntad ganó con el buen tratamiento; y la alianza de Cari, poderoso cacique del Collao, consolidaron la dominación imperial en territorios incorporados ya, pero que sólo estaban adheridos por débiles vínculos. Felices campañas que fueron confiadas al príncipe heredero y a su tío Capac-Yupanqui, proporcionaron la adquisición de las más importantes provincias del Norte. Los huancas cedieron después de algunos encuentros; los de Tarma y Bombón se dejaron atraer por las promesas; los Huaylas fueron reducidos por el hambre; los naturales de Huamachuco se rindieron sin combatir; los de Cajamarca lucharon con denuedo pero sin éxito; los de Yauyos se entregaron a Capac-Yupanqui a su regreso de una gloriosa expedición. Un triunfo magnífico solemnizó la entrada de los vencedores en el Cuzco. Para conquistar los valles del Norte donde existían los florecientes señoríos de Chincha, Chuquimancu, Cuismancu y el gran Chimú, se emplearon las artes de la paz y de la guerra. Sujetos con facilidad Ica y Pisco, se sometió a los aguerridos vecinos de Chincha, renovando el ejército imperial, talando los campos y rompiendo las acequias. Para sujetar a Chuquimancu fue necesario que los invasores renovaran por cuatro veces sus ejércitos. Cuismancu fue admitido como un aliado digno de toda la consideración de los Incas por respeto al santuario de Pachacamac venerado en todo el imperio. Aunque el gran Chimú defendió tenazmente posición por posición y valle por valle, no pudo al fin resistir, viéndose atacado por más de cuarenta mil hombres y a sus pueblos reducidos a la miseria. Tan valiosas provincias se resigna-

2_lorente 2.p65 93 29/11/2006, 12:14 p.m.

ron pronto al yugo a la vista de imponentes construcciones y de toda suerte de beneficios. Pachacutec aseguraba el bienestar, el esplendor y el orden del Perú con su administración inteligente y enérgica; magníficos edificios y numerosas obras de utilidad pública se construían en todas partes; se cuidaba mucho del cumplimiento de la justicia; se mejoraba la organización del ejército; y se reprimía el desorden con sabias leyes. La unidad nacional se promovió eficazmente con las colonias y con la generalización de la lengua quechua.

Inca-Yupanqui y Tupac-Inca-Yupanqui.- No es posible distinguir bien las hazañas, ni aun las personas de estos dos monarcas. Durante sus gobiernos se emprendió sin éxito la conquista de los Mojos y Chirihuanas; los chilenos quedaron sometidos hasta el río Maule donde se estrelló el poder del imperio, ante el valor de los Promaucaes y otras tribus indomables. No esperando ya los Incas grandes ventajas hacia el mediodía, dirigieron sus expediciones del lado del Norte, donde los Huacrachucos se sometieron sin combatir; los de Chachapoyas después de una heroica resistencia, los de Huancabamba forzados por el hambre, los de Cajas, Ayabaca y Carhua que formaban una confederación guerrera, por acuerdo de sus capitanes, los Huanucuyus de paso, los de Paita y Tumbes con poca dificultad. Los Pacamoros conservaron la independencia guareciéndose en las selvas de Jaén. Las provincias de Zarza, Palta, Cañar y Alahuasi que estaban en los confines del reino de Quito y se hallaban amenazadas a la vez por los señores del Cuzco y por los Sciris, prefirieron la dominación imperial que era la más poderosa y benéfica. Esta preferencia fue recompensada levantando magníficos edificios en Tomebamba, Hatuncañar y otras ciudades de los Cañares.

Mientras Capac-Yupanqui se ocupaba en estas obras, los Huancavilcas que habitaban en la costa de Guayaquil le pidieron maestros para aprender sus benéficas leyes, y no tardaron en dar muerte cruel a los enviados para civilizarlos. Su castigo quedó aplazado por hacer la guerra a Hualcopo Duchisela que reinaba en Quito con el título de Sciri y que tenía aspiraciones parecidas a las de los Incas. Los primeros encuentros ofrecieron triunfos y reveses alternados, y después de algunas victorias hubieron de retroceder las fuerzas imperiales habiendo sido derrotadas por Chalcuchima. En esta época se acabó el templo del Sol y se construyó la admirable fortaleza del Cuzco.

Huaina-Capac.- El imperio fue elevado a la cumbre de la grandeza por Huaina-Capac (mozo poderoso) que principió por defender su corona que le disputaban sus hermanos y por castigar a los enemigos de su raza. Los Huancavilcas espiaron su crimen contrayendo la obligación

2_lorente 2.p65 94 29/11/2006, 12:14 p.m.

de sacarse cuatro dientes. Los de la Puná, que habían arrojado al mar y muerto a golpes de remo a los nobles del imperio después de haber recibido a Huaina-Capac con pérfidos halagos, sufrieron un castigo igual a su delito. Los Chachapoyas, que habían muerto a los gobernadores del Inca, fueron perdonados por súplicas de una señora de Cajamarquilla que había pertenecido al serrallo de Tupac-Yupanqui. Antes de avanzarse hacia Quito se hicieron fáciles conquistas en la costa hasta llegar a los salvajes de Barbacoas y del Chocó, que se obstinaron en la resistencia y obligaron a decir a Huaina-Capac: «volvámonos, que estos no merecen tenernos por Señor». El reino de los Sciris quedó al fin sometido por la derrota y muerte del último soberano y por la unión de Huaina-Capac con la hermosa Pacha que había sido aclamada por los Quiteños en lugar de su padre derrotado y muerto en la batalla decisiva de Hatuntaqui. Todavía los Carangues se resistieron uniendo el valor a la perfidia; pero los principales fueron degollados en la laguna de Otabalo que recibió entonces el nombre de Yahuarcocha (laguna de sangre). Sin otra oposición considerable se logró dilatar el imperio hasta el río Angasmayo. La conclusión de los grandes caminos, otras obras inmortales, la organización del gobierno en una asamblea legislativa, la protección de la ganadería y la mayor ilustración elevaron la gloria de los hijos del Sol sobre todos los príncipes del nuevo mundo. Mas Huaina-Capac, que había pasado sus últimos años en el reino de Quito, dividió el imperio entre sus hijos Huascar, primogénito de la Coya o Emperatriz, y Atahualpa, hijo de Pacha, legando a éste la herencia de sus abuelos maternos. Las honras de Huaina-Capac fueron extraordinarias: unas mil personas se mataron para servirle más allá del sepulcro; su corazón quedó en Quito; su cuerpo trasladado al Cuzco se colocó en Coricancha frente a la imagen del Sol; el dolor de todos los vasallos fue desesperante.

Huascar y Atahualpa.- Conforme a la expresa voluntad del difunto monarca recibió Huascar la borla imperial y Atahualpa fue reconocido soberano de Quito; la paz entre los dos hermanos sólo se conservó por algunos años, estallando la guerra civil a la muerte del gobernador de los cañares. La posesión de esta provincia fue disputada primero con las negociaciones y enseguida con las armas. El rey de Quito, que había sido hecho prisionero por el general cuzqueño, logró escaparse de la fortaleza de Tumebamba y una vez en libertad aspiró a destronar a su hermano. Los veteranos de Huaina-Capac, que habían quedado en Quito dirigidos por Chalcuchima, Quisquiz, Rumiñahui y otros jefes distinguidos, le dieron brillantes triunfos. Vencedor en Ambato, exterminó a cuantos cañares eran capaces de llevar las armas, porque se habían declarado en contra suya. Sus generales avanzándose sin gran oposición hasta el Cuzco derrotaron

2_lorente 2.p65 95 29/11/2006, 12:14 p.m.

las huestes imperiales en la inmediata llanura de Quipaypan. Chalcuchima, que mandaba la acción, hizo prisionero a Huascar y lo llevó cautivo a Jauja. Atahualpa, herido meses antes en un combate naval contra los de la Puná, se había quedado en Cajamarca, donde a poco fue víctima de Pizarro que estaba ya en el Perú y que no tardó en conquistarlo.

—III—

Civilización del Perú bajo los Incas

Sistema de gobierno.- Los Incas realizaron el socialismo en la escala más vasta, en toda la pureza posible y con tanta constancia como si durante doce reinados no hubiese gobernado sino un solo soberano. Llamándose hijos del Sol marcharon a la conquista del mundo para imponerle su culto y doblegar la sociedad a sus órdenes. Su voluntad sojuzgaba las almas; todos los bienes y todas las vidas como toda actividad pendían de sus palabras; así hicieron de un vastísimo imperio una sola familia sin ociosos, ni mendigos, y un convento reglamentado en todos los instantes y en todas las prácticas de la vida. Su civilización, muy superior a la de los bárbaros entre quienes se desarrollaba, tenía una fuerza inmensa para difundirse; pero no podía durar, porque contrariando los más poderosos sentimientos de libertad, propiedad y familia debía debilitarse y corromperse a medida que se extendiera, y de continuo estuvo expuesta a una destrucción súbita, porque la jerarquía social dejaba el destino de todos pendiente de una sola cabeza.

Jerarquía social.- La sociedad estaba dividida en tres órdenes principales: Inca, nobleza y pueblo. Dios-rey, era acatado el Inca como hijo del Sol y como árbitro de todas las existencias. Los pendientes de oro que alargaban sus orejas, la *mascaypacha,* borla que cubría su frente, el *llauto* que rodeaba su cabeza, las plumas del *coraquenque* que la adornaban, los vestidos más preciosos, los millares de personas que le servían, la opulencia de sus palacios, la majestad con que visitaba su imperio, la adoración con que era necesario acercársele y los honores divinos que se hacían a su cadáver, fascinaban al sencillo pueblo; su gobierno paternal ganaba todos los corazones.

La nobleza se componía de la familia del Sol, de los Incas de privilegio y de los curacas. La familia imperial incluía a la Coya, reina madre, que por lo común era hermana del Inca, las concubinas, las doncellas de la estirpe real o *ñustas,* las casadas del mismo origen o *pallas* y los príncipes solteros o casados que desempeñaban los principales cargos y cuando no por sus luces, eran acatados por su nacimiento y por su lujo. Los Incas de privilegio descendientes de los que con Manco-Capac fundaron

2_lorente 2.p65 96 29/11/2006, 12:14 p.m.

el Cuzco, eran muy considerados y ocupaban puestos más o menos elevados según sus méritos. Los curacas conservaban alguna autoridad sobre sus antiguos súbditos y entre otras distinciones inapreciables recibían a veces la mano de alguna infanta.

El pueblo sumido en la abyección más completa estaba dividido en grupos sucesivos de a diez mil almas, de a mil, de a quinientos, de a cien, de a cincuenta y de a diez; también se dividía por linajes que no podían cruzarse. Los habitantes de las provincias se distinguían en *originarios* y *mitimaes* y los de las ciudades en *hanaisuyos* o de los barrios altos *y huraisuyus* o de los barrios bajos. Según la posición eran los últimos los *yanaconas* condenados a las tareas más humildes y los primeros los que estaban dedicados a las artes, al ministerio del templo o al servicio de palacio.

Legislación.- No había más ley que la palabra del principal *(apupsimi)* sirviendo la voluntad del Inca de derecho y de conciencia. Mas por la constitución del imperio y por la misión que se habían arrogado los Incas, su voluntad no debía ser caprichosa; para evitar escándalos y para no comprometer su poder necesitaban sujetarse al socialismo establecido. Los bienes y el trabajo debían servir a las necesidades del Estado y se hallaban organizados conforme a su destino social.

La tierra se dividía en cuatro porciones: la del Sol, la del Inca, la de la comunidad y la de los curacas. La tierra del Sol se destinaba al culto, la del Inca a las necesidades del gobierno, las tierras de la comunidad se distribuían anualmente entre las familias dando un topo a cada matrimonio; un topo más por cada hijo y medio por cada hija; sin que pudiesen trasmitirse por herencia, ni por contrato. Los curacas poseían vinculaciones que se perpetuaban en los jefes de las familias. Los grandes rebaños pertenecían al Inca y al Sol; las comunidades sólo poseían un corto número de cabezas; algunos curacas poseyeron millares. Las minas pertenecían de ordinario al Estado. El guano se distribuía entre los costeños por provincias y distritos. Las cacerías se hacían en beneficio del Inca o de los nobles, dejando al pueblo alguna carne que se conservaba bajo la forma de charqui. Sólo quedaban a libre disposición de todos, las hierbas del campo y las riquezas del agua.

El trabajo recaía exclusivamente sobre el pueblo que debía emplear su tiempo en las tareas domésticas, en el cultivo de las tierras y en las obras públicas, sin que nadie pudiese estar ocioso, ni las mujeres, ni los niños, ni los viejos, ni aun los privados de algún sentido. Para aliviar la fatiga se estableció la *mita* o rotación en el servicio, se procuró convertir los trabajos comunes en fiestas, y al que estaba empleado en un servicio le mantenían a costa del Estado.

2_lorente 2.p65 97 29/11/2006, 12:14 p.m.

A la edad de dieciocho a veinte años las doncellas y a la de veinticuatro a veinticinco los mancebos debían casarse por orden y conforme a la elección del gobierno. Tocaba a la familia preparar el ajuar y a la comunidad levantar la casa de los desposados. Ninguno podía casarse fuera de su linaje *(aillo).* Los bienes quedaban para la familia, si el padre no los dejaba a alguno de sus hijos. El mayor se encargaba de la casa, si estaba en edad para ello; a falta de él algún hermano del difunto y a falta de todos el Estado que cuidaba también de los expósitos.

El espíritu de comunidad se conservaba reuniéndose las familias periódicamente en los mercados, fiestas, faenas y convites, en los que tomaban parte indistintamente los pobres y los ricos. En caso de necesidad debían unos vecinos ayudar a los otros en los trabajos; y todos cultivaban las tierras de los inválidos. Nadie podía cambiar el vestido de sus mayores, ni de domicilio sin superior mandato.

El código penal era muy severo. Se castigaban con la muerte la blasfemia, el sacrilegio, la rebelión, la desobediencia contumaz, el envenenamiento, el asesinato, el adulterio en la mujer noble, el incendio de un puente, el robo de cosas del Inca y del Sol y otros delitos menores agravados por las circunstancias. Otras faltas eran castigadas con el tormento, azotes en los brazos y piernas, golpes con piedra en la espalda, prisión, confinamiento, afrenta, reparación del daño, pérdida del destino u otras penas arbitrarias.

Administración.- El Inca era ayudado en la administración del imperio por un consejo de Estado; las provincias eran gobernadas por los *Tucuiricuc;* los distritos por los *Michos;* los linajes por los Curacas; los grupos por los *Camayoc* respectivos. Cada una de estas autoridades administraba justicia reservándose los casos más graves a los Tucuiricuc y al Inca; el juicio era sumario y sin apelación; mas se precavía la iniquidad de los jueces mediante el informe mensual que debían dar los tribunales, y con las visitas que personas de confianza y a veces el Inca hacían por las provincias.

Empleados permanentes o temporales presidían a la distribución de las tierras, a las faenas y fiestas, a los socorros del Estado y aun a las tareas domésticas. El cultivo de las tierras era iniciado por el Inca, a quien seguía la nobleza, y se concluía por las comunidades y particulares. Los trabajos de sembrar, recoger las cosechas y depositarlas en los almacenes del Estado eran fiestas populares, en que las tareas alternaban con la música, el baile y los banquetes. También se convertían en fiesta las grandes cacerías y la trasquila del ganado. Se hacían igualmente bajo la inspección del gobierno los trabajos domésticos destinados a fabricar los objetos del consumo público y privado.

2_lorente 2.p65 98 29/11/2006, 12:14 p.m.

Para la mejor administración se formaba anualmente la estadística de la población, tierras y otros elementos sociales; los correos *(chasquis)* prevenidos de legua en legua trasmitían los mandatos oficiales con una rapidez asombrosa a razón de cincuenta leguas por día y en casos urgentes se comunicaban las noticias encendiendo hogueras. Los buenos caminos, las colonias, ya agrícolas, ya militares y la generalización de la lengua quechua facilitaban mucho la acción del gobierno.

Conquistas.- La superioridad de civilización y la constancia en las empresas abrieron a los Incas una carrera ilimitada de conquistas. Como hijos del Sol debían consagrarse a una cruzada civilizadora. El heredero del imperio se educaba para la guerra junto con los nobles de su raza. Hacia la edad de dieciséis años recibía al mismo tiempo que ellos, la investidura del *huaraco* después de un penoso noviciado, con las más imponentes ceremonias, en medio de las que se colocaban en sus orejas un alfiler de oro, en sus pies finas ojotas, en su cintura el *huara* (pañete), en sus sienes flores emblemáticas, en su frente una borla amarilla y en sus manos un hacha de guerra. Concluidas estas fiestas salía a campaña para hacer el aprendizaje de las conquistas. La nobleza suministraba excelentes jefes, el pueblo soldados sobrios, sufridos, subordinados y serenos. En ejercicios periódicos se aprendía el manejo de las flechas, dardos, hachas, picas, macanas, mazas, hondas y otras armas; para la defensa se usaban cascos, celadas, rodelas y jubones embutidos de algodón. El ejército estaba dividido en grupos análogos a los de sociedad; cada cuerpo tenía una bandera particular, reconociéndose por estandarte general la divisa del Arco Iris. Los movimientos se regularizaban con el toque de trompetas y tambores; pero se peleaba en tropel y sin hábiles combinaciones.

La política imperial valía más que el ejército de los Incas: avanzaban a favor de las alianzas, de la mediación y de los halagos; hacían sentir el ascendiente de su civilización; sorprendían con la grandeza de sus obras; se mostraban benéficos en medio de la guerra, clementes con los rendidos y terribles con los obstinados; aseguraban sus conquistas con la tolerancia bien entendida de los usos y creencias, con la prudente introducción de sus leyes; con tomar a los curacas o a sus hijos de rehenes, y con la introducción de mitimaes; en casos imprescindibles no retrocedían ante ninguna necesidad de dominación.

Religión.- El Sol era el alma del imperio y su culto se hacía dominante con la severidad de las leyes, con la magnificencia de los templos, con el prestigio de los sacerdotes y escogidas, con la pompa de las fiestas y con el aparato de los sacrificios. Entre los templos deslumbraba el Coricancha

2_lorente 2.p65 99 29/11/2006, 12:14 p.m.

por su imagen del Sol, su jardín, sus útiles y sus ornamentos radiantes de oro, plata y piedras preciosas. El templo de Titicaca fue tan venerado que hasta las mazorcas cosechadas en las vecinas rocas adquirían un valor inestimable. Los ministros del culto eran tantos, que en solo Coricancha había cuatro mil, en el templo de Vilcas se alternaban cuarenta mil y en el de Huánuco treinta mil. El sumo sacerdote *(Villac Umu)* era pariente del Inca, los demás sacerdotes salían de la nobleza, recomendándose además del nacimiento por su vida religiosa y por sus funciones sagradas. Las escogidas *(aclla)* por su nobleza o por su hermosura vivían en monasterios dirigidas por madres *(Mama Cunas)* cuidando del fuego sagrado, haciendo labores finísimas y sujetas a la castidad bajo horribles penas. Las *Ocllos* eran una especie de beatas que vivían fuera de los monasterios siendo respetadas por sus virtudes. Las fiestas del Sol tenían lugar en todo el año y se celebraban con la mayor solemnidad al principio de las estaciones; la del *Capac Raimi* en el solsticio de diciembre; la del *Inti Raimi* en el de junio; la del *Nosoc Nina* en el equinoccio de marzo y la del *Citua* en el de septiembre. Había en julio una solemne rogativa para que no faltase agua a los campos y en agosto otra para ahuyentar las enfermedades. Al Sol se sacrificaban toda clase de objetos, especialmente llamas y en las ocasiones más solemnes una o muchas víctimas humanas.

El culto del Sol traía consigo el de la Luna *(quilla),* su esposa y hermana, el de las estrellas, el de Venus bajo el nombre de *Chasqui Coillur,* el del terrible *Yllapa* (rayo) y el del Arco Iris *(Ccuichi).* Además, todos los dioses nacionales tenían su templo en el Cuzco y en las provincias; cada tribu seguía venerando sus ídolos, y cada individuo tenía fe en sus *conopas.*

Entre otras prácticas supersticiosas había algunas muy análogas al culto cristiano especialmente al sacramento de la penitencia; pues se practicaba la confesión y se imponían algunas expiaciones. Es también digna de admiración por las elevadas ideas que expresa, la siguiente oración a Pachacamac: «Oh Hacedor, que estás desde los cimientos y principio del mundo hasta en los fines de él, poderoso, rico, misericordioso, que distes ser y valor a los hombres y con decir, sea este hombre y esta sea mujer, hiciste, formaste y pintaste a los hombres y a las mujeres; a todos estos que hiciste y diste ser, guárdalos y vivan sanos y salvos sin peligro y en paz. ¿En dónde estás? Por ventura en lo alto del cielo y en las nubes y nublados o en los abismos? Óyeme y respóndeme y concédeme lo que pido. Danos perpetua vida para siempre, tennos de tu mano, y esta ofrenda recíbela a donde quiera que estuvieres, oh Hacedor».

2_lorente 2.p65 100 29/11/2006, 12:14 p.m.

Instrucción.- Sabios llamados *Amautas* enseñaban a la nobleza en escuelas públicas las máximas de la guerra, las prácticas del gobierno, las ceremonias de la religión, la lengua general, los quipos, la historia de los Incas, algo de Bellas Artes, Medicina y Astronomía, en suma las nociones precisas para los cargos políticos, militares, religiosos y para dominar al pueblo por su superior cultura.

Los quipos confiados a los *Quipocamayos* llegaron a adquirir una perfección extraordinaria satisfaciendo las necesidades de la estadística y formando los anales del imperio.

La lengua quechua, admirable por la fuerza de expresión, la regularidad de las formas y la dulzura de los sonidos se prestó a todos los usos del lenguaje.

La ciencia del gobierno estuvo reducida al sistema de socialismo en que la jerarquía social y la conquista, la administración y el culto, la familia y el Estado, las leyes y las costumbres, la propiedad y la industria, las penas y las fiestas formaban un vasto y armonioso conjunto.

La moral se expresaba en las máximas: no seas ladrón, no perezoso, no embustero y otras sumamente lacónicas. Los deberes del pueblo se reasumían en la obediencia absoluta.

Se tenían algunas ideas de los movimientos del Sol y de la Luna; se determinaba el día de los equinoccios por medio de columnas, y el de los solsticios por medio de torres. Se dividía el año *(huata)* en doce lunas y cada luna en cuatro semanas; los días que faltaban para el año solar, se suplían con días de otra luna.

En medicina se conocía el uso de las sangrías locales, algunas plantas muy activas y otros remedios simples; pero la práctica era muy rutinaria y estaba confiada a curanderos.

De las matemáticas se hicieron importantes aplicaciones a la partición de tierras, al movimiento de las aguas y sobre todo al cálculo contando por unidades, decenas, centenas, millares y decenas de millar.

Los grandes adelantos en literatura se manifestaban en los discursos, cánticos y obras dramáticas. Los poetas *(haravec)* componían relaciones en verso para recordar las hazañas de los Incas. De sus tragedias se conservan las de *Ollanta* y *Usca Paucar,* si bien se deja traslucir una refundición posterior a la conquista.

La música era melancólica y muy expresiva, si bien a menudo se hacía demasiado ruidosa y algo monótona. Entre los principales instrumentos se distinguían la antara y la quena.

En los dibujos se nota a veces la delicadeza de los perfiles, la verdad de la expresión y la fuerza del colorido. Las estatuas son por lo común informes, teniendo los brazos y las piernas pegados al cuerpo. Algunos bajos relieves revelan la mano de un artista.

2_lorente 2.p65 101 29/11/2006, 12:14 p.m.

En la arquitectura domina la línea recta, hay raras ventanas, pocas escaleras, una que otra bóveda. Los palacios, templos y otros edificios públicos se distinguen por su uniformidad, sencillez y simetría, sorprendiendo algunos por la magnitud, primorosa labor, armoniosa colocación y ajuste exacto de las piedras. Los principales materiales eran piedras labradas o brutas, adobes más o menos consistentes, cañas y maguey. Las puertas siempre pequeñas se cubrían con pieles, lienzos o cañas. Los techos se hacían con maguey, cañas, pocas veces con palos sujetos mediante cuerdas, cubriéndose de paja y poco barro. Las piezas no comunicaban entre sí; mas en los grandes edificios daban a veces a un patio común.

Industria.- La agricultura, sobre la que descansaba el bienestar del imperio, estaba tan adelantada como extendida. Por medio de andenes, hoyas y acueductos se avanzaba cada día más hacia los desiertos y alturas. Conocíanse los abonos del guano y anchovetas; los campos se aprovechaban bien y estaban cercados. Cultivábanse principalmente la papa, el maíz, la quinua, el camote, la yuca, el plátano, el algodón, otras muchas raíces y frutos indígenas. Labraban la tierra introduciendo a manera de arado una estaca puntiaguda con un travesaño para que un trabajador pudiese apoyar el pie y otros tirar hacia adelante. Entre los animales domesticados se distinguían los grandes rebaños de llamas y alpacas, los cuyes, los patos y ciertos perros que no sabían ladrar, llamados *alccos.*

La caza de las vicuñas estaba reglamentada; en otras cacerías y en la pesca seguía desplegándose mucha destreza.

Se reducía generalmente la minería a la extracción del oro, plata y cobre que solían tomarse en la superficie de la tierra, siendo muy raros y poco profundos los socavones. El mineral de plata se beneficiaba en hornos portátiles llamados *huairas*, abiertos a todo viento, que se colocaban en lugares descubiertos, y para favorecer el beneficio se hizo uso de la galena o sulfato de plomo. Aunque se conocía el estaño y el azogue, no eran objeto de la explotación mineral. También se hacían grandes trabajos para adaptar las piedras de cantería a las necesidades de la construcción.

Muchos y muy poderosos obstáculos se opusieron al desarrollo de las artes industriales. Los oficios estaban acumulados en todos los plebeyos, no habiendo profesiones especiales sino para la alfarería, platería, tejidos finos y fabricación de otros objetos de lujo. No se conocían los clavos, las agujas metálicas, sierras, ni otras herramientas o útiles de hierro y por lo mismo casi eran desconocidas las artes del ebanista y del carpintero. Suplían imperfectamente al hierro los útiles de piedra y cobre solo o mezclado con estaño; las espinas servían de agujas y sin

2_lorente 2.p65 102 29/11/2006, 12:14 p.m.

embargo de ser tan imperfectos estos y otros instrumentos se hicieron algunos trabajos admirables. En los tejidos finos no se sabía qué admirar más, si la delicadeza de los hilos, los primores de la labor o el brillo de los colores. En las obras de alfarería sorprenden varios huacos por sus artificios para el movimiento de los líquidos y para que el aire saliendo por algunos agujeros imite la voz de las aves allí figuradas. Los plateros doblegaban el oro, plata y cobre a las más atrevidas concepciones. Fueron maravillosas la destreza para pulir las esmeraldas y otras piedras preciosas, la manera secreta de embalsamar los cadáveres y ciertos tintes indelebles. Los colores predominantes fueron el azul, negro, amarillo y rojo, extrayéndose la materia colorante para éste del *magño* o cochinilla silvestre, ciertos caracolitos marinos y la orchilla.

El comercio fue muy reducido; para el interior había días de feria; se usaban balanzas con pesas graduadas y servían de moneda la coca, el ají, la sal u otro producto de uso general; el exterior se hacía con los pueblos situados en las costas del reino de Quito y tal vez con algunos del Chocó. Para estos y otros largos viajes marítimos se navegaba en grandes barcos a vela y a remo, reservándose para las pescas no muy distantes de la tierra la navegación en caballitos de totora, cueros de lobos marinos henchidos de aire y pequeñas canoas. El trasporte por tierra se hacía comúnmente a espaldas de hombre, siendo poquísimo el uso de la llama como bestia de carga. Los grandes caminos no tenían un destino comercial, sino que servían para los movimientos militares o las comunicaciones administrativas y para que el Inca sin salir de sus residencias pudiese comer el pescado fresco trasportado en pocas horas por relevos de chasquis de las orillas del pacífico a los puntos más distantes de la sierra.

Usos generales.- Entre la inmensa variedad de usos locales resaltan el apego a la rutina y a las formas, la sumisión absoluta, el espíritu de corporación, la escasa caridad para con los individuos, la falta de aspiraciones, la dulzura de costumbres, la ausencia de crímenes, la debilidad de carácter, la poca elevación de sentimientos y la afición a los placeres sensuales. El gusto por el baile era desmedido, siendo la mayor parte de las danzas monótonas y muy compasadas y distinguiéndose entre ellas la graciosa *cachua.* Había juegos de suerte, destreza y fuerza, por lo común inocentes y a veces muy peligrosos. La embriaguez solía mezclarse a todas las diversiones y se generalizaba con espantosa frecuencia. No obstante, la multitud de fiestas públicas que se prolongaban meses enteros, especialmente por enero y junio, y aunque fueran objeto de regocijos privados el nacimiento, el corte del primer pelo, la entrada a la pubertad, el matrimonio, la muerte, la siembra, la cosecha, la conclu-

2_lorente 2.p65 103 29/11/2006, 12:14 p.m.

sión de la casa, la despedida de los amigos y cualquier otra novedad, el estado habitual de los indios era la melancolía, mezclándose el llanto a los cánticos, al baile y aun a la bebida.

Las comidas eran dos, la primera por la mañana y la otra al ponerse el Sol, casi siempre parcas y sencillas. La base de los alimentos estaba formada por la papa y el maíz, sirviendo de condimentos la sal y el ají y haciéndose poco uso de la carne en las comidas del pueblo; en los lugares ribereños se comía generalmente pescado; en la tierra caliente plátanos y otras frutas; los banquetes opíparos, en que podían saborearse toda clase de manjares, estaban reservados a la nobleza; mas si el pueblo conocía rara vez los goces del lujo, estaba siempre a cubierto de los rigores del hambre. También podía beber a placer la chicha, especialmente la de jora. El deseado uso de la coca sólo le era permitido bajo ciertas restricciones.

Los hombres vestían generalmente una camisa sin mangas llamada por los quechuas *uncu* y por los huancas *cusma*; el pañete o *huara* que servía de calzones; la *yacolla* o manta; la *usuta,* forma más o menos fuerte y rica de calzado y el *chuco* o gorro que variaba mucho en los diferentes linajes. Las mujeres traían sobre la camisa el *anaco* atado, con el *chumpi* o faja, la mantilla o *lliclla* prendida al pecho con el *tupu* (alfiler de espina o metal), la *vincha* al rededor de la cabeza y el cabello en dos trenzas. Las telas eran de algodón en la costa, de *abasca* o pelo de llama en la sierra para el pueblo y de vicuña para la nobleza. En el lujo que ésta se reservaba entraban los adornos de metales y piedras preciosas; todos podían engalanarse con plumas.

Las habitaciones del pueblo eran sucias, oscuras, sin ventilación, ni cómoda salida para el humo, y reducidas a una o dos piezas estrechas. El menaje se componía de escasas provisiones, ollas de barro *(manca)* platos de zapallo, mates, vasijas para la chicha *(puinu)* pellejo o estera para acostarse *(ccara)* el huso de hilar *(puchca)* sencillo telar, batanes *(cutana)* espejos de pirita, peines de espinas, porongos, lana y algodón para sus labores y otros raros útiles. En los palacios de la nobleza todo revelaba la opulencia, distinguiéndose los asientos *(tiana)*, ricos espejos, preciosas telas y otros objetos de comodidad o de lujo.

Tan admirables como los campos que labraron para sostener la vida son las *huacas* que construyeron los indios para reposar después de la muerte. Los sepulcros se encuentran siempre cerca de las poblaciones, a veces en la campiña inmediata, a veces en la misma casa, entre los floridos valles y por lo común en alguna eminencia. Los cadáveres se hallan sentados con las rodillas juntas y dobladas sobre el vientre, los brazos traídos sobre el pecho, y las manos unidas sobre el rostro; a su lado se encuentran los vestidos, útiles, maíz, chicha y objetos de lujo que les habían de servir en la vida futura.

2_lorente 2.p65 104 29/11/2006, 12:14 p.m.

Época de la Conquista

—I—

Descubrimiento del Perú (1511-1528)

Vasco Núñez de Balboa.- En 1511 oyó decir Balboa, recién establecido en el Darién, a un hijo del cacique Comagre, que en el mar del Sur se navegaba en barcas a vela y remo y que entre aquellas gentes era el oro tan abundante como el hierro en España. En 1513, desplegando un genio extraordinario, tuvo la gloria de descubrir el Pacífico y en sus orillas adquirió datos más amplios sobre el Imperio de los Incas. En 1517, habiendo hecho pasar al través del Istmo materiales para fabricar buques, se avanzó en sus exploraciones hasta el puerto de Piñas. Ya tenía los preparativos hechos para el descubrimiento del Perú, como se llamaba ya a las regiones del Sur, mal pronunciado y peor aplicado el nombre de Virú que era el de un río y el de un cacique del Darién; pero su gloriosa carrera fue cortada por su suegro Pedrarías, quien por celos le hizo morir en el cadalso como traidor al rey.

Pascual de Andagoya.- El trágico fin de Balboa, las costas inhospitalarias, los salvajes feroces, los mares tempestuosos y los vientos contrarios retraían a los más animosos de emprender la conquista de un imperio, cuya situación era tan misteriosa como los recursos. Mas en 1522 Pascual de Andagoya, regidor de la nueva población de Panamá, se embarcó en busca del Perú. Arribó al puerto de Piñas, remontó el río Virú y, llevando en su compañía a un cacique, continuó la navegación hasta el río San Juan, donde obtuvo preciosas noticias sobre Huaina-Capac, el Cuzco y otras maravillas de la civilización imperial. Un accidente le obligó a regresar enfermo a Panamá y allí estuvo postrado por mucho tiempo.

2_lorente 2.p65 105 29/11/2006, 12:14 p.m.

Primera expedición de Pizarro y Almagro. En 1524 se reunieron para hacer el descubrimiento del Perú tres ancianos: Hernando de Luque, Diego Almagro y Francisco Pizarro. El primero era vicario de Panamá y gozaba de gran ascendiente. Diego, triste expósito de Almagro, era un soldado valiente, generoso y franco, con muchos amigos entre los aventureros. Francisco Pizarro, hijo natural de un coronel distinguido y de una pobre mujer de Trujillo, había pasado sus primeros años en el oficio de porquerizo, había militado en las campañas de Italia, y en el nuevo mundo era considerado como el único capaz de seguir las huellas de Balboa.

Reunidos unos cien reclutas salió Pizarro de Panamá a mediados de noviembre y tocó en la isla de Taboga y en la de las perlas; habiendo remontado el Virú sufrió una ruda prueba en sus orillas abandonadas por los salvajes, ásperas, sin recursos y malsanas; vuelto al mar hizo aguada en un lugar desolado; y embarcándose luego se levantó una violentísima tempestad que le obligó a volver al lugar de la aguada; allí padeció privaciones y dolores espantosos, habiendo perdido gran parte de su gente sin que por eso flaqueara su constancia. Montenegro, que había ido por recursos a la isla de las perlas, volvió a las seis semanas; y alentados los expedicionarios con los víveres y con las noticias que les comunicaron unos indios del interior, siguieron explorando las playas inhospitalarias del Chocó. En el puerto de la Candelaria hallaron puestas al fuego algunas ollas; mas entre las viandas reconocieron restos humanos que los obligaron a huir del bárbaro festín, prefiriendo las tempestades. En Pueblo Quemado pensó Pizarro detenerse; mas atacado de sorpresa por los salvajes sólo se salvó a fuerza de heroísmo y hubo de regresar al puerto de Chicama, no queriendo entrar a Panamá en tan miserable estado.

Almagro, que había equipado otro buque, llegó hasta el río de San Juan, tocando en los puntos visitados por su compañero, y recibiendo en Pueblo Quemado un flechazo, de cuya herida perdió un ojo. Aunque había adquirido importantes datos, volvió también al istmo, conociendo por la falta de las señales convenidas, que los primeros expedicionarios no habían pasado adelante.

Segunda expedición de Pizarro y Almagro.- Vencida la oposición de Pedrarías, que quería impedir las expediciones al Perú, renovaron y formalizaron su convenio los tres socios, poniendo Luque veinte mil pesos que le prestaba secretamente el licenciado Espinosa, obligándose Pizarro y Almagro a contribuir con sus servicios, y distribuyéndose por partes iguales las futuras ganancias. Reunidos ciento sesenta hombres y dirigidos por el hábil piloto Ruiz, se encaminaron hacia el río de San Juan; conseguido allí un botín de quince mil pesos, regresó Almagro a Panamá

2_lorente 2.p65 106 29/11/2006, 12:14 p.m.

para atraerse auxiliares; Ruiz se encargó de explorar las regiones del Sur y Pizarro se dirigió al interior.

La subida del río ofreció junto con el más bello espectáculo sufrimientos insoportables y todos los riesgos de las selvas intertropicales. Los exploradores maldecían ya sus sueños dorados, cuando llegó Ruiz que con vientos prósperos había cruzado la línea, reconocido la isla del Gallo y la bahía de San Mateo y tomado en alta mar una barca peruana y en ella dos tumbecinos, una balanza, tejidos, obras de platería y otras muestras de una civilización adelantada. Las noticias que traía, y la llegada de Almagro con refuerzos y provisiones, hicieron continuar la navegación hacia el Perú. Después de algunas contrariedades se llegó a las costas de Atacama, donde lisonjeaban el aspecto del país y la cultura de los habitantes. Pizarro, deseoso de entablar relaciones pacíficas, desembarcó con una parte de los suyos; pero le fue imposible evitar el ataque; y el combate habría sido sangriento sin la caída de un jinete, con lo que se amedrentaron los indios, pensando que se había dividido en dos cuerpos el ser para ellos único, hombre y caballo.

En vista de la hostilidad de los habitantes se resolvió en una junta de guerra buscar mayores fuerzas para llevar a cabo la empresa. Después de un violento altercado se acordó que Pizarro se quedara en la isla del Gallo y que Almagro regresara a Panamá. Para acallar las quejas de los descontentos se procuró retener todas sus cartas; pero un tal Sarabia, pretextando hacer un obsequio a la esposa del gobernador don Pedro de los Ríos, ocultó en un ovillo de algodón un memorial firmado por otros compañeros en que pedían los sacase del cautiverio, concluyendo el relato de sus quejas con la siguiente cuarteta:

> Pues Señor Gobernador,
> Mírelo bien por entero;
> Que allá va el recogedor
> Y acá queda el carnicero.

Profundamente indignado, el gobernador comisionó con tal objeto a su dependiente Tafur. La gente de Pizarro se dispuso a regresar con la mayor satisfacción; mas el indomable caudillo, trazada una raya en el suelo, exclamó señalando al mediodía: «por aquí se va al Perú a ser ricos, por allá se va a Panamá a ser pobres. Escoja el que sea buen castellano, lo que más bien le estuviere». Dicho esto, pasó la raya y tras de él la pasaron trece blancos y un mulato.

Ruiz, que era uno de los trece valientes, volvió con los de Tafur para implorar socorros; los demás pasaron de la isla del Gallo a la Gorgona, donde en cinco meses de abandono sufrieron males horribles con cons-

2_lorente 2.p65 107 29/11/2006, 12:14 p.m.

tancia singular. Al fin regresó Ruiz con un buque de escasa tripulación y con la orden expresa para Pizarro de presentarse en el istmo antes de seis meses.

Aventuras de Pizarro en la costa del Perú.- Con tan mezquino auxilio se embarcó Pizarro en derechura para el Perú; a los veinte días entró en el bellísimo golfo de Guayaquil; tocó en la isla del Muerto a la que dio el nombre de Santa Clara; y al día siguiente hizo marchar en su compañía a una flota de tumbecinos, que iban a atacar a sus eternos rivales de la Puná. Grata fue la sorpresa y amistoso el saludo de españoles y peruanos, cuando la nave entró en el puerto de Tumbes. Del pueblo enviaron provisiones y vino un Inca deseoso de dar cuenta exacta al monarca. Pizarro envió a tierra a Alonso de Molina con gallinas y cerdos de obsequio; y al día siguiente saltó Pedro de Candia, de personalidad arrogante y con vistosas armas, quedando todos encantados de esta entrevista.

De Tumbes continuaron los descubridores su exploración hasta Santa, admirando en todas partes la cultura del país y recibiendo la acogida más afectuosa. Satisfechos ya de su descubrimiento, emprendieron la vuelta a Panamá, haciendo frecuentes arribadas para gozar de la hospitalidad peruana. En un valle, a que llamaron de Santa Cruz, les obsequió la Capullana con un festín tan espléndido, que hizo enloquecer de amor y de ambición a Alcón, joven de bella presencia y escaso de juicio. En otro puerto recibió Pizarro dos muchachos para que le sirvieran de intérpretes, uno de los cuales fue Felipillo tristemente célebre. En Cabo Blanco tomó posesión de aquella tierra, como había hecho ya al acabar el festín de Santa Cruz, y dejó al marinero Ginés. En Tumbes se quedó Alonso de Molina, atraídos ambos expedicionarios por las dulzuras del país y por la amabilidad de sus habitantes. Los demás terminaron su viaje, lisonjeándose con el recuerdo de los grandes obstáculos superados y de sus inapreciables descubrimientos.

—II—
Establecimiento de la dominación española (1529-1537)

Preparativos para la conquista.- Los vecinos de Panamá recibieron con entusiasmo al descubridor del Perú; mas no hallando allí la protección necesaria, marchó Pizarro a España, con acuerdo de sus socios, para solicitarla del monarca. La travesía fue feliz; pero en Sevilla fue puesto en la cárcel a instancias de un antiguo acreedor. Sabedor el emperador de tan indigno recibimiento, ordenó su inmediata libertad y su marcha a Toledo, donde se hallaba la Corte. Pizarro obtuvo de Carlos V la acogida

2_lorente 2.p65 108 29/11/2006, 12:14 p.m.

más lisonjera; y aunque el despacho encargado al Consejo de Indias se hizo esperar por algunos meses, al fin consiguió cuanto podía desear. Fue autorizado a conquistar y poblar la provincia del Perú o Nueva Castilla en la extensión de doscientas leguas desde el río de Santiago que está a 1° 20' latitud N. Debía llevar una fuerza de doscientos cincuenta hombres por lo menos, oficiales reales y misioneros. Entre otras mercedes se le concedían los títulos de gobernador, capitán general y adelantado con las extensas atribuciones de un virrey. Para Luque se pedía al Papa el obispado de Tumbes. A Almagro y a los valientes de la Gorgona se acordaron títulos de nobleza y mercedes secundarias.

Regresando Pizarro por Trujillo, tomó entre otros compatriotas a cuatro hermanos suyos, Martín de Alcántara que lo era de madre, Juan, Gonzalo y Hernando que reconocían el mismo padre. Con los socorros de Hernán Cortés ya opulento con la conquista de México, pudo alistar casi todos los soldados pactados, se embarcó en San Lúcar, y habiendo tocado en las Canarias y en Santa Marta, llegó felizmente a Nombre de Dios, a donde vinieron a recibirle sus socios. Almagro estaba sumamente descontento; porque le había arrebatado el cargo de adelantado faltando a sus promesas. Estas quejas, que llegaron a convertirse luego en una rotura completa, se calmaron con la mediación de Luque y la cesión del título disputado. Hechos de común acuerdo los necesarios aprestos, y consagrada la empresa con las más augustas ceremonias de la religión, salió Pizarro para la conquista a principios de enero de 1531, con sólo ciento ochenta y cinco hombres y veintisiete caballos.

Aventuras de los invasores en la costa.- Habiendo desembarcado en el puerto de San Mateo a los trece días de su salida, tuvieron que sufrir mucho los expedicionarios por la escasez de víveres, el paso de esteros y torrentes y la actitud hostil de los naturales. Todos los trabajos fueron olvidados con la sorpresa de Coaque en que se apoderaron de unos doscientos mil pesos en oro y esmeraldas. Parte de éstas se malograron por haberlas sometido para prueba al golpe del martillo. Unos veinte mil pesos fueron enviados en los buques para atraer aventureros de Panamá y Nicaragua. Continuando su marcha sufrieron los conquistadores muchas privaciones, las penas del abrasado desierto, una epidemia molestísima de verrugas y algunas asechanzas de parte de los indios. Aliviados ya con las provisiones de refresco, que trajeron en un navío el tesorero Riquelme y otros oficiales reales, llegaron a Puerto Viejo, donde se les reunió una columna de treinta hombres mandada por el esforzado Sebastián de Benalcázar que era compadre de Pizarro y Almagro. De Puerto Viejo se embarcaron para la Puná a solicitud de su curaca Tumbala, que los tumbecinos acusaron de pérfidas intenciones.

2_lorente 2.p65 109 29/11/2006, 12:14 p.m.

La enemistad no tardó en hacerse sentir entre los habitantes de la Puná y sus huéspedes, Pizarro noticioso de que diecisiete jefes se concertaban para un ataque súbito, los sorprendió reunidos, y reservando a Tumbala entregó a los demás a los tumbecinos que los mataron en el acto. A esta carnicería siguió un combate desesperado en que los isleños sufrieron una derrota completa. La continuación de sus hostilidades, las noticias cada día más explícitas sobre la guerra entre Huascar y Atahualpa; la llegada del heroico Hernando de Soto con cien hombres, y la buena acogida que se esperaba en Tumbes, animaron a los invasores a desembarcar en el continente.

Contra todas las esperanzas sacrificaron los tumbecinos a los tres primeros castellanos, a quienes para saltar a tierra habían dado la mano con rostro afable, y se preparaban a acabar con los demás. La audacia de Hernando Pizarro salvó a los expedicionarios, quienes tuvieron luego el dolor de encontrar a Tumbes arruinado y de saber la muerte de Molina y Gines. Francisco Pizarro logró sosegar a los naturales ya con su conducta benévola, ya aceptando fácilmente las explicaciones del curaca, que atribuía la pérfida acogida a una facción rebelde y la muerte de Gines y Molina a accidentes inevitables.

Para adelantar sus operaciones emprendió el Conquistador la marcha al Sur el 12 de mayo de 1532, destacando una partida a las órdenes de Soto por las cabeceras de Loja y siguiendo él mismo por la costa con el grueso de los expedicionarios. Terrible en los combates, clemente con los rendidos y buen amigo con los que le daban acogida, sosegó pronto a los naturales que querían oponerse a la invasión. A las orillas del Turicara (Lachira) en el valle de Tangarara fundó con el nombre de San Miguel la primera población española, que después se trasladó al río de Piura, cuyo nombre lleva. Sabiendo allí el triunfo de Atahualpa resolvió marchar a su encuentro, dejando en la colonia los oficiales reales, el oro recogido, los enfermos y una corta guarnición con prudentes instrucciones.

Marcha de los invasores a Cajamarca.- Los expedicionarios salieron para la sierra el 24 de septiembre de 1532 con unos ciento setenta hombres, entre ellos poco más de setenta de a caballo, tres arcabuceros, unos veinte ballesteros y dos piececitas de artillería. Los cinco primeros días se hizo la marcha por valles deliciosos y entre habitantes hospitalarios. Mas la alta idea del poderosísimo imperio, en que la expedición se internaba, desalentó a algunos; y notándolo Pizarro dio licencia para que se retiraran los no bien dispuestos; sólo nueve regresaron a San Miguel. Al tocar en las cabeceras hizo alto en el pueblo de Zaran y envió de explorador a Soto, quien regresó al octavo día después de haber reconocido las poblaciones de Cajas y Huancabamba, admirando la civilización del imperio

2_lorente 2.p65 110 29/11/2006, 12:14 p.m.

y trayendo en su compañía un enviado de Atahualpa que según algunos se llamaba Urco Inca-Roca. Esta misión tenía por objeto atraer a los españoles a Cajamarca, donde el Inca esperaba hacer de ellos, como mejor le estuviese. Pizarro no se dio por entendido de estas miras, sino que se ofreció a secundarlas, acogiendo bien al emisario y correspondiendo a los pequeños obsequios recibidos. Abandonando luego la ruta de Huancabamba, se dirigió por el desierto de Sechura al valle de Motupe, donde descansó cuatro días. De allí atravesando ya lugares áridos, ya ricos campos fue a un río que pasó por medio de pontones. Las noticias contradictorias que recibía acerca de las intenciones de Atahualpa le hicieron mandar de espía a un indio de San Miguel con título de embajador; continuó avanzando con toda precaución; y al pie de la sierra tomó resueltamente la subida abandonando el camino llano de la costa. Para animar a sus compañeros, les dijo que todos debían portarse como solían hacerlo los buenos españoles, no temiendo la innumerable multitud de enemigos y confiando en la ayuda de Dios que nunca abandona a los suyos en la necesidad. Ellos contestaron con firme resolución: «id por el camino que quisiereis y ved lo que más conviene; os seguiremos con buena voluntad, y el tiempo os dirá lo que cada uno de nosotros hace en servicio de Dios y del Rey».

La hermosísima región por donde empezaron a trepar ofrece las escenas más variadas y pintorescas; mas antes que en la belleza del espectáculo tenían que fijarse en las dificultades de la subida y en los peligros del desfiladero; a cada paso había allí posiciones formidables, al fin de una garganta un fuerte de piedra y más arriba otro de una construcción admirable. La constancia triunfó sobre las dificultades del camino. Para precaver los ataques súbitos marchaba Pizarro por delante y su hermano Hernando a retaguardia. Ambos se reunieron en la fría Puná para recibir un nuevo enviado de Atahualpa, el que encomió sus triunfos sobre Huascar y a quien se le habló con arrogancia de la victoria de Carlos V sobre el Rey de Francia. Dos días después llegó con otro regalo de diez llamas y con gran boato el primer embajador de Atahualpa. Se le trataba con suma deferencia; mas al regresar el espía de Pizarro le maltrató de palabra y de obra diciendo que a él no le habían permitido ver al Inca, y que pensaban exterminar a los españoles a la llegada a Cajamarca. Pizarro reprendió a su agente, fingió aceptar las explicaciones que sobre sus cargos daba el enviado del Inca, y continuó la marcha. Cambiados otros mensajes y divisando al fin el bellísimo valle de Cajamarca, donde las tiendas de Atahualpa ocupaban cerca de una legua, descendió a la ciudad que estaba abandonada por los hombres y con sólo algunas mujeres en la plaza, compadecidas, según dicen, de los extranjeros atraídos a una perdición inevitable.

2_lorente 2.p65 111 29/11/2006, 12:14 p.m.

Captura de Atahualpa.- Profundamente inquieto, Pizarro participó inmediatamente con un indio su llegada al Inca; enseguida del primer mensaje envió a Hernando de Soto con quince caballos, y tras Soto a su hermano Hernando con veinte caballos más para que le invitaran a venir a comer a Cajamarca. El monarca, rodeado de más de treinta mil soldados y de una corte magnífica, recibió a los españoles con aterradora majestad, mostró mucha circunspección en sus palabras, y no dio muestras de sobresalto, aun cuando el caballo de Soto en sus movimientos impetuosos llegó a salpicarle con la espuma. Aunque él ofreció ir a la ciudad a la mañana siguiente, los más esforzados aventureros conocieron el miedo, considerando la inmensa superioridad de los indios y viendo que por la noche los fuegos de su campamento parecían tan numerosos como las estrellas del cielo.

Pizarro, en vez de vacilar en su empresa, resolvió la captura del Inca cuando viniera a visitarle; ello se aprobó en una junta de guerra, olvidando la perfidia y la iniquidad del ataque con los riesgos extremos de la situación.

Puestas en el mejor estado las armas, invocado el auxilio divino y combinada hábilmente la manera de atacar, esperaron los españoles ocultos y cada uno en su puesto la venida del Inca. Atahualpa, que se avanzaba con tanta majestad como opulencia, hizo alto cerca de la ciudad, e instado a seguir adelante entró en la solitaria plaza al ponerse el Sol, precedido de algunos millares de indios. Dirigía inquietas miradas a los salones del tambo, cuando el dominico fray Vicente Valverde salió con la cruz en la mano derecha y el breviario en la izquierda, y en un largo discurso religioso-político le exhortó a hacerse cristiano y tributario del Emperador. Indignado con la intempestiva, oscura e insolente exhortación replicó el Inca que era demasiado poderoso para ser tributario de ningún rey y que no cambiaba el Sol, que vive en los cielos y vela por sus hijos, por el Dios de los cristianos que sus mismas criaturas habían condenado a muerte; prorrumpió luego en formidables amenazas, y arrojó al suelo el libro sagrado que le había dado Valverde y con cuya autoridad le había hecho intimaciones tan extrañas. «¡Los evangelios en tierra!, exclamó el dominico. Venganza cristianos. ¿No veis lo que pasa? ¿Para qué estáis en requerimientos con este perro lleno de soberbia? Que vienen los campos llenos de indios; salid a él, que yo os absuelvo».

Según las señales convenidas, alzó Pizarro un pañuelo blanco, sonó un tiro y emprendieron los conquistadores la más cruel carnicería, sin que los indios, aterrados por el ruido de la pólvora, el movimiento de la caballería y el brillo de las espadas, osaran defenderse. La nobleza se sacrificó por su soberano, que no tardó en caer en manos de Pizarro. Obsequiado por su vencedor con el prometido banquete, se mostró supe-

2_lorente 2.p65 112 29/11/2006, 12:14 p.m.

rior al infortunio diciendo que eran usos de la guerra vencer y ser vencido. Su gente huyó despavorida; y parte de ella permanecía como clavada en el campamento, hasta que a la mañana siguiente fue llevada presa a Cajamarca. Viendo los millares de prisioneros, propusieron algunos hombres feroces matar o al menos cortar las manos a los guerreros; mas Pizarro reprobó tan bárbara crueldad, contentándose con inutilizar las armas de los indios y exhortarlos a la paz.

El rescate de Atahualpa.- Continuando siempre las precauciones militares, fortificó Pizarro a Cajamarca con murallas; y queriendo convertirla en una ciudad de cristianos transformó el templo del Sol en iglesia de San Francisco. Atahualpa, que al través del celo religioso conoció la avidez de los conquistadores, ofreció por su libertad llenar de piezas de oro y plata el cuarto donde estaba preso, a la altura de nueve pies; la pieza tenía veintidós pies de largo y diecisiete de ancho. Aceptada la oferta, se convino en que también se cubriría de plata dos veces otro cuarto menor y él mandó ahogar en el río de Antamarca a su hermano Huascar que podía ofrecer al caudillo español riquezas mucho mayores.

Principió a llegar la preciosa corriente de las capitales inmediatas; mas estando al expirar los dos meses fijados para el rescate y faltando mucho a la cantidad ofrecida, se acordó activar las remesas, enviando tres españoles al Cuzco y a Hernando Pizarro a Pachacamac con veinte caballos y una docena de escopeteros, porque se hablaba de haberse reunido en Huamachuco un cuerpo de indios.

La expedición de Hernando, ejecutada con singular audacia, tuvo el éxito más feliz. Obsequiado en el tránsito con provisiones y fiestas derribó en Pachacamac los ídolos con terror profundo de los indios; reunió sólo ochenta y cinco mil castellanos en oro y tres mil marcos en plata, porque antes de su llegada habían ocultado el tesoro del templo; para subir a la sierra herró los caballos con oro y plata, apresó en el valle de Jauja a Calcuchima, volvió a Cajamarca por el camino del Inca de una manera triunfal, siendo acatado como un dios y yendo en andas el general quiteño. Calcuchima, acercándose al Inca, descalzo, con una carga a las espaldas y ojos llorosos besó sus pies y manos y exclamó desconsolado: «si yo hubiera estado aquí, no habría sucedido esto».

Hernando, recibido como merecía su brillante expedición, se mostró muy disgustado de encontrar a Almagro condecorado ya con el título de Mariscal. Pocos días antes había entrado éste en Cajamarca con algunos soldados, no dando oídos a los que le aconsejaban que continuase la conquista por su cuenta, y haciendo ahorcar a su secretario, que escribía pérfidas cartas a Pizarro.

2_lorente 2.p65 113 29/11/2006, 12:14 p.m.

No tardaron en regresar a Cajamarca los enviados al Cuzco, a los que se había tratado en su viaje como a seres divinos y que, infatuados con tales homenajes, habían abusado tanto, que a no mediar el respeto al Inca, hubieran sido exterminados como fieras.

El tesoro ya reunido, aunque no igualaba al rescate, era bastante grande para que la impaciente codicia de los aventureros pudiera contenerse por más tiempo. Se acordó por lo tanto dividirlo y, para hacerlo con mayor facilidad, se dispuso que la infinita variedad de piezas fuese reducida a barras de igual valor, reservando sólo algunas obras maestras del arte peruano. Hecha la fundición, se calculó la cantidad de plata en 51 610 marcos y el valor del oro en 1 326 539 castellanos, lo que según la moneda actual pasaba de 4 000 000 de pesos fuertes, y apreciado en su valor comercial equivaldría de 16 a 20 millones. En la distribución, que se hizo con toda solemnidad, recibió Pizarro 82 220 pesos de oro y 2 340 marcos de plata; los soldados de a caballo obtuvieron con cortas excepciones 8 880 pesos de oro y 362 marcos de plata, los de infantería cerca de la mitad, los capitanes sumas mucho más considerables. A Hernando Pizarro se le dieron 31 180 pesos de oro y 1 227 marcos de plata, antes de hacerse la distribución con el objeto de que llevara al rey noticias y tesoros y se alejara del Perú, donde era de temer su rivalidad con Almagro.

El proceso de Atahualpa.- La partida de Hernando fue muy sentida por Atahualpa, cuyo protector se había declarado. El Inca exclamó en el momento de la despedida: «te vas capitán y me pesa de ello, porque en yéndote tú, me han de matar ese gordo y ese tuerto». Decíalo por el tesorero Riquelme y por Almagro, que solicitaban su muerte. El augusto prisionero era obedecido y servido siempre como hijo del Sol, se mostraba grande y digno en la desgracia, y descubría un genio no vulgar; todo lo que le hacía más temible a los ojos de sus perseguidores y les disponía a sacrificarle. También los indios le perjudicaban, unos por vengar a Huascar, otros por propalar de ligero noticias de conspiraciones en todo el imperio, de una insurrección ya declarada y de ataques inminentes. El intérprete Felipillo, que había osado poner sus ojos en una de las esposas del Inca, no pensaba sino en perder al monarca por libertarse de su terrible indignación. Pizarro, que quería salvarle, no tenía en las cosas de gobierno la suficiente energía para resistir a los pérfidos consejos de una política interesada; sólo Hernando de Soto, queriendo proteger a la víctima con toda decisión, pidió enérgicamente la libertad ofrecida; y cuando se habló de una invasión próxima, fue voluntariamente a los lugares donde se suponía que estaban reunidos los invasores.

Reconvenido Atahualpa por la conspiración que sus mismos parientes daban por cierta, contestó a Pizarro con las sonrisa en los labios:

2_lorente 2.p65 114 29/11/2006, 12:14 p.m.

«¿burlaste conmigo?, siempre me hablas cosas de chanza ¿qué parte somos yo y toda mi gente para enojar tan valientes hombres como sois vosotros? No me digas esas burlas». Cargado de prisiones procuró demostrar su inocencia con razones convincentes. Mas no obstante sus protestas y el haber ofrecido rehenes, creciendo siempre la alarma y ausente Soto que procuraba calmar los ánimos, pidiose a gritos la cabeza del Inca; un tribunal inicuo acusándole de crímenes imaginarios o de que los aventureros no podían ser jueces como adulterio, usurpación, fratricidio, etc., le condenó a ser quemado vivo *(sic)*. Contra una sentencia que deshonraba la conquista, reclamaron en vano algunos miembros del tribunal y cincuenta guerreros apelando al emperador y ofreciéndose a responder del cautivo, mientras no se le remita a la península: Se les impuso silencio acusándoles de traidores, y para tranquilizar la conciencia de los jueces dijo Valverde: «que si lo creían necesario, él firmaría la sentencia». En vano el infeliz Monarca hizo llorosas súplicas a Pizarro diciéndole: «¿Qué he hecho yo para merecer tal sentencia? ¿Qué han hecho mis hijos? ¿Debía esperarla de ti, con quien he repartido mis tesoros, que no has encontrarlo en mi pueblo sino amistad y veneración y no has recibido de mí sino beneficios? Si me dejáis con vida, yo os respondo por la de todos los españoles y reuniré doble rescate del que os he pagado». Tan sentidas palabras arrancaron lágrimas a Pizarro, pero no le hicieron volver al camino de la justicia y del honor.

Conociendo que su destino era inevitable, salió Atahualpa al patíbulo a pie y con grillos en la noche del 29 de agosto de 1533 con su habitual tranquilidad; estando cerca de ser quemado pidió el bautismo, porque se le ofreció conmutar el suplicio de la hoguera en el más llevadero del garrote; y fue ahogado por el verdugo. Los indios hicieron extremos de dolor que no pueden describirse; sus mujeres y otras muchas personas se ahorcaron para servirle en las mansiones del Sol; su cuerpo, al que se había dado entierro en la iglesia de San Francisco, fue llevado secretamente a Quito. Soto, que volvía satisfecho de que la alarma había sido infundada, reprendió la precipitación en el proceso; y Pizarro, Valverde y Riquelme procuraron echarse unos a otros toda la responsabilidad del atentado.

Anarquía.- La muerte de Atahualpa precipitó la disolución del imperio, que hacían inminente las instituciones ya degeneradas, las guerras civiles y la presencia de los españoles en el Perú, a quienes el pueblo llamaba Viracochas creyéndolos enviados del cielo para vengar a Huascar, legítimo descendiente del Sol. Faltando la autoridad acatada que dirigía y daba impulso al socialismo imperial, sufrió el Estado las convulsiones de la anarquía. Los yanaconas luchaban con sus amos, los barrios bajos

2_lorente 2.p65 115 29/11/2006, 12:14 p.m.

con los altos, los mitimaes con los originarios, el partido del Cuzco con los quiteños; Manco legítimo sucesor de Huascar era el caudillo más popular en el Sur; Rumiñahui pretendía restablecer el reino de Quito exterminando los representantes de la dinastía celestial; muchos curacas se declaraban por los españoles. Era un caos de aspiraciones encontradas, la más espantosa confusión de ideas, el choque más violento de pasiones e intereses. En tan desecha revolución ocurrieron saqueos, incendios de pueblos, asesinatos, excesos brutales, atentados sacrílegos; perdió la justicia su fuerza; y se suspendieron los trabajos que generalizaban el bienestar.

Alianzas y combates de los conquistadores con los indios.- Para llevar adelante la conquista, buscó Pizarro la alianza de los jefes quiteños, haciendo elegir por sucesor de Atahualpa al joven Tupac Inca, su hermano de padre y madre y declarándole tributario del rey de España. Llevando al nuevo Inca y a Calcuchima en literas emprendió su marcha al Cuzco por el camino imperial. El ejército de Quito, que había hecho algunos amagos de resistencia, atacó la retaguardia y entre otros prisioneros tomó a Cuellar, escribano del proceso de Atahualpa, y le hizo ejecutar en Cajamarca con el mismo aparato que lo había sido el Inca; también quiso detener a los conquistadores en el valle de Jauja; mas se aterró a las primeras acometidas de la caballería.

Los abundantes recursos, la salubridad y las ventajas militares decidieron al gobernador a fundar allí la villa de Jauja; y mientras echaba las bases de la nueva población envió un destacamento a la costa y a Hernando de Soto por el camino del Cuzco. Quisquiz se proponía envolver a los invasores, adelantando su ejército por la sierra y destacando cinco mil hombres por el lado de Ica. Los Chinchas, declarados por los cristianos y reforzados con cinco caballos, redujeron a la paz al destacamento de la costa con sólo el aspecto de aquellos formidables monstruos. En la sierra había avanzado Soto superando obstáculo tras obstáculo, perdiendo dos o tres españoles cerca de Vilcas y sosteniendo en la cuesta de Vilcacunca, cerca del Cuzco, un combate azaroso con Quisquiz, que hicieron suspender las sombras de la noche. Su situación parecía desesperada cuando oyó el sonido de las trompetas con que se anunciaba Almagro, enviado en su auxilio. A la mañana siguiente, renovado el combate, procuraron escapar pronto los quiteños favorecidos por la niebla.

Pizarro comprendió la necesidad de unirse a la vanguardia y, dejando una corta guarnición en Jauja, marchó directamente hacia la capital del imperio, sin detenerse más que en la populosa ciudad de Vilcas para descanso de la tropa, y en el valle de Sacsahuana para procesar a Calcuchima. A éste le acusaban de haber dirigido la resistencia de sus

2_lorente 2.p65 116 29/11/2006, 12:14 p.m.

antiguos soldados y de haber envenenado a Tupac Inca, que había muerto en Jauja. El anciano guerrero, condenado a la hoguera, no deshonró sus canas con inútiles súplicas; excitado a abrazar el cristianismo, replicó resueltamente: «yo no entiendo la religión de los blancos», y con semblante sereno se arrojó al fuego, clamando «Pachacamac, Pachacamac». Esta cruel ejecución decidió a Manco Inca a ponerse bajo la protección de los españoles.

Acordes cuzqueños y conquistadores inutilizaron la resistencia preparada por los quiteños, y el 15 de noviembre, aniversario de la entrada en Cajamarca, fueron recibidos los Viracochas con singular entusiasmo por una corte que los creía sus libertadores. Pocos días después recibió Manco la borla imperial y reconoció la supremacía del rey de España con gran solemnidad, entregándose el pueblo imprevisor por algunas semanas a cánticos y danzas. Al mismo tiempo, Coricancha se trasformaba en el convento de Santo Domingo, y para gobernar la población cristiana juraba su cargo el ayuntamiento español el 24 de marzo de 1534.

No por eso dejaba la codicia sin escrúpulos de despojar templos, palacios, tumbas y fortalezas para reunir un botín probablemente superior al rescate de Cajamarca, pero que sólo fue calculado en 580 200 castellanos de oro y 215 000 marcos de plata.

Las violentas exacciones vinieron a reforzar el partido de Quisquiz, quien no dudó amenazar al Cuzco. Mas alcanzado en el puente del Apurímac sufrió un gran descalabro y también fue derrotado por la guarnición de Jauja, lo que le obligó a retirarse hacia Quito. En esa dirección se concentraban las fuerzas beligerantes. Benalcázar, destacado antes a San Miguel, acudía al llamamiento de los Cañaris para combatir a Rumiñahui y lograba avanzar después de muy reñidos encuentros y de burlar hábiles estratagemas. De la remota Guatemala venía Pedro de Alvarado para apoderarse de la antigua corte de los Sciris, donde estaban acumulados los tesoros de Huaina-Capac y Atahualpa. Noticiado Pizarro de esta expedición, bajaba a la costa para defender su conquista, y enviaba al Norte a Almagro para que unido con Benalcázar cruzaran los planes de un rival peligroso.

Expedición de Pedro de Alvarado.- Favorecido por la naturaleza y la fortuna con los dones más brillantes, distinguido por Cortés entre su falange de héroes y bien acogido por la corte en todas sus pretensiones, estaba Alvarado preparándose en Guatemala para una expedición a las Molucas, cuando llegó a saber el rescate de Atahualpa; y sin consideración de ninguna especie vino a disputar a Pizarro la conquista del Perú. Habiendo desembarcado en la bahía de Caraques en marzo de 1534, sufrió, tras de anuncios halagüeños, incomparables contrastes. Los expedicionarios hubieran muerto de sed a no hallar agua entre los nudos de

2_lorente 2.p65 117 29/11/2006, 12:14 p.m.

gruesas cañas. El hambre llegó al extremo de que los españoles se alimentaran de reptiles y los indios se comieran ocultamente a los prisioneros. A las privaciones y fatigas sucedieron fiebres gravísimas. Para mayor abatimiento, una erupción del Cotopaxi cubrió el suelo y el aire de cenizas humeantes, formó torrentes asoladores con la nieve derretida, y sin embargo no fue sino el preludio de los tormentos de la cordillera. La nieve y un viento glacial pusieron al ejército entero en agonía e hicieron perecer a una gran parte. Cuando sembrado el puerto de cadáveres, se bajó a las llanuras de la sierra, las huellas evidentes de caballos herrados hicieron comprender que otros conquistadores se habían adelantado a tomar posesión de Quito.

Almagro y Alvarado se hallaban ya a poca distancia y el combate entre ellos parecía inminente; mas no tardó en establecerse la conciliación, conviniendo en que los gastos de la expedición serían indemnizados por Pizarro. Muchos de los recién venidos se quedaron con Benalcázar, que no tardó en hacer la conquista de Quito, exterminando a sus contrarios y siendo eficazmente auxiliado por la conversión de los indios. El indomable Quisquiz, que sostenía todavía la independencia del imperio, vino a estrellarse sucesivamente ante las huestes de Alvarado y Almagro y no queriendo pedir la paz propuesta por sus capitanes, fue asesinado por un hermano de Atahualpa. Pizarro, que se hallaba en Pachacamac, recibió espléndidamente a Alvarado y Almagro, y pagó el rescate convenido.

Dejando a sus principales oficiales en el Perú, regresó a su gobierno el conquistador de Guatemala después de haber contribuido con su venida, pero con escasa gloria suya a la disolución del imperio. La ruina comenzada por la anarquía y continuada por los combates y alianzas vino a consumarse por los establecimientos españoles.

Colonización del Perú.- Para levantar un imperio colonial sobre las ruinas del imperio de los Incas se propuso Pizarro fundar una gran capital; y hallando reunidas en el delicioso valle del Rímac las condiciones de dilatada y fértil campiña, aguas abundantes, puerto excelente, posición central y una salubridad rara en las costas intertropicales, fundó con sesenta vecinos el 18 de enero de 1535 la ciudad de los Reyes, en honor de Carlos V y de la reina Juana. Poco después echó en el valle de Chimú los cimientos de Trujillo, en memoria de su tierra natal. Al mismo tiempo Alonso de Alvarado, que había conquistado a los Chachapoyas con su política suave y clemente, fundaba San Juan de la Frontera. Otros conquistadores sojuzgaban las provincias distantes y las poblaban de cristianos. Muchos misioneros, llenando fielmente las funciones del apostolado, aceleraban la reducción de los indios con sus virtudes y doctrinas.

2_lorente 2.p65 118 29/11/2006, 12:14 p.m.

Las mujeres se hacían eficaces auxiliares de la conquista atraídas por el amor y por los sentimientos religiosos, envaneciéndose las princesas con el cariño de los caudillos españoles, y siendo en las familias más distinguidas un poderoso elemento de unión el nacimiento de los mestizos. Los yanaconas, mitimaes y las demás clases oprimidas trabajaban por la caída de sus orgullosos señores. Los vasallos menos descontentos no se apercibían bastante de la opresión extranjera, comparándola con el socialismo imperial, donde todo era sujeción en la vida y en la muerte. Los indios cedían además al prestigio de una civilización superior, viendo por el interior los trabajos sorprendentes de los mineros, la agricultura enriquecida con nuevos procederes, la cría de caballos y otros animales domésticos; en las ciudades, los edificios públicos y particulares, las maravillosas aplicaciones del hierro y de la madera; en los puertos, las naves cargadas de efectos extranjeros; y en todas partes los beneficios de un activo comercio. Los triunfos pacíficos de la cultura cristiana eran cada día más rápidos a la sombra de la paz, de la justicia y de la industria. Mas la nueva civilización estuvo cerca de ser ahogada en su cuna con el levantamiento de los naturales favorecido por la discordia de los colonos.

Primeras alteraciones.- Habiendo llevado a España Hernando Pizarro 155 300 pesos de oro y 5 400 marcos de plata pertenecientes al Rey, la corte agradecida le dispensó grandes consideraciones; y entre otras mercedes a los conquistadores concedió a Valverde el obispado del Cuzco, a Francisco Pizarro el título de marqués de los Atabillos y setenta leguas más en su gobierno, y a Almagro el de Nueva Toledo que debía principiar en el límite meridional de la jurisdicción de Pizarro.

Ambos gobernadores creyeron que el Cuzco entraba en su respectivo dominio; Almagro excitado por sus amigos quiso tomar posesión de la opulenta ciudad que se dividió en bandos; hubo quejas violentas; de las amenazas se pasó a las armas; y hubiera corrido la sangre si el marqués no volara a apagar la discordia. Abrazándose con efusión los antiguos socios, hicieron protestas de amistad y unión, partiendo la hostia consagrada; Almagro se alistó para una expedición a Chile; y Pizarro regresó a Lima a impulsar eficazmente los progresos de la nueva capital del Perú.

El Inca comprendió que la colonia no podía adelantar sin que cayese el imperio; y las violencias de los conquistadores precipitaron una colisión inevitable, que todo favorecía. Los indios se habían dividido en bandos al cuestionarse la posesión del Cuzco y habían salido de su apatía; los españoles estaban descuidados y dispersos. Manco, habiendo reunido en secreto a los grandes para representarles los males de la

2_lorente 2.p65 119 29/11/2006, 12:14 p.m.

conquista, les oyó con satisfacción decir: «hijo sois de Huaina-Capac; que el Sol y todos los dioses sean en vuestro favor para que nos saquéis de la dura servidumbre en que vivimos; todos estamos dispuestos a morir en vuestro servicio». Con esta decisión se preparó en silencio la insurrección.

El Inca salió ocultamente de la ciudad; y aunque le prendieron en el camino, fue puesto en libertad por haber dado excusas satisfactorias de su salida. Vuelto a prender por haber intentado de nuevo la fuga y porque el asesinato de algunos españoles y la inquietud general eran ya señales evidentes de la insurrección, logró también verse libre combatiendo decididamente a sus mismos partidarios; con grandes ofertas obtuvo de Hernando Pizarro, que había regresado al Cuzco, licencia para celebrar en Yucay el aniversario de la muerte de su padre, y sin pérdida de tiempo se puso a la cabeza del movimiento. Los que salieron en su persecución, hubieron de retirarse dando muchas veces cara al enemigo, que celebraba su triunfo con atronadora gritería y venía a atacar al Cuzco con innumerables huestes.

Sitio del Cuzco.- Cerca de doscientos mil hombres sitiaron la capital del imperio para exterminar a doscientos españoles auxiliados por unos mil indios. Habiendo tomado posesión de la fortaleza, estrecharon el sitio por todas partes, atronando de día con espantosos gritos y con la continuada granizada de las flechas, dardos y piedras, y redoblando de noche el espanto de los sitiados con los fuegos del campamento. Habiendo puesto fuego a las casas de la ladera y arrojado en la población materias incendiadas, en un punto toda la ciudad fue una sola llama; quedaron reducidos los cristianos al recinto de la plaza, donde no tenían descanso ni de noche, ni de día; al anochecer salían a desembarazar el terreno derribando las paredes, deshaciendo barricadas, llenando zanjas y rompiendo las acequias con que se veían estrechados; y desde el amanecer hasta que anochecía, se esforzaban por librarse de los lazos, flechas y otras armas arrojadizas de los asaltantes.

Después de seis días de peligros y fatigas proponían algunos el abrirse paso con las armas hasta las llanuras de la costa; mas por consejo de Hernando se resolvieron todos a morir en el puesto del honor, que era también el de la salvación. La fortaleza fue recobrada en un heroico asalto en el que Juan Pizarro recibió una herida mortal, y Cahuide, indio de formas atléticas y aún más fuerte de alma que de cuerpo, por no sobrevivir a la derrota se precipitó de una altura de cien estados *(sic)*, envuelta la cabeza en su *yacolla.*

Durante un año, con interrupciones de las lunas nuevas y el alejamiento del Inca a Yucay al cabo de los cinco meses, se continuaron los

2_lorente 2.p65 120 29/11/2006, 12:14 p.m.

combates y hubo esfuerzos admirables y venganzas bárbaras de una y otra parte. Los españoles lograron hacerse de provisiones buscándolas a todo riesgo en las cercanías; mas queriendo combatir al Inca en Ollantaytambo, se vieron obligados a emprender la retirada, perseguidos de cerca. Renovándose las escaramuzas cerca de la ciudad, en una de ellas dejaron los indios seis cabezas y muchas cartas rasgadas; por estos indicios y por las declaraciones que dieron algunos prisioneros en el tormento, se creyó que los demás españoles habían muerto o habían desamparado el Perú con el marqués. La idea de hallarse desamparados hubiera producido un desaliento peligroso, si Hernando no levantara los ánimos con sus animosas reflexiones y con su resolución de defender la ciudad durante seis años, si era cierta la partida de su hermano.

Lucha con el marqués.- Al principio de la insurrección se había visto el marqués atacado en Lima por Titu Yupanqui, tío del Inca, que encargado de dirigir las operaciones en el Norte se acercó con más de cuarenta mil hombres. En poco tiempo fueron desbaratadas cuatro partidas, que iban a reforzar al Cuzco. Un quinto destacamento supo a tiempo la ruina de los que habían marchado por delante, junto con la proximidad del ejército de Titu Yupanqui, y pudo dar en la ciudad de los reyes la señal de alarma.

Pasáronse cinco días en combates indecisos y, no pudiendo sostenerse por mucho tiempo el ejército indio en las cercanías, determinó Yupanqui empezar un ataque decisivo. «Vamos, dijo a sus capitanes, a matar a esos extranjeros; les tomaremos sus mujeres que nos darán una descendencia fuerte para la guerra. Seguidme con la condición de huir, si yo huyo, de morir donde yo muera». Más de cuarenta jefes que habían prometido morir con su general en la demanda, cayeron al primer choque junto con él; la tropa sin caudillos se refugió hacia el cerro de San Cristóbal y no tardó en retirarse a las cabeceras y en dispersarse falta de dirección.

El marqués, a fin de defender su conquista, pidió auxilio a las demás colonias y mandó reunir en Lima las fuerzas diseminadas en el Perú. Alonso de Alvarado vino de Chachapoyas reforzando al paso a Trujillo, y fue enviado a Jauja para auxiliar a los del Cuzco. En el ameno valle hizo una detención muy prolongada hasta que pudo elevar su fuerza a quinientos hombres y completar los preparativos de marcha. Emprendida al fin resueltamente la expedición al Cuzco, llegó al río de Abancay, donde al mismo tiempo supo, que el Inca no inspiraba ya temores serios, y que Almagro había entrado en el Cuzco a viva fuerza y tenía presos a Gonzalo y Hernando Pizarro.

2_lorente 2.p65 121 29/11/2006, 12:14 p.m.

—III—

Guerra entre los conquistadores (1537-1542)

Triunfos de Almagro.- La expedición de Chile, emprendida con tanta imprevisión como injusticias, fue fecunda en desastres, habiéndose visto expuestos los conquistadores a perecer entre las nieves de los Andes a la ida y en los desolados arenales a la vuelta, y habiéndose avanzado la vanguardia hasta el Maule, el grueso del ejército hasta Coquimbo y quedando intacta la conquista para el genio de Valdivia. Arrastrado por las sugestiones de sus amigos que no esperaban encontrar riquezas en Chile, volvió Almagro al Perú para arrebatar a los Pizarros la deseada posesión del Cuzco; y cuando en el camino supo del levantamiento de Manco, creyó que podría atraerlo a la paz con promesas lisonjeras. El Inca entró en negociaciones esperando destruir a los Pizarros con los de Chile; mas viendo que no podía contar con ellos porque estaban en conferencias, se propuso oprimir a los recién llegados con el ataque súbito de quince mil guerreros. Esperolos Almagro bien prevenido contra semejantes cautelas y los hizo huir con poca voluntad de probar otra vez las armas de los conquistadores. Dirigiéndose enseguida a la ciudad imperial con fuerzas superiores, desconfiando de las palabras de los Pizarros y faltando a una tregua pactada, principió una guerra que debía llevarle al cadalso, con un ataque nocturno en el que Hernando y Gonzalo opusieron una heroica pero inútil resistencia.

A la toma del Cuzco siguió de cerca la victoria sobre Alonso de Alvarado que, si bien permanecía en Abancay con fuerzas respetables y en situación ventajosa, fue fácilmente derrotado por la defección de los suyos y por el arrojo de los contrarios. Muchos almagristas querían ensangrentar los fáciles triunfos, asesinando a los jefes prisioneros, sobre cuyas cabezas estuvo muchas veces suspendida la sentencia de muerte. Mas otros vencedores hicieron prevalecer consejos más humanos, a los que se prestaba de mejor voluntad Almagro, irritable y arrebatado a la vez que confiado y bondadoso.

Para hacer olvidar su conducta violenta se propuso el vencedor de los Pizarros llevar a cabo la pacificación del Perú, y vista la inutilidad de las instancias amistosas, envió un fuerte destacamento contra el Inca que se halló obligado a refugiarse en las escabrosidades de la cordillera oriental. En su precipitada fuga más de una vez se vio Manco casi en las manos de sus perseguidores, abandonado por su comitiva y trepando sin aliento a cimas nevadas. La discordia de los conquistadores le permitió todavía alimentar algunas esperanzas.

2_lorente 2.p65 122 29/11/2006, 12:14 p.m.

Negociaciones.- La entrada de Almagro en el Cuzco y la derrota de Abancay fueron sabidas en la costa por el marqués, que al frente de unos cuatrocientos cincuenta hombres marchaba en auxilio del Cuzco. Estas noticias alarmantes le obligaron a retroceder a Lima desde el valle de Nazca; y mientras hacia los aprestos necesarios para la guerra, acordó negociar en el Cuzco el arreglo más favorable. Sus primeros enviados sólo obtuvieron de Almagro respuestas irritantes. Mas otra legación, a cuya cabeza iba el licenciado Espinosa, socio de los dos rivales, tuvo mejor acogida; y no obstante que estaba resuelta la guerra contra el marqués, se continuaron los conciertos de paz. La muerte de Espinosa, acaecida antes de que se firmaran los artículos estipulados, hizo que los almagristas bajaran a la costa sin renunciar por eso a la idea de negociar, seguros de imponer su voluntad por las armas, cuando no por los convenios. La fuga de Gonzalo Pizarro y Alonso de Alvarado, que habían quedado presos en el Cuzco, principió a quebrar la jactancia de los vencedores, y se reanudó la negociación abierta en el Cuzco por la influencia de algunos caballeros; pero en la excandecencia de unos espíritus turbulentos, la paz se hacia de día a día más difícil.

Rotos los vínculos más sagrados, y no interesándose aquellos ciegos guerreros sino en la satisfacción de sus pasiones, abortaron los proyectos de transacción amistosa y la negociación no fue sino una serie vergonzosa de indignas precauciones, violencias, inconsecuencias y fraudes. Tres enviados de Almagro fueron presos por una avanzada. Una entrevista entre los antiguos amigos, concertada en Mala, principió fríamente y se cortó de súbito por la retirada precipitada de Almagro, que temió con fundamento una alevosía. El padre Bobadilla, que hacia de árbitro, sentenció en favor del marqués, quien viendo la violenta excitación de los almagristas y el riesgo inminente de Hernando todavía en poder de ellos, a trueque de obtener su libertad convino en que Almagro conservaría la posesión del Cuzco hasta nueva orden del Rey, o la declaración de un juez nombrado por su Majestad. Hernando fue en efecto puesto en libertad, obsequiado con un espléndido banquete y acompañado hasta el campo de su hermano por oficiales distinguidos. Por desgracia la paz ajustada, que no estaba apoyada en la opinión, ni en la fuerza, ni en el interés recíproco de las partes contratantes, no podía ser de larga duración.

Persecución de Almagro.- El marqués, que quería recobrar el Cuzco, lo reclamó como su conquista y su colonia en virtud de una nueva provisión real en que se mandaba que cada uno de los gobernadores retuviese las provincias conquistadas y pacificadas por él hasta el día en que la orden suprema llegase a su conocimiento; luego, sin hacer muchas instancias

2_lorente 2.p65 123 29/11/2006, 12:14 p.m.

a las réplicas de su rival, se aprestó a desalojarle a viva fuerza. Encargado Hernando de la guerra, emprendió las operaciones con su acostumbrada actividad, persiguiendo a los almagristas hasta el Cuzco.

Almagro, abatido por una enfermedad que le puso al borde del sepulcro, mal secundado por la discordia de sus capitanes y no contando mucho con su tropa, abandonó la costa, fue rechazado de Huaitará, se detuvo en Vilcas por la gravedad de su dolencia y alistó su ejército en el Cuzco, de donde salió a la inmediata pampa de las Salinas para luchar con sus perseguidores. Sus principales capitanes se sacrificaron heroicamente en su defensa; mas la derrota declarada desde el principio por la inferioridad de sus tropas, armas, táctica y resolución, le hizo exclamar con amargura: «yo creía, caballeros, que habíamos venido a pelear». Obligado a huir estuvo cerca de ser muerto por el capitán Castro, quien viendo su mala catadura, exclamó: «mirad por quien han muerto a tantos caballeros». Encerrado en la misma prisión donde habían estado los Pizarros, se abatió al extremo de que sin la solicitud de Hernando hubiera sucumbido a la pena. Acusado por los miserables, que se cebaban en su desgracia, se le formó en pocos días un proceso de más de dos mil páginas en folio. Sus amigos, que conspiraban para libertarle, precipitaron su muerte, habiéndose resuelto en una junta que la merecía por sus delitos notorios, y que era necesaria para tener en paz la tierra. Al verla venir de manos del verdugo, se humilló como una débil mujer para pedir de rodillas y en el tono más lastimero la conservación de su vida que Hernando le negó con repugnante dureza; mas viendo que su destino era inevitable, se preparó a morir (8 de julio de 1538) con el valor que había vivido, dejando al emperador por heredero de sus bienes y a su hijo Diego por sucesor en el gobierno de la Nueva Toledo.

Gobierno de Pizarro.- Aunque los oficiales reales y Diego Alvarado a nombre del joven Almagro reclamaron el gobierno de la Nueva Toledo, resistiéronse los Pizarros a la separación de países tan unidos por sus relaciones naturales, como por los vínculos políticos y quedó el marqués como único gobernador del Perú. Desembarazado de sus enemigos encargó a sus hermanos la pacificación del Collao que consiguieron en breve, ya con grandes hazañas, ya con una política benévola. La fundación de La Plata, llamada también Chuquisaca y Charcas, no muy lejos de las ricas minas de Porco, aseguró esta pacificación. El inca Manco, que había destruido un destacamento español, y cuya gente dio cruel muerte a los mensajeros de paz, fue obligado a refugiarse al otro lado de la cordillera oriental; y una de sus esposas favoritas expiró a flechazos en el mismo sitio donde habían sido muertos los enviados del goberna-

2_lorente 2.p65 124 29/11/2006, 12:14 p.m.

dor, por una represalia tan indigna de un hombre de honor, como de un buen cristiano.

El país expuesto hasta entonces a sus terribles incursiones quedó en adelante protegido con la fundación de Huamanga; la de Arequipa protegió las provincias de Condesuyos y la de Huánuco a los pueblos de Junín. Al mismo tiempo que se pacificaba el Perú, Valdivia marchó a la conquista de Chile, Aldana a Popayán, y muchas expediciones se lanzaron en el seno de nunca penetradas selvas, donde casi siempre se encontraba una muerte oscura, y los que sobrevivían, salían exánimes habiéndose convertido los soñados tesoros en privaciones y fatigas. La más célebre de estas entradas fue la de Gonzalo Pizarro al país de los Canelos.

El menor de los Pizarros, que recordaba los paladines de la caballería por su audacia y entusiasmo, pudo reunir en breve 150 españoles de a caballo, 200 infantes todos bien equipados, cuatro mil indios de servicio y abundantes provisiones. De Quito marchó por la cordillera oriental a la provincia de Quijos, superando los grandes obstáculos naturales y la débil resistencia de los indios. De Quijos se internó en los bosques, siguiendo la orilla izquierda del Coca con inmensa fatiga, y casi exhaustos los recursos. En la parte inferior del Coca, después de haber construido un buque con suma dificultad, destacó por provisiones a Francisco de Orellana. Favorecido éste por la corriente, descendió el Napo y el Amazonas admirando el majestuoso espectáculo del rey de los ríos, teniendo grandes noticias de las Coniapuras o falsas amazonas que habitaban en la región inferior, y soñando las conquistas más gloriosas, sin cuidarse de sus compañeros a quienes abandonaba en la inmensidad de los bosques. Estos expedicionarios, no pudiendo permanecer en aquella espantosa soledad, emprendieron el regreso a la sierra sin dirección fija; y sólo unos ochenta castellanos y menos de la mitad de los indios pudieron llegar a Quito convertidos en espectros con dos años y medio de desventuras continuas.

Entre tanto el gobierno español, que había sabido las demasías de los Pizarros, encerró a Hernando que había ido a la corte, en el alcázar de Madrid, y después le tuvo preso por veinte años en la fortaleza de Medina del Campo. Para reparar los agravios de los almagristas envió al Perú a Vaca de Castro, magistrado íntegro, hábil, valeroso y prudente, con el carácter de simple juez, si hallaba vivo al marqués, y para gobernador, si éste ya había muerto. Para la administración de justicia se establecía en Panamá una audiencia con jurisdicción desde Nicaragua al estrecho de Magallanes. Para el mejor gobierno de la iglesia se erigían los obispados de Quito y Lima, nombrando para esta silla a fray Jerónimo de Loaysa, que era obispo de Cartagena. En favor de los colonos y de los indios se dictaban buenas providencias.

2_lorente 2.p65 125 29/11/2006, 12:14 p.m.

Por su parte, el marqués gobernaba con fidelidad escrupulosa y promovía los progresos de la colonia sin resentirse del peso de los años. Mas, extraviado por sus consejeros y contrariado por la corte que le arrebataba la libertad de acción y el prestigio de la autoridad, no podía ya hacer grandes bienes, ni aun sabía defenderse de sus enemigos que le odiaban de muerte.

Asesinato de Pizarro.- Los amigos de Almagro hacían responsable al marqués de la muerte de su socio y estaban reducidos a la desesperación por la extrema pobreza; mendigaban muchos el vestido y el sustento; subsistían otros de las ganancias del juego o de donativos precarios, y no tenían entre doce de los principales sino una capa que para salir a la calle se ponían por turno. No había medio de calmar su descontento, porque no querían aceptar favores y se irritaban por hallarse desatendidos. Más de doscientos de ellos reunidos en Lima concertaban sus proyectos de venganza, queriendo los más moderados obtener justicia de Vaca de Castro y considerando el mayor número sus espadas como única justicia. Juan de Rada, ayo del joven Almagro, se puso a la cabeza de este partido y llamado por el marqués que deseaba cortar con una franca explicación los motivos de desconfianza recíproca, le habló en términos que le inspiraron plena confianza.

En vano se dieron a Pizarro los avisos más alarmantes. Por no haber tomado las prevenciones oportunas pudieron salir a las doce del día 26 de junio de 1841, veinte conjurados y marchar a palacio por la plaza gritando «¡viva el Rey, muera el tirano!». Pasaron sin obstáculo la primera puerta que estaba abierta, y ahuyentados con sus furiosos gritos y estocadas los caballeros que hacían la corte, penetraron en las piezas interiores para dar muerte a un anciano defendido sólo por dos hombres y dos muchachos. Pizarro se parapetó en la puerta de su cámara, terciada la capa al brazo, la espada en mano y sin haber tenido tiempo de ajustarse la coraza; ya había hecho caer a dos asesinos bajo los filos de su espada; mas habiendo caído también sus defensores, acosado por todas partes y pudiendo apenas sostener el arma en su fatigada mano, recibió entre otras una herida mortal en la garganta; cayó clamando «Jesús», con voz moribunda; hizo con el dedo una cruz en el ensangrentado suelo; e, inclinándose para besarla, le dieron en la cabeza el golpe de gracia, con una jarra llena de agua. Algunos criados fieles le hicieron un humilde entierro como a escondidas. Su hija, doña Francisca, llevada a España, casó con su tío Hernando y su descendencia se conserva en los marqueses de la conquista. Fue un hombre extraordinario que oscureció sus grandes hechos con la perfidia, crueldad y otros vicios propios de los conquistadores y que en él se hallaban sostenidos por la falta de educación y por el espíritu del siglo.

2_lorente 2.p65 126 29/11/2006, 12:14 p.m.

Guerra entre Vaca de Castro y los almagristas.- Con las espadas teñidas en la sangre del gobernador, llena la ciudad de espanto y confusión por el saqueo de las casas y persecución de los principales vecinos, fue proclamado nuevo gobernador del Perú el joven Almagro. Para que su autoridad fuese reconocida por las demás ciudades, se procuró levantar un ejército que diera la ley a la colonia y se trató de ganar la opinión desfigurando los hechos.

Poco tardó en levantarse una oposición formidable. Los amigos del marqués tomaron las armas para vengarle; y aunque algunos fueron víctimas de su adhesión, Alonso de Alvarado en el Norte y Peralvarez Olguín en el Cuzco armaron fuerzas impacientes de abrir la campaña. Vaca de Castro que ya se hallaba en Quito, apoyado desde Popayán por Benalcázar, hizo reconocer su autoridad y se aprestó a la guerra con tanta actividad como inteligencia.

Entre tanto, debilitaba la discordia a los almagristas ya no sabían qué partido tomar, si la fuga a Chile, la lucha con Vaca de Castro o la persecución de los vengadores de Pizarro. No teniendo esperanza de salvación si no en los triunfos rápidos, decidieron salir al encuentro de Olguín que se dirigía al Norte, después de su fácil derrota caer sobre Alvarado y, vencido éste, arrancar por la fuerza a Vaca de Castro una amnistía completa. Al ir a Jauja murió Rada, que era el hombre necesario en el consejo y en la acción, y se disputaron la dirección de la campaña García de Alvarado y Cristóbal de Sotelo, esforzados ambos y experimentados en la guerra, pero celosos el uno del otro hasta el último extremo. Merced a su discordia pudo Olguín pasar por las alturas de Jauja a reunirse con Alvarado; y Almagro se vio forzado a dirigirse al Cuzco para reforzar su hueste. En el Cuzco tuvo que dar muerte a Alvarado que había asesinado a Sotelo; y poniéndose resueltamente al frente de los negocios, desplegó una capacidad que nadie habría esperado de sus veintitrés años. Reunidos en breve quinientos buenos soldados perfectamente equipados, partió al encuentro de Vaca de Castro que había despedido a Benalcázar algo inclinado a su ahijado, y para apagar hábilmente la discordia ya pronunciada entre Olguín y Alvarado, había tomado el mando superior de su ejército y se avanzó hasta Huamanga.

Frustradas algunas gestiones pacíficas, se trabó el combate en las inmediatas llanuras de Chupas, el 16 de septiembre de 1542, y de ambas partes se desplegaron esfuerzos gigantescos; mas la victoria quedó en el gobernador, que mostró un arrojo extraordinario y fue favorecido por el genio admirable de Francisco de Carbajal, guerrero terrible no obstante su edad octogenaria. Los vencidos fueron cruelmente castigados, y el joven Almagro condenado a muerte por un consejo de guerra entregó su cabeza al verdugo con fortaleza cristiana y conforme a sus deseos fue enterrado bajo el cadáver de su padre.

2_lorente 2.p65 127 29/11/2006, 12:14 p.m.

Consumación de la Conquista.- La caída de los almagristas hizo perder a los indios las esperanzas que les había hecho concebir el fin trágico de Pizarro. Creyendo que la conquista se acabaría con el conquistador, se habían reanimado y procurado saciar su sed de venganza, asesinaron a los españoles que viajaban, a los que estaban dispersos y a Valverde que se ocupaba en convertir a los habitantes de la Puná. Mas pronto se vio que la conquista era un hecho consumado. La España, que ejercía sobre el mundo civilizado una preponderancia visible, no podía ser resistida con éxito. Los defensores del imperio se rendían, morían como criminales vulgares o se salvaban en la oscuridad. El mismo Inca perecía en una reyerta inesperada con unos cuatro almagristas refugiados en su campo. El buen gobierno de Vaca de Castro parecía legitimar la obra de la violencia haciendo suceder la justicia a la fuerza y el atractivo de los beneficios legales al terror que habían inspirado los conquistadores. La conversión adelantaba, rápidamente favorecida por algunos indios dotados de celo apostólico, por la enseñanza en varias escuelas, por los esfuerzos de prelados y misioneros y por el esplendor del culto. Las dulces relaciones de familia principiaban a hacer un solo pueblo, casándose con españoles las hijas de Huaina-Capac y Atahualpa y con españolas algunos descendientes de Manco-Capac.

Las dulzuras y porvenir de la nueva civilización no pueden hacernos desconocer los terribles estragos de la conquista. Derrúmbanse los caminos del imperio; obstrúyense los grandes acueductos; son destrozados los palacios, fortalezas y templos; Vilcas, Pachacamac, Huánuco el viejo y otras capitales quedan reducidas a escombros; las provincias, especialmente del litoral, se despueblan; las arenas del desierto invaden las campiñas; los tesoros acumulados durante siglos desaparecen con espantosa rapidez; los ganados se aniquilan por millares matándose en pocos años más del número que antes se consumía en un siglo; el pueblo agoniza falto de alimentos y vestidos; innumerables víctimas caen en los campos de batalla, en los caminos sirviendo de bestias de carga, en las minas con insoportables tareas, donde quiera por el influjo del no acostumbrado clima y de la opresión intolerable; los vicios hacen mayores estragos porque faltando el orden secular y no propagadas todavía las ideas morales que han de reemplazarle, cesa el trabajo regular, se corrompen las costumbres y la justicia no protege ni a los nobles, ni al ínfimo vulgo que había creído libertarse al cambiar de yugo. Hasta los mismos opresores perecen en el espantoso desenfreno de la codicia, la ambición y otras malas pasiones, siguiendo de cerca a las víctimas los despiadados verdugos.

2_lorente 2.p65 128 29/11/2006, 12:14 p.m.

Época del Virreinato

—I—

Sucesión de gobiernos (1533-1824)

Reyes.- En los 291 años que duró el gobierno colonial; reconoció el Perú por soberanos cinco reyes de la dinastía austriaca y seis de la casa de Borbón en el orden siguiente:

El Emperador Carlos V	1534-1556
Felipe II	1556-1598
Felipe III	1598-1621
Felipe IV	1621-1665
Carlos II	1665-1700
Felipe V	1700-1746

Luis I reinó algunos meses en 1724 por abdicación temporal de su padre.

Fernando VI	1746-1759
Carlos III	1759-1788
Carlos IV	1788-1808
Fernando VII	1808-1824

Virreyes.- A nombre del Rey, y haciendo siempre sus veces, aunque algunos no llevaron el título de virreyes, administraron el Perú durante el coloniaje cincuenta y cinco gobiernos en el orden siguiente:

2_lorente 2.p65 129 29/11/2006, 12:14 p.m.

Francisco Pizarro	1534-1541
Vaca de Castro	1541-1544
Blasco Núñez Vela	1544-1545
D. Pedro Gasca	1545-1549
La Audiencia	1549-1550
D. Antonio Mendoza	1550-1551
La Audiencia	1551-1555
El marqués de Cañete	1555-1561
El conde de Nieva	1561-1563
La Audiencia	1563
D. Lope García de Castro	1563-1567
D. Francisco de Toledo	1567-1580
D. Martin Enríquez	1580-1582
La Audiencia	1582-1584
El conde de Villar don Pardo	1584-1589
El marqués de Cañete, hijo	1589-1596
D. Luis de Velasco	1596-1604
El conde de Monterrey	1604-1606
La Audiencia	1606-1608
El marqués de Montesclaros	1608-1615
El Príncipe de Esquilache	1615-1621
La Audiencia	1621
El marqués de Guadalcázar	1621-1629
El conde de Chinchón	1629-1639
El marqués de Mancera	1639-1648
El conde de Salvatierra	1648-1655
El conde de Alva de Aliste	1655-1661
El conde de Santisteban	1661-1666
La Audiencia	1666-1667
El conde de Lemos	1667-1672
La Audiencia	1672-1674
El conde de Castellar	1674-1678
El arzobispo Liñán	1678-1681
El duque de la Palata	1681-1689
El conde de la Monclova	1689-1706
La Audiencia	1706-1707
El marqués de Castel dos Rius	1707-1710
El obispo Guevara	1710-1716
El arzobispo Morcillo	50 días
El Príncipe de Santo Bono	1716-1719
El arzobispo Morcillo	1719-1724
El marqués de Castelfuerte	1724-1736

2_lorente 2.p65 130 29/11/2006, 12:14 p.m.

El marqués de Villagarcía	1736-1745
El conde de Superunda	1745-1761
D. Manuel Amat	1761-1775
D. Manuel Guirior	1775-1780
D. Agustín Jáuregui	1780-1784
D. Teodoro Croix	1784-1790
D. Francisco Gil de Lemos	1790-1796
D. Ambrosio O'Higgins	1796-1801
La Audiencia algunos meses	
D. Gabriel Avilés	1801-1806
D. Fernando Abascal	1806-1816
D. Joaquín Pezuela	1816-1821
D. José La Serna	1821-1824

—II—

Carlos V
(1542-1556)

Establecimiento del virreinato.- Consumada la conquista se hizo necesario el establecimiento del virreinato para gobernar al Perú, según exigía su grandeza, y para plantificar la reforma radical que se pensaba introducir en la administración de las colonias. Movido Carlos V por las vehementes exhortaciones del venerable Las Casas, que durante veintisiete años no había cesado de trabajar por la libertad de los indios, resolvió abolir las encomiendas que habían degenerado en intolerable servidumbre. Los encomenderos imponían servicios personales y vejaban de todos modos a los indios, que por sus méritos o por pura merced se les habían confiado para protegerlos y doctrinarlos. Mas por las ordenanzas de 1542 eran despojados de sus siervos todos los empleados, las corporaciones civiles y religiosas, los notablemente culpados en las revoluciones de Pizarro y Almagro y cuantos los poseyeran sin título o los hubieran maltratado; las encomiendas debían incorporarse a la Corona a la muerte de los actuales poseedores y sólo daban derecho a un tributo moderado; la viuda e hijos serían atendidos por la corte conforme a los servicios del encomendero. De esta suerte, la reforma que declaraba a los indios libres para hacerlos tributarios, venía a convertirse en una verdadera confiscación. De tranquilos poseedores iban a pasar casi todos los conquistadores del Perú a humildes pretendientes o desasosegados litigantes; sus herederos quedaban reducidos a mendigar el socorro de los magistrados y los favores de la lejana corte.

2_lorente 2.p65 131 29/11/2006, 12:14 p.m.

Para ejecutar las nuevas leyes se erigía la audiencia de Lima con un virrey por presidente y cuatro oidores letrados. Blasco Núñez Vela, a quien se nombró virrey del Perú, era un anciano de alma fuerte, sin doblez, de principios severos y de carácter arrebatado; los oidores fueron D. Diego Cepeda, el doctor Lisón de Tejada y los licenciados Álvarez y Zárate. Al llegar al istmo principiaron a ejecutar las ordenanzas de común acuerdo; mas conociendo la oposición que se levantaba, todos creyeron que se debía contemporizar, excepto el virrey que después de libertar a algunos siervos se embarcó sin dilaciones. En Tumbes, San Miguel y Trujillo recibió buena acogida; mas sus medidas de estricta justicia en favor de los indios y su conocida resolución de cumplir la voluntad del Emperador le hicieron pronto objeto de calumnias, odio y desaires.

Todo el Perú estaba conmovido, gritándose por calles, plazas y templos, que el Rey despojaba a los colonos de una propiedad adquirida a precio de sangre y que para no morir en la miseria y legar la mendicidad a sus hijos debían defender su hacienda con las espadas con que la habían adquirido. El ayuntamiento del Cuzco hizo una protesta enérgica; en Arequipa se tocaron las campanas a rebato; en Lima se pensó en suplicar, valiéndose bien de Vaca de Castro que se condujo con tanta prudencia como lealtad, bien de Blasco Núñez, cuya intempestiva severidad hizo que se vacilara sobre si se le reconocería o no en su elevado carácter. Mas prevaleciendo la opinión conciliadora, tuvo una recepción tan honrosa, como pudiera haberse hecho al Monarca, entrando bajo palio, por un hermoso arco triunfal, con las calles cubiertas de yerbas olorosas, entre repiques y músicas, y con el más lucido acompañamiento. Habiendo asegurado que no pensaba ordenar nada hasta que se instalase la audiencia, disipó muchas prevenciones; y aunque la prisión inmotivada de Vaca de Castro y algunos golpes de autoridad renovaron la efervescencia, la llegada de los oidores sostuvo por algunos días las esperanzas de paz.

La administración de justicia iba satisfaciendo a los oprimidos, y mejor aconsejado el virrey suspendió las ordenanzas, excepto la relativa a los funcionarios públicos. Por desgracia se declaró la más profunda discordia entre Blasco Núñez y la audiencia, y la autoridad desprestigiada por la división fue impotente para reprimir la formidable revolución que había estallado en el Sur.

Guerra entre el virrey y Gonzalo Pizarro.- El menor de los Pizarros, creyéndose con derechos a la sucesión de su hermano el marqués, sólo había podido ser reprimido por la hábil política de Vaca de Castro; mas ávido de poder y de honras, audaz, ofendido y solicitado de todas partes para una empresa gloriosa, no vaciló en levantarse contra las nuevas leyes y

2_lorente 2.p65 132 29/11/2006, 12:14 p.m.

contra el encargado de ejecutarlas. Reunidos cuantiosos fondos en sus opulentas minas de Porco, se dirigió al Cuzco reforzándose en el camino con soldados y caballeros. Habiéndose hecho nombrar allí procurador general y justicia mayor tuvo en breve cuatrocientos hombres bien equipados, veinte piezas de artillería y el más importante auxilio en la persona de Francisco Carbajal. Al principiar su marcha hacia Lima, estuvo en riesgo de fracasar por la defección y fuga de importantes partidarios, y porque la mayor parte de las ciudades habían reconocido ya al virrey. Mas los consejos de su incontrastable segundo le decidieron a seguir adelante y encontró el auxiliar más poderoso en las faltas e impopularidad del gobierno. El virrey le envió para negociar una intempestiva transacción al obispo Loaysa y al provincial de los dominicos. Los oidores, encontrados en ideas y en choques frecuentes con Blasco Núñez, descendieron al rango de conspiradores. El intrigante Cepeda promovía las defecciones. La fidelidad debilitada en los pueblos ahogaba la voz del honor militar. Puelles, Gonzalo Díaz y otros jefes que debían levantar gente contra los rebeldes, la llevaban a Gonzalo.

Desconcertado el virrey y desconfiando de todos, relegó a un buque a Vaca de Castro y prendió a otros caballeros leales; por sospechas de traición e irritado con una altiva respuesta, dio muerte con sus propias manos al factor Illan Suárez de Carbajal; y después de este asesinato fue tenido por una fiera que amenazaba la existencia de todos. Hallándose poco seguro en Lima, eligió la ciudad de Trujillo para aguardar el ataque de Gonzalo. Mientras hacía sus preparativos de marcha, fue depuesto en una insurrección popular dirigida por los oidores, con entusiasmo general y sin efusión de sangre. Enviado después de grandes sufrimientos con el oidor Álvarez para que le llevase preso a la corte, fue puesto en libertad desde que entraron a bordo; y se dirigió al Norte para desembarcar en Tumbes.

Cepeda, que se creía ya el verdadero gobernador del Perú como presidente de la audiencia, no pudo resistir los progresos de la revolución. Gonzalo se avanzó resueltamente sin dar oídos a los mediadores, castigando a los desafectos y reforzándose de continuo. Contando con los votos del ejército y de los procuradores de los pueblos, pidió a los oidores el gobierno del Perú; y mientras deliberaban, ahorcó Francisco Carbajal a tres de los fugitivos del Cuzco. El terror de los mandatarios y las tumultuosas aclamaciones de la muchedumbre acallaron todo escrúpulo, y el nuevo gobernador del Perú hizo su entrada triunfal en Lima entre las más faustas manifestaciones de la alegría popular el 28 de octubre de 1544. Su posición no era para estar muy tranquilo. Tuvo que proceder contra partidarios muy inquietos; se alarmó por la fuga de Vaca de Cas-

2_lorente 2.p65 133 29/11/2006, 12:14 p.m.

tro que pudo llegar salvo a la corte; y la aparición del virrey en Tumbes le obligó a armarse contra la reacción inminente.

Blasco Núñez pudo ser fácilmente ahuyentado hasta Quito por el capitán Bachicao que, enviado en su persecución, fue del Callao a Panamá ejerciendo sin oposición una tiranía feroz; pero habiendo sido reforzado en Quito por Francisco Hernández Girón y otros conquistadores de Nueva Granada, bajó a San Miguel y en breve reunió unos quinientos hombres animados del mejor espíritu. Al mismo tiempo se pronunciaba en Charcas en su favor Diego Centeno, habiendo dado muerte a Francisco de Almendras que gobernaba a nombre de Pizarro.

Gonzalo no dejó por mucho tiempo tranquilo a su enemigo. Emprendida la marcha para el Norte, fue reforzando su tropa hasta Lambayeque; estuvo cerca de sorprender a los realistas en las cabeceras de Cajas, y frustrada esta sorpresa, encargó la persecución a su segundo Carbajal que era de hierro para la fatiga y sin piedad con los fugitivos. Sufrieron éstos en su retirada hasta Popayán penas incomparables, marchando sin descanso, sin recursos, en la mayor intemperie, por soledades escabrosas y temiendo tanto a sus feroces perseguidores, como al justiciero virrey que era inexorable con sus mismos servidores de lealtad dudosa. Gonzalo, habiendo llegado a Quito, envió a Carbajal al Sur contra Centeno, a Pedro de Hinojosa a Panamá y él se quedó en expectativa de las operaciones de Blasco Núñez.

Hinojosa entró a favor de hábiles negociaciones en Panamá, que estaba dispuesta a resistirle, y del otro lado del istmo tuvo que rechazar a Melchor Verdugo, que habiéndose sublevado en Trujillo, había pasado del Pacífico al través del canal de Nicaragua. Carbajal, a la edad de ochenta años, en que pocos hombres conservan el fuego de las pasiones y el vigor de los órganos, había pasado sin descanso seis veces los Andes, de Quito a San Miguel, de Lima a Huamanga, de Huamanga a Lima, de Lucanas al Cuzco; del Callao a Arequipa y de Arequipa a Charcas, siempre a caballo y haciéndose temer por su sagacidad y fiereza como el demonio de la cordillera. En su terrible persecución no sólo obligó a Centeno a esconderse en una cueva después de dispersar toda su gente, sino que dio alcance e hizo rendirse, aunque eran superiores en número, a ciertos soldados, que regresando del río de la Plata, habían levantado bandera por el Rey.

Blasco Núñez, reforzado por Benalcázar, volvió sobre Quito, de donde se había retirado Gonzalo para atraerle a una ruina inevitable. Habiendo llegado después de una marcha penosa el 18 de enero de 1546 a la ciudad que había sido desamparada por los hombres, entusiasmó a sus soldados con sentidas palabras y magníficas promesas y marchó al encuentro de los rebeldes que le aguardaron en la inmediata llanura de

2_lorente 2.p65 134 29/11/2006, 12:14 p.m.

Añaquito con fuerzas superiores y firme resolución. El combate fue muy reñido; mas los realistas hubieron de ceder, viendo a sus principales jefes muertos o moribundos. El virrey que yacía entre otros, fue insultado atrozmente por el hermano del factor Illan Suárez de Carbajal, escuchó las amenazas con resignación cristiana y fijó su mirada en el cielo al caer sobre su cuello el sable con que le asesinó un negro. Su desfigurada cabeza después de insultos salvajes fue clavada en la picota. Mas Gonzalo dio honrosa sepultura a su cadáver y, en general, se mostró clemente con los vencidos.

Administración de Gonzalo Pizarro.- En 1545, durante los estragos de la guerra civil, Gualca, indio de Chumbivilcas que trepaba en persecución de unos venados por el áspero cerro de Potosí, desprendió de raíz un arbusto a que se había asido y vio al descubierto una riquísima veta de plata; en pocos años se levantó allí una gran población y el mineral más opulento. Por el Norte se descubrieron también en los confines del Perú y Quito abundantísimos veneros de oro; y para explotarlos mejor acordó Gonzalo la fundación de Loja.

El vencedor de Añaquito pensó legitimar con los beneficios el gobierno asaltado por la fuerza; gratificaba espléndidamente a sus partidarios; procuraba ganar a sus enemigos con favores; protegía los descubrimientos, la minería, la ganadería, el cultivo de la tierra y el comercio; y trataba de desagraviar a los indios y desenojar al Emperador. Su popularidad era extrema; donde quiera le aclamaban libertador del Perú, gran capitán e invicto caudillo; de Quito a Lima fue recibido en las poblaciones del tránsito con las mayores efusiones de entusiasmo; y en la capital entró en medio de cuatro prelados, por un carrero adornado para el triunfo, entre continuos vivas, repiques de campanas y homenajes religiosos. Su poder parecía descansar sobre bases sólidas; podía levantar un gran ejército, contaba con una escuadra irresistible, disponía de un millón anual de pesos y sus amigos guardaban las entradas del Perú. Su autoridad y su corte eran las de un Rey absoluto; y no le faltaron consejos para que se ciñera la corona, buscando la alianza de los indios, creando una grandeza como la de España, y solicitando el favor del Rey de los franceses y del Sumo Pontífice.

La emancipación del Perú pedía otros hombres y otros tiempos; ni entonces era posible la fusión nacional entre españoles e indios, ni la naciente colonia había llegado a la edad de la independencia. La división de los conquistadores, las ideas dominantes y los intereses egoístas iban a determinar una reacción irresistible, cuando Gonzalo vacilaba en coronarse.

2_lorente 2.p65 135 29/11/2006, 12:14 p.m.

Negociaciones del presidente Gasca.- Las aspiraciones de los colonos estaban satisfechas antes de saberse en la corte la victoria de Gonzalo, habiéndose revocado ya la ley que abolía las encomiendas. Cuando allí se supo la insurrección del Perú, se trató de asegurar la posesión de la opulenta colonia desarmando a los rebeldes con la magnitud de las concesiones. No se pensó en enviar de nuevo al bien visto Vaca de Castro, que víctima de malos informes estuvo preso muchos años, no recibiendo la merecida recompensa, sino después de un juicio muy lento. Mas se halló un ministro de gran capacidad y el más apropiado para la pacificación en el inquisidor don Pedro Gasca, conocido por sus distinguidos servicios en Valencia, al que con el título modesto de presidente de la audiencia se le dieron las facultades más amplias. No habiendo querido aceptar la dignidad episcopal, ni recibir ningún sueldo, salió de España con Alonso de Alvarado, Pascual de Andagoya y otros caballeros. En Santa Marta supo la muerte del virrey. En Nombre de Dios fue bien recibido por el gobernador Mejía, aunque los soldados decían viendo su despreciable apariencia: «si éste es el enviado de su Majestad, poco tiene que temer Gonzalo Pizarro». En Panamá logró, con sus cautelosas negociaciones, adormecer el celo de Hinojosa y de allí envió cartas al Perú con Paniagua para Gonzalo y con un emisario para las personas más influyentes.

En Lima no se pensaba sino en alejar del Perú al presidente, y con tal objeto fueron enviados a Panamá Lorenzo Aldana y Gómez de Solís. El obispo Loaysa, el de Bogotá y el Provincial de Santo Domingo se embarcaron también a fin de sostener la causa del gobernador. Paniagua, detenido en San Miguel y custodiado hasta Lima, entregó a Pizarro una carta del Emperador y otra de Gasca, concebidas en el lenguaje más propio para atraerlo a la obediencia; mas envanecido Gonzalo con su poder y con sus triunfos, demasiado confiado en los amigos, poco conocedor de los hombres y mal aconsejado, desoyó las prudentes observaciones, creyendo que su poder sería incontrastable.

La reacción cundía ya con la fuerza del contagio. El clero ganado por el hábil inquisidor conmovía a los conquistadores siempre sensibles a la voz de la religión y de la fidelidad; el cambio de intereses iba a determinar una contrarrevolución general contra un caudillo, a quien había favorecido la opinión pública, cuando se levantó para defender la causa de los colonos.

Caída de Gonzalo Pizarro.- Hinojosa puso la armada a las órdenes del presidente; los enviados de Pizarro se comprometieron a combatirle como tirano. En general, los capitanes, el clero y las personas influyentes de Panamá se mostraron realistas exaltados. El entendido Gasca, no descan-

2_lorente 2.p65 136 29/11/2006, 12:14 p.m.

sando en tan sospechoso celo, pidió auxilios a las demás colonias y obtuvo del comercio los fondos necesarios. A principios de 1547 tenía ya prestos veintidós buques y unos mil hombres de desembarco, y para promover la reacción envió por delante a Aldana con instrucciones precisas, muchas cartas, algunos frailes, cuatro buques y trescientos soldados.

Apenas se esparcieron en el Perú las noticias y comunicaciones traídas por Aldana, cuando se pronunciaron por la causa del Rey los pueblos y los destacamentos, ya dirigidos por los mismos jefes rebeldes, ya asesinando a los que permanecían fieles al caudillo de su elección. Gonzalo no perdió el ánimo, ni omitió diligencia alguna para combatir la reacción; quemó los buques que había en el Callao, para dificultar la fuga de los desafectos. A fuerza de gastos logró equipar en breves días unos mil soldados, tan bien ataviados como los hubiera podido poner la Italia en sus mejores tiempos; hizo fulminar sentencia de muerte contra Gasca como usurpador y contra sus capitanes por quebrantadores de su palabra. Para cortar el contagio de la defección, creyó necesario ligar con un juramento a los que tan fácilmente se olvidaban de la amistad y de los compromisos; y cuando los buques de Aldana dieron vista al Callao, se situó a una legua de la ciudad y a otra del mar, pensando así impedir la deserción de los suyos y hacer frente a los que intentaran desembarcar.

Entabladas las negociaciones, pensaba Carbajal que debían recibirse las cédulas de indulto ofrecidas por Gasca, no sólo poniéndolas sobre la cabeza sino empedrando con plata y oro el camino por donde viniera el mensajero; mas viendo que Cepeda atribuía este prudente consejo a falta de valor, dijo: «estoy resuelto a cualquiera determinación que se adopte; tan buen palmo de pescuezo tengo yo para la horca como cualquier otro; y para los años de vida que me restan, el negocio es de poca monta».

Sólo los pocos amigos fieles a la desgracia y los soldados idólatras de su palabra se conservaban adictos a Gonzalo; los demás partidarios, sabiendo que la reacción estaba triunfante en el Norte y en el Sur, principiaron a desbandarse; y fue necesario emprender la marcha hacia Arequipa, conteniendo a los desertores a fuerza de vigilancia y energía.

La hueste rebelde se hallaba reducida a quinientos soldados, y para seguir la retirada a Chile o al río de La Plata era necesario hacer frente a Centeno, que cerraba el camino con más de mil hombres. Mas esta fuerza superior fue destrozada el 26 de octubre de 1547, en Huarina, por la pericia de Carbajal, habiendo sido el choque tan sangriento que a vista de los cadáveres amontonados hubo de exclamar Gonzalo: «Jesús, Jesús, qué victoria». Los vencedores contramarcharon al Cuzco para saborear las dulzuras del triunfo y tentar la suerte de las armas contra Gasca.

2_lorente 2.p65 137 29/11/2006, 12:14 p.m.

El presidente había salido de Panamá en abril del mismo año, con ochocientos veintiún hombres de guerra. Contrariado al principio por el viento y las corrientes, y cerca de la Gorgona por una gran tempestad en la que mostró suma serenidad, pudo llegar con los más favorables auspicios a Tumbes, donde fue recibido con las bendiciones de los pueblos y con los ofrecimientos exagerados de los anteriores revolucionarios. Reunidos ya los elementos del triunfo, creyó innecesario la venida de nuevos refuerzos; emprendió su marcha por la costa y la sierra hasta Jauja sin querer debilitar su fuerza, aunque los mensajes de Centeno corroborados por la voz pública hacían tener por cierta la ruina de Gonzalo. Sabiendo la derrota de Huarina, levantó los ánimos de su abatida gente con oportunas reflexiones y la llegada incesante de tropas. Rehecha su hueste en el saludable y bien provisto valle, emprendió la marcha al Sur, y después de detenerse tres meses en el de Andahuaylas, se encaminó al Cuzco con más de dos mil hombres, excelentes armas, buenos pertrechos, contando entre sus compañeros los vecinos más opulentos, a Centeno, Benalcázar, Valdivia y otros conquistadores distinguidos, voluntarios de todas las colonias y de España, a tres obispos y muchos misioneros. Sin hallar oposición seria llegó hasta la quebrada de Sacsahuana, donde salieron a su encuentro las fuerzas enemigas.

Se anunciaba ya una batalla más sangrienta que la de Huarina; porque las fuerzas eran dobles de una y otra parte, los soldados valientes, buenas las armas y entendidos los jefes. A la vista de los bien arreglados realistas, Carbajal, que ignoraba la venida del conquistador de Chile, exclamó: «Valdivia está en la tierra y rige el campo, o el diablo». Mas roto apenas el fuego de las guerrillas, el 9 de abril de 1548, se pasaron al presidente el capitán Garcilaso, Cepeda que hacía de mariscal de campo, algunos arcabuceros y la caballería enviada contra ellos.

Antes de que la artillería y arcabuceros de Gasca llegasen a disparar, era completa la dispersión en el campo de Gonzalo que no pensó en huir, sino en ponerse en manos de sus perseguidores. Diciéndole su fiel amigo Acosta: «Señor, arremetamos en ellos y muramos como romanos», le replicó con resignación piadosa: «mejor es morir como cristianos». A Centeno, que se mostró sensible a su infortunio, le dijo: «yo he acabado hoy, mañana me llorarán vuestras mercedes». En un altercado con el presidente, defendió bien su causa. Sabiendo que el suplicio se difería para otro día, durmió una hora; se preparó para morir con una larga confesión; salió al patíbulo ataviado como para un festín; en el cadalso pidió a los circunstantes que le hicieran caridad de todas las misas que pudieren decirse por él; exclamó «a Dios hasta la eternidad»; no quiso que le vendaran los ojos; y pidió al verdugo que hiciera bien su oficio.

2_lorente 2.p65 138 29/11/2006, 12:14 p.m.

Carbajal, que de todo se burlaba, al ver la dispersión, principió a cantar:

«Estos mis cabellicos madre
Uno a uno se los llevó el aire».

Preso por otros fugitivos por haberse caído el caballo en que intentó escapar a carrera fue tratado como una fiera aprisionada, sin dejar de mostrarse impasible. En la prisión recibió con imperturbable calma y admiró con sus agudezas a cuantos por curiosidad o por interés fueron a visitarle. Condenado a ser arrastrado, ahorcado, descuartizado y expuestos sus cuartos en diferentes lugares, exclamó al leérsele la sentencia: «basta con matarme»; y cuando le metieron en el serón, dijo: «niño en cuna, viejo en cuna».

También fueron ejecutados otros capitanes, condenados a la infamia y confiscación los que antes habían muerto, desterrados a galeras, azotados, mutilados y castigados varios con rigor inquisitorial, por todo el país y por mucho tiempo. Los que faltando al honor y a la amistad habían dado la victoria a Gasca, no gozaron muchos años del mal obtenido premio. Cepeda murió en España en la cárcel, Benalcázar en Cartagena de Indias por el pesar de verse encausado; Alonso de Alvarado en el Perú, por el de una derrota; Hinojosa asesinado por sus amigos; Centeno con sospechas de haber sido envenenado; Valdivia a manos de los Araucanos; Girón y otros, en las del verdugo.

Administración de Gasca.- Los defensores de la causa real, gente ávida, importuna y familiarizada con el presidente aspiraban a ser dueños de todo; los pretendientes pasaban de dos mil quinientos; y cada uno exageraba sus servicios. Gasca pudo desembarazarse de algunos, enviándolos a varios gobiernos o a hacer descubrimientos, a otros aspirantes los recompensó dándoles con la mano de alguna viuda, el repartimiento del difunto marido. Para repartir las ciento cincuenta encomiendas vacantes, cuyo valor pasaba de millón y medio de escudos por año. Meditó la distribución en el asiento de Huainarima cerca de tres meses, y encargó a Loaysa, ya elevado a Arzobispo de Lima, que la participase a los pretendientes. Así se hizo en la iglesia mayor del Cuzco, después de una exhortación de un santo Prior y de haber leído una carta del presidente. Ni el sermón, ni la santidad del lugar, ni el respeto al gobierno, ni la carta pudieron reprimir los murmullos de desaprobación, y pocos días después estalló un motín que fue sofocado con el castigo de algunos sediciosos.

Entre tanto, Gasca era acogido en Lima como padre de los pueblos, pacificador y salvador del Perú, entrando entre danzas de indios, cuyas

2_lorente 2.p65 139 29/11/2006, 12:14 p.m.

cuadrillas representaban las principales poblaciones de la colonia y llevaban escritas en los sombreros malas coplas, expresando una lealtad de peor ley. Se apresuró a restablecer la audiencia para asegurar la administración de justicia; confió la fundación de La Paz a Antonio de Mendoza y la de Jaén a Mercadillo; arregló el tributo de los indios; dio eficaces providencias para desterrar su esclavitud; cuidó de su instrucción religiosa e hizo reinar con la seguridad general una prosperidad creciente con el descubrimiento de ricas minas. Promoviendo los intereses de la hacienda con acuerdos semanales y con estrictas cuentas, logró pagar 900 mil ducados que había pedido para la guerra, y pudo economizar para el Rey 264 422 marcos de plata. Para asegurar este tesoro y librarse de pretensiones enojosas que rayaban en desacato, apresuró su regreso a la Península, no aceptando regalos y no sacando del Perú sino la capa vieja con que había entrado. Al atravesar el istmo corrió riesgos tan graves como imprevistos; porque los Contreras, que habían asesinado al obispo de León en Nicaragua y aspiraban al imperio del Perú como nietos de Pedrarías, tomaron a Panamá por sorpresa dos días después de haber salido él de allí; mas habiendo cometido la imprudencia de dividir sus fuerzas, fueron derrotados por los panameños, pereciendo en los combates, en el patíbulo o de una manera misteriosa. Gasca, que había regresado a la ciudad, recobró las riquezas extraviadas y, reunida una respetable escuadra, llegó a España con tiempos bonancibles. Recibido en la corte, como correspondía a sus servicios, fue recompensado por Carlos V con el obispado de Palencia. Trasladado después a la silla de Siguenza, se le consultó muchas veces sobre de los asuntos de Indias; y es considerado comúnmente como un modelo de sabiduría e integridad.

La audiencia y don Antonio de Mendoza.- La llegada de una cédula real para abolir el servicio personal de los indios y una segunda distribución de encomiendas excitaron algún descontento. Muchos aventureros, reunidos en el Cuzco para hacer con Girón una entrada a los Chunchos, traían alborotada la ciudad. La perturbación general de los ánimos y el poco prestigio de la audiencia hacían temer una insurrección, que la voz pública dio algunas veces por ya realizada. Mas se concibieron esperanzas de que la paz fuese duradera con la llegada del virrey don Antonio de Mendoza, que había adquirido la mejor reputación en el virreinato de México y que se hizo bien visto en el Perú por su modestia, su desprecio a las denuncias y sus buenas intenciones.

Por su parte el Emperador dotaba a Lima de una Universidad con los privilegios de la de Salamanca; aprobaba ordenanzas municipales dictadas por el sentimiento del bien común y daba otras órdenes intere-

2_lorente 2.p65 140 29/11/2006, 12:14 p.m.

santes. La municipalidad procuraba completar los reglamentos de policía. El arzobispo reunió en 1552 un concilio provincial, en el que se acordaron las primeras constituciones eclesiásticas de la América meridional. Pero volvieron luego las alarmas, y el virrey, que hubiera podido reprimir los trastornos, cayó en una debilidad mortal, y hubo de prolongar su lenta agonía absteniéndose del despacho, y saliendo a cazar todos los días.

Habiendo muerto antes de cumplidos diez meses de su llegada al Perú, una conspiración tramada por algunos soldados para deshacerse de la audiencia el día del entierro fue reprimida con la muerte de uno de los jefes; y se comprometió en la conservación del orden a Hinojosa, uno de los presuntos conspiradores, con nombrarle corregidor de Charcas, donde eran más de temer los motines.

Movimientos en los Charcas.- El furor de los desafíos se había propagado en Charcas como un contagio; retábanse a muerte los soldados, los traficantes y hasta los pulperos; una pendencia era origen de otras muchas; reñíase por la más frívola causa; y combatían algunos, ya en calzas y camiseta, ya desnudos de la cintura hacia arriba, o bien vestidos con una túnica carmesí. Los más oscuros aventureros mostraban una resolución a toda prueba. Aguirre, soldado de ruin porte, persiguió durante tres años y cuatro meses, por arenales y cordilleras, de Potosí a Lima, de Lima a Quito y de Quito al Cuzco, al licenciado Esquivel, que le había condenado a la pena de azotes; y un lunes al mediodía le mató de una puñalada dentro de su misma recámara.

Los conspiradores se reunían en Charcas atraídos por la riqueza de las minas, por la licencia allí reinante y por las promesas de algunos caudillos, especialmente de Hinojosa. Viendo que éste burlaba sus esperanzas, le asesinaron al rayar el día del 6 de marzo de 1553, en un patio interior de su casa. Don Sebastián de Castilla, hijo del conde de la Gomera que era el caudillo de los asesinos, fue muerto cinco días después por Vasco Godines, su principal instigador que quería enriquecerse, echándola de leal. Unos conspiradores se apresuraban a deshacerse de otros para ocultar su participación en las revueltas. Mas el mariscal Alvarado, nombrado corregidor de Charcas, desplegó un rigor extremo contra todos los culpables. Vasco Godines fue condenado a ser arrastrado y hecho cuartos, como traidor a Dios, al rey y a sus amigos. Durante cinco meses pocos fueron los días en que no salieran al patíbulo, o a ser azotados públicamente algunos de los presos que henchían las cárceles. Un nuevo y más formidable alzamiento obligó a desistir del castigo del de Charcas.

2_lorente 2.p65 141 29/11/2006, 12:14 p.m.

Insurrección de Francisco Girón.- La debilidad del gobierno, las circunstancias del territorio, el estado de la sociedad y de la opinión, el poco respeto a la ley, el desenfreno de la soldadesca y la inquietud general a consecuencia de los repetidos trastornos hicieron fácil la insurrección de Girón que, valiente, vano y comprometido en las últimas alteraciones, se levantó para libertarse del castigo y para ser el jefe de la colonia. Ciertas bodas solemnes a que fueron convidados los principales vecinos del Cuzco le permitieron prender al corregidor el 13 de noviembre de 1553. Con Tomas Vásquez, Piedrahita, Velásquez, otros pocos sujetos oscuros y los presos de la cárcel, reunió al principio una fuerza de cuarenta hombres; se hizo nombrar justicia mayor y procurador general; con cartas, dádivas, promesas y castigos formó en breve el ejército de la libertad; e infundiéndole esperanzas de victoria mediante las supersticiones acreditadas en aquel tiempo, se puso en marcha para Lima, donde los realistas habían reunido fuerzas superiores, mas tan faltas de disciplina como de concierto, y no bien dirigidas por el arzobispo Loaysa y por el oidor Santillán que no eran muy propios para las operaciones de la guerra.

Al entrar en la costa, la pérdida de una avanzada escogida, una estratagema frustrada, los pronósticos fallidos y la superioridad del enemigo desalentaron tanto a los libertadores que principiaron a desbandarse de dos en dos, de diez en diez y después por escuadras. Para no sucumbir como Gonzalo, hubo de emprender Girón la retirada hacia Ica, que su arrojo y habilidad junto con el desconcierto de los realistas le permitieron hacer sin gran pérdida. De Ica revolvió sobre sus perseguidores; y aunque los derrotó en Villacuri, hubo de continuar su marcha al Sur no fiándose en los suyos. En Nazca formó un batallón de negros que acudían a su campo atraídos por el buen tratamiento. Sabiendo que el mariscal Alvarado venía del Collao a atacarle con dobles fuerzas, no temió subir a encontrarle y se fortificó en Chuquinga hacia los orígenes del Pachachaca. Atacado allí imprudentemente, logró una espléndida victoria, y después de enviar diferentes destacamentos a sacar armas, hombres y recursos de las ciudades del Sur, tomó la dirección de Andahuaylas, a fin de rehacerse en el ameno y abundante valle. De Andahuaylas partió para el Cuzco, y no queriendo entrar en él por temor a los agüeros, fue a tomar posición después de algunas marchas en la antigua fortaleza de Pucará.

El ejército de Lima, al que habían desconcertado los desastres de Villacuri y Chuquinga, repuesto de la mal concebida alarma y reforzado de día en día, llegó también a Pucará, habiéndose avanzado sin oposición y con prudente lentitud. Las dos huestes permanecieron algunos días a la vista sin empeñar ningún choque general, y ocurriendo sólo lides particulares y amistosas pláticas en que la astucia solía emplearse tanto como las armas. Girón se decidió al fin en diciembre de 1554 a un

2_lorente 2.p65 142 29/11/2006, 12:14 p.m.

ataque nocturno en el que fue rechazado con gran pérdida. Desalentada su gente, principió a desertarle; la defección de Vásquez y Piedrahita, que eran el principal sostén de su causa; le obligó a emprender una desordenada fuga en la que, deshecha su gente sin combatir y cada día más desamparado en su penosa marcha de la sierra a Nazca y de la costa a la sierra, fue tomado cerca del tambo de Jauja por unos capitanes de Huánuco. Llevado a Lima y condenado al último suplicio, murió cristianamente. Su viuda, la amable y virtuosa doña Mencia Almaras, acabó sus días en un beaterio, que fue elevado a monasterio de La Concepción.

La paz no volvió a alterarse, porque el nuevo virrey don Andrés Hurtado de Mendoza supo hacerse respetar de los descontentos y sediciosos. A solicitud del cabildo de Lima dio la audiencia algunas ordenanzas; y al fin de la insurrección había dado la corte otras de aplicación general.

—III—
Felipe II
(1556-1598)

Don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete.- El sucesor de Carlos V, que aun bajo el gobierno de su padre había tomado mucha parte en la administración de las Indias, gran político, de actividad admirable y de voluntad fuerte, se mostraba celoso por la justicia, la religión y el orden. El marqués de Cañete, elegido Virrey del Perú por el Emperador, había obtenido poderes tan amplios como Gasca, a cuya prudencia unía la entereza de Blasco Núñez. A su paso por el istmo redujo a los negros cimarrones, que amenazaban a las vidas y haciendas. Habiendo desembarcado en Paita, envió a Lima por mensajero, o como se decía entonces, por embajador, a un individuo de su servidumbre, al que hizo regresar inmediatamente a la Península; porque se había detenido en Paita en devaneos juveniles. En todos los pueblos del tránsito se atrajo el respeto general con su reserva y buenas palabras. Recibido en su augusto cargo hizo recoger las armas; prohibió a los encomenderos viajar sin licencia; nombró corregidores de su confianza; aterró a los sediciosos con el suplicio de Vásquez, Piedrahita, Robles y otros antiguos culpables que descansaban en la fe de los indultos; premió con encomiendas y rentas a los beneméritos; y no pudiendo acallar a otros pretendientes, les obligó a que se embarcaran para España donde el Rey les haría justicia según sus servicios. Su hijo don García de Mendoza fue enviado a Chile para reducir a los araucanos, que habían dado muerte a Valdivia y destruido algunas poblaciones castellanas.

2_lorente 2.p65 143 29/11/2006, 12:14 p.m.

Para guardia del gobierno se creó un escuadrón de cien lanzas con el sueldo anual de 1 000 ducados cada plaza y una compañía de cincuenta arcabuceros con el de 1 500.

La sumisión de los indios se procuró asegurar sacando de las montañas de Vilcabamba a Sairi Tupac, heredero de Manco. Traído a Lima y muy atendido por toda clase de personas, renunció su soberanía por una renta de veinte mil ducados y otras mercedes. Al entregársele la cédula después de un festín tomó una hebra del fleco de la sobremesa y exclamó: «todo este paño y su guarnición eran míos, y ahora me dan este pelito para mi sustento y el de toda mi casa». Habiéndose convertido a la religión cristiana, se retiró a Yucay y murió a los tres años devorado por la tristeza.

Para dar ventajosa ocupación a los hombres laboriosos se fundaron la ciudad de Cuenca en la sierra, el pueblo de Cañete en el valle de Huarco y el de Saña entre Trujillo y San Miguel. Para auxilio de los enfermos se construyó el hospital de San Andrés.

Algunas obras que prometían grandes ventajas, no tuvieron buen éxito; tales fueron el desagüe de la laguna de Muina para sacar la cadena de oro con que, según dicen, fue celebrado el nacimiento de Huascar; una expedición naval para explorar el estrecho de Magallanes; y la expedición al Dorado que fue la de fin más desastroso.

Por falaces rumores se creía que hacia la parte inferior del Amazonas existía un país muy opulento; y para su conquista fue enviado don Pedro de Ursúa, distinguido conquistador de Nueva Granada, quien llevó en su compañía a la bella doña Inés, origen de su infortunio. La gente turbulenta enrolada en la empresa y los asesinatos cometidos al principio hicieron presagiar que acabaría de un modo sangriento; y en efecto, descontentos por los primeros sufrimientos y aguijoneados por las malas pasiones, dieron algunos amotinados de puñaladas a Ursúa, y pocos días después a doña Inés. Don Fernando de Guzmán, a quien habían proclamado príncipe del Perú, y otros jefes de la conspiración fueron muertos por un desalmado llamado el loco Aguirre, que en su bajada por el Marañón, en su salida al Océano por una de las bocas del Orinoco, en su arribo a la Margarita, y en sus correrías por Venezuela, fue señalando sus huellas con la muerte de sus soldados, de habitantes inofensivos y de su propia hija, y al fin fue muerto a tiros.

El marqués de Cañete, que había hecho importantes servicios, tanto en la administración general, como en el manejo de rentas, pedía a Felipe II junto con la licencia la recompensa merecida. Mas recibiendo sólo desaires murió de pesar a los pocos días, después que su sucesor, el conde de Nieva, al participarle su llegada, le trató de simple Señoría y no de Excelencia.

2_lorente 2.p65 144 29/11/2006, 12:14 p.m.

Don Diego de Acevedo y Zúñiga, conde de Nieva.- Encontrando el gobierno firmemente establecido, pudo el conde de Nieva dedicarse sin oposición alguna a empresas de utilidad general; fundó el pueblo de Arnedo en el valle de Chancay, adonde se proponía trasladar la universidad, y el de Ica en el valle de este nombre; estableció un colegio de educandas; fomentó otras erecciones piadosas; introdujo la etiqueta de los asientos y tratamientos; y se ocupaba de otras mejoras, cuando pereció a manos de unos negros por orden de un esposo ofendido.

La audiencia y el licenciado don Lope García de Castro.- Para evitar peligrosos escándalos se contentó la audiencia con hacer las primeras diligencias judiciales acerca de la muerte del virrey. El licenciado don Lope García de Castro, a quien se confió el gobierno del virreinato con el título de Presidente, creyó también prudente sobreseer en el proceso. Para la mejor organización de la colonia se dividió el Perú en cierto número de provincias gobernadas por corregidores; las ciudades pobladas por españoles tuvieron cabildos con alcaldes y regidores; al gobierno de los indios se atendió reconociendo la autoridad de los caciques; y la capital recibió algunas ordenanzas. En el interés del fisco se establecieron los derechos de aduana, que entonces se llamaban «almojarifazgo». La minería, que principiaba a decaer, recibió un fuerte impulso por el descubrimiento de la mina de azogue de Huancavelica hecho por Navincopa, indio de Izcuchaca, y comunicado a su amo Amador de Cabrera. En el reino de Chile se trató de colonizar las islas de Chiloé, donde se fundó el pueblo de Castro en honor del presidente. Su sobrino el joven don Álvaro de Mendaña partió del Callao el 19 de noviembre de 1567 con dos navíos para hacer descubrimientos en la Oceanía y tuvo la gloria de explorar las islas de Salomón.

La religión, por cuyas inspiraciones se realizaban en gran parte semejantes empresas, consolidaba al mismo tiempo la civilización colonial mediante los esfuerzos apostólicos de los misioneros; y para distinguirse entre los operarios del evangelio llegaron en 1567 los jesuitas que iban a ejercer una influencia predominante en las misiones, en la educación y en las demás instituciones, así civiles como religiosas. En dicho año celebró el arzobispo Loaysa el segundo Concilio de Lima. En el siguiente fijó Felipe II las bases de la administración del Perú; y para plantificarla nombró virrey a su mayordomo don Francisco de Toledo, hijo segundo del conde de Oropesa.

Don Francisco de Toledo.- El nuevo virrey, digno representante de Felipe II, se propuso llevar a cabo la reforma, aunque hubiera de sacrificar su gusto y su crédito. Observándolo todo para conocer bien el país, gastó en

2_lorente 2.p65 145 29/11/2006, 12:14 p.m.

su visita cinco años. Auxiliado con las luces del licenciado Ondegardo, el jesuita Acosta, el oidor Matienzo y otros hombres eminentes; secundado por visitadores celosos e incansable en arreglarlo todo con providencias y ordenanzas, donde quiera dejó huellas duraderas de su administración vigorosa e inteligente conforme al espíritu de la época. Mas la razón de estado le hizo incurrir en un atentado político que fue el crimen definitivo de la conquista.

El inca Tupac-Amaru conservaba en Vilcabamba una corte que inquietaba a los colonos y podía convertirse en núcleo de una insurrección formidable. No habiendo podido reducirle por la vía de las negociaciones, se le sacó a viva fuerza al Cuzco y se le condenó a muerte por tirano y traidor a su Majestad, con inmenso dolor de los naturales y contra la opinión del obispo, el ayuntamiento y otras personas notables. Según se cuenta, el mismo Felipe II reprobó también esta ejecución, diciendo secamente a Toledo, la primera vez que volvió muchos años después a presentarse en la corte: «Idos a vuestra casa, que yo no os envié al Perú para matar reyes, sino para servir a reyes».

Para borrar el apego a las antiguas instituciones se destruyó el ídolo de Huanacaure y se llevaron a Lima los cadáveres de los Incas. El virrey desplegó también sumo rigor contra los españoles que causaban alguna inquietud en Santa Cruz de la sierra y en el Tucumán. Para reprimir a los araucanos se enviaron algunos refuerzos a Chile. Las invasiones de los Chirihuanas, que infestaban los confines del Perú y el río de La Plata, fueron contenidas con la fundación de Tarija, Cochabamba y otras poblaciones fronterizas. Para la mejor administración de justicia se estableció en la audiencia de Lima una sala del crimen con cuatro alcaldes; y en todas las provincias se organizó el gobierno de corregidores. En las ciudades, además de los alcaldes y cabildos, se establecieron amigables componedores y un juez de naturales. También se crearon alcaldes y alguaciles en las poblaciones de indios; se dieron ordenanzas severas a los caciques; y en los lugares visitados se les restituyó un millón y medio de pesos que se debía a los indios por sus jornales; de lo que, agradecidos, decían que desde el buen Tupac-Yupanqui no había estado la tierra tan bien gobernada.

En ordenanzas rigorosas y muy detalladas se fijaron los deberes de los corregidores y de los empleados municipales, la policía local, la administración y guarda de la hacienda en las cajas reales, el tributo moderado, que debían pagar los indios desde la edad de dieciocho años a la de cincuenta, los trabajos a que habían de acudir conforme a la mita o rotación, señalándose al mineral de Potosí doce mil ciento veinte mitayos y al de Huancavelica tres mil seiscientos, el precio de los diferentes servicios, el cultivo de la coca, la condición de los yanaconas establecidos en

2_lorente 2.p65 146 29/11/2006, 12:14 p.m.

muchas haciendas, y los demás objetos que según las ideas dominantes debían sistematizarse en beneficio del común y para engrandecer el Perú con la paz y la justicia.

La obra más larga, y el principal objeto de la visita general, fue la reducción de los indios a pueblos grandes donde pudieran ser doctrinados y recibir los beneficios de la civilización evangélica. Fundáronse muchos centenares de reducciones, bien situadas, con calles regulares, iglesias, casas de cabildo, cárceles, lugar para hospitales, tierras de comunidad y asistencia forzosa del doctrinero. También se acordó la erección de dos colegios, uno en Lima y otro en el Cuzco, donde debían educarse los hijos de los caciques.

Las poblaciones españolas recibían al mismo tiempo buenas casas de cabildo, cárceles, hospitales, otros establecimientos públicos y grandes mejoras en los edificios particulares. En Lima se hacía efectiva la enseñanza de la universidad, creando y dotando cátedras de Gramática castellana, Quechua, Latinidad, Filosofía, Teología, ambos Derechos y Medicina. Aunque los estudios médicos no llegaron a instalarse, estaba un médico a la cabeza de los estudios generales y se creó el protomedicato. Al pie del mineral de azogue se levantó Huancavelica, a la que el virrey llamó Villarrica de Oropesa en recuerdo de su casa. La prosperidad de la minería, favorecida con el beneficio del azogue recién introducido por Velasco fue tal que el asiento de Potosí valió al Rey más de quinientos mil pesos anuales.

El clero, que había sido señor absoluto del país, reconoció la autoridad del gobierno, habiéndose establecido sólidamente los derechos del patronato, por el que se reservaba la Corona la provisión de todos los beneficios eclesiásticos, se prohibía edificar iglesias, monasterios y lugares píos sin real licencia, y se exigía el pase del Consejo de Indias para los breves del Papa y para toda decisión religiosa.

Para la defensa de la fe se decretó en 1569 el establecimiento en Lima del tribunal de la inquisición. Ya se habían celebrado tres autos de fe por el arzobispo. En el primer auto inquisitorial celebrado en 1573 fue condenado a la hoguera Mateo Salado, luterano francés. El 13 de abril de 1578 se verificó otro auto con la mayor solemnidad y con una concurrencia inmensa, saliendo penitenciados dieciséis reos, entre ellos un escribano, un jurista, dos clérigos, dos religiosos mercedarios y dos dominicos, y siendo quemado vivo fray Francisco de la Cruz, que se daba por nuevo Mesías y propagaba doctrinas tan inmorales, como extravagantes.

Los rigores de la inquisición no libertaron al Perú de las invasiones de los herejes. El célebre Francisco Drake que había salido de Inglaterra a fines de 1577, hizo algunas presas en las costas de Chile, se apoderó de

2_lorente 2.p65 147 29/11/2006, 12:14 p.m.

una barquilla en Arica, saqueó el Callao, tomó a la altura de Panamá naves henchidas de riquezas, y a fines de 1580 arribó a Inglaterra, habiendo dado la vuelta al globo en poco menos de tres años, y habiendo alcanzado tanta gloria como opulencia. Para poner remedio a nuevas correrías, alistó Toledo una expedición a las órdenes de don Pedro Sarmiento, quien exploró las costas de Patagonia y presentó a Felipe II un diario exacto, asegurando que el estrecho podía fortificarse en sus entradas y sostener una colonia.

Mientras se hacían en España costosos preparativos para la expedición colonizadora, regresó el virrey Toledo después de haber gobernado al Perú durante trece años. Viéndose desairado por Felipe II, y siendo ya viejo y achacoso, murió en breve víctima de la ingratitud del Monarca. Mas sus mejores sucesores se preciaron de ser discípulos de tan gran maestro, al que algunos llamaban por sus ordenanzas el Solón peruano.

Don Martín Enríquez.- Las instituciones de Toledo, que exponían a enormes abusos, no tardaron en viciarse por las faltas de administración. El nuevo virrey don Martín Enríquez, que a la experiencia adquirida en el virreinato de México unía las mejores intenciones, murió aún no trascurridos dos años de su llegada al Perú. La obra más notable de su breve gobierno fue el colegio de San Martín, en el que bajo la hábil dirección de los jesuitas se educó por mucho tiempo la juventud más distinguida de Sudamérica. Recuerdos menos gratos son un auto inquisitorial celebrado en 1581 y la ruina de Arequipa en el terremoto de 1582.

La audiencia.- Durante el gobierno de la audiencia, que duró tres años, se establecieron las cajas de comunidad y las imposiciones de censos en alivio de los indios; se reunió el tercer Concilio de Lima que fijó la disciplina eclesiástica; la expedición enviada de España a colonizar el es-trecho de Magallanes fue víctima de las tempestades, del hambre y del clima; y en 1586 un terremoto causó grandes estragos en los edificios de Lima.

Don Fernando de Torres y Portugal, conde del Villar Don Pardo.- Las calamidades públicas afligieron también al Perú en el gobierno del conde de Villar Don Pardo. Tomás Cavendish, habiendo penetrado por el estrecho de Magallanes a principios de 1587, se detuvo en el puerto del Hambre entre las ruinas de la colonia española; perdió en puerto Quintero veintiún hombres entre muertos y prisioneros; e irritado con esta pérdida corrió las costas del Perú y de la Nueva España haciendo los estragos del fuego. Mas en Arica, donde las barras de plata estaban en la plaza y el pueblo sin defensa, fue ahuyentado por las valerosas mujeres, que osten-

2_lorente 2.p65 148 29/11/2006, 12:14 p.m.

taron una gran fuerza, convirtiendo las tocas en banderas y las cañas en lanzas. Para defensa del Callao se estableció por primera vez una guarnición numerosa.

Al alejarse los corsarios, principiaron a sentirse los estragos horribles de una epidemia de viruelas, que se propagó desde Cartagena. Los indios morían por familias y por pueblos; y la violencia del mal parecía redoblar con el número de las víctimas. Los campos quedaban sin cultivo, los ganados sin guardas, los talleres y las minas sin operarios, y en muchos pueblos se sintió el extraordinario azote del hambre.

Al mismo tiempo, la destrucción en el canal de La Mancha de la formidable armada española, a la que prematuramente se había dado el título de *invencible,* animaba a los ingleses a emprender nuevas correrías contra el Perú; el virrey viejo y a achacoso no podía desplegar la energía necesaria; había serios desacuerdos entre las autoridades superiores; la hacienda se hallaba en mal estado; la campiña estaba infestada de cimarrones, los arrabales de indios vagamundos, y las provincias de aventureros desenfrenados; las reducciones se deshacían; y los resortes del gobierno se gastaban. Para mejorar la situación fue nombrado virrey don García Hurtado de Mendoza que, gobernando su padre, se había distinguido en Chile, y llegado a Europa había prestado a Felipe II servicios eminentes.

Don García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete.- El nuevo virrey, que traía en su compañía a su esclarecida esposa doña Teresa de Castro y otras quinientas personas, fue recibido en Lima no sólo bajo palio, según era de costumbre, sino con extraordinarias demostraciones de júbilo, arrojándose a la calle mucha moneda. Principió por establecer en palacio mucho recato en las mujeres y toda la etiqueta cortesana; aumentando el número de oidores estableció dos salas en la audiencia; para la represión más eficaz de los crímenes creó los alcaldes de hermandad, y sobreponiéndose a toda influencia hizo ejecutar a un español que había asesinado a un pobre indio; dotó al colegio de San Martín con renta segura; fundó el mayor de San Felipe; promovió la fundación de Mizque, Vilcabamba, Salinas, Huaylas, Nuevo Potosí y Castrovirreina, llamado así en honor de su esposa; erigió en palacio una capilla real con capellanes bien dotados; emprendió otras muchas obras públicas y dispensó una protección especial a los indios, prohibiendo severamente las exacciones de los corregidores que traficaban ya inicuamente con sus destinos. Sus principales cuidados habían tenido por objeto la defensa y paz del país, los arreglos de la hacienda y el sostenimiento del patronato.

Ricardo Hawkins, uno de los capitanes que más se habían distinguido contra *la invencible*, habiendo entrado en el Pacífico con dos naves

2_lorente 2.p65 149 29/11/2006, 12:14 p.m.

y un buquecito, buenos cañones y una buena marinería, hizo una rica presa en Valparaíso y fue tocando en otros puntos basta fondear en Pisco. Atacado allí por la escuadra del Perú que mandaba don Beltrán de Castro, cuñado del virrey, sólo debió su salvación a las paracas y a la oscuridad de la noche. Alcanzado de nuevo al otro lado de la línea, se vio obligado a rendirse después de una honrosa defensa.

Para mejorar su exhausta hacienda había ordenado Felipe II que se introdujese en el virreinato el derecho de dos por ciento por alcabala de ventas; que se hiciese composición de tierras vendiendo títulos de propiedad a los que las poseyeran sin derecho; que se vendieran algunos oficios y se pidiera un donativo. Éste produjo 1 564 950 ducados, y las composiciones 767 277 ducados y un real. La introducción de la alcabala dio lugar en Quito a un motín; los sediciosos depusieron al ayuntamiento; quisieron hacer morir de hambre a la audiencia; y dejaron medio muerto a palos a Cabrera, caballero amado de todos, porque no quiso aceptar el título de Rey. Mas los jesuitas habían logrado sosegar los ánimos, cuando llegó a la ciudad la fuerza aprestada por el virrey para la pacificación, y los culpables fueron castigados rigurosamente. Sin otra oposición se estableció la alcabala por medios suaves, encabezándose las principales ciudades por una cierta cantidad, como Lima en 35 mil pesos anuales por el término de seis años.

En ejercicio del patronato se fijaron límites a las doctrinas; se trató de libertar a los indios de las exacciones del clero; se ordenó, que las armas del arzobispo se colocasen debajo de las del Rey en la fachada del seminario, habiendo mediado antes graves desacuerdos; y Santo Toribio recibió humildemente una reprensión severa por haber escrito a Roma, entre otras cosas, que no tenía de dónde sustentar aquel establecimiento. Mas el poder civil, que tan riguroso se mostraba para defender sus derechos, se hacía cómplice de la tiranía de la inquisición, que volvió a encender sus hogueras en 1592 y en 1595. La sociedad, que tenía por deber la intolerancia, aplaudía la persecución de los herejes y no pensaba sino en enriquecerse en el reposo de la paz con el descubrimiento de nuevas minas, entre las que se hicieron admirar las de Castrovirreina y Nuevo Potosí en Huarochirí.

La prosperidad de que gozaba el país permitió costear una nueva expedición de don Álvaro de Mendaña, que en 1595 descubrió las islas Marquesas y murió poco después en la de Santa Cruz, dejando el mando de la expedición a su animosa viuda doña Isabel Barreto. El hábil piloto don Fernando Quirós regresó de esta expedición con el deseo de descubrir el continente austral, cuya existencia le pareció indudable; pero a su arribo al Perú no encontró al marqués de Cañete, que sólo había espera-

2_lorente 2.p65 150 29/11/2006, 12:14 p.m.

do la venida de don Luis de Velasco, su sucesor, para buscar en Europa el restablecimiento de su quebrantada salud.

El nuevo virrey, que acababa de serlo de México, principiaba a tomar algunas medidas en favor de las clases oprimidas y del bien común, cuando en 1598 murió Felipe II dejando ya casi completa la organización del virreinato, aunque según las miras estrechas de la época y su política opresora, que fueron tan fatales a la metrópoli como a sus colonias.

Organización del virreinato.- El Rey, fuente de toda autoridad y de todo derecho, era acatado por los españoles como un vicario de Dios y por los indios como el hijo del Sol. El consejo de indias estaba a la cabeza de la administración, entendiendo en las leyes coloniales, en el nombramiento de los principales mandatarios, en la apelación de los pleitos cuantiosos y en todos los asuntos de primera importancia. Los virreyes reflejaban en todo su esplendor la autoridad soberana con un poder discrecional, una renta de cuarenta mil ducados y una corte superior a la de muchos príncipes europeos. Para la buena administración de justicia se habían erigido las audiencias de Lima, La Plata, Quito, Santiago y Panamá; la de Lima servía también de consejo en el acuerdo de los virreyes y gobernaba en su lugar, mientras no se llenaba la vacante. Los corregidores estaban a la cabeza de las provincias. El régimen de los pueblos descansaba en los cabildos; el particular de los indios, en el poder inmemorial de los caciques. En el ejercicio del patronato era considerado el jefe del Estado como cabeza inmediata de la Iglesia, sin dejar de respetarse las inmunidades del clero. Mas los asuntos puramente eclesiásticos tocaban al arzobispo de Lima, obispos sufragáneos, cabildos eclesiásticos, curas, órdenes religiosas y tribunal de la inquisición.

El comercio, del que estaban excluidos los extranjeros, las personas sospechosas en la fe y los españoles que no hubieran obtenido licencia, se monopolizó en Sevilla bajo la inspección inmediata de la Casa de la contratación y se sometió a reglas determinadas en la salida de los galeones, condición de los buques, viaje de ida y vuelta y ferias en Portobelo, donde se cambiaban los efectos europeos con los metales preciosos del virreinato. La minería, que era la primera industria y cuyos principales establecimientos fueron Huancavelica y Potosí, se veía auxiliada con el trabajo forzoso de los mitayos y con la habilitación de azogues. Los principales talleres coloniales eran los obrajes de paños y otras telas generalmente fabricadas por indios de mita. A los trabajos agrícolas se destinaban los yanaconas y los negros esclavos.

Los principales y permanentes recursos del gobierno eran los *quintos* que tocaban al Rey en el producto de las minas, los derechos de *alcabala* y *aduana,* la *avería* o impuesto del uno por ciento en la plata embarca-

2_lorente 2.p65 151 29/11/2006, 12:14 p.m.

da con el objeto de costear las flotas; el *tributo* de los indios que se consumía por su mayor parte entre encomenderos, curas, caciques y corregidores, el producto de las *bulas* y *oficios vendibles* y otros menos importantes; la administración de las rentas estaba al cuidado inmediato de los oficiales reales quienes las recogían en las cajas reales de las provincias y la central de Lima.

La paz y defensa del virreinato descansaban más bien en los intereses e ideas dominantes, que en la fuerza de las armas, reduciéndose ésta a la pequeña armada del Sur, guardia del virrey, débil cooperación de los encomenderos, ejército de Chile y enganche eventual de soldados.

Los excesos de todos los empleados debían precaverse con el *juicio de residencia* al que eran sometidos al salir de sus destinos, y con la *pesquisa de visitadores* extraordinarios que debían examinar el estado de la administración pública y remediar los abusos. Para que no sufriesen los asuntos pendientes con el cambio de virreyes, se había ordenado que al dejar su destino entregasen a su sucesor una *relación* del estado en que quedaba el virreinato.

—IV—
Felipe III
(1598-1621)

Don Luis de Velasco.- Poco antes de morir decía Felipe II: «Dios, que me ha concedido tantos estados, me niega un hijo capaz de gobernarlos». En efecto, Felipe III, que hubiera necesitado un genio superior para levantar la postrada monarquía, fue un príncipe indolente, gobernado por indignos favoritos y sin más actividad que para las diversiones y las prácticas de devoción. La debilidad de que adolecía la metrópoli se hizo trascendental a las colonias que ya no pudieron ser protegidas eficazmente, ni recibir abundantes elementos de desarrollo.

El Perú no tardó en verse expuesto a las correrías de los holandeses, que codiciaban su posesión y querían arrebatar a la España los tesoros con que les hacía una tenaz guerra. El 23 de agosto de 1599 se fundaba, con tales designios, en el estrecho de Magallanes, la orden del León desencadenado, por Simon de Cordes, jefe de una escuadra holandesa. Esta institución de caballería fracasó en su origen; porque las tempestades dispersaron la escuadra, y el solo buque que recorría las costas del virreinato fue apresado en Valparaíso y conducido a Lima. Oliver von Noort, que entró poco después en el Pacífico, hechas algunas presas en las costas de Chile, se dirigió hacia el Asia oriental para correr todos los azares de la piratería. La armada del Sur, que había salido en su persecu-

2_lorente 2.p65 152 29/11/2006, 12:14 p.m.

ción, perdió en un naufragio junto a California la «Capitana» y en ella al almirante Velasco que era hermano del virrey.

Al mismo tiempo se levantaban contra la dominación colonial algunas tribus bárbaras en el Norte y en el Sur. Entre Jaén y Macas destruían los jíbaros las poblaciones de Sevilla del oro, Huambaya, Logroño y otras muchas que prosperaban con los lavaderos de oro. En la extremidad meridional del virreinato sorprendieron y dieron muerte los araucanos a don Martín de Loyola, que gobernaba el reino de Chile, y causaron la destrucción o abandono de Valdivia, la Imperial, Villarrica y otras poblaciones españolas. Los chirihuanas, que amenazaban siempre en los confines de Charcas, eran escarmentados por los vecinos de la frontera, donde principiaron a prosperar la Rioja, San Lorenzo y el pueblo de Las Salinas, fundado por don Luis de Velasco, por lo cual recibió el título de marqués de las Salinas.

Calamidades naturales acrecentaron la inquietud excitada por los piratas y salvajes. En 1600 reventó el volcán de Omate, oscureciendo con su erupción el cielo cerca de un mes, arrojando sus lavas hasta más de doscientas leguas, arruinando a Arequipa con terremotos continuos, deteniendo ríos caudalosos, desolando pueblos y campos, y haciendo resonar su estruendo a distancias prodigiosas.

El celo religioso que se exaltaba con toda clase de riesgos, hizo encender los fuegos inquisitoriales, cebándose en los judíos portugueses establecidos en Lima. Pero, más fiel al espíritu del evangelio, se ostentaba igualmente en las fundaciones religiosas, hermandades de caridad, hospitales, casas de huérfanos, mejor trato de los esclavos, esfuerzos por la libertad de los indios, escuelas para pobres, recogimiento de arrepentidas y otras muchas creaciones benéficas que datan de esta época.

El impulso dado por el virrey al mineral de Potosí suministraba medios abundantes para ejercer la beneficencia, sostener un teatro en Lima y vivir en la abundancia. La política pacífica que principió a prevalecer en el gabinete español, y sus relaciones menos hostiles con las potencias marítimas, libertaron por entonces al Perú del temor a los corsarios; y el buen gobierno de don Luis de Velasco permitía esperar días más prósperos. La corte, reconociendo sus buenos servicios, le recompensó después por segunda vez con el virreinato de México y con la presidencia del Consejo de Indias, enviando al Perú al conde de Monterrey, que era virrey de México y a quien al dejar su destino acompañaron tropas de indios, hinchiendo los aires de alaridos en señal de gratitud.

Don Gaspar de Zúñiga y Acevedo, conde de Monterrey y la audiencia.- El conde de Monterrey fue recibido en Lima con festejos memorables. Desgraciadamente murió a los dieciséis meses de su llegada, mártir de la

2_lorente 2.p65 153 29/11/2006, 12:14 p.m.

pureza. En su breve gobierno había dado 25 mil ducados de limosna, y fue tan desinteresado que la audiencia hubo de costear su entierro. Por su salud se habían hecho procesiones y disciplinas públicas; los indios le agradecían sus esfuerzos por la libertad de los yanaconas, y Lima la continuación de las mejoras emprendidas por su antecesor. El Perú entero se interesaba en la expedición que el 21 de diciembre de 1605 salió del Callao bajo la dirección del entendido y entusiasta Quirós para explorar la Oceanía.

Los expedicionarios tuvieron la gloria de descubrir las islas de la Sociedad y del Espíritu Santo, de probar que el Océano Pacífico estaba sembrado de islas, y de acercarse a la tierra austral incógnita, que desde entonces principió a llamarse Australia. Mas la expedición no produjo ventajas inmediatas por el abatimiento en que rápidamente caía la España, y porque el Perú necesitaba ocupar sus fuerzas en su desarrollo interior y en la fusión de sus razas.

El sentimiento religioso, que era el principal poder para la formación de la nueva nacionalidad, continuó extraviándose con nuevos autos inquisitoriales y con las pretensiones exorbitantes del santo oficio; mas no dejó de ejercer una influencia eminentemente moral y civilizadora, ya por la acción de dignos ministros del evangelio, ya por el ejemplo de otras personas piadosas. Santo Toribio, que murió en Saña cuarenta días después que el virrey, había celebrado tres concilios, fundado el seminario de Lima y el monasterio de Santa Clara, visitado su extensa diócesis y legado a sus sucesores el más bello modelo de virtudes pastorales. San Francisco Solano, después de haber seguido a pie el curso de sus misiones desde el Paraguay a Lima convirtiendo millares de idólatras, ejercía el más poderoso ascendiente, ya con su maravillosa austeridad, ya con su palabra dulce e insinuante. Isabel Flores de Oliva, nacida en la capital el 30 de abril de 1586 y venerada hoy bajo el nombre de Santa Rosa, se mostraba ya como la primera flor que en su fragante pureza ofrecía el nuevo mundo al esposo inmaculado, siendo el ideal de una santa virgen. Sin elevarse a la perfección de Santa Rosa vivían en el mundo, y dentro de los claustros, muchas almas irreprensibles que sostenían la pureza de costumbres, neutralizando las poderosas causas de desmoralización que se multiplicaban en el aislamiento colonial, entre las dulzuras del clima, los goces de la abundancia, la molicie de la larga paz y las tentaciones de las desiguales razas.

La acción del gobierno en un país tan vasto, poco poblado, con elementos heterogéneos, con difíciles comunicaciones, tan lejos de su centro y bajo instituciones mal calculadas, no podía levantar la moral pública; y aun era impotente para la buena administración de la hacienda, una de sus más solícitas atenciones. Algún remedio se puso al desorden

2_lorente 2.p65 154 29/11/2006, 12:14 p.m.

de las rentas con la erección de la contaduría mayor, que vino a ser el tribunal superior, donde fenecían las cuentas de los oficiales reales y demás empleados en su administración. Algunos años antes se había fundado el tribunal de la Cruzada con notable ventaja de esta renta.

*Don Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montes Cla*ros.- La corte, que en sus apuros crecientes subsistía de expedientes ruinosos y aun había descendido a pedir limosna hasta para comer, estaba dependiente del socorro de las Indias. El marqués de Montes Claros, que en el virreinato de México había desplegado el mayor celo por la hacienda, hacía en el Perú de oficial real, procurador y pagador, no inquietándose porque los murmuradores le llamaban el despensero del Rey. Por su diligencia se organizó bien el tribunal mayor de cuentas; los oficiales reales que debían al tesoro cerca de tres millones de pesos fueron apremiados; los mineros de Huancavelica y Potosí, que tenían grandes deudas, las satisficieron en mucha parte; y también aumentaron las entradas de alcabalas, almojarifazgos y quintos.

Para dar un impulso general a las minas fue el virrey a Huancavelica, cuyos azogues subieron de 900 quintales a 8 200 por año. Para conducirlos de Arica a Potosí, lo que hasta entonces se había hecho en llamas por contrata particular, se emplearon en adelante las mulas, según iban necesitándose, de donde vinieron a desarrollarse la arriería y la población de Tacna. Se favoreció con mitayos a los principales asientos minerales que eran nueve: Carabaya y Zaruma de oro; Huancavelica de azogue; Potosí, Porco, Oruro, Vilcabamba, Nuevo Potosí y Castrovirreina de plata; mas al de Oruro no se pudieron aplicar los indios de mita, porque el gobierno había prohibido dar nuevas mitas y aun deseaba extinguir la de Potosí por sus enormes abusos, haciendo que se fijase en las cercanías el suficiente número de trabajadores voluntarios.

El comercio, más honrado y más considerable que en la Península, consiguió toda la estimación deseada con el establecimiento del tribunal del Consulado, que autorizado desde 1593, se instaló en 1615 con un prior y dos cónsules elegidos por los principales comerciantes.

La prosperidad del país por el buen estado de las minas y de los negocios se hizo sentir en las fiestas espléndidas con que Potosí celebró en 1608 el octavario del corpus y en las magníficas honras que hizo Lima a la reina Margarita. La capital, que había sufrido mucho en el terremoto de 1609, pudo reparar en breve sus edificios y hermosearse con la Alameda de los descalzos y la obra monumental del puente que costó 85 mil pesos, y para cuya conservación se aumentaron los arbitrios municipales.

Esplendor más duradero le prometían los estudios de la universidad asegurados con 14 mil pesos en los diezmos, nuevas constituciones

2_lorente 2.p65 155 29/11/2006, 12:14 p.m.

y la enseñanza de profesores eminentes, como el jesuita Menacho, Vega (futuro arzobispo de México) y otros distinguidos peruanos.

La cultura general se promovía principalmente por las inspiraciones religiosas. Para el mejor gobierno de la Iglesia se erigían los obispados de Huamanga, Arequipa y Trujillo; don Bartolomé Lobo Guerrero daba constituciones sinodales, como sucesor de Santo Toribio, para favorecer la buena doctrina y reformación de los curas; se tomaban medidas a fin de desarraigar la idolatría a que se mostraban tenazmente apegados los indios; los jesuitas se abrían una carrera gloriosa en las misiones del Paraguay, siendo fundadas las primeras reducciones en 1610 por los padres Mazeta y Cataldino; aun se lisonjeaban con reducir a la paz evangélica a los indomables araucanos, que por la imprudente fuga de la mujer e hijo del cacique Anganamón martirizaron a sus conversores en el valle de Elicure.

La paz general del virreinato se creía asegurada, no imponiendo a los indios nuevas cargas, teniéndolos separados de la gente de color, contemporizando con las pretensiones de los hijos de los conquistadores, a los que era difícil satisfacer con destinos y encomiendas, y dispensando una protección especial a los mineros, como los más provechosos entre todos los vasallos y a los comerciantes, como los más interesados en la estabilidad de la colonia. La existencia de sus habitantes se deslizaba en el reposo y la abundancia como un sueño de placer, entre las comodidades domésticas, las funciones de Iglesia, los toros, los festines campestres o los baños de mar, sin inquietudes políticas y sin agitaciones febriles por la fortuna.

Tan delicioso sosiego se turbó con la entrada en el Pacífico de una escuadra holandesa a las órdenes de Jorge Spitberg. Componíase de seis navíos, entre ellos uno de 1 400 toneladas y otro de 1 260. Hechos algunos estragos en el reino de Chile, seguía visitando las costas del virreinato, prevenida siempre de un barquito español, que participaba a Lima los movimientos de los corsarios. Frente a Cañete se encontró con la escuadra del Perú compuesta de ocho buques, a los que por la superioridad de armas y disciplina derrotó completamente después de un combate obstinado. Animado con su triunfo, vino Spitberg a anclar en el Callao la víspera de Santa María Magdalena, en 1615. La consternación de Lima fue excesiva porque no había para la defensa sino cuatro cañones en mal estado y ninguna fuerza bien regimentada; la paz había enervado los ánimos de la raza dominante y se temía dar armas a la gente de color. El arzobispo ordenó que se expusiera el Santísimo Sacramento en las principales Iglesias. La futura patrona del Perú, postrada al pie de los altares, orando por su patria y oyendo decir que los herejes habían ya entrado a Lima, rasgó su largo vestido de beata y se aprestó para el martirio

2_lorente 2.p65 156 29/11/2006, 12:14 p.m.

haciendo un escudo de su cuerpo a la hostia consagrada. Mas Spitberg, que ya había metido un buquecito entre las naves mercantes y recibido algunos cañonazos de tierra, dejó a los tres días el puerto, y después de saquear los de Huarmey y Paita, abandonó la costa del Perú. Antes de alejarse del virreinato había estado cerca de encontrarse con la armada en que subía de Panamá el príncipe de Esquilache, sucesor del marqués de Montes Claros.

Don Francisco de Borja y Aragón, Príncipe de Esquilache.- El 23 de diciembre de 1615 a los tres días de haber entrado en Lima, visitó el nuevo virrey el puerto del Callao y conoció que ante todo necesitaba crear elementos serios de defensa. Con tanta actividad como economía formó una armada compuesta de cuatro galeones, dos pataches y dos lanchas con ciento cincuenta y cinco cañones y la dotación necesaria. En el Callao levantó dos plataformas, donde se colocaron trece piezas gruesas de artillería, y creó una guarnición de quinientas plazas dividida en cinco compañías, de las que algunas se embarcaban en la armada. Todos los gastos de guerra fueron contratados en 390 409 pesos por año. Se rehabilitó a los soldados dándoles honrosa ocupación. La guardia del virrey, a la que ya no se pagaba, consintió en servir por sólo las prerrogativas militares. Con semejantes reformas creyó el Príncipe, que el Rey no tenía mejor gente de mar y guerra en ninguna parte.

No obstante la murmuración de los émulos hubo de conservarse los aprestos de guerra, porque el peligro de nuevas invasiones se acrecentó con el descubrimiento del Cabo de Hornos que hizo Jacobo Lemaire en los últimos días de 1615. Esta vía expedita, que tanto podía contribuir a los progresos del comercio y que solicitaron con instancia los comerciantes de Cádiz, no fue empleada, porque la audiencia de Panamá se opuso por el interés de la feria de Portobelo. En España no se ponía mucho empeño en ese tráfico; porque abatida la industria con la bárbara expulsión de los moriscos y con un sistema económico ingeniosamente absurdo, si conservaban la odiosidad del monopolio en América, eran extranjeros las más veces los capitales, los buques y los efectos embarcados bajo el nombre de los comerciantes sevillanos; la riqueza llevada por las flotas pasaba por la Península sin fertilizar el país, alimentando sólo la vanidad y la pereza.

En el Perú todo lo hacía olvidar la riqueza de las minas, que producían anualmente unos seis mil quintales de plata. Potosí daba más de 500 mil marcos, Oruro unos 300 mil, Castrovirreina 200 mil, el nuevo mineral de San Antonio de Esquilache prometía mucho. La mina de Huancavelica, primera rueda de la explotación mineral, que amenazaba caer en ruina, fue fortificada con obras de cal y piedra y favorecida me-

2_lorente 2.p65 157 29/11/2006, 12:14 p.m.

diante una nueva contrata con los mineros, a quienes el Rey compraba los azogues para distribuirlos, vendiéndolos, sea al contado, sea a crédito y siempre a un precio fijo, en los demás minerales. El gobierno trató también de mejorar la condición ya intolerable de los mitayos; pero el Príncipe no creyó prudente medir el poder y la obediencia con gente tan apurada y atrevida como la de Potosí, donde años antes había dado el grito de libertad un tal Yáñez, y amagaban graves disturbios por las rivalidades entre vascongados y andaluces.

Entre los matones de Potosí se había señalado un alférez imberbe, de facciones agraciadas, pendenciero en demasía, que a la viva impresionabilidad de un niño reunía la serenidad de los héroes. Después de varias aventuras vino a descubrirse en Huamanga que era mujer y se llamaba doña Catalina Erauso. Era natural de San Sebastián de Vizcaya; criada en un convento se fugó estando para profesar; y habiendo venido al Perú en traje de hombre, corrió lances increíbles. La monja alférez, como fue llamada en adelante, pasó del monasterio de Santa Clara de Huamanga al de la Trinidad de Lima, de aquí a España y de España a México, donde acabó oscuramente sus días, gastándose así en delitos vulgares un carácter de extraordinaria energía, que hubiera podido desplegarse con gloria en otras empresas.

Se había despertado en el Perú el espíritu guerrero queriendo penetrar por todas partes en la región de los salvajes. Casi todas las empresas abortaron en su origen, faltas de protección y recursos, o estrellándose ante los obstáculos de la montaña, insuperables en aquel tiempo. Sólo dieron algún fruto las entradas, en que las armas de la codicia fueron sustituidas a tiempo por las del evangelio, reemplazando al desenfreno de la soldadesca el celo de los misioneros. La más importante de estas conquistas debía ser la de Maynas, que unos soldados arrebatados por la corriente del Marañón descubrieron después de haber atravesado felizmente el pongo de Manseriche. La conquista de los Maynas, dóciles y hospitalarios, fue hecha sin gran dificultad por don Diego de Vaca, vecino de Loja, y se consolidó en el reinado siguiente con los esfuerzos de los misioneros.

Al mismo tiempo se proseguía con celo, entre los indios convertidos, la extirpación de la idolatría. Visitadores costeados por el gobierno combatían las supersticiones arraigadas con la predicación, el castigo de los falsos sacerdotes y la destrucción de los ídolos. En sólo treinta y un pueblos de Cajatambo y Chancay se penitenciaron 679 ministros de idolatría, y se destruyeron 603 huacas principales, 3 418 conopas y cerca de otros mil ídolos secundarios. El virrey fundó el colegio del Príncipe para la educación de los hijos de caciques que debían ser los principales ministros para la cultura evangélica de su raza, y destinó en el cercado de

2_lorente 2.p65 158 29/11/2006, 12:14 p.m.

Lima la reclusión de Santa Cruz para el castigo de los brujos y otros falsos dogmatizadores.

La devoción se había acrecentado sobre manera a la muerte de Santa Rosa, acaecida en 24 de agosto de 1617, a la que principió a venerarse, como si ya estuviese canonizada; y subió de punto cuando se supo el culto que la España estaba tributando a la Inmaculada Concepción. Los niños y comerciantes oscuros festejaron desde luego por las calles un misterio tan grato a la piedad popular y la universidad entera lo juró entre costosas máscaras. La fe sencilla de nuestros mayores no temía desvirtuar sus homenajes religiosos con aparatos tan profanos, ni aun empleando retos tomados de la caballería andante. El terror que de tiempo en tiempo venían a acrecentar los terremotos, como el que arruinó a Trujillo en 1619, fortificaba las creencias sin que necesitara prestarles su temido apoyo el tribunal de la inquisición que en el gobierno de Montes Claros había celebrado dos autos.

El Príncipe, tan celoso como prudente defensor del patronato y favorecido por el carácter conciliador del arzobispo, había logrado tener a raya a todas las autoridades eclesiásticas y obligado a los frailes a la sumisión; en lo que reconocía haberse libertado de todo mal suceso por particular misericordia de Dios. Pero si creía poder allanarlo todo con el cuidado y con la industria, no se hallaba capaz para la administración de la real hacienda.

Las entradas anuales se calculaban en 2 250 000 ducados; se había hecho ya una necesidad el enviar al Rey un millón; para sostener el ejército de Chile se gastaban 212 mil ducados, en la armada 390 mil pesos, en la explotación de azogues 400 mil; de suerte que quedaba una cantidad insuficiente para el pago de sueldos y gastos eventuales; y era necesario ganar tiempo con los acreedores, tomar fondos extraños o apelar a otros tristes arbitrios.

Poco satisfecho con estos apuros, distinguido poeta, gran cortesano y ya rico con murmuración de muchos, estaba el Príncipe impaciente por dejar su envidiado cargo; supo la muerte del Monarca acaecida en 1621 y se apresuró a embarcarse sin aguardar la llegada del marqués de Guadalcázar, que estaba nombrado por su sucesor.

—V—
Felipe IV
(1621–1665)

La audiencia.- Felipe IV, aunque tuvo el deseo de las grandes cosas, sólo por la magnitud de sus pérdidas mereció el nombre de «Grande», que le daban los aduladores, y dejó expuesta la ya decadente monarquía a los

2_lorente 2.p65 159 29/11/2006, 12:14 p.m.

mayores riesgos. Desde el principio de su reinado participó de los peligros el virreinato del Perú. En Potosí, la poca respetabilidad de los corregidores, la afluencia de gente perdida y las rivalidades mortales entre los vizcaínos de una parte y estremeños, andaluces y criollos de otra produjeron los choques más violentos y el más espantoso desorden. El mal llegó al último extremo, habiéndose apoderado de la autoridad los vicuñas, soldadesca desenfrenada que amenazaba, maltrataba, saqueaba, imponía multas y decretaba muertes como si hubiera tomado la población por asalto.

Don Diego Fernández de Córdova, marqués de Guadalcázar.- Felizmente llegó al Perú el nuevo virrey don Diego Fernández de Córdova que con el prestigio de ocho años de buen gobierno en México, y con su política sagaz secundada por los vecinos de Potosí, aseguró el sosiego por algunos años. Los vicuñas fueron escarmentados con algunas ejecuciones expeditas; y los que eran verdaderos hombres de guerra hallaron ocupación provechosa peleando en Arauco y Tucumán o acudiendo a la defensa de Lima.

Los holandeses que creían segura su conquista, armaron a todo costo una flota de 11 buques, 300 cañones y 1 613 hombres de desembarco. El virrey, que había tenido noticias oportunas, preparó una eficaz defensa fortificando los desembarcaderos próximos a la capital, encerrando las naves mercantes del Callao en un círculo formado por vigas entrelazadas con abrazaderas de hierro, construyendo lanchas cañoneras y teniendo tres mil hombres prestos para el ataque. Jacobo Heremit, que era el almirante holandés, viéndose rechazado en todas sus acometidas, mal parados dos destacamentos enviados contra Pisco y Guayaquil y que algunos de los suyos conspiraban contra su vida, murió de pesar y por el influjo del no acostumbrado clima. El vicealmirante, después de tributarle los últimos honores, abandonó las costas del Perú que, si bien se vio libre de nuevas invasiones, continuó recibiendo noticias alarmantes.

El odio a los enemigos del reino, que venían a ser los de la religión, volvió a encender las hogueras inquisitoriales, celebrándose un auto muy solemne con muchos penitenciados, entre ellos por hechicera Inés de Castro llamada «la voladora». Homenajes más apacibles fueron ofrecidos a la divinidad con la dedicación de la catedral, hecha en 1625 con tal pompa que las ceremonias duraron desde la mañana hasta la noche. El celo evangélico se hacía sentir en las conversiones ya bastante adelantadas en el Paraguay y muy contrariadas en el Tucumán y en las montañas de Huánuco. El arzobispo de Lima Ocampo, que había salido a visitar su diócesis, murió de súbitos e intensos dolores en Recuay, con sospechas de haber sido envenenado por un indio. En la orden de San

2_lorente 2.p65 160 29/11/2006, 12:14 p.m.

Agustín se introdujo la alternativa entre europeos y americanos o, como entonces se decía, chapetones y criollos, para los cargos de provincial y definidores, consultando así la paz y el mejor gobierno de los religiosos.

Por su parte el virrey gobernaba con actividad e inteligencia, protegiendo a los indios, favoreciendo el tráfico con puentes, correos y tambos y recompensando a los beneméritos según sus servicios. Cada día se hacía más difícil premiar los méritos contraídos en el Perú, porque la corte prodigaba las rentas a sus favoritos en los tributos vacantes y se reservaba el tercio al proveer las encomiendas. Al mismo tiempo se acrecían las cargas pidiendo donativos y obsequios casi forzosos, exigiendo la avería con mayor rigor, imponiendo el subsidio eclesiástico y tratando de establecer nuevos impuestos. Por complacer al Soberano, que hacía celebrar como fiesta nacional la llegada de las flotas sin contraste, dejó el marqués de Guadalcázar enteramente exhaustas las cajas de Lima, cuando en 1629 partió para la Península, donde murió tres años después.

Don Luis Fernández de Cabrera, conde de Chinchón. Las exigencias de la corte continuaron aumentándose bajo el gobierno del sucesor del marqués de Guadalcázar. Se doblaron la avería y alcabalas para sostener la llamada unión de armas; se sistematizó el pago de la media anata y de la mesada eclesiástica; hubo composición de pulperías; mayor negociación de oficios vendibles, oferta de prórrogas a los encomenderos y solicitud de donativos; se impusieron derechos a la lana de vicuña; se tomó la plata de comunidades; se redujeron los sueldos; y se escatimaron los gastos. Con las nuevas cargas coincidían las ruinosas restricciones, prohibiéndose el comercio con México para que no se extraviara la plata en el tráfico de Filipinas. Las operaciones mercantiles, ya bastante difíciles por las hostilidades de los holandeses que habían conquistado parte del Brasil y por las guerras de España con las principales potencias de Europa, sufrieron en extremo con la persecución de los judíos portugueses, que eran de los principales comerciantes de Lima y de los más activos mineros.

Hubo tres autos inquisitoriales y en el de 1639 ochenta reos, diecisiete de ellos quemados vivos, uno de éstos llamado Maldonado, que era un cirujano muy hábil, viendo que un huracán, tan raro en Lima, rompía la lona del tablado, exclamó: «esto lo ha dispuesto así el Dios de Israel para verme cara a cara».

La persecución y las exacciones tuvieron por resultado inevitable la ruina del crédito tan desarrollado en Lima, que ya funcionaba con gran ventaja el banco de Juan de la Cueva, el cual suspendió sus pagos; ello fue seguido de numerosas quiebras.

2_lorente 2.p65 161 29/11/2006, 12:14 p.m.

Las minas, de cuya opulencia se esperaba todo, no podían reparar inmediatamente el mal, porque Potosí decaía visiblemente y Huancavelica sufrió una gran ruina al acelerarse con imprudentes explosiones de pólvora la conclusión de su gran socavón. Mas ya se anunciaban grandes riquezas en el nuevo asiento de Cailloma, cuyos quintos subían a 200 mil pesos, y en el mineral de Pasco descubierto hacia 1630 por el pastor Huaipacha, quien haciendo fuego en los pajonales de Bombón vio entre las piedras y las cenizas la plata derretida.

Un descubrimiento más precioso que los tesoros de Potosí y de Pasco fue el de la corteza de la quina, que el corregidor de Loja instruido por los indios envió a la Condesa de Chinchón para cortarle unas tercianas rebeldes.

La civilización pudo también prometerse mucho de la exploración del Amazonas, que Orellana y los compañeros de Orsúa apenas habían entrevisto y que fue recorrido de 1635 a 1639, desde el río de la Coca al Pará por fray Domingo de Brieda y fray Andrés de Toledo, legos de San Francisco inflamados de celo apostólico; del Pará a Payamino por el capitán Pedro Tejeira con algunas canoas y los mismos religiosos; y otra vez río abajo por Tejeira acompañado de los jesuitas, Cristóbal de Acuña y Andrés de Artieda.

La religión, que era el alma de aquella sociedad, se felicitó pronto de las numerosas conversiones hechas por los jesuitas en Maynas y de las que entre los panataguas y otras tribus inmediatas a Huánuco conseguían los misioneros de San Francisco. Todo contribuía en aquella época a hacer predominar el pensamiento religioso. Amenazada Lima el 27 de noviembre de 1630 de un terremoto violentísimo atribuyó su salvación a la imagen de la virgen, que todavía se venera en la capilla del Milagro, donde el culto se hizo con gran esplendor, sólo igualado por el de los jesuitas en el magnífico templo de San Pablo que se concluyó en 1638. El ejemplo de Santa Rosa había propagado la vida de penitencia y oraciones entre las beatas del siglo, y en los conventos florecían varones de raro ascetismo. El piadoso virrey contribuía por su parte con edictos severos a la reforma de las costumbres, con sus subvenciones a la mayor pompa del culto y con su vigilancia a que la tropa frecuentase los sacramentos.

No por eso se descuidaba el enviar a Chile 1 044 soldados y 3 219 073 pesos para la guerra con los araucanos, el contribuir con hombres, armas y fondos a la pacificación de los chalcaquis de Tucumán y de los Uros de Potosí, el tener en Lima los aprestos necesarios contra una invasión holandesa y el atender a las demás necesidades de la guerra, que amagaba por todas partes, habiendo sido necesario derrotar en el Atlántico la escuadra del corsario «Pie de palo» para salvar los galeones.

2_lorente 2.p65 162 29/11/2006, 12:14 p.m.

Siendo muy amante del orden, de muy buen juicio y de un carácter muy afable, ordenó el virrey los libros, allanó las competencias de los tribunales, dio muchos autos de buen gobierno, dispensó una protección constante a los indios, deseó establecer un protector de esclavos, puso tajamares en el río, cuidó de la instrucción de los pilotos y situó la dotación de dos cátedras de Medicina en el estanco del Solimán. Mas la deshecha borrasca que iba a correr la monarquía pedía un genio más enérgico, de que felizmente estaba dotado su sucesor.

Don Pedro de Toledo y Leiva, marqués de Mancera.- Hacia 1640, gastada la España por guerras ruinosas y por la corrupción del gobierno, perdía a Portugal al que siguieron el Brasil y las colonias orientales, y estuvo cerca de perder a Cataluña, sublevada durante algunos años. El nuevo virrey del Perú, heredero de los talentos militares de las ilustres casas, cuyos apellidos llevaba, y con el celo del Solón peruano, cuya sangre corría por sus venas, puso el Perú a cubierto de las invasiones que le amenazaban. Buenos Aires quedó protegido de los ataques inminentes por parte del Brasil. En las reducciones del Paraguay se dieron armas a los indios para proteger la frontera y rechazar a los mamelucos de San Pablo, que los reducían a la esclavitud. Los holandeses, que habían enviado una escuadra a Valdivia para establecer allí la base de sus conquistas y correrías en el Pacífico, tuvieron que retirarse porque los araucanos, entonces en buenas relaciones con los colonos españoles, se les declararon hostiles, y sufrieron otras muchas contrariedades. Ya había ido en su persecución una escuadra construida por el marqués de Mancera, que era la más fuerte de las equipadas en el Pacífico. A falta de enemigos con quienes combatir, echó las bases de las imponentes fortalezas de Valdivia. También se fortificó a Valparaíso. El Callao fue circunvalado de piedra con trece fortines y cañones de bronce, y en todo el virreinato se tomaron buenas disposiciones militares.

Lo más notable en estos armamentos fue la economía con que se realizaron, sin que se dejase de socorrer al Rey en las flotas, y sin aumentar los impuestos de una manera sensible. La contribución del papel sellado y otros nuevos arbitrios produjeron muy poco; y sólo se obtuvo una entrada notable de la composición de tierras que fue en verdad muy perjudicial a los indios, pero que se reparó en parte aliviándolos en algunas provincias del excesivo tributo y después con la devolución de posesiones injustamente arrebatadas.

El verdadero manantial de las rentas se halló en el impulso dado a las minas con la prosperidad de Huancavelica, en la que se concluyó un magnífico socavón y se mejoró el asiento con los mineros. Mas la verdadera fuerza del gobierno eran las creencias que, si todavía se desvirtuaban

2_lorente 2.p65 163 29/11/2006, 12:14 p.m.

con autos inquisitoriales, hicieron pocas víctimas, vinieron en auxilio de las clases oprimidas, con una caridad sincera y reformaron la sociedad entera con las virtudes de varones piadosos.

Son de este tiempo el venerable Martín de Porras, mulato que extendía su celo caritativo a los animales y para aliviar a sus semejantes quería ser vendido como esclavo; el venerable Juan Masías, otro dominico de igual caridad y costumbres austeras; fray Elías de la Eternidad; el penitente mercedario Urraca; el estático jesuita Allosa y el venerable padre Castillo, que principiaba a ser el apóstol de Lima.

Los jesuitas, que ejercían el mayor ascendiente en la capital por su ciencia y por sus virtudes, mostraron en el Paraguay una exaltación poco religiosa. Habían reconocido como obispo al franciscano fray Bernardino de Cárdenas, que se había hecho un nombre ilustre en otras misiones; mas habiendo tratado de visitar las de la compañía, pusieron en duda la validez de su consagración, promovieron un cisma y le arrojaron violentamente de su sede. Sostenido el obispo por su gran prestigio y por los enemigos de los jesuitas, que abundaban en la Asunción, recobró su autoridad; y llegando a gobernar el Paraguay persiguió a su vez a sus enemigos.

Tan graves escándalos dejaban intacta la fe de los colonos, que estaba a prueba de mayores contradicciones y que vinieron a fortificar en el Norte las formidables erupciones de los volcanes de Quito, y en el Sur el terremoto de 1647, que en Santiago de Chile hizo perecer dos mil personas. Los disturbios del Paraguay cesaron con la venida del conde de Salvatierra, que se declaró por los jesuitas.

Don García Sarmiento, conde de Salvatierra.- El sucesor del marqués de Mancera había sido en el virreinato de México instrumento de la compañía para perseguir al venerable Palafox, obispo de la Puebla de los Ángeles, y contando con su decidida cooperación expulsaron a viva fuerza y trataron con suma dureza a fray Bernardino de Cárdenas. Las misiones del Paraguay libres de toda inspección pudieron recibir de lleno su organización especial, que venía a ser el comunismo de los Incas mejorado por el evangelio y algunos han considerado como un ideal de repúblicas cristianas; pero que en realidad sólo era una iniciación a la vida civil, buena para sacar a los salvajes de las miserias de la barbarie, e incapaz de prolongarse sin menoscabo de la dignidad humana y sin cerrar el camino al progreso.

También hicieron sentir los misioneros de la compañía las primeras dulzuras de la civilización a los salvajes del Amazonas, aunque su obra no fue tan acabada, ni tan estable como en el Paraguay. En Lima producían conversiones admirables, pero por lo común efímeras, los sermones

2_lorente 2.p65 164 29/11/2006, 12:14 p.m.

del padre Castillo en la plazuela del Baratillo y en la capilla de los Desamparados, uniéndose a una voz penetrante un lenguaje de terror y el espectáculo de calavera, crucifijo e imágenes horribles; elocuencia teatral conforme al gusto dominante, a la que daban un singular peso las austeras virtudes y el celo apostólico del jesuita.

En el Cuzco se exhibieron las penitencias públicas más extraordinarias a consecuencia del terremoto que en 1650 devastó las provincias interiores. Las principales ciudades hicieron demostraciones singulares de devoción por desagraviar al Santísimo Sacramento del hurto sacrílego de las formas cometido en Quito, y en reconocimiento de la aparición milagrosa del niño Jesús en la hostia consagrada, que atestiguaban los religiosos de San Francisco y muchos indios del pueblo de Etén.

Era fácil entregarse a los dulces arrebatos de la devoción por la profunda paz de que gozaba el virreinato, habiéndose suspendido por las circunstancias de la Europa el temor a las agresiones marítimas. La prosperidad general permitió levantar en Lima la hermosa fuente de bronce, que todavía adorna su plaza.

Una gran falsificación hizo concebir serios temores por la riqueza pública. Confiados, en que los cajones de plata se remitían cerrados de Potosí a Portobelo y eran recibidos en aquella feria sin ningún registro, adulteraron algunos especuladores de Potosí la moneda con un quinto de cobre. Descubierto el fraude en Europa, fue pagado el quebranto por los honrados comerciantes de Sevilla. Nestares, presidente de La Plata, condenó a muerte entre otros culpables al alcalde de la hermandad Roche, quien no pudo rescatar su vida ofreciendo grandes tesoros. Al declararse el valor de la moneda de baja ley conocieron muchos tenedores que su fortuna había sufrido una reducción enorme. La alarma, aunque bastante viva, no fue de larga duración, y los mineros de Potosí fueron dispensados del pago de algunos derechos.

Peligros más graves y más duraderos obligaron al virrey a permanecer en Lima después de la llegada de su sucesor, el conde de Alba de Aliste, y fueron en aumento casi hasta el fin del siglo.

Don Luis Enríquez de Guzmán, conde de Alba de Aliste.- La conquista de la Jamaica por los ingleses ofreció un asilo y un mercado a los filibusteros, audaces aventureros, que iban a formar una república flotante organizada para el botín y que apoyados en su valor, digno de las mejores causas, en el espantoso abatimiento de la España, en el desamparo de sus colonias y en el celo de las potencias marítimas principiaron a ejercer terribles piraterías.

Como si no bastaran sus depredaciones, se perdían armada tras armada; cerca de Cádiz la mandada por el marqués de Baides, que com-

2_lorente 2.p65 165 29/11/2006, 12:14 p.m.

batido por el inglés Blake prefirió irse a pique a enriquecer a sus contrarios; la del mar del Sur, en un naufragio involuntario; y la flota salida de España destruida en gran parte por las tempestades.

Las minas de Potosí, que debían de reparar todas las pérdidas, estaban en un empobrecimiento rápido. Los mineros temieron la ruina completa al saber que el obispo de Santa Marta, enviado de visitador al mineral, quería abolir la mita; proyecto que fracasó con su muerte súbita, no sin sospechas de veneno. Mas cerca de Puno descubrían José y Gaspar Salcedo la mina de Laicacota, que prometía riquezas prodigiosas.

Mayor opulencia se esperaba del descubrimiento del gran Paititi, *dorado fabuloso*, superior a la esplendente corte de los Incas, que por mucho tiempo se había supuesto vagamente en la hoya del Amazonas, y que Pedro Bohorques, inquieto andaluz, pretendía hallar hacia el gran Chaco. El atrevido impostor, logrando pasar por heredero de los Incas, se hacia llevar en andas por los calchaquis, engañaba al gobernador del Tucumán, y aun era protegido por los jesuitas en el interés de sus reducciones; pero siendo más intrigante que capaz, disgustó a todos; entró en lucha con el gobierno, y habiéndose presentado con la esperanza de un indulto vino preso a Lima.

Los terrores, las pompas del culto, el desacuerdo de las autoridades y la discusión de una gran reforma traían distraída a la capital de las empresas lejanas. En 1657 se sintió un terremoto que amenazó un estrago universal y causó grandes ruinas. La ciudad conmovida por el padre Castillo hizo penitencias públicas, en que la ceniza, las pesadas cruces, las coronas de espinas, los sacos, cadenas y azotes infundían sumo pavor. La aflicción fue tanta como la alegre pompa que había de desplegar la universidad dos años después para celebrar el breve de la Inmaculada Concepción. La fama renovó la memoria de estos terrores al anunciar en 1660 la formidable erupción del Pichincha, que consternó a Quito.

La piedad exaltada no se dirigía felizmente a las persecuciones, sino a las obras de beneficencia. El agustino Badillo acababa el hospital de San Bartolomé destinado a los negros. Fundábase un colegio para niñas expósitas que se puso bajo el patronato del santo oficio.

El formidable tribunal gozaba de tal ascendiente que quiso someter al mismo virrey a su autoridad, haciéndole entregar un papel inserto en el índice de los libros prohibidos. No obstante su prestigio por ser el primer grande de España que venía a gobernar el Perú, y por haber gobernado con crédito a México, se vio también expuesto el conde a las reprensiones de los predicadores en las funciones más solemnes. Toleró con suma bondad la del padre Allosa, en atención a sus virtudes, mas hizo entrar en el deber a otros menos recomendables; y el fiscal publicó un bien meditado escrito para que no se renovara semejante desorden.

2_lorente 2.p65 166 29/11/2006, 12:14 p.m.

Para la mejor protección de los neófitos se incorporaban las misiones del Amazonas al gobierno de Maynas, y en el interés de la ciencia se creaba la plaza del cosmógrafo, que honró por primera vez Lozano observando el cometa de 1660.

La gran reforma que se proyectaba era en favor de los indios, cuyas intolerables vejaciones había representado al Monarca en una carta el digno alcalde del crimen, Padilla. Por orden de Felipe IV se formó una junta compuesta del virrey, arzobispo, oidores y otras personas eminentes para remediar las injusticias; y desde luego, además de algunas medidas paliativas, publicó el protector de los indios la citada carta con comentarios que ponían al descubierto la extensión del mal. La discusión de remedios más eficaces quedó reservada al benévolo sucesor del conde de Alba de Aliste.

Don Diego de Benavides, conde de Santisteban.- Felipe IV reprodujo las órdenes encaminadas al buen tratamiento de los indios. Una junta, en la que entraba Padilla, debía reunirse dos veces por semana para oír sus quejas y arrancarlos a la servidumbre. Los obrajes, instrumento general de la opresión, quedaron sujetos a una extensa ordenanza, con la que se trataba de impedir los abusos de la fuerza y asegurar la moderación en las tareas y su retribución equitativa.

Cuidados más apremiantes desviaron la atención de las reformas, en que se trabajaba con sincero celo. Padilla fue enviado a Ica, arruinada en 1664 por un terremoto en que perecieron 300 personas y que hizo renovar las penitencias públicas de Lima. La invasión inminente de los piratas obligaba al gobierno a atender a la defensa de Chile y Panamá con armas y posiciones. Para mejorar la educación militar se unía la cátedra de Matemáticas al empleo de cosmógrafo; y para sostener las armadas que demandaban mayores gastos, aunque su marcha principió a retardarse, se encargaba al Consulado la administración de la avería, alcabalas y almojarifazgo.

La situación interior causaba serias inquietudes. Las misiones de Maynas sufrían mucho por una epidemia de viruela en la que murieron 28 mil neófitos, por las invasiones, ya de los salvajes vecinos, ya de los brasileros y por la inconstancia natural de los recién convertidos.

En las minas de Laicacota, adonde acudían todos los hombres emprendedores atraídos por la generosidad de los Salcedos, se renovaron los desórdenes ocurridos en Potosí a principios de este reinado. Habiéndose expulsado a la gente perdida y sin temor a la justicia, los desterrados unidos a los díscolos de la Paz, mataron al corregidor que les había acogido y a otras varias personas; saquearon algunas casas; y levantando una fuerza militar se dirigieron a Laicacota. Felizmente en un encuentro con las fuerzas del gobierno perecieron muchos y el resto fue

2_lorente 2.p65 167 29/11/2006, 12:14 p.m.

ahuyentado por temor al castigo. El mineral volvió a alterarse por la discordia entre los andaluces y criollos de una parte y los vizcaínos y montañeses de la contraria. Hubo incendios, reyertas mortales y desacatos a la autoridad. El campo quedó al principio para los vizcaínos. Mas protegidos sus rivales por los Salcedos y por el corregidor de Cabana levantaron en Juliaca 900 hombres para recobrar el asiento. El virrey, cuyas providencias no eran obedecidas, encargó la obra de la pacificación al obispo de Arequipa fray Juan de Almoguera. Mas antes de que hubiera lugar a los buenos oficios, ocuparon los fugitivos Laicacota, matando a varias personas e hiriendo gravemente al corregidor.

El virrey murió de pesar a los nueve días de haber recibido tan alarmante noticia. Meses antes había muerto Felipe IV, afligido por el abatimiento de la monarquía y diciendo a Carlos II, niño de cuatro años: «quiera Dios, hijo mío, que seas más venturoso que yo».

—VI—
Carlos II
(1665-1700)

La audiencia.- Carlos II nunca dejó de ser niño en un reinado de 35 años. Sin brazos ni cabeza, la gastada monarquía fue el juguete de la Francia y la víctima de ineptos favoritos. La patria del Cid, Cisneros y Cervantes parecía ya incapaz de producir capitanes, estadistas y escritores de genio. El dueño de las Américas no tenía con qué pagar, ni cómo vestir su servidumbre. Su advenimiento, anunciado al Perú en carta de 24 de octubre de 1665, no llegó a noticia de la audiencia sino el 24 de julio siguiente; su coronación y las exequias de su padre fueron celebradas en Lima con igual magnificencia; mas no se recogió el donativo que se apresuraba a pedir la Reina madre. Bastante de admirar es que en poco más de un año pudieran entrar en las cajas reales de Lima 4 657 571 pesos con uno y medio reales, de los que se remitieron al Rey 1 692 290 pesos. Las minas de Laicacota, a cuya opulencia se debían principalmente estos tesoros, eran gobernadas por los Salcedos con la tolerancia forzada de los oidores, que estaban también muy inquietos por las conspiraciones de los indios. Los de Cajamarca, denunciados por su gobernador, fueron condenados a graves penas que se conmutaron en parte. Los conspiradores de Lima, en cuyos proyectos había más embriaguez que seriedad, fueron escarmentados con el suplicio de los cabecillas y de Bohorques que los excitaba desde la prisión. Para remediar los agravios que les exasperaban, se exigió a los corregidores un juramento minucioso en el que se comprometían a cumplir estricta justicia, sin ninguna especie de restricción ni efugio.

2_lorente 2.p65 168 29/11/2006, 12:14 p.m.

Don Pedro Fernando de *Castro, conde de Lemos*.- Las contemporizaciones cesaron con la llegada del conde de Lemos, que terminada apenas su espléndida recepción en Lima, subió al Collao, hizo ejecutar por sediciosos a José Salcedo y a otros muchos de sus amigos y destruyó el asiento fundando la villa de San Carlos de Puno. La opulenta mina que había ocasionado la muerte de su generoso dueño, se perdió con la suspensión de las labores. El pueblo creía que el cielo la había aguado para castigar la iniquidad de los tribunales. Mas no se ponía en duda la justificación del virrey cuyo celo político y religioso eran indudables.

Sabiendo que los filibusteros habían quemado a Panamá y que amenazaban al comercio del Perú en las aguas del Pacífico, armó el conde una escuadra de 12 buques y tres mil hombres de guerra que ya no encontraron enemigos. El entusiasmo de los peruanos, que improvisaban tan grandes fuerzas, se mostró igualmente en sus generosos donativos para reedificar a Panamá. Del lado de Chile inspiró algunos recelos la entrada del inglés Clerk, que apresado en Valdivia fue traído a Lima.

A estas atenciones unía el virrey el cuidado de proteger a los indios que deseó libertar de la mita, el fomento de las misiones, el castigo de los gobernadores inicuos, y sobre todo, las fundaciones piadosas. Multiplicó los templos, estableció la devoción de las tres horas y otras prácticas religiosas, ayudó a los betlemitas, hospitalarios recién venidos de Guatemala, y secundó eficazmente al padre Castillo que era su confesor, para el recogimiento de arrepentidas, la magnífica iglesia de los Desamparados y la represión de los escándalos. No faltándole sino la sotana para ser un perfecto jesuita, practicaba en obsequio de la Virgen y aun de los varones piadosos oficios muy humildes. Mas desplegaba un carácter muy enérgico contra la iniquidad de los poderosos, la mayor actividad en el servicio público y la magnificencia de un grande de España, a cuya clase pertenecía, siempre que se trataba del culto divino. Las fiestas con que solemnizó la beatificación de su abuelo San Francisco de Borja y de Santa Rosa, y sobre todo, la inauguración del templo de los Desamparados, excedieron a las más espléndidas pompas de los Incas y a los cuadros de la más rica fantasía. A la vista de los carros, arcos triunfales, altares, colgaduras, tapices y comparsas decían los hombres entusiastas que los desperdicios de Lima podían formar la opulencia de las mayores ciudades.

Atacado el virrey de una enfermedad mortal, mientras se preparaba la fiesta de la Purísima, ordenó que no se interrumpieran los espléndidos regocijos, que coincidieron con sus sentidas exequias.

La audiencia.- La audiencia, que no podía heredar el prestigio del conde de Lemos, se encontró con apremiantes atenciones y con grandes

2_lorente 2.p65 169 29/11/2006, 12:14 p.m.

obstáculos para el buen gobierno. El clero engreído con los favores del devoto virrey no reconocía superior, arrogándose fueros el comisario de la cruzada, disputando los canónigos de Lima a los oidores los honores regios, sobreponiéndose la inquisición a toda ley y desafiando los frailes a la autoridad civil y eclesiástica. Los esplendores del culto habían hecho desatender las necesidades civiles y aun el pago del ejército. El celo de la audiencia, favorecido por los recursos y buen espíritu del Perú, permitió pagar a la guarnición del Callao la mitad de sus haberes, asistir con fondos y armas a los puertos del virreinato, Guatemala y Cartagena y levantar en Lima seis compañías de caballería. Mas las alarmas continuas y la debilidad administrativa consumían estérilmente los recursos de la hacienda y exponían a las desastrosas consecuencias de la guerra antes de haberse experimentado los primeros amagos.

Don Baltazar de la Cueva, conde de Castellar.- Felizmente el conde de Castellar, que entró en Lima ostentando la opulencia que solían sacar otros virreyes, era todo un hombre de gobierno. Por su asiduo despacho decían los limeños que no se habían conocido diligencia igual, ni forma semejante de administrar en ninguno de sus antecesores. A todos oía, contestaba por sí mismo los recursos, activaba con su presencia y reglamentos el trabajo de las oficinas y tribunales, vigilaba los establecimientos de beneficencia, honraba a la religión sin menoscabar los derechos del patronato, protegía con fruto las misiones, dejaba a las corporaciones y gremios la libertad del sufragio y aseguraba la policía con bandos y rondas.

Para disipar la alarma producida por el falso rumor de que los ingleses estaban poblando las costas de Patagonia, se envió una expedición que exploró prolijamente hasta los 52° de latitud, y que lejos de grabar al fisco dejó un sobrante, habiéndose gastado sólo 84 152 pesos con cuatro reales de 87 793 suministrados por el público para tan honrosa empresa.

Al mismo tiempo se ponían los principales puertos en estado de defensa, se ofrecían auxilios al gobernador de Costa Rica, se alistaba en Lima una milicia compuesta de 8 433 plazas y se encargaba a Sevilla la compra de más armas.

La hacienda, que ofrecía un déficit anual de 214 446 pesos, fue por el celo inteligente del virrey mejorada de modo que en menos de cuatro años entraron en las cajas de Lima más de 12 millones de pesos y pudieron remitirse a España cerca de siete millones.

Mayores tesoros se prometía el Perú de un nuevo beneficio de los metales con el que podría obtenerse el doble o el tercio de plata con gran economía de azogue y de tiempo. Mas experiencias exactas desmintie-

2_lorente 2.p65 170 29/11/2006, 12:14 p.m.

ron las esperanzas concebidas por los primeros ensayos que se habían celebrado con fiestas iguales a las más espléndidas de Lemos.

El virrey no tardó en recibir contrariedades más amargas. Un oficial real condenado a azotes y galeras por falsificador trató de asesinarle y murió en el patíbulo, no obstante las intercesiones del conde. Un terremoto ocurrido el 27 de junio de 1678 hizo mucho daño en los edificios y algunas víctimas. Cuando se trataba de conjurar la cólera divina con prácticas devotas y se concluía un brillante novenario a Santa Rosa, recibió el virrey una real cédula que sin oírle le exoneraba, dándole por sucesor interino al arzobispo de Lima don Francisco Liñán y Cisneros. Había sido acusado de haber otorgado permiso a algunos navíos para ir a Nueva España con ruina general del comercio. Sus enemigos le hicieron apurar en la residencia las amarguras de la persecución, de que no procuró defenderle el arzobispo; pero después de tres años, a la llegada de otro virrey, se le hizo justicia, habiendo dejado un buen nombre en el Perú y obteniendo en España la consideración merecida.

Don Melchor de Liñán y Cisneros, arzobispo de Lima.- El virrey arzobispo reconoció que la parte más importante de la administración era la hacienda, la cual era necesario guardar de algunos que la guardaban y defender de algunos que la defendían. La deuda se elevaba a 3 806 663 pesos, el gasto anual a 2 100 829, y la entrada a 1 953 467, resultando un déficit de 57 392 que habían de aumentar los gastos extraordinarios y las remesas al Rey.

La situación no permitía mejorar las rentas. Mientras se preparaban expediciones más formidables, 331 filibusteros auxiliados por los salvajes del Darién atravesaron el istmo, se apoderaron de los buques surtos en el puerto de Perico y obtuvieron una sangrienta victoria sobre la armada que Panamá había enviado a su encuentro. Provistos de otras embarcaciones, armas, municiones y víveres, recorrieron los puertos del Pacífico difundiendo el terror por todas sus costas. La armada de voluntarios decididos, que se improvisó en Lima contra ellos, no tuvo la felicidad de encontrarlos. Mas en Arica, cuyas primeras trincheras habían forzado, fueron escarmentados por los valerosos habitantes, dejando en el campo 28 entre muertos y prisioneros y retirándose con 18 gravemente heridos. Este contraste, los azares de la piratería ejercida por algunos meses más y las rivalidades de unos con otros les hicieron volver al Atlántico, unos por Tierra Firme y otros por el Cabo de Hornos.

En medio de estas alarmas las disensiones del clero, que trascendían a todas las clases, traían muy divididos los ánimos de los colonos. Los capítulos de los conventos presentaban toda la agitación de las contiendas populares. La introducción de la alternativa entre los fran-

2_lorente 2.p65 171 29/11/2006, 12:14 p.m.

ciscanos produjo choques gravísimos. El P. Terán, comisario general de San Francisco, que debía establecerla, fue amenazado de muerte por los religiosos de Lima, hubo de refugiarse en palacio, y habiendo vuelto al convento por súplicas de la comunidad, estuvo cerca de perecer entre las llamas que habían puesto en su celda, y con las piedras, palos y armas de fuego con que trataron de impedirle la salida. Habiendo acudido la fuerza armada al toque de arrebato, pudo contenerse el incendio; días después, al prender a los frailes más turbulentos, hubo un choque en que murió un religioso, y en la plebe se anunció un motín que se cortó con bandos severos.

En Quito se turbó también la tranquilidad porque las monjas de Santa Catalina, cuya elección quería violentar el provincial de Santo Domingo, se pusieron bajo las órdenes del obispo y se dividió la ciudad en partidarios exaltados de una y otra autoridad. Los canónigos del Cuzco entraron en reñidos debates con el obispo.

Por su doble carácter pudo el virrey arzobispo conservar la buena inteligencia con las demás autoridades eclesiásticas y allanar las principales dificultades. Los jesuitas le auxiliaron para el gobierno político enviando contra los portugueses de la colonia del Sacramento a los indios de sus reducciones, quienes pelearon con gran denuedo. En los establecimientos de piedad contó con la cooperación de varones santos, tales como el venerable Camacho, el indio Nicolás de Dios, el presbítero Riera fundador de la congregación de San Pedro y otros muchos del siglo o del clero.

La corte esperaba mucho bien de la recopilación de las leyes de indias, que se publicó en 1680. Verdaderamente este código, que ofrece un alto interés histórico, abunda en disposiciones sabias dictadas por el espíritu de orden y el amor a la justicia; pero se resiente en extremo de miras mezquinas, tendencias opresoras, vacíos, e incoherencias y presentaba un carácter de inmovilidad y uniformidad, cuando la sociedad en vía de formación exigía más movimiento y variedad. Lo peor era que la aplicación de leyes tan imperfectas pendía de una administración esencialmente viciada; sobre todo, desde que en la misma fecha se decretaba la venalidad de los destinos. Los mejores virreyes, entre quienes debe contarse al sucesor del arzobispo Liñán, no pudieron conseguir gran fruto de sus reformas.

Don Melchor de Navarra y Rocaful, duque de la Palata y príncipe de Massa.- El nuevo virrey, que era un gran político, había formado parte del Consejo de Regencia en la minoridad de Carlos II y necesitó de todo su genio y experiencia para conjurar los riesgos de la situación. Hacia 1684 más de dos mil filibusteros sin concierto previo se pusieron en camino para el

2_lorente 2.p65 172 29/11/2006, 12:14 p.m.

Pacífico, sea por el Cabo de Hornos, sea por el istmo del Darién. A principios de 1685 se hallaban reunidos en las aguas de Panamá unos 1 100, con diez buques al mando del flamenco Davis. El virrey aprestó contra ellos una escuadra de seis buques con 116 cañones y abundante fusilería bajo las órdenes de don Antonio de Veas y otros jefes distinguidos. Después de un combate obstinado cerca de las islas del Rey fueron puestos en dispersión y no volvieron a reunirse a causa de sus rivalidades. Mas divididos en pequeños grupos, devastaron las costas de la América Central, los puertos de Guayaquil, Paita, Pisco, Arica y otros; arruinaron el comercio marítimo y saquearon algunos pueblos interiores. Al fin dos nuevas flotas armadas por el duque permitieron el movimiento de mercaderías y caudales sin temor a sus excursiones; y una escuadra de voluntarios formada por comerciantes y otros capitalistas persiguiéndolos tenazmente les apresó siete embarcaciones, y dejaron libre el Perú. Las fuerzas reclutadas en Lima se condujeron tan bien, que en la opinión del virrey, si los del Perú tuvieran la escuela práctica de la guerra, serían tan buenos soldados como los de Cataluña, Milán y Flandes. La mayoría de los filibusteros había perecido por los combates, privaciones, fatigas y excesos. Los que existían en las cárceles de Lima fueron condenados a muerte por la irritación popular que producían sus atentados, y entre éstos pereció Enrique Clerk que llevaba ya más de trece años de residencia en Lima, y que en vano fingió ser fraile de San Francisco. Para libertarse de un golpe de mano se levantaron las murallas de Trujillo y de Lima; éstas en la extensión de 13 mil varas, cinco baluartes y seis puertas, la mayor parte con el solo costo de 400 mil pesos y el trabajo de tres años.

Aún estaban los piratas en el Pacífico, cuando fue arruinada Lima por un espantoso terremoto el 20 de octubre de 1687. Un primer estremecimiento, que quebrantó todos los edificios e hizo algunas víctimas, permitió que la mayoría de los habitantes se salvara del estrago de una segunda y más violenta sacudida. El terror producido por falsas revelaciones y por indiscretos predicadores se unió a las privaciones e influjo de la inclemencia para causar graves dolencias. Mas el celo inteligente y sereno del virrey logró restablecer la confianza y el orden habitual, aunque ocurrieron graves desavenencias con el clero.

Habiendo el duque autorizado en una ordenanza a los corregidores para que informasen extrajudicialmente de las vejaciones intolerables de los curas, clamó el arzobispo que con la violencia del brazo secular quedaría hecha piezas la túnica inconsútil de Jesucristo y que la ignorancia intentaría sentarse en el monte del testamento y exaltaría su solio sobre los astros de Dios. Hizo imprimir en Sevilla una protesta titulada *Ofensa y defensa de la libertad eclesiástica* y viéndola combatida en los escritos de dos oidores se permitió ataques violentos en el púlpito. El virrey

2_lorente 2.p65 173 29/11/2006, 12:14 p.m.

procuró moderar su celo con la energía y la prudencia; mas la ordenanza quedó sin vigor y en la opinión común como un atentado contra la inmunidad eclesiástica.

Con mejor éxito se sostuvieron las regalías de la Corona en otras competencias con la inquisición y algunos prelados. Los conventos de monjas, que a veces formaban repúblicas desordenadas, no pudieron reformarse. Las misiones de Maynas; aunque habían sufrido mucho por el azote de las viruelas, invasiones de portugueses y alzamiento de los neófitos, se repararon por el celo del padre Samuel Fritz, apóstol de los omaguas. La universidad, que había decaído, recibió nuevo lustre. Se estableció en Lima una casa de moneda. La audiencia pudo funcionar con mayor desembarazo. En el despacho de los asuntos generales reinó la mayor actividad. Los intereses de la hacienda fueron tan bien atendidos, que sin nuevo gravamen pudieron cubrirse enormes gastos extraordinarios, a los que contribuyó generosamente el pueblo.

La inteligencia del virrey, no bien inspirada por las órdenes vigentes, ni por los consejos de sus antecesores, se estrelló en la reintegración de la mita que pretendió hacer a Huancavelica y Potosí y que él consideraba sin razón como la obra grande de su gobierno. Superando inmensos obstáculos hizo la numeración general de los indios, que muchos tenían interés en ocultar y que quedó tan incierta como antes. Los naturales estaban muy alarmados y principiaban a huir de las reducciones previendo un aumento de mitas y tributos.

Ninguna de las nuevas disposiciones pudo ponerse en vigor, ni las encaminadas a la enseñanza y justa retribución de los indios, ni aun las ordenanzas de los anteriores virreyes que fueron publicadas en 1686. Toda reforma debía abortar en una época, en que la corte había descendido al último grado de corrupción y la monarquía estaba cerca de sucumbir con el último Rey de la dinastía austriaca. El duque murió de la fiebre amarilla en Portobelo, cuando regresaba a la Península.

Don Melchor Portocarrero, conde de la Monclova.- Por fortuna del Perú, en circunstancias tan difíciles sucedió al duque de la Palata el conde de la Monclova que, si carecía de su genio, se había distinguido mucho en el servicio público, traía del virreinato de México un nombre popular y se hizo amar de todos por su moderación y sus virtudes. Calmó la inquietud de los indios sobreseyendo en la reintegración de la mita por la que instaban los mineros de Potosí, obsequiando a un comisionado 30 mil pesos de una vez y 200 pesos semanales a su señora durante su ausencia. Se ganó al clero con las deferencias, la reconstrucción de templos y protección de las obras piadosas. Se hizo muy popular dando cuantiosas limosnas y manifestando en una carestía que, como el pueblo tuviera

2_lorente 2.p65 174 29/11/2006, 12:14 p.m.

que comer, poco le importaría que faltara para sí y para su familia. Contribuyó a la reedificación de Lima de modo que pudo pasar por un segundo fundador. Construyó un muelle en el Callao y una nueva armada que parecía muy necesaria por haber los franceses saqueado a Cartagena, amenazado a Buenos Aires y entrado en el Pacífico; al mismo tiempo que intentaban los escoceses, aunque sin éxito duradero, un establecimiento en el Darién. Envió en la armada de 1690 treinta millones de pesos pertenecientes al comercio y al Rey, y despachó en 1695 los galeones que debían ser los últimos en aquel siglo por la postración de la España y por la extensión del contrabando. Un solo buque empleó en el tráfico ilícito de Acapulco por valor de dos millones de pesos.

El conde de Canillas, que debía venir en dicho buque para suceder al de la Monclova, murió en el istmo y así pudo éste continuar en el gobierno, aun después de la caída de la dinastía, con satisfacción general. La inquisición le agradecía su apoyo a tres autos de fe que felizmente no fueron sangrientos; la nobleza le estaba reconocida por sus atenciones y generosidad; la corte por los funerales hechos sin gasto del erario a la Reina madre y a Carlos II; la universidad por sus consideraciones que daban mucha nombradía a los grados y cargos académicos; los misioneros por sus socorros, si bien en Amazonas no pudieron impedir que los portugueses avanzaran sus colonias; el pueblo, mineros y comerciantes por su tolerancia, cuando las leyes coloniales caían en desuso y el estado social iba a sufrir alteraciones profundas.

—VII—
Felipe II
(1700-1746)

Advenimiento de los Borbones.- El clero de Lima apegado a la tradición y demasiado favorecido por la casa de Austria se inclinaba poco a Felipe V, nieto de Luis XIV. Mas como Carlos II le había nombrado por su sucesor, el Papa había aprobado este nombramiento y la metrópoli reconocía la nueva dinastía, el Perú se mostró también decidido por los Borbones. Esta decisión fue apoyada por el popular virrey, sobrino del cardenal Portocarrero, que había influido mucho en el testamento del difunto Monarca. Cuando meses después estalló en Europa la larga guerra de sucesión, los peruanos se adhirieron más a un soberano, que veían combatido por las potencias marítimas siempre hostiles a las colonias españolas, y apoyado por la Francia, cuyos buques entraron en el Pacífico como auxiliares y como comerciantes. Su venida fue un golpe mortal para el monopolio de los galeones, que en vano se intentó sostener con toda suerte de arbitrios. Las deferencias que era necesario guardar a la

2_lorente 2.p65 175 29/11/2006, 12:14 p.m.

Francia, la necesidad de hallar en el tráfico prohibido los recursos acostumbrados del comercio colonial y el interés que los pueblos reconocieron en la compra de efectos más baratos o más apreciados, arraigaron profundamente el contrabando. Monclova lo toleró hasta su muerte acaecida en 1706. La audiencia no pudo reprimirlo y el nuevo virrey lo estimuló con su propio ejemplo.

Con el comercio extranjero vinieron nuevos goces; nuevas ideas y un aumento de actividad que era también estimulado por la regeneración de la España fueron debilitando las preocupaciones; y principió un progreso visible que condujo irresistiblemente a la emancipación, siendo desde luego gradual y suave la transición que la guerra de independencia había de terminar con súbitas violencias. Los Borbones y sus virreyes contribuían indirectamente a este cambio radical, tanto por sus buenas medidas, como por sus abusos.

Don Manuel Oms de Semanal, marqués de Castel dos Rius.- Agraciado con el virreinato del Perú desde el advenimiento de Felipe V por haberse hallado de embajador de España en París a la muerte de Carlos II y haber sido el primero que reconoció al nuevo Soberano, no pudo embarcarse sino en la flota de 1705 y llegó a Lima el año siguiente. Su primer cuidado fue enviar en los galeones de 1707 abundantes fondos de que escaseaba la corte de Madrid. Los ingleses, que le hacían la guerra y ya habían tomado una rica presa en Vigo, atacaron la escuadra junto a Cartagena, echaron a pique tres buques y en otro tomaron cinco millones de pesos. Poco después entraba el almirante Rogers en el Pacífico, saqueaba a Paita, imponía un rescate a Guayaquil y sólo se retiraba, sabiendo que navegaban en su persecución los buques franceses y las fuerzas aprestadas en Lima. Aquí se alistaron para la defensa hasta los estudiantes de la universidad, y todos mostraron el mayor entusiasmo.

El virrey, libre de estos cuidados, reunía en su casa una academia de poetas para favorecer el movimiento literario, celebraba el nacimiento del príncipe Luis Fernando representando comedias que él mismo componía, y paralelamente se enriquecía ejerciendo el contrabando con poco recato. Algunos descontentos de sus providencias, el almirante francés por el interés del comercio de sus compatriotas y muchas personas escandalizadas de ver el palacio convertido en almacén, teatro y algo peor, elevaron sus quejas a la corte, cuidando de que no llegaran a tiempo las comunicaciones del marqués, a fin de que no pudiese hacer valer su influjo. De ese modo lograron su inmediata deposición, que no se llevó a efecto porque le sirvió de ángel de la guarda su hija doña Catalina Semanat, dama de la Reina, alegando en favor de su padre los grandes

2_lorente 2.p65 176 29/11/2006, 12:14 p.m.

servicios hechos a la Corona por él y por toda su familia. La muerte vino a sorprenderle después en el ejercicio de su cargo.

Al principio de este gobierno, el 7 de septiembre de 1707, se sintió en la provincia de Paruro un terremoto, en el que una hacienda pasó el río de Velille con casa, huerta y gente, la que, según cuentan, estaba dormida y no sintió la trasplantación.

Don Diego Guevara, Obispo de Quito.- En el pliego secreto de provisiones estaban designados sucesivamente los obispos del Cuzco, Arequipa y Quito, el último de los cuales por haber fallecido antes los otros dos, vino a suceder al marqués de Castel dos Rius. Ya de antemano había manifestado su decisión por la casa de Borbón, sosteniendo los derechos de Felipe v en una pastoral. En el virreinato la sirvió con celo y pureza.

No menos decidido en favor de la religión protegió la fundación de las monjas capuchinas y la religión de la Buenamuerte. La piedad brilló de un modo singular cuando se supo que una mano sacrílega había robado el copón del Sagrario de la Catedral. Las iglesias se vistieron de luto y la ciudad estuvo llena de consternación, hasta que se descubrieron las formas consagradas que estaban ocultas en la Alameda de los descalzos, junto al lugar donde hoy existe la capilla de Santa Liberata. El obispo corrió a pie, sin cubrirse la cabeza y volvió con su sagrado depósito en triunfo entre los entusiastas aplausos de la cristiana muchedumbre. El negro, que había hallado las hostias, fue agraciado con la libertad; castigose severamente al reo, y para recordar el feliz hallazgo se fundó la indicada capilla con su correspondiente dotación.

Alguna inquietud despertó en las costas del Pacífico la entrada de un corsario inglés, que no tardó en alejarse. Molestias más duraderas y frecuentes causaban a Lima los negros cimarrones, que habían hecho un palenque en los vecinos montes de Huachipa, de donde salían a asaltar a los hacendados y traficantes. Fue necesaria una campaña formal para destruir su fortificación, desalojarlos del bosque y acabar con sus correrías. Mientras se les escarmentaba con severos castigos, se prohibió en beneficio de los indios el aguardiente de caña, cuyo abuso les causaba grandes estragos.

No pudiendo cortar el tráfico ilícito, se procuró regularizarlo ordenando que los buques franceses introdujesen sus mercancías por el Callao, pagando un seis por ciento a la aduana. Los habitantes de la capital estaban agradecidos a esta medida, que redundaba en beneficio del común, así como al pago de sueldos atrasados y a la tolerancia con deudores insolventes. Mas la corte no llevaba a bien condescendencias perjudiciales al fisco, y determinada a proscribir el comercio francés, porque la paz le había devuelto viejas pretensiones, nombró un virrey más aco-

2_lorente 2.p65 177 29/11/2006, 12:14 p.m.

modado a sus miras. El obispo no quiso ausentarse de Lima hasta haberse justificado en la residencia y murió en México cuando regresaba para España. En su tiempo se descubrió un riquísimo mineral en Carabaya y se malogró por las sangrientas discordias de los mineros.

Don Carmine Nicolás Caraciolo, Príncipe de Santo Bono.- Para desalojar a los buques extranjeros se enviaron al Pacífico tres navíos de guerra, de los que sólo dos pudieron pasar el Cabo de Hornos, mas fueron bastantes para apoderarse de cinco buques holandeses con considerable carga. Estas presas, que lisonjeaban mucho al fisco, no influyeron eficazmente en la disminución del contrabando, que estaba ya perfectamente arreglado y se hacía por México, el istmo de Panamá, al través de Nueva-Granada desde Cartagena a Quito, por Buenos Aires y de tiempo en tiempo por el Cabo de Hornos. Este tráfico ilícito y extenso, que los amigos del monopolio miraban como una ruina, favorecía a casi todo el virreinato, especialmente a las provincias más remotas; vino a aliviar en parte los sufrimientos de una epidemia mortífera que afligió a la sierra durante tres años; y moderó las privaciones de una carestía en que la fanega de trigo llegó a costar 50 pesos.

Durante el gobierno del príncipe se erigió por primera vez el virreinato de Santa Fe, al que estuvo incorporada la presidencia de Quito; y se ordenó su abolición antes de los tres años por competencias con el virreinato del Perú, para restablecerlo en 1740.

Es un indicio memorable del cambio que las ideas iban experimentando en estos tiempos, la extracción violenta de un reo que se había asilado en el convento de los Descalzos, el cual murió en el tormento, mientras la autoridad eclesiástica solicitaba su libertad fulminando excomuniones y entredichos. El alcalde autor de estos rigores, que pocos años antes habría muerto en la inquisición, fue absuelto y todas las censuras se levantaron después de haber consultado a una junta solemne de eclesiásticos. Así en España como en las colonias el poder civil iba venciendo la supremacía del clero que, si al fin de este reinado volvió a ejercer una influencia preponderante, no tardó en ceder al espíritu del siglo.

Don Diego Morcillo y Auñón, arzobispo de Lima.- Este prelado, que había gobernado al Perú durante cincuenta días en el intervalo del obispo al príncipe y había regresado enseguida a su arzobispado de La Plata, obtuvo el de Lima y el gobierno civil por sus servicios y por sus magníficos donativos al Monarca. Ocupose como su antecesor en la persecución del contrabando y, como él, logró poco fruto. Es verdad que con una demostración enérgica alejó del Callao a cinco buques franceses que bajo pretexto de arribada querían expender su carga. También ahuyentó al

2_lorente 2.p65 178 29/11/2006, 12:14 p.m.

corsario inglés Chiperton, para lo que hizo grandes gastos. Mas la corte, que no tardó en concluir la paz con Inglaterra, autorizó a los ingleses para que vendieran en Panamá la carga de un buque de 650 toneladas y también les concedió el privilegio de introducir esclavos. Validos de este asiento de negros y del navío del permiso, que cargándose y descargándose repetidas veces venía a ser el tonel de las danaides, introducían más de lo que podía consumirse y monopolizaban el comercio colonial. Los nuevos reglamentos con que la España trató de asegurar el cobro de derechos de aduana favorecían otra especie de contrabando.

Viendo la hacienda expuesta a tantos quebrantos se acordó, para mejorarla, que las encomiendas se fuesen incorporando a la Corona; lo que si bien fue acrecentando las rentas con el tributo de los indios, quitó a los virreyes la importante cooperación de la nobleza privada en adelante del más apetecido premio. El gobierno colonial se privaba imprudentemente de poderosos auxiliares, cuando ya principiaba a encontrar oposiciones formidables. Irritados los araucanos con las demasías de ciertos capitanes, hacían una guerra de exterminio. En el Paraguay, los excesos de Reyes, gobernador favorecido por los jesuitas, movían a la audiencia de Charcas a enviar de visitador al entendido cuanto audaz Antequera, con la facultad de reasumir el gobierno. El visitador suplantaba al gobernador a quien ponía preso y retenía en la cárcel no obstante la reposición acordada por el virrey arzobispo. Fiado siempre en la protección de los oidores de Charcas, que al fin le faltaron, desafiaba la autoridad suprema, expulsaba de la Asunción a sus rivales los jesuitas y promoviendo el levantamiento de los vecinos con el título azaroso de comuneros no temía sostenerse en su puesto a viva fuerza.

En tanto que los alborotos del Paraguay tomaban cada día mayor incremento, las monjas de la Encarnación causaban en Lima profundos disgustos al arzobispo, llevando al último extremo sus reyertas por la elección de abadesa, en la que dividieron los votos por dos madres igualmente recomendables. El único consuelo capaz de mitigar sinsabores que habían de causarle la muerte, fueron para el Arzobispo los misioneros de Ocopa que con sus esfuerzos apostólicos lograban desde 1709 mucho fruto en las orillas del Chanchamayo, en el Gran Pajonal y en el Pangoa. Estas conversiones que debían perderse pronto, florecieron aún más bajo su enérgico sucesor. En su tiempo fue muy notable una inundación que asoló a Saña ya bastante decaída por el saqueo de los filibusteros.

Don José Armendáriz, marqués de Castelfuerte.- Apenas instalado el nuevo virrey, tuvo que solemnizar con cortos intervalos el advenimiento de Luis I por renuncia de su padre, la muerte del joven soberano sin que en el Perú se hiciese sentir su gobierno, y la continuación de Felipe V. Estas

2_lorente 2.p65 179 29/11/2006, 12:14 p.m.

pomposas ceremonias no le impidieron desplegar la mayor actividad en todos los ramos del gobierno.

Los nobles que habían hecho de sus casas un sagrado para delincuentes, fueron obligados a reconocer los derechos de la justicia con la prisión de uno de los principales vecinos de Lima, que por el asilo dado a un reo murió en el destierro. Los corregidores intimidados con la vigilancia no se atrevieron a enriquecerse tanto a expensas de los pueblos. A su vez fueron apoyados contra las pretensiones del clero y fueron autorizados a informar de las granjerías y desórdenes de los curas. Varios obispos, especialmente el de Huamanga que quería sostener la impunidad de dos párrocos y se permitió algunos ataques contra el patronato, recibieron lecciones severas. Las regalías de la Corona fueron sostenidas con constancia, y los recursos de fuerza apoyados. Las órdenes religiosas lo mismo que el santo oficio hubieron de reconocer la supremacía de los virreyes.

El marqués se hacía perdonar su severidad por la proyección que dispensaba a la religión. Los misioneros de Ocopa, socorridos con seis mil pesos y contando con el apoyo del fuerte del Cerro de la Sal y de las haciendas que prosperaban en Chanchamayo, formaron muchos pueblos de neófitos; y al mismo tiempo se confundían insensiblemente con los indios civilizados las reducciones inmediatas a Pataz, Huánuco, Jauja y otras cabeceras. Con los trabajos del padre Alonso Masías, sucesor del padre Castillo, se estableció sólidamente la devoción de las tres horas. Otros misioneros hacían de la disipada Lima la ciudad más reformada del mundo; por la frecuencia de confesiones y comuniones parecía que todas las iglesias eran de recolección y que todos los días de la semana fueran de fiesta. Por desgracia estas prácticas piadosas que habían tenido días de esplendor por la canonización de San Francisco Solano, se mancharon con un auto inquisitorial en que volvieron a encenderse las hogueras.

El virrey, que quiso asistir a este triunfo indigno de la fe, no se hizo nunca recomendar por su benignidad. Antequera, que después de haber derrotado a las fuerzas de un nuevo gobernador en Tibicuari y ejercido otros actos de audaz oposición, se había entregado a los oidores de Charcas y estaba preso en Lima, no logró ni con su influjo, ni con la más hábil defensa libertarse del último suplicio. La corte a instancia de los jesuitas dio órdenes apremiantes para la terminación de su proceso. En vano se empeñaron en su favor personas de primera categoría y muy particularmente el comisario de San Francisco; decidida su ejecución salió al patíbulo; y como el pueblo y los franciscanos tratasen de libertarlo gritando tumultuosamente perdón, perdón, fue muerto a balazos por la escolta que le guardaba. Para intimidar a la amotinada muchedumbre, que perseguía a los soldados a pedradas y a palos, salió el virrey a caballo e hizo ejecutar a un compañero de Antequera. En el fuego había muerto un religioso, cuyo cadáver llevaron sus hermanos con demostraciones alar-

2_lorente 2.p65 180 29/11/2006, 12:14 p.m.

mantes, las que fueron contenidas a tiempo. También se levantaron largos expedientes por las autoridades civil y eclesiástica, que fueron cortados por la corte. Mas los alborotos del Paraguay duraron mucho tiempo y exigieron una atención muy sostenida.

Los mestizos de Cochabamba acaudillados por un platero llamado Alejo Calatayud, mataron una partida que debía perseguirlos y tuvieron alarmada la ciudad hasta que fueron escarmentados con el suplicio del cabecilla y otros cómplices. A causa de sus exacciones fueron muertos por los indios los corregidores de Castrovirreina, Cotabamba y otras provincias; pero el castigo de los amotinados dejó el virreinato perfectamente tranquilo. La guerra de los araucanos y la inquietud de las monjas habían cedido a medidas oportunas. Para defenderse de riesgos exteriores se repararon las murallas del Callao y Lima y se mejoró la armada.

Aunque la baja ley de los metales hacía irreparable la ruina de Potosí, el fomento de Huancavelica, la prosperidad de las minas de Huamachuco y Lucanas y la protección de los mineros aumentaron mucho la producción mineral. En las casas de moneda se acuñaron, desde 1724 a 1736, 42 195 804 pesos y tres reales, correspondiendo a cerca de cuatro millones por año. Con esta riqueza y con la mejor organización de la hacienda pudieron cubrirse los sueldos de los empleados, remitirse crecidos situados a Buenos Aires, Chile, Panamá, Cartagena y Santa Marta y hacerle al Rey envíos de importancia. Mas nada bastó para restablecer el comercio de los galeones en que el virrey puso el mayor empeño.

La escuadra enviada a Panamá con plata en 1624 después de diecisiete años de intervalo no hizo grandes negocios; otra expedición en 1731 sólo tuvo pérdidas. En vano se había perseguido el contrabando de los ingleses con buques guardacostas y providencias irritantes. En vano el marqués de Torre-Tagle y don Ángel Calderón armaron a todo costo buques en corso contra los holandeses que traficaban en el Pacífico a los que hicieron ricas presas; y en vano el virrey procedió enérgicamente contra un buque francés entregado al comercio ilícito. El contrabando entraba por todas partes y tenía su más poderoso auxiliar en los encargados de perseguirle.

Sin otros hechos memorables dejó el marqués de Castelfuerte el gobierno al marqués de Villagarcía. Durante su período hubo frecuentes terremotos que causaron estragos en Chile y en algunas provincias del Perú. En 6 de enero de 1725 se desplomó un cerro de Áncash y sepultó a 1 500 personas.

Don Juan Antonio de Mendoza, marqués de Villagarcía.- La irritación que producían en Inglaterra las duras medidas del gobierno español contra el contrabando, y el deseo de arrebatarle la posesión de las colonias, dieron lugar a una peligrosa guerra que tuvo constantemente ocupado al

2_lorente 2.p65 181 29/11/2006, 12:14 p.m.

sucesor de Castelfuerte. El almirante Anson, que entró por el Pacífico, saqueó a Paita y no pudo conseguir grandes resultados contra Panamá por haberle faltado la cooperación que por la parte del Atlántico debía prestarle otra escuadra inglesa. Todavía más desgraciado el almirante Wernon fue rechazado, con gran pérdida, de Cartagena, cuya conquista había celebrado prematuramente acuñando medallas. Don Sebastián Eslaba a cuyos esfuerzos bien entendidos se debió principalmente la heroica defensa de aquella plaza y que fue nombrado virrey de Santa Fe, pidió con instancias al marqués de Villagarcía 300 mil pesos para costear la armada. No habiendo fondos disponibles, aunque con ocasión de la guerra se había suspendido el pago de sueldos y demás deudas, se levantó un empréstito forzoso de dos millones de pesos, y para satisfacer a los prestamistas un nuevo impuesto sobre los frutos del país. Esta guerra se hallaba en toda su fuerza y exigía crecidos gastos en el sostenimiento de buques venidos de España y otras atenciones militares, cuando disturbios interiores impusieron nuevas cargas al erario.

En Oruro se tramaba una conspiración para un alzamiento que se pensó generalizar con un manifiesto de agravios. Delatados sus cabecillas por un falso conjurado, fueron juzgados por el corregidor y condenados a muerte en breves horas. Esta ejecución expedita y las acusaciones que se dirigían recíprocamente los vecinos, trajeron agitada la villa durante algunos años.

En las montañas de Tarma el indiscreto castigo de un cacique sublevó a los neófitos que mataron a algunos misioneros y ahuyentaron a otros; aprovechándose de esta conmoción de los chunchos entró un indio del Cuzco llamado Juan Santos y fue obedecido en las selvas con los títulos de Atahualpa y Apu Inga. El gran poder que se le atribuía, y el temor de que la revolución se extendiese entre los indios de la sierra, causaron una general alarma; una entrada a las órdenes del general Lamas y otras costosas expediciones se emprendieron sin éxito por los obstáculos insuperables que ofrecían la influencia del clima y el espesor de las selvas; un destacamento dejado en el fuerte de Quimiri fue víctima de las privaciones, enfermedades y flechas de los salvajes. Estos contrastes, que hacían temer males extremos, sólo produjeron la pérdida de las conversiones y algunas depredaciones en las haciendas vecinas. También fueron limitados los daños causados por la sublevación de los neófitos de Calca y Lares.

Aunque con estos territorios se perdieron lavaderos de oro de muchas esperanzas, y aunque por la baja ley de sus metales principió a despoblarse Potosí, el derecho del quinto reducido al diezmo y otras reformas sostuvieron la producción mineral. También se sostuvo y prosperó el comercio colonial con los navíos de registro venidos por el Cabo, cuando en 1737 cesó el movimiento de los galeones, habiendo tenido que

2_lorente 2.p65 182 29/11/2006, 12:14 p.m.

hacerse la última remesa al través de Quito y Nueva Granada. Mientras los interesados en el monopolio lamentaban esta interrupción como ruina universal, la baratura de los efectos europeos llenaba a Lima de coches y a sus casas de mejores muebles y hacía más cómoda la existencia en otras poblaciones.

Con el bienestar crecían las luces. Si bien la universidad por la poca concurrencia a las cátedras tenía más doctores que estudiantes, la mejor enseñanza de los colegios y los estudios particulares daban una dirección más sabia y más provechosa a la inteligencia y mejoraban el gusto de una manera admirable. Era sin embargo todavía bastante el atraso para que en el Cuzco se hiciesen rogativas y procesiones por el terror que causó una aurora boreal, para que se atribuyese al castigo de la idolatría el terremoto que desoló a Toro, pueblo de Chumbivilcas; y para que en Lima persiguiese el santo oficio a los hechiceros. Bajo otras inspiraciones encargaba el virrey al escultor Baltazar la bella estatua ecuestre de Felipe V que se colocó en el puente. El artista, tan notable por sus obras como por el desorden de su conducta, murió de susto viendo una noche en su cuarto y no reconociendo a causa de los vapores del vino la viva efigie de la muerte que él mismo había trabajado.

Fue de grandes consecuencias para el Perú la venida de una comisión astronómica para medir en Quito un grado de meridiano. Los académicos franceses que la componían dieron a Europa noticias importantes. Don Jorge Juan y don Antonio Ulloa, ilustres marinos españoles, que también formaban parte de la sabia comisión, contribuyeron eficazmente con sus escritos públicos y con sus noticias secretas a que el Perú fuese mejor conocido y se procurase con más interés la reforma de enormes abusos. También tuvo lugar un reconocimiento de las costas de Patagonia.

El marqués de Villagarcía, que concluyó su período en 1746 y murió cerca del Cabo a su regreso a España, debía dejar esta gloria a su entendido, activo y benéfico sucesor, que trasladado de la presidencia de Chile a fines del reinado de Felipe V, siguió gobernando en los de sus dos hijos.

—VIII—
Fernando VI
(1746-1759)

Don José Antonio Manso de Velasco, conde de Superunda.- Un reinado que debía ser de paz y mejoras para todos los dominios españoles, principiaba en el Perú bajo auspicios poco favorables. Continuando aún la guerra con Inglaterra, la sublevación de los chunchos, el nuevo impuesto y la suspensión de pagos, experimentó Lima en la noche del 28 de octubre de 1746 el más espantoso terremoto. La ciudad quedó sin templos y sin

2_lorente 2.p65 183 29/11/2006, 12:14 p.m.

casas; el Callao fue sumergido con seis mil personas; el mar, que se avanzaba muy adentro de tierra, hizo fugar a los montes a los vecinos de la capital. Perdidas las provisiones del puerto y sus buques, amenazó el hambre y tras los sustos y las privaciones vinieron las enfermedades epidémicas. Por las providencias del activo virrey, al que secundaron entendidos ministros, se proveyó a las subsistencias; y a fin de que desapareciese todo temor para en adelante, se acordó la preferencia a los trigos del país sobre los de Chile. La ciudad fue reconstruida con rapidez, habiéndose allanado la cuestión entre los dueños de censos y los que por no pagarlos querían edificar en otros sitios. La catedral, en cuya construcción se había invertido cerca de un siglo, fue reparada en menos de cinco años, reemplazando con madera la piedra de las bóvedas. La población del Callao se trasladó a Bellavista, subsistiendo sin embargo cerca del mar muchos habitantes por su comodidad, y una fortaleza nueva para defensa del puerto. El terremoto había producido estragos en otros lugares distantes a que no pudo extenderse la acción reparadora del gobierno, que tampoco pudo atender a los perjuicios causados por los temporales y huracanes en Moquegua y Abancay.

Aún se ocupaba el virrey de estas obras cuando tuvo denuncias alarmantes sobre una conspiración de los indios de Lima. Descubiertos a tiempo y ejecutados sin dilación los cabecillas, hubo todavía que reprimir la revuelta en la inmediata provincia de Huarochirí, a donde había escapado uno de los principales conspiradores, el que también sufrió el último suplicio. Ya se había perdido el temor a los Chunchos de Juan Santos que vivía con recelo en las montañas y había dado muerte a su cuñado, el negro Gatica, y a otros de sus capitanes temiendo volviesen a la sumisión española. Las poblaciones de la ceja de la montaña quedaron tranquilas con la construcción de algunos fuertes.

Se estaba en plena paz con la Inglaterra y con todas las demás naciones. Cesó el nuevo impuesto habiéndose compuesto con los pueblos para el pago de lo que restaba; y también principiaron a pagarse con regularidad los sueldos y demás créditos contra el Estado.

Para quitar toda disensión con los portugueses se celebró en 1754 un tratado de límites, siendo los del Perú con el Brasil: 1º los orígenes del Madeira y su curso hasta un punto equidistante de su desembocadura y de la confluencia del Guaporé con el Mamoré; 2º un paralelo tirado de este punto al Yavari; 3º aguas abajo de este río; 4º el curso del Amazonas; y 5º el Putumayo río arriba hasta los límites de Venezuela y Santa Fe. El Perú hizo grandes gastos en las comisiones encargadas de demarcar la frontera; pero la operación no tuvo cumplido efecto por la violenta oposición de los indios del Paraguay aconsejados por los jesuitas.

Las aspiraciones del clero habían sido comprimidas por un concordato reciente; mas no por eso dejó de haber repetidas competencias

2_lorente 2.p65 184 29/11/2006, 12:14 p.m.

con el arzobispo de Lima, quien también las tuvo con las órdenes religiosas y con su cabildo. Una visita enviada para corregir los abusos de los inquisidores principió por encausarlos; y si bien no logró su objeto, contribuyó a gastar el prestigio del santo oficio. Reforma más importante fue la entrega de las doctrinas dirigidas por frailes a curas seculares, que vejaron menos a los pueblos y se interesaron más en su cultura evangélica.

Para reprimir los excesivos repartimientos de los corregidores se fijó un arancel que si bien no pudo reprimir los abusos y antes parecía autorizarlos, los hizo más manifiestos y preparó indirectamente la abolición del indigno tráfico.

La hacienda había recibido grandes mejoras con el estanco de tabaco que produjo una gran renta, con la nueva planta dada a las casas de moneda, con la mejor recaudación de los derechos reales y con el progreso del comercio, la agricultura y las minas.

La corte, que comprendía bien las ventajas de la estadística, exigió extensos informes sobre la situación del virreinato; principiaron a publicarse con tal objeto las guías de Lima; y aunque en extremo diminutos y llenos de inexactitudes se formaron algunos estados o razones sobre los principales objetos. El número de indios en los obispados de Lima, Chuquisaca, Misque, Cuzco, Paz, Arequipa, Huamanga y Trujillo se calculó en 612 780 repartidos en 74 provincias con 755 curas, 2 078 caciques y mandones. Los indios de las misiones del Paraguay se regularon en 99 333, los de las misiones de Mojos en 31 349; la población de Lima en 54 mil almas; los diezmos de su arzobispado en 119 113 pesos con tres y medio reales; los del Cuzco en 43 556 pesos y tres reales; los de Arequipa en 52 630 pesos y tres reales; los de Trujillo en 42 092 pesos y dos reales, y los de Huamanga en 30 371 pesos y medio real. El caudal existente en las cajas reales de Lima montaba a 3 670 874 pesos con seis reales y tres octavos; y el valor de los tabacos se apreciaba en 1 457 877 pesos con cuatro reales y un octavo. La mayor parte de estos datos adolecían de suma inexactitud; mas en esta especie de investigaciones se ha hecho mucho, cuando se ha abierto el camino.

—IX—
Carlos III
(1759-1788)

Principios de este reinado.- El conde de Superunda siguió gobernando bajo Carlos III durante dos años, en los que la provincia de Huamachuco fue separada del corregimiento de Cajamarca, se descubrió azogue en el mineral de Chonta, y principiaron a explotarse minas de brea en Angaraes

2_lorente 2.p65 185 29/11/2006, 12:14 p.m.

y Parinacochas. Reemplazado por don Manuel Amat que había gobernado a Chile con inteligente actividad, fue encargado, a su tránsito para Europa, del mando militar de La Habana que atacaban los ingleses, y por la pérdida de esta plaza sufrió por mucho tiempo las amarguras de un enojoso proceso.

Don Manuel Amat.- La guerra con Inglaterra, en que sin necesidad se mezclaba la España por su malhadado pacto de familia con la Francia, ocupó mucho al nuevo virrey sin disminuir su tenaz empeño en las reformas. Bien provistos los puertos, organizadas las fuerzas de mar y no descuidado el ejército de tierra, se cuidó mucho de la instrucción y disciplina de las milicias del virreinato que pasaban de 98 mil hombres. Entre las lucidas compañías de Lima resaltaba el brillante cuerpo formado por la nobleza que tenía al virrey por jefe. Después de preparada la defensa interior, se trató de impedir que los ingleses se establecieran en las islas de la Oceanía. Con tal objeto se envió una expedición a la de Davis y tres a las de la Sociedad, de donde volvieron los misioneros sin haber hecho prosélitos.

La policía no era menos atendida que la guerra. Una banda de diestros ladrones, que tenían alarmada la ciudad, fue apresada y castigada inflexiblemente por el virrey sin perdonar al jefe Pulido que formaba parte de su guardia. En 1772 se castigó severamente un tumulto que había estallado en la escuadra a causa de las pagas. Se crearon alcaldes de barrios para consultar mejor el orden público y la limpieza; se principió un hermoso paseo de aguas y otras obras por la orilla derecha del río, en las que tuvo parte el deseo de complacer a una persona célebre por los favores del virrey. Al mismo tiempo se edificaban la plaza de toros y el circo de gallos.

En el orden moral se iba a experimentar una transformación de inmensa trascendencia con la expulsión de los jesuitas, realizada en agosto de 1767. Ya el virrey había dado un golpe extraordinario de autoridad contra la influyente Compañía, prohibiendo el extenso comercio que ejercían sus procuradores, cuando recibió la orden de extrañamiento, que ejecutó con extraordinaria diligencia y después de haber tomado juramento de guardar secreto con pena de la vida a su secretario privado. Para la administración de las valiosas temporalidades que pasaban al fisco, se formó una dirección cuyas labores fueron creciendo de día en día. El antiguo colegio de San Martín fue convertido en convictorio de San Carlos, al que se reunió el colegio real de San Felipe y se dieron nuevas constituciones con rectores del clero secular. Un concilio, que debía reformar la disciplina eclesiástica y combatir peligrosas opinio-

2_lorente 2.p65 186 29/11/2006, 12:14 p.m.

nes, se reunió en Lima y acordó algunas reformas. Se principió la de las órdenes regulares y mejoró el servicio de las doctrinas.

Todos los ramos de la administración estaban participando del vigoroso impulso que daban a la monarquía española los entendidos ministros de Carlos III. La minería se hallaba además favorecida con el descubrimiento del rico mineral de Hualgayoc; la agricultura se reanimaba con la salida creciente de los frutos coloniales; el tráfico por el Cabo cada día más activo y con menos trabas daba al Rey, a la metrópoli y a las colonias ventajas desconocidas bajo el absurdo monopolio de los galeones. De 1761 a 1772 se enviaron por esa dirección más de 37 millones de pesos, habiéndose empleado en el interior y en el comercio con los virreinatos vecinos el enorme residuo de 100 millones, que en ese período fueron acuñados en las casas de moneda de Lima y Potosí.

Algunos tumultos vinieron a turbar pasajeramente la satisfacción causada por la prosperidad creciente del virreinato. Tales fueron el de Otuzco fácilmente reprimido, y el más serio de Quito que soportó a duras penas las nuevas exacciones. El alzamiento de los indios contra los intolerables repartimientos de los corregidores fue por entonces el simple anuncio de terribles y no muy lejanas convulsiones.

Don Manuel de Guirior.- Habiendo estado en Lima antes de ser virrey, bien acreditado ya en el virreinato de Santa Fe y tan prudente como celoso por el bien público, emprendió Guirior las reformas con no menos inteligencia y con más dulzura que Amat. Adelantose en la policía de la ciudad que por primera vez gozó de alumbrado público, en la venta de las temporalidades, en el arreglo de frailes y monjas cuyo número disminuía y las costumbres eran menos desordenadas, en la instrucción pública, aunque quedó en proyecto un nuevo reglamento de la universidad, en la marcha de los correos con gran ventaja de la correspondencia y de la renta y en otros varios ramos del servicio público.

La corte, sea deseando el bien inmediato del Perú, sea proponiéndose otras miras, adoptó grandes medidas que debían influir mucho en el porvenir del virreinato. En 1778 se separó el de Buenos Aires, formándose de todas las provincias comprendidas en la audiencia de Charcas. Un año antes se había celebrado con el Portugal un nuevo tratado de límites quedando entre el Brasil y el Perú la demarcación convenida en 1751. Los Estados Unidos, que habían proclamado su independencia de la Gran Bretaña, fueron favorecidos por la España de acuerdo con la Francia en odio a los ingleses, sin prever que la prosperidad de Norteamérica envolvía la emancipación de las colonias españolas. También habían de contribuir a ella los nuevos reglamentos llamados del libre comercio que, si distaba mucho de serlo quedando todavía cerrada la América a las

2_lorente 2.p65 187 29/11/2006, 12:14 p.m.

naciones extranjeras, al menos se eximía de registros y de otras trabas pudiendo hacerse en todo tiempo por el Cabo de Hornos. También se esperaba mucho en favor del Perú de la expedición botánica encargada a los entendidos Ruiz y Pavón, quienes no tardaron en descubrir la valiosa cascarilla de Huánuco, la ratania y otros preciosos vegetales.

Al mismo tiempo la prosperidad de Hualgayoc, las ricas vetas de Huantajaya, el adelanto de otros minerales y el menor extravió de sus metales, hacían que se aumentase la fundición en las cajas del Perú, aunque los más ricos asientos quedaban incorporados al virreinato de Buenos Aires. Con el aumento de fundición, la negociación de oficios vendibles, mayor renta de correos, producto de las temporalidades, un nuevo impuesto sobre el aguardiente y otras entradas subieron los ingresos del erario a más de cuatro millones de pesos anuales; y hubieran crecido más, si la guerra con Inglaterra no hubiera detenido el vuelo del comercio libre, y si el nuevo impulso que se trató de dar a la hacienda nombrando un visitador y superintendente general casi rival de los virreyes, no hubiera dado lugar a ruinosas perturbaciones.

Ya las exacciones de los corregidores habían agotado la paciencia de los indios, quienes dieron muerte al de Chumbivilcas, ahuyentaron al de Urubamba y cometieron algunas muertes en Huamalíes. El establecimiento de aduanas interiores, el sistema de estancos, las tropelías de los alcabaleros, las nuevas matrículas para aumentar los tributos con cuyo objeto se creó también una contaduría general, la alarma del comercio por el nuevo sistema, todo traía agitado el espíritu público; y en las principales poblaciones amagaron serios disturbios. De la murmuración se pasó a los anónimos y pasquines amenazantes. En Arequipa fueron asaltadas una noche la aduana y casa del corregidor y en otros ataques habrían los amotinados cometido mayores insolencias, a no haber sido batidos por la milicia. Para consolidar el orden fue necesario enviar algunas fuerzas de línea y proceder con discreta tolerancia. La alteración de Moquegua, Cailloma, Huamanga, Huancavelica, Jauja, Pasco, Huaraz y otros pueblos fue también comprimida con la actividad y moderación. En el Cuzco sufrieron el último suplicio Lorenzo Farfán y otros que meditaban un general alzamiento.

Aunque en el vecino virreinato los hermanos Catarí traían gravemente alteradas las provincias de Chayanta y Sicasica ofreciendo rebaja de tributos y otras concesiones, que Tomás Catarí decía haber alcanzado del virrey de Buenos Aires, Guirior se lisonjeaba de conservar la ya restablecida tranquilidad del Perú; pero acusado por el visitador superintendente Areche de que criticaba la reforma de hacienda; fue exonerado y murió en la corte antes de ver fenecida su causa, en la que se reconocieron su justificación y leales servicios. Sucesos dolorosos habían puesto

2_lorente 2.p65 188 29/11/2006, 12:14 p.m.

de manifiesto las faltas de su acusador, que fue a sufrir parte del merecido castigo.

Don Joaquín Jáuregui.- El sucesor de Guirior, que había gobernado con crédito el reino de Chile, sólo alcanzó en el Perú días de turbación y espanto. Muchos años antes el cabildo del Cuzco había hecho al Rey una franca representación sobre los enormes excesos de corregidores y curas. Los obispos del Cuzco y de La Paz, y otros varones justos habían elevado igualmente sus clamores al trono en desagravio de los indios, cuya situación era desesperante. Los corregidores, trocando la vara de justicia en vara de comerciantes, repartían a la fuerza efectos más o menos inútiles, a precios recargadísimos y cobraban con inhumanas extorsiones. Los curas despojaban a sus feligreses por la administración de sacramentos, fiestas y ofrendas forzosas o imponiéndoles sin retribución toda especie de faenas.

No eran menores los sufrimientos que estaban padeciendo los yanaconas en las haciendas, los operarios en los obrajes, los mitayos en las minas, todo tributario por el pago de la capitación y todo indio que se hallaba al alcance de las razas dominantes o de la gente de color. En realidad, los indígenas nada poseían que pudieran llamar suyo; ni disponían del fruto de sus violentos trabajos; ni aun tenían seguras de tropelía sus vidas, ni sus honras, ni las prendas más caras de su afecto.

Revolución de Tupac-Amaru.- José Gabriel Condorcanqui, cacique de Tungasuca en la provincia de Tinta, que seguía en la audiencia pleito para probar su descendencia de Tupac-Amaru, profundamente conmovido por la suerte de su raza y por sus propias humillaciones preparó lentamente una revolución vengadora comprando secretamente armas y buscando inteligencias en las diferentes provincias a que le llevaba su oficio de arriero. Sus planes estaban ya maduros cuando los Catarís se levantaron en Chayanta y Farfán pereció en el Cuzco. Para que la conspiración no abortara, le pareció necesario no perder tiempo. La guerra con los ingleses y el descontento general de los colonos por las nuevas exacciones ofrecían una buena oportunidad. La excomunión lanzada por el obispo del Cuzco contra don Antonio Arriaga, corregidor de Tinta, que tenía exasperada la provincia con sus enormes repartimientos, facilitaba su pérdida. José Gabriel comió con él el 4 de noviembre de 1780 en celebridad de los días del Soberano, le prendió en el camino, le formó causa y el día 10 le hizo ahorcar en la plaza pública de Tinta. Tomando resueltamente los nombres de Tupac-Amaru e Inca se presentó como el reparador de todos los agravios; y los indios le proclamaron con entusiasmo libertador del reino y padre común. La revolución se propagó como la chispa eléctrica hasta el Tucumán en la distancia de

2_lorente 2.p65 189 29/11/2006, 12:14 p.m.

300 leguas; 600 voluntarios del Cuzco, que habían acudido apresuradamente a sofocarla en su origen, perecieron entre las llamas y a los golpes de los sublevados en la iglesia de Sangarará. Las haciendas de los españoles eran devastadas, destruidos los obrajes y perseguidos sus dueños sin misericordia.

En las provincias de Charcas se cometieron los más horribles atentados. En el pueblo de San Pedro de Buena Vista fueron muertas en la iglesia unas mil personas. En Topacari se dio muerte delante de una madre a su esposo, a sus hijos y al fruto abortado de sus entrañas, habiendo querido violentar al padre a que fuese el asesino de su prole y habiendo tratado de enterrar vivas a las mujeres de los españoles. En Oruro, por la defección de los que estaban armados para la defensa, entraron los sublevados llevando la desolación a las casas de los europeos y pocos días después amenazando a las de los demás vecinos. En el pueblo de Caracoro la sangre derramada bañó los tobillos de los asesinos. La religión no podía contener a fieras desencadenadas que llegaron a desconocer su venerado yugo; a la vista del Santo Cristo de Burgos, que se sacó en Oruro para aplacarlos, decían que no valía más que un pedazo de madera o de cualquier otra materia; en presencia de una hostia clamaba una india, que se había amasado con harina traída por ella misma al sacristán y con semejantes engaños los tenían oprimidos.

Tupac-Amaru no participaba de tan feroces pasiones. Pensaba levantar su imperio sobre más sólidas bases, por lo que no quería extender la persecución sino a los europeos y aun estaba dispuesto a acoger a éstos si le eran útiles para la guerra. Mas su autoridad era impotente para refrenar el odio secular; y algunos de sus capitanes decían que era necesario exterminar a cuantos no fueran de su raza para no caer otra vez bajo el yugo; otros juraban el exterminio de cuantos llevaran camisa. Precedido de tan terribles anuncios marchó Tupac-Amaru hacia el Cuzco donde pensaba establecer su capital y donde se habían concentrado los fugitivos de las provincias. Su hueste que pasaba de 60 mil hombres, se redujo a 40 mil después de un ligero choque. La ciudad entusiasmada por el obispo, que armó al clero, y dirigida por un jefe valiente, le preparaba una tenaz resistencia. No encontrando la buena acogida que había aguardado, y no contando con la constancia de su gente, se retiró cuando menos lo esperaban los sitiados. La excomunión lanzada por el prelado contra los rebeldes y las solicitaciones de los curas habían convertido en sus terribles adversarios a los principales caciques; la abolición inmediata de los repartimientos entibió a la muchedumbre; fuerzas que Jáuregui enviaba de Lima le inspiraban mucha inquietud. Mientras se alistaba para un nuevo asedio por el lado del Urubamba, se aprestaron contra él unos 17 mil soldados a las órdenes del inspector Valle. No siendo hombre de

2_lorente 2.p65 190 29/11/2006, 12:14 p.m.

guerra, ni disponiendo de fuerzas disciplinadas, cayó en desaliento; y aunque algunos de sus capitanes murieron heroicamente en su defensa, viendo el desorden de su gente en las alturas de Tinta, huyó a caballo y fue tomado en Langui. Conducido al Cuzco y juzgado por el feroz Areche que quería suplicios tan horribles como habían sido los crímenes cometidos en la sedición, fue muerto de una manera bárbara. Después de haber visto ejecutar a su mujer, hijo, cuñado y algunos partidarios, se le cortó la lengua, y atado de brazos y piernas a las cinchas de cuatro caballos que tiraban en direcciones opuestas, fue estirado, de modo que parecía una araña suspendida en el aire. Areche puso fin a su tormento mandando que el verdugo le cortase la cabeza. El día, que había estado claro, se anubló de repente, sopló un recio viento y cayó un aguacero que ahuyentó a la concurrencia. Los indios decían que el cielo clamaba contra la muerte cruel que los españoles estaban dando al Inca.

Los sublevados, lejos de aterrarse como había esperado el visitador, pelearon desesperadamente por vengar a su libertador, despreciando los repetidos indultos y prefiriendo muchos morir antes que rendirse. La Paz, sitiada por los vengadores de Tupac-Amaru, se vio en los últimos apuros. Sorata, en la que entraron derribando los muros con el ímpetu del agua que habían represado, fue tomada a saco y a sangre, pasando de 10 mil las víctimas. Puno se había salvado por la heroica resistencia de su corregidor. Las tropas de Buenos Aires conducidas por jefes esforzados sometieron a los furiosos indios del Alto-Perú después de severos escarmientos. En el Cuzco se calmó la sedición, luego que se acogió al indulto Diego Tupac-Amaru, hermano de Gabriel. Los vencedores no estaban tranquilos sabiendo que los sublevados conservaban algunas armas, prodigaban las atenciones a los Tupac-Amaru y hablaban de alzamientos. Un pequeño motín en las inmediaciones del Cuzco y otras señales poco ciertas de conspiración bastaron para que Diego Tupac-Amaru fuese ejecutado con otros, sin valerle el indulto, y para que el resto de su familia muriese en el destierro. Areche, que se lisonjeaba de haber contribuido eficazmente a la pacificación, fue llamado a la corte a responder de su bárbara conducta. El obispo del Cuzco, a quienes algunos acusaban de tupacamarista, fue recompensado con el arzobispado de Granada. El virrey hubo aún de reprimir la sublevación de Huarochirí con la persecución y suplicio del cacique don Felipe Velasco, primo de Tupac-Amaru, que a las inmediaciones mismas de la capital había osado proclamar el imperio de su pariente, tomando el nombre de Tupac Inca.

Los cuidados de esta formidable sublevación no habían permitido a Jáuregui ocuparse con fruto de las reformas emprendidas por sus inmediatos antecesores, ni hacer mejoras notables en ningún ramo de la administración. Apenas la paz exterior y la tranquilidad del virreinato le permitían entregarse a esperanzas halagüeñas, cuando fue reemplaza-

2_lorente 2.p65 191 29/11/2006, 12:14 p.m.

do por don Teodoro de Croix y murió pocos días después sin tener cómo costear su entierro.

Don Teodoro de Croix.- Bajo el sucesor de Croix gozó el Perú días tranquilos y de una prosperidad creciente. Para mejorar la administración de una manera radical se dividió el virreinato en las siete intendencias de Trujillo, Tarma, Lima, Huancavelica, Huamanga, Cuzco y Arequipa que comprendieron cincuenta y dos partidos o subdelegaciones con la nuevamente creada de Chota. Los intendentes, investidos de extensas facultades, recibieron sabias instrucciones para promover el adelanto de los pueblos. En el Cuzco se estableció una audiencia entre las festivas aclamaciones de la ciudad que la recibió como recompensa de su fidelidad. Suprimido el empleo de superintendente visitador, quedó la autoridad del virrey más asegurada y su acción más expedita. En Lima se creó el destino de teniente de policía que pudo atender a la nomenclatura de las calles, numeración de las casas, buen estado de las acequias, seguridad y ornato público. Sobre el río Jequetepeque se construyó un puente de madera de 76 varas de largo y 6 de ancho con 13 arcos y con sólo el costo de 1 200 pesos por el celo del cura de Pueblo Nuevo y del subdelegado de Lambayeque. Perdido el miedo a los chunchos, volvió a poblarse el valle de Vitoc, rozándose ferocísimos terrenos para el cultivo de la caña, coca, café y frutos de montaña. En el interés de la explotación mineral se estableció el tribunal de minería con diputaciones en las provincias; y aunque la mina de Huancavelica sufrió una gran ruina por culpa de sus administradores, se trajeron los azogues necesarios de Almaden y Alemania. Para extender el comercio se formó la compañía de Filipinas; y progresando de una manera asombrosa para la época en el quinquenio de 1785 a 1789 llegó la importación de España al Perú a 42 099 313 pesos con seis reales y cinco octavos y la exportación del Perú a la Península a 35 979 339 pesos con seis reales y siete octavos, sin contar el comercio de contrabando.

Con los efectos extranjeros venían los libros franceses que estaban produciendo la más asombrosa revolución en las ideas para renovar violentamente la faz del mundo civilizado. En vano se pensó alejarlos del Perú, donde todo principiaba a favorecer el movimiento de los espíritus. Un ilustrado rector iniciaba la educación liberal en el convictorio de San Carlos. El benéfico obispo de Arequipa echaba las bases para la ilustración de sus hábiles hijos; el de Trujillo se desvelaba por la instrucción de los indios.

Sin embargo, el aislamiento conservaba tal sencillez en Lima mismo, que un cierto Figueroa, gallego de cortos alcances y antiguo soldado, pudo persuadir a muchas personas de que recibía cartas del Rey y de su tío el cardenal Patriarca por el intermedio del virrey y del arzobispo; y

2_lorente 2.p65 192 29/11/2006, 12:14 p.m.

con esperanza de conseguirles honras y destinos les sacaba algunos vestidos viejos y otros pequeños donativos. Descubierta la impostura, fue condenado a presidio, y al mismo tiempo salió desterrado a España un fraile de la merced que le escribía las cartas. Igualmente fue enviado en partida de registro el agustino fray Juan Alcedo que había censurado con viveza en un poema la conducta de los conquistadores.

La sociedad hacía poco alto de estos golpes de autoridad, satisfecha con la situación próspera del virreinato. La entrada de la hacienda era de unos cuatro millones de pesos, los gastos de unos 35 millones, quedando un sobrante anual de más de medio millón; la deuda, que por la guerra anterior había pasado de 11 millones, estaba reducida a unos diez millones y medio y había en las cajas reales más de dos millones de existencias.

—X—

Carlos IV
(1778-1808)

Don Francisco Gil de Taboada y Lemos.- El glorioso reinado de Carlos III que murió en 1788, pareció continuarse sin contrastes en los primeros años de su hijo Carlos IV. Mas los vergonzosos desórdenes de la corte, que no tardaron en descubrirse, y la debilidad creciente de la monarquía principiaron a inspirar serios recelos de que la prosperidad de España no tardaría en verse comprometida por la formidable revolución de la Francia. La distancia dejaba al Perú por entonces al abrigo de toda violenta sacudida; y el progreso que tan notable se había hecho bajo el gobierno de Croix sin interrumpirse por el cambio de Soberano, brilló sin nubes en tiempo del virrey Gil de Taboada y Lemos, que puede considerarse la época más dichosa del virreinato.

El movimiento literario se hizo sentir por la publicación de cuatro periódicos. *El Mercurio Peruano,* que fue uno de ellos, mereció los elogios de los sabios en América y Europa por sus bien escritos artículos y por sus preciosos datos a cerca de la geografía e historia del Perú. San Carlos adelantaba con un buen reglamento. Principiaba a utilizarse para la enseñanza médica el anfiteatro anatómico recién restablecido en el hospital de San Andrés. El barón de Nordenflich, enviado para mejorar la explotación de las minas, establecía para los ensayos un laboratorio químico. Una expedición zoológica se encargaba de estudiar las riquezas animales del Perú. Una escuela náutica debía mejorar la educación de los marinos. Por el mar se exploraba el archipiélago de Chonos. El padre Girbal, auxiliado por el padre Sobrebiela, digno guardián de Ocopa, exploraba la pampa del Sacramento y el curso del Ucayali, daba

2_lorente 2.p65 193 29/11/2006, 12:14 p.m.

mucha luz para levantar el plano de las montañas, y permitía esperar la civilización de los salvajes por hábiles misioneros, que se hallaron detenidos en 1794 por la barbarie de los feroces cashibos llamados entonces carapachos.

La guía del Perú se enriquecía con importantes detalles. Según el censo formado por el plan de tributos que se reconocía muy diminuto, en las siete intendencias existía 1 076 122 personas en 1 460 poblaciones; Lima incluía en su recinto 52 627 habitantes y en los suburbios 10 283. En su arzobispado y en los cuatro obispados del Cuzco, Arequipa, Huamanga y Trujillo había 557 curatos. El territorio conocido se calculaba en 33 628 y media leguas cuadradas. En el quinquenio de 1794 a 1798 se habían sellado en la casa de moneda 27 967 566 pesos con seis reales que corresponden por año común a 5 593 513 pesos con dos y medio reales. La minería suministraba además de este metal amonedado las pastas destinadas a otros usos y las que salían por contrabando. La entrada anual de la hacienda pasaba de 4 500 000 pesos, no llegando los gastos a cuatro millones. La importación de Europa se redujo en el quinquenio de 1790 a 1794 a 29 091 290 pesos con cinco y medio reales, la exportación a 31 889 500 pesos con seis reales y un octavo. La exportación del Callao para los puertos del Pacífico fue de 7 823 776 pesos con seis reales; la importación de los mismos 8 359 749 pesos con seis reales; la exportación de Lima a las plazas interiores del virreinato de 22 859 820 pesos con seis reales y tres cuartos y la importación 28 443 853 pesos con dos y medio reales. Las rentas del arzobispado de Lima ascendían a 904 893 pesos con dos y medio reales; las del obispado del Cuzco a 468 539 pesos con dos y medio reales; las de Arequipa a 393 901 pesos con cinco reales; de Trujillo a 244 034 pesos con tres y medio reales; de Huamanga a 283 575 pesos con cuatro y medio reales, formando un total de 2 194 944 pesos. Para acercarse a la verdad es necesario aumentar al menos en un tercio la mayor parte de estos datos oficiales, porque con interés o sin él había una propensión general a la ocultación y a la rebaja.

Con toda su imperfección bastan esas noticias para juzgar favorablemente de aquella situación material. También hablan en su favor las balaustradas puestas a la puerta de los templos, los depósitos de pólvora colocados a dos leguas de la ciudad, la reparación de muchas obras públicas y los cuantiosos donativos voluntarios para hacer la guerra a la Francia, en la que con el suplicio de Luis XVI parecían desencadenadas todas las pasiones revolucionarias.

A fin de que no se despertasen en el Perú, se espiaban las conversaciones públicas y privadas, se tenía cuenta de las personas llegadas de Europa y entre la de otros escritos se impedía la circulación de *Los derechos del hombre* publicados en Nueva Granada.

2_lorente 2.p65 194 29/11/2006, 12:14 p.m.

Don Ambrosio O'Higgins, conde de Ballenar y Osorno.- Bajo el nuevo virrey se presentó ya amenazadora la propaganda revolucionaria. El venezolano Miranda, que había servido a los liberales franceses, contaba con su apoyo para revolucionar a su patria. Aunque la paz con Francia alejó los temores de ese lado, la guerra con Inglaterra, que por el interés de su comercio y por vengarse del auxilio prestado antes a los Estados Unidos, quería la emancipación de la América española, ocasionó a la metrópoli riesgos más graves y más duraderos. Quedó interrumpido o muy disminuido su comercio con las colonias, que en el trato extranjero hallaron mercado más provechoso. Los cuidados de la guerra y su desordenada administración le impidieron proseguir sus planes de mejora precisamente cuando la América española, despertando del letargo colonial, principiaba a sentirse más ávida de luz, de reformas y de libertad.

Los únicos hechos memorables de este gobierno fueron la incorporación de Puno, que tan íntimas relaciones tenía con el resto del virreinato, la separación de Chile, que a la distancia no podía ser bien administrado, la refacción de algunos caminos y la mejor policía de Lima. El celo de los vigilantes llegó al extremo de prender al virrey que había salido disfrazado. O'Higgins que había traído buena reputación de la presidencia de Chile, la conservaba en el Perú por su solicitud en beneficio público; mas sorprendido por la muerte a principios de 1801 en el ejercicio de su cargo, fue sustituido por la audiencia, a la que no tardó en suceder don Gabriel Avilés, conocido por sus servicios militares desde la revolución de Tupac-Amaru.

El marqués de Avilés.- Más capaz para la guerra y para los ejercicios de devoción que para el gobierno del virreinato, siguió Avilés las rutinas establecidas sin haber influido mucho en los notables sucesos de su período, ni menos en la inminente revolución. El Perú logró que se le incorporaran por cédula real de 1802 las misiones de Maynas con todos los afluentes del Amazonas hasta el punto en que dejan de ser navegables. Este vasto territorio fue agregado en lo espiritual al obispado de Chachapoyas, cuya sede debía ser Jeberos. En 1804 se reincorporó también Guayaquil que ni política, ni militarmente podía estar bien gobernado dependiendo de otro virreinato. En 1805 se tuvo la felicidad de que prendiera el fluido vacuno que el Monarca había hecho los más loables esfuerzos por trasmitir desde España embarcando a varios jóvenes para vacunarlos sucesivamente. Este inapreciable don, con el que podían precaverse epidemias desoladoras, fue recibido con gratitud entusiasta. También obtuvo una acogida lisonjera el sabio Humboldt que venía a estudiar el nuevo mundo. Entre las obras más importantes deben contar-

2_lorente 2.p65 195 29/11/2006, 12:14 p.m.

se el parque y fortaleza de artillería principiados en Lima bajo la dirección de don Joaquín de la Pezuela, y el establecimiento de serenos.

Resto de las anteriores preocupaciones fueron el castigo de unas hechiceras y dos autos de fe sin personas relajadas. Entre los fenómenos naturales causaron mucha admiración ocho o nueve truenos que se oyeron en Lima el 19 de abril de 1803. En las provincias se hicieron notar abundantes lluvias y volcanes de agua.

Pasó casi desapercibida en el resto del virreinato una conspiración tramada en el Cuzco en favor de la Independencia. La guerra con Inglaterra, que se había suspendido a principios del siglo, se renovó a fines de 1805, ofreciendo la captura de buques enviados del Perú con ricos cargamentos, la destrucción de la escuadra española en las aguas de Trafalgar, y en América el combate de Arica y la toma de Buenos Aires por los ingleses.

Don Fernando Abascal.- Bajo el sucesor de Avilés, el heroísmo argentino arrojó por dos veces a los invasores; y este suceso que en el Perú celebraban los realistas con entusiasmo, contribuyó poderosamente al gran levantamiento, con que en el reinado siguiente sacudió la América española el yugo de la metrópoli.

—XI—
Fernando VII
(1808-1824)

Don Fernando Abascal.- Los sucesos de la Península generalizaron rápidamente el proyecto de emancipación que ya habían concebido y difundían en secreto algunos americanos de ideas avanzadas y de patriotismo ardiente. Carlos IV se vio forzado por un motín popular a abdicar en Fernando VII. Arrancando la renuncia al padre y al hijo pretendió Napoleón dar la corona a su hermano José. Exaltados por el amor a la independencia, acometieron los españoles una lucha desigual contra el capitán del siglo. Una vez armada la España para rechazar el yugo extranjero, quiso recobrar la libertad que le habían arrebatado los monarcas absolutos; se reunieron las cortes del reino; se estableció la libertad de imprenta; se abolió la inquisición; y se juró la constitución liberal de 1812. Los americanos, a quienes se declaró libres, fueron llamados a la representación nacional y obtuvieron franquicias diminutas. El ejemplo, las doctrinas, lo que se concedía y lo que se negaba, todo contribuía a hacer sentir en América el derecho de salir de una humillante tutela; parecía obra de gigantes derribar de súbito el edificio colonial de tres siglos; mas la ocasión se presentaba propicia y los hombres bien templa-

2_lorente 2.p65 196 29/11/2006, 12:14 p.m.

dos no dudaron sacrificarse por una causa en que se interesaban la patria, la libertad, la justicia, el porvenir de un mundo y el progreso de la humanidad. Sin concierto previo se levantaron Buenos Aires, La Paz, Santiago, Quito, Caracas, Bogotá y muchos pueblos de México. Un movimiento tan simultáneo, universal e imprevisto manifestaba a las claras que había llegado ya el tiempo decretado por la Providencia para la emancipación del nuevo mundo. En el Perú cundía también el fuego sagrado de la patria; Tacna se pronunció en 1811, Huánuco en 1812, por segunda vez Tacna en 1843, todo el Sur en 1814. Aunque en Lima la mayoría estuvo constantemente por la Independencia, el espíritu público se vio comprimido por el fuerte de Santa Catalina y por hallarse concentrados en la capital los recursos de los virreyes.

Abascal se mostró bastante político y benévolo y pudo prolongar un régimen odiado, con una administración sabia, a la que siempre es reconocido el pueblo peruano. Desde su llegada se ocupó con celo en el servicio público; reparó las murallas de la ciudad; edificó el cementerio general; fundó el colegio de medicina; favoreció el de abogados; procuró conciliar los ánimos formando el batallón de la *Concordia*; entre los aprestos de tierra y amagos de conspiraciones hizo sentir las dulzuras de la paz; y sin comprometer el prestigio del poder, contemporizó hábilmente con las efusiones de la libertad.

Los amantes del progreso veían con placer las elecciones municipales, las de diputados a cortes, la extinción del santo oficio, la jura de la constitución, el nombramiento de un consejero limeño y otras manifestaciones de la vida política. Cuando al regreso de Fernando VII de su cautividad en Francia se perdieron en España las esperanzas de libertad con el restablecimiento del gobierno absoluto, la Independencia de América parecía comprometida por los recientes triunfos de los realistas y porque se enviaban contra ella huestes aguerridas que habían vencido a los soldados de Napoleón. Abascal, que esperaba días más tranquilos, se vio sorprendido con la sublevación de tropas acuarteladas en la capital, movimiento que supo reprimir con admirable energía. Pocos meses después era reemplazado por don Joaquín de la Pezuela y salía del Perú dejando los más honrosos recuerdos.

Don José Joaquín de la Pezuela.- El nuevo virrey que debía su elevación a sus triunfos sobre las fuerzas de Buenos Aires, pudo lisonjearse con mayores esperanzas sabiendo que una expedición enviada a Chile había alcanzado un triunfo; mas su satisfacción duró pocos días. El patriotismo chileno, sacando fuerzas de la derrota, había deshecho a sus vencedores; y desde entonces argentinos y chilenos no pensaron sino en asegurar su independencia favoreciendo la del Perú que mostraba los

2_lorente 2.p65 197 29/11/2006, 12:14 p.m.

mejores deseos, pero que se hallaba comprimido por las fuerzas realistas. El virrey no tuvo más pensamiento que el de rechazar la agresión inminente; y a la llegada del ejército libertador tenía unos 23 mil hombres bien disciplinados. El entusiasmo de los patriotas peruanos fortificaba por momentos la causa de la emancipación; y el ejército realista, creyendo perdida la suya en manos del virrey, le obligó a entregar el mando a don José La Serna que gozaba de una alta reputación militar.

Don José La Serna.- Con un tesón que recuerda el de los conquistadores, peleó el ejército realista para conservar la dominación española en el Perú; mas sus esfuerzos sólo hicieron resaltar más el triunfo de los patriotas, cuyas virtudes cívicas y militares ilustran la emancipación. La Serna, prisionero en Ayacucho, debió a la generosidad de los vencedores su salida apacible del Perú. La cultura colonial pudo conservarse con las transformaciones indispensables por no haberse complicado la guerra de independencia con una guerra de razas.

—XII—
Civilización colonial

Idea del virreinato.- Antes de haber sufrido ninguna desmembración, el virreinato del Perú se extendía por el lado del Pacífico desde los confines de Costa Rica hasta el Cabo de Hornos con una reducida interrupción en las costas del Chocó; por el lado oriental incluía además de Tierra Firme, el vastísimo territorio comprendido entre Popayán y Buenos Aires. Al erigirse el virreinato de Santa Fe se le segregaron las audiencias de Panamá y Quito. El de Buenos Aires se formó del país correspondiente a la audiencia de Charcas. Con la de Santiago se creó la capitanía general de Chile. Por la reincorporación de Puno y Maynas recobró el virreinato del Perú los límites de la república actual, habiendo incluido también en los últimos tiempos del coloniaje todo el alto Perú y los gobiernos de Atacama, Chiloé y Guayaquil.

Lima era la verdadera corte de la América meridional. Según cálculos preferibles a los diminutos censos, su población se elevaba desde fines del siglo diecisiete a más de 70 mil habitantes. Cada casa ocupaba ya más espacio que cuatro de los mayores palacios de Génova. Excedía a muchas antiguas cortes en pinturas de Roma y Sevilla, paños de Flandes, terciopelos de Toledo, tafetanes de Granada y adornos de la China. Era incomparable en la riqueza de oro, plata, diamantes, perlas y piedras preciosas. El común del pueblo gastaba caballo, sederías y joyas. La nobleza, en la que se contaron duques, marqueses, condes, vizcondes y caballeros de las órdenes militares, eclipsaba con el lujo a la grandeza

2_lorente 2.p65 198 29/11/2006, 12:14 p.m.

española, con la que estaba relacionada. Los coches eran muchos y las calesas pasaron de cuatro mil. El culto, para el que se habían erigido unos cien templos, fue más esplendente que el de las ciudades santas. Abundaron las fundaciones de beneficencia. Florecieron los gremios de artesanos. La capital del virreinato era también el emporio del comercio, un foco de ilustración y el centro del movimiento religioso.

El Cuzco, aunque reina destronada, era rival de Lima por sus edificios, culto, población e influencia. Arequipa se distinguía por sus comodidades y escogido vecindario. Huamanga ostentaba sus construcciones. Trujillo preponderaba en el Norte. Piura crecía en bienestar y habitantes. Los puertos del Callao, Paita, Pisco y Arica sufrieron rudos contrastes, ya de los terremotos, ya de los piratas. Huancavelica estuvo pendiente del estado de sus azogues. Potosí que había contado más de cien mil habitantes nadando en la opulencia, decayó con su mineral. El de Pasco contribuyó a la prosperidad de Huánuco, Tarma y Jauja; el de Hualgayoc levantó a Cajamarca, que como Chachapoyas sólo se había sostenido con sus tejidos. Ica y Moquegua prosperaron con sus viñedos. Lambayeque heredó la prosperidad de Saña abatida por los corsarios y las inundaciones. Tacna se engrandecía lentamente con su arrieraje. Puno debió su origen y acrecentamiento a sus minas y ganados. Otras muchas poblaciones coloniales no pudieron sostener su primitivo rango. También cayeron en ruinas antiguas capitales de los Incas. Por mucho tiempo se veían de media en media legua y a veces a más cortas distancias pueblos con las calles arregladas y las casas en pie; echándose sólo de menos los habitantes y los techos bajo los que debían guarecerse. Valles que como el de Santa habían sido un hormiguero de indios, no ofrecían ya sino escombros recientes. La población del Perú actual llegó a reducirse a menos de un millón de almas, estando el mayor número de habitantes dispersos en haciendas, caseríos y estancias.

Sociedad colonial.- Los indios seguían disminuyendo con espantosa rapidez. Las viruelas desolaban periódicamente sus pueblos; el abuso del aguardiente causaba estragos continuos; la opresión no permitía que las nuevas generaciones llenasen los vacíos determinados por la muerte natural o prematura. Siervos del terreno en las haciendas, y expuestos a las vejaciones de todo el mundo en los pueblos, no gozaban del reposo, ni de la seguridad, ni de los recursos, que hacen posible la multiplicación de las familias en el seno de la paz y de la abundancia; muchos perecían entre las penalidades de la mita, por el influjo del no acostumbrado clima o entre las privaciones de la vida errante. Si para gozar mejor de la protección de las leyes se establecían en la capital o en otras grandes ciudades, su sangre venía a refundirse en otras razas. La fatali-

2_lorente 2.p65 199 29/11/2006, 12:14 p.m.

dad parecía condenarlos a desaparecer por falta de multiplicación o por el movimiento de absorción.

Aunque era continua la introducción de esclavos, sea por el istmo de Panamá, sea por Buenos Aires, el número de negros pocas veces excedió de 50 mil en el territorio actual del Perú. Reducidos a vivir casi exclusivamente en la costa perecían prematuramente, ya por los estragos de la esclavitud, ya por el abuso de los deleites o confundían su sangre con las razas superiores.

La raza blanca estaba lejos de ofrecer el desarrollo prodigioso que prometían su posición privilegiada y los recursos del país. Limitada generalmente la inmigración a sólo los españoles, que obtenían una licencia embarazosa y podían llegar al Perú superando las dificultades de la distancia y la insalubridad del tránsito, pocos llegaban a ser el tronco de una serie de generaciones blancas. La degradación del trabajo, entregado a manos serviles, la dificultad de asegurar la subsistencia de una familia en posiciones honradas, el lujo ruinoso convertido ya en una necesidad social y otras preocupaciones arraigadas, multiplicaban las vocaciones por el claustro, propagaban un libertinaje infecundo o daban lugar a amores con otras razas, no consagrados por la religión, pero que la opinión miraba con cierta indulgencia.

Era grande el poder de absorción en la raza dominante, tanto por la fuerza de la sangre que antes de un siglo dejaba generaciones perfectamente blancas, como por la fuerza de la atracción social hacia las mezclas más avanzadas. Habiendo entrado por muy poco el elemento negro en esta fusión, el porvenir de la nueva sociedad quedó pendiente en gran parte de la absorción regular y progresiva de la raza india. La generación hispano-peruana pudo echar hondas raíces en un país que los abuelos maternos habían conquistado a la civilización desde siglos remotos; y la mezcla de sangre española formó una nacionalidad, tan nueva como había aparecido la América a los descubridores del Nuevo Mundo. El desarrollo hubo de ser lento, porque la organización política propendía a inmovilizar la sociedad naciente. Los mestizos, primer elemento de fusión, casi proscriptos al principio por un gobierno receloso, despreciados a menudo por la ilegitimidad de su origen, con una educación poco regular, pocas veces con fortuna e influencia, arrastraban comúnmente una existencia incierta, penosa y estéril. Mas un gran número lograba sobreponerse a las dificultades de su posición, se hacían dignos de la consideración social por sus luces y carácter, formaban familias estables y contribuían eficazmente al progreso de su patria.

Sistema de gobierno.- Antes de la revolución liberal de 1810, la monarquía absoluta rigió sin oposición en el Perú, como en los demás dominios

2_lorente 2.p65 200 29/11/2006, 12:14 p.m.

españoles. El Rey era acatado como un vicediós; la rebelión contra él constituía el horrendo crimen de lesa majestad; su advenimiento, su muerte, cuantos sucesos interesaban a la familia real, se solemnizaban con una pompa semejante al culto religioso. El pueblo no tenía ninguna parte en la formación de las leyes, que eran la simple expresión de la soberana voluntad. Mas el gobierno debía consultar siempre los principios de la religión, justicia, orden y utilidad general. Para que nada quedase sujeto al acaso, habían de obedecerse las leyes de Indias, en su defecto las de Castilla, las antiguas del reino y las ordenanzas de los virreyes. Todas las autoridades estaban sujetas al juicio de residencia; se prescribían visitas ordinarias y extraordinarias; los más humildes vasallos podían elevar sus quejas hasta el trono, siendo inviolable el secreto de la correspondencia. El Consejo de Indias, puesto a la cabeza de la administración, deliberaba con lentitud y conservaba las tradiciones, a fin de hacer reinar la unidad de miras en la vasta dominación de las colonias y asegurar el orden secular.

La América española debía marchar con la regularidad de una reducción religiosa, con el riguroso bloqueo de una plaza sitiada, con las restricciones impuestas por las preocupaciones económicas y bajo la doble tutela de las autoridades locales y de la metrópoli. Semejante sistema, hijo de los errores dominantes al descubrirse el nuevo mundo; con los vicios inherentes a toda conquista y tan perjudicial a la España como a sus colonias fue establecido por Carlos V, organizado por Felipe II y desarrollado lentamente por los últimos monarcas de la dinastía austriaca; la fuerza de las cosas lo alteró el advenimiento de los Borbones; Fernando VI y Carlos III lo reformaron en parte; bajo Carlos IV se debilitó, y dejó de regir en el reinado de Fernando VII.

La buena elección de virreyes neutralizó en parte las perniciosas influencias de instituciones tan absurdas como injustas. Hubo entre ellos hombres eminentes, no sólo por su esclarecido origen, sino también por sus anteriores servicios, y que habrían figurado con honor en los países mejor administrados. Su cargo les autorizaba a gobernar como el Rey pudiera hacerlo en persona, y la situación les daba un poder discrecional para sobreponerse a las limitaciones que estuvieran en oposición con las exigencias locales. Su posición era la de verdaderos soberanos; su llegada al Perú se anunciaba por un embajador, y su aproximación a la capital con salvas; su entrada era bajo de palio, por entre arcos triunfales, colgaduras, tapices y alguna vez por calles empedradas de barras de plata; festejábase su venida con acciones de gracia, y fiestas pomposas; los poetas encomiaban su mérito, los oradores no encontraban elogios bastante elocuentes, las monjas les obsequiaban dulcísimos conciertos, la nobleza les servía con lealtad, y el pueblo les estaba sumiso;

2_lorente 2.p65 201 29/11/2006, 12:14 p.m.

los paseos triunfales, el coche de seis caballos, la espléndida corte, la capilla real del palacio; las regalías que les estaban reservadas en el ceremonial del templo, su dotación que llegó a elevarse a sesenta mil pesos y solía doblarse con otras entradas autorizadas por el uso, todo les rodeaba de un prestigio soberano, y su autoridad parecía más desembarazada que en las monarquías absolutas. Para allanar sus labores desde el siglo dieciséis cada virrey debía entregar a su sucesor una relación del estado en que dejaba el gobierno; informes verbales sobre los negocios secretos, una razón de las exigencias de la etiqueta y los archivos en buen estado. Un secretario corría con el despacho. Un asesor general era consultado en los asuntos graves; solía haber asesores particulares para las cosas de guerra y de indios; personas instruidas informaban en los asuntos espinosos; la audiencia llamada a reemplazar y que en diez períodos ejerció las funciones del virrey, formaba su consejo nato.

Todo este aparato de administración conservaba cierta regularidad en los procedimientos y sostenía el orden público por sólo el prestigio del gobierno. Mas estaba lejos de ejercer una acción benéfica, múltiple, eficaz y constante, como pedían los progresos del virreinato. Hubo virreyes injustos, arbitrarios o mal aconsejados; su numerosa servidumbre traía todas las plagas del favoritismo; el corto tiempo señalado a su gobierno, que llegó a reducirse a tres años, les condenaba a hacer muy poco, al principio por inexperiencia y al espirar su período por falta de ascendiente; teniendo que dirigirlo todo, no podían hacer grandes cosas; y sus mejores deseos debían estrellarse ante la falta de cooperación y la fuerza de la inercia, inevitables en el letargo colonial y nulidad política a que estaba condenado el pueblo. La resistencia del clero, que debía ser la primera potencia del gobierno, gastó a menudo la energía de los más activos y prudentes virreyes.

Gobierno eclesiástico.- Siendo la religión el alma de la colonia, el gobierno eclesiástico ocupaba el primer lugar en la legislación de Indias; y el virrey no era verdaderamente el jefe de la administración, sino por cuanto era vicepatrono de la Iglesia. En las reducciones de los salvajes, el misionero se convertía en ley viviente y personificaba el gobierno entero; en las doctrinas dominaban los curas; los obispos eran verdaderos potentados en sus respectivas diócesis; el arzobispo de Lima se levantaba en todo el reino como rival de los virreyes; las corporaciones religiosas constituían también un gran poder; el formidable tribunal del santo oficio dominaba todas las conciencias y encadenaba todas las fuerzas; el tribunal de la cruzada venía a reforzar el poder eclesiástico; y hasta el juzgado de difuntos le apoyaba, haciendo valer las disposiciones piadosas que dominaban en los testamentos. La instrucción pública, los establecimientos

2_lorente 2.p65 202 29/11/2006, 12:14 p.m.

de beneficencia y las cofradías popularizaban la autoridad de la Iglesia; sus posesiones eran tantas que, al decir de un viajero, hubiera podido hacer al Rey su vasallo; los clérigos, frailes y monjas formaron más del séptimo de la población de Lima.

Respetando siempre los derechos de la Iglesia, se mostraban celosos los virreyes en el ejercicio del patronato; moderaban el deseo de fundaciones de piedad; nombraban los curas seculares precediendo el concurso y podían removerlos por concordia; intervenían en las permutas de doctrinas y hacían reconocer su autoridad en las confiadas a los frailes; daban curso a las quejas contra eclesiásticos; podían extrañar a los turbulentos; interponían su veto en las elecciones de provinciales y no dejaban pasar bulas, leyes, ni orden alguna emanada de las autoridades eclesiásticas sin el correspondiente permiso del Consejo de Indias. Mas, aunque los obispos prestaban juramento de respetar el patronato, resistieron tenazmente su amplio ejercicio, y el clero apoyado en sus fueros solía sustraerse a toda responsabilidad efectiva. El orden público se vio a veces comprometido por la exaltación de los frailes, cuyos capítulos solían ofrecer toda la agitación de las elecciones políticas.

Las elecciones capitulares traían y dejaban mucha inquietud en el público; porque disputándose en ellas las riquezas, la consideración, el poder y hasta cierto punto la dirección del movimiento nacional, se ponían en juego todas las pasiones. Todo el mundo tomaba interés en la elección; unos por relaciones de familia, otros por celos de nacionalidad; algunos por participar de la opulencia de los futuros prelados y curas, no pocos por gozar de la influencia de los provinciales, que eran verdaderos potentados en ciertas religiones. Las pandillas, las intrigas y todo género de seducciones se cruzaban entre los conventos y la calle; llovían las noticias y los empeños. Siendo serios los intereses debatidos, profunda la escisión y grande la independencia de los frailes, no siempre podía impedirse, que la agitación degenerara en tumulto, ni que ocasionara vejaciones, muertes y cierta especie de sediciones. Los virreyes necesitaban mezclar la prudencia a la energía; porque eran acusados, a la vez, de no proteger a los vasallos del Rey y de oprimir a personas exentas. La tolerancia era aconsejada por la política para no irritar a los principales auxiliares de la autoridad civil. El gobierno colonial perdió una inmensa fuerza con el desprestigio de la inquisición, la expulsión de los jesuitas y la secularización de las doctrinas que había poseído el clero regular.

Gobierno civil.- De las cinco grandes audiencias, que en su mayor extensión llegó a comprender el virreinato, las de Panamá y Santiago, si bien reconocían la autoridad del virrey y apelaban a él para las necesidades de la guerra y remisión de los situados, prevalidas de la distancia se

2_lorente 2.p65 203 29/11/2006, 12:14 p.m.

conducían con mucha independencia; las de Quito y Charcas, reconociendo en todo su superioridad, se tomaban muchas libertades; sólo la audiencia de Lima, que gozaba de suma consideración, le estaba sometida, en cuanto permitía la independencia de las funciones judiciales. Entre los eminentes magistrados de Lima hubo hombres tan entendidos como Solórzano y tan justificados como Padilla. La audiencia del Cuzco, cuya necesidad se había hecho sentir desde el siglo diecisiete, no dejó de corresponder a los fines de su erección.

Para las necesidades de la administración civil el territorio actual del Perú, no contando el de las montañas, estuvo divido en provincias, que en los últimos tiempos del coloniaje se distribuyeron en las ocho intendencias de Trujillo, Tarma, Lima, Huancavelica, Huamanga, Cuzco, Arequipa y Puno. A la intendencia de Trujillo pertenecieron los antiguos corregimientos de Piura, Saña o Lambayeque, Chota, Cajamarca, Chachapoyas, Lulla y Chillaos, Pataz o Cajamarquilla, Huamachuco y Trujillo; a la de Tarma, Huaylas, Conchucos, Cajatambo, Huamalíes, Huánuco, Panataguas, Tarma y Jauja; a la de Lima, el Cercado, Santa, Chancay, Canta, Huarochirí, Yauyos, Cañete e Ica; a la de Huancavelica, Tayacaja, Huancavelica, Castrovirreina y Angaraes; a la de Huamanga, Huanta, Anco, Huamanga, Vilcas Guaman o Cangallo, Andahuaylas, Lucanas y Parinacochas; a la del Cuzco, Abancay, Cuzco, Quispicanchi, Paucartambo, Calca y Lares, Chilques y Mages, Cotabamba, Tinta o Canas y Canchis, Aymaraes y Chumbivilcas; a la de Arequipa, Camaná, Arequipa, Condesuyos, Cailloma, Moquegua, Arica y Tarapacá; y a la de Puno Lampa, Puno o Paucarcolla, Chucuito, Azángaro y Carabaya. Los corregidores, cuya duración varió de tres a cinco años, eran los bajaes de las provincias y generalmente tan malos que solía tenerse por peor al último. La creación de intendentes para mejorar el gobierno sólo pudo remediar en parte abusos seculares.

El régimen municipal estaba siempre confiado a los cabildos, teniendo el de Lima el privilegio de no admitir corregidor. Los regidores, que compraban sus plazas a perpetuidad, nombraban de su seno o entre los demás vecinos dos alcaldes anuales, cuya elección debía ser confirmada por el virrey. En los pueblos de indios había también alcaldes, por elección popular en el nombre, y en realidad impuestos por el cura o el corregidor. Los caciques que conservaban su jurisdicción tradicional y hereditaria, la ejercían más especialmente para integrar las mitas, recaudar tributos o imponer otras exacciones. El comercio reconocía la autoridad protectora del consulado, que ayudaba también al gobierno en los grandes negocios de hacienda. La minería recibió fomento y regularidad de su tribunal especial, y en Potosí y Huancavelica hubo una organización administrativa bastante desarrollada. Había protectores de indios

2_lorente 2.p65 204 29/11/2006, 12:14 p.m.

entre los fiscales de las audiencias y en todas las provincias sus cajas de censo tuvieron una administración especial. También había jueces particulares para la mejor distribución de las aguas, alcaldes de hermandad para la seguridad de los campos, y otros funcionarios de policía. Un oidor debía visitar el distrito cada tres años. Sea por la corte, sea por el virrey o por los tribunales se enviaban de tiempo en tiempo jueces pesquisidores. La ley había fijado las atribuciones, deberes y subordinación de las respectivas autoridades, minuciosas reglas de buen gobierno, ordenanzas de gremios, obrajes, minería y comercio, medidas suntuarias, en suma, cuanto parecía conducir a la marcha de la sociedad según los principios de paz, justicia y prosperidad.

Una parte de la actividad administrativa se gastaba en las prácticas de etiqueta y en las controversias de jurisdicción. El ceremonial se cuidaba con tanto más escrúpulo, cuanto que ocultaba con las fascinadoras apariencias de superioridad la debilidad real del gobierno. Las competencias de autoridad, muy frecuentes por alegatos de fuero, circunstancias locales u otras causas se revestían de gran trascendencia cuando ocurrían entre el virrey y la audiencia; porque se temía la colisión aparente entre el ejercicio de la soberanía reservado al representante del Rey y la independencia reconocida en los tribunales.

El mayor escollo de la buena administración era la corrupción de los empleados, que por la distancia del poder central, la escasa influencia de la opinión pública, sus ningunas raíces en los pueblos y la confianza en la impunidad llegaba a veces a un grado espantoso. Representando el empleo más a menudo un favor o un precio, que la recompensa del mérito, se ejercía principalmente con el designio de improvisar una fortuna sin detenerse en los medios. La vara de la justicia se transformaba en vara de comerciante; se buscaban expedientes para paliar las iniquidades, torciendo con más o menos habilidad el curso de las causas; los pleitos se hacían interminables, especialmente si los asuntos eran de tal cuantía, que pudiese apelarse al Consejo de Indias; la protección acordada a los indígenas por multiplicadas leyes y recomendada constantemente por los Soberanos venía a ser tan ilusoria que en el dictamen de hombres muy justificados lo mejor que podía hacer el gobierno era no ocuparse de ellos.

Con la opresión de los indios contrastaba la licencia de los blancos, cuya obediencia a la ley se medía por su voluntad en las provincias no muy remotas, y que formando cierta aristocracia de color reproducían el desorden de los tiempos feudales.

Para las razas mezcladas que tenían una posición excepcional bajo el nombre de castas o gente de medio pelo, existía la alternativa frecuente de oprimir o ser oprimidos; produciendo los estragos del rayo entre los

2_lorente 2.p65 205 29/11/2006, 12:14 p.m.

desvalidos indios, siendo objeto de escándalo por sus demasías en las grandes poblaciones e inspirando serios recelos al gobierno por su espíritu osado, solían asegurar la impunidad de sus excesos, ya en el desamparo de los lugares, ya en los sagrados que les ofrecían el clero y la nobleza; mas otras veces, sin que fuesen muy culpables, salían al presidio de Valdivia, a la extracción de piedras en la isla de San Lorenzo, que por su destino se llamaba la galera, u a otros trabajos forzados.

Las más sentidas quejas contra el gobierno de los virreyes eran por haber defraudado a los beneméritos del país del premio, que la naturaleza y las leyes parecían asegurarle; la venalidad o el favoritismo distribuían el mayor número de empleos y gracias; aunque sea en el virreinato, sea en otros dominios españoles brillaron muchos peruanos en altos puestos, eran tantas y tan elevadas las aspiraciones que nunca la autoridad podía aparecer justificada en la distribución de las recompensas. La empleo-manía fue desde muy antiguo una verdadera plaga; ocasión hubo en que los pretendientes se contaron por millares, y pasaron de dos mil las cédulas para la expectativa de premios. Mientras el trabajo no obtuviese la debida estimación y escasearan las posiciones apetecibles, no había para los desheredados de la fortuna otra perspectiva que pretender o vivir a expensas de la caridad pública y privada.

Estado militar.- La carrera militar no ofrecía entonces muchos atractivos. Cuando cesó el desorden de la conquista, la defensa del territorio quedó confiada principalmente a los vecinos agraciados con encomiendas de indios; los virreyes tuvieron una reducida guardia de lanzas y arcabuces, que mal pagados o cesando enteramente el sueldo, hubieron de servir exclusivamente por los honores del puesto o por las ventajas del fuero; las depredaciones de los corsarios hicieron necesaria la pequeña armada del Sur y la guarnición de quinientos hombres en el puerto del Callao; la sublevación de los araucanos obligó a sostener una fuerza doble en sus fronteras; después se establecieron las guarniciones de Buenos Aires y Tierra Firme; mas el ejército destinado a defender el vasto virreinato pocas veces pasó de tres mil plazas bajo la dinastía austriaca.

Reducido el Perú a la audiencia de Lima, la fuerza veterana no llegaba a 1 500 hombres; las milicias que solían contar nominalmente más de 40 mil y 60 mil soldados y en la capital sólo se elevaban a unos ocho mil, distaban mucho de ofrecer la misma fuerza efectiva. Sólo después que se hizo inminente la invasión inglesa o se concibieron serios temores por la tranquilidad interior, se trabajó eficaz y asiduamente en la organización militar. La carrera fue recibiendo todas las mejoras y obteniendo la consideración de que gozaba en España; a los imperfectos buques construidos en Guayaquil reemplazaron buenos navíos de guerra venidos de

2_lorente 2.p65 206 29/11/2006, 12:14 p.m.

Europa; estuvieron bien provistas las salas de armas; se construyó un buen parque de artillería; se acabaron las grandes fortificaciones del Callao; vinieron tropas aguerridas de Europa; y los excelentes soldados que suministraba el Perú pudieron realizar grandes hechos, utilizándose la plenitud de sus esfuerzos con la buena disciplina.

En tiempos anteriores sólo habían podido desplegarse pasajeramente el valor y el entusiasmo, cuando la colonia se veía acometida por fieros enemigos de la religión y de la patria. Para sostener el orden interior bastó casi siempre la fuerza de las creencias; rarísima vez se vieron obligados los virreyes a presentarse en el lugar de los disturbios; y unos pocos soldados mandados por un cabo imponían tanto como un gran ejército. El estado de las rentas no permitía aumentar mucho el presupuesto militar.

Hacienda.- Como sucede tarde o temprano a todos los gobiernos mal constituidos, el mal estado de las rentas era a un mismo tiempo indicio de la viciosa administración, obstáculo para su reforma y principio de su ruina. No se desconocieron en verdad las necesidades de exactitud, economía, responsabilidad y vigilancia, que son el alma de todo sistema financiero. Los virreyes solicitaban la cobranza, conservación, incremento y buen empleo de las entradas fiscales, y en caso necesario consultaban a juntas u hombres competentes; los oficiales reales destinados a la administración inmediata ofrecían las garantías necesarias; la contaduría mayor encargada especialmente de hacerles cumplir sus deberes, desplegó muchas veces notable actividad y conservó la reputación de íntegra. Mas no obstante todas las previsiones legales y los severos castigos que llegaron hasta el último suplicio, la tentación fue siempre más fuerte que el miedo, y las defraudaciones se hicieron constantemente en gran escala.

Las entradas generales, que llegaban a reunirse en las cajas reales de Lima, se elevaron a poco más de dos millones anuales de pesos bajo la dinastía austriaca y a cuatro millones y medio en la época más próspera de los Borbones. Prescindiendo de los ramos secundarios o eventuales, las principales rentas se debieron al tributo de los indios, producto fiscal de las minas, impuestos sobre el comercio y ganancias en los efectos estancados. El tributo, que por mucho tiempo no dio ningún producto neto al fisco, le proporcionaba al fin cerca de un millón de pesos; los derechos pagados por el comercio, que eran principalmente los de alcabala y almojarifazgo o aduanas, sufrieron constantemente enormes desfalcos por causa del contrabando, crecieron en gran progresión, desde que se autorizó el tráfico por el Cabo de Hornos, y llegaron a ser la entrada más importante; el único estanco valioso fue el de tabaco; los dere-

2_lorente 2.p65 207 29/11/2006, 12:14 p.m.

chos sobre los metales extraídos, que al principio formaban el ramo principal, figuraron al fin en tercera o cuarta línea.

Los gastos del virreinato nunca pudieron ofrecer un orden riguroso y estable. La lista militar aun en tiempos pacíficos absorbía más de la mitad de las entradas; porque era necesario enviar situados a Chile, Buenos Aires, Panamá y Cartagena. La lista civil figuró durante un largo período por un décimo de los gastos. Muy poco era lo que se destinaba a las obras públicas, instrucción y beneficencia. En el sostenimiento del clero se empleaba una parte considerable de los tributos. El quinto de los metales beneficiados, reducido después al décimo, se consideró siempre propio del Rey, como legítimo propietario de las minas, cuya explotación acordaba a los descubridores. Mas para remitir al Rey sus quintos era necesario desatender las atenciones más urgentes, perpetuar la deuda pública, valerse de arbitrios efímeros o recurrir a malos expedientes. Aun así apenas pasaría de cien millones de pesos la remesa regia en todo el período colonial correspondiendo a menos de 400 mil pesos anuales; cantidad total que hoy percibe el gobierno del Perú en pocos años con sólo el producto del guano; que el de España hubiera podido obtener fácilmente con un poco de libertad en el comercio colonial, y que sólo pudo realizarse perpetuando la iniquidad de la mita, reduciendo a veces el gobierno del Perú al cuidado de Huancavelica y Potosí, causando los más graves daños a la misma metrópoli en su bienestar y en sus costumbres, suscitando costosas rivalidades en Europa y atrayéndose la animadversión del mundo civilizado. Con tan mezquinos cálculos y perjuicios tan generales suelen dominar los errores económicos, acreditados por la irreflexiva codicia y sostenidos por un orgullo mal entendido.

Mejoras materiales.- La agricultura se enriqueció con aclimataciones inapreciables. Adquirió el Perú los ganados vacuno, lanar y de cerda, asnos, caballos, mulas, cabras, perros, gatos, aves de corral, trigo, cebada, arroz, caña de azúcar, café, uvas, aceitunas, otros muchos frutos europeos, varias legumbres, flores y hortalizas, alfalfa y otras yerbas utilísimas. Extendiose el cultivo de la coca, tabaco y arboleda. Mejoraron la labranza y otras prácticas de cultivo. Mas la riqueza agrícola se vio detenida en su fácil y valioso desarrollo por la excesiva extensión de las grandes haciendas pertenecientes en la mayor parte a manos muertas, por la inseguridad de la pequeña propiedad que se reconoció a los indios, por la irregularidad o carestía del trabajo voluntario y la imperfección del confiado a manos serviles, por la falta de salidas, por injustas prohibiciones que felizmente no se cumplieron de lleno, y por otros obstáculos políticos o sociales.

2_lorente 2.p65 208 29/11/2006, 12:14 p.m.

La minería favorecida con brazos, habilitaciones, sabias ordenanzas y decidida protección de las autoridades tuvo un desarrollo admirable. La explotación del oro no continuó con la extensión que ofrecía a los principios del régimen colonial, por hallarse situados los más opulentos lavaderos en Carabaya y montañas de Jaén, donde eran de temerse la insalubridad del clima y los ataques de hordas feroces. La extracción del azogue, que se reservó el gobierno, se hizo en la mina de Santa Bárbara a todo costo y mediante trabajos grandiosos, habiendo ascendido hasta 1813 según los datos oficiales a 1 110 235 quintales con 41 arrobas y 11 libras; suma que posiblemente se duplicó por la extracción clandestina. La de La plata, que fue la industria predominante, no puede sujetarse a cálculo; pero todo hace creer que osciló entre seis y diez millones de pesos por año. Asombran verdaderamente la cantidad de mineral, que fue preciso remover para obtener esos tesoros, y la enorme suma de esfuerzos indispensables, sobre todo habiéndose realizado la mayor parte a fuerza de brazos. Más admirable es todavía la constancia de los mineros en una especulación, que solía ofrecer todos los azares del juego y en la que, a no favorecerles la casualidad con ricas vetas, corrían riesgo inminente de arruinarse por el excesivo costo de la explotación, por locas prodigalidades de que la costumbre hacía una necesidad, y por la exorbitancia de los derechos reales equivalentes a una compañía industrial, en que el Rey se reservaba grandes ganancias y no quería correr ningún riesgo. Es verdad, que a menudo le tocaba su parte en los desfalcos y pérdidas por la ocultación de los metales extraídos y la mala paga de los azogues dados a crédito.

Con la civilización colonial se introdujo y propagó en el Perú la práctica de artes tan importantes como la del herrero y carpintero, trabajos en seda e hilo, y otros de uso diario o de moda. Mejoraron mucho las construcciones de edificios y naves. Se conocieron las variadas aplicaciones de la pólvora. Los instrumentos de hierro, otros útiles traídos del antiguo mundo y el auxilio de los animales aclimatados facilitaron singularmente los progresos industriales. Mas en general, encadenados los principales oficios a las ordenanzas de gremios, entregados casi siempre a las clases abatidas y faltando las grandes enseñanzas y estímulos, los productos manufacturados se redujeron a pequeñas proporciones. En los grandes obrajes, en que se trabajaban varios tejidos, las ganancias se debían principalmente a la defraudación escandalosa que se hacía a los operarios forzados, quienes por lo mismo sólo habían de producir obras muy imperfectas.

El comercio luchaba con los más poderosos obstáculos. En el interior le dificultaban la falta de aspiraciones o de medios, las malas vías de comunicación y el monopolio que usurpaban los corregidores, curas,

2_lorente 2.p65 209 29/11/2006, 12:14 p.m.

hacendados, obrajeros y dueños de minas. Para comerciar con el virreinato de Nueva España y obtener efectos de la China era necesario casi siempre correr los azares del contrabando. El comercio con la Europa estaba reservado a la metrópoli, que por más de dos siglos quiso encadenarlo al embarazoso movimiento de los galeones, feria de Portobelo y concesiones hechas por la Casa de Contratación de Sevilla. Aun cuando se declaró libre [la ruta] entre los puertos de América y España, no desaparecieron ni la interdicción a los extranjeros, ni las dificultades acumuladas por el anterior monopolio. Sin embargo, a fines del siglo último, no contando el extenso contrabando, la suma de importaciones y exportaciones se acercó a dieciséis millones de pesos anuales en el tráfico con España, y aproximadamente a la mitad en el de Buenos Aires, Chile, virreinatos de Santa Fe y Nueva España. El principal puerto fue siempre el Callao, en donde se recibían breas, añil, cera y maderas de Guatemala, efectos de la China, cacao y maderas de Guayaquil, trigo, frutos secos y otros productos de Chile y toda clase de manufacturas europeas. Por el Sur entraban muchas mulas de Tucumán y hierba del Paraguay. Se exportaban para Chile y el Nuevo reino azúcares, menestras, licores o efectos fabricados.

La producción del Perú, que variaba sin cesar y no era objeto de apreciaciones bien meditadas, no puede someterse a cálculos precisos. Sin embargo, reflexionando sobre el monto de los diezmos, salarios, movimiento mercantil y otros datos bastante vagos, se conjeturaría con fundamento que llegó a más de veinte millones de pesos por año, correspondiendo unos dos quintos a la minería y el resto a la agricultura y demás industrias. La distribución de la riqueza producida se hacía con injusticia notoria, reservándose el clero, empleados y demás clases privilegiadas más de dos tercios. El consumo anual de Lima se calculaba a fines del siglo diecisiete en más de seis millones de pesos.

El comercio había formado en la capital algunos millonarios, varias fortunas de a trescientos y quinientos mil pesos, y un número muy considerable que oscilaba entre sesenta mil y doscientos mil; las debidas al pequeño tráfico eran tan instables que solía decirse: padre pulpero, hijo caballero y nieto pordiosero; la opulencia improvisada en las minas se disipaba como se había adquirido; los enriquecidos en los corregimientos y otras inicuas explotaciones empobrecían por lo común tan pronto que las cosas instables se comparaban a la hacienda debida a indios; ni éstos, ni los esclavos podían mejorar de situación; de los grandes hacendados solía afirmarse que vivían pobres y morían ricos.

La formación general de los capitales se dificultaba por el excesivo costo del culto, en que se empeñaban todas las razas, por la embriaguez común en los indios, el libertinaje de la gente de color y el ruinoso juego

2_lorente 2.p65 210 29/11/2006, 12:14 p.m.

en las clases más favorecidas. Eran muy raros los hábitos económicos; pero en cambio se padecía poco la extremada miseria, se generalizaba el bienestar, y las clases elevadas y aun los artesanos en Lima conocían los goces del lujo. El pueblo había adquirido el uso más frecuente de la carne y de la coca, el pan, la leche, licores fuertes, flores y perfumes. Mas las comodidades no correspondían a la opulencia del país, ni aun en los palacios de la primera nobleza.

Progreso moral.- Las grandes diferencias de raza y educación establecían notables contrastes y grados muy diversos de cultura entre los habitantes del virreinato. No lejos de indígenas inmóviles y silenciosos como estatuas residían negros turbulentos y bulliciosos; al entrar en ciertos pueblos del interior se les habría creído desiertos, y las más pequeñas reuniones de esclavos y libertos solían presentar el estruendo de la tempestad con las voces atronadoras, los instrumentos estrepitosos, el torbellino de las danzas importadas del África y otras escenas más borrascosas. Contrastaban singularmente la actitud sumisa de los unos con la osadía de los otros y la dejadez de los que sufrían el rigor de la inclemente puna por no echar un poco de lodo en las paredes de su choza, con las galas y pretensiones que en la capital desplegaba el ínfimo vulgo.

Si se exceptúan las reducciones del Paraguay, en las que bajo el régimen paternal de los jesuitas se conservaban el bienestar y la inocencia, los neófitos no eran sino salvajes mansos, adheridos tan débilmente a la civilización cristiana que la más leve causa bastaba para que desamparando o sacrificando al benéfico misionero, tornasen a la primitiva barbarie. Los indios de la ceja de la montaña ocupaban también de ordinario moralmente los confines de la vida salvaje. En otros muchos el aislamiento, la opresión y la miseria sostenían la degradación secular agravada por nuevos vicios; o se conservaban las antiguas supersticiones, o se hacía una idolatría del culto cristiano, permaneciendo refractarios al espíritu evangélico. La esclavitud incesantemente renovada con bozales de Guinea era un poderoso obstáculo para las mejoras morales.

Aun las clases más favorecidas podían resentirse del contacto imprudente de los niños con una servidumbre envilecida, y en la edad de las pasiones por las facilidades para el vicio. El clero mismo llamado a formar la moral social corría gravísimos riesgos de contagiarse, viéndose poderoso, entre las más violentas tentaciones y sin responsabilidades humanas. Era preciso que los curas y la mayor parte de los frailes fuesen santos para no caer en todas las fragilidades. De aquí la frecuencia y enormidad de los escándalos, que viniendo de tan alto y descendiendo a las regiones inferiores poco dispuestas para resistir su funesta influencia, causaban incalculable daño a las costumbres. Sin embargo de tamañas

2_lorente 2.p65 211 29/11/2006, 12:14 p.m.

contrariedades, el progreso moral era evidente en el Perú, y entre las influencias menos favorables se desplegaron las más bellas dotes del corazón y de la inteligencia.

Antes de pasar la primera mitad del siglo diecisiete, dejó la exaltación religiosa de mancharse periódicamente con los horrores inquisitoriales, que eran una consecuencia fatal de las guerras religiosas en las que se agravaban los odios de naciones hostiles con los sentimientos del fanatismo. La devoción, permaneciendo más fiel a su espíritu, multiplicó los establecimientos de beneficencia, el ejercicio de la caridad particular, la abnegación heroica de los misioneros, las prácticas del culto que alimentaban los sentimientos de fraternidad entre todas las razas, y las virtudes ascéticas que levantaban la sociedad del fango de la corrupción. Almas purísimas fueron un ideal viviente de la perfección cristiana; predicose siempre una moral regeneradora; el culto hablaba mucho a los sentidos y a menudo participaba más del espectáculo que del recogimiento. Mas en aquellos tiempos de fe sencilla y devoción ferviente era natural que en las pompas de la religión se reuniera en torno de los objetos venerados lo más raro, brillante e interesante, fuegos de artificio, iluminaciones, todas las riquezas del arte, todas las maravillas de la naturaleza, las escenas teatrales y las más simples efusiones de la piedad. La sociedad, que en tales fiestas hallaba sus más deliciosas satisfacciones, estrechaba al mismo tiempo los lazos de fraternidad y depuraba su espíritu.

Por la acción moralizadora de las creencias y la natural bondad del carácter se sostenían las amables virtudes, que brillaron en la sociedad colonial. Con pocos y fácilmente eludidos castigos fueron siempre raros los crímenes. Se viajaba por largas soledades con la mayor seguridad, y las cargas de plata se transportaban a largas distancias sin escolta, quedando a veces sin riesgo casi abandonadas en el desamparo de las punas. Los más valiosos efectos se recibían en cajones cerrados, declarando a cerca del contenido en la declaración del vendedor o conductores. Los préstamos se hacían por gruesas sumas sin recibo ni documento alguno, tranquilo el acreedor con la buena fe de sus favorecidos nunca desmentida. Las relaciones eran francas y cordiales, abriéndose las casas con la mayor llaneza y prodigándose las sinceras efusiones de cariño. Mirábase la hospitalidad más bien como una dicha que como el cumplimiento de un deber; algunos caballeros salían a los caminos en busca de huéspedes; en los pueblos, las principales familias se disputaban los forasteros para prodigarles obsequios. La despedida principiada a menudo con alegres banquetes se terminaba con lágrimas, que brotaban del corazón. Aun en las reuniones no santificadas por la religión eran comunes las virtudes de familia.

2_lorente 2.p65 212 29/11/2006, 12:14 p.m.

El espíritu público no podía desarrollarse faltando la vida nacional. El patriotismo se desvirtuaba buscándose la madre patria más allá de los mares, trasladando al Rey el amor; que ante todo merece la nación, y estrechándose sus inspiraciones por la prevención con que la interdicción colonial hacía mirar a todo extranjero. Mas no obstante las mezquinas preocupaciones no dejaba de brillar ardiente, desinteresado y puro en los peligros comunes y cuando de palabra o por escrito se fijaba la atención en las glorias del Perú.

Las letras ostentaban ya nombres gloriosos. Aunque la ley disponía que hubiese escuelas en todos los pueblos, por falta de ellas yacía la multitud en una ignorancia lamentable. La instrucción de las clases más favorecidas confiada al clero se resentía de la pequeñez de miras e imperfección de los métodos. En las colonias españolas, lo mismo que en la metrópoli, el absolutismo no permitía que figurasen en la enseñanza pública las ciencias económico-políticas llamadas a descubrir al pueblo sus intereses y derechos. La filosofía languidecía entre las difíciles puerilidades de las escuelas. El derecho y la teología se resentían necesariamente del mal estado de los estudios filosóficos. Las ciencias naturales y exactas en ninguna parte principiaron a ser bien cultivadas sino por hombres muy especiales hasta el siglo dieciocho. La medicina y los estudios de aplicación no podían mejorar en el Perú sino mucho después. Los de las bellas artes habían de adolecer de la falta de preparación y del mal gusto dominante. Sin embargo, apenas establecida la Universidad de Lima produjo hombres eminentes; desde el siglo diecisiete se hicieron admirar verdaderos prodigios de ingenio. La juventud educada en el Colegio de San Martín, al que reemplazó el Convictorio de San Carlos, se distinguió constantemente por una inteligencia clara y rápida. Algunas obras de peruanos merecieron grandes elogios en Europa. Hay del período colonial muchos trabajos apreciables sobre la historia nacional, lenguas índicas, poesía, religión y otros ramos del saber.

Aunque el coloniaje no fuese favorable ni a la formación de grandes caracteres, ni al ejercicio de una superior influencia, el Perú se gloría de muchos hijos que brillaron al frente de los ejércitos españoles, en el mando de poderosas escuadras, en el Consejo de los Reyes, presidiendo las cortes y ocupando con lucimiento en España y América los más elevados puestos de la jerarquía eclesiástica y civil. Con sus esfuerzos y sus recursos se realizaron desde los primeros tiempos grandes exploraciones en Oceanía, Patagonia e interior de América, se llevó la civilización a regiones salvajes, se defendió el Pacífico de peligrosas invasiones, se mantuvo un inmenso territorio en una paz secular y se preparó un porvenir más brillante a las nacionalidades que estaban formándose en el vastísimo virreinato.

2_lorente 2.p65 213 29/11/2006, 12:14 p.m.

Época de la Emancipación

—I—
Primeras tentativas de independencia (1805-1818)

Causas de la Emancipación.- La naturaleza de las relaciones internacionales se oponía a la sujeción permanente del Perú a la España. Las conquistas lejanas nunca fueron duraderas, y el coloniaje desapareció siempre con la infancia de las naciones. Los oprimidos indios echaban de menos el gobierno paternal de los Incas. Apenas consumada la conquista, la colonia que contaba con grandes fuerzas de mar y tierra y con los inagotables recursos del país, estuvo cerca de sacudir el yugo de la metrópoli. Desde el origen del virreinato se preveía que los enviados de la corte sacrificarían a miras egoístas la brillante suerte que debían prometerse los descendientes de los conquistadores y primeros pobladores. Fácil era conocer que no podía ser bien gobernado un vastísimo territorio con leyes dadas a tres mil leguas de distancia, y por autoridades no nacidas, ni nombradas en su seno. El absurdo sistema de interdicción y monopolio venía a agravar los males de una tutela tan perjudicial como humillante, aplazando indefinidamente los progresos que facilitan a todo pueblo el libre contacto del mundo civilizado y el amplio desarrollo de sus fuerzas.

El aislamiento a que fue condenado el virreinato, los hábitos de obediencia pasiva y la fuerza de las creencias hacían aparecer invulnerable la autoridad del Rey; desconocíanse la fuerza, intereses y derecho con que el Perú podía reconquistar su independencia; la heterogeneidad y rivalidades dificultaban el concierto de los peruanos para sacudir el yugo colonial; y el profundo letargo en que la inquisición, el absolutismo y la educación los habían hecho vegetar durante tres siglos, contribuía a prolongar por tanto tiempo una situación que sólo los dominadores pre-

2_lorente 2.p65 215 29/11/2006, 12:14 p.m.

ocupados por el orgullo o por mezquinos intereses podían calificar de natural, justa y provechosa. Mas desde que en el siglo dieciocho principió la filosofía a ilustrar a los pueblos a cerca de su poder y conveniencias; cuando la emancipación y prosperidad de la Confederación angloamericana descubrieron a la América española el porvenir reservado a los Estados independientes; y luego de que la revolución francesa propagó el espíritu de libertad; la existencia del coloniaje se hizo sumamente precaria y estuvo pendiente de la primera gran sacudida que recibieran la metrópoli y sus mal adheridas posesiones. La pérdida de la marina española en las aguas de Trafalgar, el heroísmo con que los argentinos rechazaron la invasión inglesa, y el levantamiento de la Península para sacudir el yugo de los franceses, sucediéndose a cortos intervalos, ofrecieron una oportunidad que en todo caso no habría dejado de presentarse en breve tiempo.

Movimientos secretos.- Un gobierno organizado de una manera estable, con las conciencias encadenadas, con el apoyo de fuertes intereses y armado de leyes severas para ahogar en sangre todo conato de independencia, sólo podía ser atacado por hombres firmes en sus convicciones y resueltos a morir por la patria; los primeros movimientos habían de concertarse con gran secreto; y el Cuzco, rival de Lima en influencia, lejos del poder central y con tentadores recuerdos de la grandeza nacional, era el teatro natural para las primeras conspiraciones. El huanuqueño don Gabriel Aguilar, que en sus viajes por Europa se había inspirado de las doctrinas revolucionarias de la Francia, se unió en 1805 al moqueguano don Manuel Ubalde para trabajar por la Independencia; lograron atraer a sus miras a un cacique, lisonjeándole con la expectativa de ocupar el imperio de sus mayores; y también participaron en la conspiración un regidor, algunos religiosos y otras personas de menos influencia. Los planes se hallaban todavía poco avanzados, cuando un pérfido que se lisonjeaba de contar entre los suyos, los delató a la audiencia, y aun tuvo la villanía de invitarlos a una conferencia, que espiaban ocultos los agentes del gobierno, quienes pudieron ser así testigos de las peligrosas confidencias. Descubierto el complot a fines de junio, se siguió lentamente el proceso hasta el 5 de diciembre, en que fueron ahorcados Aguilar y Ubalde, habiendo salido absueltos o condenados a diferentes penas otros acusados.

Sofocada en sus principios aquella conspiración, pasó casi desapercibida en el resto del Perú, que agradecía con entusiasmo la llegada de la expedición vacunadora, y dirigía su atención a la guerra con los ingleses. Los graves sucesos de la corte, y el levantamiento de la Península en 1808, colocaron al virrey en una situación difícil. De una parte los emisarios de los franceses venían a solicitar la adhesión del Perú al monarca

2_lorente 2.p65 216 29/11/2006, 12:14 p.m.

intruso, casi al mismo tiempo que la princesa Carlota refugiada en el Brasil con los Reyes de Portugal abogaba por su propia causa; y de otra, los españoles al levantarse en defensa de su independencia formaban juntas provinciales. Los americanos no podían perder la ocasión de imitarles, dándose gobiernos propios a nombre del Rey cautivo, mientras en posesión de la autoridad se proclamaban también independientes. Los patriotas peruanos se ocupaban con interés de aquella situación, y entre otros el sabio Unanue conversaba con toda reserva en el colegio de San Fernando a cerca de la emancipación. Abascal, que le estimaba, sabedor de aquellas pláticas, le impuso silencio, absteniéndose de providencias severas. Los sucesos marchaban con demasiada precipitación para que el orden establecido pudiese conservarse con sólo las medidas de prudencia. En 1809 la Paz y Quito se levantaban en los confines del virreinato nombrando juntas para tener su gobierno propio. En Lima se propagaban las mismas ideas, y el peninsular Pardo se concertaba con varios peruanos para seguir aquel primer paso de Independencia. Mas sus tentativas fueron reprimidas fácilmente, a la vez que los movimientos de La Paz y Quito.

Todo se reunió en 1810 para dar un carácter más imponente y marcado a los pronunciamientos de la América española. Ocupada casi toda la Península por las armas francesas, faltaban a la metrópoli hasta las apariencias de fuerza y de derecho para imponer sus órdenes a los habitantes del Nuevo Mundo. La junta central, inspirada por sentimientos liberales y queriendo atraer a los americanos con lisonjeras promesas, reconocía de la manera más solemne la arbitrariedad de la anterior administración colonial y ponía la suerte de los pueblos en sus propias manos. El patriotismo americano no podía menos que sacar de semejante confesión la consecuencia lógica, que era el derecho a emanciparse. Por lo demás, en ambos continentes se propagaban rápidamente las ideas liberales, y la prensa comenzaba a establecer en los espíritus una independencia que pronto habría de traducirse en hechos. Por un impulso simultáneo, uniforme y tan espontáneo que en ninguna parte encontraba serias resistencias, como sucede a todos los movimientos providenciales, casi todas las capitales de la América española cambiaron el gobierno establecido con autoridades populares. Lima no permaneció indiferente a la deseada transformación; pero fuerzas respetables apoyadas en el imponente parque de artillería permitieron al bien quisto virrey impedir toda manifestación pública. Muchas personas de todo rango, que conspiraban en silencio, fueron envueltas en la persecución que se hizo al doctor Anchoris. Sin dejar de desplegar la suficiente energía, el prudente cuanto benévolo Abascal calmó mucha parte del descontento, reuniendo en el batallón de la *Concordia* indistintamente a peninsulares y americanos y fiándoles el sostenimiento del orden. Mas ni su prestigio,

2_lorente 2.p65 217 29/11/2006, 12:14 p.m.

ni todos sus recursos eran bastantes para contener a los patriotas, que conspiraban en otros pueblos.

Primeros levantamientos.- Las tropas independientes de Buenos Aires, avanzándose en el Alto-Perú, tenían levantados sus pueblos en 1811 hasta las orillas del Desaguadero. La varonil y entusiasta Tacna, aunque aislada entre los del Bajo-Perú, no temió proclamar la causa de la patria el 20 de junio, poniendo a su cabeza al limeño don Francisco Antonio Zela, dotado de carácter enérgico y de sentimientos elevados. Mas el ejército argentino sufrió en aquel mismo día una gran derrota en los campos de Guaqui; una reacción inmediata sostenida por un destacamento realista de Arica puso a Zela en manos de las autoridades coloniales; y condenado a muerte, se le conmutó el último suplicio en el destierro al castillo de Chagres.

El espíritu de Independencia, sacando cada día nuevas fuerzas de los reveses, se generalizaba más y se mostraba bajo diferentes formas. En Lima se dio a conocer por el entusiasmo con que fue elegido y festejado un consejero de la regencia y en la frialdad con que se vio su salida, cuando se le creyó opuesto a la emancipación de su patria. Las discusiones y leyes que precedieron a la Constitución liberal de 1812 eran acogidas como otros tantos anuncios de libertad. Más ardiente, la ciudad de Huánuco proclamaba la Independencia en dicho año. Por desgracia confiaba su defensa a algunos reclutas venidos de la ceja de la montaña, que afligieron a la población con graves desórdenes, y fueron derrotados en las inmediaciones de Ambo por el intendente de Tarma. El vencedor exterminó a fuego y sangre a los vencidos, sacrificando como jefes del movimiento a los patriotas Castilla, Araos y Rodríguez. Al año siguiente hacía Tacna su segundo pronunciamiento, cuyo caudillo Pallardeli, derrotado a los pocos días en Camiara, se veía obligado a buscar su salvación en la fuga.

La causa del Rey se presentaba en 1813 bajo auspicios favorables. Los independientes de Buenos Aires, que en el año anterior habían conseguido el importante triunfo de Salta, sufrieron un contraste en Vilca-Puquio. Chile iba a volver al yugo colonial por la victoria de Osorio en Rancagua. La España se sobreponía a la invasión y aspiraba a regenerarse bajo instituciones liberales. Algunos patriotas de Lima, que no deseaban precipitar los acontecimientos y veían la anarquía naciente en las provincias emancipadas, transigían con la dominación española en la que los peruanos principiaban a tomar parte. Halagábanlos la elección popular de los ayuntamientos, la incorporación de sus diputados a las cortes que llegó a presidir el limeño Morales, la extinción de la inquisición, en cuyo local desahogó la multitud iras inocentes, y la perspectiva de grandes reformas. Un amago de levantamiento ocurrido en el Cuz-

2_lorente 2.p65 218 29/11/2006, 12:14 p.m.

co a fines de año, había sido sofocado con algunas descargas de fusilería y la prisión de los cabecillas.

Revolución de Pumacahua.- Un movimiento que dominó rápidamente el Sur, casi hasta las puertas de Lima, vino a evidenciar que el deseo de Independencia se iba haciendo general e irresistible. El 3 de agosto de 1814 el distinguido patriota don José Angulo, que se hallaba preso por la conspiración del año anterior, unido a sus dos hermanos, el brigadier don Mateo Pumacahua, el cura Béjar, Mendoza y otros hombres entusiastas, pronunció el Cuzco sin la menor efusión de sangre; y con tan feliz éxito, que al decir del obispo «si Dios pone una mano en las cosas del mundo, en aquella revolución había puesto las dos». Todas las provincias vecinas se adhirieron espontáneamente al pronunciamiento. Un destacamento enviado a La Paz, que tenía por el Rey el marqués de Valde-Hoyos, entró en la ciudad favorecido por sus habitantes, y el intendente junto con otros realistas fueron inmolados por un populacho sediento de venganza. Huamanga, hacia la que se dirigía Mendoza, fue pronunciada por las milicias acuarteladas y lamentó también algunos asesinatos. En Huancavelica se dejó sentir el movimiento, sin que ocurrieran sangrientos desórdenes. Ica y Jauja estaban conmovidas. En Lima principiaba a conspirarse. El 10 de noviembre era deshecha en la Pacheta cerca de Arequipa, la fuerza con que el intendente Moscoso y el brigadier Picoaga quisieron resistir a los patriotas comandados por Pumacahua. Los vencedores entraron en la ciudad que, si bien estaba todavía muy preocupada en favor del Rey, no pudo menos de admirar la moderación de soldados poco disciplinados que carecían de todo lo necesario. Para poner en mayores conflictos a los realistas, los independientes de Buenos Aires se avanzaban con fuerzas superiores contra el ejército del virreinato, que a las órdenes de Pezuela el vencedor de Vilca-puguio, se veía obligado a retroceder. En el mismo campamento se preparaba a tomar las armas en favor de la patria el intrépido coronel Castro.

Todo se conjuró contra los patriotas. La llegada de algunas tropas europeas y la noticia de que el Rey se hallaba restablecido en el trono de sus mayores contuvieron a los conspiradores de la capital. Descubierta la conspiración de Castro quedó sofocada con la ejecución inmediata de su jefe. Los expedicionarios de Huamanga fueron derrotados en Huanta y Matará; el cabecilla Pacatoro asesinó a Mendoza y se pasó a los realistas. El general Ramírez, enviado por Pezuela desde el Alto-Perú, entraba en La Paz tomando duras represalias por los pasados excesos, ejercía algunos rigores en Puno y bajaba a reforzarse en Arequipa. La muerte dada en el Cuzco a Picoaga y Moscoso, que eran estimados de los arequipeños, engrosó las filas realistas con algunos voluntarios, deseosos de vengarla. Tentativas de reacción, que se dejaban sentir en las

2_lorente 2.p65 219 29/11/2006, 12:14 p.m.

provincias pronunciadas, paralizaron los esfuerzos de Pumacahua, que fue alcanzado por Ramírez el 11 de marzo de 1815, entre Humachiri y Cupi. Su gente era en número excesivo y no le faltaban ni la artillería, ni los caballos; pero no obstante los sacrificios del valor individual hubo de ceder a la superioridad de pericia, disciplina y armas.

El desapiadado vencedor no tardó en ejecutar a un sobrino del caudillo, al coronel Dianderas y al simpático auditor de guerra, joven Melgar, que era la esperanza del parnaso peruano. Pumacahua, aprisionado en su fuga por los vecinos de Sicuani que le odiaban de muerte por sus rigores en la no olvidada revolución de Tupac-Amaru y en el reciente alzamiento, fue ejecutado en el mismo pueblo. Los Angulos y otros caudillos, aunque luchaban con denuedo, no pudieron sofocar la reacción estallada en el Cuzco a la aproximación de los vencedores. Los que en Puno y Larecaja defendían todavía la causa de la patria, sucumbieron también en la persecución de Ramírez, implacable con todos los jefes comprometidos.

Progresos de la opinión liberal.- Ya creían los realistas asegurada la dominación colonial en la América española. Pezuela derrotaba en Viluma el nuevo ejército de Buenos Aires e impedía por mucho tiempo las expediciones al Alto-Perú. Para no caer bajo el yugo se veían obligados los argentinos a desplegar heroicos esfuerzos; porque se aseguraba que de la Península venían a sujetarlos más de cuarenta mil soldados aguerridos en las campañas contra el Capitán del siglo. También se quería aterrar a los patriotas hablando de grandes aprestos navales contra todas las colonias sublevadas, de doscientos mil hombres que la paz peninsular permitía enviar a la América, y del apoyo que la santa alianza daría al Rey absoluto. Mas ya había pasado el tiempo en que ni por la razón ni por la fuerza pudiera diferirse el día de la emancipación. Un defensor de Abascal se veía obligado a escribir: «el coloso de la Independencia, firme entre las ruinas y miserables restos de los que le levantaron, y cercado de cadáveres y miembros mutilados, ha seducido a proporción de los estragos que ha causado; y el torrente de la devastación ha tronado con mayor fuerza en el instante mismo, en que parecía enteramente aniquilado y confundido». No podía ser de otro modo; una vez puesto en cuestión el coloniaje, el pueblo debía condenarlo instintivamente y los hombres pensadores por principios; las voces mágicas de Patria, Independencia y Libertad, hallaban eco en todas las almas; las víctimas marchaban al sacrificio con la serenidad de los mártires; sus compatriotas sólo pensaban en vengarlas; las derrotas en vez de producir el desaliento sólo animaban a pelear con más denuedo, mayor pericia y mejores armas; cada día se acrecía más la fe en el triunfo de una causa a la vez dulce y santa.

2_lorente 2.p65 220 29/11/2006, 12:14 p.m.

Como la dominación colonial sólo había logrado sostenerse apoyándose en el honor militar, los juramentos, las preocupaciones y en los intereses mal entendidos de los americanos, se ponía gran empeño y se confiaba mucho en la ilustración del pueblo; celosos misioneros de la Independencia recorrían las provincias; en las capitales se difundían ocultamente publicaciones fogosas y convincentes que cambiaban rápidamente la opinión. El régimen constitucional había favorecido singularmente este movimiento del espíritu público. La política retrógrada del Monarca, que perseguía de muerte a los liberales y quería imponer los desacreditados abusos, vino a hacer imposible toda ilusión acerca del gobierno colonial; ya no se podía confiar en que el Rey absoluto administrara a la América conforme a sus aspiraciones y al espíritu del siglo.

Los que sólo creen en la fuerza material pudieron todavía adormecerse con su soñado triunfo, pero sólo por poco tiempo. El gran ejército mandado por Morillo y recién llegado de la Península se enseñoreaba de Cartagena y otros pueblos patriotas, imponiendo al virreinato de Santa Fe y a Venezuela. Una escuadra enviada al Pacífico por los independientes de Montevideo se tiroteó sin éxito con los fuertes del Callao y se alejó de las costas del virreinato después de haber caído prisionero en Guayaquil su comandante Brown. Chile, que por la victoria de Chacabuco había recobrado su independencia en 1817, la vio comprometida el 19 de marzo de 1818 por la derrota de Cancharrayada. Mas los patriotas chilenos rehaciéndose con asombrosa rapidez y acaudillados por el entendido don José San Martín, emanciparon para siempre su patria con el triunfo de Maypú, alcanzado el 5 de abril siguiente a las puertas de Santiago. Libre Chile y seguro Buenos Aires de su independencia, se apresuraron a libertar al Perú por el interés común y cediendo a los votos ardientes de los patriotas peruanos. Es verdad que el virrey puso sus fuerzas en el pie de 23 mil hombres y acrecentó los demás medios de defensa, pero se traslucía en sus medidas la falta de confianza y de concierto que anuncia siempre la próxima ruina de los poderes en decadencia.

—II—
Expedición libertadora (1818-1821)

Expediciones de lord Cochrane.- Después de celebrar un tratado para dar al Perú la libertad e independencia, activaron los gobiernos de Buenos Aires y Chile la formación de una expedición libertadora. Para allanarle el camino salió de Valparaíso a principios de 1819 una respetable escuadra casi improvisada por el patriotismo chileno y dirigida por el hábil e intrépido Cochrane, que había adquirido una gran reputación en las

2_lorente 2.p65 221 29/11/2006, 12:14 p.m.

guerras navales de Inglaterra contra Napoleón, y venía a ofrecer sus importantes servicios a la América independiente. Para sorprender a los realistas en las distracciones del carnaval, entraron los expedicionarios en la bahía del Callao sin ser descubiertos a causa de una espesa niebla; y no dejaron de ser sorprendidos a su vez con las repetidas descargas de artillería que se hacían al mismo tiempo. Una extraña casualidad había hecho que su llegada coincidiese con un paseo marítimo del virrey, a quien se dirigían aquellos saludos, y que no sospechaba hallarse tan cerca de sus enemigos. Apareciendo el sol, se halló comprometida la fragata «O'Higgins» comandada por Cochrane, en combate desigual con toda la artillería realista; mas después de dos horas de vivo tiroteo salió sin graves lesiones. En los días siguientes se renovaron los fuegos, quedando siempre airosos los audaces invasores. Zarpando para el Norte tocaron en Huacho, donde se hizo sentir el espíritu de independencia, en la Barranca y Huambacho para apoderarse de una rica remesa de plata, y en Paita que tomaron a viva fuerza. Puesto en agitación el país con las proclamas esparcidas en la costa, sacados considerables recursos y llevando consigo a algunos patriotas peruanos regresaron a Valparaíso, que los recibió con el entusiasmo del triunfo.

Cochrane volvió en el mes de septiembre al Callao esperando inutilizar la escuadra enemiga con la explosión de brulotes y de cohetes a la congreve. Mas los cohetes estallaban antes de tiempo o no hacían ningún efecto; y los brulotes, que fue necesario abandonar sin dirección, produjeron mucho ruido, pero ningún estrago. Frustradas sus tentativas contra el Callao, se dirigió Cochrane a Guayaquil para hacer algunas presas, que también lograron escapársele. Para resarcir su desairada expedición al Perú, emprendió con singular arrojo el asalto de Valdivia, en cuya toma se distinguió mucho el joven oficial peruano Vidal, a quien la Independencia reservaba altos puestos. «Donde entra mi gorra, entro yo», dijo con juvenil arrogancia, arrojándola dentro del fuerte; y siguiendo la acción a las palabras, se apresuró a ocuparlo.

Entre tanto, los patriotas de Lima estaban sometidos a las más duras pruebas. Gomes, Alcázar y Espejo, que habían querido poner en poder de lord Cochrane las fortalezas del Callao tomándolas por sorpresa, habiendo sido denunciados por cómplices alevosos, morían en el patíbulo. Don José Riva-Agüero, que desde 1809 trabajaba por la revolución con tanta constancia como riesgos, era sumido en los calabozos de la inquisición con otros promovedores de la Independencia. El Convictorio de San Carlos se cerraba por temor a la exaltación de la juventud y a la influencia de algunos maestros. La ciudad, unánime en los deseos, vacilaba entre los temores y esperanzas; de una parte la victoria de Boyacá en Nueva Granada y la expedición libertadora aprestándose en Chile anun-

2_lorente 2.p65 222 29/11/2006, 12:14 p.m.

ciaban la próxima Independencia; y de otra se ponderaba el gran ejército reunido en Cádiz para oprimir a la América, se ejercía un penoso espionaje, y era difícil reunirse para los desahogos patrióticos. Semejante situación, que obligaba a exclamar a los hombres pacíficos ¿cuándo se acabará esto?, cambió de lleno en septiembre de 1820.

Primeras operaciones de los libertadores.- El 7 de septiembre llegaron los expedicionarios de Chile a las órdenes de San Martín a la bahía de la Independencia en número de 4 500 hombres de desembarco con armamento para 15 mil más y con una escuadra irresistible. El 8 por la tarde se principió el desembarco, y el 9 por la mañana se apoderaron de Pisco, de donde se habían retirado muchos recursos. Algunas fuerzas avanzadas a los valles inmediatos derrotaron a los destacamentos realistas de Chincha y Nazca; los esclavos alagados con promesas de libertad ofrecieron algún refuerzo; la caballería pudo montarse; y la opinión liberal poniéndose a la vanguardia de los auxiliares presagiaba rápidos triunfos.

El 19 del mismo septiembre, a consecuencia de la revolución hecha en la Península por el ejército que debía expedicionar contra América, se restablecía en Lima la constitución del año 12; y el virrey, creyendo posible una transacción, hizo propuestas de paz a San Martín, que en el interés de sus operaciones militares las acogió con buena voluntad. Reunidos en Miraflores el 24 los enviados de una y otra parte, negociaron un corto armisticio; pero, como era fácil prever, no convinieron en la paz; porque el virrey proponía la sumisión al gobierno liberal, y los patriotas exigían el reconocimiento de la Independencia.

Rotas las hostilidades, se determinó la bandera nacional el 21 de octubre. A principios del mes había partido el general Arenales al frente de mil hombres en dirección a Huamanga. Los demás expedicionarios se reembarcaron para operar sobre el Norte; la escuadra ancló en el Callao; y los transportes desembarcaron el ejército en la bahía de Ancón. Cochrane, secundado por su intrépido segundo Guisse, se apoderó el 5 de noviembre de la fragata Esmeralda metida entre los fuegos del Callao, abordándola a media noche, con una audacia y habilidad incomparables. Súpose el pronunciamiento de Guayaquil, que había tenido lugar, apenas fue conocida la venida de los libertadores; pero queriendo prevalecer por el ascendiente de la fuerza moral más bien que con la de las bayonetas, según le prescribían sus instrucciones, trasladó San Martín su ejército a Huaura el 9 de noviembre, haciendo la travesía marítima de Ancón a Huacho.

Las esperanzas del caudillo libertador no salieron frustradas. El marqués de Torre-Tagle se pronunció el 29 de diciembre en Trujillo, donde se hallaba de intendente, y su pronunciamiento ganó a la causa de la

2_lorente 2.p65 223 29/11/2006, 12:14 p.m.

patria todas las provincias del Norte. Arenales, en vez de los riesgos y contrastes que podían temerse en su aventurada expedición a la sierra, marchaba de ovación en ovación; proclamose la Independencia con entusiasmo en Huamanga; fueron ahuyentadas las fuerzas que el intendente de Tarma pensó oponer en Jauja; y el 6 de diciembre sufrieron una completa derrota no lejos de Pasco las mandadas por el general O'Reilly. Esta victoria fue seguida del inmediato pronunciamiento de la patriótica Huánuco. Ricafort, que en el puente de Izcuchaca había esperado detener a Arenales, al ver que este se había avanzado por el de Mayoc, retrocedió al valle de Jauja, cuyos patriotas contando sólo con su número y entusiasmo, le opusieron una esforzada pero inútil resistencia en Huancayo. Después pagó cara esta victoria en un encuentro con los guerrilleros de Canta, en el que salió mal herido y con el juicio afectado por el humillante revés. En todas las cabeceras se levantaban montoneras poco capaces de operaciones concertadas y demasiado propensas a los excesos propios de toda fuerza indisciplinada, pero de rápidos movimientos, a prueba de todo sufrimiento, renaciendo con mayores fuerzas cuando se las creía aniquiladas, dificultando a los realistas las comunicaciones, operaciones y recursos, y manteniendo donde quiera las esperanzas patrióticas. De la remota Chachapoyas llegaba al campamento de Huaura el hijo único de una viuda, al que su anciana madre enviaba para pelear por su patria.

En Lima, la opinión liberal se mostraba triunfante y no retrocedía ante ningún género de sacrificios, ni riesgos. Al campamento patriota, donde las fiebres producían muchas bajas, se enviaba toda suerte de auxilios; la juventud entusiasta dejaba los talleres y los libros por las armas; agentes intrépidos y que tenían en nada la pérdida de su vida, con tal de ganar defensores a su causa, recorrían los cuarteles realistas para promover las defecciones; el batallón Numancia, que contaba con unas 690 plazas y gozaba de una gran reputación, se había pasado a los libertadores el 3 de diciembre; en la secretaría misma del virrey se tenían activos cooperadores; y todo anunciaba que la emancipación podría conseguirse sin correr los azares de la guerra. Ya iba a organizar provisoriamente San Martín la administración del Perú independiente creando cuatro departamentos de Trujillo, Huaylas, Tarma y la Costa.

Revolución de los realistas.- Los jefes del ejército español, que querían salvar el honor de sus armas, dirigieron desde el campamento de Asnapuquio al virrey una exposición motivada, intimándole que antes de 24 horas pusiera en manos de La Serna las riendas del gobierno que en las suyas estaba perdido. Pezuela, no hallando apoyo y viendo repetida la intimación antes de las cuatro horas, entregó el poder el 29 de enero de

2_lorente 2.p65 224 29/11/2006, 12:14 p.m.

1821 al caudillo designado, y se retiró al pueblo de la Magdalena. Meses después se embarcó para Europa saliendo pobre del opulento país en que había ocupado los cargos más lucrativos durante quince años.

El virrey La Serna correspondió a las esperanzas de los que le habían elegido. Carratalá, enviado por él a Jauja, batía en Ataura a los patriotas del valle y preparaba una excelente base de operaciones. San Martín, para frustrar los esfuerzos de los realistas, enviaba por segunda vez a Arenales a la sierra y con destino al Sur al intrépido Miller quien, hecha una rápida excursión por Pisco, se reembarcó para operar en la intendencia de Arequipa. Obtenido un triunfo en Mirabé, al que siguieron otras pequeñas ventajas, se lisonjeaba ya con prontos y grandes resultados. Por su parte Arenales, estrechando a Carratalá, se acercaba a Huancavelica. Las fuerzas acantonadas en Huaura impacientes por combatir murmuraban de San Martín y brindaban por los que estaban cubriéndose de gloria. Difícilmente hubiera podido contenérseles en la estricta raya de la disciplina si la llegada de un enviado español autorizado por las cortes no permitiera dar tregua a las operaciones militares con las negociaciones de paz.

Los plenipotenciarios de San Martín y La Serna reunidos primero en Punchauca siguieron después negociando a bordo del buque francés la Cleopatra, a donde también tuvieron una entrevista ambos caudillos. No escasearon las pruebas de cortesía y franqueza; pero fue imposible todo avenimiento, instando siempre los realistas por la conservación del virreinato con instituciones liberales, y exigiendo San Martín que se pidiera para el Perú un soberano a la casa de Borbón y que en el interregno se encargara del gobierno independiente una regencia.

Jura de la Independencia.- Más de cincuenta días de armisticio no habían mejorado en nada la situación de los realistas, habiendo sido fácilmente sofocadas algunas pequeñas reacciones en el Norte. Cada hora se les hacía más difícil la conservación de la capital, a la que Cochrane por mar y los montoneros por tierra privaban de recursos. Apenas podían conseguirse el pan y la carne a muy subidos precios; las demás subsistencias eran sumamente escasas; el pueblo se exasperaba con las privaciones y medidas de represión; el ayuntamiento, excitado por vecinos notables, entre ellos algunos españoles, exponía al virrey la necesidad de remediar aquella situación con alguna salida pacífica; y conociendo los riesgos de una explosión popular fáciles de agravarse por un ataque de los libertadores, abandonó La Serna a Lima el 6 de junio. Dejaba encargada la conservación del orden al marqués de Montemira y pedía a San Martín para los realistas la protección que prescriben las leyes de la guerra.

2_lorente 2.p65 225 29/11/2006, 12:14 p.m.

Libre súbitamente la ciudad del yugo que había detestado, no se entregó a los desórdenes de que pocos pueblos se preservan en igualdad de circunstancias. Los libertadores fueron entrando gradualmente. Su caudillo, que excusó para sí las demostraciones ruidosas, se apresuró a consultar sobre de la emancipación a la opinión pública, por intermedio del ayuntamiento. Reunidos en el cabildo el arzobispo, los prelados regulares, algunos títulos y otros muchos vecinos notables declararon unánimemente que la voluntad general estaba decidida por la Independencia del Perú de la dominación española y de cualquiera otra extranjera. Sin necesidad de firmar esa solemne declaración, mostraba el pueblo sus patrióticos votos por un regocijo general, que se expresó de la manera más solemne el 28 de julio de 1821.

En ese día memorable del que data la existencia del Perú independiente, la alegre Lima rebosaba en un entusiasmo puro e indescriptible. Con todo el aparato de las fiestas nacionales, más animado aún por el júbilo de los espíritus que por las demostraciones materiales, se juró solemnemente la Independencia, y fueron acogidas con aclamaciones entusiastas las oportunas palabras de San Martín: «El Perú es desde este momento libre e independiente por la voluntad general de los pueblos y por la justicia de su causa que Dios defiende. ¡Viva la patria! ¡Viva la libertad! ¡Viva la Independencia!»

—III—
Protectorado de San Martín (1821-1822)

Establecimiento del Protectorado.- El tratado entre Chile y Buenos Aires, las instrucciones dadas a los libertadores por el Senado chileno, los principios proclamados, el acta de la Independencia, las solemnidades de la jura, todo obligaba a dejar al pueblo peruano la libre elección de su gobierno. Mas en vista de la preparación que exigía el espíritu público, y del poder que todavía ostentaban los realistas, no vaciló San Martín en declararse por su propia voluntad Protector del Perú, aplazando la reunión del Congreso Constituyente, que había de hacer efectivas las declaraciones de libertad e independencia. En la embriaguez de los brillantes triunfos que la opinión había alcanzado, no podía prever el Protector la inmensa responsabilidad que le imponía tan ambicioso título, y lo comprometida que dejaría su reputación política y militar.

Establecido el protectorado el 3 de agosto, se organizó la administración central creando los tres ministerios de Estado, Guerra y Hacienda y nombrándose para su respectivo desempeño a don Juan García del Río, don Bernardo Monteagudo y don Hipólito Unanue. La presidencia

2_lorente 2.p65 226 29/11/2006, 12:14 p.m.

del departamento de Lima fue confiada al popular y activo Riva-Agüero. Decretose el establecimiento de la alta Cámara de justicia. Ofreciose protección a las personas y haciendas de los españoles que aceptaran el nuevo orden de cosas. Declarose que nadie nacería esclavo en el Perú. Los indígenas dejaron de ser siervos en su propia patria, no estando ya sujetos al tributo, ni al trabajo forzado. Trabajose activamente en la creación del ejército y la marina, principiando a formar una legión peruana, considerando entre los oficiales del Perú a los del ejército libertador y ofreciendo, mientras mejoraba el estado de las rentas, el quinto de las aduanas a las tripulaciones, que estaban muy atrasadas en sus pagos y se creyeron burladas en sus más justas esperanzas. Las inquietudes, que el descontento de la escuadra principiaba a dar al gobierno, se agravaron por las complicaciones que produjo la bajada de Canterac a la costa, con el objeto de socorrer la guarnición del Callao todavía en poder de los realistas y de tentar un ataque sobre Lima, si la ocasión se presentaba favorable.

El ejército español estaba aprovechando con extraordinaria actividad los inapreciables recursos que le ofrecía el valle de Jauja, ocupado por el virrey sin obstáculo, así como toda la sierra desde Tarma a Potosí; mientras los libertadores olvidaban entre las delicias de Lima las necesidades de la disciplina y el objeto de su expedición. La capital, noticiada el 7 de septiembre de que el enemigo se aproximaba, mostró el mismo entusiasmo patriótico con que había jurado la Independencia. Todas las clases rivalizaron en celo para preparar una invencible resistencia. Las comunidades religiosas recorrían las calles con sus guiones para levantar los ánimos; las mujeres se paseaban ostentando las mejores armas que habían podido procurarse; las señoras cubrían los techos de sus casas de piedras, calderas llenas de agua y cuantos proyectiles podrían dañar a los invasores; las murallas estaban henchidas de gente dispuesta a rechazar el asalto.

Amenazando con pena de muerte a los españoles que no se presentasen en el término de veinticuatro horas, se les había obligado a encerrarse en el convento de la Merced, donde ellos dejaban de inspirar recelos y estaban libres de los insultos. Mas habiéndose hecho correr la voz de que el enemigo entraba en la ciudad, se precipitó una pequeña parte de la ínfima plebe a la plazuela del convento pidiendo a gritos furiosos la muerte de los asilados, que los religiosos defendieron por el momento barricando las puertas. Un hombre que era terrorista por instinto y por cálculo había querido manchar el santo patriotismo de Lima con escenas sangrientas que repugnan a su benévolo carácter. Al saber el peligro de sus deudos, las esposas e hijas de los españoles volaron a salvarlos; los amotinados depusieron fácilmente un furor facticio que la población

2_lorente 2.p65 227 29/11/2006, 12:14 p.m.

reprobaba, y Riva-Agüero previno las futuras sugestiones tornando medidas de seguridad.

Entre tanto San Martín se había acampado a las inmediaciones de la ciudad en el camino que traían los realistas, con una fuerza casi triple de la que podía oponerle Canterac. Contando con su superioridad numérica, el entusiasta apoyo de la capital y su propia decisión, estaba impaciente el ejército patriota por escarmentar al enemigo que desfilaba a poca distancia con mucha pericia y dispuesto al combate; el intrépido Las Heras que se hallaba de general en jefe, y el osado Cochrane que había venido de la escuadra para tomar parte en la batalla, instaban al Protector para que diera las órdenes de ataque. Con calma singular y que por lo menos probaba cuando no el acierto militar, mucho imperio sobre sí mismo, supo San Martín resistirse a todas las sugestiones, sea que por hallarse indisciplinada la mayor parte de su hueste no tuviese por segura la victoria, sea que entrase en sus cálculos triunfar por otros medios.

El éxito inmediato no fue contrario a las previsiones del Protector. Canterac pudo en verdad llegar sin contraste al Callao, donde fue saludado con salvas y repiques; mas no halló medio de socorrer la guarnición; se vio hostigado a su salida por los fuegos de la escuadra; y desde que emprendió el regreso a la sierra experimentó una gran deserción favorecida por las guerrillas y por un destacamento que picaba su retaguardia y que hubo de rechazar para no ver deshecha su tropa. Los castillos, no esperando ya ningún refuerzo, se entregaron el 18 de septiembre por capitulación. La Mar, que había estado al frente de sus defensores, una vez satisfechas las exigencias del honor militar tomó en las filas independientes el rango correspondiente a su distinguido mérito. Algunos amagos de reacción que ocurrieron en el Norte fueron sofocados sin gran dificultad.

El Protector, al par de que gozaba de las ventajas alcanzadas con su política prudente, experimentaba graves sinsabores de parte de algunos jefes. Cochrane, sabiendo que por Ancón se habían embarcado ingentes cantidades de plata, no vaciló en tomarlas para pagar a la tripulación próxima a amotinarse; y no obstante las reflexiones e influencias con que se procuró cambiar su resolución, sólo accedió a devolver la que pareció ser de particulares, y repartió entre las fuerzas de mar sobre 200 mil pesos pertenecientes al gobierno, teniendo, sí, la delicadeza de no pagarse a sí mismo. El honrado Las Heras y otros jefes libertadores viendo que en vez de consagrarse al triunfo de la Independencia se pensaba ante todo en dominar al Perú, se retiraron del servicio. Al mismo tiempo el pueblo religioso de Lima llevaba a mal el destierro del octogenario arzobispo por haber defendido los derechos de la Iglesia. El venerable prelado no sólo había permanecido fiel a la jurada Independencia, sino que al

2_lorente 2.p65 228 29/11/2006, 12:14 p.m.

alejarse del Perú aseguró que la tenía por un hecho consumado y que así lo haría entender al Rey de España y al Sumo Pontífice.

No obstante la oposición, que se levantaba, pensó el Protector prolongar su dictadura haciendo jurar el 8 de octubre un estatuto provisorio. En sus principales artículos era declarada religión del Estado la religión Católica, sin excluir el ejercicio apacible de otros cultos; se reunían en la persona de San Martín los poderes legislativo y ejecutivo; se conservaba la organización del ministerio; se establecían un consejo de Estado, presidentes en los departamentos y municipalidades en los pueblos; y se reconocían la independencia del poder judicial, las garantías individuales, las condiciones de ciudadanía, la subsistencia de las leyes no derogadas y las deudas del virreinato no contraídas para combatir a la América independiente. Esta constitución dictatorial era impuesta al Perú, invocando el imperio de la necesidad, fuerza de la razón y exigencias del bien público y no haciendo el más pequeño aprecio de la opinión.

Administración de San Martín.- Conforme al estatuto provisorio jurado con gran aparato se establecieron el consejo de Estado y la alta cámara de justicia. En la administración judicial se hicieron importantes reformas y más tarde se proscribieron la pena de azotes y el suplicio de la horca; levantose la infamia que pesaba sobre la profesión teatral; condenose el tráfico de esclavos, y se procuró contener con severas providencias los desórdenes del juego. El reglamento de aduanas, que adolecía de las trabas consiguientes al monopolio, se reformó en un sentido liberal con sabias modificaciones. Para fomentar la minería, agricultura y otras fuentes de la prosperidad pública, se dictaron varios decretos. No se descuidó la instrucción pública. Se creó la guardia cívica. Se reglamentó la libertad de imprenta. Se acordó levantar el plano topográfico del Perú. Se ordenó la moderación en los lutos; y se autorizó una casa de martillo para los remates públicos. En todos los ramos del gobierno se echaban las bases del progreso.

No se culpaba al gabinete de falta de actividad, ni de inteligencia; mas se murmuraba en secreto de que contentándose con decretar las mejoras, descuidaba hacerlas efectivas; de que muchos decretos eran un puro engaño ejecutándose lo contrario de lo que disponían, y de que la arbitrariedad llegaba al extremo de haber convertido en una letra muerta el estatuto jurado con tanta solemnidad. Con más severidad se criticaba la disipación de los caudales públicos que no obstante la introducción de nuevos impuestos, las numerosas confiscaciones y el haber despojado a muchos templos de su opulencia secular, se presentaban cada día en peor estado. Fue necesario enviar comisionados a Londres para negociar un empréstito; y apremiantes atenciones obligaron a hacer uso del

2_lorente 2.p65 229 29/11/2006, 12:14 p.m.

papel moneda, cuya introducción se procuró cohonestar con el establecimiento de un banco de emisión y alegando que, ocupadas por el enemigo las principales minas, la casa de moneda sólo había acuñado un millón de pesos en vez de los cinco millones acostumbrados.

Uno de los comisionados a Londres era el ministro de Estado, cuya cartera se confió a Monteagudo, entregándose la de guerra a don Tomás Guido. El nuevo Ministro de Estado, que llegó a ser el alma de la administración, si podía deslumbrar con sus luces, escandalizaba con su conducta, y suscitaba en muchas familias fuertes antipatías por la persecución declarada a españoles pacíficos que habían jurado la Independencia y tomado carta de ciudadanía.

Los patriotas menos dispuestos a compadecer las víctimas de la arbitrariedad principiaban a alarmarse por las tendencias monárquicas de la administración, que en vano se mostraba ofendida por haberse dado el título de Emperador a San Martín en ciertas manifestaciones vulgares. Los encargados de negociar el empréstito llevaban la misión secreta de solicitar para el Perú un Príncipe europeo. Se conservaba la antigua nobleza cambiando los títulos de España en títulos del Perú; y como una de las instituciones fundamentales de su gobierno independiente se había creado la orden del Sol, compuesta de fundadores, beneméritos y asociados, determinando con minucioso cuidado las condecoraciones, grados y prerrogativas. Como si la institución no chocase ya demasiado con el espíritu democrático de la revolución, se la desacreditaba más haciendo recaer los honores en los favoritos del Protector y entre ellos en un hombre condenado antes a muerte por ladrón de caminos. Para mayor desprestigio de la improvisada nobleza se decretaban para las mujeres beneméritas de la patria bandas de honor que se distribuían sin escrúpulo entre señoras tan distinguidas por su cuna como por su educación, mujeres perdidas, y algunas monjas que nadie habría esperado ver confundidas con los dos extremos de la sociedad mundana.

El protectorado esperaba ganarse la opinión de los espíritus reflexivos reuniéndolos en una sociedad patriótica, que con el objeto aparente de ilustrar al pueblo debía inclinar la opinión en favor de la monarquía. Para el Congreso, que el 20 de mayo de 1822 había de reunirse con el destino exclusivo de decretar la Constitución del Perú, se nombraba el 27 de diciembre de 1821 una junta encargada de reglamentar la elección de Diputados y asegurar así la deseada votación. Antes de que ninguno de estos medios pudiese producir su efecto, confiaba San Martín las riendas del gobierno al marqués de Torre-Tagle con el título de Supremo Delegado. Esta comisión, conferida el 19 de enero, era motivada en el viaje del Protector a Guayaquil para visitar a don Simón Bolívar, aclamado ya Libertador de Colombia; y aunque por no hallarse éste en aquella

2_lorente 2.p65 230 29/11/2006, 12:14 p.m.

población, fue corta la ausencia de San Martín; continuó Torre-Tagle en el desempeño de sus funciones hasta el 20 de agosto siguiente.

Supremo Delegado.- El marqués autorizó entre otras medidas útiles la creación de la biblioteca nacional, la propagación del fluido vacuno por medio de los curas, la Cámara de comercio que debía suceder al Consulado, y los arreglos de cárceles; pero aunque era de un carácter moderado, no pudo reprimir las insolencias y arbitrariedades de Monteagudo, verdadero representante del Protector. Sus excesos, junto con la marcha de los acontecimientos militares, precipitaron la caída de aquella administración. Los buques españoles «Alejandro», «Prueba» y «Venganza», que huyendo de Cochrane habían ido a refugiarse en la bahía de Guayaquil, se entregaron a los comisionados del Perú que pudo echar así las bases de su marina. Mientras la española había caído en el último grado de abatimiento por la cobardía y venalidad de sus jefes, el ejército del virrey procuraba sostener el honor militar de la España; y el 7 de abril sorprendía en la Macacona, a dos leguas de Ica, una división de la patria, haciendo unos mil prisioneros y otras importantes presas en armas, plata y demás elementos de guerra de que estaba muy necesitado.

La noticia del inesperado desastre produjo en Lima una penosa excitación. Cediendo a las impresiones del momento, se decretó que los españoles no pudiesen salir a la calle con capa ni capote, bajo pena de destierro; que si se reunían en número de dos, sufrieran el mismo castigo y la confiscación de bienes; se amenazaba con el último suplicio a los que salieran a la calle después de oraciones o tuvieran armas en su poder, agravándose en el último caso la pena de muerte con la pérdida de bienes. Para la ejecución de estas medidas se establecían patrullas, visitas domiciliarias y juicios ejecutivos. Esta severidad era inspirada a la vez por sospecha de los residentes en Lima y por represalias a los bárbaros rigores de los jefes realistas.

A principios del año había sido quemado por ellos el pueblo de Cangallo en odio a los patriotas morochucos, dando a la provincia el nombre de Vilcas Huaman; después fueron entregados a las llamas el pueblo de Reyes (Junín) y muchos de las cabeceras próximas a Lima. En Huamanga fue ejecutada la anciana doña María Bellido, porque no quiso descubrir con ninguna especie de amenazas al autor de una carta, en que se avisaba a un montonero de su familia a cerca de los movimientos del enemigo.

El Perú podía ya desechar todo temor de que se perpetuase el yugo colonial. México estaba independiente, y Colombia acababa de anonadar el poder realista con las victorias de Bomboná y Pichincha, en que cupo una gloriosa parte a la división peruana mandada por don Andrés

2_lorente 2.p65 231 29/11/2006, 12:14 p.m.

Santa Cruz. No quedaban en la vasta extensión de la América española más defensores serios a la causa del Rey, que el ejército de La Serna, evidentemente incapaz de resistir a los esfuerzos reunidos de los Estados independientes. El 4 de mayo se recibía en Lima un ministro plenipotenciario de Colombia encargado de estrechar la alianza con el Perú y de sentar las bases de una vasta confederación entre los Estados de América. La confianza en el porvenir y la solemne celebración por primera vez de actos que sólo corresponden a las naciones soberanas, llenaron a los limeños de la más pura satisfacción.

Mientras en la misma noche se daba en palacio un alegre baile con tan plausible objeto, se hacían salir al Callao, a pie, con los vestidos con que les había sorprendido la inesperada persecución, unos 460 españoles, entre ellos ancianos achacosos, sacerdotes venerables, otras muchas personas inofensivas y las más con familia y dulces afecciones en el país. Un religioso iba rezando el rosario, mientras él y sus demás compañeros de infortunio sufrían la befa de sus perseguidores. Hacinados a bordo de la goleta «Milagro» que recibió el nombre de «Monteagudo», estuvieron dos días incomunicados, sin recibir socorro y afligidos con los clamores de sus allegados que en numerosos botes rodeaban la embarcación. Algunos compraron pasaportes para trasladarse a buques extranjeros y los demás fueron conducidos a Chile.

La exaltación política no dejaba percibir toda la reprobación que la posteridad imparcial y la opinión del mundo civilizado reservan siempre para las inútiles crueldades; las terribles inspiraciones de la guerra y la natural exaltación de las pasiones hacían olvidar a algunos no sólo los deberes de humanidad, sino también los intereses mismos de la causa que defendían; pero centenares de familias sumidas en la miseria y en el abandono, y a las que la protección injuriosa acordada algunos días después no podía consolar de una pérdida irreparable; el estrago profundo hecho en la moral pública, la alarma de las almas piadosas, todo acrecentaba y propagaba los resentimientos contra el autor de la persecución. En vez de calmarlos, irritaba contra su tiranía la erección de un monumento a la Libertad que iba a levantarse en el camino del Callao. Las discusiones de la sociedad patriótica, en que principió a prevalecer el espíritu republicano sobre las tendencias monárquicas de la administración, desacreditaron más y más a su mal visto consejero, y las elecciones de diputados consumaron su ruina.

Mientras San Martín se dirigía por segunda vez a Guayaquil, donde estaba seguro de encontrar a Bolívar, Monteagudo procuraba violentar las elecciones en favor de sus candidatos y, añadiendo el insulto a la violencia, perseguía a los patriotas de Lima y denostaba con injuriosos apodos a sus pacíficos habitantes. Tantas demasías hicieron estallar el

2_lorente 2.p65 232 29/11/2006, 12:14 p.m.

25 de julio un movimiento popular en el que tomaron parte las personas más notables. Una representación, elevada por ellas al Supremo Delegado por conducto de la municipalidad, produjo la renuncia del Ministro, que por evitar mayores desgracias hubo de salir de Lima el 30 de julio, al año cabal de su llegada.

Fin del Protectorado.- San Martín, que esperaba grandes resultados de su visita a Bolívar, sufrió la más amarga decepción. Desde la primera entrevista conoció que el héroe de Colombia, en vez de apoyarle, sería su formidable rival, y tuvo que alejarse precipitadamente de Guayaquil porque, trasluciéndose sus miras monárquicas, se veía mal mirado de los jefes republicanos. Al regresar a Lima con tan graves inquietudes, supo la caída de Monteagudo, que envolvía la reprobación de su política. No le faltaron consejos ni tentaciones para arrostrar la opinión y perpetuar con la fuerza de las armas su desprestigiada administración. Mas dando una señalada prueba del buen sentido y moderación que formaban el fondo de su carácter, apresuró la reunión del Congreso Constituyente para poner en sus manos los destinos del Perú. Como últimos recuerdos de su administración quiso dejar decretada la dirección de ingenieros y establecida la biblioteca, que el 18 de septiembre se abrió con gran solemnidad. Renunciando la autoridad de Protector y no queriendo aceptar el cargo de Generalísimo con que le invistió el Congreso, se retiró a Chile, de donde marchó a Mendoza y de allí a Europa para pasar sus últimos años en la tranquilidad de la vida privada.

—IV—
Congreso Constituyente
(1822–1824)

Idea del Congreso.- Los primeros diputados del Perú independiente hubieran hecho honor a una nación adelantada en la carrera de la libertad. Patriotas tan eminentes por sus luces como por sus virtudes representaban dignamente las aspiraciones nacionales; mas la irregularidad de su elección, inevitable en aquellas circunstancias, les privaba del ascendiente necesario para dominar la situación. Ocupada todavía gran parte del país por las tropas realistas, y poco conocedor el pueblo de sus derechos electorales, un gran número de diputados habían sido nombrados en la capital por los pocos habitantes pertenecientes al departamento que debían representar; otros habían sido impuestos por orden superior a electores que, ni les conocían de nombre, ni aun sabían leer las papeletas recibidas para sufragar. Al instalarse el Congreso el 20 de septiembre con toda solemnidad y con general satisfacción, semejantes irregulari-

2_lorente 2.p65 233 29/11/2006, 12:14 p.m.

dades dispensadas por la necesidad y resarcidas por el mérito de los elegidos, no permitían prever los insuperables obstáculos que envolvían para la acertada organización del Perú; los que vinieron a agravarse por la inexperiencia y exaltación de ideas.

El Congreso se declaró soberano y reservándose el ejercicio de los poderes legislativo y ejecutivo nombró de su seno una junta con atribuciones limitadas; para mostrar el reconocimiento debido a San Martín, le concedió el título de fundador de la libertad, el uso de la banda bicolor y los honores de jefe supremo, la continuación del sueldo anterior, una pensión vitalicia, la colocación de su retrato en la biblioteca nacional y la erección de una estatua en un lugar público; también mostró su gratitud a Cochrane, ejército libertador, gobiernos amigos, caudillos y pueblos patriotas; permitió regresar a sus hogares a las víctimas de la arbitrariedad; extendió su solicitud a todos los ramos del servicio, aun a aquellos que por su insignificancia o especialidad no debían ocupar su alta atención; decretó las bases de una constitución democrática; y para que pudiese conseguirse la completa emancipación, puso un cuidado especial en la mejora de la hacienda y del ejército.

El protectorado había dejado el tesoro tan exhausto, que llegaron a faltar los medios para socorrer a los enfermos del hospital militar. Una contribución forzosa de 400 mil pesos, que debía pagar el comercio, suscitó fuertes reclamaciones de parte de los ingleses, apoyados por un buque de su nación. El patriotismo suministró mayores recursos con donativos espontáneos. Poseídos de un generoso entusiasmo ofrecieron los diputados hasta las hebillas de sus zapatos; todas las clases rivalizaron en desprendimiento; y un desconocido, que quiso ocultar su nombre y que años después se supo haber sido el doctor Armas, entregó 114 onzas de oro como último resto de su fortuna. El ejército engrosaba sus filas con muchos voluntarios, en los que se notaba alguna impaciencia por ocupar puestos superiores. De Colombia enviaba Bolívar dos mil hombres a las órdenes del general Paz Castillo.

Junta gubernativa.- Don José La Mar, don Manuel Salazar y Baquíjano, conde de Vista Florida, y don Felipe Alvarado, que componían la junta de gobierno, se esforzaron por llenar los deberes de su difícil posición. En ella tenían que luchar con la enérgica oposición de los realistas, con ambiciones nacientes entre los patriotas y con las trabas del Congreso, demasiado prevenido por las arbitrariedades del protectorado para que quisiera fortificar el poder ejecutivo, según exigían las operaciones de la guerra. Sobreponiéndose a tan poderosos obstáculos, envió la Junta, para que operase en el Sur, una división entusiasta de cuatro mil hombres al mando de don Rudesindo Alvarado. Castillo, unido a Arenales, debía

2_lorente 2.p65 234 29/11/2006, 12:14 p.m.

atacar a los realistas en Jauja para impedirles la concentración de sus fuerzas. Este plan de campaña que, dividiendo las de los patriotas aventuraba su éxito, fracasó por falta de dirección y de ejecución completa. Castillo quería obrar por sus propias inspiraciones y ponía tales condiciones para auxiliar al Perú, que la Junta recelosa ya de la ambición de Bolívar, hubo de dar órdenes para el reembarco inmediato de la tropa colombiana. Arenales no pudo marchar a Jauja. Alvarado, fascinado por la cooperación que le prestaban los patriotas de Arica y Tacna, dejándose arrastrar del entusiasmo de sus oficiales, y hábilmente atraído a posiciones desfavorables por el inteligente Valdés que se retiraba a la sierra para recibir refuerzos, se batió en Torata el 19 de enero de 1823 desde las nueve y media de la mañana hasta el anochecer. Había ido ganando terreno hasta las cuatro de la tarde en que Canterac llegó con su estado mayor al campo de Valdés. Sus tropas, especialmente el regimiento del Río de la Plata y la legión peruana, desplegaron un valor heroico y ya ocupaban las penúltimas alturas cuando el refuerzo recibido por los realistas les hizo emprender la retirada. Dos días después (21 de enero) sufrían una derrota completa a las puertas de Moquegua, no habiendo podido alejarse a tiempo y siendo flanqueadas en su posición. Todavía en el desorden de la dispersión hicieron pagar caro su triunfo los bizarros granaderos de a caballo de los Andes a los realistas, que les perseguían en la dirección de la Rinconada. Una columna que operaba por Iquique sucumbió estrechada entre los realistas y las olas del mar, pereciendo en ellas los inseparables e intrépidos La Rosa y Taramona, que no quisieron rendirse. Los restos de la brillante expedición, que regresaban al Callao, recibieron el más doloroso contraste por el naufragio de dos transportes junto a la costa entre Ica y Pisco. Al saltar en tierra los náufragos se encontraron con los horrores del desierto, entre abrasados arenales y sin una gota de agua. Aunque los pisqueños volaron a su encuentro, habían caído ya numerosas víctimas del calor, la sed y la fatiga; algunos murieron por la impaciencia con que se arrojaron a beber el agua encontrada en un puquio.

El inesperado revés turbó profundamente el espíritu público. La Junta gubernativa perdió la confianza del pueblo; y aunque ya suficientemente autorizada por el Congreso improvisaba batallones, reunía aprestos y buscaba auxilios, se le acusó de inerte o poco solícita. Los hombres tímidos creían comprometida la causa de la Independencia. En realidad, no obstante el mérito de aquel triunvirato, su organización que no permitía desplegar la energía, presteza y unidad de acción necesarias, dificultaba la pronta emancipación del Perú. El ejército, acaudillado por Santa Cruz y abundando en estas ideas, representó al Congreso que era necesario nombrar Presidente de la República al popular Riva-Agüero, investido

2_lorente 2.p65 235 29/11/2006, 12:14 p.m.

de facultades amplias. Aunque la representación era moderada en los términos, ocultaba mal la violencia de una resolución arrancada por la fuerza de las armas. Los diputados celosos por la ley y por el prestigio del Congreso la rechazaron en una acalorada discusión, haciendo sentir algunos oradores que ultrajaba la soberanía nacional, coactaba la libertad y hacía ilusoria toda deliberación. Mas acrecentándose el tumulto y agravadas las intimaciones, se aprobó el 28 de febrero de 1823 el nombramiento propuesto por el ejército; y prevalecieron sobre los defensores constantes de las libertades públicas, los partidarios del Presidente apoyados por los que cedieron por temor a la anarquía.

Presidencia de Riva-Agüero. Los brillantes principios del nuevo gobierno pudieron deslumbrar al vulgo imprevisor. Riva-Agüero desplegó una actividad e inteligencia admirables. Aprovechando los elementos reunidos por la Junta, a principios de mayo antes de cumplidos dos meses y medio de su elevación, hacía embarcar con destino al Alto-Perú una expedición compuesta de unos 5 500 hombres bien equipados y provistos, a las órdenes de Santa Cruz y de don Agustín Gamarra. Accediendo a su solicitud venían en auxilio de la emancipación, que era la causa de toda la América independiente, tres mil colombianos mandados por Sucre, más de dos mil chilenos bajo el mando de Pinto, y considerables fuerzas de Salta y Tucumán a las órdenes de Las Heras. Las fortificaciones del Callao se pusieron en el mejor estado de defensa y con abundantes recursos. El empréstito de seis millones de pesos contratado ya en Londres dio suficiente crédito para subvenir a los gastos de la guerra y amortizar seiscientos mil pesos de papel moneda y otras tantas cantidades de moneda de cobre. El espíritu público se reanimaba; el bienestar renacía; y la opinión se uniformaba para apoyar al Presidente, que parecía llamado a ser el libertador del Perú. Con el retiro del liberal Luna Pizarro y de otros diputados inflexibles, la oposición se había acallado en el Congreso, que confirió a Riva-Agüero el grado de Gran Mariscal y prestó poco apoyo a ciertas observaciones relativas a los gastos militares. La influencia de los realistas y de los auxiliares derribó fácilmente un poder levantado sobre frágiles bases.

El político Sucre, que a su carácter de caudillo militar unía la investidura de Ministro plenipotenciario de Colombia, trató de allanar el camino a Bolívar deseoso de hallar desembarazado el Perú para sus grandiosos proyectos. De la legación colombiana salieron varios artículos, que principiaron a minar el crédito del Presidente. Habiéndose acercado Canterac con nueve mil hombres para ocupar la capital, se hizo notar que las dotes desplegadas por Riva-Agüero en el gabinete no bastaban para triunfar en el campo de batalla. Después de salir para el Sur el

2_lorente 2.p65 236 29/11/2006, 12:14 p.m.

ejército peruano, ofreció Sucre su apoyo para sostener la libertad del Congreso; y una vez encerradas las autoridades y parte de la representación nacional en el Callao, porque los hombres competentes no habían creído acertado disputar a los realistas la momentánea ocupación de Lima, se suscitó una violenta oposición. 38 diputados, aunque no formaban el tercio legal, invistieron a Sucre el 19 de junio del supremo poder militar; el 21 confirmaron su resolución, no obstante las observaciones del Presidente que la aprobó oficialmente contentándose con hacer una protesta secreta; y el 23 le despojaron de su autoridad. Sucre, que no quería aparecer cómplice en la deposición del Presidente, interpuso su ascendiente para suspender tan grave escisión, y logró que el gobierno y los diputados se embarcasen para Trujillo. Riva-Agüero se lisonjeaba todavía con la esperanza de conservar el poder. Con tal objeto procuró dominar a los disidentes; trató de suspender las sesiones del Congreso; lo disolvió el 19 de julio, viendo que no podía acallar la oposición; envió presos en un buque despachado al Sur siete de los diputados más influyentes; y nombró un Senado compuesto de sus adictos, procurando levantar actas en que se aprobaran sus golpes de autoridad y aun se solicitaran con anticipación.

Al posesionarse de Lima el 18 de junio procuró Canterac ganar la opinión no persiguiendo a los comprometidos en la causa de la patria; mas su pasajera administración se deshonró con el martirio del chorrillano Olaya que, ocupado en llevar comunicaciones a Sucre, sufrió bárbaros tormentos y el último suplicio por no haber querido descubrir a una señora comprometida en aquella correspondencia. Después de haberse ausentado los realistas, Torre-Tagle, en quien Sucre partiendo para el Sur había dejado el alto mando, honró la memoria del mártir de la patria; luego procedió a reconstituir el Congreso que, reforzado con las víctimas de Riva-Agüero, le confirió la presidencia y proscribió a su antecesor. Los dos gobiernos rivales establecidos en Lima y Trujillo, olvidando la causa sagrada, ante la cual debían desaparecer todas las disensiones, no pensaron sino en hostilizarse por los medios más violentos. La anarquía amenazaba devorar el Perú independiente, cuando se anunció la llegada de don Simón Bolívar llamado con repetición e instado de cerca por los distinguidos diputados Olmedo y Sánchez Carrión.

El héroe de Colombia fue recibido en el Perú como el genio de la Independencia; las demostraciones que se le prodigaron el 1 de septiembre de 1823 sólo podían compararse a las del 28 de julio de 1821, cuyas esperanzas venía a realizar. Su fe incontrastable, su voluntad de hierro y sus esclarecidas dotes militares eran la mejor garantía del triunfo, valiendo su prestigio solo por miles de auxiliares. El Congreso le confirió la

2_lorente 2.p65 237 29/11/2006, 12:14 p.m.

autoridad dictatorial y el mando supremo del ejército, conservando a Torre-Tagle en la presidencia, más bien para que secundara las miras del Libertador, que para estar a la cabeza de un gobierno independiente.

El poder depositado en las manos de Bolívar fue necesario no solamente para acabar con las intempestivas aspiraciones de Riva-Agüero, sino también para neutralizar las funestas consecuencias de los reveses sufridos en el Sur. Santa Cruz había principiado su campaña bajo los más favorables auspicios. En las inmediaciones de Pisco un destacamento patriota obtuvo el 11 de agosto un triunfo brillante, que si bien era en pequeña escala y a 400 leguas del teatro principal de la guerra, reanimó a los pueblos y podía levantar la moral del ejército por el bello ejemplo que le ofrecían sus compañeros de armas. En los departamentos del Sur presagiaba grandes triunfos la opinión pública. Apenas desembarcados los patriotas habían logrado sorprender en Azapa a un escuadrón realista apoderándose de todos sus caballos y mulas; lo que les ofreció una ventaja inapreciable para el paso de los Andes. Atravesada la cordillera, fueron reforzados por los guerrilleros del Alto-Perú. El grueso de los expedicionarios fue recibido con entusiasmo en La Paz, donde proclamó la Independencia con júbilo universal. Gamarra extendía sus operaciones por el lado de Oruro y la hacía proclamar en Cochabamba. Sabedor Santa Cruz de que se acercaba Valdés, corrió a encontrarle en Zepita el 25 de agosto. Allí, aunque la infantería patriota se vio desordenada en el primer choque, se rehizo con el apoyo de la caballería e hizo ceder el campo al enemigo.

Cuando debía animarse a nuevos combates por las ventajas alcanzadas en Zepita y por tener su hueste en el pie de siete mil hombres, y hallándose a la vista del virrey que sólo contaba con cuatro mil, emprendió Santa Cruz el 12 de septiembre desde Sepulturas una desastrosa retirada, sea para buscar el apoyo de Sucre desembarcado ya por Quilca, sea obedeciendo a las órdenes de Riva-Agüero, que le llamaba con instancias. Los realistas haciendo una marcha de 20 leguas le alcanzaron en Sicasica y le ahuyentaron en el mayor desorden; un traidor puso en su poder el puente del Desaguadero que debía detenerlos; y las fuerzas patriotas se desbandaron, como si hubieran sufrido una gran derrota. Sucre se apresuró a salvar su infantería reembarcándola por Quilca y protegiendo su retirada con la caballería, que se batió denodadamente en las calles de Arequipa. En este día (8 de octubre) se hicieron admirar las arequipeñas lanzándose con precipitación a la calle durante el combate para recoger y asistir a los heridos. Las fuerzas de Chile, que se hallaban en Arica, se reembarcaron para su país, faltas de cooperación y recelosas de asechanzas.

2_lorente 2.p65 238 29/11/2006, 12:14 p.m.

Presidencia de Torre-Tagle.- Riva-Agüero, que para sostenerse confiaba en el regreso de Santa Cruz, buscó apoyo en los realistas, mientras levantaba un ejército en el Norte con su acostumbrada actividad. No pensaba traicionar la causa de la Independencia, que los liberales de España, consecuentes con sus principios, se inclinaban a reconocer gradualmente y que el limeño Pando, ministro de relaciones exteriores, había puesto por condición para formar parte del gabinete español. Mas los exaltados enemigos del ex presidente, que antes le acusaban de tirano, le hicieron aparecer como traidor. Bolívar, que marchaba a su encuentro y había hecho inútiles tentativas por atraerle a la conciliación, logró persuadir de la traición de Riva-Agüero a los jefes en que éste había depositado su confianza; y su misma escolta le prendió. De Lima se enviaron órdenes para una ejecución secreta en el término de seis horas sin forma alguna de juicio. Mas los que ya habían comprometido su reputación por bien de la patria, no quisieron mancharla con un asesinato; y el ex presidente con sus ministros y otros jefes salió desterrado a Guayaquil.

Reunido todo el Norte de la República bajo la presidencia de Torre-Tagle, se encontraba todavía Bolívar con fuerzas inferiores a las del virrey; y mientras las ponía en el pie conveniente, se propuso ganar tiempo con negociaciones de paz. La ocasión era propicia. Comisionados españoles enviados por el gobierno constitucional habían ajustado con Buenos Aires un tratado preliminar, conviniendo en un armisticio de dieciocho meses con entera libertad de relaciones comerciales y con la extensión de iguales condiciones a los demás estados independientes que accedieran al convenio. A fin de que rigiera en el Perú, habían sido enviados por el gobierno argentino Las Heras a tratar con el virrey y Alzaga con las autoridades peruanas. La invasión de la Península por las tropas francesas, que iban a restablecer al Rey absoluto, podía mover a los constitucionales españoles al inmediato reconocimiento de las repúblicas hispanoamericanas que ofrecerían el socorro de veinte millones de pesos, cantidad votada por las Cámaras francesas para costear la intervención. El Congreso del Perú no se oponía a la pacífica transacción; el Libertador que sólo consideraba las negociaciones como un expediente dilatorio y no quería aparecer solicitándolas por debilidad, aconsejó a Torre-Tagle que las comenzara sin comprometerle; y el ministro de la guerra Berindoaga salió para Jauja autorizado para entenderse con el virrey. Canterac, que ocupaba el valle, no le consintió pasar adelante, ni aun le acordó una entrevista vivamente solicitada por él. Tampoco se había concedido a Las Heras avistarse con el virrey. Los jefes realistas envanecidos con los recientes triunfos y creyendo todavía, que en la prolongada contienda podían salvar la dominación colonial, no prestaban oídos sino a los que hablaban de la inmediata sumisión del Perú. Fue por

2_lorente 2.p65 239 29/11/2006, 12:14 p.m.

lo tanto necesario abandonar toda esperanza de negociaciones desde principios de 1824.

Como si todas las dificultades debieran aumentarse y arreciar los peligros para probar más la constancia de los patriotas y enaltecer su triunfo, la situación se agravó extraordinariamente en el mes de febrero con la pérdida del Callao, que la traición puso en poder de los realistas. El negro Moyano, que por su acreditado valor gozaba de mucho ascendiente sobre la tropa descontenta por el atraso de sus haberes, pudo sublevarla contra el general Alvarado y demás jefes, se puso de acuerdo con Oliva, otro sargento traidor, y con el realista Casariego, jefe prisionero en el Callao, y entregaron la plaza a Rodil, que operaba por el lado de Ica. El gobierno de Lima había empleado en vano toda clase de medios para que los sublevados volviesen al deber; mas esto no le libertó de las sospechas de complicidad apoyadas en ciertas apariencias. Con menos fundamento quisieron algunos atribuir aquella defección, obra exclusiva de la soldadesca, al libertador Bolívar que pensaba ante todo en impedir sus graves consecuencias. En vista de lo que exigía la salud pública, el Congreso que el 10 de noviembre anterior había dado al Perú su primera constitución democrática, confirió al Libertador el 10 de febrero la plena dictadura, poniéndose en receso y anulando de todo punto la autoridad del Presidente.

El Dictador, que se hallaba en Pativilca, dio órdenes rigurosas para retirar de Lima armas, plata, vestuario y demás útiles de guerra, temiendo con razón, que por la ocupación de la capital cayeran en poder del enemigo. Como Torre-Tagle se resistiera a la ejecución de las terribles providencias, fue enviado el general Necochea para encargarse del mando y remitir presos al ex presidente junto con su ex ministro Berindoaga, que debían ser fusilados por traidores. Ellos lograron salvar del inminente riesgo, el nuevo jefe fue reconocido en Lima, y el 17 de febrero un corto número de diputados dejaron el país a discreción de Bolívar. Desde la publicación de la Constitución se habían suspendido los artículos que el estado de guerra hiciera incompatibles con las facultades del Libertador.

En realidad, aquel código nació muerto, no habiéndose dado a conocer su existencia sino por las solemnidades de la promulgación. El Congreso había perdido el sentimiento de la supremacía y sus hombres prominentes desde el 28 de febrero al imponérsele la elección de Riva-Agüero. Desorganizado con la bajada de Canterac y con la disolución de Trujillo no pudo reinstalarse sino con procederes que lastimaban su prestigio; y en adelante la sabiduría e influencia con que brillara en los principios, cedieron a menudo a las inspiraciones de la pasión. Sin embargo, conservó siempre en su seno inteligencias distinguidas y patriotas inta-

2_lorente 2.p65 240 29/11/2006, 12:14 p.m.

chables, que se mostraron superiores a todas las pruebas de la más complicada situación.

—V—
Dictadura de Bolívar
(1824–1826)

La situación.- Habían llegado los tiempos críticos que atraviesa toda revolución regeneradora. La preponderancia momentánea de los realistas tenía encadenada y aun extraviada la opinión de muchos pueblos. Lima, mimada por los virreyes, se resentía de las continuas agitaciones sucediendo al reposo secular de las numerosas familias sumidas en la miseria, de las costumbres alteradas por la licencia, y de las providencias rigurosas agravadas por la dureza del Dictador. La inconsecuencia de los hombres hacía perder la fe en los principios. Con el malestar presente se olvidaban las humillaciones del coloniaje y no se preveían las glorias de la emancipación. Los que no estaban a la prueba de los sacrificios y peligros, vacilaron; los que en el Perú independiente aspiraban a heredar el predominio de los europeos, llevaban a mal la igualdad republicana; los adheridos a un orden inalterable no comprendieron las fecundas variaciones de la libertad; los antiguos privilegiados no podían avenirse con la prosperidad de hombres nuevos. Hacíanse duras a la nobleza siempre moderada y cortés, las demasías de la gente de color antes humillada y cada día más levantada con la presencia de muchos auxiliares ensalzados por su mérito y sus servicios a la América independiente. Esta profunda perturbación de los ánimos produjo la defección de algunos escuadrones y partidas, que siguió de cerca a la pérdida del Callao, tentativas de reacción en Guayaquil que hubieron de sofocarse con numerosas ejecuciones, y los compromisos de algunos patriotas con las autoridades realistas, que volvieron a ocupar la capital.

Si el estado de los ánimos oponía graves dificultades a los defensores de la Independencia, los realistas luchaban a su vez con obstáculos que les impidieron utilizar su preponderancia, mientras necesitaba reforzarse el ejército de la patria. Restablecido el gobierno absoluto de España, Olañeta que siempre había sido enemigo de las instituciones liberales y tenía aspiraciones ambiciosas, pudo ser inducido por su hábil sobrino don Casimiro, que trabajaba secretamente por la Independencia, a declararse jefe superior del Alto-Perú, sustrayéndose a la obediencia del constitucional La Serna. El virrey apuró los medios de conciliación y confió la sumisión de los disidentes al acreditado Valdés. Las tropas realistas que guarnecían a Lima fueron llamadas al interior, y al atravesar la quebrada de San Mateo fusilaron a los patriotas Prudan y Millan,

2_lorente 2.p65 241 29/11/2006, 12:14 p.m.

que conducían entre los prisioneros, por haberse escapado otros dos jefes. Esta bárbara ejecución disminuyó el prestigio que se había adquirido el virrey con su política benévola, la que también era contrariada con los necios rigores desplegados en Lima por el general Ramírez. Sus vejaciones a las mujeres, a los que llevaban el pelo cortado a la moda, y a los que daban noticias favorables a la patria, acrecentaron el odio a la dominación española. La ciudad se vio tan contrariada, que ofrecía la imagen de una población en duelo; la hierba creció en las calles que solían ser las más concurridas; y el pueblo hizo votos unánimes por el triunfo del Libertador.

Campaña de Junín.- Las huestes de la patria se organizaban con extraordinaria actividad. La Mar disciplinaba en Trujillo una brillante división peruana. Habiendo llegado nuevos refuerzos de Colombia, se aclimataban en el callejón de Huaylas para que pudieran pasar la cordillera los guerreros nacidos en ardientes llanuras. Excediéndose a sí mismo en inteligencia y energía, secundado en la administración por el hábil Sánchez Carrión y en las operaciones militares por Sucre y Gamarra, preparaba Bolívar el triunfo reuniendo todos los elementos de guerra. La caja militar, que se hallaba sin fondos, fue provista; se aprovecharon bien las entradas de las aduanas; se impuso una contribución directa; se tomó por vía de donativo la plata de los templos; se exigieron suministros a los pueblos; se echó mano de bienes pertenecientes al enemigo; se suprimieron los gastos innecesarios y se pagó sólo una parte de los sueldos. El ejército se puso en excelente pie de armas y disciplina. Rebosaba en entusiasmo por el prestigio incomparable del caudillo y con la reunión a los patriotas peruanos de otros americanos vencedores en Chacabuco, Maypú, Boyacá, Carabobo y Pichincha y de algunos europeos que habían concurrido a las campañas de Rusia y Waterloo.

A principios de junio de 1824, mientras Valdés combatía en el Sur a Olañeta con alternativa de pérdidas y ventajas, que eran otros tantos triunfos para las armas independientes, se movieron los patriotas para atacar a Canterac en sus importantes posiciones, atravesando la escabrosa cordillera de Huaraz con un orden y previsión incomparables. El caudillo realista no se movió del valle de Jauja, que era su base de operaciones y le ofrecía los necesarios recursos, hasta que el 1 de agosto tuvo noticias de la aproximación de Bolívar. Los montoneros siempre activos y audaces, favorecidos por el espíritu de los pueblos dirigidos entonces por el intrépido Miller, habían ocultado su apacible llegada a la mesa de Junín, interceptando las comunicaciones.

El ejército realista llegó el 5 de agosto a Carhuamayo y su caudillo se adelantó hacia Pasco para hacer un reconocimiento por el lado oriental

2_lorente 2.p65 242 29/11/2006, 12:14 p.m.

de la laguna. Entretanto marchaban los patriotas por el de occidente, procurando ganarle el camino de Jauja, atacarle por retaguardia o al menos aislarle del virrey. Para prevenir sus operaciones retrocedió Canterac con diligencia y logró quedar otra vez a vanguardia al siguiente día. Esperando la próxima batalla había Bolívar entusiasmado a sus huestes el 2 con la elocuente proclama:

> «¡Soldados! Vais a completar la obra más grande que el Cielo ha encargado a los hombres; la de salvar un mundo entero de la esclavitud.
>
> ¡Soldados! Los enemigos que debeis destruir, se jactan de 14 años de triunfos; ellos pues serán dignos de medir sus armas con las vuestras, que han brillado en mil combates.
>
> ¡Soldados! El Perú y la América toda aguardan de vosotros la paz, hija de la victoria; y aun la Europa libre os contempla con encanto; porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del universo. ¿La burlareis? ¡No! ¡No! ¡No! Vosotros sois invencibles.»

Al descender por la tarde del 6 de agosto a la pampa de Junín adelantó el Libertador la caballería separándola dos leguas de la infantería. Canterac que esperaba una completa victoria, porque contaba con 1 300 caballos contra 900 maltratados y peor equipados, corrió a encontrarlos en la estrecha llanura que dejan los derrames de la laguna y los inmediatos cerros de Junín. La estrechez del sitio sólo permitió que formaran en batalla algunos escuadrones colombianos; los demás se alinearon en columna. Dos escuadrones de los húsares del Perú se situaron junto al terreno inundado; un tercer escuadrón peruano venía marchando por detrás por hallarse muy mal montado.

La caballería realista cargó al galope recibiendo una emoción notable al ver la serenidad con que era aguardada a pie firme por jinetes dueños de sus caballos y armados con lanzas de catorce a quince pies. El choque fue terrible; la mayor parte de los escuadrones colombianos fueron arrollados, y los realistas creyéndose triunfantes se desordenaron en la persecución. Los escuadrones peruanos, que por hallarse detenidos por el pantano o por venir marchando no habían tomado parte en el ataque, cargaron con decisión; los demás patriotas se rehicieron; el valeroso Necochea que había caído prisionero y cubierto de heridas, fue recobrado; y el enemigo huyó por la ancha llanura a refugiarse en las filas de su infantería que no había interrumpido la retirada. Los realistas dejaron en el campo de Junín 340 muertos, 80 prisioneros y el prestigio de su arma favorita, siendo la pérdida de sus vencedores de 99 heridos y 45 muertos.

2_lorente 2.p65 243 29/11/2006, 12:14 p.m.

Canterac desconcertado con el inesperado revés, que no acertaba a explicarse y que comprometía su bien sentada reputación militar, se alejó con tal presteza, que a las 48 horas se hallaba en Huancayo a 32 leguas largas de distancia. Continuando su precipitada retirada perdía provincias, repuestos, armas y la mitad de su tropa, que sin disparar un tiro se desmoralizaba por el desaliento y la continua deserción. Volado el puente de Izcuchaca y roto el del Pampas, hizo un alto de quince días en Chincheros protegido por el cerro de Bombón; y al aproximarse sus perseguidores fue a abrigarse del otro lado del Apurímac, cuyos puentes inutilizó. Bolívar no había podido perseguirle de cerca porque su infantería, que se hallaba a alguna distancia de los realistas el día de la victoria, no estaba acostumbrada a las largas marchas de la sierra. Habiendo dejado su ejército a este lado del Apurímac a las órdenes de Sucre, y creyendo que por la proximidad de la estación lluviosa y la situación comprometida de los realistas tardaría en ser atacado, bajó a la costa para preparar mayores fuerzas que aseguraran en todo evento el triunfo de la emancipación.

Campaña de Ayacucho.- El virrey trayendo las fuerzas del Cuzco al campo de Canterac y haciendo venir del Sur a Valdés, que en un mes se trasladó de una distancia de 270 leguas y en el tránsito se reforzó con guarniciones y reclutas forzados, había logrado a fines de octubre poner su ejército en el pie de más de 10 mil hombres con 14 piezas de artillería y 1 600 caballos. Así no vaciló en tomar la ofensiva y pasando el Apurímac por Acha, emprendió su marcha por las alturas intermedias entre la cordillera occidental y el camino real que los patriotas ocupaban. Sucre para no perder su base de operaciones comenzó la retirada el 7 de noviembre. Se hallaba el 22 en Chincheros, protegido por el cerro de Bombón, cuando el enemigo que ya se había adelantado en la dirección de Lima, destacó algunas guerrillas. Rechazadas éstas, y recelando que para flanquearle pasaran los realistas el Pampas, hizo la penosa travesía de Bombón a Ocros con orden admirable, y el 3 de diciembre aguardó en Matará que ellos atacasen. Continuando la retirada en el mismo día, su retaguardia fue alcanzada en la profundísima quebrada de Corpahuaico y sufrió un gran revés, que envalentonando demasiado a los vencedores preparó la próxima libertad del Perú. Los patriotas superiores a todo contraste no vacilaron en ofrecerles batalla al siguiente día, la que no habiendo sido aceptada, verificaron por la noche el peligroso paso del Pangora, y el 6 acamparon cuatro leguas al Este de Huamanga entre el pueblo de la Quinoa y el rincón de Ayacucho. Ya les tenía cortadas el virrey las comunicaciones con Lima, habiéndose adelantado hasta Pacaicasa entre Huamanga y Huanta; para dificultarles la retirada había hecho inutili-

2_lorente 2.p65 244 29/11/2006, 12:14 p.m.

zar los puentes y puesto sus partidarios en alarma; y retrocedió el 7 a ocupar la formidable posición de Condorcunca.

El 8 de diciembre se hallaban ambos ejércitos a tiro de cañón, el patriota en las lomas que dominan la Quinoa, y el realista en las escabrosas faldas del Condorcunca. Mediaba entre ellos el campo de Ayacucho, que se extiende unas 600 toesas de Norte a Sur y 400 de Este a Oeste, terminando al mediodía por una quebrada impracticable, y en las demás direcciones por barrancos menos profundos. La posición del virrey era inmejorable para defenderse y poco a propósito para atacar, porque en el descenso del Condorcunca la caballería había de marchar a la desfilada y la infantería en desorden. Sucre se hallaba en situación mucho más difícil; podía oponer menos de seis mil hombres a más de 9 300, un cañón a once y una caballería inferior en número; si bien entusiasmada con el recuerdo de Junín; para permanecer en su puesto escaseaban los recursos; y se hacía muy arriesgada la retirada, porque faltaban los medios de movilidad, estaba desprovista la región que media hasta las cabeceras de Ica, y se habían declarado hostiles algunos pueblos intermedios entre Huamanga y Jauja. La Mar hizo presente estos obstáculos, y prevaleciendo su dictamen sobre el del jefe del ejército con general satisfacción, se resolvió aguardar el ataque para el memorable 9 de diciembre. Después de hechas algunas descargas a las once de la noche para causar una falsa alarma, descansaron los patriotas, elevándose su espíritu con la inminencia del peligro.

Al amanecer se saludaron ambos ejércitos con algunos cañonazos. Entrado el día, principiaron a bajar los realistas con la arrogancia del esperado triunfo. Valdés debía atacar por el Norte la izquierda patriota, que sostenía la división peruana y que ocupaba la parte más vulnerable del campo; por el lado opuesto descendían otras fuerzas con el grueso de la artillería y el centro se ponía en movimiento con la mayor parte del ejército, dirigido por el virrey y Canterac. La izquierda patriota estaba a las órdenes de La Mar, la derecha a las de Córdova, el centro ocupado por la caballería a las de Miller, y la reserva a las de Lara. El entendido Sucre que espiaba la oportunidad, antes que los enemigos pudiesen ordenarse en el llano, recorrió las filas avivando los sentimientos de gloria, honor y patria. Las entusiastas aclamaciones, ¡viva la República!, ¡viva el Libertador!, respondieron a esta breve pero enérgica arenga que pronunció en tono inspirado: «De los esfuerzos de hoy pende la suerte de la América del Sur. Otro día de gloria va a coronar vuestra admirable constancia».

El joven general Córdova a pie, quince pasos al frente de su división y con el sombrero en la mano, exclama: «División, arma al brazo, paso de vencedor», y todo plega a su irresistible ataque. Canterac, que ve com-

2_lorente 2.p65 245 29/11/2006, 12:14 p.m.

prometida la izquierda, precipita los movimientos del centro. Sucre da las órdenes oportunas para aprovechar los instantes de desorden. Miller destroza la caballería realista. El virrey que ve arrollada su fuerza, se arroja entre los combatientes, cae herido y prisionero. Lara, adelantándose con la reserva persigue a los fugitivos. Valdés, que peleaba con menos desventaja, es también derrotado por el empuje simultáneo de los húsares de Junín, la legión peruana y otros batallones.

A la una del día el triunfo de la patria era completo; la hueste que se había creído invencible, estaba desecha, dejando en el campo más de dos mil entre muertos y heridos, unos tres mil prisioneros, el resto en dispersión o dispuesto a resistir a los que pretendieran prolongar la lucha. Los vencedores habían tenido cerca de mil hombres fuera de combate. Una capitulación ajustada en el mismo campo ponía todo el territorio y los elementos de guerra en manos de los independientes. Los rendidos eran tratados con consideraciones que hacían realzar por la generosidad en el triunfo, el mérito de los vencedores en la retirada y el heroísmo en la batalla.

Allí mismo y sobre todo a la distancia se quisieron oscurecer las glorias de Ayacucho, atribuyéndolas a traición de jefes realistas; pero si los vencidos no fueron acertados en todas sus disposiciones, pelearon como buenos, y sus constantes esfuerzos hicieron resaltar las virtudes de sus vencedores. La audacia se sobrepuso a la arrogante confianza, el entusiasmo al número, y la oportunidad de un ataque entendido y heroico a la superioridad de las armas.

Consumación de la Independencia.- La espléndida victoria de Ayacucho había asegurado el triunfo de la América independiente. En vano algunos fugitivos y las autoridades del Cuzco quisieron prolongar la lucha nombrando virrey al general Tristán, que se hallaba en Arequipa. Disipado el prestigio del poder secular, la opinión se levantaba en todas partes con fuerza irresistible; los destacamentos realistas se pronunciaban o dispersaban; y el nuevo virrey no tardó en reconocer el gobierno de su patria. Sólo quedaban a los españoles las fuerzas de Olañeta, que se sostenía en el Alto-Perú, Chiloé defendido por el esforzado Quintanilla, algunos buques enviados de la Península para dominar el Pacífico, y las fortalezas del Callao, que Rodil no se creyó en el deber de entregar, como exigía la capitulación de Ayacucho.

Continuando los patriotas su marcha triunfal al Sur, se vio Olañeta abandonado o combatido por los suyos y pereció el 1 de abril en un combate contra ellos en la quebrada de Tumusla. La escuadra realista, que se había dirigido a Filipinas, revolucionándose en las Marianas, se entregó parte a Chile, parte a México. Chiloé no pudo resistir a una gran

2_lorente 2.p65 246 29/11/2006, 12:14 p.m.

expedición enviada de Chile. Rodil, que había sostenido el memorable sitio del Callao, hubo de capitular el 22 de enero de 1826, habiendo desplegado en trece meses de ataques y sufrimientos mayor constancia de la necesaria para dejar su nombre en buen lugar.

La escuadra por mar y más de tres mil hombres a las órdenes del colombiano Salón, por tierra estrecharon de día en día el sitio, sucediéndose los choques diarios casi por meses enteros. Para contener las conspiraciones tuvo Rodil que emplear crueles rigores, ejecutando en una vez cuarenta personas. El hambre, el escorbuto y las fiebres arrebataron más de seis mil. Por temor a la severidad de Bolívar se habían refugiado allí gran parte de la nobleza y casi todos los comprometidos con los realistas durante la última ocupación de Lima. Esta ocupación se había prolongado casi hasta la víspera de Ayacucho, causando un cruel destrozo a los patriotas en el ataque del 3 de diciembre, el día mismo en que sufrían un revés en Corpahuaico. En el Callao desaparecieron familias enteras y entre otras víctimas señaladas el ex presidente Torre-Tagle. Su antiguo ministro Berindoaga, que había querido escaparse, cayó en las manos de Bolívar y murió en el cadalso como traidor a la patria, junto con su cómplice Teron. Los hombres honrados y aun los españoles vencidos en Ayacucho, continuaron libremente en el Perú gozando de las ventajas de la Independencia.

2_lorente 2.p65 247 29/11/2006, 12:14 p.m.

Época de la República

—I—
Gobiernos del Perú independiente (1821-1866)

Jefes reconocidos.- Desde la jura de la Independencia ha reconocido el Perú 22 gobiernos en el orden siguiente:

San Martín, 1821–1822.
Junta gubernativa, 1822-1823.
Riva-Agüero, 1823.
Torre-Tagle, 1823-1824.
Bolívar, 1824-1827.
La Mar, 1827-1829.
La Fuente, 1829.
Gamarra, 1829-1833.
Orbegoso, 1833-1835.
Santa Cruz, 1836-1839.
Gamarra, 1839-1841.
Meléndez, 1841-1842.
Vidal, 1842.
Vivanco, 1843-1844.
Meléndez, 1844-1845.
Castilla, 1845-1851.
Echenique, 1851-1855.
Castilla, 1855-1862.
San Román, 1862-1863.
Pezet, 1863-1865.
Canseco, 1865.
Prado, 1865.

2_lorente 2.p65 249 29/11/2006, 12:14 p.m.

Gobiernos interinos.- Por ausencia, enfermedad o mera voluntad del jefe reconocido han gobernado interinamente Torre-Tagle en 1821, el Consejo de gobierno del 25 al 27, Salazar del 28 al 29, La Fuente del 30 al 31, Tellería el 31, Reyes el 32, Campo-Redondo el 33, Salazar del 34 al 35 Menéndez el 41, Figuerola el 42, Medina el 54, el Consejo de Ministros del 57 al 58, La Mar del 59 al 60 y Canseco el 63.

Jefes no reconocidos.- Han sido obedecidos en varias provincias sin ser reconocidos por todo el Perú Bermúdez el 34, Salaverry el 35, Vivanco el 40, Torrico el 42, la junta del Sur del 43 al 44, Elías el 44, Castilla el 54, Vivanco del 56 al 58, Prado y Canseco el 65.

Legislaturas.- Se han reunido el primer Congreso Constituyente el 22 y 25, el segundo Constituyente el 27, el Constitucional el 29 y 32, la Convención el 33, los federales de Sicuani, Huaura y Tacna el 36, el Constituyente de Huancayo el 39, el Constitucional el 45, 47, 51 y 53, la Convención el 55, el Constitucional el 58, 60, 62 y 64.

Constituciones.- Han sido siete, la del 23, la vitalicia, la del 28, la del 34, la de Huancayo, la del 56 y la reformada en 60.

—II—

Vicisitudes de la República

Fundación de la República.- Los sentimientos republicanos se desarrollaron junto con las ideas de emancipación. La patria y la libertad se confundían en las aspiraciones de los peruanos, corrieron iguales azares y triunfaron en los mismos campos. El bello modelo de los Estados Unidos, el espíritu liberal del siglo, las aspiraciones de toda la América española, y las demás causas que despertaban el amor a la Independencia, traían consigo tendencias a la República que se fortificaban además por la lucha contra los reyes, la falta de elementos monárquicos y la importancia creciente de las razas siempre abatidas bajo la monarquía. El maravilloso instinto del pueblo se anticipaba a las previsiones de los hombres de Estado y aun confundía sus hábilmente combinados, pero mal fundados planes. Todo el prestigio de San Martín y todo el talento de Monteagudo se estrellaron ante la opinión liberal, tan unánimemente declarada, que el Congreso Constituyente aclamó la República desde la primera proposición, la adoptó en sus bases constitucionales y la organizó en el código político. Las facultades omnímodas que las necesidades de la guerra hicieron conceder a Bolívar, no debilitaron los sentimientos republicanos; la victoria de Ayacucho se alcanzó vivando a la República y al Libertador.

2_lorente 2.p65 250 29/11/2006, 12:14 p.m.

Al completarse el triunfo de la Independencia, la República del Perú principió a ser reconocida, no sólo por los demás Estados de América, sino también por las provincias marítimas de Europa. Inglaterra más avanzada en sus instituciones y mejor apreciadora de los intereses internacionales, no tardó en hacer un reconocimiento explícito; aunque la muerte del Cónsul general inglés, acaecida el 11 de diciembre a consecuencia de los tiros de una avanzada patriota que le creyó del campo de Rodil, hubiera podido dar pretexto a reclamaciones y dilaciones diplomáticas. El gobierno francés, más ligado al Rey de España y con tendencias poco democráticas, había de dar lugar a negociaciones enojosas, acreditando un agente consular con el extraño título de Inspector general del comercio francés; pero por el interés de éste aceptaba desde luego los hechos consumados. Los países bajos trataban con el Perú más abiertamente.

Entretanto los patriotas peruanos podían recelar que las armas vencedoras a nombre de la Independencia no se tornasen contra la libertad. El proscrito Monteagudo, cuyas ideas eran muy sospechosas, había vuelto a Lima en diciembre de 1824 en compañía de Bolívar. Su muerte a manos del negro Colmenares el 30 de enero siguiente, si no fue un crimen vulgar inspirado por la pasión del robo, tuvo origen en las intrigas de palacio; pero Bolívar, que comprometió su crédito mandando salir para Colombia al asesino descubierto y confeso, hacía recaer las sospechas y aun las amarguras de la persecución sobre los realistas y patriotas; lo que imponía a las almas asustadizas y las preparaba a creerle el hombre necesario para consolidar la República. La inquietud por los destinos de la patria, el ilimitado reconocimiento a sus libertadores, el ascendiente de Bolívar, todo se reunió para que el Congreso, vuelto a reunir por él el 10 de febrero, le prolongase una peligrosa dictadura. Bolívar afectaba el mayor horror por el nombre, pero sus agentes la solicitaban por toda suerte de medios y los representantes de la nación la autorizaron con los dulces títulos de Libertador y padre del Perú. Junto con esta autoridad absoluta se le acordaron la erección de una estatua ecuestre, medallas y otros honores y un millón de pesos que sólo quiso admitir para Caracas, su suelo natal. A Sucre se recompensó con el grado de Gran Mariscal de Ayacucho, la rica hacienda de la Guaca y doscientos mil pesos. Para el ejército libertador se decretó un millón, suma que más tarde recibieron también los sitiadores del Callao. El Congreso envió a Bogotá una comisión de su seno para dar gracias al gobierno colombiano y pedir la permanencia en el Perú del Presidente Libertador.

Gobierno del Libertador.- La dictadura de 1824 había sido para Bolívar una campaña en que su genio se inmortalizó; la obtenida en 1825 se pasó entre brillantes ovaciones capaces de trastornar cabezas menos ambiciosas. El Libertador, dejando la administración general a un Consejo de

2_lorente 2.p65 251 29/11/2006, 12:14 p.m.

Gobierno, presidido por La Mar y después de haber éste renunciado, por Santa Cruz, se dirigió al Alto-Perú, decretando en el tránsito muchas reformas de interés público y recibiendo honores más que humanos en el Cuzco, Arequipa, Potosí y otras grandes poblaciones. El nuevo estado formado con provincias que en el gobierno colonial pertenecieron sucesivamente a los virreinatos del Perú y Buenos Aires, tomó en honor suyo el nombre de Bolivia. Conforme a sus inspiraciones, convocaba el gobierno de Colombia el Congreso de Panamá, en el que los representantes de América debían echar las bases de una vastísima federación. El Perú, que iba a enviar los suyos al istmo, era llamado también por su Consejo de gobierno a elegir diputados para un nuevo Congreso Constituyente, que debía instalarse en febrero de 1826. Previniendo los votos del pueblo, proyectaba el Dictador una Constitución en la que la organización monárquica estaba mal disfrazada con frases democráticas; pues se reconocía un presidente vitalicio e irresponsable, se debilitaba el poder legislativo dividiéndolo en cámaras de senadores, tribunos y censores, se desvirtuaban las elecciones, y todo tendía a robustecer el poder, dejando mal garantida la libertad. Este código fue adoptado sin oposición en Bolivia, cuyo presidente Sucre seguía las inspiraciones del legislador.

La pretensión contradictoria de ser al mismo tiempo el Washington y el Napoleón de la América del Sur, iba a gastar lastimosamente el genio heroico del Libertador, rompiendo la unidad de su gloriosa carrera y destruyendo la grandeza de sus concepciones con la pequeñez de los medios. Chile y Buenos Aires, prevenidos contra su política por sus aspiraciones mal encubiertas y por algunas expresiones ofensivas, rehusaron tomar parte en el Congreso de Panamá, en el que a la sombra de la confederación, veían levantarse una vasta monarquía. La asamblea compuesta de los representantes del Perú, Colombia, Centroamérica y México, no correspondió, ni podía corresponder a las esperanzas concebidas, desde que se dudaba de su fin legítimo, y sus únicos elementos de acción se reducían a tratados sin sanción efectiva. Los patriotas del Perú, aunque reducidos al silencio por el ascendiente de Bolívar, murmuraban en secreto, y aun los húsares de Junín hicieron en Ayacucho un movimiento que hubo de sofocarse con la victoria de Julcamarca y la ejecución del teniente Silva que era la mejor lanza de su cuerpo, junto con doce soldados sacados por suerte. También se denunció en Lima una vasta conspiración, que fue juzgada con gran empeño, absolviendo a unos acusados, desterrando a otros y condenando a algunos al último suplicio, del que se libraron por los esfuerzos del liberal presidente de la Corte Suprema.

El Congreso Constituyente no llegó a instalarse, porque lo impidieron las intrigas del gobierno. Se había principiado por confiar a la Corte Suprema la calificación de los diputados, contra la que protestaron en

2_lorente 2.p65 252 29/11/2006, 12:14 p.m.

las sesiones preparatorias los representantes del partido constitucional, diciendo uno de ellos al Ministro que iba a tomarles juramento: cuando el Señor Ministro se retire, el Congreso resolverá lo que debe hacer. Mas la mayoría insistió desde luego en que la calificación era de la competencia del gobierno, y después pidió que no se instalase la asamblea, fundándose en razones cuya frivolidad contrastaba con el número; por enaltecer el mérito del Libertador no se temía afirmar que sin su dirección corría el Perú riesgo de retroceder al estado salvaje. Abandonadas así las libertades públicas por sus naturales defensores, no vaciló el Consejo de gobierno en traspasar todos los límites de la ley, preguntando a los colegios electorales, cuya misión había cesado, si se adoptaría la Constitución boliviana y se nombraría presidente vitalicio al Libertador. Con excepción del colegio de Tarapacá todos respondieron afirmativamente; y las corporaciones civiles y eclesiásticas, los militares, las notabilidades políticas y simples particulares, cediendo a hábiles y vivas solicitudes, multiplicaron los actos de adhesión para simular la opinión popular. El viaje de Bolívar a Colombia, a donde los disturbios hacían necesaria su presencia, dio origen a otro género de manifestaciones, la mayor parte ficticias, en que la adulación excedió todas las conveniencias y aun las más obvias apariencias de la verdad. Aunque en todas ellas se solicitaba la permanencia del Libertador, verificó su salida el 3 de septiembre entre grandes demostraciones de sentimiento por su separación.

Continuando siempre la adhesión oficial, se juró solemnemente la Constitución vitalicia el 9 de diciembre, cuyos recuerdos debían unirse a otros pensamientos de libertad que no tardaron en hacer explosión. La tercera división de Colombia, que guarnecía a Lima, depuso al general Lara y otros jefes el 28 de enero de 1827, y se declaró dispuesta a defender la Constitución liberal de su patria. El Consejo de gobierno pidió nuevos jefes; pero viendo los esfuerzos que se hacían para promover una reacción en aquel cuerpo, y cediendo al voto de sus nuevos caudillos que solicitaban prontos medios de trasporte, facilitó su salida para Guayaquil. Libre el Perú de la opresión que las fuerzas colombianas podían ejercer, se pronunció unánimemente contra la Constitución vitalicia; un Congreso reunido por Santa Cruz dio la Presidencia de la República al liberal La Mar, y la Vicepresidencia a Salazar; se adoptó provisoriamente la Constitución del 23; y se trabajó con actividad en completar las instituciones democráticas y ponerlas a cubierto de toda agresión.

Presidencia de La Mar.- Acordes el gobierno y la opinión pública, que en vano se procuró extraviar en algunos pueblos del Sur, principió el Perú a progresar libremente por la senda constitucional. La prensa independiente trataba las grandes cuestiones de interés social con decoro e inte-

2_lorente 2.p65 253 29/11/2006, 12:14 p.m.

ligencia. Los hábiles hijos de Arequipa veían arraigarse en su privilegiado suelo los planteles de instrucción; los antiguos establecimientos de Lima volvían a prosperar, y el de medicina ensanchaba sus estudios con las clases de maternidad dirigidas por una mujer inteligente. La agricultura recobraba sus brazos y extendía sus explotaciones, si bien fracasó por entonces por mala dirección la empresa dirigida a recobrar la fértil región del Chanchamayo, perdida desde el alzamiento de Juan Santos. En la minería se hacía sentir un vivo impulso. Aunque la compañía pasco-peruana formada en Londres no correspondió a las esperanzas concebidas, y el haberse declarado propiedad del Estado las minas abandonadas junto con otros obstáculos creados en los últimos años, dificultaron las empresas particulares, se dejaba percibir un porvenir mejor; el sabio Rivero difundía los conocimientos mineralógicos, Valdivia promovía y daba a conocer el descubrimiento del carbón de piedra en la quebrada de Murco, donde se encierran grandes riquezas; el catador Angelino Torres en una de sus exploraciones descubría en el derrumbadero de Huaillura vetas auríferas de opulencia prodigiosa, que pocos meses después se perdieron entre los desórdenes y persecuciones que produjo la destructora fiebre del oro. El comercio luchaba con las tradiciones del monopolio; pero ganaba visiblemente terreno en la extensión, inteligencia y libertad de sus especulaciones.

Las mejoras políticas se anticipaban al progreso social; lo que si bien lisonjeaba mucho a los exaltados partidarios de la libertad, aventuraba su éxito, y en vez de acelerar había de exponer la marcha del Estado a terribles pruebas.

Los iquichanos, dirigidos por algunos desertores y llamados defensores del Rey, hicieron grandes destrozos en Huanta y amenazaban desolar a Ayacucho, que los escarmentó bien, habiéndose reforzado sus entusiasmados habitantes con algunos de Andahuaylas y con los audaces morochucos. En Lima, que acababa de sufrir un gran terremoto, se suscitó un motín de cuartel por el esforzado Huavique, que fue atravesado de una estocada por el intrépido joven don Felipe Santiago Salaverry, ahogándose así en la sangre del jefe una revuelta cuyas consecuencias eran difíciles de calcular. El terrible resentimiento de Bolívar, al que La Mar no temió provocar en defensa de las libertades públicas, ponía al gobierno peruano en conflictos cada día más graves y arrastraba a la ruina común.

Los jefes de la tercera división colombiana, que habían sido desgraciados en sus tentativas para defender la constitución de Colombia, perseguidos en el Ecuador, hallaban buena acogida en Lima. Tampoco eran mal recibidos los promotores de un motín militar, que fracasó en La Paz. Sucre, defensor natural de la constitución boliviana, era una amenaza

2_lorente 2.p65 254 29/11/2006, 12:14 p.m.

para los liberales del Perú; y a fin de prevenir sus proyectos fue un ejército a las órdenes de Gamarra a Bolivia, que junto con aquel código rechazó a su presidente colombiano y ajustó con el Perú el tratado de Piquiza. El agente diplomático de Colombia, que conspiraba abiertamente contra la administración peruana, fue preso y expulsado del país. La prensa envenenaba las cuestiones, ya con la destemplanza del lenguaje, ya con recuerdos irritantes, como la marcha forzada de cinco mil peruanos a Colombia, víctimas por la mayor parte del clima y privaciones, las fortalezas del Callao desmanteladas, la marina reducida a la nulidad, la hacienda desorganizada, oscurecida la gloriosa participación de los peruanos en las victorias de Junín y Ayacucho, y otros agravios que en la exaltación del momento hacían olvidar los inapreciables servicios del Libertador. Por su parte Bolívar, viendo destruida su obra predilecta, estaba lejos de moderar su terrible cólera. Un ministro del Perú, enviado a Bogotá para cortar los motivos de discordia con amistosas negociaciones, no fue recibido oficialmente, y se afectó desconocer su gobierno; se le impusieron condiciones inadmisibles, se le dio pasaporte como a un particular y aun se le prescribió la ruta para salir de Colombia. A la rotura de las negociaciones se siguieron las amenazas oficiales y los manifiestos acalorados, que eran verdaderas declaraciones de guerra.

La Mar, que para no hallarse desarmado contra los veteranos de Colombia había acrecentado y disciplinado sus fuerzas con extraordinaria actividad, no tardó en abrir la campaña; se apoderó de Guayaquil, que no obstante la muerte del almirante peruano Guisse hubo de entregarse por capitulación; y avanzó hasta la provincia de Cuenca las divisiones, que se internaban por la de Piura. Sucre, que se hallaba al frente de las fuerzas colombianas, presentó proposiciones de paz difíciles de admitir, y el ejército peruano sufrió el 12 de febrero de 1829 un contraste junto a Sagururo, y el 26 del mismo mes una derrota en el Portete de Tarqui; reveses ambos nacidos evidentemente de la mala dirección y que por lo mismo hicieron sospechar de la lealtad de algunos jefes. El vencedor impuso sus condiciones casi en el campo de batalla. La Mar, que se había retirado a Piura y continuaba sus aprestos bélicos, fue víctima de una doble revolución militar, estallada en su campamento el 7 de junio y en Lima el 6. Aquí se le deponía por sus extravíos, debilidad y nulidad. En Piura, acusándole de extranjero por ser nacido en Guayaquil, se le prendía y enviaba desterrado a Costa Rica, donde murió al año siguiente con la resignación del hombre justo.

* * *

2_lorente 2.p65 255 29/11/2006, 12:14 p.m.

El general don Antonio Gutiérrez de La Fuente, nombrado jefe supremo, entró inmediatamente en comunicaciones con la comisión permanente del Congreso constituyente, y el 31 de agosto se reunió la legislatura constitucional, la que nombró Presidente provisorio de la República a Gamarra y Vicepresidente a La Fuente, convocando al mismo tiempo los colegios electorales para la elección popular. Un tratado de paz firmado en Guayaquil en el mes de septiembre restableció las buenas relaciones con Colombia, cesando así una guerra que era el escándalo de la América. Por desgracia, las discordias interiores iban a detener por largos años en ambos países el fecundo desarrollo de la libertad y del orden. Colombia no tardó en atravesar una destructora crisis, que entre otras grandes calamidades presentó el asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho y el del heroico general Córdova, la muerte prematura del Libertador en el desamparo y la ruina de la confederación colombiana. El Congreso del Perú proclamó Presidente de la República a Gamarra por haber obtenido la mayoría de los sufragios populares, y nombró Vicepresidente a La Fuente, porque ningún candidato había triunfado en las urnas electorales. Mas las circunstancias que habían precedido y acompañado a estas elecciones comprometieron el prestigio del gobierno, haciendo muy difícil y poco ventajosa la conservación del orden.

Presidencia de Gamarra.- Desde el principio fue profundo el desacuerdo entre el nuevo Presidente y la opinión pública, que no podía perdonarle el fin desgraciado de La Mar y se irritaba más con las arbitrariedades inevitables en una administración nacida de la violencia. En vano promovió Gamarra la conciliación de los partidos; en vano mejoró las relaciones exteriores celebrando tratados con México, Bolivia y la nueva República del Ecuador. Ni la necesidad del orden reconocida por todos, ni el homenaje general a la Constitución, ni la prosperidad del comercio, ni cuantas medidas se dirigieron a promover los progresos del Perú pudieron impedir las frecuentes tentativas de revolución. El mismo gobierno las multiplicaba; más solícito por conservar el poder que por ejercerlo con aplauso, siempre receloso y buscando su apoyo en hechuras impopulares no podía menos de exaltar la oposición; y con el vano propósito de robustecerse inspirando miedo a la anarquía exageraba las conspiraciones y aun las inventó alguna vez; hasta se le hizo cargo de haber conspirado contra sí mismo.

El 26 de agosto de 1830 estalló en el Cuzco una revolución federal, que estaba ya sofocada antes de la llegada de Gamarra a aquella ciudad. Mientras el Presidente, cuya presencia se había creído necesaria, se ocupaba en el Sur de consolidar la paz interior y de asegurar las relaciones cada día más difíciles con Bolivia, el vicepresidente La Fuente, que go-

2_lorente 2.p65 256 29/11/2006, 12:14 p.m.

bernaba en su ausencia, era asaltado en su propia casa y suplantado con Reyes como presidente del Senado. Vuelto a la capital, aunque mostró especial solicitud por la reconciliación y las mejoras públicas, se veía a su vez expuesto Gamarra a ser víctima de una revolución de cuartel, que comprimió ejecutando sin forma de juicio al capitán Rosell. Reunido en el mismo año (1832) el Congreso, tuvo lugar la elocuente acusación del diputado Vigil, quien, después de manifestar la necesidad de castigar las infracciones de la Constitución sin arredrarse por vanos temores, exclamaba: «¡Ah, qué cuadro de horror! ¡Cuántos bienes dejados de adquirir! ¡Cuántos males sufridos! ¡Cuántas pérdidas!, ¡hasta del honor! Nefandos crímenes canonizados, legalizadas dos revoluciones y levantadas en este mismo santuario por las manos de los legisladores sobre las aras de la patria, personas que debieran haber sido inmoladas a la justicia en el vestíbulo».

En vano se quiso comprimir la oposición forjando conspiraciones en las que se trató de complicar al pacífico diputado, igualmente entusiasta por la ley y por la libertad. Los perseguidos entonces hubieron de salir absueltos, y pocos meses después amagó la guerra civil. Exagerada o enteramente imaginaria una conspiración, que había de estallar en Lima por marzo de 1833, produjo el destierro de varios individuos y entre ellos el del audaz Salaverry, que apenas llegado a Chachapoyas se levantó contra el gobierno. Preso allí por su improvisada tropa y conducido a Cajamarca logró pronunciarse con los mismos que le custodiaban, y descendió a la costa, en la que disputó a las fuerzas del gobierno la victoria en la garita de Moche. Preso por segunda vez y vuelto a escapar estuvo presto para combatir de nuevo contra la desprestigiada administración.

Las elecciones de 1833, en que debían nombrarse un nuevo presidente y diputados para una Convención, dieron lugar a nuevas quejas y a variados alzamientos. Los presos de la isla de San Lorenzo se escapaban y unidos a algunos montoneros esparcían el desorden cerca de la capital, aclamando a Riva-Agüero, uno de los candidatos populares, a quien no se permitía desembarcar y en cuyo favor se hacía un pequeño pronunciamiento en Piura. En Ayacucho se levantaban furiosos los vengadores de la ley, y después de asesinar al prefecto y jefe militar, al primero en los brazos mismos de su esposa, imponían enormes contribuciones y oprimieron aquellos pueblos en nombre de la libertad hasta que fueron derrotados en la batalla de Pultunchara.

La Convención, reunida para reformar la Constitución, en tal estado de conflagración no pudo menos de ponerse en lucha abierta con el poder. El acuerdo recíproco era indispensable para el nombramiento del nuevo presidente; porque ningún candidato había reunido la mayoría en

2_lorente 2.p65 257 29/11/2006, 12:14 p.m.

elecciones practicadas de una manera imperfecta. Gamarra convino en que los diputados nombrasen un presidente provisorio; mas habiendo sido nombrado contra sus esperanzas el general don Luis Orbegoso, uno de los candidatos populares, le cedió de mala voluntad el puesto el 19 de diciembre de 1833, y se preparó a derribarle a la primera oportunidad.

Presidencia de Orbegoso.- Gamarra disponía del ejército y hasta del servicio de palacio. El general don Pedro Bermúdez, ministro de la guerra, era su candidato para la presidencia; le pertenecían los jefes de los cuerpos así como los prefectos de los departamentos; él mismo se arrogaba y hacía conferir el cargo de general en jefe; un club formado bajo su dirección e influencia se había reservado todos los destinos de importancia, estando convenidos sus miembros en declararse contra el nuevo gobierno, si alguno de ellos perdía su posición. Apenas se dejaba al Presidente otra prerrogativa que la de vivir en palacio, salvo el arrojarle de allí por una simple intimación. El pueblo se pronunciaba en su favor con tanta mayor fuerza cuanto que en su persona veía representadas la libertad y la ley, combatidas ahora por una facción que se había desacreditado en el poder; pedía armas para apoyarle y medidas contra los conspiradores. Por su parte se aprestaban éstos a un golpe de mano que Orbegoso previno yendo a asilarse a las fortalezas del Callao en la tarde del 3 de enero de 1834. A la mañana siguiente el ejército disolvía a bayonetazos la Convención nacional, y aclamaba presidente a Bermúdez y generalísimo a Gamarra. Como eran suyas las fuerzas veteranas, no hallaron dificultad los sublevados para poner sitio al Callao, ni para dominar militarmente la mayor parte de la República. Mas la opinión, cada día más declarada contra ellos, les opuso donde quiera grandes resistencias y logró destruirlos neutralizando el éxito de sus victorias.

Salaverry se apoderaba de las fuerzas vencedoras en la Garita y fortificaba la adhesión del Norte a la causa de Orbegoso. Los refugiados en el Callao, a los que llegaban incesantemente voluntarios del pueblo y defeccionados del ejército, obligaron a Gamarra a levantar el sitio. El 28 de enero en que, vista la oposición de la capital preparaba su salida a la sierra, se levantó el pueblo con entusiasmo, y con las armas que la casualidad le facilitó, convirtió en fuga desordenada aquella retirada. Arequipa se declaraba también contra los revolucionarios sin temer la aproximación del general don Miguel San Román. Las fuerzas improvisadas por el liberal Nieto le hicieron experimentar un revés en la inmediata posición de Miraflores; y sólo por un accidente obtuvo dos días después una inesperada victoria en Cangallo. Dueño por ella de la ciudad, no pudo impedir que Nieto improvisara una resistencia más decisiva en el puerto de Arica.

2_lorente 2.p65 258 29/11/2006, 12:14 p.m.

Mientras la ocupación de Arequipa parecía asegurar a los revolucionarios la posesión del Sur, el triunfo conseguido en Huaylacucho en las inmediaciones de Huancavelica el 17 de abril por las fuerzas de Bermúdez contra las de su rival Orbegoso, podía hacer creer en la inmediata sumisión del Norte. Mas siete días después se pasaban los vencedores a los vencidos, dándose el extraordinario abrazo de Maquinhuayo. Arequipa no tardó en pronunciarse por el caudillo de sus afecciones. Gamarra, que desde Tacna había hecho vanos esfuerzos contra Nieto, noticioso de los últimos cambios le propuso reconocerle como jefe del Sur si accedía a la federación, que de años atrás venía concertándose entre los futuros estados Norte y Sur peruanos con el de Bolivia. Rechazadas tan sorprendentes proposiciones y propagándose los pronunciamientos contra Bermúdez, huían Gamarra y San Román a la vecina República; y Orbegoso, contra quien no aparecía oposición armada, entraba en el ejercicio apacible de sus funciones. La Convención, reinstalada en Lima desde el mes de febrero, había dado una nueva Constitución; y por la perfecta armonía entre los pueblos y el gobierno pudieron esperarse días de progresos apacibles a la sombra de instituciones liberales.

La situación ocultaba peligros superiores al ascendiente del Presidente provisorio, cuya popularidad reposaba principalmente en el odio al gobierno anterior. Cuatro constituciones juradas en menos de once años, las más de ellas sin vigor alguno y todas holladas con poco escrúpulo, no podían generalizar el respeto a las leyes fundamentales, ni a las autoridades constituidas. Era inevitable el choque entre las ambiciones despertadas por la guerra y no satisfechas por las ventajas de la paz. Aunque la discordia nacional parecía ahogada en abrazos fraternales, eran en gran número los caídos impacientes por recobrar su holgada posición a merced de nuevos trastornos. La hacienda se hallaba en el peor estado, porque ni las rentas habían podido organizarse bien, ni las entradas podían mejorar mucho mientras las fuentes de la prosperidad pública no brotasen abundantemente por algunos años. Otra causa de grandes perturbaciones, que estaba influyendo silenciosamente, iba a obrar con mucho estrépito. Las ideas de federación, anunciadas durante el gobierno del Libertador, tenidas en cuenta por los legisladores del 28, invocadas por los conspiradores en el 29, emblema de revolución en el 30, iban ganando en el Sur partidarios de valer; acogíanlas algunos seducidos por la prosperidad de Norteamérica sin tener en cuenta la diferencia de condiciones; hombres más prácticos veían en ellas el remedio contra la centralización secular, que tan a menudo hacía olvidar o sacrificaba los intereses de las provincias lejanas; los intereses y pasiones particulares apoyaban fuertemente aquellas opiniones hijas de las teorías más elevadas y de las aspiraciones más puras. Santa Cruz, que ha-

2_lorente 2.p65 259 29/11/2006, 12:14 p.m.

bía gobernado el Perú a nombre de Bolívar y aspiraba a sucederle, veía en las seducciones de la federación el único camino abierto a su ambición, y Gamarra el de su vuelta al poder.

Orbegoso dejó el 9 de noviembre de 1834 el mando al vicepresidente Salazar, con el doble objeto de cruzar los proyectos que se tramaban en el Sur y de asegurar su nombramiento para presidente constitucional en las próximas elecciones. Pocos días después de su partida un sargento Becerra acaudillaba una insurrección en favor de La Fuente y se apoderaba de la principal fortaleza del Callao. Salaverry, bajo las órdenes de Nieto, logró tomar por asalto el castillo, sofocándose aquella sedición con la ejecución del sargento y otros sublevados; se levantó el 23 de febrero de 1835 con una fuerza insignificante; entró sin temor en la capital; y apoyándose en la ausencia de las autoridades legales, que en rigor constitucional dejaba vacante el poder, asumió la magistratura suprema sin sujetarse a constitución alguna.

Dictadura de Salaverry.- Si la fuerza de voluntad, la inteligencia viva y el heroísmo militar fueron bastantes para la transformación súbita de los pueblos, Salaverry, que apenas contaba veintiocho años, hubiera podido salvar al Perú de las calamidades inminentes. Con maravillosa actividad y energía improvisaba ejércitos; decretaba las reformas sin vacilar ante ningún obstáculo; y la opinión parecía allanarle las dificultades, de que su genio hacía poco caso. Los ejércitos destinados a combatirle se declaraban en su favor. Nieto, que no era un rival indigno y amenazaba levantar el Norte, caía en sus manos después de una campaña de cuarenta y siete días. Toda la República estaba cerca de reconocer su gobierno, hallándose ya Orbegoso reducido a las cercanías de Arequipa y con una pequeña fuerza incapaz de sostenerle por mucho tiempo. Llamando en torno suyo el joven dictador a hombres de progreso y experiencia, aspiraba a refundir los partidos en el gran partido de la República, buscaba la alianza de Chile con un tratado ventajoso a ambos países y multiplicaba los decretos para mejorar todos los ramos del servicio público. Un Congreso debía legalizar las reformas de la dictadura y establecer el imperio de una nueva Constitución.

Tanta actividad y tan altas esperanzas debían malograrse, como se malogra todo fruto que el tiempo no ha madurado. El espíritu impaciente e irritable de Salaverry, y su juicio no fortificado por los años, ni por los hábitos de la política, debían estrellarse ante los obstáculos, que sólo ceden lentamente a medidas dictadas con calma y con conocimientos prácticos de los hombres y de los negocios. La injustificable ejecución del general Valle Riestra y algunas otras providencias de extremo rigor, que la situación no disculpaba, le enajenaron muchas voluntades; y el terror

2_lorente 2.p65 260 29/11/2006, 12:14 p.m.

que podían inspirar a sus enemigos, dio lugar al deseo de derrocarlo por toda clase de medios. Santa Cruz invitado por Orbegoso y Gamarra a entrar en el Perú con tropas auxiliares, pactó el establecimiento de la Confederación Perú-Boliviana, a fin de erigirse en jefe de los estados federados. Un decreto de guerra a muerte fue la inmediata respuesta del Dictador a la intervención armada que, si ofendía todos los sentimientos de patria y libertad, contaba muchos partidarios de buena fe.

Sea desengaño inmediato, sea por otra causa, Gamarra, que se había internado en el Cuzco como precursor de los federales, proclamándose jefe supremo del Estado del Sur, no tardó en declararse contra ellos; y apoderándose de la división Larenas, que sostenía a Salaverry, improvisó un ejército, y fue derrotado por Santa Cruz el 13 de agosto de 1835 en Yanacocha.

Salaverry salió sin dilación a campaña para cortar las fuerzas invasoras que se adelantaban hacia Jauja. Avanzándose desde Ica a Ayacucho por el despoblado, les preparaba una bien dirigida sorpresa, de la que se libertaron con un movimiento retrógrado y la salida oportuna de la última ciudad. Viendo que sus operaciones sobre el Pampas no tenían resultado decisivo, dejó allí una parte de su ejército, y con el resto se dirigió a Arequipa, parte por tierra, parte por mar. Los que quedaron cerca del río no tardaron en sucumbir; reunidos los demás en las inmediaciones de Arequipa, pelearon con alguna pérdida en el Gramadal, obtuvieron ventajas en el puente de Uchumayo, y fueron derrotados el 7 de febrero de 1835 en el Alto de Luna cerca de Socabaya, después de haber tenido inclinada la victoria a su favor, y de que en la desigual lucha habían deshecho casi del todo el ejército de Santa Cruz.

Apresado Salaverry en su fuga con otros compañeros de desgracia, fue condenado al último suplicio por un consejo de guerra. La multitud, extraviada por recientes rigores, vio fusilar sin indignación al joven héroe, después de otros ocho jefes peruanos que podían prestar grandes servicios a la patria.

Lima había caído ya en poder de los federales, no sin haber sufrido antes las tropelías de los montoneros, que a las órdenes del negro León llegaron a darle la ley. Las fortalezas del Callao habían tenido que rendirse, siendo inmolado bárbaramente Goncer, uno de sus esforzados defensores.

Confederación.- Las victorias de Yanacocha y Socabaya acallaron toda oposición armada al establecimiento de la Confederación. Los hombres más influyentes en el Sur y muchos amantes del orden en el Norte prevenían los ánimos en su favor; el desprestigio de las anteriores constituciones y las seducciones de la novedad tenían dividida la opinión; la disci-

2_lorente 2.p65 261 29/11/2006, 12:14 p.m.

plina y paga regular del ejército, impidiendo el desenfreno habitual de la soldadesca que tanto había hecho sufrir a los pueblos, les hacían consentir en un orden mejor; y la regularidad que principiaba a aparecer en la hacienda, junto con miras sistemáticas en otros ramos de la administración, daban a ésta un prestigio del cual no habían gozado los gobiernos transitorios, obligados a cambiar de ideas según las impresiones del momento. No es pues extraño que los representantes del Sur en la asamblea de Sicuani, los del Norte en la de Huaura y ambos reunidos a los de Bolivia en Tacna adoptaran la federación. Cada uno de los estados federados tuvo su presidente particular, y Santa Cruz fue reconocido protector de la Confederación por diez años, con facultades ilimitadas. Era el pensamiento de Bolívar, achicado y sin el prestigio de su autor.

El Protector, secundado por hombres hábiles, procuraba acreditar su autoridad absoluta, que en la opinión de muchos era el primer paso a la monarquía; y mejoraba todos los ramos de la administración, especialmente con adelantos materiales, que los pueblos reconocen fácilmente y agradecen de corazón. Para levantar la postrada agricultura estableció una escuela en la capital; el fecundo Colegio de la Independencia, que había fundado en Arequipa, presidiendo el Consejo de gobierno bajo Bolívar, recibió una señalada protección; a la explotación de minas se atendió con especial solicitud; el comercio que directa o indirectamente debía ser el móvil más activo de la cultura social, fue favorecido con franquicias, tratados con Estados Unidos e Inglaterra, buenos reglamentos y lisonjeras consideraciones a que los extranjeros se mostraron muy reconocidos.

La publicación de nuevos códigos, civil, penal y de procedimientos, que el gobierno protectoral consideraba como un inapreciable beneficio para la administración de justicia, y el cambio de bandera para que prevaleciera la característica de la Confederación, hirieron vivamente la susceptibilidad nacional. Un poder levantado sobre la sangre de esforzados guerreros, que empezaron a ser considerados como mártires de la patria y de la libertad; formas cada día más absolutas en la administración; el desdén o la persecución a patriotas esclarecidos; el espectáculo siempre odioso de bayonetas extranjeras dando la ley; y las ofensas diarias, multiplicadas, que bajo todas formas recibía el espíritu público, suscitaron una oposición tan violenta como general. El Protector fue detestado como un tirano; su intervención se presentó con el aspecto odioso de la conquista; y el engrandecimiento, que preparaba al país refundiendo en un imperio los estados federados, no apareció sino como la desmembración del Perú, que era en efecto el resultado inmediato, con riesgo inminente de convertirse en pérdida duradera.

2_lorente 2.p65 262 29/11/2006, 12:14 p.m.

Mientras los patriotas peruanos se irritaban con la pérdida de la libertad y de la integridad territorial; Chile y Buenos Aires abundaban en los recelos, que con proyectos más encubiertos les había hecho concebir el Libertador; y que venían a agravarse con la protección dispensada en la Confederación a los sediciosos de ambos países. Chile temía, además, el menoscabo que pudiera sufrir el comercio de Valparaíso por las concesiones acordadas a los buques, que vinieran directamente al Callao. Por esta causa, los gobiernos argentino y chileno se declararon hostiles al Protector. Las fuerzas enviadas por Rosas, Dictador de Buenos Aires, fueron contenidas por las armas federales en las fronteras del Alto-Perú. En una primera invasión habían logrado los chilenos apoderarse de tres buques; y el general Blanco llegó a ocupar a Arequipa con tres mil de sus compatriotas, reforzados por muchos voluntarios del Perú. Mas por hábiles maniobras ocupó el ejército de Santa Cruz las alturas vecinas; y los invasores se vieron obligados a celebrar la convención de Paucarpata, por la que se pactaba la paz reembarcándose ellos, devolviendo los buques capturados, y reconociéndose en favor de Chile la deuda de 1 800 000 pesos gastados en la expedición libertadora de San Martín.

Chile rechazó con indignación un tratado que le humillaba y frustraba sus deseos de destruir la Confederación; con sacrificios hechos de buena voluntad alistó otra expedición de seis mil hombres a las órdenes de Bulnes; y esperó grandes resultados de la cooperación de los principales jefes peruanos prontos a sacrificarse por la restauración de la República. Antes de que llegasen los restauradores, había dado Santa Cruz un decreto de convocatoria para que un nuevo Congreso resolviera si debían o no subsistir los lazos federales. Previniendo las deliberaciones y seguro del voto nacional, Orbegoso, que se hallaba de Presidente del Estado Norperuano, se declaraba jefe de toda la República el 30 de julio de 1838, y al acercarse los expedicionarios de Chile pocos días después, les manifestaba, que ya estaba cumplido el objeto de su intervención. Como no era fácil que los súbitos cambios inspirasen plena confianza, y había muchos interesados en que la guerra y no las negociaciones diesen fin a la Confederación, las propuestas del nuevo Presidente no tuvieron resultado; y el 21 de agosto se trabó el combate de la portada de Guía, en el que el número, las armas y la disciplina de los invasores se sobrepusieron al entusiasmo desplegado por los defensores de Lima.

Una junta de notables dio al siguiente día la magistratura suprema al general Gamarra. Orbegoso se asiló en la fortaleza del Callao, esperando levantarse con el apoyo que le ofreció el Protector. En tanto que la plaza era atacada sin éxito, las fuerzas federales se rehacían en el valle de Jauja, y las restauradoras se avanzaban hasta Matucana. En este pue-

2_lorente 2.p65 263 29/11/2006, 12:14 p.m.

blo se frustró una sorpresa intentada por Otero, jefe federal. Mas el grueso del ejército descendió pocos días después y ocupó la capital, que sus enemigos habían abandonado para luchar con menos desventaja en el Norte. Acampados primero en Huaura, tomaron la dirección de Huaraz al aproximarse sus perseguidores; ambos ejércitos maniobraron por algunos días, disputándose posiciones y recursos; y en este intervalo la escuadra chilena obtuvo ventajas sobre los buques contrarios.

Las fuerzas de tierra, que ya habían tenido un choque en el puente de Buin merced al cual pudieron sostenerse los restauradores, no obstante las privaciones y dolencias lucharon el 20 de enero de 1839 con denuedo cerca de Áncash. Rechazado en los primeros ataques, había dado el general Bulnes la orden de la retirada, y al ver al general don Ramón Castilla, que mandaba la caballería, exclamó: «Nos han derrotado, vamos a San Miguel a continuar el ataque». «No estamos en ese caso, replicó Castilla, ni hemos venido a correr: el desfiladero es fuerte y la pampa muy ancha para poder llegar sin ser derrotados a San Miguel; no nos queda otro arbitrio que formar un charco de sangre para que se ahogue en él con nosotros el ejército de la Confederación». Una carga bien dirigida y enérgica no tardó en decidir la victoria.

Santa Cruz, que todavía esperaba sostenerse, hubo de declarar terminada la Confederación y buscar un asilo en el Ecuador, cuando vio que Bolivia se le había defeccionado y se desbandaban todas las fuerzas del Sur.

Restauración.- Como jefe de los restauradores y presidente provisorio, no tuvo Gamarra dificultad en ser nombrado Presidente Constitucional por el Congreso de Huancayo reunido en agosto de 1839; el que dio a la República una nueva Constitución, no bien recibida por el partido liberal, pero la menos desobedecida y de más larga duración. Como era de temer, Gamarra encontró en su segundo período mayores resistencias que en el primero; acrecentáronse sus antiguos enemigos con las víctimas de la restauración; no se hallaba él en edad de plegar su política a la nueva situación; y se levantaban contra su poder jóvenes caudillos delante de los que se abría un brillante porvenir. Las conspiraciones amagaron desde los primeros días de su gobierno. Una revolución, que a principios de 1840 se tramaba en el Sur, cedió en virtud de diestros procederes a favor del coronel don Manuel Ignacio Vivanco, quien se proclamó caudillo de la regeneración. En verdad, no eran simples cambios de jefes militares, ni vicisitudes de partido lo que necesitaba el Perú. Desde la exaltación de Salaverry demandaba la opinión pública una revolución regeneradora; la extirpación de abusos seculares, las mejoras positivas, el arreglo de la hacienda, la creación del crédito, una adminis-

2_lorente 2.p65 264 29/11/2006, 12:14 p.m.

tración inteligente y celosa por el bien común, la ilustración del pueblo, el respeto a la ley, la armonía entre el estado social y las instituciones democráticas, la respetabilidad nacional, en suma una nueva vida en el gobierno y en la sociedad. Las esperanzas que en aquel año pudieran alimentarse por el ascendiente y actividad de Vivanco, no serían de larga duración. Por un golpe de mano pudo derrotar al defensor del gobierno, que era el general Castilla, en las vecinas alturas de Cachamarca; pero no le persiguió para completar su triunfo, por haber creído conveniente bajar a Arequipa y alistar nuevas fuerzas contra Gamarra, ya acampado con las suyas en Tacna. Los vencidos se rehicieron con admirable presteza, sobreponiéndose a las privaciones y a la inclemencia de los nevados; y una semana después derrotaban a sus vencedores en Cuevillas. En aquel desastre concluyó la regeneración.

Santa Cruz suscitaba movimientos reaccionarios desde su asilo de Guayaquil. Ya se había internado por el lado de Piura una partida proclamando el gobierno federal, la que fue rechazada sin gran dificultad. Mas sea para extinguir el primitivo foco de la Confederación, donde algunos santacrucistas se habían levantado contra el presidente Velasco, sea queriendo ilustrar su combatido gobierno con la conquista de las antiguas provincias del Perú, hizo Gamarra en Bolivia una peligrosa invasión. Contaba con la influencia del general Ballivián, que llevaba consigo y a quien envió por delante provisto de algunos fondos; y tenía por segura la voluntaria adhesión de La Paz, de donde se habían recibido comunicaciones lisonjeras. A la llegada de Ballivián se multiplicaron los pronunciamientos en su favor, que él procuraba fortificar presentándose como el defensor de la Independencia nacional. El mismo Velasco puso a sus órdenes las fuerzas de que todavía disponía, añadiendo que no quería contribuir a la conquista de su país. La vanguardia de los bolivianos fue derrotada por San Román en Mecapata; pero pocos días después triunfaron ellos en Ingavi, porque las rivalidades e indisciplina traían debilitado al ejército peruano, y el general Gamarra pereció de los primeros combatiendo con valor.

Los vencedores invadieron los departamentos de Puno y Moquegua, donde el patriotismo de los habitantes brilló, ya en combates desiguales sostenidos con gran valor, ya en los generosos esfuerzos para preparar una resistencia decisiva. El gobierno, que había recaído en el vicepresidente Menéndez, procuró rehacer con mucha actividad las fuerzas disciplinadas en el Norte y en el Sur; y antes que el ejército pudiera atacar a Ballivián, se retiraron los bolivianos, habiéndose facilitado la celebración de un tratado de paz por la mediación de Chile.

Muerto el caudillo de la restauración, estuvo el Perú expuesto a ser destrozado por la anarquía militar. Las ambiciones subordinadas antes

2_lorente 2.p65 265 29/11/2006, 12:14 p.m.

al ascendiente de Gamarra, y que en los últimos meses había comprimido con dificultad a fuerza de deferencias, creyeron llegada la deseada oportunidad. Multiplicáronse y cruzáronse las intrigas como en las antiguas elecciones de los conventos. Ni el freno de la disciplina que ninguna mano podía sujetar, ni los estímulos del honor lastimosamente debilitados por las discordias, ni el respeto a la ley o las consideraciones al interés nacional, que solían subordinarse a las aspiraciones privadas, fueron bastantes para que todos los caudillos del ejército apoyasen al gobierno constitucional. Con pocos días de diferencia se proclamaba en el Cuzco, el 28 de julio de 1842, al general Vidal que realmente era el llamado por la ley a falta de Menéndez; y el 16 de agosto se declaraba en Lima jefe supremo el general Torrico manifestando «... que el imperio de las circunstancias y la urgente necesidad de la patria exigían deponer del mando supremo a Menéndez». Después de haber sufrido algunos reveses en Tacna e Ingahuasi, los defensores de Vidal no temieron arrostrar en Agua Santa el 13 de octubre las fuerzas dobles que sostenían a Torrico, y alcanzaron la victoria, debida principalmente a los heroicos esfuerzos del general Nieto y del coronel Castilla que fue ascendido en el campo de batalla.

Reconocida en todo el Perú la autoridad de Vidal, fue derrotado y fusilado por orden del gobierno el coronel Hercelles, que poco después se levantó en el departamento de Áncash. Mas una revolución estallada en Arequipa el 3 de enero de 1843, en la que se aclamó director supremo al general Vivanco, se propagó por toda la República, adhiriéndose a ella el ejército y los pueblos. Habiendo dejado el poder el presidente Vidal al vicepresidente Figuerola y entregándole éste sin resistencia al caudillo popular el 3 de abril, fue reconocido el Directorio con general satisfacción.

Directorio.- Vivanco, que reunía las dotes necesarias para asegurarse la adhesión de un gran partido, traía al gobierno una inteligencia elevada y el deseo de las grandes reformas. El establecimiento apacible de su autoridad y la gran popularidad de que gozaba le allanaban el camino para hacer el bien. Podían auxiliarle en la grande obra de la regeneración los distinguidos estadistas, que llamó al ministerio, y los ilustrados e influyentes personajes con que reconstituyó el Consejo de Estado. Proyectos multiplicados de mejoras positivas halagaban ya la opinión; mas desgraciadamente, estando sus ideas en desacuerdo con las instituciones vigentes y con el espíritu público, no tardó en levantarse una oposición que hizo aplazar las reformas administrativas y envolvió al Perú en la guerra civil.

2_lorente 2.p65 266 29/11/2006, 12:14 p.m.

Un inconsiderado juramento, con que el Director quiso asegurarse la obediencia, lanzó a la revolución a jefes de valer; las formas absolutas que prevalecían en el gabinete con no disimulado desprecio del régimen constitucional, dieron a los sublevados el poderoso apoyo de la mayoría liberal; y no habiendo sido combatidos con energía, mientras se hallaban en los difíciles principios de su organización política y militar, pudieron levantar un ejército en favor de la Constitución, que debía triunfar por el doble prestigio de la fuerza y de la ley. Las primeras tropas acaudilladas por Torrico y San Román, que se habían adelantado hasta Puno, fueron deshechas en Vilque por los defensores del Directorio; mas Nieto y Castilla obtuvieron un primer triunfo en Pachia por un ataque combinado con habilidad, y se hicieron de una fuerza respetable, apoderándose con singular audacia de la que en San Antonio, no lejos de Moquegua, hubiera podido derrotarles, a no haber sido atraída a una desfavorable posición. No fue desde entonces una facción militar la que hacia guerra al Director; hubo en el Sur una junta de gobierno que, invocando la Constitución, obtenía la adhesión voluntaria de la parte más poblada de la República y adelantaba sus fuerzas hasta cuarenta leguas de Lima, alcanzando cerca de Huaypacha un pequeño triunfo, que alentaba la oposición. El Director creyó con razón que debía desplegar al frente de su ejército la atención consagrada antes a las tareas de gabinete, y fue a operar contra las fuerzas constitucionales, que por muerte de Nieto dirigía Castilla, confiando el gobierno de la capital al popular don Domingo Elías.

Un revés que los directoriales sufrieron cerca del Apurímac y la preponderancia creciente de los constitucionales hicieron cambiar a Vivanco su plan de campaña. Había esperado y hecho creer a su partido que la victoria sería suya, poniéndose a retaguardia de Castilla; mas después de hallarse en esta posición conoció que no debía aventurar una batalla antes de hallarse con mayores fuerzas y fue a buscarlas a Arequipa. Este movimiento retrógrado, que burlaba esperanzas fomentadas hasta el último momento, le desprestigió en Lima, y Elías se proclamó el 17 de junio jefe supremo, invocando la conciliación. Una división directorial, que a las órdenes del general Echenique ocupaba el valle de Jauja, bajó a sofocar este movimiento; pero noticiosa del entusiasmo con que la capital se disponía a resistirle, creyó más conveniente volver a sus cantones. Por los mismos días se acercaba Castilla a Arequipa, y el 21 de julio obtuvo sobre el Director una victoria completa en el Carmen Alto. Los vencedores, adelantándose sin oposición hacia el Norte, se reforzaron con la adhesión espontánea de Echenique. Elías hubo de resignar la autoridad en Menéndez, que desde la muerte de Gamarra era el llamado por la ley. Castilla, que había triunfado a nombre de la Constitución, tuvo la moderación y acierto de respetar al Presidente legal, y los colegios electorales convocados por éste le eligieron Presidente Constitucional.

2_lorente 2.p65 267 29/11/2006, 12:14 p.m.

Presidencia de Castilla.- Por primera vez iba a gozar el Perú independiente de un período constitucional durante el cual la armonía dichosa entre la libertad y el orden, la fuerza puesta al servicio de la ley, y la acción concertada del pueblo y la administración debían revelar el brillante porvenir que puede esperar la República progresando en paz. Bien aconsejado y magnánimo con sus enemigos, abandonó Castilla la trillada senda de perseguir a los caídos. Considerándose no como jefe de un partido, sino como el primer magistrado de la Nación, eligió sus ministros entre los vencidos y llamó a otros destinos de importancia a hombres de mérito sin hacer mezquinas distinciones de bandería. Esta política conciliadora y sabia le permitió utilizar todas las capacidades y afianzó la paz que, no obstante algunos conatos de conspiración, se conservó sin gran dificultad con el prestigio y vigilancia del gobierno. La prensa, cuya libertad fue respetada, más de una vez se entregó a licencias de lenguaje que hubieran podido tomarse por anuncios de una revolución inminente; pero que, cuando más, eran los impotentes desahogos de ambiciones no satisfechas, y casi siempre expresaban los deseos más o menos ardientes de una oposición bien intencionada, que en vez de turbar, favorecía la marcha apacible de la administración exigiendo oportunos cambios de gabinete o medidas secundarias. Las tres legislaturas de 1845, 1847 y 1849, en las que brillaron antiguos oradores y se revelaron talentos superiores, contribuyeron al adelanto nacional con sabias leyes, con la discusión de los presupuestos que principiaron a fijarse, con el nombramiento de una comisión codificadora y con el mantenimiento del poder en la senda constitucional. La Providencia, que nunca falta a las sociedades bien encaminadas, dispensó al Perú inapreciables tesoros con la venta del guano en los mercados extranjeros, la que no había podido tener lugar durante la interdicción colonial y la turbulenta infancia de la República; aunque las ventajas del precioso abono fuesen conocidas y continuasen aprovechándose en la costa desde tiempo inmemorial.

La administración del general Castilla es hasta ahora la época más feliz del Perú independiente. En la capital se hicieron admirar los adelantos de los colegios de San Carlos, Independencia y Guadalupe; así como los de la enseñanza privada, especialmente la antes descuidada del bello sexo; prosperó en Arequipa el colegio de la Independencia; y en las principales poblaciones se hicieron provechosos esfuerzos por la instrucción pública. Las mejoras materiales fueron más generales y se dejaron sentir más, desarrollándose una noble emulación en la mayor parte de los prefectos para dotar al Cuzco, Arequipa, Tacna, Ayacucho y otras capitales de obras importantes. El ilustrado Rivero, que por donde quiera dejó honrosos recuerdos en el departamento de Junín, contribuyó

2_lorente 2.p65 268 29/11/2006, 12:14 p.m.

a la recuperación de Chanchamayo poblado hoy de valiosas haciendas. Entre las grandes construcciones promovidas por el impulso inmediato del gobierno supremo, bástenos señalar el ferrocarril del Callao. La marina nacional, que había perdido sus poco importantes buques a consecuencia de un conflicto con los ingleses, principió a adquirir los de vapor junto con las bases de su actual prosperidad, merced al tenaz empeño del presidente, cuyo celo no era bien apreciado. Mucho se hizo por la organización del ejército, cuya oficialidad recibió buena dirección en el colegio militar. La administración de aduanas mejor organizada, otros impuestos mejor recaudados, el orden general en las rentas y los recursos extraordinarios del guano, no sólo levantaron la postrada hacienda, sino que favorecidos por el fiel desempeño de los compromisos dieron al Perú un envidiable crédito.

Al par que prosperaba la República, ganaba en respetabilidad. Ballivián, que engreído con el triunfo de Ingavi había querido dar la ley especialmente en lo relativo al comercio de tránsito para Bolivia, hubo de contentarse con estipular ventajas recíprocas, y su sucesor tuvo siempre pretensiones más modestas. El ascendiente del Perú se marcó más con motivo de la expedición que, favorecido por la ex regenta de España, proyectaba Flores en Europa para levantar en el Ecuador un trono a un hijo de la reina Cristina. Aquella cruzada se destruyó en su origen por las influencias del gobierno peruano favorecidas por el comercio inglés. En Lima se reunió un Congreso americano para discutir las bases de la alianza general. Por su política firme, previsora y generosa, lejos de oscilar según los impulsos de los Estados vecinos, aparecía la República llamada a ocupar en el Pacífico el más alto lugar.

Los hombres previsores principiaron a temer que tan brillante posición no quedase comprometida, en consecuencias de las elecciones y de la ley de consolidación. Destinada ésta al reconocimiento y pago de la deuda interior exponía a enormes abusos por el abono de los perjuicios, que se probase haber sufrido durante la guerra de la Independencia. En las elecciones, atentos principalmente los partidos al triunfo de su candidato, no se abstenían de ninguna arma vedada sin prever que, puesta en duda la verdad de los sufragios, extraviada más bien que ganada la opinión, y desprestigiado el futuro presidente mucho antes de su exaltación, se haría precaria, o cuando menos penosa para sí y poco provechosa a la República su conservación en el poder. El mismo gobierno, que tan alto y tan merecidamente se había elevado en la estimación pública, fue objeto de graves inculpaciones, acusándole unos de que las autoridades subalternas no habían protegido bastante la libertad de los sufragios, y quejándose otros de que se hubiese inclinado de un lado la balanza del poder.

2_lorente 2.p65 269 29/11/2006, 12:14 p.m.

Presidencia de Echenique.- El Congreso de 1851 anticipó sus sesiones para hacer la proclamación del nuevo Presidente en el mes de abril, que era el término legal del anterior, y proclamó a don José Rufino Echenique, candidato elegido por la mayoría. Este nombramiento, que indudablemente le investía de la autoridad constitucional, no podía disipar las prevenciones suscitadas en el calor de las elecciones y le exponía a una oposición muy peligrosa, si como su antecesor no lograba sobreponerse a las exigencias de un partido y gobernar como jefe de la Nación. Desgraciadamente pesaron mucho los compromisos electorales, y viose con sumo disgusto que eran objeto de favores especiales personas poco merecedoras, o que comprometían la popularidad de la administración, sea por sus ideas políticas, sea por su conducta pública. Esta fatalidad, al par que alentaba a los amigos de trastornos, afligía profundamente a los que deseaban la continuación de los progresos apacibles bajo el gobierno constitucional, y reconocían en el nuevo jefe los mejores deseos.

Nunca acogió mal Echenique a los que le proponían mejoras, y aun estuvo siempre dispuesto a favorecer a cuantos le pedían servicios particulares. Durante su gobierno continuaron los adelantos materiales, señalándose entre ellos, el ferrocarril de Tacna; el ejército y la armada se pusieron en mejor pie; conservose el crédito; promoviéndose la navegación y colonización del Amazonas; se trajeron las estatuas de Colón y Bolívar; al par que se protegía la instrucción más elevada, se atendía a la reforma de las escuelas primarias con la venida de profesores para la normal; publicáronse el código civil y el de procedimientos; y se procuró dar extensión a las relaciones exteriores en América y Europa mediante la celebración de tratados.

Desgraciadamente, tanto en la política exterior, como en el gobierno interior, ocurrieron hechos que la opinión pública no pudo sobrellevar con resignación. En general reprobábanse mucho las deferencias y sacrificios, que habían sido inspirados en su mayor parte por el deseo de conservar las relaciones pacíficas. Había serias alarmas por el Concordato de la Santa Sede y el tratado con España; aunque éste fue desaprobado por el ministerio, y aquél no llegó a tener una existencia oficial. Las gestiones relativas a una nueva expedición de Flores al Ecuador chocaban por su inconsecuencia y despertaban antiguos recelos. Sobre todo la guerra con Bolivia, en la que se sobreexcitó el sentimiento nacional y se indicó de súbito el pensamiento de conservar la paz a todo evento, produjo la indignación más peligrosa, tornándose, como sucede de ordinario, contra el gobierno, la explosión que no hallaba salida al exterior. Los escándalos de la consolidación, en la que con fraudes mal disfrazados se imponía al tesoro el pago de muchos millones, sublevaron la conciencia popular. Fortunas improvisadas, de que se hacía una imprudente ostentación, excitaban la envidia de muchos y la murmuración de todos.

2_lorente 2.p65 270 29/11/2006, 12:14 p.m.

Era difícil que la República se resignara a la opulencia de unos pocos con perjuicio general; llevábase a mal que se prodigase la riqueza nacional, mientras insoportables tributos perpetuaban la servidumbre, y la falta de caminos obstruía el movimiento de la civilización; cuando tantos males exigían urgente remedio y el deseo de grandes mejoras se hacía sentir más vivamente a la vista de los abundantes recursos, cuyo valor era exagerado por la imaginación. Por otra parte, las ideas políticas avanzaban, mientras las instituciones vigentes parecían retroceder. Los Congresos de 1851 y 1853, que hubieran podido salvar al gobierno con una moderada oposición, ofrecieron una mayoría pronta a dar una ley de represión para encadenar el espíritu público, y una ley de indemnidad que absolvía las faltas pasadas y alentaba a mayores abusos. Perdida así la esperanza de los remedios legales, no sólo los espíritus turbulentos, sino muchos hombres amantes del orden desearon la caída del poder constituido, aunque hubiesen de correrse los azares de una revolución. La opinión demandaba con impaciencia una constitución más liberal, más moralidad en la administración, más respetabilidad en el Estado y mayor impulso en la regeneración social.

La revolución, que estalló a fines de 1853, duró con varias alternativas todo el año de 1854 y vino a triunfar en la Palma a las inmediaciones de Lima el 5 de enero de 1855. Saraja, Huancayo, Iscuchaca, el Alto del Conde, Arequipa y otros campos de batalla ofrecieron triunfos alternados, que traían siempre desgracias inmediatas al Perú. Los enemigos del gobierno habían creído triunfar fácilmente por el movimiento irresistible de la opinión; y los defensores del orden legal confiaban en que los revolucionarios acabarían como sediciosos sin crédito. Ambos partidos se equivocaban mucho. El respeto a la ley había echado ya hondas raíces en el Perú, y el sentimiento del honor militar era bastante vivo en el ejército; lo que unido a los superiores recursos de la administración estaba lejos de permitir el triunfo pacífico de la revolución. Por su parte los revolucionarios eran hombres de convicciones profundas, que la resistencia había de fortificar. Fue por lo tanto inevitable la guerra civil. Fuera de los desastres militares, hubo que lamentar el naufragio de la «Mercedes», en el que perecieron cerca de mil reclutas y brilló la abnegación heroica del comandante Noel. Se hicieron igualmente dignos de la consideración los soldados, que en vez de ceder a halagos y amenazas prefirieron ser víctimas del deber, y los jefes populares, que en los peligros extremos conservaban viva la fe en la justicia de su causa. Se vence y se cae con honor, siempre que se pelea con lealtad en el campo a donde nos lleva la conciencia. Olvidadas las preocupaciones de vencedores y vencidos, deben estimarse por todos los ciudadanos los sentimientos, que forman a la larga la gloria nacional.

2_lorente 2.p65 271 29/11/2006, 12:14 p.m.

Nuevo período de Castilla.- Aclamado Libertador por los pueblos en 1854, continuó Castilla ejerciendo un poder dictatorial después del triunfo de la Palma; la Convención nacional, reunida en julio de 1855, le nombró Presidente provisorio; y en 1858 fue elegido Presidente constitucional. La intolerancia a que durante la dictadura le arrastró el impulso revolucionario, los intereses heridos, las esperanzas sobreexcitadas, la impaciencia por las reformas en unos y el espíritu reaccionario en otros turbaron o hicieron más segura la paz en este segundo período. El Presidente caído aspiró por mucho tiempo a recobrar el poder. Reunida apenas la Convención, inoportunas discusiones sobre la tolerancia de cultos suscitaron grandes alarmas. En 1856 fue sofocada en Lima una revolución el mismo día en que estalló; pero pocos meses después principió en Arequipa otra encabezada por Vivanco, al que apoyaban sus constantes partidarios junto con muchos descontentos. Este movimiento llegó a extenderse por una gran parte de la República; dio lugar a un sangriento combate dentro del Callao; se sostuvo enérgicamente todo el año de 1857 en Arequipa; y sólo terminó en 1858 con el asalto de aquella ciudad. Meses antes la Convención, que había prolongado sus sesiones después de haber dado la Constitución liberal del 56, y estaba desprestigiada por la larga duración, había sido disuelta por la fuerza armada. La elección constitucional, hecha bajo la dirección del vencedor, produjo sumo disgusto. El Congreso reunido en el mismo año puso mucho empeño en que se castigara el ataque de la Convención, y después de haber agitado la cuestión de vacancia concluyó de una manera poco regular. El de 1860 dio una nueva Constitución, para lo que la opinión liberal le negaba la competencia. Tales dudas y antipatías contra los poderes constituidos sostenían la más peligrosa exaltación, que dio lugar a conspiraciones y ataques contra la persona del Presidente. Las cuestiones exteriores, que habían contribuido en parte a extraviar la oposición, vinieron al fin de este período a dar otra dirección al espíritu público.

Desde 1855 fue necesario ocuparse de las invasiones de los nuevos filibusteros en la América central; porque no eran tentativas aisladas de aventureros poco escrupulosos, sino que un gran partido, invocando el destino manifiesto y la superioridad de raza, aspiraba en los Estados Unidos a dominar la América entera. Una triple alianza concertada entre los gobiernos del Perú, Chile y el Ecuador, a la que fueron invitados los gobiernos centroamericanos, neogranadino y venezolano por una legación peruana, debía reunir todas las Repúblicas hispanoamericanas para salvar su independencia y nacionalidad. El Perú favoreció directamente la de Nicaragua y Costa Rica con un empréstito de cien mil pesos. Mas otra legación, que en Quito debía estrechar la alianza, fue tratada de un modo poco conveniente, al mismo tiempo que el gobierno

2_lorente 2.p65 272 29/11/2006, 12:14 p.m.

ecuatoriano disponía de terrenos peruanos. Estas dificultades, que hubieran podido cortarse con explicaciones francas y discusiones leales, se agravaron con la destemplanza del lenguaje y dieron lugar a costosas hostilidades, sin más resultado que la conclusión del tratado de Mapasingue, cuya ineficacia era fácil prever. Con Bolivia existían serios desacuerdos. El Ministro de Estados Unidos cortaba las relaciones oficiales, que estuvieron suspendidas hasta que la administración justificada de Lincoln conoció lo infundado de aquel proceder. La muerte del ministro inglés y el suicidio de otro agente demandaron también mucha atención para que de entre imputaciones calumniosas saliese ilesa la inculpabilidad del Perú. Algunas reclamaciones diplomáticas, que al fin impusieron dolorosos sacrificios; embarazaban al mismo tiempo al gabinete y despertaban la indignación nacional. Ataques directos o de mayor trascendencia iban a dominar la política, haciendo olvidar los negocios interiores del más alto interés. Tales fueron la anexión de Santo Domingo a España, la intervención europea en México, donde las armas francesas venían a levantar un imperio, y la llegada de una escuadra española al Pacífico. Los hombres previsores la miraban con recelo, considerando las dificultades encontradas para las negociaciones diplomáticas en Madrid, y el tenaz empeño de algunos periodistas españoles en calumniar al Perú y en invocar el apoyo de la fuerza en favor de infundadas exigencias.

No obstante las perturbaciones interiores y las dificultades internacionales, ilustró Castilla su segundo período con toda suerte de mejoras. Se dio un reglamento general de instrucción pública; el profesorado recibió garantías y estimación; se decretó la reforma de la universidad; se protegieron las publicaciones relativas a la estadística, historia, geografía y legislación del Perú; se crearon muchos establecimientos; y se favoreció un gran movimiento literario. La administración de justicia fue mejorada con la reforma del tribunal de siete jueces, juzgados de paz, reglamento de tribunales, simplificación de instancias y otros arreglos hechos desde 1855, y posteriormente con los trabajos de la estadística judicial, la construcción de la monumental Penitenciaria y la publicación de algunas leyes. La administración de beneficencia, mucho mejor organizada y con aumento de fondos, recibió un impulso que la ha ido llevando al estado brillante actual. Las mejoras materiales, si bien no correspondieron a los crecientes recursos del país y a los decretos destinados a fomentarlas, se hicieron muy notables, especialmente en Chorrillos, Lima y Callao. La hacienda, que el hábito de gastos inconsiderados y las prodigalidades autorizadas por la ley impidieron organizar de una manera satisfactoria, pudo por lo menos costear la libertad de los esclavos y la abolición del tributo, los más bellos títulos del Libertador, soste-

2_lorente 2.p65 273 29/11/2006, 12:14 p.m.

ner el crédito y cubrir presupuestos cada día más onerosos. Los gastos militares habían adquirido una espantosa desproporción. En la escuadra, que por su naturaleza es sumamente dispendiosa, había deseado Castilla hacer con tiempo grandes aprestos en la previsión de inminentes riesgos.

Período de San Román.- Aunque las elecciones habían producido mucha excitación y gastado anticipadamente el prestigio de los futuros gobernantes, la política conciliadora, liberal y pacífica de San Román prometía días prósperos y serenos. Su exaltación al poder allanaba la solución amistosa de cuestiones pendientes con la Francia, que en los últimos meses de su antecesor habían tomado un carácter alarmante. Sus deseos de mejorar las vías de comunicación y la instrucción popular, que son la primera necesidad del Perú, contribuían al mismo tiempo a la consolidación del orden y a la satisfacción de las ideas liberales. Las instituciones de crédito, el espíritu de asociación y toda suerte de empresas, tornando a las ventajas positivas la excitación febril de la opinión, permitían esperar que el trabajo fecundo sucedería a estériles convulsiones y que el desarrollo de grandes intereses nacionales y extranjeros sería la mejor garantía de la paz interior y exterior. Desgraciadamente una muerte prematura arrebató al Presidente, cumplidos apenas cinco meses de gobierno. El Perú le hizo espléndidas exequias y dio una bella prueba de buen sentido político conservándose en plena tranquilidad, por sólo el ascendiente del orden, en ausencia de todo jefe legal. Don Juan Antonio Pezet, que como primer vicepresidente debía suceder a San Román, y don Pedro Canseco, que en calidad de segundo iba a gobernar interinamente, se hallaban fuera de Lima, el primero en Europa y el segundo en Arequipa.

La moderación y cordura del vicepresidente Canseco conservaron inalterable y próspero el Perú desde el 10 de abril de 1863 hasta la llegada de Pezet en agosto del mismo año. Las observaciones hechas en países muy avanzados y la oportunidad de dejar allanadas allí las cuestiones más espinosas permitían creer que el nuevo gobierno fuese de progresos apacibles. Mas la oposición que de muy atrás venía exaltándose, le recibió muy prevenida; aunque hizo magnificas ofertas, y sea en la protección de los ferrocarriles, conversión de la moneda boliviana y otras mejoras, sea en las benévolas relaciones con personas públicas y privadas mostró loables deseos, no tardó en comprometer su respetabilidad, así en las cosas grandes como en las pequeñas. Las reclamaciones interpuestas por la Francia por causa de la inmigración inconsiderada de los polinesios afectaron la dignidad e intereses nacionales. El gabinete no miró las pequeñeces con el conveniente desdén, ni los asuntos de Estado desde lejos y a bastante altura. Habría necesitado dominar la situación

2_lorente 2.p65 274 29/11/2006, 12:14 p.m.

con el prestigio de su política, para evitar o salir airoso de un conflicto, que venían preparando especuladores sin conciencia, alentados con el éxito de otras reclamaciones violentas.

Abusando de la ignorancia del gobierno español, que después de haber dominado tres siglos no conoce la América española sino por informes parciales o calumniosos; los aspirantes a una nueva consolidación le arrancaron el nombramiento de un comisario especial, cuyo título y carácter eran más propios para hostilizar al Perú que para abrir relaciones de paz y de amistad. Cuestiones que entre hombres de Estado bien intencionados habrían sido arregladas en dos horas de conferencia, produjeron el conflicto que los especuladores habían previsto; y rotas las negociaciones antes de que la razón tuviese tiempo de hacerse oír, la escuadra española se apoderó de las islas de Chincha el 14 de abril de 1864 contra todo principio y forma de derecho. Como si aquel acto de vandalismo no fuese bastante para sublevar todos los sentimientos patrióticos, sus autores invocaron el derecho de reivindicación y arrojaron a la América una tea ardiente, declarando que entre España y el Perú sólo había existido una tregua de cuarenta años. El cuerpo diplomático reprobó el atentado en términos enérgicos; la comisión permanente del Congreso se unió a la indignación popular para exigir la competente reparación; la opinión del mundo civilizado estaba contra los agresores; la representación nacional y el Congreso americano, que pocos meses después se reunieron en Lima, ofrecían un poderoso apoyo, sea para negociar con éxito y salvar la dignidad del Perú, sea para prepararse a la guerra. Ni el gabinete de Madrid, ni el de Lima estuvieron a la altura de su misión. El gobierno español, obrando a medias o siguiendo una política tan contraria a los derechos del Perú como a los intereses de la España, perdió el tiempo de una reconciliación ventajosa para todos, sacrificó el fondo a la forma, y con irritantes exigencias renovó los resentimientos creados por la opresión colonial, como en una segunda guerra de independencia. El gobierno de Pezet, falto de energía y previsión, no logró negociar con honor, y por terror a la guerra aceptó el humillante tratado de 27 de enero de 1865, por el que se recobraban las islas pagando los gastos de ocupación y reconociendo responsabilidades muy graves.

El pueblo, que había esperado una defensa más enérgica del honor e intereses nacionales, no tardó en mostrar su descontento. El 28 de febrero se levantó Arequipa una revolución tan general como rápida que fue encabezada en sus arriesgados principios por el coronel don Mariano Ignacio Prado, y a la que meses después prestó el vicepresidente Canseco el apoyo de la semiconstitucionalidad, pudo llegar sin serios contrastes hasta las puertas de la capital. Los restauradores del honor nacional se apoderaron de Lima el 6 de noviembre por un golpe de singular audacia.

2_lorente 2.p65 275 29/11/2006, 12:14 p.m.

El gobierno, cuya caída había sido inevitable en opinión de su propio jefe, sucumbió casi sin combatir, cediendo a los revolucionarios, como había cedido a la presión española. Temiendo caer por los reveses, cayó por la deshonra.

El gobierno constitucional difícilmente hubiera podido sobreponerse a la marcha fatal de la revolución, que llevaba consigo el establecimiento de un poder dictatorial para restaurar el honor del Perú y hacer reformas radicales. Canseco no quiso aceptar la dictadura, que era inconciliable con su poder legal y que sólo se le ofrecía por pura ceremonia, como un homenaje a los servicios prestados por él a la revolución. Mas el sentimiento era más poderoso que las previsiones de la política; la lógica de los hechos consumados anulaba las prescripciones de la ley. Prado, a quien la situación y las aclamaciones señalaban para el difícil puesto de Dictador, no vaciló en asumir el 28 de noviembre una inmensa responsabilidad, contando con la adhesión unánime de los pueblos, que no tardó en alcanzar.

Dictadura de Prado. El joven dictador, ante el que se abría un porvenir ilimitado en el campo de la legalidad, hizo un verdadero acto de abnegación personal, aceptando una posición erizada de escollos y en la que no habría podido satisfacer las esperanzas populares, aun cuando hubiese contado con el genio de un semidiós. La multitud exigía cosas contradictorias; que se obtuviesen los honores de la guerra junto con las ventajas de la paz; que los abusos seculares desapareciesen en un día; que la sociedad, cuya regeneración nunca podrá conseguirse sino por los esfuerzos de la libertad, se trasformase súbitamente por golpes de autoridad; que el gobierno lo hiciese todo, y entre otros el milagro de acabar grandes cosas sin imponer sacrificios. Esta aspiración a lo imposible arrastraba a la dictadura a inconsecuencias, medidas aventuradas y luchas con el sentimiento liberal y con la estricta justicia. Mas la opinión no puede culparla por faltas, que son su propia obra y que tienen su origen en las temerarias exigencias de la inexperiencia común. La dictadura ha permanecido fiel a sus principios, restaurando el honor nacional y decretando reformas radicales.

Declarada la guerra a España, la heroica defensa del Dos de Mayo, en que con fortificaciones improvisadas se rechazó el ataque tenaz y vigoroso de una escuadra superior, ha hecho brillar las virtudes militares y cívicas de los peruanos. Al brío de enemigos dignos de la nombradía española y que hubiera debido brillar en mejor ocasión, se opusieron con ventaja el entusiasmo, serenidad y abnegación patriótica de soldados inexpertos y de paisanos que corrían a participar de peligros, gravísimos en sí mismos y abultados por el estruendo incesante y la

2_lorente 2.p65 276 29/11/2006, 12:14 p.m.

novedad del ataque. El gobierno estuvo en el puesto del honor. El Ministro de la Guerra, encarnación heroica de la República, pereció con gloria al lado de otros valientes patriotas en la batería de La Merced. La asistencia oportuna de los médicos y de los ministros de la religión; la prontitud de los bomberos; los donativos de nacionales y extranjeros; la fusión de todos los sentimientos, así de los caídos con Pezet, como de los vencedores, en el celo por la defensa nacional; el espíritu marcial de niños, mujeres y ancianos, todo fue en aquel día memorable digno de un grande pueblo. Y sin embargo sobre esos sentimientos heroicos se hizo admirar la moderación antes y después del peligro, tan grande y tan general, que durante el combate no se dejó oír en las calles de Lima un solo «muera» y que ocho días después en la entrada triunfal de los vencedores del Callao pudieron presentarse en la carrera los españoles sin temor de ser insultados.

Las reformas han sido tan numerosas como de gran trascendencia. Creose una corte central para castigar con procederes expeditos los delitos políticos y malversaciones de la hacienda pública; pero ese tribunal de circunstancias, poco justificable en principios, era una simple deferencia a la revolución; y ha sido de más aparato que efecto. Hay que añadir, para ser justos, que sujetaba sus procedimientos y penas a lo que de antemano regía. De mucha mayor consecuencia son la creación del ministerio fiscal, el arreglo de tribunales, los juicios ejecutivo y judicial, y las modificaciones del código de procedimientos; la subordinación de todas las hermandades a las sociedades de beneficencia; los decretos relativos a la instrucción pública, que tienden a hacer más extensa y profunda la superior, más completa la secundaria y una verdad de la primaria; el fomento de las obras públicas especialmente de telégrafos, vías de comunicación, muelles, canales de irrigación y alumbrado; los arreglos postales, los reglamentos de municipalidades y policía; la exploración de los ríos navegables; la formación del censo, la mejor demarcación territorial, las elecciones de Presidente y diputados que deben instalarse en el presente mes; la reorganización de algunos ministerios; los tratados de alianza con Chile, el Ecuador y Bolivia; una contabilidad mejor organizada; la supresión de gastos en las clases pasivas; la creación de nuevos impuestos; la organización del banco hipotecario y otras medidas de carácter duradero o general.

De entre esa falange de decretos algunos como los dirigidos a mejorar la instrucción no pueden ofrecer ventajas, si no se desarrollan con tanta constancia como verdad; los que establecen mejoras materiales corren riesgo de ser enteramente ineficaces si el pueblo y las sociedades no toman la participación conveniente; en los de hacienda mucho se habría conseguido si se reconoce la necesidad de gastar con economía y no vivir

2_lorente 2.p65 277 29/11/2006, 12:14 p.m.

sobre entradas eventuales, al mismo tiempo que son abolidos o modificados ciertos impuestos poco equitativos y antieconómicos. Mas, como era fácil prever, el escollo de las reformas financieras han sido los gastos militares en los que podrían y deberían economizarse millones con reducciones, que en otros ramos sólo producen insignificantes economías. Es lo que cada día reclamará la opinión con más vivas instancias y lo que no podrá diferirse por mucho tiempo sin comprometer el porvenir del Perú. Por ahora las pasiones sobreexcitadas podrán calmarse, y la sociedad entrará en el cauce de los progresos apacibles si una política sabia, benéfica, justa y liberal se pone de acuerdo con los poderes constitucionales; si las leyes regularizan la nueva vida desarrollada por las providencias vigorosas de la dictadura; y si se reparan las faltas en que no ha podido menos de incurrir, no obstante el patriotismo, la actividad, el valor y las luces desplegadas por sus miembros, en uno de los más peligrosos períodos, que desde su emancipación ha atravesado el Perú. El tiempo y la razón tienen siempre mucho que corregir en las obras hijas de las más sublimes aspiraciones.

—III—
Progresos del Perú independiente

Obstáculos para el progreso.- La naturaleza, la sociedad, la tradición y las influencias actuales ofrecen para el adelanto del Perú grandes obstáculos que conviene tener presentes para no estrellarse contra dificultades imprevistas y para no culpar a los hombres, ni a las instituciones, de lentitudes inevitables. En la costa los desiertos y terremotos, en la cordillera las escabrosidades, nieves y tempestades, en la montaña la insalubridad y los bosques, en la totalidad del territorio las largas distancias y las comunicaciones difíciles se oponen a la acción expedita de las fuerzas civilizadoras. En la sociedad hay que luchar con la escasez o dispersión de los habitantes, con la heterogeneidad o rivalidades de raza, y con el espíritu refractario que el abatimiento secular ha producido en la mayoría de los indígenas. El comunismo teocrático de los Incas, que convertía al pueblo en máquina, y la sujeción colonial, que le tenía aletargado, echaron raíces profundas que sólo podrán extirparse con el transcurso de las generaciones. La emancipación, que hubo de alcanzarse con la guerra y con el concurso de caudillos no nacidos en el Perú, dejó embarazos duraderos para el desarrollo de la fuerza moral por la sobreexcitación de las pasiones, y por el predominio de las armas. Aun después de hallarse constituida la República, y en posesión de la Independencia y Libertad, han subsistido o se han levantado otros grandes obstáculos para los progresos apacibles. Baste enumerar entre otros la falta de mu-

2_lorente 2.p65 278 29/11/2006, 12:14 p.m.

chos elementos conservadores, las temeridades de la inexperiencia, el espíritu inquieto de nuestro siglo, las rivalidades o turbulencias de los estados vecinos, las violentas exigencias de las naciones poderosas, la tenacidad de la metrópoli en no entrar en francas relaciones oficiales, cuando sería ridícula toda esperanza de reivindicación, la frecuente manía de regenerar súbitamente la Nación por simples decretos, la pretensión más absurda de asegurar el imperio de la ley y las libertades públicas con turbulencias continuas, los golpes de Estado sin objeto, la lamentable imprevisión que hace vivir para el día de hoy olvidando los sucesos de ayer, una política sin sistema, una administración renovada incesantemente y los numerosos tropiezos que las mejoras efectivas encuentran en la opinión y en las costumbres.

A poco que se reflexione sobre la multitud y trascendencia de las causas que dificultan los progresos del Perú independiente, cesará la sensación penosa que produce el espectáculo de sus gobiernos tan instables, de sus revueltas tan frecuentes, de siete constituciones alternándose en pocos años con un número casi igual de dictaduras, de la anarquía periódica y de la inquietud permanente. Lejos de desesperar, se robustecerán nuestra fe en el porvenir de la República y nuestra adhesión a los grandes principios de Independencia y Libertad al observar con calma los admirables progresos que se han hecho en menos de medio siglo tanto en la administración, como en la transformación social, en la cultura física, como en la moral.

Administración.- No obstante la falta de tradiciones y de sistema, que son indispensables para que el gobierno funcione de una manera regular y estable, saltan a la vista los adelantos en todos los ramos de la administración. Las dictaduras transitorias, lo mismo que los poderes constitucionales, reconocen en principio y a la larga se ven obligados a aceptar de hecho que la arbitrariedad debe ceder al imperio de las leyes; que el bien de la Nación ha de sobreponerse a las pretensiones extrañas; y que el círculo de la acción gubernativa no debe extralimitarse. En el poder central se circunscribe mejor la esfera de los ministros; en las provincias las demarcaciones territoriales se van modificando según las necesidades de la administración, y las autoridades subalternas se establecen en el número y forma convenientes. La organización judicial, las de la instrucción pública y beneficencia, los arreglos eclesiásticos y las medidas rentísticas avanzan de una manera casi continua. La fuerza pública satisface ya las necesidades de la policía; y si circunstancias imperiosas sostienen todavía al ejército y la armada en un pie demasiado oneroso, por lo menos se reconoce con satisfacción, que el armamento y los buques no son indignos de los pueblos más adelantados. Los códigos, re-

2_lorente 2.p65 279 29/11/2006, 12:14 p.m.

glamentos y leyes particulares ofrecen un cuerpo de legislación que honra a sus autores y podría hacer la prosperidad del Perú si hubiese tanta constancia en ejecutar, como hay buena disposición para adoptar las medidas convenientes. En los medios materiales, para que el gobierno pueda funcionar bien, se hacen continuos gastos, y donde quiera se dejan ver valiosos trabajos. Inútil es insistir en que desde la Independencia, al par que se ha fortificado y fecundado la existencia interior del Perú, se ha extendido la vida exterior con consulados, agentes diplomáticos, negociaciones, tratados y toda suerte de influencias. Grato es contemplar que al través de luchas e inquietudes y aun de aparentes retrocesos se ha engrandecido sin cesar la República, haciéndose más efectivas y seguras las declaraciones de Independencia y Libertad.

Transformación social.- Muchos cambios de instituciones y aun algunos gobiernos, que han tenido la pretensión de regenerar el Perú, han sido estériles, cuando no perjudiciales; porque pasaban por encima de las capas sociales, dejando en pie la opresión secular, que degrada las razas abatidas. Mas el movimiento general del Perú independiente, especialmente en el protectorado de San Martín y en la revolución del 54, ha elevado el nivel de la sociedad, combatiendo eficazmente la esclavitud de los negros y la servidumbre de los indios. Con la libertad personal, no sólo han sido ganados para la civilización los infelices, a quienes se han devuelto los derechos y con ellos el valor de la humanidad, sino que la Nación entera ha ganado en fuerza moral, preservándose las nuevas generaciones y la impresionable juventud de un contacto deletéreo. Todas las razas están produciendo hombres de mérito; y a medida que son más considerados, prestan a la República mayores servicios. Los orgullosos privilegiados, que las declaraban incapaces para tener pretexto de explotarlas, tienen que rendir frecuentes homenajes de admiración y respeto a las dotes eminentes de inteligencia y carácter que brillan en muchos individuos favorecidos por la educación o por el movimiento político. Esta distribución más justa de las posiciones sociales tiene además la inapreciable ventaja de borrar las preocupaciones de nacimiento y color, aproximar las castas rivales y hacer más íntima la fusión nacional, que es para el Perú la gran condición de estabilidad y grandeza.

La Independencia, al par que ha traído un movimiento constante de ascensión y de fusión en el pueblo peruano, le hace ganar más y más con el aumento de inmigración y con las multiplicadas relaciones del comercio y viajes. Es continua la corriente que trae a la República hombres activos, con hábitos de trabajo, orden y economía, que vienen a formar nuevas familias y a ejercer una influencia civilizadora por el ejemplo dado a otros y por su propio impulso. Desgraciadamente no pueden

2_lorente 2.p65 280 29/11/2006, 12:14 p.m.

faltar advenedizos viciosos o inútiles, pero sus defectos desaparecen ante las inapreciables ventajas del aumento, que en el número y fuerza moral recibe la población. Los grandes atractivos con que llaman y retienen al extranjero una tierra privilegiada y sus hospitalarios moradores, acrecentarán extraordinariamente la inmigración el día en que el Perú sea mejor conocido, alarmen menos sus revueltas, espantosas a la distancia, y se facilite el tránsito. Entre tanto, por la mejor posición de las familias, el movimiento de la población se hace más notable, y siendo así que antes de la Independencia disminuía o se estacionaba, ha doblado ya y cuadruplicaría en la mitad del tiempo, si la paz se consolidase.

Mejoras materiales.- Subsistencias más seguras y abundantes son en el Perú, como en el resto de la tierra, la condición esencial para el aumento de nuestra especie; y sin necesidad de observaciones penosas, cualquiera puede convencerse de que el pueblo gana sin cesar en la alimentación, vestidos y casa, está mejor atendido en la débil infancia y encuentra más socorros en sus dolencias. Donde quiera se ven más personas que usan camisa limpia y demás ropa blanca; donde quiera se acrecientan los goces de la vida. Las clases acomodadas, principalmente en las grandes poblaciones, pueden saborear las ventajas del lujo. La capital de la República se embellece con edificios monumentales, y en las habitaciones más modestas ofrece ya mejores condiciones higiénicas, agua más a la mano y alumbrado más económico. Chorrillos y el Callao en sus inmediaciones, Tarma y Huancayo hacia el interior, Chiclayo, San Pedro, Ica, Tacna y otros muchos pueblos de la costa y de la sierra se han engrandecido extraordinariamente o mejorado de aspecto.

Las obras ya acabadas o en vía de construcción, que son el testimonio más elocuente del progreso material, suelen favorecerlo directamente por su destino industrial. Señálanse en esta parte los almacenes de comercio, las fábricas destinadas a nuevas industrias, las oficinas rurales y los ferrocarriles, que por desgracia no corresponden todavía por su número y extensión a las necesidades ni a los recursos del país. La agricultura ya enriquecida con cultivos nuevos, más adelantados o más extensos; las minas, cuyo atraso contrasta con la opulencia mineral y el adelanto de las demás industrias; muchas artes que en el interior tienen facilidades para una gran producción; y sobre todo el comercio, alma del movimiento económico, darán al Perú una prosperidad asombrosa luego de que las vías de comunicación obtengan la atención que se merecen. Se ha duplicado en muchos lugares el valor de los terrenos, y en los más favorecidos una pequeña fracción vale hoy lo que antes no se habría dado por la hacienda entera. Las fundiciones de hierro, la ebanistería, fabricación de licores, refinería de azúcar, imprenta, fotografía y muchas

2_lorente 2.p65 281 29/11/2006, 12:14 p.m.

artes de lujo, antes desconocidas o muy atrasadas, se hallan en un estado próspero. El comercio exterior ha triplicado por lo menos la suma de importaciones y exportaciones, dando salida al guano, salitre, lanas y otros productos valiosos, abriéndose mercados en todo el mundo civilizado y recibiendo sus dones a precios equitativos. El comercio de cabotaje se extiende más cada día, debiendo establecerse pronto una concurrencia ventajosa. La navegación por el Amazonas y sus afluentes, no sólo ofrece un inmenso porvenir por el aprovechamiento de inapreciables riquezas antes perdidas en los bosques, sino que está asegurando al Perú la posesión de sus más feraces y extensas regiones y centuplicará sus fuerzas por la unión económica y social entre todas sus partes. Los vapores llegados ya por el Mayno *(sic)* a 70 leguas de Lima anuncian una revolución apacible en la industria y en la población, y más influyente en la prosperidad nacional que los grandes cambios políticos.

Progreso moral.- El espíritu de asociación y las instituciones de crédito, que se desarrollan rápidamente, al mismo tiempo favorecerán el progreso económico y asegurarán la cultura moral. Mientras los peligros de la anarquía hacen temer a la multitud la disolución nacional, la corrupción y la miseria; el gran número de hombres que se asocian para empresas pacíficas, los muchos que fían su suerte al sostenimiento del crédito, el influjo social de los bancos y el desarrollo de otros elementos conservadores garantizan el acrecentamiento de la riqueza pública y privada, el progreso moral y la estabilidad de las instituciones democráticas. La espuma de la sociedad que sobrenada en las revueltas; los alarmantes escándalos, producidos por la corrupción sistemática de algunos gobiernos; la peligrosa impunidad que los azares político-militares han permitido a grandes delitos; el desprecio del trabajo, propagado por los crecidos emolumentos de plazas honradas y sin fatiga; y el cinismo con que algunos desprecian la moral y las leyes, serían sin duda preludios de ruina y de muerte si su influjo deletéreo no se hallase neutralizado por la acción vivificadora de principios más poderosos.

En medio de la perturbación profunda que han sufrido las costumbres públicas, una parte de la sociedad se ve expuesta a perecer por sus propios excesos, los que producen una impresión tanto más penosa, cuanto chocan más con el carácter nacional; pero se hace admirar una cultura moral cada día más avanzada; y generaciones nuevas o perfeccionadas por la experiencia prometen mayores adelantos por su ilustración y por sus sentimientos.

Las carreras facultativas deben a la República una enseñanza más completa y más metódica, siendo la de Medicina una adquisición del último período. Las Ciencias Naturales son también un estudio nuevo, y

2_lorente 2.p65 282 29/11/2006, 12:14 p.m.

por la observación de las riquezas que Dios ha prodigado en el suelo del Perú, han de ejercer la más benéfica influencia. La enseñanza de las artes no puede menos de levantar la industria. Los estudios filosóficos y literarios, junto con los demás ramos pertenecientes a la instrucción secundaria, ofrecen ya una organización mejor, establecimientos más numerosos y mayor concurrencia. Fuera de la enseñanza oficial, en los periódicos, en la lectura privada o de biblioteca y en las publicaciones de interés didáctico se deja percibir un gran movimiento intelectual. La historia nacional, base de todo progreso sólido, es cada día más estudiada; ha dado ya mucha luz sobre épocas poco conocidas; y aun promete aclarar las tinieblas de la remota antigüedad, descubriendo relaciones con la China. No está lejos el día en que, bien atendida la instrucción popular, y dándose a los estudios especiales tendencias más prácticas y mayor profundidad, se presente el Perú a la altura de pueblos muy ilustrados.

Con las luces vienen naturalmente aspiraciones más elevadas. Mientras la dulzura del carácter nacional se sobrepone al desborde de las pasiones, siendo siempre raros los crímenes, apacible el trato y el carácter hospitalario, se van desarrollando los sentimientos de la vida pública; el patriotismo es más ferviente, más general y más expansivo; el amor a las instituciones democráticas se extiende y arraiga; el espíritu público se anima e ilustra; se hace sentir más la necesidad del orden; el trabajo va obteniendo la consideración merecida; desaparecen las mezquinas preocupaciones, hijas del aislamiento y de las rivalidades; el carácter se retempla; y la civilización se levanta sobre bases más sólidas y más amplias.

NOTICIAS
de peruanos que se han distinguido en letras y armas

El Inca Garcilaso de la Vega.
Fr. Jerónimo Oré, Obispo.
D. Feliciano de la Vega, Arzobispo.
D. Marcelo Corni, Obispo.
D. Juan Machado de Chaves.
D. Pedro de la Reina.
D. Francisco de Ávila.
F. Juan de Alcedo.
F. Cipriano Gerónimo Calatayud.
F. Baltazar Campuzano.
F. Francisco Castillo.
F. Ignacio de Francia.

2_lorente 2.p65 283 29/11/2006, 12:14 p.m.

F. Alonso Ramos Gavilán.
F. José Salia.
D. Francisco Carrasco de Say.
P. Juan Pérez Menacho.
P. Juan de Allosa.
D. Antonio Maldonado.
D. Juan Caballero de Cabrera.
F. Hernando de Herrera.
F. Antonio González.
F. Francisco de Figueroa.
F. Antonio de Luque.
F. Juan de Meléndez.
F. Alonso Briceño.
F. Pedro de Alva.
F. Buenaventura de Salinas.
F. Diego de Córdova.
F. Diego Olmos.
F. Fernando Velarde.
F. Jerónimo Valera.
F. Bernardo de Torres.
F. Bartolomé de Bustamante.
F. Bernardo de Medina.
F. José de Santa María.
F. Luis Galindo de San Román.
F. Luis Vera.
F. Miguel Aguirre.
F. Pedro Tovar Aldana.
F. Adrián de Alesio.
F. Miguel de Lima.
F. Juan de Arquinao, Obispo.
D. Ignacio Castro
D. Hipólito Unanue.
D. Francisco Dávila.
D. Alonso Coronado de Ulloa
D. Pedro Figueroa Dávila.
D. Joaquín de Lamo y Zúñiga.
D. Francisco Javier de Lagos.
D. Gaspar Munive y Tello.
D. Domingo de Orrantia.
D. Nicolás Paredes Polanco.
D. Cayetano Suricalday.
D. Juan José Cevallos.

2_lorente 2.p65 284 29/11/2006, 12:14 p.m.

P. Leonardo de Peñafiel.
P. Rodrigo Valdés.
P. Nicolás de Olea.
P. José de Aguilar.
P. José Buendía.
Dr. Rojo Mesia.
D. Francisco de Palma Fajardo.
D. Francisco Espinosa (el lunarejo).
El licenciado León Garabito.
D. Francisco Ugarte de Hermosa.
Gutiérrez Altamirano.
D. Matías Guerra de Lastras.
Miguel Sánchez de Viana.
D. Pedro de Baeza.
D. Diego Martínez de Rivera.
D. Lorenzo Llamosas.
D. Juan Caviedes.
D. Diego Andrés de la Rocha.
D. Pablo Santiago Concha.
D. Pedro José Bermúdez de la Torre.
D. Pedro Peralta.
D. Pedro Bravo de Lagunas.
D. Eusebio Llano Zapata.
D. Pablo Olavide.
D. José Manuel Valdés.
D. Toribio Rodríguez.
D. Bartolomé Herrera.
D. José María Sánchez Barra.
D. Mariano Melgar.
D. Bernardino Ruiz.
D. José Joaquín La-Riva.
D. Nicolás Corpancho.
D. Eugenio Carrillo Sosa.
D. José María Pando.
D. José Sánchez Carrión.
D. José María Corvacho.
D. José Agustín Pardo de Figueroa.
D. Vicente Morales Duarte.
D. José Salazar y Baquíjano.
D. Antonio y D. Bernardo Álvarez Ron.
D. Sebastián de Sandoval.
D. Tomás de Salazar.

2_lorente 2.p65 285 29/11/2006, 12:14 p.m.

D. Francisco Ugarte de Hermosa
D. Álvaro Ibarra.
D. Antonio Zamudio de las Infantas.
D. Francisco Ramos Galván.
D. Juan de Huerta Gutiérrez.
D. Martín de Jáuregui.
D. Pedro Gómez de Lara.
D. Ignacio Díaz.
D. José Estevan Gallegos.
D. Cristóbal Aparicio.
D. Francisco Ávila.
D. Juan Ortiz de Cervantes.
D. Juan del Castillo.
D. Juan Manuel Berriozábal.
D. José Arris.
D. José Ábalos.
D. José Manuel Bermudez.
D. Ignacio Moreno.
D. Francisco Ruiz Lozano.
D. Gabriel Moreno.
D. José Gregorio Paredes.
D. Nicolás de Piérola.
D. Juan de Dios Salazar.
D. Mariano Eduardo Rivero
D. Mateo Paz Soldán.
D. Cayetano Heredia.
D. Andrés Martínez.
D. Manuel Lorenzo Vidaurre.
D. Nicolás Araníbar.
D. Justo Figuerola.
D. José Manuel Tirado.
D. José Villa.
D. Blas Ostolaza.
D. Carlos Pedemonte.
D. Francisco Javier Luna Pizarro.
D. Mateo Aguilar.
D. Agustín Guillermo Charum.
D. Lucas Pellicer.
D. Manuel Villarán.
D. Manuel Olaguer y Feliu.
D. José Cavero y Salazar.
Doña Ana Galván y Cuellar, monja.

2_lorente 2.p65 286 29/11/2006, 12:14 p.m.

Melchora de Jesús, monja.
Bernardina de Jesús, monja.
Juana de Jesús, monja.
Doña Josefa Azaña y Llano.
D. Pedro Corbete.
D. Alonso Pérez de los Ríos.
El marqués de Valdecañas, virrey.
El marqués de Casafuerte, virrey.
El marqués de Surco.
D. Fernando Dávila y Bravo.
D. José Vallejo Iturrizarra.
D. José La Mar.
D. Agustín Gamarra.
D. Felipe Santiago Salaverry.
D. Miguel San Román.
D. Domingo Nieto.

F I N

2_lorente 2.p65 287 29/11/2006, 12:14 p.m.

HISTORIA DE LA CIVILIZACIÓN PERUANA

HISTORIA

DE LA

CIVILIZACION PERUANA

POR

SEBASTIAN LORENTE

SALA DE INVESTIGACIONES
BIBLIOGRAFICAS

LIMA
IMPRENTA LIBERAL, ADMINISTRADA POR M. FERNANDEZ
CALLE DE LA UNION (ÁNTES BAQUÍJANO) Nº 317.
1879

Introducción

—I—
Interés de la civilización peruana

Sus atractivos.- La civilización peruana por su notable antigüedad, sus variadas formas, su grandioso desarrollo y sus violentísimos contrastes ha atraído poderosamente la atención de propios y extraños. Si bien presentida más que conocida su grandeza después de la conquista, y perdida hasta principios de este siglo su existencia en la de la metrópoli, no había ni la libertad de pensamiento ni los vivos deseos, ni la conciencia clara, que multiplican los estudios filosóficos-históricos sobre los progresos de las naciones independientes, los del Perú no han dejado de excitar el más alto interés desde el siglo XVI hasta nuestros días: gobiernos y particulares, historiadores y hombres de ciencia, curiosos viajeros y sabios naturalistas, diligentes observadores, sagaces anticuarios, espíritus dados a las especulaciones abstractas y espíritus que sólo buscan resultados prácticos, han examinado con inteligente solicitud una cultura sumamente atractiva por su expansión en el tiempo y en el espacio, de formas tan variadas, como extraordinarias, dulce, benéfica y ostentando siempre entre los mayores contrates y ruinas el porvenir más brillante.

Su antigüedad.- País del Nuevo Mundo no ha podido entrar el Perú en la carrera de la civilización, tan pronto como las naciones del antiguo continente próximas a la cuna del linaje humano, pero desde una antigüedad muy notable no sólo con relación a los pueblos americanos, sino respecto de muchos pueblos hoy muy cultos en Europa, fue habitado por tribus de índole apacible, que no obstante la barbarie circunvecina gozaban las dulzuras de la vida civil y habían adelantado notablemente así en poder, como en las principales artes. Aunque el transcurso de los siglos, el desborde de las pasiones políticas, las invasiones desoladoras y las

1_lorente 1.p65 293 29/11/2006, 12:15 p.m.

catástrofes naturales hayan acumulado ruinas sobre ruinas, sepultando en el olvido razas y cultura, todavía quedan vestigios de ésta y de aquéllas, que nos llevan a épocas muy lejanas. Donde quiera aparecen restos de una agricultura adelantada, arte, que sólo poseen los pueblos civilizados. Abundan también los escombros de poblaciones, y sabido es que los hombres nunca levantan edificios duraderos, si no después de haber salido de su existencia vagabunda y bárbara; además en el Perú necesitaron períodos más que seculares para descender gradualmente desde las cumbres a las laderas, y desde las punas a los valles, a medida que las relaciones entre las tribus colindantes eran más pacíficas y seguras. Por otra parte varios monumentos, unos de imponente grandeza, otros de hábiles labores remontaban según las tradiciones recogidas en el siglo de la conquista a miles de años, revelaban una vetustez incalculable en sus durísimas piedras, que la acción lenta de los elementos había corroído. Prueba más clara de esa inmemorial cultura han dado en nuestros días los ídolos y otros artefactos descubiertos a 33 pies de profundidad bajo las capas de guano en las islas de Guañape y 62 en las de Chincha.

Sus variadas formas.- La variedad sorprendente de civilización se manifiesta en las diversas formas de gobierno, religión y género de vida, que simultánea o sucesivamente han prevalecido en el Perú. Han existido multitud de comunidades, ya sin jefes vitalicios, ya sometidas a curacas hereditarios —unos de reducida dominación y otros ejerciendo su autoridad en dilatados señoríos—, como los del gran Chimú; todas ellas fueron absorbidas en el vastísimo imperio de los incas, el que formó la parte principal de un virreinato sometido a España y una vez roto el yugo colonial se estableció la república democrática. Entre las creencias religiosas resaltan desde luego las tradiciones primitivas extrañamente alteradas por toda suerte de idolatrías y de supersticiones; sin desterrarlas los pretendidos descendientes del Sol generalizaron el culto espléndido y civilizador del astro del día. Bajo la dominación española fue el catolicismo la religión exclusiva de los peruanos civilizados; la república independiente, si bien la reconoce como religión del estado, ha hecho predominar en las costumbres la tolerancia religiosa sobreponiéndose a las prohibiciones legales. En cuanto al modo de vivir, si las condiciones del territorio hacen prevalecer fuera de los bosques la vida de los labradores, no por eso dejan de haber pueblos pastores, mineros, comerciantes y en menor escala pueblos manufactureros. Lo que la civilización del Perú ha ofrecido de más extraordinario y permanente en el estado social ha sido el espíritu comunal, que apareció desde los primeros albores de la vida civil, recibió una organización admirable en el imperio incaico, dejó sentir su influencia bajo los virreyes y aún no ha desaparecido enteramente;

1_lorente 1.p65 294 29/11/2006, 12:15 p.m.

lo que entre los griegos consiguió difícilmente Licurgo en el reducido territorio de Esparta, lo que en nuestros días se relega entre las peligrosas utopías del socialismo, fue realizado por Manco-Capac y sus sucesores en escala vastísima, haciéndose solidario el destino de las comunidades y provincias, sin trastornos, ni crímenes, sin holgazanería, ni violencias, en dulce paz, con bienestar común, con la regularidad de un convento y con las aspiraciones concertadas de una familia, cuyos individuos están cordialmente unidos.

Su grandioso desarrollo.- La civilización del Perú hubo de producir bajo los incas sorprendentes efectos por la solidaridad de acción entre algunos millones de hombres, por la continuidad de los mismos esfuerzos durante siglos y por su propia fuerza de desarrollo. Mientras en el interior se levantaban obras colosales y adelantaban las artes de la paz y se gozaba más suma de bienestar que en la mayoría de los países civilizados, se extendieron a lo lejos el ascendiente y los beneficios de aquella singular cultura; así los hijos del Sol, bajo cuyo gobierno se confundía el interés de la patria con el de la autoridad, llegaron a formar un imperio rival de los grandes imperios del Asia por la extensión, y superior a todos ellos por el orden social y por el carácter paternal de la administración. Aún bajo la tutela extranjera, de suyo inclinada a sacrificar los intereses de la colonia a las pequeñas y desacertadas aspiraciones de una corte y de una metrópoli situadas a más de tres mil leguas de distancia, ejerció el Perú influencia muy poderosa desde Panamá hasta Buenos Aires; Lima, que en casi todo el período del virreinato fue el centro del poder, del comercio y de la ilustración, contribuyó de todos modos a formar las nuevas sociedades, con las que la emancipación había de establecer siete repúblicas hispanoamericanas y uno de los estados de la federación colombiana; a donde no llegaba la acción de las autoridades coloniales, en regiones en que no habían podido penetrar las armas de los incas, se hizo sentir el celo de los misioneros enviados a la inhospitalaria tierra de los salvajes por la deliciosa Ciudad de los Reyes. Tan eficaz era el influjo del Perú sobre la América del Sur, que la independencia de los nuevos estados hubo de sellarse en el campo de Ayacucho con el concurso de las huestes libertadoras, originarias de todos ellos. Después de la emancipación, sea para conjurar peligros más o menos generales, sea para facilitar el progreso común, el centro de las negociaciones y tratados ha sido la capital del Perú.

Sus violentos contrastes.- Tan grandioso desarrollo no ha podido preservar a la cultura peruana de perturbaciones y caídas, que más de una vez han comprometido su porvenir y aun han hecho dudar de los adelantos

1_lorente 1.p65 295 29/11/2006, 12:15 p.m.

alcanzados. Prescindiendo de los contrastes, que ocurrieron en las épocas prehistóricas, y que por lo mismo están envueltos en densas tinieblas, la civilización de los incas con todo su esplendor y grandeza, apareció tan frágil y cayó de súbito con tan pequeño ataque, que juzgándola de ligero se la tomaría por una obra puramente fantástica o por un vano simulacro. El cúmulo de abusos, miserias, humillación y rémoras inherentes a la civilización colonial ha dado ocasión a que no sólo se nieguen todos sus beneficios, sino a que se tenga ese período trisecular como un paréntesis en la cultura de los peruanos, como un retroceso o un letargo. Si los progresos del Perú independiente aparecen claros, grandes y rápidos, los gravísimos desórdenes causados por las prolongadas convulsiones de la república, permiten a sus enemigos poner en tela de juicio así su magnífico porvenir, como sus más valiosas conquistas. En verdad es incuestionable, que entre mil inapreciables elementos de prosperidad y engrandecimiento quedan otros refractarios a la acción civilizadora; sin hablar de los gérmenes de perturbación y de retroceso, que todavía aparecen en los bajos fondos de la sociedad, y de que las naciones más adelantadas nunca se vieron enteramente libres; la inmensa y riquísima región de la montaña está casi enteramente en poder de hordas diminutas, que vegetan en los horrores y miserias de la vida salvaje. Por cierto, no hay el más lejano peligro de que tan débiles sostenedores de la barbarie hagan retroceder al Perú civilizado; pero no sería infundado el recelo de que en esa codiciada porción del territorio peruano pudieran establecerse razas más inteligentes y audaces, las que opondrían obstáculos invencibles al desarrollo nacional y tal vez amenazarían a la autonomía de la república.

Importancia de su estudio.- Realzando las ventajas de la filosofía y de la historia con el interés que inspiran las cosas de la patria, el estudio de la civilización peruana, al mismo tiempo que ofrece a la curiosidad un espectáculo tan grato como sorprendente, suministra enseñanzas tan variadas como útiles: con las luces, que el pasado proyecta sobre el presente, disipa las sombras del incierto porvenir, como los rayos solares reflejados por la luna esclarecen la noche tenebrosa; en todas las esferas de la vida hace saborear los dulces frutos de la experiencia sin necesidad de someterse a las amarguras de las pruebas personales; da una instrucción vasta y despierta el deseo de saber más; eleva y extiende el pensamiento haciendo ver el conjunto de los hechos desde la altura de sus causas; precave los extravíos de la imaginación y madura el juicio con la realidad, piedra de toque para todos los proyectos y teorías; perfeccionando las ideas favorece la perfección de los sentimientos y vivifica especialmente los afectos patrióticos, la dignidad personal y la tolerancia

1_lorente 1.p65 296 29/11/2006, 12:15 p.m.

política; comunica a la voluntad la adhesión firme y generosa al bien público sosteniéndola y depurándola con la fuerza de las convicciones y la abnegación heroica; precave las tormentas revolucionarias señalando la oportunidad y urgencia de las reformas; establece los progresos sólidos sobre la base de la libertad, que a su vez se apoya en la educación del pueblo, y salva a la democracia así de sus propios extravíos, como de los golpes de la tiranía; retempla el carácter nacional; y como la civilización viene a ser el triunfo del hombre sobre la naturaleza, del espíritu sobre la materia, de la razón sobre la sensualidad, del derecho sobre el fraude y la violencia; sus conquistas se extienden y consolidan con el perfeccionamiento de los individuos y de las instituciones mediante el conocimiento claro y persuasivo de las leyes del movimiento civilizador, conforme a las imperiosas exigencias de la conciencia social y por el impulso irresistible de la verdad presentada con la elocuencia de los grandes sucesos.

Especial importancia recibe el estudio de la civilización peruana de las condiciones particulares de la república: la conocida grandeza de la patria ha de levantar el espíritu a las altas aspiraciones, que son el principio de los grandes adelantos; las glorias del pasado y los terribles contrastes han de moderar el enervante desaliento y las locas esperanzas, muy de temerse en almas muy impresionables, que atraviesan días difíciles o ceden al entusiasmo excitado por la prosperidad súbita; lo que en otro tiempo hicieron las razas indígenas, es indicio seguro de lo que la civilización puede esperar de ellas, y revelándose tan claramente su capacidad, se desvanecerán las preocupaciones, que por su pretendida inhabilidad las condenan a perpetua servidumbre, y al país a no aguardar mejoras de la mayoría de sus habitantes; las exageraciones del socialismo, que en la actualidad son el mayor peligro del mundo civilizado, habrán de moderarse por el desengaño, que ofreció la organización social de los incas, sin que por eso haya de renunciarse a los inestimables beneficios producidos por la armonía de los asociados y por la participación de trabajos y de goces. Como era de prever, cuanto se ha hecho de precioso y duradero aparece en nuestra civilización como el efecto del esfuerzo unánime de los peruanos y del concierto entre la administración y la opinión pública; las catástrofes y perturbaciones han dependido de la colisión y del aislamiento: lección elocuentísima, que predica a los partidos y a los gobiernos la necesidad vital de unión, de respeto a la conciencia social y de obediencia a las leyes. Tantas y tan señaladas ventajas derivadas de su estudio ponen en evidencia que no es infundado, ni habrá de disminuir el alto interés que ha excitado la civilización peruana en europeos y americanos.

1_lorente 1.p65 297 29/11/2006, 12:15 p.m.

—II—

Relaciones entre la civilización y el territorio del Perú

Influencia del medio social.- El interés de la civilización peruana se acrecienta al considerar su estrecha conexión con el territorio, que es la más sólida garantía de su magnífico porvenir. Siendo el hombre el centro de la creación terrestre, donde se reúnen como en un pequeño mundo todas las fuerzas físicas y todos los poderes del espíritu, existiendo las más íntimas y constantes relaciones entre el alma y el cuerpo, y estando subordinada la actividad humana en mucha parte a las condiciones exteriores, se ha dicho con razón que la tierra es la profecía de la historia. El territorio con su aspecto, clima y recursos ejerce la influencia más decidida en el pensamiento y acciones de los individuos, en las instituciones y usos de la sociedad y en todas las manifestaciones del progreso: lo favorece o contraría presentándole los más poderosos elementos u obstáculos; facilita a la cultura los medios de defensa o la expone a peligrosos ataques; ejerce un influjo preponderante en la salud y longevidad de los habitantes; multiplica los tipos bellos o mal conformados, el humor alegre o melancólico, el ingenio vivo o tardo y los caracteres suaves o ásperos, muelles o enérgicos; contribuye a la corrupción y a la pureza de las costumbres ofreciendo un teatro más o menos adaptado al vicio y a la virtud; se refleja en las creaciones del arte con las imágenes e impresiones que de continuo alimentan el genio y el gusto; determina el modo común de vivir; imprime a la inteligencia cierta dirección, que se deja sentir fuertemente en la marcha religiosa y política; y por los hábitos de indolencia o laboriosidad, que generaliza, comunica a la civilización una fisonomía característica.

Si es tan extensa y manifiesta la influencia del territorio en el progreso de las naciones, no es menos cierto que desde Montesquieu y Herder hasta Buckle y demás positivistas de nuestros días ha sido exagerada extrañamente, suponiendo que el mundo moral está bajo la absoluta dependencia del mundo físico; que el desenvolvimiento de los pueblos corre parejo con la vida de las plantas, y que la civilización entera es hija de las condiciones territoriales. Semejante teoría lleva directamente al sensualismo y al fatalismo; por más que sus partidarios se proclamen los mejores amigos de la libertad y del progreso, el triunfo de tales doctrinas precipitaría a las sociedades modernas en la tiranía más insoportable y en una barbarie odiosa a los mismos salvajes. No: el hombre dotado de razón y de libertad no es el esclavo de la materia, en cuyo seno despliega sus facultades divinas; ni como la planta ha de tener fatalmente su sepulcro en el suelo, que fue su cuna, ni como el bruto se halla dominado por las impresiones de los sentidos; con su inteligencia universal y

1_lorente 1.p65 298 29/11/2006, 12:15 p.m.

el poder de su libre albedrío puede resistir dentro de ciertos límites a las influencias exteriores, modificar profundamente la naturaleza que le rodea, sustraerse a su acción exclusiva cambiando de lugar, y neutralizar en parte sus efectos mediante los movimientos inteligentes y espontáneos. Las vicisitudes de Tiro, Palmira, Babilonia, Egipto, Cartago, Esparta, Atenas, pueblos latinos y germánicos ora sumidos en la desolación y barbarie, ora ostentando esplendente cultura según el carácter de sus ideas, instituciones y costumbres emanadas de la razón y de la libertad bien o mal ejercitadas, demuestran sin necesidad de reflexiones profundas que, si la acción del medio físico es muy poderosa, no es irresistible en el destino de los pueblos. Reducida a sus justos límites aclarará mucho el pasado y el porvenir de la civilización peruana, si se fija bien la consideración en la posición y grandeza territorial del Perú, en el diverso aspecto de sus regiones, en la variedad de sus climas y en la riqueza de sus producciones naturales.

Posición y extensión del Perú.- Situado el Perú en la región occidental e intertropical de la América del Sur, teniendo un límite fijo en las aguas del Pacífico y hallando en los vínculos naturales que unen las principales regiones, poderosos medios para resistir a las desmembraciones políticas, está llamado por la naturaleza a formar de una manera permanente un estado mucho mayor que la España, su antigua metrópoli, y cediendo en extensión tan solamente al Brasil, los Estados Unidos, el imperio Británico, la China y el imperio Ruso. En verdad su vastísima superficie, que aumentan extraordinariamente las prolongadas alturas y depresiones, no es una condición indispensable, ni un elemento seguro de grandes adelantos; puesto que más de una vez se han realizado éstos en pequeños países y han faltado constantemente en otros muy dilatados; pero es evidente que en igualdad de circunstancias el estado mayor ofrece más medios de engrandecimiento. Éste se halla facilitado en el Perú por la posición central en América, por el gran número de cómodos y seguros puertos, entre ellos el incomparable del Callao, y por una costa accesible en una extensión de más de quinientas leguas: condiciones muy apropiadas para el desarrollo de las relaciones marítimas, altamente civilizadoras, y principio de poderosa influencia sobre el resto del mundo oceánico. Los adelantos en el interior del Perú no pueden ser favorecidos por ese trato fácil; pero en cambio la defensa de todo el estado halla en las tierras de adentro fortificaciones naturales, excelentes posiciones militares, y el valor, principal escudo de los pueblos, el que se forma de suyo en alturas tempestuosas y en moradas, donde el hombre crece en toda su independencia. En la situación intertropical ha visto el ingenioso Buckle un obstáculo invencible para el progreso inde-

1_lorente 1.p65 299 29/11/2006, 12:15 p.m.

finido del Perú, suponiendo que, como ha sucedido a muchos pueblos orientales de antiquísima cultura, el clima caluroso y la tierra ferocísima, si bien contribuyeron a su precoz desarrollo, lo condenan a vegetar en la inmovilidad por la indolencia de la sociedad y la tiranía del gobierno. Mas esas suposiciones del historiador inglés parten de un error acerca del territorio peruano, que en sus aspectos, clima y producciones ofrece un compendio de las diversas regiones del globo.

Aspectos del Perú.- Los Andes que atraviesan el Perú de Sur a Norte divididos en dos o tres cadenas principales y en un laberinto de cadenas secundarias, y cuyos picos llegan a rivalizar con los del Himalaya, forman dos mundos superior e inferior, que marchan juntos y a cada paso se penetran; por esa diferencia de alturas están escalonados en el territorio peruano todos los climas desde el calor abrasador del África en las tierras bajas hasta los hielos polares en altiplanicies y cumbres. Subiendo de las orillas del Pacífico a la región de las nieves o descendiendo de ésta por las vertientes del Atlántico, pueden recorrerse en breves días y a veces en pocas horas localidades que por su diversidad de configuración y de influjo sobre los seres vivientes representan países separados entre sí por enormes distancias; desde alturas que gozan de una perpetua primavera, la vista puede descubrir profundidades donde a favor del calor ostentan su exuberancia de vida las plantas intertropicales, y cumbres condenadas a la esterilidad por su glacial clima. La más trascendental división del Perú es en tres grandes regiones, costa, sierra y montaña, en las cuales se marcan por caracteres muy distintos otras muchas regiones secundarias: éstas ofrecieron muchos focos a la naciente cultura, mientras las grandes regiones neutralizaron la acción inmovilizadora de la naturaleza exclusivamente intertropical.

La costa.- La región cisandina llamada costa es una sucesión de desiertos, entre ellos los de Sechura, Huarmey, Nazca, Islay y Tarapacá, que se extienden en plano inclinado de las orillas del Pacífico al pie de la cordillera hasta 400 ó 500 msnm, con una anchura de 15 a 25 leguas, hallándose cortados por oasis en formas de valles o de lomas. La aridez de la costa depende de la falta de lluvias y de aguas corrientes; sólo llueve en la parte del norte cada cinco o siete años, en el resto del litoral caen de mayo a septiembre menudas lloviznas llamadas garúas; las gotas gruesas son raras y de corta duración; hay pocos ríos, por lo común de corto curso y de escaso caudal, excepto cuando llueve mucho en la sierra, y varios de ellos desaparecen antes de llegar al mar; la temperatura, con algunas excepciones de días y localidades ardientes, es primaveral, porque el calor de los trópicos se halla moderado por la corriente marina, las brisas de mar y

1_lorente 1.p65 300 29/11/2006, 12:15 p.m.

tierra, los sures y un pabellón de ligeras nubes durante la estación húmeda. El cielo es extraordinariamente sereno, contándose entre los fenómenos seculares el estallido de algún trueno. En cambio la tierra tiembla todos los años especialmente en las cercanías de los equinoccios, y si bien de tarde en tarde, los terremotos llegan a igualar la desolación con el espanto: el suelo ya agitándose en diversos sentidos como el hombre embriagado, ya entreabriéndose profundamente reduce a escombros grandes poblaciones y sepulta a los míseros habitantes, sea entre las ruinas, sea en las simas del campo; el Pacífico desmintiendo su nombre brama como en las regiones polares, cubre los pueblos con sus olas y arroja las aves a la campiña. Mayores trastornos ha debido sufrir la costa en épocas remotas; puesto que de haber estado bajo el mar son seguro indicio las llanuras cubiertas de los guijarros, que ruedan entre las ondas, altas rocas horadadas por su choque secular, peñascos con los tintes sombríos, que el océano sólo ha podido comunicarles después de haberlos bañado por mucho tiempo, cerros abundantes en conchas marinas y, según las sabias observaciones de Raimondi, mezclas y combinaciones minerales que suponen una fortísima y prolongada presión marítima.

Sea por el terror que causan las convulsiones de la tierra, sea por el melancólico aspecto del desierto, cuya monotonía apenas se halla interrumpida por fatigosos médanos y deslucidos cerros, la costa suele producir muy penosas impresiones apareciendo a primera vista como un país inhospitalario; mas son muy pocos los hombres sensibles, que después de reconocer toda su belleza, pueden resistir a sus encantos. Bastaría para hacer olvidar los horrores del árido arenal, el magnífico espectáculo del gran océano; las galas de los trópicos desplegadas en floridas lomas, amenas praderas y frondosas plantaciones aparecen tanto más hermosas, cuanto mayor es su contraste con la aridez que las circunda; en los afortunados valles, que reciben el beneficio constante de los ríos, en las islas de verdura con atmósfera perfumada, siempre serena y tibia puede deslizarse la vida como sueño de bienestar, admirando a toda hora la lozanía de las nuevas plantas, la abundancia de las cosechas, la variedad de las más vistosas flores y la renovación constante de los frutos más sabrosos. En el invierno las ligeras nubes son como un velo transparente, que realza la belleza del suelo; en el verano presentan matices encantadores los celajes de la tarde, y en las noches serenas que no son raras durante los mayores calores, la luna brillando apacible en un cielo despejado trasporta a los objetos terrestres su resplandor suave y la naturaleza entera se halla envuelta en inefables encantos.

La sierra.- La región andina recibe el nombre general de sierra, y el particular de puna en sus rígidas alturas; su terreno es sumamente escabroso,

1_lorente 1.p65 301 29/11/2006, 12:15 p.m.

erizado de precipicios, profundidades que causan vértigos, rocas colosales suspendidas entre el cielo y el abismo, y un laberinto de cerros y quebradas que se tocan, cruzan, confunden y amontonan; no escasea de aguas, ni es de humedad sobreabundante, teniendo su estación lluviosa en los meses más secos de la costa, es decir, desde octubre a mayo; por la enorme desigualdad de alturas es ardiente en las quebradas muy bajas, templada en los valles de tres mil a cuatro mil metros sobre el nivel del mar, fría en las altiplanicies y glacial en las cimas de la cordillera; en general la temperatura de un mismo lugar está sujeta a considerables variaciones del día a la noche, del sol a la sombra, en tiempo ventoso o sereno. Las tempestades son frecuentes, sobre todo en las punas y cumbres, convirtiéndose en verdadera lluvia de rayos mayormente por la tarde; a gran elevación menudean más la nieve y el granizo que la verdadera lluvia. Los terremotos pocas veces dejan sentir toda su violencia en el interior de la sierra; pero la tierra henchida de agua ocasiona enormes derrumbes, y por el desencadenamiento de las fuerzas atmosféricas o subterráneas ocurren espantosos trastornos. Pónese la honda quebrada al nivel de la llanura, caen altos montes o son trasportados a distancia admirable, la altiplanicie queda cortada por hendiduras anchísimas o profundas, el lago hallando súbita salida deja a descubierto un ameno valle, el río, cuyo curso se ha obstruido, todo lo inunda. En tiempos prehistóricos, cuando las convulsiones terrestres eran más frecuentes e intensas, hubo enormes levantamientos, grandes depresiones y erupciones repetidas de volcanes hoy sin actividad o destrozados, surgieron grandes cordilleras, y se trasformaron los terrenos. Entre las grandes masas, que la naturaleza acumula o dispersa como elementos de una nueva creación, o como ruinas de un mundo destruido; entre el caos de formaciones y destrucciones que presenta el suelo atormentado de la sierra; en las deshechas tormentas y rígido clima de las alturas; en el aspecto monótono y amarillento de punas, que forman horizonte, y entre las nieves, que borran la huella de la vida y apenas dejan respirar, no es fácil sentir de continuo los atractivos que a la región andina dan bellezas de todo género.

En el terreno más escabroso los paisajes cambian a cada instante y son en extremo pintorescos; el suelo suele ostentar en los valles, altiplanicies y cimas una transparencia sin igual; su azul intenso y puro comunica a las estrellas extraordinario resplandor y a veces deja ver algunas de ellas a las once del día; nubes fantásticas forman cuadros bellísimos proyectando formas vigorosamente dibujadas; el brillante arco iris aparece no sólo en el firmamento, sino en la pendiente de altísimos montes; desde una atmósfera serena puede gozarse el magnífico espectáculo de la tempestad, que forma perspectivas mágicas en el bajo horizonte. To-

1_lorente 1.p65 302 29/11/2006, 12:15 p.m.

dos los grados de belleza pueden admirarse contemplando a su vez los picos nevados, los campos de nieve, lagos vastos como un mar interior o de graciosísimo aspecto, corrientes de todo género, valles amenísimos de formas tan variadas como poéticas, y que aparecen como otras tantas perlas engastadas en la cordillera. Las más imponentes revoluciones del globo se recuerdan viva y distintamente mirando desde una de las vecinas explanadas profundidades que parecen atravesar toda la corteza terrestre y poner de manifiesto sus diversas capas.

La montaña.- La parte del Perú situada al este de los Andes debiera llamarse la región de los bosques, que le imprimen un aspecto característico; pero es más conocida con el nombre de montaña, a causa de que la parte más vecina a la sierra y por lo mismo explorada de más antiguo es realmente montuosa. Esa vertiente oriental de los Andes no cede en escabrosidad a la sierra; mas en la parte baja se suceden llanuras interminables, cuyo verdor contrasta singularmente con la aridez de la costa. La fuerza maravillosa de la vegetación depende del terreno fertilizado con el continuo aluvión de la cordillera, de la elevada temperatura, que reina todo el año, y de la humedad permanente. Durante nueve meses, de octubre a junio, caen lluvias torrenciales, las avenidas suelen tomar espantosas proporciones y la tierra, que recibe tanta agua, y a causa de la espesa arboleda o del suelo bajo no puede descargarse de ella, está por lo común inundada y rebosando humedad. La desfavorable acción del clima, el cielo más o menos nebuloso, cuando no se muestra iluminado con los rayos de un sol abrasador, las nubes de insectos, el terror inspirado por animales más peligrosos aun cuando no son muy numerosos y la insidiosa flecha del salvaje impiden a menudo gozar con espíritu tranquilo del majestuoso espectáculo de las selvas vírgenes; pero al que una vez lo ha contemplado pudiendo admirar toda su sublimidad, parecen juegos de niños todas las magnificencias vegetales de la costa y de la sierra.

La región trasandina, cuya feracidad es verdaderamente intertropical, despliega en sus plantas todo el lujo de la fuerza creadora: cuando a ella se desciende, se camina entre bosques de majestad inconmensurable, viéndolos a los lados, a los pies y sobre la cabeza, elevados sobre los aires en serie interminable, y saliendo del abismo con el principio de unos árboles gigantescos sobre las copas de otros colosos; desde que se penetra en la profundidad de las selvas primitivas, en vez de piedras, que allí son tan raras, como la arboleda en las altiplanicies, se vaga por un océano de verdura, océano inmenso, que sólo parece ocultar el cielo y la tierra para abismarnos en éxtasis silencioso, como en alta mar que a veces suspendido el ánimo en la contemplación de la inmensidad celestial y acuática lejos de todo espectáculo terrestre. Hay en la montaña real

1_lorente 1.p65 303 29/11/2006, 12:15 p.m.

colosos de vegetación, que alimentando brillantes y numerosos parásitos, cubiertos de bejucos más gruesos que los mayores cables, y sirviendo de madre tierra a varios árboles de robusto tronco y de frondosas ramas, forman un bosque en compendio. Ante tales maravillas, bajo bóvedas vegetales de incomparable pompa, en presencia de la vida exuberante y al aspecto de formas tan lujosas no sólo se experimentan las emociones del éxtasis y del entusiasmo; el espíritu queda anonadado contemplando la fuerza ilimitada de la vegetación y halla deficientes las más artísticas descripciones, la realidad superior al ideal, la naturaleza venciendo a la fantasía. El esplendor de tan poéticas escenas se realza por los misterios de la soledad, y por el curso majestuoso de los ríos, cuyo soberano es el incomparable Amazonas.

Opulencia del Perú.- Más que por las bellezas de su territorio, que al primer aspecto no siempre se reconocen, es renombrado el Perú por su proverbial opulencia. *Vale un Perú* suele decirse, cuando se trata de encarecer el valor de las cosas, y esta expresión hiperbólica no es impropia, porque la riqueza del territorio peruano excede a todo encarecimiento. Los tesoros, que después de la conquista han cambiado la situación económica del mundo civilizado, están muy lejos de haberse agotado; lo que hasta hoy ha podido extraerse, es nada en comparación de lo que todavía reserva la tierra en sus entrañas o en su superficie; cada día se descubren nuevas fuentes de prosperidad; cada lugar ostenta inapreciables dones: los tres reinos de la naturaleza rivalizan en el valor de sus producciones. Mas el abuso ruinoso que se ha hecho del guano está manifestando que no todo son ventajas en la opulencia natural; también hay en ella gravísimos peligros para la civilización del Perú. Semejante a los premios de la lotería, la riqueza, que poco cuesta, después de disiparse con una rapidez que parece un sueño, suele dejar a los individuos y a los pueblos imprevisores hábitos dispendiosos, descrédito y miseria. Hay además el riesgo de que las tentaciones de la abundancia causen estragos profundos en la moral pública y privada, gasten la energía nacional en la molicie, atraigan formidables agresiones de parte de potencias ávidas de fortuna y poco escrupulosas, y según han observado historiadores filósofos, faciliten la dominación de clases opresoras y de gobiernos tiránicos. Acumulando sin dificultad los más audaces e intrigantes grandes elementos de influencia, explotan a la muchedumbre sin misericordia y la condenan a la miseria, mientras ellos nadan en la abundancia. De esa manera se perpetúan el despotismo, la degradante servidumbre y el atraso por el abuso de los dones, que la Providencia sólo concede para la prosperidad del hombre bajo la condición de que se haga digno de gozarlos mediante el trabajo y el uso provechoso.

1_lorente 1.p65 304 29/11/2006, 12:15 p.m.

Riqueza mineral.- Las minas, que tanta fama han dado al Perú, conservan todavía casi toda su incalculable riqueza; si un cierto número de ellas no se pudiesen explotar ya con ventaja, son innumerables las descubiertas o por descubrir que retribuirán con usura los gastos de una explotación emprendida con elementos poderosos y con una dirección inteligente. Como si la Providencia hubiera querido prodigar sus beneficios a todas las regiones del Perú, ha derramado la riqueza mineral en los terrenos estériles que la vida no podía enriquecer, en el árido arenal, en el inclemente nevado, y bajo las capas terrestres a donde no alcanza la fertilidad. Como ha observado el sabio Raimondi, esa proverbial opulencia suele ocultarse en muchas partes, porque los más preciosos minerales son difíciles de distinguir a causa de que no afectan formas cristalinas, están mezclados confusamente o presentan apariencias terrosas. La *plata,* de la que se reconocen ricas minas en la costa de Tarapacá, la ofrece también en todas las provincias de la sierra, hinchiendo las entrañas de los Andes; si bien aparece a veces bajo la forma de plata nativa, sus cantidades más notables se ocultan bajo las apariencias de galenas (sulfuro de plomo) y de cobre argentíferos; sus principales variedades son el cascajo y otros pacos de aspecto deslucido, el plomo ronco, la polvorilla, el cochizo, el rosicler, el lechedor y otras mezclas cuyo valor desconocen las personas inexpertas. El *oro,* que suele hallarse en todas las regiones en vetas más o menos explotables, presenta los minerales de más provecho en las vertientes orientales de la cordillera, ya en vetas sobre cuarzo, ya en lavaderos a las orillas del Marañón, de los ríos de Carabaya y Paucartambo y otras márgenes, de donde se ha alejado la industria minera, sea a causa del clima, sea por temor a los salvajes. El *cobre* sobreabunda en casi toda la costa y no falta en el interior presentándose por lo común sumamente mezclado; sus principales tipos son el cobre nativo, el cobre rojo, la panabasa o cobre gris, la chalkosina, la cobellina, el pecho de paloma, la gualda, la malinowskita, la malaquita y la crisocola. El mineral de *plomo,* apreciable no tanto por el valor de este metal cuanto por la plata que suelen tener sus mezclas, ofrece gran diversidad de galenas, la anglesita (sulfato de plomo), arequipita (silicio antimoniato de plomo), la piromorfita (fosfato de plomo) la mathlockita (oxicloruro de plomo), la cotunnita (cloruro de plomo) y la bleinienta (antimoniato de plomo). El *mercurio,* que tantos servicios presta en la explotación de los metales preciosos, además de la famosa mina de Huancavelica, aparece en varias provincias bajo la forma nativa y bajo la de cinabrio o bermellón (sulfuro de mercurio). El *hierro,* hasta hoy poco o nada explotado, es abundantísimo y sus formas más comunes son las piritas o bronces (sulfuros de hierro), el imán, el oligisto, el mispickel (sulfoarseniazo de hierro), la limonita (peróxido de hierro hidratado), la

1_lorente 1.p65 305 29/11/2006, 12:15 p.m.

alcaparrosa (sulfato de hierro). El *arsénico,* el *antimonio* y el *manganeso* acompañan a menudo a los metales más valiosos; el *bismuto,* el *estaño,* el *zinc,* el *cobalto*, el *molibdeno* y la *barita* son mucho más raros. Los minerales de alúmina, además de acompañar a los silicatos, están representados por el alumbre, la turquesa y otros muy raros; los de *magnesia,* que entra a veces en los silicatos, por la dolomita (carbonato de cal y magnesia), la sideroplexita (carbonato de hierro y magnesia) y la sal de la higuera (sulfato de magnesia); los de *cal* abundantísimos en todo el globo por mármoles, estalactitas y otros varios carbonatos, por el yeso (sulfato de cal) y muy diversas mezclas. La *sílice* ya aparece en los cuarzos (pedernal, ópalo, cristal de roca y otras ágatas vistosas) ya entre importantes silicatos, como los que forman el caolín o tierra de porcelana, otras arcillas, el amianto, el talco, el anfíbol, la serpentina, la piedra pómez, el vidrio volcánico, los granates, la turmalina, la lazulita, la ortosa, el feldespato y la labradorita. Los más importantes minerales de soda son la sal común (cloruro de sodio) y el salitre de Tarapacá (nitrato de soda); la primera que sobreabunda en las orillas del mar, en el lecho de ciertos ríos y en varios cerros, puede satisfacer todas las necesidades del país y suministrar a la exportación un artículo valioso; el salitre que cubre la pampa del Tamarugal por decenas de leguas; más o menos oculto en las mezclas del caliche, se exporta ya por más de seis millones de quintales. Por lo tanto, sin contar el azufre y otros productos muy útiles, el reino mineral justificará por muchos siglos la opinión de que el Perú es el país más rico del globo.

Riqueza vegetal.- Acostumbrados algunos escritores extranjeros a no oír hablar del Perú sino como de un país de minas, creen que el cielo no le ha prodigado la riqueza mineral sino bajo la condición de esterilizarlo. Mas si bien es cierto que son muy escasos de vegetación los desiertos de la costa y las heladas alturas de la sierra, esa esterilidad, que no es absoluta, se halla bien compensada en otras partes del territorio; además como goza de todos los climas y el de cada localidad suele ofrecer una fijeza favorable al desarrollo de las plantas, puede enriquecerse con las de todas las zonas, y por la especialidad de sus condiciones posee una de las floras más ricas y mejor caracterizadas. El botánico Weddel en su *Flora andina* ha manifestado que hay una admirable variedad en las alturas, donde la vida presenta apariencias más uniformes y deslucidas; en su bosquejo de *Geografía botánica* ha dado Raimondi idea de los múltiples cuadros que la vegetación ofrece, sea que se suba de las orillas del Pacífico a las cumbres de la cordillera occidental, sea que de esas alturas atravesando la sierra se descienda a las pampas de la montaña. Sin ser un eminente botánico, cualquiera puede señalar la infinita multiplica-

1_lorente 1.p65 306 29/11/2006, 12:15 p.m.

ción de formas vegetales que imprimen una fisonomía especial a los diversos paisajes y hacen resaltar su peculiar hermosura: aquí están los sargazos de la playa, la carnosa salicornia y otras especies marítimas; ahí algunos cactos, arbustos espinosos, las secas tillandsias y otros vegetales deslucidos, que invaden el desierto; en las colinas, que reverdecen en el invierno, flores de grato perfume o muy vistosas entre otras de mal olor o sin brillo; en el valle el variado verdor de útiles plantaciones, frondosos árboles de ribera y las gracias del jardín; a mayor altura primero los hermosos campos cultivados, luego el amarillo pajonal de las punas, todavía más arriba el polvo informe y sin brillo, líquenes semejantes a una nevada de papelillos, tallos rastreros cubiertos de espesa borra y al nivel del suelo yerbas floridas, todo resintiéndose de aquella atmósfera helada; por el contrario en la parte baja de la región trasandina, milagros de vegetación no sólo en los amontonados colosos del bosque, sino también a las orillas de ríos caudalosos, en elegantísimos tallos y entre otras flores magníficas en la Victoria regia, que es la verdadera reina de las plantas acuáticas.

Aunque la industria está todavía muy distante de explotar, como lo merece, la rica vegetación del Perú, la agricultura, la medicina, la tintorería y otras artes útiles sacan de ella inapreciables ventajas: a la cría de animales sirven los pastos naturales y artificiales especialmente en la costa y en la sierra; al uso del hombre se aplican el plátano, la yuca, el camote, el maíz, la papa, la quinua, la chirimoya, la palta, la piña, la granadilla, otra gran variedad de raíces, frutas y legumbres indígenas, el trigo, cebada, arroz y otros comestibles introducidos de Europa, el fruto y jugo de la vid y del olivo, el azúcar de caña, el cacao, el café, la coca, el culén, la vainilla, la quinua, la ratania, la hipecacuana, el matico, algunos bálsamos y otros preciosos medicamentos, el algodón y el maguey, el achiote, el añil y otras materias colorantes, el tabaco, la leche y ceras de ciertos árboles, maderas de construcción y ebanistería, leña de diversas clases, paja para los sombreros, las más delicadas producciones de la jardinería, que crecen como por encinto, y para que nada falte a los usos de la vida el combustible fósil que se presenta bajo todas formas y en todas las regiones, como grafito, hulla, asfaltado, ardilla bituminosa y carbón de tierra propiamente dicho. Todas las producciones se hallan en inmensas cantidades, y en las selvas trasandinas hay para el Perú un porvenir comparable al de las minas.

Riqueza animal.- Donde tanto abunda la riqueza vegetal, y en un vastísimo territorio en que cada animal puede hallar el clima más adaptado a su organización, han de ser tan abundantes como diversificadas las producciones animales. La fauna del Perú es de las más ricas y reúne

1_lorente 1.p65 307 29/11/2006, 12:15 p.m.

representantes de las diferentes faunas. No hablando sino de los más útiles animales, que se multiplican por el cuidado del hombre, o que el pescador y el cazador buscan en el agua, en la tierra o en el aire, se podría formar una lista muy larga. Antes de la conquista el Perú y sólo el Perú poseía rebaños de llamas y alpacas, sacando al mismo tiempo provecho de las montaraces vicuñas y guanacos, que pertenecen al mismo género; criábanse también cuyes, patos, perros y algunas aves domésticas. Bajo la dominación española se introdujeron los ganados, aves de corral y demás animales domesticados en Europa, todos los que se han multiplicado sin sufrir desmejora. El Pacífico, los ríos y los lagos presentan a la pesca valiosas entradas en corvinas, pejerreyes, lenguados, robalos y otros apreciados peces, muchas focas, vacas marinas, tortugas, camarones, etc. La caza se encuentra también recompensada con la captura de fieras de piel apreciable, aves de dulcísimo canto, lindo plumaje, graciosas formas, exquisitas carnes o al menos notables por su tamaño desde el diminuto colibrí hasta el gracioso candor, vicuñas, guanacos, chinchillas, vizcachas, venados, pecaríes, dantas y otros cuadrúpedos nada temibles, y en escala más modesta lindas mariposas, especies dañinas o extrañas que se buscan para exterminarlas o por reunir objetos curiosos. No debemos olvidar a las abejas que dan la miel, al gusano de seda y al insecto de la cochinilla, especies que especialmente en la costa pueden criarse con gran provecho. Sin más cuidado, que el sacarlo de sus depósitos para abonar sus campos o para venderlo en el extranjero, ha encontrado el Perú la riqueza más envidiada en el guano acumulado por las aves marítimas durante largos siglos en islas, islotes y sitios poco frecuentados de la playa. La cantidad del precioso abono puede calcularse aproximadamente en 20 millones de toneladas, y aunque lentamente todavía se acumula en los sitio donde hallan no turbado asilo dichas aves, las bandadas de éstas que a veces desfilan por horas enteras formando nubes cerca de su acostumbrada residencia nocturna y la falta de lluvias, que no arrebatan al guano sus principios fertilizantes, han dado al Perú ese tesoro comparable al sacado de las más valiosas minas.

Desarrollo del hombre en el Perú.- Aunque el Perú sea la más rica y una de las más bellas regiones del globo y por lo mismo haya podido ser llamada por viajeros entusiastas el mejor país del mundo, nunca habría alcanzado su actual cultura, ni podría aspirar a mayores progresos, si el desarrollo del hombre encontrara en su territorio los obstáculos que le ponen otras regiones intertropicales. En realidad no escasean en él las dificultades, ni los peligros para el perfeccionamiento físico y moral. En lugares pantanosos grasan las fiebres palúdicas perniciosas o rebeldes; la tisis y la disentería hacen numerosas víctimas en climas enervantes; la mala

1_lorente 1.p65 308 29/11/2006, 12:15 p.m.

calidad de las aguas o el aire viciado producen dolorosas verrugas, alteraciones semejantes a la lepra y cotos monstruosos, que no sólo deforman al paciente, sino que le exponen a tener hijos idiotas; la uta o llaga cancerosa amenaza en algunas quebradas; en gran parte de la montaña la anemia puede matar por sí sola o agravando males accidentales, si bien de tarde en tarde la fiebre amarilla y tifoidea invaden con toda la fuerza de epidemias mortíferas. Al par que la vida y la salud corren graves riesgos, son de temer en ciertos lugares las influencias contrarias al desarrollo moral: en valles, cuyas delicias recuerdan la feliz existencia del Paraíso, el ocio enervante, la pérfida suavidad del clima y las tentaciones de la abundancia pueden dañar a las facultades del alma: sobre todo en la ceja de la montaña, como ha observado Carrey, «al cabo de algunos días de residencia, en el dulce país se siente uno atacado por el bienestar del *farniente* hasta tal punto, que lo olvida todo aun la patria, el pesar permanente del viajero lejano: el calor húmedo de días soñolientos, la tibia y perfumada belleza de las noches, la quietud de las necesidades materiales fácilmente satisfechas, el ejemplo del reposo físico y moral que os rodea, la calma universal de esta naturaleza grandiosa, todo os adormece poco a poco, como un baño de indolencia voluptuosa». En general, donde el aspecto de la tierra es imponente y avasallador, el hombre necesita esforzarse mucho para no empequeñecerse, y al mismo tiempo se sienten el desapego al trabajo fortificante y el ardor por placeres, que debilitan. El efecto, que sobre almas muy impresionables y de viva fantasía producen las catástrofes naturales de tempestades, terremotos, inundaciones y erupciones volcánicas, arraiga los terrores supersticiosos y las preocupaciones más perjudiciales al adelanto de los pueblos. La civilización, que de suyo expresa el agrupamiento de hombres, sufre mucho por la falta de comunicaciones expeditas, que los condena al aislamiento o a un trato difícil; y en esta parte tienen que superar los peruanos toda suerte de penalidades; los horrores del desierto; los indecibles padecimientos de la marcha por senderos escalonados, resbalosos, pendientes, entre espantosos precipicios o alternados con atolladeros y maleza impenetrables, en gran parte del tránsito de la sierra, y de ésta a la montaña; las molestias gravísimas de la cordillera, donde la falta de presión atmosférica produce el mareo más insoportable, y la reverberación de la nieve causa a la vista desde el deslumbramiento hasta la ceguera; en fin, los azares de la aclimatación, cuando por viajes rápidos se cambia súbitamente el frío por el calor, la atmósfera pura de las alturas por el aire infecto de los bajíos, y el aire enrarecido, que dilata los pulmones, por el aire comprimido, que oprime el pecho como una masa de plomo.

1_lorente 1.p65 309 29/11/2006, 12:15 p.m.

Ninguno de los obstáculos, que en el territorio del Perú encuentra el movimiento civilizador, es general ni insuperable. Su clima está lejos de presentar la insalubridad permanente de otras regiones; las dolencias más comunes sólo se agravan por falta de higiene; las no frecuentes epidemias únicamente se hacen desoladoras porque no son combatidas con los convenientes remedios, y para toda clase de males físicos y morales ha prodigado la Providencia los recursos más eficaces. Las aguas fortificantes del océano están junto a climas que enervan; la altura vivificadora sobre la honda y mortífera quebrada; las mesetas y lagos descubiertos no lejos de la inundada montaña; los baños minerales de singular virtud en todas las regiones. La sierra suele gozar de una salubridad incomparable; en valles como el de Jauja hay restablecimientos que rayan en prodigio; el agonizante se reanima, el débil se vigoriza, y algún desahuciado en años juveniles llega a la vejez con salud envidiable. Aun en la tierra caliente, que no es tan saludable, ciertos lugares como Piura poseen el inestimable privilegio de curar sin necesidad de medicamentos dolencias que hacían la desesperación del arte. En cuanto a las influencias desmoralizadoras, es evidente que la buena educación y la fuerza de voluntad las combaten con el más feliz éxito. El efecto de las grandes perturbaciones terrestres y atmosféricas sobre el espíritu del hombre es, en el Perú, efímero y sin trascendencia general. La dificultad de comunicaciones puede ser vencida por el arte sea con la navegación del Pacífico, del Titicaca, del Amazonas y de sus afluentes, para lo que la naturaleza ofrece grandes elementos; sea con la mejora de las vías terrestres, que también hallan poderosos recursos en el mismo territorio, susceptible de ser cruzado por ferrocarriles desde la costa hasta la montaña. Los azares de la aclimatación sólo exigen prudentes precauciones para dejar de ser temibles; ni entre los aclimatados en suelo extraño, ni entre los que no han salido del suelo nativo, son raros los hombres vigorosos, ni faltan centenarios que conserven los dientes, los cabellos, la soltura de los miembros y el buen uso de los sentidos.

Lo que allana singularmente todos los obstáculos y atenúa las mayores dificultades para el perfeccionamiento físico y moral es lo favorable que, en general, son las influencias territoriales del Perú a la constitución del hombre. En cuanto al aspecto físico, los peruanos son por lo común de talla bien proporcionada y con algunas excepciones más bien un poco pequeños que altos, de rasgos finos, de fisonomía regular, de mirada dulce e inteligente, de aire afable y no privado de elegancia; en el bello sexo hay tipos de hermosura que encanta y que realzada por las seducciones del carácter más amable asegura un imperio legítimo sobre el sexo, especialmente a las bellas de Lima, Trujillo, Ica, Piura, Arequipa, Tarma, Huánuco y Huaraz. En ambos sexos las dotes corporales suelen

1_lorente 1.p65 310 29/11/2006, 12:15 p.m.

estar acompañadas de las prendas más apreciables del alma: la viveza del ingenio se deja ver desde la infancia en los costeños; los hijos de la sierra sobresalen más por el buen juicio; la inteligencia clara es común a unos y otros. En todas las fases de la civilización peruana han aparecido hombres eminentes por su ilustración relativamente a la época, por su amor al progreso, por su adhesión entusiasta a todo lo grande, bueno y verdadero, por su constancia en el trabajo civilizador, y no pocos por sus felices disposiciones para las artes; los distintivos más honrosos del carácter nacional son la dulzura, que aleja o amortigua las luchas públicas o privadas, dulzura no desmentida en la exaltación de las contiendas políticas más violentas, y la bondad, que se muestra de todos modos en la incomparable generosidad para con los extraños, en la ilimitada beneficencia, cualesquiera que sean las necesidades, en la tolerancia que toca los límites de la debilidad, y en la indulgencia a veces excesiva respecto de criminales peligrosos e incorregibles. Carácter tan bondadoso que asegura al extranjero la acogida más hospitalaria, unido a los alicientes de un país bellísimo, opulento y saludable, no podrá menos de atraer y de retener en el Perú una inmigración muy numerosa, cuando su estado político se halle más asentado y se reconozcan mejor sus inestimables ventajas. Así no es infundada la esperanza de que en un período no muy lejano alcance el envidiable destino, que le prometen su glorioso pasado y sus elementos permanentes de engrandecimiento.

—III—
Estudio metódico de la civilización peruana

Método histórico.- El orden es tan necesario en la historia como en la vida; ambas se destruyen cuando falta la armonía íntima entre sus partes. Además, siendo constante la relación entre las causas y los efectos, enlazándose siempre el pasado con el presente, no sucediéndose nunca los hechos según los caprichos del acaso, y estando sujetas a las leyes físicas y morales las evoluciones de la humanidad por la doble acción de la Providencia y de la libertad humana, toda exposición desordenada en que aparezcan los sucesos sin relaciones con el tiempo, con los lugares, con las personas y con las demás influencias, no será la pintura fiel y viva de la realidad, será la imagen del caos, el tenebroso reflejo de siglos vacíos o turbulentos, apariencias fugitivas sin significación para el progreso, las que a lo más podrán alimentar la vana curiosidad, ya que no extravíen el pensamiento. Por el contrario, la historia metódica de la civilización, la verdadera historia presentando los hechos en su unidad viviente y luminosa, merecerá llamarse según el lenguaje de Cicerón, luz de la verdad y maestra de la vida.

1_lorente 1.p65 311 29/11/2006, 12:15 p.m.

Como en la historia de la civilización están absorbidos todos los hechos, debe presentar cierto carácter de universalidad, ocupándose de las influencias físicas y morales, de las instituciones políticas y religiosas, de la industria, el arte y la ciencia, de las costumbres y de toda suerte de usos; mas no por eso ha de degenerar en una exposición enciclopédica, que se haría interminable, enojosa y confusa; bástale para sus altos fines que los hechos estén perfectamente determinados y atribuidos a sus verdaderas causas; el que desee más amplios datos y explicaciones más detenidas debe buscar la ilustración en otro género de estudios. Lo que el historiador de la cultura peruana no debe perder nunca de vista es la armonía entre todos los elementos civilizadores; el todo orgánico, que constituye la civilización, ha de reaparecer distintamente en el conjunto armonioso de su historia. De aquí la necesidad de remontar y descender la corriente de los siglos para contemplar el desarrollo nacional en sus más remotos orígenes, siguiéndolo sin saltos en las diversas épocas; la necesidad de no olvidar ningún principio, ni rémora alguna de la cultura; la necesidad de no exagerar conquista alguna, ni de atenuar los contrastes.

Aplicación de la filosofía a la historia.- Sólo un espíritu filosófico en posesión de amplios y bien meditados datos podrá emprender con facilidad la exposición ordenada de la civilización peruana; para presentarla en orden luminoso es necesario poder reunir en una vasta síntesis los conocimientos suministrados por el análisis, y esa aptitud sólo puede darla la filosofía aplicada a la historia. No hablamos de la filosofía armada de fórmulas nebulosas y entregada a las suposiciones más gratuitas, que todo lo oscurece, lo desfigura todo, y semejante al lecho de Procusto tortura la realidad para acomodarla a teorías fantásticas; éstas nunca deben sobreponerse a los hechos, los que están llamados a servirles de piedra de toque; toda doctrina desmentida por los hechos debe rechazarse como un error manifiesto. Tampoco debemos abandonarnos en esta historia a las especulaciones de la alta filosofía acerca del ideal de la existencia humana; nuestras aplicaciones filosóficas han de limitarse, y no por eso perderán su importancia, a la valorización de los hechos según las leyes conocidas que presiden al destino del hombre, y a la apreciación juiciosa de los testimonios por los que el pasado llega al conocimiento de las generaciones futuras. Iluminados con la inteligencia de las leyes históricas, nuestro juicio será más seguro, nuestras miras de mayor trascendencia, y más copioso el fruto de nuestros estudios. Con la aplicación de la filosofía a la crítica histórica dejará la narración de ser una mezcla incoherente de fábulas y de sucesos reales, una transmisión de errores acreditados por historiadores apasionados o crédulos y un edificio ruinoso incapaz de resistir a la acción del escepticismo, que hoy

1_lorente 1.p65 312 29/11/2006, 12:15 p.m.

pretende echar por tierra los hechos más incontestables y grandiosos. La crítica, ejercida con acierto, ha renovado en nuestro siglo la historia del antiguo mundo, y aplicada al Perú puede desvanecer las ficciones novelescas que, acogidas por los poco severos historiadores del siglo XVI, han llegado hasta nosotros como verdades pasadas por la tela del buen juicio; al mismo tiempo afirmará la creencia en los progresos realizados antes o después de la conquista, que son rotundamente negados o puestos en duda por la superficialidad o por el espíritu sistemático y sacará luces inesperadas de copiosos manantiales, todavía no bien utilizados para ilustrar la historia de la civilización peruana.

Fuentes históricas.- La historia del Perú puede ilustrarse con las tradiciones, las costumbres, las antigüedades, las lenguas, los restos humanos, los documentos y los trabajos históricos. Las *tradiciones* de épocas remotas, a las que principalmente se aplican, apenas inspiran por sí solas más confianza que las simples fábulas: la espantosa facilidad con que los indígenas forjaban y creían los cuentos más absurdos, la incoherencia de sus relaciones, el haber sido recogidas demasiado tarde, y el hallarse profundamente alteradas por el cambio de creencias o por la oposición de intereses, las despojan de casi todo su valor histórico, y la crítica sólo puede aceptarlas con grandes reservas. Aun en épocas más recientes, como las tradiciones no son generales, uniformes y sin mezcla de maravillas, deben inspirar mucha desconfianza por la impresionabilidad infantil de la muchedumbre, que las hacía fácilmente cómplice de las imposturas religiosas o políticas y atribuía un carácter sobrenatural a las cosas más sencillas: si el arroyo debe al lecho por donde corre, un tinte rojizo, es que todavía están teñidas sus aguas con la sangre de los que en el campo inmediato trabaron una lucha a muerte; las piedras allí esparcidas son guerreros petrificados; las rocas sonoras son campanas del diablo o del milagro; los peñascos pendientes en la ladera, los picos de los Andes, los árboles extraños, las fuentes escondidas son otros tantos personajes misteriosos. Ningún suceso natural carece de su comentario maravilloso, ningún hecho de los hombres se recuerda como fue, todo pierde su carácter o sus proporciones. Las *costumbres* suelen robustecer la tradición, por la tenacidad con que los indios se adhieren a los usos recibidos; pero su significación tiene más valor respecto de las ideas y de las instituciones que de los sucesos siempre más o menos alterados por caprichosas interpretaciones. Lo mismo debe decirse de las *antigüedades,* las que pocas veces son un indicio seguro de lo que directamente se quiso expresar con ellas; pero no dejan duda acerca del movimiento industrial y artístico, del género de vida y del pensamiento religioso, político o social dominantes en el tiempo a que pertenecen. Mucha luz

1_lorente 1.p65 313 29/11/2006, 12:15 p.m.

derraman sobre el origen, vicisitudes y cultura de las naciones los *idiomas,* no sólo porque en sus expresiones está encarnada la manera de pensar, sino porque de su comparación con otras lenguas brota gran claridad acerca de los vínculos internacionales; sin embargo, al hacer uso de esta gran fuente histórica no debe olvidarse que, abusando de la etimología, se prueba cuanto quiere probarse. La atenta observación de los *restos humanos,* especialmente de los cráneos, revela grandes analogías y diferencias de raza, con tal que no se olvide un doble origen de errores: primero, que el clima y el modo de vivir modifican profundamente la conformación del hombre; y en segundo lugar que, como otros pueblos más o menos cultos, muchas tribus peruanas tuvieron la costumbre de desfigurar las cabezas ejerciendo una fuerte presión en diversos sentidos. En cuanto a los *documentos,* una vez reconocida su autenticidad e integridad, claro está que todo su valor histórico depende de la veracidad e inteligencia de sus autores; la crítica escrupulosa no puede menos de acoger con desconfianza todo testimonio hijo de la ciega ignorancia, de la engañosa pasión y del interés fecundo en imposturas; por lo tanto, los documentos oficiales a que algunos prestan entera fe han de tenerse en poco cuando la causa de la verdad ha sido probablemente sacrificada por la adulación, el miedo, el entusiasmo, las aspiraciones políticas o cualquier otro sentimiento que induce a dar falsos testimonios; también pesa mucho en la balanza de la crítica el estado general de los espíritus, que por falta de instrucción y de libertad los expone, más o menos, a engañar y a ser engañados. Los *trabajos históricos* tienen una aplicación ilimitada porque todos los hechos caen bajo el dominio de la historia, así los hechos de la naturaleza, como los del hombre, y los de éste sólo pueden ser bien apreciados a la doble luz de las ciencias físicas y de las ciencias morales; por la estrechísima conexión que existe entre ambos mundos, todo adelanto en la historia natural rectifica y aclara la historia del género humano. Así, son un manantial de luces para la historia de la civilización, de suyo más universal que las historias particulares, las obras históricas de cualquier género; pero a fin de darles el legítimo valor deben tenerse en cuenta la inteligencia y la veracidad de sus autores, las que no se reconocen, como algunos creen, por la simple acumulación de citas, sino por los antecedentes morales, por los medios de información de que han dispuesto, y en mucha parte por el estilo y el fondo de las mismas obras. Estas bases de crítica son las principales, cuando no se trata de rehacer exposiciones anteriores, por compilaciones más o menos sabias, sino de exponer los diversos aspectos de la civilización, según las observaciones propias en el teatro mismo de los hechos.

Fases de la civilización peruana.- La analogía de los sucesos determina en la historia del Perú seis épocas bien marcadas, la dominación de los

1_lorente 1.p65 314 29/11/2006, 12:15 p.m.

curacas, el imperio de los incas, la conquista, el virreinato, la emancipación y la república; pero la conquista, si bien abundó en sucesos de altísimo interés dramático, no fue sino el principio de la dominación española; la rápida epopeya de la emancipación se confunde con la existencia del Perú independiente; y por lo tanto, sólo deben considerarse cuatro fases en la civilización peruana: la civilización primitiva, la de los incas, la colonial y la contemporánea.

Antes de que en el Perú se estableciera el conocido señorío de los curacas, la civilización peruana hubo de presentar muchas y muy trascendentales vicisitudes; pero como la historia sólo puede penetrar hasta aquel período, su cultura merece el nombre de *primitiva;* así como la química coloca entre los simples, los cuerpos que ya no puede resolver el análisis en elementos diferentes. Aun esa cultura, absorbida y desfigurada, cuando no destruida y apagada por los incas, sólo entra en los dominios de la historia de un modo muy limitado; apenas ha llegado entre sombras uno que otro nombre propio, todo suele ser igualmente incierto en ella: fechas, lugares y paisajes. Mas por muy difícil que sea seguir en época tan oscura el movimiento civilizador, hay necesidad de estudiarla para no suponer falsamente con los ciegos panegiristas de los hijos del Sol, que la civilización incásica fue un golpe de Providencia sin preparación alguna; que antes de Manco-Capac yacían los peruanos en el estado más estúpido y miserable, sin culto y sin leyes, faltos de ideas y de industria, vagando desnudos por los campos, como las fieras del bosque, y excediéndolas en imprevisión y fiereza.

La misma *civilización de los incas,* con todo su esplendor, se presta más a la epopeya que a la historia respecto a los hechos particulares. La política de aquellos soberanos, que quisieron dar a su señorío un origen divino y presentarse como superiores a las debilidades e infortunios de los frágiles mortales, envolvió los anales del imperio en fabulosas narraciones de las que la verdad no puede salir muy bien librada. Sin embargo, el carácter general de las instituciones es perfectamente conocido porque, en parte, se ha reflejado en costumbres que aún subsisten, y en parte fue observado estando en pie el régimen imperial. Entre los hombres de destrucción, que sólo buscaban en el Perú riquezas y ningún interés tenían en reconocer la cultura de sus víctimas, vinieron otros que, haciéndoles cumplida justicia, quisieron estudiarla. El gobierno español, ya por respeto a los usos del pueblo conquistado, ya con miras fiscales, pidió informes y promovió sabias investigaciones.

Desde la conquista hasta nuestros días no es la falta de fuentes históricas, sino el embarazo en la elección y la vacilación entre testimonios contradictorios lo que puede dificultar el estudio filosófico de las *civilizaciones colonial y contemporánea.* La impresión intensa, que en el

1_lorente 1.p65 315 29/11/2006, 12:15 p.m.

mundo civilizado produjeron la grandeza y los extraordinarios sucesos del Perú; la lucha de los conquistadores entre sí y con la corte; la obligación que tenían las autoridades coloniales de referir todo lo importante; las pretensiones de los particulares, que debían resolverse en la audiencia o en los tribunales de España; el celo del clero por extender o ensalzar los triunfos de la religión; el interés mercantil, político o científico que varias naciones de Europa tuvieron por sorprender los secretos del coloniaje; el desarrollo del patriotismo peruano, la vida independiente y republicana, la ilustración del siglo y toda suerte de móviles han multiplicado, más de lo que pudiera creerse, los documentos y trabajos históricos. De los primeros están henchidos los archivos nacionales, los salones de la antigua casa de contratación en Sevilla y la Academia de Historia en Madrid, en la que así la colección de Muñoz, como la de Mata-Linares, pasan de cien volúmenes. En cuanto a los trabajos publicados, todavía hay quienes repiten, en público y en secreto, que nada se sabe acerca de la historia del Perú, con la misma ligereza de los que se hacen eco irreflexivo del dicho vulgar: de gustos no hay nada escrito; mas para confundirlos, basta recordar las indicaciones bibliográficas de cualquiera de las siguientes obras: *Epítome,* de la biblioteca oriental y occidental de León Pinelo, adicionado por Barcia; *Catálogo* de los autores que han escrito de América por Antonio Alcedo; *Disertación preliminar* de Cerdan; la lista inserta por Mendiburu en su *Diccionario histórico-biográfico del Perú;* los apéndices bibliográficos que acompañan a la *Historia del Perú independiente* y *Diccionario* de Paz Soldán; los catálogos franceses de Bossange, Ternæux Compans, Tromel y Leclerc, los ingleses de Hower, O'Rich, Stevens, Sabiny, Harisse, el de Muller, etc. Ya teníamos formada una lista de más de 140 obras cuya consulta podía ofrecer aplicación más inmediata al estudio de la civilización peruana y en ella no estaban incluidas las relativas a las historias —universal— de España, del Brasil y de las repúblicas sudamericanas en que, con mayor o menor extensión, se trata del Perú, ni tampoco se incluían las biografías, ni las monografías sobre objetos muy especiales; pero dejamos de publicarla, prefiriendo citar oportunamente los escritores de más peso y apreciar en lo que valga su respectivo testimonio en determinadas materias; además las obras nacionales serán juzgadas con toda la extensión que aconseje su importancia en la literatura del Perú, parte importante de la cultura patria. Los que deseen datos más amplios acerca de la bibliografía, los hallarán en la «Biblioteca Peruana» que, con extraordinario desarrollo y orden luminoso, publica don Mariano Felipe Paz Soldán.

1_lorente 1.p65 316 29/11/2006, 12:15 p.m.

Civilización primitiva

Capítulo I
Razas indias

Influencia de la raza en la cultura nacional.- Sea por considerar al hombre enteramente sujeto al clima en que vive, sea obedeciendo a cualquier otra pretensión sistemática, algunos historiadores de mérito prescinden del influjo de las razas en la civilización de los pueblos; pero no es posible olvidarlo sin incurrir en graves errores. Las varias formas y las desigualdades que ofrece el progreso dependen en mucha parte de las modificaciones profundas, que por la acción prolongada y más o menos misteriosa de causas poderosas ha sufrido la especie humana, y que trasmitiéndose de padres a hijos por una larga serie de generaciones constituyen los diversos tipos conocidos con el nombre de razas humanas. Sabido es que tanto los chinos como los egipcios hicieron desde remotísimos siglos admirables adelantos para inmovilizarse luego y presentar una sociedad y una cultura tan inalterables como sus instituciones y sus momias; los árabes y judíos, después de haber ejercido en la suerte del mundo civilizado la acción más decidida por su espíritu entusiasta y sus elevadas ideas religiosas, han quedado reducidos a tribus errantes y a familias dispersas a causa de su carácter indisciplinado e individualista. Por el contrario, las razas arias audaces, amantes de la libertad, del orden y del cambio, dotadas de inteligencia superior, dieron días de gloria a la India y a la Persia, elevaron la filosofía y el arte de la Grecia a la mayor altura, fundaron el grandioso imperio romano y lo derribaron para levantar sobre sus ruinas las naciones modernas de Europa, las que han dado nacimiento a la joven América y comparten con ella el predominio universal y están a la cabeza del movimiento civilizador; los tártaros, que a las órdenes de Atila, Gengiskan, Tamerlán y varios sultanes turcos pasaron sobre la tierra difundiendo la devastación y el terror, no fueron grandes sino para destruir: su poder, más físico que moral, desapareció ante el progreso de la inteligencia, como el formidable ascendiente de la naturaleza inculta cede a las conquistas de la industria

1_lorente 1.p65 319 29/11/2006, 12:15 p.m.

cualquiera que llegue a ser la posición de las diversas razas en el teatro de la humanidad a través del tiempo y del espacio, su carácter especial se revela siempre por sus ideas, sus sentimientos, su género de vida, sus instituciones políticas, sus costumbres y sobre todo sus producciones artísticas, que llevan el sello de su espíritu en caracteres tan brillantes como duraderos, y esa expresión del tipo particular aparece tanto más marcada, cuanto mayor es su antigüedad.

Antigüedad de los peruanos.- Pudiera creerse que los primitivos peruanos son de origen reciente, por cuanto la situación del Perú en el Nuevo Mundo y los profundos trastornos a que ha estado sujeto su territorio, sólo tras largo transcurso de siglos de establecida la humanidad sobre la superficie del globo, le han permitido recibir y conservar sus más antiguos pobladores. En primer lugar, la escasa población de la América comparada con sus ilimitados recursos, el estado poco artificioso de su organización social, la ausencia de grandes estados, si se exceptúan los imperios de México y el Perú, la falta de recuerdos locales, todo prueba, al parecer, que con justicia se llama Nuevo Mundo al mundo de Colón. Ahora bien, situado el Perú en una de las regiones más apartadas y menos expeditas para comunicarse con la cuna del linaje humano, había de recibir tarde la hueste colonizadora, tal vez, cuando los inmigrantes rebosaran en países más dispuestos a hospedarlos por su menor distancia al punto de partida. En segundo lugar, las violentísimas sacudidas a que hasta nuestros días se halla expuesto el Perú, dan lugar a creer que sólo después de muchos períodos milenarios ha ofrecido seguro asiento a la frágil existencia de los mortales: mal podrían subsistir y multiplicarse las generaciones en costas que el océano devoraba a veces con invasiones graduales, a veces con asaltos instantáneos, y en las tierras interiores a las que casi de continuo combatían las convulsiones periódicas, el agua con sus inundaciones y la tempestad con el furor de los desencadenados elementos. ¿Qué pueblo habría podido tener asilo estable en un país en que eran destrozadas cordilleras enteras dividiéndose en nuevas cadenas, como la cordillera negra de Huaraz, o reduciéndose a montes aislados, como los volcanes del Sur?

No obstante las anteriores presunciones, es indudable la mucha antigüedad de las razas indígenas. Desde luego, el Nuevo Mundo sólo lo es en el nombre; donde quiera abundan los indicios seguros de haber tenido población en época remotísima. Hay ruinas tan vastas como numerosas perdidas en la soledad de las selvas, llegando a 11 mil sólo las de el Ohio y midiendo la de Florencia en Alabama 45 pies de alto con 440 de circunferencia. En el país árido de Yucatán, la antigua ruta de Izamal está cubierta por una capa de humus de más de 40 centímetros; sobre las

1_lorente 1.p65 320 29/11/2006, 12:15 p.m.

ruinas de Palenque han crecido árboles de nueve pies de diámetro, y el humus se ha acumulado a más de tres metros de altura según el testimonio de Waldeck; Lubbock, refiriéndose al capitán Pock, asegura que cerca del río Ontanogon se ha encontrado utensilios de piedra a 25 pies bajo una veta de cobre y, sobre ésta, el tronco de un cedro que servía de suelo a otro árbol trisecular. Si en el Perú la falta de exploraciones no ha permitido acumular descubrimientos tan notables, no faltan pruebas concluyentes de una población antiquísima: entre ellas están los adelantos y extensión de la agricultura, los escombros de pueblos escalonados desde las cumbres a los valles, los monumentos de vetustez incalculable, los artefactos descubiertos a gran profundidad bajo las capas de guano y todos los demás restos de antiquísima cultura, la que evidentemente presupone habitantes mucho más antiguos. Por otra parte, así como en la corteza terrestre la sucesión de capas estratificadas está manifestando la de largos períodos geológicos, de la misma manera en el territorio peruano la aparición de diversas poblaciones separadas entre sí por largos intervalos de siglos se manifiesta por una serie de culturas heterogéneas que, sobreponiéndose unas a otras, dejaron huellas indelebles en ruinas, tradiciones e idiomas. Largo debió ser también el transcurso indispensable para que tuviese lugar la fusión realizada entre pueblos muy hostiles, para que pudieran multiplicarse habiendo de sostener al mismo tiempo una lucha azarosa con una naturaleza de no domada y titánica energía, y para que olvidados enteramente de la patria de sus mayores se creyeran autóctonos, buscando unos sus progenitores entre las aves o las fieras, y creyéndose otros hijos de las fuentes, los ríos, las lagunas, las cuevas o los cerros. Los obstáculos, al parecer insuperables para que allá en remotos siglos pudiera poblarse el Perú, tienen mucho de imaginarios: su inmemorial aptitud para que en sus diversas regiones pudiera tener asiento estable la vida se demuestra ya por los enormes depósitos de guano, el cual nunca habría podido acumularse ni conservar sus propiedades fertilizantes sin las actuales condiciones del suelo y de la atmósfera, ya por los árboles colosales de la montaña, cuyas capas verticales son anales incontestables de una vegetación muchas veces milenaria. Las largas y difíciles comunicaciones habrían relegado al Perú al extremo del mundo habitado si conforme a la creencia más admitida hubiera necesitado recibir toda su población de la región más apartada al través del continente americano; pero los viajes marítimos, que en todo tiempo han sido frecuentes en el Pacífico y probablemente en alguna época lo fueron también en el Atlántico, acortaron extraordinariamente las distancias y facilitaron la llegada de numerosos inmigrantes, unos procedentes de las islas de la Polinesia, otros establecidos antes en alguna región de América más o menos próxima al territorio peruano.

1_lorente 1.p65 321 29/11/2006, 12:15 p.m.

Sus primeros padres.- En nuestro ilustrado siglo, la filiación de las naciones se ha aclarado mucho con los grandes progresos de la lingüística, la comparación de los cráneos y los descubrimientos geológicos; pero las teorías de Lamark sobre las generaciones espontáneas, las del célebre Darwin sobre la formación de las especies por vía de selección, la del sabio Agassiz que admite muchos centros de creación, y la doctrina de los poligenistas norteamericanos que reconocen tantos orígenes como tipos, han venido a confundir todas las ideas acerca del principio del género humano. Se considera por los pretendidos representantes de la ciencia contemporánea como una simple preocupación tradicional la creencia común a judíos, cristianos y mahometanos, que mira a todos los hombres como descendientes de Adán y Eva. Prescindiendo del respecto que se merece la tradición consignada en el Génesis, en armonía con las más puras fuentes de la historia, la unidad de la especie humana está sostenida por los sabios más eminentes, entre ellos Linneo, Buffon, Cuvier, Muller, Flourens y Quatrefages; toda la historia natural viene en apoyo de una verdad, que ilumina y vivifica la civilización entera; la unión fecunda entre los diversos tipos de la familia humana, y las perfectas analogías que ofrecen las modificaciones de nuestra especie con las más profundas experimentadas por las especies animales y vegetales, confirman la tradición de un origen único, probado igualmente por la comunidad de ideas, sentimientos, recuerdos, usos y lenguaje. Como ha dicho Fleury, «la ciencia es una demostración firme de lo que se ha aprendido por la fe».

Las razones alegadas para combatir la creencia común sólo pueden deslumbrar al pensador irreflexivo o que presta el engañoso resplandor de la pasión a hechos mal observados y peor interpretados. Ante todo, para hacer a los peruanos junto con otros habitantes de América mucho más antiguos y por lo mismo de otro origen que los descendientes de Adán y Eva, pueden recordarse los restos humanos encontrados en el territorio de Tarapacá bajo las capas de caliche, cuya formación exige centenares de siglos, en el Brasil bajo terrenos anteriores, en el viejo continente a la presencia del hombre, y en el delta del Misisipi a una profundidad, que según Rougemont, citado por Gaffarel en su estudio sobre las relaciones de la América con el antiguo continente antes de Colón, revela una antigüedad de 50 mil años. Nada cuesta a la paleontología acumular centenas de siglos, dando a sus observaciones la elasticidad con que los chinos, caldeos, egipcios y bracmanes proceden en sus fabulosos anales, o partiendo de cálculos semejantes a los de Agassiz, quien supone haber trascurrido 135 mil años para la formación de la mitad meridional de la Florida. La asombrosa antigüedad de América nada tiene que ver con la aparición de sus primeros habitantes, y esos períodos

1_lorente 1.p65 322 29/11/2006, 12:15 p.m.

milenarios que atribuyen al desarrollo de la población, estando vacíos de acontecimientos humanos, se desvanecen a la simple consideración indicada por Cuvier de que la presencia de un fósil bajo tal o cual capa terrestre de ninguna manera prueba que el viviente haya preexistido a la formación de aquel terreno. Nada más natural en las violentas revoluciones del globo, ni más fácil de concebir, que, como sucede en las revoluciones políticas, lo que estuvo encima venga a colocarse debajo, y los venidos últimamente ocupen el lugar de los más antiguos.

De solución mucho más sencilla son las dificultades fundadas: 1º en la diversidad de colores; 2º en la desigualdad de los ángulos faciales; 3º en las difíciles comunicaciones entre el viejo y nuevo mundo; 4º en la mortífera influencia de las aclimataciones violentas; 5º en la índole especial de las lenguas americanas; 6º en el carácter singular de la cultura, la flora y la fauna de estos países; 7º en la falta de las tradiciones bíblicas y 8º en la carencia absoluta así de herramientas como de los animales domésticos que de tiempo inmemorial poseyeron las naciones asiáticas, europeas y africanas. Pocas palabras bastan para reducir a polvo esos argumentos que parten de bases falsas o son ilógicos en sus conclusiones: 1º nada más sujeto a variar por la acción del clima, ni nada se presenta en efecto más variado que el color de los americanos; 2º el ángulo facial, como las demás formas corporales, se desarrolla con sorprendente desigualdad según es desigual el desarrollo de los órganos, y es evidente que el de los contenidos en el cráneo ha de modificarse conforme sea la cultura de las facultades mentales; 3º en todo tiempo fue expedita la comunicación de América con Asia por el estrecho de Bering que los hielos convierten en istmo, y con Europa por las islas septentrionales; otras vías sea por tierra, sea por agua, no ofrecieron dificultad en épocas remotísimas, ya porque entonces facilitaban las comunicaciones tierras sepultadas después en el océano, de lo que hay todavía inequívocos indicios, ya porque se emprendieron largas navegaciones, unas veces facilitadas por los vientos y las corrientes marinas, otras acabadas con el espíritu audaz y emprendedor que caracteriza a los pueblos marítimos; 4º si la aclimatación enerva y aniquila cuando se quiere forzar la naturaleza con transiciones violentas, en nada compromete el vigor, ni la vida, cuando los inmigrantes marchan paso a paso de uno a otro clima adquiriendo en cada residencia más o menos prolongada, según exijan las condiciones climatológicas, mayor aptitud para doblegarse a la acción de nuevos medios; 5º los caracteres más notables de las lenguas americanas ni se hallan en todas, ni faltan enteramente en las de otras regiones; 6º la diversidad de culturas, floras y faunas no puede traer para los hombres de América la necesidad de una creación especial, como no la trae para otros países del viejo mundo que con luces, plantas y animales

1_lorente 1.p65 323 29/11/2006, 12:15 p.m.

diversos incluyen razas humanas cuyo origen común está puesto fuera de duda; ese hecho se explica fácilmente por la índole cosmopolita del hombre, que no comparte con el resto de las criaturas vivientes; 7º es falso que la cultura de los americanos difiera enteramente de las demás naciones y que hayan olvidado de todo punto las tradiciones religiosas; 8º si antes de Colón no supieron forjar útiles de hierro y no aprovecharon los servicios del caballo, ni de otras bestias auxiliares del hombre en el antiguo mundo, a primera vista se concibe que pudieron partir de la cuna del linaje humano, antes de que éste hubiera realizado tan preciosas adquisiciones, o que las perdieron en su prolongada, penosa y azarosa travesía al través de anchos mares o de tierras inhospitalarias.

Aun cuando todavía quedara alguna duda para ligar a todos los americanos al tronco del género humano, sería incuestionable que los peruanos son una de sus ramas: conservaron, con más o menos alteración, las tradiciones sobre la creación del hombre, el diluvio, el espíritu del mal y la vida futura; el sistema decimal de numeración que, fuera de las tribus embrutecidas por la vida selvática, se conserva en su admirable y sabia simplicidad, y que les es común con los pueblos más avanzados, revela claramente su comunidad de origen; ésta se evidencia igualmente por otras analogías de cultura tan numerosas como extendidas, las que serían inconcebibles faltando la identidad de fondo entre los pueblos de ambos mundos; si —como se ha dicho por Robertson y otros grandes historiadores— nada tiene de extraño que las sociedades humanas en igualdad de condiciones se parezcan mucho en su modo de pensar y vivir, esa semejanza de pensamientos y usos sería imposible si por su primer origen ofrecieran diferencias radicales, las que resaltarían tanto más, cuanto más semejantes fueran sus posiciones; cantidades desiguales nunca pueden igualarse añadiéndoles o quitándoles los mismos valores. Prescindiendo de otras pruebas, la multitud de voces peruanas, que en el sonido o en la significación y a veces bajo entrambos aspectos se identifican con las voces de las lenguas más antiguas, junto con cierta comunidad de leyes gramaticales, demuestra la común naturaleza de las naciones que las hablan; si la etimología, de la que tanto se ha abusado, es de poco valor para deducir la presunta filiación directa entre dos pueblos, vale mucho cuando sólo se aduce para demostrar el origen común. En la suposición de los poligenistas, especialmente de aquellos que dan al hombre por padre un mono perfeccionado, ¿cómo partiendo de gritos inarticulados, sin relación alguna entre las diversas razas, llegarían éstas a articular las mismas palabras, a darles idéntico sentido y a construirlas de igual manera? Semejante suposición equivale a sacar la identidad de la diferencia, el orden del caos, la luz de las tinieblas y la inteligencia de la materia bruta. Es verdad que tan absurdas doctrinas

1_lorente 1.p65 324 29/11/2006, 12:15 p.m.

no son de extrañar en sistemas que forzosamente nos conducen del positivismo al materialismo, a la negación del alma y de Dios, de la libertad y del orden moral, y que no retrocediendo ante ninguna contradicción hacen remontar el origen del género humano hasta el átomo desorganizado, que por las fatalidades del acaso se convirtió un día en molécula viviente para transformarse después de la más simple planta en el mono de formas humanas. Tales hipótesis, que el amor de la novedad o aspiraciones más vituperables hacen aplaudir un día, no pueden resistir al examen imparcial y reflexivo. El origen adánico de los peruanos, en vez de relegarse entre las viejas supersticiones, recibirá cada día de la ciencia comprobaciones más espléndidas.

Su parentesco con diversas naciones.- Si los rasgos físicos, las facultades morales, las creencias religiosas, el sistema de numeración y gobierno, las costumbres y los idiomas nos revelan la fraternidad de los indios con el resto de los hombres, explicándose las diferencias físicas y morales por la diferencia de los medios a que estuvieron sueltos durante una larga serie de siglos; si todo nos mueve a buscar la cuna de los primitivos peruanos en la cuna misma de los primeros hombres, nada es más oscuro que su próximo parentesco con determinadas naciones; nada más difícil de averiguar que la ruta o los rumbos seguidos por ellos para trasladarse del Asia central al territorio peruano atravesando continentes, islas y mares; estos orígenes, que no pueden ser aclarados por la falta de letras y de tradiciones locales, por la incomunicación prolongada de la América con el mundo civilizado, y por el vacío que ofrecen los anales del Asia oriental, han de ocultarse necesariamente en el doble misterio que envuelve las primeras edades de los americanos como pueblos antiquísimos y como pueblos aislados. Con razón califica el padre Acosta de arrojado y temerario al que pretendiera determinar la procedencia de los indios; pero la poderosa atracción que ejerce sobre la inteligencia todo lo desconocido, el interés, que inspira el principio de cuanto llega a ser grande, el deseo de hallar luces en las más altas fuente de la historia, y otros poderosos móviles multiplicaron desde el siglo XVI las investigaciones, hipótesis y conjeturas para resolver un problema que irrita más y más la curiosidad, según que se presenta más irresoluble. Las engañosas analogías, que nunca pueden faltar entre las diversas ramas de la gran familia humana, sobre todo si se hallan sometidas a influencias semejantes, dan apariencias de verdad a las más diversas opiniones sobre el origen de los peruanos; las suposiciones más aventuradas han de parecer verosímiles si la filiación se busca en otros pueblos primitivos, los que estando más próximos al tronco común y no habiendo sufrido modificaciones muy considerables, necesariamente han de presentar

1_lorente 1.p65 325 29/11/2006, 12:15 p.m.

una suma mayor de semejanzas, y menos diferencias en la organización física, disposiciones morales, ideas, lenguaje y costumbres.

Los que gustan vagar por el ilimitado campo de las conjeturas acogerán con singular favor la vieja hipótesis que da a los pretendidos habitantes de la Atlántida por padres de los americanos, bereberes, egipcios y vascos o antiguos íberos. Ese continente, que un día hubo de acercar el nuevo al antiguo y del que pueden ser restos las Antillas y muchos escollos hoy esparcidos por el Atlántico, se supone haber sido el centro de la raza roja, la primogénita de Adán (formado de tierra roja), la primera en influencia y cultura, la que extendió su dominación del estrecho de Magallanes al de Bering, poblando al mismo tiempo el África septentrional y el sudoeste de Europa hasta la Etruria. Tomando el vuelo audaz de Platón y embarcándose ya con poetas, ya con historiadores visionarios en el mar de las suposiciones, nada más sencillo que la identificación de los atlantes y peruanos. Mas quien no da las simples presunciones por cosa averiguada, buscará origen menos incierto a los primeros pobladores del Perú. Pudiera buscarse entre los egipcios, sin suponer que éstos reconocían por padres a los hijos de la mitológica Atlántida: la comparación entre las antigüedades de los incas, que ha publicado Castelnau, con las de Egipto, hace pensar en una misma raza; idénticos son los tipos de los personajes, idénticos los caballitos de totora hasta ahora empleados en la costa peruana del Norte, idénticas las balsas con que hasta hoy se navega en el lago Titicaca; hay también cierto aire egipcio en las ruinas de Huánuco el viejo y en otras muchas esparcidas por toda la sierra, en las ideas acerca de la vida futura, en las momias y en gran número de instituciones.

Como los hebreos adquirieron el carácter nacional en el Bajo Egipto, puede verse sin extrañeza que también ellos presentan muchos usos comunes con los antiguos peruanos, y esta semejanza ha bastado para que desde el siglo XVI se haya pretendido que originariamente fueron un solo y mismo pueblo. Desde entonces se dijo que Ophir, nombre de un nieto de Heber de quien descienden los israelitas, era sinónimo de Perú, no obstante la diferencia de sonidos, fácil de explicar por las leyes de la etimología; en el siglo siguiente, Montesinos consagró muchos capítulos de sus *Memorias históricas* a probar esa pretendida sinonimia, y en nuestros días Onfroy de Thoron ha consagrado un opúsculo al mismo tema, añadiendo que en la montaña hay muchos nombres de origen hebreo, así como en la Biblia se encuentran otros originarios de la montaña. Los defensores de esa opinión sostienen que las naves de Salomón e Hiram venían a tomar el oro en nuestra rica región oriental; otros hebraístas se limitan a sostener que Ophir es el abuelo de nuestros indígenas o que el Perú fue poblado por las diez tribus de Israel que los reyes de Nínive llevaron al cautiverio. En apoyo de ideas tan singulares suelen alegarse

1_lorente 1.p65 326 29/11/2006, 12:15 p.m.

falaces analogías y violentadas etimologías; otra prueba que, si bien está lejos de demostrar el pretendido origen, revela claramente cierta comunidad de idiomas es la observación de una misma ley gramatical; por ejemplo, la posesión de la primera persona se expresa en hebreo y en quechua añadiendo una *y* al nombre de la cosa poseída: el judío dice *Adonai* (mi señor), y el peruano *Yaytay* (mi padre); identidad que sería inexplicable si no recordásemos que, antes de la confusión de Babel, el género humano hablaba un solo idioma, del que deben haber quedado restos en los idiomas más heterogéneos.

Habiendo sido habitada la tierra de Canaán por hebreos y fenicios, quienes tuvieron entre sí todo género de relaciones, estos últimos, que tanto se distinguieron por sus atrevidas empresas marítimas y por sus lejanas colonias, no pueden menos de ser contados por algunos investigadores de orígenes entre los progenitores de los indios. A las analogías, que les son comunes con los hebreos, hay que añadir razones de mucho mayor peso: Cabrera en Guatemala, el venezolano Rojas y muchos que se han ocupado del Brasil, dan por seguro el descubrimiento de inscripciones fenicias, así en Yucatán como en el imperio vecino, las cuales declaran expresamente la venida de cananeos a entrambas regiones; muchos monumentos, entre ellos los célebres de Tiahuanaco, parecen corroborar ese testimonio y, prescindiendo de otras semejanzas de menor valor, es sorprendente la que hay entre los guanchos, antiguos habitantes de Canarias, y los aimaras del Collao, tanto en la forma de los cráneos, como en la manera de conservar los cadáveres.

Los vascos bien se consideren emparentados con los atlantes, bien en estrechas relaciones con las colonias fenicias, audaces navegantes fuera de toda suposición, pueden haber tenido en la remota antigüedad íntimo trato y vínculos de familia con los pobladores de América. La simple posibilidad se convierte en verosimilitud cuando, a más de ciertos rasgos comunes así en el orden físico como en el orden moral, se descubren notables semejanzas entre el escalduna y las lenguas americanas; esas semejanzas, sobre las que Guillermo Humboldt llamó la atención, pueden ser reconocidas sin necesidad de profundos conocimientos filológicos, porque resaltan ya en el sonido y significación de las voces, ya en la estructura gramatical, y han movido a varios filólogos contemporáneos a considerar unos y otros idiomas como pertenecientes a la misma familia; a nuestro parecer, más bien que una estrecha filiación directa, el mayor número de analogías está revelando la gran antigüedad y, por consiguiente, la mayor aproximación al tronco común lingüístico.

Se ha pretendido también hallar el origen de los indios en romanos, griegos, germanos, escandinavos y en otras naciones europeas. En verdad no es dudoso que, desde el siglo X tuvieron los noruegos florecientes

1_lorente 1.p65 327 29/11/2006, 12:15 p.m.

colonias al norte de los Estados Unidos, y es fácil hallar voces y usos parecidos entre los antiguos habitantes de Europa y de América; mas respecto del Perú es poco verosímil que llegara hasta él la inmigración europea, cuyas huellas se pierden mucho antes del golfo de México, y cuyo parecido se concibe sin dificultad recordando que ambos países recibieron razas arias emparentadas con las del Indostán. Bajo este concepto se ha observado con razón que si Colón cometió un error geográfico llamando a los americanos indios, como si habitasen en las conocidas indias orientales, estaba más cerca de la verdad de lo que a primera vista parece. En efecto, los indios de América y de Asia presentan muchos vínculos de fraternidad; por su aspecto se les tendría por hijos de una misma familia, y en el fondo moral hay sorprendentes analogías; limitándonos a los indios del Perú, su espíritu es decididamente oriental, sus viudas se sepultaban con los esposos como las del Indostán, algunos creían en la trasmigración de las almas, tenían otras creencias comunes, había mucho de parecido en la organización social dominante; lo que es más significativo, según han observado Fidel López y otros filólogos, las principales lenguas del Perú son muy afines con el sánscrito: omitiendo otros ejemplos sorprendentes de voz *Chunchos,* que en el código de Manu significaba una raza maldita condenada a vagar en los bosques, se aplicaba bajo los incas, entre otros salvajes, a los que habitaban en las montañas del Cuzco. Por lo demás, sabido es que del Indostán, a menudo turbado por guerras ya políticas, ya religiosas, salieron numerosas emigraciones, cuya presencia se descubre en las más apartadas islas de la Oceanía.

Otra raza asiática ha dado sin duda muchos pobladores a la América: los tártaros, que de antiguo se hallaban establecidos en el Asia septentrional, en la China y en el Japón, pasaban fácilmente al Nuevo Mundo, ya por el estrecho de Bering y por las islas vecinas, ya a favor del viento y de las corrientes hasta la península de California; de esta inmigración dan incontestable testimonio los monumentos de esa península, los anales de México y los de la China; por los últimos se sabe que en el siglo v existían relaciones comerciales entre los dos países. Si bien la llegada de chinos al Perú era en aquellos tiempos mucho más difícil y debió ser mucho más rara, probablemente después de establecerse en regiones más septentrionales, abundan las razones para admitirla dentro de ciertos límites: no son por cierto, según se dice vulgarmente, ni el uso del idioma chino por los indios de Etén y por una tribu del Huallaga, suposición que los hechos desmienten, ni la lectura de ciertos jeroglíficos peruanos por los hijos del celeste imperio, lo que está lejos de haberse probado alejando todo temor de superchería; pero dicen mucho a favor de inmigraciones congéneres a los chinos indios, que no se prestan a ficciones, ni exigen interpretaciones violentas: la fisonomía y cuerpo de

1_lorente 1.p65 328 29/11/2006, 12:15 p.m.

algunos indígenas tienen tal parecido con los de aquellos asiáticos, que más de una vez han sido tomados unos por otros; la civilización de los incas hijos del Sol parece calcada sobre la de los hijos del cielo; el mismo nombre de inca, los de Manco, Sinchi, Inti, quipo y otros que se refieren a usos oficiales, nos llevan a las lenguas mogolas por el sonido y por las cosas significadas.

Cualquiera opinión que se acepte sobre la filiación asiática de los peruanos haciéndoles venir del Indostán o de la China, descendientes de hindúes o mogoles, no podrá dejar de reconocer que muchos procedían directamente de la Oceanía: la larga navegación, que antes se tenía como un obstáculo insuperable, ha dejado de mirarse como una dificultad seria desde que se sabe que los isleños del mar del sur han dispuesto de buques aptos para cualquier travesía, que desde la isla Haití navegaban hasta la Nueva Zelanda, y que se emprendían guerras marítimas de archipiélago contra archipiélago, trasportándose en sus flotas tribus enteras, sea por escapar de enemigos superiores, sea para conquistar otras naciones. Las expediciones no eran impulsadas siempre por móviles políticos, pues a veces les daba origen el amor a las aventuras marítimas y el espíritu mercantil. De que tuvieron relaciones con el Perú son clara prueba la memoria que conservaban los habitantes de Arica, Acarí, Ica y otros costeños, de largos viajes a las islas del Pacífico, la analogía entre algunos monumentos peruanos con los de la remota isla de Pascua, afinidades manifiestas en los idiomas, la semejanza de tipos, y la comunidad de algunos usos.

Fácil nos sería multiplicar las observaciones y conjeturas acerca del origen de los indios desde que este problema ha ocupado, fuera de otros muchos que lo trataron de paso, a los Acosta, Torquemada, Solórzano, Jiménez, Grocio, Laet, Horn, Gaffarel, etc., y que desde principios del siglo XVII fue tratado por el padre Gregorio García con tanto caudal de erudición como de ingenio; muchas apreciaciones que hoy se dan por nuevas fueron expuestas hábilmente por el dicho dominico. Por tanto, sin detenernos más en un campo trillado y sin pretender haber resuelto lo que tal vez es irresoluble, podemos llegar a las siguientes conclusiones acerca de los antiguos peruanos. El Perú no fue poblado de una sola vez y por una sola nación. En diversos tiempos recibió pobladores originarios del antiguo continente, sea por la parte oriental, sea del lado del Pacífico. El mayor número de los colonizadores hubo de venir por tierra; los que llegaron por mar, o habían estado antes en otra región de América, o procedían de la Polinesia; pocos llegarían directamente del Asia.

Pluralidad de razas.- No sólo el vulgo inclinado a juzgar por las primeras apariencias, sino sabios tan eminentes como Robertson, Herder,

1_lorente 1.p65 329 29/11/2006, 12:15 p.m.

Blumenbach y Humboldt han creído que todos los americanos pertenecían a una sola raza. Cuando se oponen sus rasgos a los que ofrecen los habitantes de la Europa occidental, es natural que el observador vivamente impresionado por el contraste no vea en ellos sino el carácter común, que les distingue del europeo, y en ese carácter le llamen preferentemente la atención las analogías debidas a las influencias generales del nuevo continente, tanto más notables cuanto que la incomunicación pocas veces interrumpida con el viejo mundo les permitía ostentarse con toda su fuerza y sin mezcla de modificaciones extrañas; es el juicio que de ordinario formamos de todo grupo natural al compararlo por primera vez con otro grupo diverso cuya vista nos es familiar: desde luego no descubrimos en él sino objetos semejantes, y con dificultad apercibimos o apreciamos debidamente aquellas diferencias que no escapan al observador ejercitado y reflexivo. Por lo mismo, la diversidad de razas americanas desconocida por observadores vulgares o vivamente impresionados por la comparación con los europeos es manifiesta desde que se observa detenidamente sin prevención de ningún género; no es fácil que en esa situación se confunda al esquimal con el patagón, al iroqués con el guaraní, ni al quechua con el californiano. Fijándonos sólo en los primitivos peruanos, la pluralidad de razas atestiguada por la multitud de inmigraciones se comprueba por las más fuertes razones; en todas las regiones del Perú se recordaba la llegada de hombres barbados, mientras la mayoría de los habitantes era de escasa barba; en algunas se hablaba de gigantes y en otras de pigmeos, lo que dando a la exageración y a la fábula la parte correspondiente deja todavía diferencias de talla incompatibles con la unidad de la raza; aparecieron personajes extraordinarios cuya procedencia era un misterio y que traían ideas enteramente nuevas; se repitieron las invasiones y los cambios radicales, sobreponiéndose unas colonias a otras colonias, unas costumbres a otras costumbres, unas lenguas a otras lenguas. Es cierto que éstas no prueban siempre la diversidad de razas por su diversidad, ni una raza idéntica por su unidad, puesto que un mismo pueblo puede cambiar de idioma con el transcurso de los siglos y un mismo idioma ser hablado por diferentes razas, pero esos fenómenos lingüísticos reconocen siempre por causa grandes revoluciones políticas, la absorción de unos pueblos por otros y la expansión del más poderoso o la disolución nacional; nunca pueden realizarse no habiendo ocurrido violentas perturbaciones, que en las mismas lenguas se dejan reconocer. Por lo tanto, en el antiguo Perú la coexistencia de muchas lenguas indicaba claramente la pluralidad de las razas; fuera de las muchas que las conquistas hicieron desaparecer hallamos todavía entre los indios civilizados la quechua, que no sin razón ha sido llamada lengua general, la aimara bastante extendida en el Collao y serranías inmedia-

1_lorente 1.p65 330 29/11/2006, 12:15 p.m.

tas, la puquina, menos empleada en la misma región, la cauquí relegada en Yauyos al pueblo de Tupí y la mochica, que sólo se habla en el de Etén. Entre los salvajes han contado unos 150 dialectos, y más de 40 idiomas diversos los jesuitas Velasco en su *Historia de Quito* y Hervas en su *Catálogo de las lenguas conocidas* refiriéndose sólo a las habladas en las misiones del Marañón y sus dependencias.

Sin necesidad de estudios lingüísticos ni de sospechosas tradiciones, los rasgos exteriores revelan la diversidad de razas en los antiguos peruanos; fuera del color y la talla, cuyo valor es secundario y no siempre fácil de precisar, reinaba la mayor diversidad en las cabezas, que es de primera importancia en la etnografía. En verdad, la costumbre de los collas y de otras varias tribus, las que a fin de conseguir la forma tenida por más bella o por más honrosa comprimían con tablillas las cabezas de sus tiernos vástagos, pudo producir y perpetuar diversas trasformaciones, alargando los cráneos de la parte frontal hacia atrás, de uno a otro lado, o haciendo coronillas puntiagudas; pero independientemente de esa diversidad artificial hubo otra que manifiesta indudablemente la antigua diferencia de razas, por haberse anunciado desde el seno materno, subsistir con independencia de la bárbara costumbre y ser más general y profunda. Tales son las variadas formas de fisonomías redondeadas u ovales, de frentes salientes o que huyen, de ángulos faciales que varían de 68 a 69 grados.

Una vez admitida la pluralidad de razas peruanas, se ha pretendido reducir a un cierto número las de los indios civilizados, únicos, que se prestaban a observaciones generales. Orbigni ha admitido las razas de los quechuas, aimaras, atacamas y changos fijándose no tanto en los rasgos físicos, cuanto en los usos e idiomas; Tschudi y Rivero, en sus *Antigüedades,* distinguen tres razas: la chincha, la aimara y la huanca caracterizadas, principalmente la primera, por su cráneo piramidal y ángulo facial de 79º, la segunda por el cráneo redondo y el ángulo facial de 69º y la tercera por el cráneo oval y el ángulo facial de 68º. Cualquiera que haya examinado cráneos recogidos en toda la extensión de la costa y de la sierra, y no en regiones muy reducidas, se convencerá pronto de que las dos clasificaciones citadas no descansan sobre bases sólidas: la variedad de cráneos no se encierra en tan estrechos límites; por ahora el punto de vista más interesante bajo el que pueden considerarse es el propuesto por Raimondi, que está reducido a levantar una línea vertical desde el agujero externo de la oreja con la que se fija fácilmente la proporción entre la parte frontal y la occipital; procediendo así, se descubre la relación que existe entre los órganos puestos al servicio de la inteligencia y los destinados a la vida animal, y ese estudio cranoscópico indica que en el antiguo Perú hubo razas muy inteligentes y otras muy embrutecidas.

1_lorente 1.p65 331 29/11/2006, 12:15 p.m.

Carácter de los indios.- Por mucho tiempo han predominado las opiniones más desfavorables al carácter de los indígenas: hubo una época en que se dudó si eran hombres; aun después de que se desvaneció esa duda tan impía como absurda, se disputaba sobre si serían capaces de sacramentos. Puestos ya en posesión de todos los goces de cristianos, un virrey —y era de los mejor intencionados— decía que su capacidad no se mide por preceptos de razón, y no sólo los interesados en calumniarlos para justificar su inicua explotación, sino personas que abogaban por ellos, los han presentado como estúpidos animales. Son vulgares y alguna vez se dejan oír desde alturas a donde sólo debía llegar la voz de la verdad y de la justicia, las declamaciones ya frías, ya vehementes contra su rudeza, ingratitud, pereza, indolencia, incapacidad y otros defectos más graves que se suponen ingénitos e incurables. Es la vieja calumnia de las razas opresoras contra las razas oprimidas; junto con la libertad se les arrebata parte de las facultades morales pues, según la observación de Homero, Júpiter quita la mitad de la inteligencia a los esclavos; se les niega la educación y en vista de la inhabilidad, que es la consecuencia forzosa, se les declara condenados por la naturaleza a perpetua servidumbre; corrompiéndolos y degradándolos se les hace responsables de la corrupción y del envilecimiento, que son el crimen de sus inhumanos tutores. Con la opresión secular llega a deteriorarse el cuerpo junto con las dotes del espíritu: la fisonomía de ciertos indígenas ofrece el aire de las razas decrépitas, hay ausencia total de lozanía, falta la frescura que anima las razas llenas de juventud y de porvenir. Tal es la obra impía y destructora, no del tiempo, que gastará un día las razas como gastará la tierra, sino de hombres, cuya imprevisión no se hace escrúpulos en convertir a otros hombres en simples instrumentos de su prosperidad y de sus locuras.

Afortunadamente, la servidumbre inmemorial no ha llegado a degradar de una manera general y permanente el carácter del indio, convirtiéndolo en un ser estúpido sin aspiraciones, indiferente a todo, sólo capaz de ser llevado por el mal, como han repetido sus opresores. Aun cuando la degradación se hubiera consumado, ahí está la historia, que desmentiría su pretendida ineptitud con los hechos que atestiguan su cultura; pero no es necesario evocar el pasado para poner fuera de duda los bellos rasgos que le caracterizan: aparece de un valor sereno en el campo de batalla; brilla en la enseñanza superior, en la prensa, en la tribuna y en los libros; ha dado a la Iglesia santos y a la patria héroes; su dulzura rara vez se ha desmentido, siendo en sus razas más raros los atentados, que en las razas de mejores costumbres; su docilidad, que la ambición ajena ha explotado, puede arraigar el orden social más perfecto; cuando se le acusa de insensible, derrama raudales de ternura en sus

1_lorente 1.p65 332 29/11/2006, 12:15 p.m.

cantares, y con frecuencia el dolor comprimido causa en su corazón estragos irreparables; no son raras las muestras que da de abnegación sublime; su pereza, que es consiguiente al trabajo mal retribuido, se convierte en laboriosidad, desde que está seguro de alcanzar la recompensa merecida; es reservado, porque tiene justos motivos para no expresar lo que siente, y si no se distingue por el respeto a la verdad, de ese achaque adolecen cuantos han crecido en la servidumbre, cuna de la doblez y de la mentira. No hay, pues, en los vicios que se atribuyen a los indígenas, nada que no sea obra del artificio y de la violencia, y por lo tanto todos han de desaparecer y están desapareciendo con una cultura más liberal, inteligente y moralizadora; lo que los indios ofrecen de espontáneo y duradero, son las dotes del corazón y de la cabeza, que permiten a los individuos bien educados aspirar a los más brillantes destinos; y esas prendas del espíritu son muy naturales en razas mixtas, en las que la combinación de los elementos arios, semíticos y de otras razas superiores ha podido desarrollarse en un medio tan favorable a la constitución del hombre como lo es el territorio peruano.

1_lorente 1.p65 333 29/11/2006, 12:15 p.m.

Capítulo II
Primeras divisiones del Perú

Diseminación de los antiguos peruanos.- La pluralidad de las razas, la diversidad de inmigraciones y la poca cohesión que caracteriza a las sociedades nacientes hicieron que los primeros peruanos, en vez de formar grandes estados, se separasen en pequeñas tribus y a veces en familias aisladas. La diseminación fue favorecida por la naturaleza del territorio: los valles están separados en la costa por largos desiertos; el terreno, sumamente accidentado, aísla igualmente los lugares más habitables de la sierra; y, a causa de las espesas selvas, grupos humanos muy próximos se aíslan en la soledad como si estuvieran separados en la costa por la inmensidad del océano. Una vez divididos los peruanos por el origen y por la habitación, cada día se pronunció más y más el antagonismo entre las diversas tribus por los contrastes consiguientes en carácter, usos, ideas, intereses y aspiraciones; habitualmente no se acercaron unos a otros sino para destruirse en guerras sin piedad y sin esperanzas de paz; si la indolencia, el temor o los obstáculos naturales prolongaban por algún tiempo la suspensión de las hostilidades, las ocupaciones pacíficas como que no tendían por lo común a estrechar los vínculos sociales, sino que dispersaban ya a las familias, ya a los individuos por campos y por aguas navegables, sostenían la separación primitiva solamente favorable al desarrollo de rudos instintos y de tendencias solitarias. Sin embargo, la dulce sociabilidad de que nunca puede el hombre despojarse, la atracción más viva entre los miembros de una misma familia, la multiplicación de los pobladores sobremanera fácil en sitios donde sobreabundaban las subsistencias, estrechas relaciones de localidad y otras afinidades enérgicas hubieron de engrandecer las más de las asociaciones primitivas, hacerlas más compactas y aproximarlas entre sí con mayor o menor rapidez, a medida que las fuerzas atractivas fueron venciendo la resistencia opuesta por las causas disociadoras. Todo el porvenir de la civilización peruana estaba pendiente de la difícil y

1_lorente 1.p65 335 29/11/2006, 12:15 p.m.

lenta victoria: ni la humanidad en general, ni ninguno de sus grupos pueden realizar grandes y continuados progresos sino mediante la reunión de esfuerzos y la solidaridad de pensamientos que iluminan la inteligencia, ensanchan las aspiraciones y fecundan la actividad humana; la unión de las almas es tan necesaria a la vida moral como lo es para la vida del cuerpo la acción armónica de todos sus órganos. El transcurso del tiempo no podía menos de acercar unas a otras las diversas tribus de la costa, donde la separación reconocía causas menos poderosas. La unión debía ser más lenta en la sierra, que la naturaleza tiene dividida con vallas más difíciles de superar, pero de ninguna manera insuperables. La diseminación había de prolongarse por un tiempo indefinido en la montaña, por la influencia predominante del medio aislado y por el carácter antisocial de los salvajes. Si éstos, en vez de tender a la unión, propendían casi irresistiblemente a fraccionarse más y más, con mayor fuerza se alejaban de las tribus de la sierra, cuyo clima les era insoportable y en donde habrían necesitado de esfuerzos incompatibles con su arraigada pereza para adquirir los recursos que Dios ha derramado con mano pródiga en la selva virgen. Esa abundancia de subsistencias no podría tentar a los serranos para cambiar por sitios mortíferos, nebulosos, rebosando molestias y peligros de todo género sus alturas saludables de cielo esplendente y de suelo descubierto, donde el hombre no es atormentado, ni amenazado a cada instante por fieras, reptiles ponzoñosos, mosquitos y hormigas. Tampoco eran muy inclinados los hijos de la sierra a descender a los llanos de la costa, en que la mayor presión atmosférica oprimía por de pronto sus pechos como una inmensa columna de plomo y en que estaban expuestos por la variación de clima y gravísimas enfermedades. Por su parte los costeños rehuían de subir a la sierra, en cuyas alturas el aire enrarecido les causaba un penoso mareo semejante, a veces, a las angustias de la muerte; la reverberación de la nieve mortificaba a sus ojos y podía cegarlos; nunca vistas tempestades les infundían pavor y la existencia aparecía desde luego más atormentada y más difícil. Por lo tanto la separación de los peruanos, ya bastante desarrollada entre los habitantes de una misma región, debía marcarse y prolongarse mucho más entre los que a los principios poblaron la costa, la sierra y las selvas. Las causas de retraimiento habían de ejercer un influjo incalculable, en una época en que la escasa cultura sujetada al hombre, de lleno, a la acción de los agentes naturales; la ignorancia le impedía emplear los mejores medios de resistir al medio físico; la falta de hábitos de resistencia le hacía esclavo del clima, y el poder de la naturaleza había de avasallar su voluntad, a la que faltaba la fe en el ilimitado poder de la inteligencia. En las sociedades adelantadas, en las que el ser racional ha dominado al mundo exterior convirtiendo en auxiliares de

1_lorente 1.p65 336 29/11/2006, 12:15 p.m.

la industria y siervos de la idea a los elementos más refractarios y formidables, difícilmente puede formarse juicio completo del ascendiente de la materia sobre el espíritu en las sociedades primitivas; entonces la sierra imprime con profundo sello sus diferencias locales, sus intersecciones violentas y sus oposiciones, en las diversas razas que la pueblan, y de aquí las grandes divergencias entre montañeses, serranos y costeños, las que sólo pueden atenuarse por el trabajo civilizador de los siglos.

Costeños.- Habitando llanuras sobreabundantes en recursos, no lejos de un mar apacible que rebosa en peces sabrosos, con necesidades escasas en un clima benigno, bajo un cielo sereno y sobre un suelo placentero, los costeños pasaban una vida alegre, entregados a diversiones francas, sin grandes inquietudes, ni rudas labores. La vida sencilla, en parte campestre y en parte marítima, vigorizaba su constitución; criándose sanos, robustos y sin los impedimentos que una existencia artificial y estrecha opone a la multiplicación de las familias, solían tener numerosa prole, que daba incremento rápido a las poblaciones. Como el mayor número hubo de venir por mar, puesto que ni la sierra que es su límite oriental, ni el desierto meridional de Atacama y las selvas del norte podían enviarles numerosas colonias, procedían probablemente de naciones que habían alcanzado cierta cultura, los únicos capaces de emprender largas navegaciones; y como en su nueva patria no tenían que luchar con una naturaleza favorable a la barbarie, los principales habitantes de la costa no descendieron al estado salvaje: como los antiguos egipcios, que vivían en un clima análogo, desde su origen conocieron y amaron las dulzuras de la vida civil. Unos y otros adolecieron de las debilidades inherentes a una vida regalada y muelle; pero siempre estuvieron exentos de la rudeza, ferocidad y miserias propias de tribus dispersas en poco fértiles campos o en selvas de vegetación exuberante.

La naturaleza trazaba con la combinación variada de valles y desiertos los límites que en su primitivo desarrollo separaron a las antiguas tribus de la costa. El fértil valle de Tumbes formaba una sección natural con los isleños de la Puná y los ribereños del golfo de Guayaquil. Piura, que goza igualmente de territorio fertilísimo, extendía su población por el valle que le da el nombre, por el de La Chira y por las diversas quebradas que se pierden en las cabeceras de Ayabaca y Huancabamba. Desde los confines de Sechura hasta Pacasmayo podían extenderse los yungas, poblando entre otros menores valles los de Motupe, Jaranca, Túcume, Lambayeque, Chiclayo, Saña y Jequetepeque. El de Chimú, que sirvió de centro a los habitantes del más extenso de Chicama y del pequeño de Virú, sostenía una población tan numerosa como influyente. El gran valle de Santa no sólo ofreció ancho teatro a la civilización en las cercanías del

1_lorente 1.p65 337 29/11/2006, 12:15 p.m.

mar, sino también en la larga, bellísima, fértil y saludable quebrada que sube a la sierra con el nombre de Callejón de Huaylas; también pudo extender la acción de sus pobladores por la pequeña quebrada de Cao al norte y por las de Nepeña, Casma, Huarmey, Huamanga *(sic)* y Pativilca al sur. Numerosos hubieron de ser los pobladores que de la Barranca a Chancay se establecieron en las llanuras regadas por los ríos de Supe, Huanta y Pasamayo *(sic)*. Más influyente y considerable fue sin duda la población que de los confines de Ancón se extiende a los de Chilca; ya bastante numerosa en el valle de Lima y en la quebrada que baja de Canta, se multiplicó extraordinariamente en el privilegiado y extenso territorio que fertilizan las aguas del Rímac. El valle de Huasco, que ofrece ancho campo a la cultura desde las playas de Cañete hasta Lunahuaná, fue un gran núcleo de población, que naturalmente había de dominar las más reducidas de Asia, Mala y Chilca. Chincha, que toca al valle de Pisco, a pocos valles de la costa hubo de ceder en el número y ascendiente de sus habitantes. De menos influencia, pero bastante poblado, fue el aislado y ancho valle de Ica. Más aislado y menos extenso no careció de pobladores ni de cultura el regado por el río de Nazca, cuyas ramas descienden por las quebradas del mismo nombre, de Palpa y del Ingenio. Separado al norte por un largo desierto, estrecho por sí, y no estando en relaciones al sur sino con los de Caravelí, Atico, el reducido y fértil territorio de Atiquipa, otros menos importantes, el valle de Acarí nunca se hizo notar por la importancia de sus pobladores. Los grandes valles de Ocoña y Camaná tampoco aparecen muy influyentes ni en la historia, ni en las remotas tradiciones. Los de Arequipa, cuyo valor se acrecienta extraordinariamente con el de Tambo, fueron en la antigüedad poco poblados, sea por su primitivo aislamiento, sea porque desoladoras calamidades naturales acabaron más de una vez con sus más antiguos habitantes. Desde la costa de Arequipa hasta el desierto de Atacama el territorio, si ofrece inapreciables elementos de prosperidad a poblaciones adelantadas, desde luego no presenta fuera de otros más pequeños, sino los estrechos valles de Moquegua, Locumba, Tarma, Tacna, Pica, Piragua, Camarones y Loa, en los que durante muchos siglos sólo pudieron subsistir tribus poco numerosas y de expansión muy limitada.

Abierta la costa a todos los invasores, los que una vez llegados a ella se fijaban con lazos tan dulces como poderosos en sus deliciosos oasis, hubo de ser habitada por diversas razas, cuyas diferencias no eran fáciles de borrar enteramente ni por la conquista, que todo lo confunde, ni por las relaciones pacíficas que mezclan unas generaciones con otras. Así es que la dominación absorbente de los incas, quienes no ejercieron en la costa una influencia muy intensa, ni muy duradera, no impidió que a la llegada de los españoles, y aun durante el coloniaje, se marcase la diversidad

1_lorente 1.p65 338 29/11/2006, 12:15 p.m.

de razas entre los costeños por la diversidad de idiomas, distinguiéndose entre otros el *sec*, rudo dialecto de pescadores al sur del desierto de Sechura, el *mochic* o *mochica* hablado en muchos valles del norte, el *guingnan,* que se habló en Trujillo, el *chinchaysuyo* que prevaleció en la parte central y en las serranías vecinas, el *aimara* dominante por el lado de Arequipa, el *puquina* usado en algunos lugares de Moquegua y el *atacama* relegado a la extremidad meridional de Tarapacá. En medio de la oscuridad que oculta los primero orígenes de los peruanos, se observa con cierta sorpresa una semejanza muy significativa en los nombres de varios lugares del norte con los de otros lugares pertenecientes a México, a la América central y el istmo; por ejemplo, Lambayeque y Jequetepeque con Cojuteque. Otusco con Soconusco, Gusmango con Guesattemango, Virú al sur de Trujillo con Virú del Darién, Chicama o Chiama cerca de Chimú con Chicama próximo a Panamá. Esas analogías, cuya importancia no puede escapar al observador común y que trascienden del sonido a la significación, hacen muy verosímil la comunidad lingüística y dan derecho a suponer que dichas regiones recibieron pobladores de una misma raza, o que de las unas pasaron habitantes a las otras. Vista la progenidad de la cultura peruana, no falta quienes hagan emigrar los pobladores del Perú a la América septentrional, aunque la opinión contraria está más admitida. De las tribus costeñas fueron las más expansivas los *chinchas* y los *chimús.* Los *tallanes* del norte no tuvieron importancia conocida.

Serranos.- Los bajíos ardientes y las cimas heladas de la sierra difícilmente podían conservar una población numerosa y dispuesta por su concentración a una cultura superior: la existencia es precaria, o por lo menos la salud corre gravísimos riesgos y la constitución se deteriora cuando el hombre está sometido a temperaturas extremas, vive en lugares infectos o se expone de continuo al furor de las tempestades; además el espíritu se abate siempre que el exceso de la vegetación, o las desmesuradas rocas que estrechan el horizonte, apenas lo dejan contemplar el cielo y lo tienen como encerrado en una cárcel de plantas o de piedras. Muy diferentes eran las impresiones y muy otro hubo de ser el destino de los serranos que habitaban en valles amenos o en dilatadas altiplanicies; los afortunados moradores del valle crecían vigorosos, contentos y dispuestos a las reuniones apacibles en una tierra que no era ingrata al trabajo del cultivador, disfrutando de una temperatura tan suave como vivificante, y de un bellísimo cielo; los habitantes de la puna, que hallaban en la ganadería los recursos pedidos por sus vecinos a la agricultura, creciendo en una vida más aislada, rodeados de una naturaleza más severa y expuestos a mayores sufrimientos y peligros, no debían ser de índole tan dulce, ni tan expansivos. Pero unos y otros se multiplicaban a

1_lorente 1.p65 339 29/11/2006, 12:15 p.m.

beneficio del clima saludable y de las no escasas subsistencias que debían a sus respectivas industrias, cuando las furiosas contiendas por los pastos y por las tierras cultivables no destruían al mismo tiempo las subsistencias y los hombres. Por cuanto las hostilidades eran frecuentes y las conquistas del trabajo son necesariamente muy lentas en las sociedades primitivas, la población y cultura de la sierra hubieron de ser más tardías que en la costa; pero una vez realizados los progresos fundamentales, su adelanto descansaba sobre bases más sólidas y debía desplegar mayor fuerza de expansión, puesto que el clima dispone más al trabajo y permite esfuerzos más sostenidos: igual observación he podido hacer comparando la población grecolatina de la Europa meridional con las razas sajonas de la Europa septentrional.

Las divisiones de los antiguos serranos hubieron de ser sin comparación más numerosas y más indeterminadas que las de los habitantes de la costa, el terreno mucho más extenso ofrece a cada paso elevaciones y quebradas que, mezclándose y confundiéndose a menudo, disponen la población a fraccionarse indefinidamente a la par que facilitan sus confusas marchas; por su parte los moradores ya abandonándose al humor antisocial, ya pendencieros y poco apegados por su género de vida a determinadas residencias, debían turbar, deshacer o dilatar con frecuencia las más antiguas agrupaciones. No es por lo tanto posible señalar en la sierra los centros primitivos de desarrollo, sino en grande y con cierta vaguedad. Indudablemente, el núcleo más considerable de población y cultura fue en los remotos siglos la gran meseta del Titicaca; su elevación a más de 4 500 varas sobre el nivel del mar, altura que fuera de los trópicos es inhabitable por las nieves eternas, lejos de permitirle la lozana vegetación del ameno valle, tiene oprimida la vida, haciendo sentir el rigor de los hielos; mas no por eso deja de ofrecer pastos suficientes para criar innumerables rebaños, ni se niega al cultivo de la papa, la quinua, la oca y otras plantas alimenticias; ofrece además preciosos elementos de subsistencia, ya en los animales que vagan por la puna, ya en las aves acuáticas y en los peces de su grandioso lago comparable a un mar interior; así el clima saludable, los hábitos sencillos de la vida pastoral y la ordinaria abundancia de recursos desde tiempo inmemorial sostuvieron en el Collao, nombre que se da a dicha altiplanicie, gran número de habitantes, activos, influyentes y con una cultura superior al del mayor número de sus contemporáneos en América. De la situación de los *collas* y por lo mismo de sus condiciones sociales participaban hasta cierto grado sus vecinos del Cuzco, diseminados en las vastas punas que se extienden hasta las cabeceras de Arequipa, señalándose entre ellos por su mayor afinidad con los antiguos habitantes de Puno los *coras, canchas, aimaras, chumbivilcos* y *collaguas.* Los serranos que moraban en la región

1_lorente 1.p65 340 29/11/2006, 12:15 p.m.

más templada del Cuzco, que es al mismo tiempo la más accidentada, si bien se distinguían por su carácter dulce y por la docilidad de su espíritu, calidades favorables a la cultura ulterior, habían de recibirla mucho más tarde a causa de su mayor aislamiento. El amenísimo valle de Andahuaylas y sus templadas cercanías fueron la antigua residencia de los *quechuas,* menos conocidos por su influencia política que por haber dado su nombre a la lengua general del Perú, y casi gran motivo a la raza, que algunos suponen la primera civilizadora de sus compatriotas. Menor nombradía alcanzaron los fieros *chancas,* que vinieron a lanzar a los quechuas al sur del Pachachaca, después de haber predominado desde los confines de Andahuaylas a los de Jauja, sobreponiéndose —cuando no dando su sangre— a los *pocces* de Huamanga, a los *eucones* y *soras,* confinantes con Ica, a los *vilcas* de Cangallo, a los *sullas* de Huancavelica y a otras tribus menos numerosas. Los *huancas,* que poblaron el privilegiado valle de Jauja y la larga quebrada de Tayacaja, si bien fueron en gran número y no escasos de audacia, ejercieron escasa influencia exterior, siendo poco inclinados a salir de su envidiable territorio, y gastando su actividad en luchas intestinas, no muy lejos de las punas, a que ellos enviaban su rebaños con parte de su población; conservaban los *yauyos* una independencia semisalvaje en situación sumamente escabrosa. De más cerca tocaban a los huancas los *tarumas,* que en la bellísima quebrada de Tarma pasaban una vida alegre y cómoda, sin inquietar a sus vecinos, ni ser inquietados por ellos. Muy diversa era la existencia de los *plumpos* residentes en la cercana meseta de Bombón: bajo un cielo inclemente, en tierra poco fértil y dispersos entre la llanura, el extenso lago de Junín y cimas escabrosas, si bien tenían para subsistir ganados, aves acuáticas, alguna que otra caza y el cultivo de las papas, maíz y otras plantas alimenticias, no sobreabundaban en subsistencias y hacían su vida más atormentada y precaria con las no interrumpidas contiendas; en ellas se destrozaban sin piedad, envalentonados con la falsa confianza de que en el caso de ser derrotados podían hallar refugio seguro, ya en cimas inaccesibles, ya en islotes de secretos senderos. Desde el nudo de Pasco, la sierra del norte es por lo común muy fragosa: las punas se estrechan y se hacen muy pendientes; entre los valles sólo se hacen notar por su anchura, los de Huánuco, Condebamba, Cajamarca y Chota; son hondísimas las quebradas por donde corre el Marañón y sus afluentes; la del Huallaga no tarda en ocultarse en espesa selva. Por esta causa los serranos del norte no pudieron ofrecer, en general, poblaciones tan concentradas, ni de una cultura tan marcada como las del centro y del sur; pero la vegetación más desarrollada en la parte baja y las alturas, pasadas las de Conchucos, más templadas, como más próximas al ecuador y por lo mismo más fértiles, facilitan el desarrollo de tribus numerosas. Las de mayor importancia fueron, entre el Marañón y el Huallaga,

1_lorente 1.p65 341 29/11/2006, 12:15 p.m.

los *huanucuyas, huancalles, huacrachucos* y *chachapoyas;* entre el Marañón y las cabeceras de la costa los *huaylas, conchucos, huamachucos, cajamarquinos* y *chotanos;* los *huancuyos* y *huamalíes,* esforzados y de buen sentido, vivían dispersos y casi sin saber unos de otros, reuniéndose raras veces, sea para gozar de las fiestas religiosas, sea para rechazar las invasiones de los salvajes; los *huamachucos* (gorro de venado), así llamados porque traían sobre sus cabezas un cuero, desplegaban un carácter fiero a favor de los arqueros de Pataz, que era su residencia; los *chachas* o *chachapoyas* (varones por excelencia) llamaban singularmente la atención por la blancura de su cutis y sus bellas formas, siendo sus mujeres de extraordinaria hermosura; los *huaylas* pasaban por entendidos y valerosos, pero eran mal vistos por sus inclinaciones nefandas; entre las restantes tribus al oeste del Marañón había muchos puntos de contacto, singularizándose los de Cajamarca por su inteligencia y amable carácter.

La varia procedencia de las tribus serranas se marcó hasta la conquista española por la diversidad de tradiciones, usos e idiomas: éstos variaban a pequeña distancia; hoy sólo se conservan vivos el *puquina,* limitado a parte del Collao y de las vecinas cabeceras, el *aimara* muy extendido por el sur y que ha dejado huellas en casi todo el Perú, el *quechua* que llegó a ser la lengua cortesana y general bajo la dominación de los incas, y el *canqui,* dialecto que en Yauyos hablan los indios de Tapi. La situación interior de la sierra hace el origen de sus pobladores aún más oscuro que el de los costeños; probablemente el mayor número había subido de la costa que era la parte del Perú culto más accesible a la inmigración: pocos vendrían de la montaña, ya porque ésta nunca pudo ser el asiento de una población exuberante, ya por la repugnancia de los salvajes a la sierra, sin embargo, como el principio de los ríos más caudalosos se encuentra en la región andina, y en ciertas vertientes la transición es insensible de la montaña a la sierra, pudo salvarse poco a poco la travesía por alguna horda, sea que cediese al simple deseo del cambio, sea que fuese rechazada por otras más poderosas; también pudo suceder que colonos recién llegados del antiguo continente a la boca del Amazonas, no hallándose bien en la región calurosa, cerrada y malsana de los bosques primitivos, fueran remontando el curso de las aguas hasta fijarse en tierras catas, descubiertas, frescas, de clima vivificante y de cielo risueño. Así sucedió a los españoles que, habiendo entrado a Nueva Granada por el Magdalena, no hallaron el país deseado sino en la meseta de Cundinamarca, cuyos aires saludables, fresca sabana y montes pedregosos saludaron con el entusiasmo del náufrago que llega al puerto de salvación. Una de las más antiguas razas de la sierra parece haber sido los *uros,* especie de parias o proscritos, relegados de muy atrás a los pantanos e islotes del Titicaca.

1_lorente 1.p65 342 29/11/2006, 12:15 p.m.

Salvajes.- Habitando la más vasta y feraz región del Perú, con pocas necesidades y con ilimitados recursos, parece que los salvajes debían ser más numerosos que los serranos y costeños juntos. Así se creería si hubiera de prestarse fe a ciertos viajeros, o si nos dejáramos llevar de las primeras impresiones; cuando tras prolongados aullidos que atruenan como la tempestad, se ve salir semejantes a una tropa de demonios a los feroces habitantes del bosque en espantoso desorden, con el cuerpo pintado de rojo o negro, con el semblante desfigurado y estúpido, adornados con despojos mortales y disparando una granizada de flechas; la sorpresa y el terror hacen que esos pequeños grupos parezcan innumerables enjambres; viajeros asustadizos o ponderativos confirman las exageraciones producidas por el espanto, describiendo a la larga como naciones considerables, que se subdividen en numerosas tribus, las reuniones formadas en diversos lugares por un corto número de familias que hablan diversos dialectos; los mismos salvajes, sea porque tenían por cantidad innumerable la que pasa de cinco, sea por llamar la atención con el gran número, han contribuido a propagar y acreditar los cálculos más erróneos; uno de los cofanes decía al misionero Ferrer que los indios de la montaña eran tantos como las hojas de los árboles. En verdad, la región trasandina del Perú pudiera sostener muchos millones de habitantes si estuviera bien cultivada; la Europa entera subsistiría holgadamente en el inmenso espacio que ocupan los dilatados bosques de Jaén y Quijos, las pampas del Sacramento, el gran Pajonal, el Pongo y las montañas de Huanta, Santana, Paucartambo y Carabaya y llanuras inexploradas, que se dilatan desde las márgenes del Ucayali hasta los confines occidentales del Brasil.

Ni en la actualidad, ni juzgando por inducción en los tiempos antiguos, ha podido contarse el número de salvajes por millones, sino por miles. Aun cuando la observación no nos decidiera a formar ese juicio, lo sacaríamos de sencillas reflexiones: el clima malsano y enervante predispone cuando no produce gravísimas enfermedades a veces de un carácter epidémico que, agravadas extraordinariamente por la incuria y por los desaciertos, determinan una mortandad espantosa; aunque la selva sobreabunda en elementos de subsistencia, sus habitantes carecen de la laboriosidad y previsión indispensables para hacer las provisiones que su conservación reclama, durante las avenidas que todo lo inundan, y las lluvias torrenciales que impiden vagar por las selvas; por lo que no es raro que entonces sean víctimas de las privaciones o de la mala aclimatación, están también expuestos a perecer por los ataques de animales feroces o venenosos que suelen enseñorearse de la soledad como de su propio dominio; sus más terribles enemigos son su furor indomable y sus excesos de todo género. Esos hijos de la naturaleza, que escri-

1_lorente 1.p65 343 29/11/2006, 12:15 p.m.

tores visionarios y exaltados contra la civilización han pintado como dechados de inocencia y de tranquila dicha, perezosos, lascivos y crueles, viven en la embriaguez, se duermen en la lascivia y por lo común sólo salen de su letargo para exterminarse en las asechanzas más pérfidas, con armas envenenadas, con refinamientos de inhumanidad, cuya sola consideración estremece a las almas sensibles; matan por el más leve interés, por puro pasatiempo; la destrucción por la destrucción es uno de sus más gratos placeres. Sólo alguna tribu sencilla o alguna familia aislada, que en sitio privilegiado y protegida por el misterio había podido libertarse de la ferocidad y corrupción dominantes en los bosques, llevaba una existencia asible, inocente y cómoda. Las demás parece que estaban lejos de la patria de sus abuelos; pocos matrimonios tenían más de cuatro hijos e iban extinguiéndose por sí mismos.

Con la escasa población de las selvas contrasta el gran número de tribus, que han podido calcularse en más de doscientas. Esa gran diversidad de pequeños grupos nada presenta de extraordinario cuando se reflexiona que el salvajismo tiende a fraccionar indefinidamente la sociedad hasta tocar los últimos límites del individualismo, y que esos fragmentos aislados cuando no irreconciliables, no recibiendo la menor cultura y olvidando fácilmente sus tradiciones en una existencia bestial, pronto alteran su vocabulario, pronuncian las mismas voces del modo más extraño y, así por su divergencia de expresiones como por la oposición de sus usos, parecen descender de naciones enteramente diversas. Por esta razón es de creer que los salvajes no descienden de tantas distintas razas como pudiera creerse atendida la diversidad de idiomas. Algunos proceden sin duda de tribus que dejaron la sierra por escapar de la violencia, y esto es lo que sucedió con una hueste de huanaca que no quiso soportar el yugo de los incas, y en más vasta escala con los indios que huyeron de la opresión colonial; pero el mayor número se internó en la región cisandina por el lado del Atlántico, y en medio de sus grandes diferencias y de su profunda abyección resalta con frecuencia su común procedencia de una nación culta. El aire de familia se vislumbra en tribus esenciales desde el gran Chaco hasta las Antillas; las inscripciones halladas en las selvas y los jeroglíficos con que una tribu de los *penos* establecida en las orillas del Ucayali recordaba los hechos de sus mayores, revelaban si no un origen fenicio, como algunos pretenden, por lo menos accidentes venidos de lejos y una cultura que no se adquiere, sino que fatalmente ha de perderse en la soledad de las selvas. Por otra parte, la afinidad incuestionable entre las lenguas guaraní dominante en el Paraguay, el *tijú,* cuyos dialectos están muy esparcidos por el Brasil, el idioma de los *omaguas,* la nación más importante del Amazonas peruano, y otros idiomas que se hablan por salvajes del Orinoco, no deja duda

1_lorente 1.p65 344 29/11/2006, 12:15 p.m.

de que antiguamente se extendió por una región tan vasta como un continente, un pueblo aficionado a largas correrías, diestro navegante, en posesión de un lenguaje bien formado, emprendedor, de un carácter cuya dulzura no se ha extinguido todavía en una existencia feroz, y cuya identidad racial reaparece al través de los mayores contrastes.

Ni sería posible, ni es de vital interés hacer una enumeración prolija de las antiguas tribus salvajes. Muchas de ellas se extinguieron sin dejar de sí otra huella que el recuerdo confuso y tal vez alterado de su insignificante denominación; otras han sufrido cambios desconocidos, y las que subsisten con cierta uniformidad difícil de comprobar, están lejos de ofrecer el interesante espectáculo de una cultura progresiva: no son como la planta naciente, en cuyo débil tallo contemplamos con placer el principio del árbol frondoso, cubierto de flores y de frutos; son la rama desprendida del tronco, que se está secando por falta de savia y que nos aflige con la triste memoria de la muerte. El salvaje no es el hombre que da los primeros pasos en la carrera de la civilización; es un tránsfuga del mundo civilizado que se precipita en el abismo de la barbarie hasta dejar, si la cultura exterior no le liberta, en su insondable profundidad los últimos restos de una existencia degradada y miserable.

1_lorente 1.p65 345 29/11/2006, 12:15 p.m.

Capítulo III
Principios de la cultura peruana

Relaciones entre las tribus.- Por más diseminados que estuvieran los antiguos peruanos, rara fue y tal vez no hubo ninguna tribu que permaneciera completamente aislada. El parentesco, la comunidad de usos, el comercio, la guerra, el gobierno y la religión solían establecer entre ellos relaciones más o menos duraderas y de algún modo favorables a su mutua cultura. Los mismos salvajes, no obstante su disposición habitual a considerar como enemigos a los demás habitantes de la montaña, tratan de parientes a los que hablan el mismo dialecto, y estos recuerdos de familia suelen convertirse en vínculos, si no civilizadores, al menos no contagiados con la ferocidad de las selvas. Los pueblos, que vivían en el mismo medio físico o moral, naturalmente se parecían mucho en su género de vida, y esta analogía de costumbres contribuía a que se miraran como no extraños entre sí, aun aquellos que diferían mucho por su origen y por sus idiomas. Lo que apenas podía esperarse en vista de la dispersión y del estado vacilante de los primitivos peruanos, el comercio solía acercar no sólo a los que habitaban territorios próximos y de comunicación expedita, sino a los costeños y serranos, que sólo podían comunicarse por senderos difíciles y arrastrando toda suerte de peligros: los primeros llevaban a las vecinas serranías pescado, ají y otros productos de la tierra caliente, a cambio de metales preciosos, lanas, papas y algunos otros artículos más abundantes en las regiones frías. De estas apacibles relaciones daban testimonio no sólo tradiciones más o menos sospechosas, sino también el consumo inveterado durante la vida y la existencia, en las tumbas, de varios objetos que no podían producirse en aquellos lugares donde se consumían o fueron encontrados. La misma guerra, si a menudo era de exterminio, no pocas veces fue acompañada del bárbaro sacrificio de los prisioneros. En el Perú, como sucedió en casi todas las naciones antiguas, según las sabias observaciones de Lawrence, preservó al hombre del completo aislamiento, que es el mayor obstáculo

1_lorente 1.p65 347 29/11/2006, 12:15 p.m.

para el adelanto de las naciones: moderados poco a poco los furores implacables, ya las mujeres y los niños, a quienes el vencedor había perdonado, se incorporaban al pueblo enemigo y tanto con el número, cuanto con el carácter especial modificaban favorablemente en constitución social y sus hábitos; ya varias tribus concertaban sus esfuerzos y se unían estrechamente, sea para conjurar los peligros comunes, sea para secundar las miras de algún caudillo ambicioso que pretendía engrandecerse por la conquista o por simples depredaciones. De esas varias uniones producidas por la guerra abundan incontestables pruebas; hubo tribus en las que el lenguaje usado por las mujeres difería radicalmente del que usaban los hombres, indicio inequívoco de su diversa nacionalidad; como asegura Cieza de León en su fidedigna crónica, nada era más vulgar entre los indios del Perú que el recuerdo de expediciones y guerras más o menos lejanas, seguidas de un engrandecimiento más o menos prolongado: del poderío ejercido por los chimús en al sierra del norte y en mucha parte de la costa se conservaron huellas manifiestas; no sin razón se jactaban los chinchas de haber llevado sus armas triunfadoras hasta las inmediaciones del Collao; a su vez podían recordar los collas que habían ejercido la más extensa influencia en las provincias más distantes, influencia que ponían de manifiesto las denominaciones aimaras, hasta ahora persistentes, y muy importantes obras de arte. Por otra parte hubo en el norte, entre los habitantes de Ayabaca y otras cabeceras de Piura, una especie de federación permanente que les hacía concertar sus fuerzas y someterse a un caudillo de su propia elección a fin de rechazar a los enemigos de su independencia; no contentos con ella, los chancas que ocupaban el centro del Perú cayeron más de una vez sobre sus vecinos del sur con todo el peso de sus numerosas y bien concertadas huestes. Claro está que unidos bajo el mismo gobierno diversos pueblos, sea por la federación, sea por la conquista, la unión política fue uno de los más poderosos elementos de grandeza y adelantamiento. En verdad deben relegarse entre las fábulas los reinados de monarcas peruanos, que Montesinos y otros analistas faltos de crítica hacen remontar hasta el siglo v después del diluvio, llenándolos de conquistas, guerras civiles, invasiones extranjeras, pestes, terremotos, inundaciones, erupciones volcánicas y otros sucesos tan notables como faltos de comprobantes. También debe tenerse al menos por incierta la existencia de Huyustos, antiquísimo monarca del Perú, al que algunos atribuían las maravillosas construcciones de Tiahuanaco; pero ésos y otros grandes monumentos, que sólo han podido ser levantados por el trabajo secular de naciones cultas y obedientes a una dirección común, regular y apacible, hacen evidente una unión antigua, tan vasta como duradera. Cuando flaquearon los no muy fuertes vínculos políticos, fue sin duda, como

1_lorente 1.p65 348 29/11/2006, 12:15 p.m.

sucede siempre en las sociedades primitivas, la comunidad de creencias religiosas, el lazo más general y poderoso; aunque los *huanucuyos* vivían dispersos y casi sin saber unos de otros, solían reunirse en templos que habían erigido en las alturas, ya atraídos por las pompas de un culto común, ya por tomar parte en alegres fiestas en las que bailaban, cantaban y bebían a placer; al templo de Pachacamac acudían de largas distancias los devotos costeños para consultar al reverenciado oráculo y atraerse la protección de la divinidad más eminente, trayendo peticiones y ofrendas; los peregrinos viajaban sin peligro por entre las tribus beligerantes y aun eran respetados por los enemigos, con tal que por su número no formaran una hueste sospechosa. ¡Tal era el poder de la fe común para moderar las crueles disensiones que trae consigo la guerra! Las relaciones pacíficas debían de ser tan fecundas como sólidas, cuando las poblaciones estuvieran al mismo tiempo unidas por los lazos políticos y por el espíritu religioso.

Gobierno.- Aunque habían desaparecido con el largo transcurso de los siglos las pruebas directas de que la mayor parte del Perú estuvo sujeto desde la más remota antigüedad a gobiernos más o menos regulares, el espíritu de comunidad, que siempre caracterizó a sus habitantes, no dejaría duda de que formaron casi todos sociedades verdaderamente políticas: se unían para el trabajo y para los placeres, para buscar subsistencias en la caza, en la pesca y en las labores agrícolas, para levantar la casa de los recién casados, para celebrar las fiestas de familia, para enterrar a los muertos, para defenderse y solazarse en común; mas esta participación de fatigas y goces no habría podido perpetuarse faltando una autoridad acatada por los asociados que dirigiera hacia el mismo objeto los pensamientos divergentes, estableciendo la unidad de voluntades y de esfuerzos. La fuerza del gobierno había de variar según la naturaleza de los lugares; como observó ya el juicioso Cieza de León, en la montaña, que por doquier ofrece al salvaje recursos y ancho campo de acción, la obediencia política estuvo poco asegurada, y desde que la autoridad de un caudillo dejaba de imponerse por las supremas necesidades de la guerra, cada uno se abandonaba a sus caprichosos impulsos; mas en la sierra y en la costa, en donde casi siempre la tierra fecunda está limitada por inhospitalarias soledades, la permanencia casi forzada de los habitantes hubo de someterlos casi siempre y con raros intervalos de libertad a gobiernos despóticos, aunque muchos estuvieran animados de un espíritu patriarcal. En valles como el de Jauja, en que podían existir muchos centros de acción y no faltaban así los cercanos a los caracteres independientes, el poder no estuvo concentrado en una sola mano, sino que se formaron comunidades aristocráticas,

1_lorente 1.p65 349 29/11/2006, 12:15 p.m.

gobernándose los pueblos por el concejo de los *principales,* según hoy se llaman los que por su opulencia relativa, sus cargos públicos u otros medios de influencia política ejercen una superioridad reconocida sobre los indios de su parcialidad. Pero el gobierno casi universal en el antiguo Perú fue el de ciertos señores, verdaderos dueños de vidas y haciendas, a los que obedecían los pueblos con tanta resignación como el manso rebaño obedece a su pastor sin queja y sin reclamar ningún derecho: esos mandones, o si se quiere reyezuelos, llevaban de ordinario el título de *curacas* o *apus* que los españoles convirtieron en el de *caciques* generalmente usado en las Antillas.

La autoridad de los curacas, además de absoluta, solía ser vitalicia y hereditaria; en casi todos los señoríos el hijo mayor sucedía al padre, y la herencia seguía en los varones el orden directo de primogenitura; en ciertas provincias, muerto el primogénito la sucesión pasaba no a su hijo mayor, sino al segundo de su padre, y a falta de aquél, al hermano de mayor edad; hubo también alguna provincia en la que muerto el curaca, se le nombraba el sucesor eligiéndole entre sus hijos y dando la preferencia, si había de respetarse la costumbre, al más benemérito. El gran ascendiente, que por su viveza ejercían ciertas mujeres de la costa, hizo que alguna vez recayera en ellas el señorío con el título de *Capallunas* o *Sagapullas;* sabido es que una de estas señoras dispensó a Pizarro, cuando estaba descubriendo la costa del Perú, una hospitalidad regia. A ser cierta, habría sido más admirable la situación de algunas mujeres de la sierra, las cuales según contaban a Cieza de León, habían vivido como las fabulosas Amazonas de Oriente, no admitiendo entre ellas hombre alguno, y haciéndose respetar de sus vecinos *canchis* por su organización guerrera, hasta que fueron exterminadas por un caudillo del Collao.

Los curacas conservaban su prestigio rodeándose de un lujo imponente: habitaban edificios que podían llamarse palacios si se comparaban a los miserables albergues del pueblo; en el Collao acostumbraban salir en andas, llevados por respetuosos cargadores; en gran parte de la costa se hacían acompañar de bailarines, cantores y juglares, teniendo una mesa que merecía llamarse de estado, así para obsequiar a cuantas personas les visitaban, como para alimentar con los restos a su numerosa comitiva; donde quiera los homenajes supersticiosos llegaban hasta enterrarse con ellos sus mujeres y servidores, a fin de continuar agradándoles y sirviéndoles más allá de la tumba. Por lo demás las pompas ya fúnebres, ya festivas, habían de variar mucho, así en grandeza como en carácter, según la naturaleza del señorío: no podían ser muy importantes las de aquellos curacas cuya dominación estaba reducida al rincón de un valle, habiendo al mismo tiempo varios curacazgos en un estrecho territorio así como el de Acarí, La Chira y otras quebradas de extensión

1_lorente 1.p65 350 29/11/2006, 12:15 p.m.

poco considerable; pero, así en la costa como en la sierra, ciertos señores podían aspirar al honor de grandes príncipes. Tales fueron entre otros el gran *Chimú,* cuya dominación llegó alguna vez desde Tumbes hasta Pativilca; *Cuismancu,* su confinante, quien señoreaba los valles de Supe, Huaura, Chancay, Chillón, Rímac y Lurín; *Chuquimancu* señor de Chilca, Mala, Huarco y las cabeceras de Lunahuaná; el poderoso caudillo de los altivos chinchas; los señores de Cajamarca, Huamachuco, y Huaylas; *Ancohuallu, Astohuaraca* y otros jefes de chancas, en el Collao; *Zapana,* que tenía su corte en Hatuncolla y su rival *Cari,* cuya capital era Chucuito. Si Tiahuanaco fue un centro político, y no un gran santuario comparable y tal vez superior al de Pachacamac, el curaca, de quien dependía aquella imponente población, hubo de contarse entre los más poderosos.

Religión.- Si el transcurso de los siglos, la distancia del Asia central donde junto con el género humano nació la religión, si el atraso inevitable en las sociedades dispersas y otras causas fecundas en errores e ideas tenebrosas habían confundido y oscurecido extraordinariamente las creencias de los antiguos peruanos, no se había apagado enteramente entre ellos la luz de las tradiciones primitivas; aunque confusas y profundamente alteradas, conservaban los más algunas ideas sobre el creador del universo, el diluvio, la vida futura y la resurrección de la carne. El Ser Supremo era conocido con los nombres de *Viracocha, Pachacamac, Con, Illaticiviracocha, Ataguju, Tepuaca* y otros menos usuales. El diablo era llamado *supay,* lo mismo en quechua que en aimara. Del diluvio contaban que inundada toda la tierra, se refugiaron siete personas en una cueva que tapiaron con piedras para que no penetraran las aguas; habiendo cesado las lluvias echaron afuera algunos perros, los que, regresando limpios y mojados, fueron la señal segura de que aún estaban bañadas las cumbres por el inmenso océano; echados por segunda vez volvieron los animales cubiertos de lodo, y con la fundada esperanza de hallar lugares habitables, dejaron los hombres su asilo; pero hubieron de sufrir mucho, porque en el fango pululaban culebras enormes y otros reptiles monstruosos, como debió suceder en los períodos geológicos en que el exceso de humedad sólo dejaba lugar al desarrollo espantoso de vertebrados inferiores. Ninguna creencia fue tan general, tan viva y tan influyente como la creencia en la vida futura; la fe en la existencia de ultratumba dominaba toda la existencia actual, con la misma fuerza que en el antiguo Egipto; y verdaderamente me admiraba en pensar, dice Cieza de León hablando de los Collas, cómo los vivos se daban poco afán por tener casas grandes y galanas, y con tanto cuidado adornaban las sepulturas donde se habían de enterrar, como si toda su felicidad no consistiera en otra cosa. Sabido es que enterraban

1_lorente 1.p65 351 29/11/2006, 12:15 p.m.

con el cadáver provisiones, utensilios, armas y otros objetos apreciados: que para servirles en el otro mundo se sepultaban con ellos, hombres, mujeres y niños, y que a veces se encerraban en el sepulcro algunas personas vivas, entre ellas sus esposas más hermosas o más amadas. En general, se suponía que la vida futura sería semejante a la presente, y también se creía que los buenos irían a un lugar de delicias y los malos a un lugar de tormentos, llamados respectivamente en quechua *hananpacha* y *ucupacha*. La creencia en la resurrección de la carne se manifestaba de varios modos: por la diligencia para la conservación de las momias, por los tesoros que se procuraba guardar a fin de que los resucitados no escasearan de recursos, por la especial solicitud con que se colocaban las tumbas a cubierto de las violencias e injurias exteriores, y por el cuidado que ponían los vivos en ocultar sus uñas y cabellos en sitios en donde fácilmente pudieran recogerlos cuando volvieran a la tierra.

Los hombres de una inteligencia superior conservaron la idea de Dios en su pureza espiritual, y más que homenajes materiales le tributaban el culto del alma, adorándole con ideas verdaderas y con sentimientos elevados. Pero la viva imaginación del pueblo, que desfiguraba todas las verdades con las más absurdas ficciones, y daba a todos los seres formas corporales y pasiones humanas, mezcló con diversas fábulas la tradición acerca del Ser Supremo. Según las leyendas más esparcidas *Viracocha* (espuma de la laguna), después de crear el cielo y la tierra y antes de crear la luz y el día, creó los primeros hombres, quienes habiendo agraviado a su creador fueron convertidos en piedras. Para disipar las tinieblas y dar pobladores al Perú, salió Viracocha de la laguna de Titicaca, hizo brillar en el cielo el sol y las estrellas, y formando los modelos de los futuros peruanos, colocó estas imágenes en las diversas provincias; a la voz de sus mensajeros fueron saliendo hombres de las fuentes, ríos, cerros y cuevas; el dios animó con su palabra varias naciones, desde el Collao hasta la costa de Guayaquil, sin accidente extraordinario; pero habiendo dado vida a los *canas*, se alzaron éstos armados y quisieron matarle, porque no le conocían; el fuego del cielo, lanzado contra los sacrílegos, iba devorando valles y cordilleras; todo habría perecido en el incendio, del que la tradición daba por irrecusables pruebas las allí abundantes piedras volcánicas, si habiendo arrojado los culpables las armas al suelo y pedido humildemente misericordia, no hubieran conseguido aplacar la celeste cólera y junto con ella las llamas que consumían la tierra. Concluida la animación de los peruanos, entre otros la de los cuzqueños, a quienes dio por señor a Alcavilca, se reunió Viracocha en Puerto Viejo con sus mensajeros, y todos entraron en el Pacífico, marchando sobre el agua, como si fuera tierra firme, y desapareciendo entre las ondas.

1_lorente 1.p65 352 29/11/2006, 12:15 p.m.

Según otra tradición, recogida por Calancha en su crónica moralizada de San Agustín, *Pachacamac,* el que anima el mundo, después de haber creado el mundo, creó un hombre y una mujer sin proveerles de suficientes medios de subsistencia; muerto el esposo, y luchando la viuda con las mayores privaciones, dirigió al dios la siguiente plegaria: «Amado criador de todas las cosas, ¿para qué me sacaste a la luz del mundo si había de ser para matarme con pobreza y consumirme con hambre? ¡Oh! Nunca te acordaste de criarme o me consumiste en el momento de nacer. Yo sola vivo, sin sucesión de hijos, pobre, afligida y sola. ¿Por qué, oh Sol, si nos creaste nos consumes? ¿Y cómo si eres el que repartes luces, muestras ser miserable, negándome el sustento?». Compadecido el Sol de la desventurada mujer, la fecundó con uno de sus rayos; pero el hijo que ella dio a luz fue muerto por Pachacamac, que estaba muy irritado porque la plegaria no había sido dirigida a él mismo; sin embargo, un movimiento de compasión le hizo convertir en toda especie de alimentos los miembros del niño muerto: el maíz procede de los dientes, de la carne los pepinos, pacaes y otras frutas, de los huesos las yucas, etc. El Sol formó con el ombligo a Vichama o Villama, bellísimo mancebo, el que mientras recorría el mundo tuvo la desgracia de que el dios enemigo matara a su vieja madre y creara otra generación con sus respectivos curacas, mas alcanzó del astro del día que le enviara tres huevos, uno de oro, otro de plata y el tercero de cobre; de éste nacieron los plebeyos, del segundo las esposas de la nobleza y del tercero los nobles.

Según la relación, que insertó Gomara en su historia de Indias, al principio del mundo apareció *Con* por la parte del norte, marchando con la celeridad de los espíritus y sin tener carne ni huesos; con sólo su palabra allanaba las sierras, llenaba los valles, y cubría el suelo de alimentos abundantes y de pobladores de ambos sexos. Habiéndose indignado contra los costeños porque, olvidados de su criador se habían entregado a toda clase de desórdenes, convirtió el país antes ameno en árido desierto nunca regado por el agua del cielo, y a sus habitantes en gatos negros y otros animales horribles. *Con* fue ahuyentado por Pachacamac, divinidad mucho más poderosa, la que creó una nueva generación de peruanos, y los instruyó en las artes de la vida civil y religiosa.

Uno de los misioneros agustinos, pocos años después de la conquista, insertó en una carta, que está en la colección de Mendoza, ficciones más complicadas. Según ellas el padre de los dioses y de los hombres fue *Ataguju,* quien viéndose solo, creó primero otras divinidades *Sagad-Zama* y *Vaungausad*, a fin de que le ayudaran en el gobierno del mundo; después dio el ser a tres de sus principales ministros, *Uvigaicho, Urisiqui* y *Huamanisi*; este último le dio por coadjutores a sus hijos *Pigarao* y

1_lorente 1.p65 353 29/11/2006, 12:15 p.m.

Apucatequil; el gran *Catequil,* dios que lanza el rayo, fue temido por sus tempestuosas iras, y muchos llegaron a tenerle por el verdadero Creador; de su veneración participaban su hermano *Piquecao* y su madre *Mama-Catequil*, personificados los tres en los elevados cerros de Huamachuco. También era muy venerado su hijo *Tanta-Guaganay* y otros nuevos huacos o ídolos llamados *Ulpillo, Pomacama*, *Caoquilca, Quingachuco, Nomadoi, Garacayoc, Huana-Catequil, Caripoma* y *Llaihuen*; el penúltimo fue uno de los más temidos. Además, en la provincia de Huamachuco se invocaba a *Mailloxpara* que paralizaba las fuerzas de los enemigos, a *Yanahuanca* y *Julcahuaca* para someter a los rebeldes a la piedra tutelar de cada pueblo para su defensa, a cierto ídolo para que las telas saliesen bien teñidas. No es extraño que cada profesión y cada localidad tuviese allí objetos especiales de culto cuando, según dijo con razón Garcilaso, cada provincia, cada nación, cada pueblo, cada barrio, cada linaje y cada casa tenía dioses diferentes unos de otros.

El padre Arriaga, que a principios del siglo XVII visitó algunas provincias inmediatas a Lima para desterrar las arraigadas supersticiones, ha dado en su *Extirpación de la idolatría* una larga lista de ídolos; por su relación y las de otras conversiones, así como por las consignadas en las crónicas religiosas y en diversas historias se sabe que según era la tendencia a la idolatría de la muchedumbre, apenas hubo objeto notable que no lo fuera de supersticiosos homenajes; se adoró al mar, a la ballena, a diversos peces, a ciertos ríos y lagos; fue adorada la tierra en general y en particular los cerros y cuevas; también se contaron entre las *huacas, vilcus* o cosas sagradas, las piedras que llamaban la atención por sus colores o por sus formas; en el culto de los astros predominaron el del Sol, el de la Luna, el de Venus y el de determinadas constelaciones; el cóndor, el tigre, las llamas blancas, las serpientes y algunas aves obtuvieron la preferencia en el de los animales; lo mismo sucedió al maíz en señaladas mazorcas tocante al de los frutos; las *pacarinas,* o lugares de donde se creía que salieron las diversas tribus, recibían homenajes religiosos filiales; más respetuosos y solemnes eran los tributados a benéficos personajes, a los *taitallactas* (fundadores de los pueblos) a los *malquis* o *munaos*, cadáveres de los mayores conservados con especial solicitud en el valle de Jauja y en algunas provincias de la costa. De la misma manera que en la India oriental, había en el antiguo Perú *dioses del lugar, dioses de la familia, corropas* o *dioses de cada particular;* éstos solían enterarse con el difunto y su culto no le sobrevivía, mientras que el ídolo de la familia pasaba del padre a su sucesor como la herencia más preciosa y el del pueblo recibía constantemente los homenajes comunes.

Sin entrar en más pormenores se reconocerá claramente que, mientras los espíritus superiores conservaban la religión del dios verdadero,

1_lorente 1.p65 354 29/11/2006, 12:15 p.m.

el vulgo caía en el fetichismo, peligro de que no le ha libertado completamente la imperfecta conversión al cristianismo. Mas, aun antes de haber recibido la luz del Evangelio, las personas reflexivas solían depurar sus creencias, sea no considerando a los pequeños ídolos sino como simples *símbolos de las fuerzas elementales del aire, agua, fuego y tierra,* sea reconociendo en cada objeto adorado una *madre* o *espíritu,* al que dirigían sus plegarias. Partiendo de esta base se han hecho vanos esfuerzos para reducir a sistema la antigua idolatría; en primer lugar nunca podrá sistematizarse la obra incoherente, cuando no contradictoria, de una imaginación desenfrenada, cuyas ficciones varían al infinito por la variedad de influencias exteriores, siendo tan inconsistentes hasta en un mismo individuo, como las visiones del ensueño y del delirio; en segundo lugar, los que recogieron las leyendas difícilmente podrían ser el eco fiel del pensamiento vulgar, y sobre todo los que aspiran a interpretarlas a favor de las más aventuradas explicaciones, no pueden menos de falsificarlas con sus comentarios. Las únicas conclusiones a que la crítica concienzuda puede llegar son las que donde quiera comprueba la historia de la idolatría, mezcla confusa de verdad y de mentira, amalgama inconsistente de creencias racionales y de ficciones absurdas. En general todo lo grande, lo raro, cuanto ofrece algo de sorprendente o excita la gratitud, el temor o cualquier otro sentimiento poderoso, bien fuera obra de la naturaleza, bien hubiese salido de las manos del hombre, dio lugar a la adoración del vulgo.

La idolatría trajo aquí, como en todas partes, *oráculos, adivinos* y *presagios* de todo género. En *Pachacamac* se daban los vaticinios con imponente aparato: venerados sacerdotes no osaban acercarse al formidable santuario sino con las espaldas vueltas al ídolo, baja la cabeza y temblorosos los miembros; la respuesta salía de sus labios convulsos, como si todo su cuerpo sintiera la impresión del dios que los oprimía. El *oráculo Rímac,* que en el vecino valle era consultado por el vulgo, respondía sin ceremonial tan sorprendente. Y tampoco afectaban tanta solemnidad *Chinchacamayoc,* dios de los chinchas; *Huarivilca,* adorado por los huancas; *Huanacause*, venerado en las inmediaciones del Cuzco; el *ídolo de Copacabana*; los de Huamachuco y otros varios oráculos consultados en diversas regiones del territorio. Aun entre los salvajes, cuyo sentimiento religioso fue más débil, hubo *adivinos* a quienes se daba mucho crédito, ya respondieran después de interpretar sencillamente ciertos hechos insignificantes, ya se fingieran inspirados; en el primer caso declaraban el sentido oculto de los sueños, arrojaban la coca al aire, examinaban las patas caídas a las arañas, a las que habían perseguido con un palito, seguían el vuelo de las aves, inspeccionaban las entrañas de las víctimas o daban valor misterioso a otros acontecimientos o maniobras;

1_lorente 1.p65 355 29/11/2006, 12:15 p.m.

en el segundo caso, cuando no simulaban, se esforzaban por sufrir los trasportes de la antigua sibila. Habiéndose preparado con algún narcótico, como la bebida del ornamo, del datura sanguínea, y de la yerbavilca, o las unturas de todo el cuerpo con una confección de sabandijas y plantas que atacaban al cerebro, y después de un encierro más o menos prolongado y molesto en alguna cueva o en otro lugar oscuro, se presentaban con la mente iluminada y agitados por visiones prodigiosas; espantoso el semblante, erizado el cabello, indeciso el color y con una voz que no parecía humana, solían referir las cosas más extrañas: convertidos en aves o mediante otra trasformación no menos extraña, habían visto y oído lo que iban a relatar; un acierto casual o hijo de la malicia bastaba para que el adivino fuera siempre creído, aun cuando cayera repetidas veces en los engaños más groseros.

Las creencias supersticiosas daban origen a prácticas fútiles. Viendo en todo una intervención misteriosa, personificando hasta la fiebre y los útiles de cocina, esperándolo todo de pueriles conjuros, dirigían plegarias a todas las cosas naturales o artificiales, y querían cambiar el curso de la naturaleza con gritos u otros procederes sin conexión alguna con el suceso que temían o deseaban. Según puede deducirse de preocupaciones que persistieron en siglos posteriores, decían a las estrellas: Señoras estrellas, que sustentáis mis ovejas, multiplicadlas más y más y a mis corderos; a la tierra: Madre tierra, larga y extendida, tráeme entre tus brazos con bien; al mar: Madre mar, del cabo del mundo llueve y rocía, pues te adoro; a la cueva: He de dormir en ti, hazme soñar bien; a la epidemia: ¡Oh rey de las enfermedades!, pasa y déjame, que soy pobre y miserable; a la chicha: Madre *achua,* clara como el oro, guárdame y no me emborraches… Para impedir la destrucción del mundo, durante los eclipses de Sol o de Luna, tocaban tambores y hacían ladrar con fuerza a los perros golpeándoles reciamente. Daban gritos atronadores a fin de que ni la helada inminente en noches serenas, ni una fuerte granizada malograran sus sementeras. Pretendían que el terremoto no les arrebatara el maíz, ni los órganos de sus cuerpos, dando fuertes golpes en los orones, y exclamando: Temblor, no me lleves la carne, la que tenían asida vigorosamente. Creían que era necesario ponerse tierra en las narices para impedir que por su abertura penetrara el arco iris. El feliz regreso a casa se tenía por más fácil cuando al salir de ella se arrojaba un poco de chicha al aire o se daba un soplido en vago. Se esperaba atravesar los ríos sin daño, arrojando en ellos algunos granos de maíz o bebiendo sus aguas. Al terminar la subida a las cumbres, se tiraba una piedra, habiéndose formado grandes montones, llamados *apachetas,* los que todavía suelen aumentar los indios, siempre con miras supersticiosas. Una llama enteramente negra, a la que se dejaba sin comer y en torno de la cual

1_lorente 1.p65 356 29/11/2006, 12:15 p.m.

se derramaba mucha chicha, era el medio escogido para conseguir las lluvias si faltaban para la siembra a fines de octubre. Contra los enemigos, a quienes se pretendía debilitar, se empleaban dos medios de igual virtud: unas veces se echaban a grandes hogueras algunos pájaros de la puna, gritando con mucha ceremonia: Piérdanse las fuerzas del contrario y suceda nuestra pelea bien; otras veces se privaban por muchos días de sustento a ciertas llamas, y después de que se hallaban extenuadas, se exclamaba: Desmayen nuestros enemigos, como están desmayados los corazones de estos animales. Prácticas de una eficacia semejante eran empleadas para inspirar el amor y la aversión, atraer la fertilidad al campo propio y la esterilidad al ajeno, dar la salud y la enfermedad, o lograr cualquier otro fin a que ardientemente se aspiraba.

Las principales formas del culto, sin contar las plegarias, eran la simple adoración, las fiestas solemnes y las penitencias particulares. Para *mochar* o hacer la reverencia religiosa se encorvaba el cuerpo llevándole hacia delante, se encogían los hombros, se alzaban las manos a la altura del rostro, se inclinaba la cabeza y se movían los labios, como para dar besos al aire. Las fiestas se celebraban, sea a la vista de los cerros, fuentes o lagos consagrados, sea llevando los ídolos portátiles a la plaza pública o dándoles culto solemne en los templos, que solían ser grandes patios cercados de altas paredes con algunos palos o árboles en su centro; bailes prolongados por muchos días, con su acompañamiento de cánticos y abundante chicha, formaban la parte más animada del ceremonial; los sacrificios eran muy variados, siendo los más usuales los de maíz, coca y plantas olorosas, el oro, la plata y las piedras notables, los cuyes, llamas, fieras, aves y, en las ocasiones más importantes, las víctimas humanas. La penitencia más común era el ayuno reducido a guardar continencia, a no comer sino por la mañana y a no sazonar los manjares con sal, ni ají; en Tarma hubo devotos que ayunaron un año entero por la salud de la comunidad. Mortificaciones más llevaderas solían ser impuestas por los *ichusis*, confesores elegidos en cualquiera de los sexos; hecho un pequeño sacrificio, sobre cuyas cenizas soplaba, y habiéndose lavado la cabeza en agua corriente, entregaba el penitente al *ichusi* una bolita de barro clavada en una espina de gigantón, y principiaba la declaración de sus culpas exclamando: «Oídme cerros y llanos, cóndores que voláis, lechuzas, sabandijas y todos los animales, yo quiero confesar mis pecados». La confesión se tenía por buena si la bolita arrojada al aire se partía en tres fragmentos, si salían pares los granos de maíz echados en una vasija, o mediante otras pruebas, que ninguna relación guardaban con el arrepentimiento sincero. Las obras expiatorias eran el ayuno, las ofrendas, el lavarse el cuerpo con maíz mojado cuidando que la punta de los granos estuviesen vueltas hacia arriba, y el quebrar hilos de

1_lorente 1.p65 357 29/11/2006, 12:15 p.m.

lana torcida al revés gritando: «Así se quiebren tus desdichas y pecados». Mas, si un padre había perdido a sus hijos, era reputado gran pecador y, mientras se lavaba de sus culpas, le azotaba un corcovado u otro sujeto contrahecho.

Costumbres.- Hay mucho peligro de caer en gravísimos errores sobre las costumbres primitivas de los indios; sea para ensalzar las civilizaciones posteriores, sea por justificar las conquistas violentas, muchos escritores han presentado a los antiguos peruanos encenagados en los mayores vicios, y estas falsas y denigrantes pinturas han sido miradas como el fiel retrato de la común degradación moral, porque se han atribuido a las naciones cultas el cinismo y la ferocidad de los salvajes, o porque en ellas prevalecían ciertos usos sumamente inmorales; se ha olvidado, sin duda, que aun los pueblos más civilizados, así antiguos como modernos, han adolecido de restos de barbarie sostenidos por la preocupación o por la rutina no obstante los progresos de todo género. Por otra parte, unas veces la indignación exagerada contra los excesos de los conquistadores y otras veces la propensión ordinaria a confundir la rusticidad con la inocencia, han hecho que se tome a las tribus más rudas como tipos de candorosas virtudes, como los mejores representantes de la humanidad en su pureza original. Esos errores, en sentido adverso o favorable, han podido perpetuarse por cuanto, tratándose de una antigüedad remota y hasta cierto punto prehistórica, las suposiciones y las conjeturas ocupaban fácilmente el lugar de las observaciones directas y de los hechos bien comprobados. Mas la verdadera crítica no está destituida de medios apropiados para la dilucidación del estado moral primitivo; en primer lugar, la tenacidad con que los indios conservan los usos de sus mayores hace que sus costumbres permanezcan inalterables en una larga sucesión de siglos, no obstante el cambio de creencias, gobiernos e idiomas; la persuasión y la violencia se estrellan igualmente contra inveteradas rutinas; se practica hoy lo que se practicó durante el virreinato, el imperio y la dominación de los curacas; en segundo lugar, las antigüedades cada día mejor exploradas apoyan con las reliquias del pasado el testimonio de los usos, que han persistido hasta nuestros días.

Como era de creer, visto el espíritu general de la humanidad, en las costumbres de los antiguos peruanos había una mezcla de buenas y malas calidades determinadas en gran parte por las influencias dominantes: el imperfecto desarrollo de la vida política, la opresión de los curacas, las supersticiones corruptoras, la falta de luces, las guerras frecuentes y los fáciles deleites, cuando no desmoralizaban al pueblo entero, favorecían los vicios de individuos mal inclinados; por esta causa la embriaguez y los excesos que trae consigo fueron la parte más censura-

1_lorente 1.p65 358 29/11/2006, 12:15 p.m.

ble de aquella situación moral; ese estado, en que el hombre por la pérdida de la razón y por la exaltación de sus pasiones se pone al nivel de los animales estúpidos y feroces, no fue un estado excepcional y aislado; con la mayor frecuencia se embriagaban familias, linajes, pueblos y comarcas; tan lamentable abuso formaba parte obligada de las alegrías y dolores privados, de las fiestas religiosas y de todas las solemnidades nacionales. En cuanto a los vicios privados más notables pueden especificarse los siguientes: el envenenamiento lento con que en algunas serranías se vengaban implacables resentimientos reduciendo las víctimas a la imbecilidad y desfigurándolas con manchas de diversos colores; los deleites nefandos que, si en casi todo el país eran abominados por la conciencia pública, en muy reducidas localidades estaban consagrados por la superstición, educándose en ciertos templos como sacerdotes consagrados a la prostitución en fiestas solemnes y en obsequio de los curacas hombres afeminados, que afectaban las inclinaciones, gracias y maneras del sexo débil; el bárbaro sacrificio de los prisioneros por ciego furor o para aterrar a los enemigos, formando de sus pieles tambores de guerra o trofeos de victoria, y de sus cabezas desecadas y sin huesos espantosas mascarillas; la no menos bárbara y harta más frecuente inmolación de seres adictos o queridos sobre el sepulcro de los magnates; otros sacrificios humanos de carácter puramente religioso y de personas inofensivas, escogidas por su inocencia o por su hermosura; y la castidad muchas veces inmolada a las exigencias de una mal entendida hospitalidad, a ciertas fórmulas nupciales y fuera de otras preocupaciones menos esparcidas, a la opinión vulgar, que acordaba mayor estimación a la joven más disoluta. Con estas aberraciones particulares del sentido moral contrastaban felizmente el respeto general a la santidad del matrimonio, el carácter apacible con muy raras excepciones, la generosidad habitual, la vida regular y sencilla, las ocupaciones propias de una cultura inocente y las diversiones, que revelaban un gusto no estragado por la rudeza ni por el refinamiento.

El baile, que fue la diversión favorita desde la antigüedad más remota, era de un hombre con una mujer, de muchas personas en cadena, de dar vueltas al derredor, de adelantarse y retroceder pausadamente; se acompañaba de cantares y bebidas, se ejecutaba a veces por hombres armados o colocados el uno sobre los hombros del otro, los que desplegaban muestras sorprendentes de ligereza y habilidad; otras veces, sencillo y gracioso, cautivaba los sentidos y el corazón con movimientos artísticos y con la expresión afectuosa; mas a menudo reflejaba la regularidad y apatía predominantes con su compás pausado y su aire monótono. Eran también diversiones inocentes y que no podían exaltar la codicia, ni otros afectos peligrosos, el acertar el número de granos arrojando pu-

1_lorente 1.p65 359 29/11/2006, 12:15 p.m.

ñados de maíz, el dar con pequeñas bolitas a otras colocadas a diversas distancias, el echar al azar semillas por una cara negras y por otra coloradas, y el juego con el bailador de cuatro caras, que respectivamente marcaban ganancia total, pérdida total, ganancia parcial y pérdida parcial. Otros entretenimientos, como el de la pelota, bolas y sus semejantes, servían para ejercitar la agilidad, la fuerza o la destreza, y se desplegaba todo el ardor de los combates en las *pullas,* diversión muy peligrosa en la que con ciego furor se daban y recibían a veces heridas mortales sin apiadarse de los caídos, antes complaciéndose en el número de las víctimas, sobre todo si al bárbaro placer se mezclaba alguna aspiración religiosa. Del amor a la belleza, que prevalece en los pasatiempos de los pueblos cultos, son testimonios irrecusables los restos numerosos de obras artísticas, el deseo general de lucir sea por las gracias, sea por el adorno de las personas que se descubría en las grandes fiestas, el cultivo de las flores, la cría de hermosos pájaros y la predilección por los sitios pintorescos.

El modo de vivir, que necesariamente había de variar con el estado social y con las condiciones del clima, correspondía a pueblos cultos, si se exceptúan las toscas enramadas, las cuevas, la desnudez más o menos completa y el alimentarse con las carnes de sus semejantes, en uso en unas pocas hordas salvajes. Los serranos vivían en casas hechas con piedras o adobes, cubiertas de paja, sin chimeneas ni ventanas, con simples agujeros por puertas casi siempre muy estrechas y de un solo piso; si esa estrechez y formas primitivas no se adaptaban a una vida lujosa, ni aun a las comodidades de la vida, solían estar en relación con las exigencias del clima, poniendo a los habitantes a cubierto de hielos y lluvias. Las viviendas de los costeños, que ante todo necesitaban de luz y de aire renovado, eran por lo común más espaciosas, ya se formaran de adobes, ya fueran construidas con cañas y otros materiales ligeros y apropiados para cubrir sin gran trabajo grandes espacios. Así en la sierra como en la costa, los edificios públicos y las residencias de los curacas llegaron a ser suntuosos y en las tribus más poderosas adquirieron grandiosas proporciones. No faltaron en una ni en otra región habitaciones rurales diseminadas por la ancha comarca; mas en general, y ésta era una necesidad impuesta por el riesgo constante de las agresiones, los habitantes se hacinaban en pueblos, formando cierta especie de colmenas, sin forma regular, con pasadizos estrechos y en situación fortificada por la naturaleza o por el arte.

Los alimentos, que por lo común eran sencillos y en cantidad moderada, variaban principalmente según la diversidad de regiones. El pescado formaba la base de la alimentación a las orillas del mar, del lago Titicaca y de los ríos más caudalosos; solía comerse crudo, pero como casi todos los manjares, sazonados con la sal y el ají. En las punas el

1_lorente 1.p65 360 29/11/2006, 12:15 p.m.

sustento principal era suministrado por los ganados y la caza. En todos los valles, así calientes como templados, se hacía uso preferente del maíz tostado, cocido y bajo otras muchas formas. La papa, que se cría espontáneamente y era objeto del más extenso cultivo, usada donde quiera, se consumía principalmente en la sierra y, para que pudiera conservarse mejor en la región alta, se reducía a *chuño* o masa helada exponiéndola al frío riguroso de la puna; en los mismos lugares se usaba mucho la quinua. El plátano, que según los cálculos de Humboldt es en sus cualidades prolíficas comparado con la papa como 1 a 44 y con las del trigo como 1 a 133, no fue desconocido de los antiguos peruanos, como han supuesto algunos historiadores, pues se ha encontrado en las huacas y figura en varios dibujos; mas no es posible determinar la extensión de su uso, que en los lugares donde crece podía ser fácilmente suplido por las yucas, camotes y otros productos más nutritivos. El uso del cacao no hubo de ser desconocido en la costa, pues en los últimos meses se han hallado algunos granos en las excavaciones hechas en una hacienda del valle de Chancay; la coca, que los incas quisieron reservar para su regalo exclusivo, fue antes de ellos del dominio común. Sabido es que el licor favorito, el alma de los banquetes y fiestas, el quitapesares universal, fue la chicha ordinariamente preparada con el maíz fermentado, pero que también se preparaba con el maguey, las semillas del molle y otros frutos. Las principales comidas tenían lugar por la mañana temprano y al ponerse el sol; la chicha se bebía a todas horas.

Tan sencillos como los alimentos fueron los vestidos compuestos de telas de lana, en la sierra, y de telas de algodón, en la costa; en ambas regiones, hombres y mujeres usaban una larga túnica o camisa y sobre ella una especie de manta, que el bello sexo prendía con alfileres metálicos o con simples espinas; a estas prendas añadían las mujeres el *anaco,* especie de polleras sujetas con ceñidor más o menos lujoso, y los varones de la sierra para resguardarse del frío usaban calzones o pañetes que cubrían la parte inferior del cuerpo. Pocas personas andaban descalzas; los más resguardaban el pie con hojotas, calzado de piel o de pita, de forma primitiva; las cabezas se cubrían con gorros en la región fría, pareciéndose los de las mujeres en el Collao a capuchas de fraile; pero estuviera o no cubierta la cabeza, era fácil distinguir las diversas tribus por la variedad de sus tocados. Unas llevaban el cabello cortado, otras en ondulantes rizos, algunas en trenzas largas; ostentaban sobre él simples cuerdas, hondas, diademas de diversas formas, plumajes y otros adornos más o menos extraños. Los que se usaban en forma de zarcillos, pulseras, collares, pendientes de la nariz o del labio, variaron mucho en su valor y tamaño. Naturalmente todo era común y de bajo precio en el ornato del pueblo, todo más o menos raro y precioso en el lujo de los poderosos.

1_lorente 1.p65 361 29/11/2006, 12:15 p.m.

En los actos que formaban el gran drama en la vida de la familia, existió cierta uniformidad, que no era de esperar de una sociedad heterogénea. El matrimonio, acompañado o no de solemnidades religiosas y consagrado a veces por un ósculo, fue el origen de los lazos conyugales, que los consortes reconocían por toda su vida y que los extraños solían respetar más de lo que se acostumbra en pueblos muy civilizados; no se miraban sin horror las uniones incestuosas y sólo los poderosos tenían varias mujeres, reconociendo siempre a una como a su principal esposa. Los hijos eran por lo común objeto de una tierna solicitud, especialmente de parte de las madres, las que en las casas solían tenerlos en cunas sencillas y en las jornadas los llevaban cargados a las espaldas; el ponerles nombre a pocos días de nacidos y su entrada a la pubertad eran una gran fiesta de familia; pero nada podía compararse al *duelo* o festín de la muerte. La grandeza del difunto se medía, como suele hacerse en las poblaciones más adelantadas, por el lujo de las pompas fúnebres; preparado por la familia y acrecentado con los obsequios de los amigos, el banquete podía saciar el apetito y la extraordinaria afición a la chicha de los convidados más golosos y de los bebedores más intrépidos; los lamentos eran una verdadera tempestad de gritos y llantos lanzados no tanto por los verdaderos dolientes, cuanto por las *plañideras* de oficio o de rutina; el lamentable cortejo no sólo se entregaba a sus explosiones de dolor en la residencia mortuoria, y junto a la tumba, sino que clamaba por los campos, ensalzando las prendas y altos hechos del difunto, sobre todo si había sido un caudillo valeroso. Razón habrían tenido para excederse en las clamorosas demostraciones de desesperación varias mujeres que se distinguían en la doliente comitiva, puesto que siendo jóvenes hermosas, rebosando salud y viviendo en la abundancia estaban cerca de bajar al sepulcro; pero exaltadas por la embriaguez, el amor y las locuras del sacrificio se enterraban voluntariamente vivas, o recibían alegres la muerte ya de manos ajenas, ya de las propias. Las pompas del tumultuoso duelo solían renovarse al cabo del año, y en algunas tribus, mientras vivían los allegados del difunto, las viudas que no le habían seguido a la sepultura conservaban en Tarma un año de luto, trayendo cortado el cabello, ennegrecido el rostro y negros vestidos.

Artes.- Sea para honrar a los muertos, sea para satisfacer las necesidades de los vivos, las diversas artes produjeron obras que, conservadas hasta ahora en buen estado, arruinadas o conocidas solamente por fieles descripciones, atestiguan una cultura material antigua, variada y extendida. La explotación mineral hubo de suministrar a los antiguos peruanos materiales de construcción, armas, utensilios y otros muchos objetos de utilidad o de lujo; extrajeron tierras para sus paredes y trabajos de alfare-

1_lorente 1.p65 362 29/11/2006, 12:15 p.m.

ría; piedras para edificar, para batanes, para instrumentos de industria y de guerra, aplicándolas a tantos usos que por esta razón aquella edad pudiera llamarse *edad de piedra;* cobre, que unido a una corta cantidad de estaño prestó todos los servicios del hierro, metal conocido pero no forjado entonces en el Perú; plata y oro, que a todo se aplicaron menos a servir de moneda metálica desconocida en aquellos tiempos; y fuera de otros minerales, la sal, que abundante en todas partes y tomada por todos, menos por algunos indios de las montañas vecinas al ecuador, dio lugar a muy extenso consumo: en los altos de Junín no lejos de Ondores se explotaron salinas que aún no están agotadas, siendo tan considerable la extracción que de las vasijas rotas después de haber servido a la separación de la sal se formó un cerro de considerable altura. En general, la industria extractiva no exigió ni conocimientos profundos ni esfuerzos ingentes, sino cuando se trataba de remover y cortar masas colosales.

Sólo en la región de los bosques, en que se multiplican los animales como en su suelo nativo, recibió la caza un desarrollo considerable; pero donde quiera se desplegaron arbitrios más o menos ingeniosos para coger a los que vagan por la tierra o surcan los aires. Sin hablar de la flecha, ni del dardo disparados por los salvajes con maravillosa destreza, se tomaba a los cuadrúpedos con lazos armados de bolas, lanzados a veces de larga distancia; se les hacía caer en bien escondidas trampas, a las fieras se les daba caza uniendo la astucia a la audacia; las tímidas vicuñas, merced a su carácter medroso, eran tomadas por el arbitrio singular llamado *llipi.* En las rígidas punas que ellas frecuentan, se formaba un cerco de estacas, que dejaban entre sí anchos claros y sostenían a cierta altura un cordón cargado de colgajos de diferentes colores; multitud de cazadores las hacían entrar a fuerza de gritos por la abertura, que al efecto habían dejado en aquel círculo, y una vez entradas era fácil tomarlas a mano, por el espanto que les causaba la vista de los colgajos; sin embargo, la cacería solía malograrse si junto con ellas se había encerrado algún atrevido guanaco, el cual salvaba pronto la débil valla, y sus tímidas compañeras le seguían como una manada de carneros. Fieras y toda suerte de animales montañeses eran objeto de las inmensas cacerías llamadas *chacos,* en las cuales millares de indios ahuyentaban a todos los de la puna haciendo espantoso estruendo, los iban reduciendo a espacios cada vez más estrechos, y cuando los tenían aglomerados, los mataban a palos o por otros medios más o menos expeditos. También se encerraban a las aves de ribera en estrecho círculo para tomarlas a mano; las perdices eran muertas a palos, después que habiendo dado dos o tres vuelos se las podía alcanzar en la carrera; otros cazadores las tomaban en sus nidos, deslumbrándolas en la noche con hachones encendidos: se empleaban además en la caza de las aves la oculta liga, las redes verdes, que ellas

1_lorente 1.p65 363 29/11/2006, 12:15 p.m.

equivocaban con la hierba, y entre otros engaños menos ingeniosos los granos de maíz sujetos a un hilo del que se tiraba cuando habían tragado el cebo. El más violento recurso para tomar a cuadrúpedos y aves fueron las flechas envenenadas con el *urari*, que las mataba instantáneamente sin dañar sus carnes para la alimentación del hombre.

La pesca alcanzó las más vastas proporciones cerca del mar, de los lagos y de aquellos ríos que ofrecen presas ricas y variadas: se tomaban inmensas cantidades de las anchovetas varadas en la playa, como podía tomarse la arena, y no había sino el sencillo trabajo de voltearlas para coger un gran número de las tortugas, que en la montaña salen de las corrientes más caudalosas a dejar sus huevos en la ribera, objeto también de una captura estimable; se embriagaba a los peces con verbasco u otras yerbas en las aguas estancadas; otros eran tomados flechándolos a cierta profundidad, arponeándolos si eran de gran tamaño, usando el anzuelo o la red para los menores: las ballenas, las vacas marinas, los lobos y otros monstruos acuáticos eran víctimas ya del arpón, ya de la lanza; contra los caimanes, que son el terror de las aguas dulces y de sus orillas, había necesidad de arrojo sorprendente o de astucia refinada: a veces se les atraía a un foso cubierto de caediza enramada, excitando su voracidad con los gritos de un animal, que allí estaba atado, y a veces se les atacaba de frente en su propio dominio sin más armas que una estaquilla puntiaguda, la que clavándose dentro de su enorme boca, cuando la abrían para acometer, les impedía hacer uso de su formidable dentadura, y reducidos a la impotencia eran arrastrados sin peligro a tierra por su sereno y hábil adversario. En las pescas llamadas *calas*, en las que se necesita luchar no con espantosos monstruos a los que se puede desarmar, sino con el furor de indomables olas, no son menos de admirar la intrepidez y destreza de los indios. El mar agitado por la resaca y quebrándose en las rocas se levanta a espantosa altura y retumba como el trueno; la débil embarcación se vuelca a menudo, y entre tanto los pescadores serenos y alegres navegan sobre montes de agua, juegan con el océano embravecido, y suben una y otra vez sobre la volteada canoa; saliendo al fin a la playa salvos ellos y su abundante pesca. El hábito y la necesidad multiplicaron en todo tiempo los hábiles y animosos navegantes, así en las aguas marinas como en las terrestres, enseñándoles a surcarlas con balsas formadas de ligera madera, con haces de totora, con cueros de lobos marinos henchidos de viento, y con canoas formadas de una o varias piezas, pequeñísimas o de grandes dimensiones; para atravesar simplemente los ríos se emplearon entre otros medios un *conjunto de calabazas,* que flotaban llevando cargas de consideración y que el nadador iba empujando, *oroyas* o cuerdas pendientes de una a otra ribera y sobre las que desliza una canasta en la que es trasportado el pasajero,

1_lorente 1.p65 364 29/11/2006, 12:15 p.m.

puentes de balsas y *puentes suspendidos,* compuestos principalmente de un tejido de mimbres y usados en la China desde remotos siglos.

La cría de ganados hubo de ser antiquísima en el Perú, porque sin ellos no habrían podido subsistir las poblaciones que de tiempo inmemorial prosperaron en las punas donde la escasez, cuando no la absoluta falta de cosechas, sólo ofrecía a las sociedades primitivas una alimentación insuficiente y precaria: la abundancia de llamas y alpacas multiplicadas por la ganadería suministraba al mismo tiempo carnes para el sustento, lanas para el abrigo, piel para el calzado y otros usos, taquía o excremento que servía de combustible, y bestias de carga, que pueden hacer jornadas de cuatro leguas, llevando las llamas unas cuatro arrobas y las alpacas poco menos de dos. No es extraño que fueran desconocidas en otros países, porque la naturaleza parece haberlas organizado exclusivamente para vivir en el terreno frío y escabroso de la cordillera: se vigorizan respirando el aire ligero de las alturas nevadas; hallan apropiado sustento en los pajonales; su pezuña hendida cubierta de flexible zapatilla les permite escalar resbalosas pendientes y vagar seguras por entre los mayores precipicios; su porte y sus inclinaciones guardan perfecta armonía con el aspecto severo de las punas. Entre otros animales de menos importancia se criaban en las casas los *alcos* o perros semidesnudos, los cuyes de extraordinaria fecundidad y cierta variedad de patos llamados *ñuñumas.* Así en el Perú como en el resto de América fue desconocido el uso de la leche de los animales, mientras que en la montaña se tomaba con placer la leche suministrada por algunos árboles.

La industria, a que los indígenas debieron principalmente sus elementos de subsistencia y que más influyó en su dulce civilización, fue el cultivo de la tierra. Las producciones espontáneas que puede suministrar el reino vegetal para el sustento del hombre, escasas en unas regiones y perdidas en otras entre árboles y maleza impenetrables, apenas habrían bastado para mantener reducidas hordas salvajes en lucha azarosa con las más crueles privaciones en tanto que la agricultura sacó en todo tiempo de un suelo siempre agradecido al trabajo recursos tan cuantiosos como inapreciables. El cultivo de la tierra produjo en abundancia maíz, papas, yucas, camotes, quinua, plátanos, ollucos, ocas, macas, piñas, paltas, chirimoyas y otros sabrosos manjares; para darle la suficiente extensión se despejaron los terrenos pedregosos, en las pendientes rápidas se establecieron andenes, bien dividiéndolas en terrazas con las respectivas paredes, bien cubriendo con humus la roca desnuda, y se llevó la fecundidad al desierto, sea mediante acequias que facilitaran el oportuno riego, sea abriendo hoyas en las que la humedad subterránea supliera la falta de otras aguas; también fueron empleados en la costa para sostener la fertilidad del guano, ese incomparable abono suminis-

1_lorente 1.p65 365 29/11/2006, 12:15 p.m.

trado por las aves marinas y las anchovetas, el mismo que se enterraba en las hoyas en suficiente cantidad al sembrar los granos de maíz; en la sierra se usó el abono humano o se dejaba descansar a la tierra por algunos años a fin de que pudiera cultivarse después con su anterior aprovechamiento. Usose un *arado* rudimentario reducido a una estaca puntiaguda con una pieza trasversal; sobre ésta apoyaba su pie un indio para que la punta del arado penetrara en tierra mientras otros seis o siete lo iban arrastrando. A fin de defender los sembrados los cercaban con paredones o con setos vivos. Los estragos de la helada se precavían en parte con grandes fogatas que esparcían mucho humo. Todo se facilitaba y embellecía en la agricultura mediante los auxilios recíprocos de los agricultores, que convertían en fiesta popular las más penosas faenas.

Igual asistencia solían prestarse los indios para construir sus modestos albergues, y en todo podrían ayudarse unos a otros, sabiendo ejercer la inmensa mayoría las industrias de primera necesidad. Para las obras de lujo hubo artífices especiales, los que si bien carecían de nociones científicas y de instrumentos perfeccionados, hicieron trabajos admirables que suponen singular paciencia y extraordinaria habilidad trasmitida de padres a hijos: entre estas obras maestras merecen especial mención las grandes construcciones, los tejidos y las labores esmeradas de plateros y alfareros, de que es necesario ocuparse con alguna detención al hablar de las antigüedades primitivas; por ahora baste recordar que, si las formas solían ser muy imperfectas, la ejecución llegaba a ostentar suma delicadeza, y en los colores no se sabe qué admirar más, si la brillantez o la secular tenacidad: los sacaban del reino animal, de cierto molusco análogo al de la púrpura tiria, del magno o cochinilla silvestre, del liquen llamado orchilla y de otras muchas materias vegetales.

De las artes, que más de cerca influyen en el hombre, debemos decir unas pocas palabras relativas a la medicina, la guerra y la conservación de los restos mortales. En la conservación y restablecimiento de la salud se emplearon los baños, las *sangrías locales* mediante piedrecillas cortantes que hacían las veces de lancetas, y multitud de remedios vegetales, algunos de singular eficacia, los más ya empleados por la ciencia y unos pocos, que son todavía el secreto de los curanderos; pero la curación de las enfermedades era más bien la obra de la constitución robusta, del clima y de la Divina Providencia, que de una inteligente y solícita asistencia: por incuria o por medicaciones absurdas leves epidemias tomaban un carácter exterminador y las indisposiciones se hacían gravísimas; los males se aceptaban a veces con estúpida resignación como un azote de la fatalidad; otras veces atribuyéndolos sea a los hechizos, sea a la cólera de los dioses, se pretendía conjurarlos con otros hechizos o con vanas plegarias; en ciertos lugares se dejaba perecer en el mayor desam-

1_lorente 1.p65 366 29/11/2006, 12:15 p.m.

paro al enfermo, al que se declaraba *pasado,* es decir, sin remedio, y en otros hubo *despenadores* que abreviaban la agonía oprimiendo el pecho o apretando la garganta de los moribundos. La guerra, aunque fuera de espantosa frecuencia, se elevó apenas sobre las astucias de los salvajes, procurándose por lo común sorprender al enemigo, aterrarlo y cuando no exterminarlo, paralizar para siempre sus fuerzas; las armas empleadas para acometer fueron flechas, dardos, lanzas, macanas, piedras arrojadas con honda o precipitadas de gran altura, en suma casi todas las conocidas antes del descubrimiento de la pólvora; en cuanto a los medios de defensa, se hallan en todas partes los puntos fortificados, y pueden contarse entre los monumentos más admirables ciertas fortalezas. En la conservación de los cadáveres se desplegó todo el arte que era de esperar de la influencia predominante que ejercía el pensamiento de la vida futura: reducíanse al estado de momia, sea exponiéndolos en la sierra a la acción del hielo y en la costa a la de tierras secas y salitrosas, sea desecándoles con el fuego e impregnándoles del vapor de sustancias resinosas o por otros medios desconocidos; se les enterraba echados, en pie y más comúnmente sentados, con las rodillas juntas y dobladas sobre el vientre, los brazos traídos sobre el pecho y las manos unidas sobre el rostro, como la criatura que se desarrolla en el seno materno; estaban de ordinario con grandes envolturas, de toscas esteras o tejidos más o menos finos, según la fortuna de la familia, varios con una pieza metálica en la boca, como para pagar su entrada en el nuevo mundo, y todos abundantemente provistos de alimentos, útiles, armas, tesoros o servidores según su rango. Los sepulcros, cuya gran variedad hicieron notar ya Cieza de León y el venerable Las Casas, eran subterráneos, al nivel del suelo en forma de pirámides y de huacas o cerros artificiales, esparcidos por la campiña o reunidos en vastas necrópolis; para defenderlos de sacrílegas violencias se guardó a los difuntos en el hogar como el objeto más precioso, se les enterró en lugares ocultos, se les puso bajo enormes peñascos, y a veces fueron colocados en precipicios, a donde nadie podía descender sino estando colgado y sostenido desde la cumbre. Semejante solicitud ha permitido que haya un mundo de momias rodeado de otro mundo de obras de arte, imagen permanente de la cultura primitiva. Por mucho tiempo los sepulcros han sido profanados por los que buscaban tesoros, desechando todo escrúpulo y sin dejarse intimidar por la influencia mortífera que la opinión atribuía al aire de gentil; la historia busca hoy la luz entre las sombras sepulcrales y espera hallar en los despojos de la muerte más elocuencia que en el testimonio de los vivos, profundamente alterado por los siglos: eco siempre débil e infiel de la palabra viviente cuando faltan las letras, que dan al pensamiento alas y duración perpetua.

1_lorente 1.p65 367 29/11/2006, 12:15 p.m.

Capítulo IV
Antigüedades primitivas del Perú

Primeras impresiones.- Las antigüedades del Perú rara vez llaman fuertemente la atención a primera vista: la sencillez que las caracteriza suele impedir que causen efectos sorprendentes, sobre todo cuando están como perdidas entre estupendas escenas naturales de una grandeza titánica; cubriendo el desierto por millas enteras, llenando los valles y escalando altas cumbres, se hacen tan comunes que sólo producen la débil impresión de los objetos muy ordinarios; envueltas en las densas nubes con que oscurece el tiempo las cosas más claras, por lo común no pueden ser objeto de ideas muy vivas; hay, en fin, grave riesgo de confundirlas con las obras de la naturaleza, y desde que la confusión tiene lugar, todo interés especial ha desaparecido. Las colinas, levantadas por el arte para servir de tumbas, fortificaciones o templos, pierden a menudo su aspecto de artefactos no sólo por la enormidad de su masa, sino también por haber sido extraordinariamente desfiguradas, en parte por la acción secular de los elementos, y en parte por la mano del hombre ávido de tesoros o necesitado de materiales, sea para las construcciones mecánicas, sea para levantar el edificio de la ciencia. Con mayor frecuencia, las obras naturales parecen obras hechas a mano por su regularidad y su disposición artística: no sólo el vulgo irreflexivo, que se deja llevar de las primeras apariencias, sino viajeros científicos como Ulloa, han tomado por obeliscos artificiales el considerable número de pirámides que cuatro leguas al norte de Acobamba en la provincia de Angaraes se levantan en las alturas de Paucará, haciéndola aparecer como una ciudad fortificada con innumerables castillos; esas masas regulares están hendidas transversalmente hacia el vértice, algunas con la cúspide caída al pie, otras con la cúspide todavía sobre el tronco amenazando caer, y se creería que todas han de perder a su tiempo la pared más alta, como si hubieran sido heridas simultáneamente por una lluvia de rayos. Estas apariencias singulares, la regularidad de las formas y la tradición de que las

1_lorente 1.p65 369 29/11/2006, 12:15 p.m.

pirámides tuvieron un destino sepulcral, hubieran podido inducirnos en el error vulgar; pero el número de ellas, su situación y la analogía con otras columnas naturales de la cordillera, nos inclinaron a crecer hace un cuarto de siglo que eran obra exclusiva de la naturaleza. El señor Raimondi lo ha probado después con esta exposición luminosa: «las inmediaciones de Paucará llaman la atención del viajero científico de un modo particular. Con efecto, numerosas y grandes peñas de conglomerato traquítico de forma cónica o piramidal se elevan sobre la superficie del terreno por todas partes y, vistas acierta distancia, ofrecen el aspecto de un campamento militar con sus toldos tendidos. Muchos viajeros han creído que estas singulares pirámides fuesen obras del hombre cuando por lo contrario no son sino monumentos históricos de la naturaleza. Imagínese que todo este terreno haya estado en otra época cubierto con una espesa capa de conglomerato traquítico hasta la altura que tienen las más elevadas de las citadas masas; y que, enseguida, el agua de las lluvias haya escavado pequeños surcos en esta roca, que ofrece tan poca resistencia a la acción del agua. Continúese ahora con la imaginación el mismo fenómeno durante el período de algunos siglos, y se comprenderá cómo los surcos se fueron haciendo tan profundos hasta partir en todo su espesor las capas de conglomerato traquítico en numerosas masas aisladas. Si después de haber dividido el terreno en tantas masas, continúa todavía la acción erosiva de las aguas, se concebirá fácilmente que poco a poco dichas masas deben ir tomando la forma cónica o piramidal, que ofrecen las de Paucará, y que sólo las más grandes pueden conservar una especie de meseta en su parte superior. Ejemplos de esta naturaleza tenemos en varios puntos del Perú, y podemos decir, en todos los lugares, de conglomerato traquítico en terreno un poco inclinado; allí se observa una disposición análoga a la que se presenta en las inmediaciones de Paucará, o formas todavía más caprichosas, que simulan torres, fortalezas, antiguos castillos».

Las formas más o menos artísticas de las grandes masas terrestres y sus transformaciones tan frecuentes como admirables han hecho creer a muchos que en la región más escabrosa de los Andes abundan las ciudades arruinadas y otros estupendos monumentos del arte. Esa falsa creencia se propaga y arraiga tanto más fácilmente cuanto que a menudo los lugares donde se descubren esas aparentes construcciones son de difícil acceso, y la ilusión suele hallarse favorecida por las nubes, el reflejo de la nieve u otros falaces meteoros. Cuando un viajero muy impresionable marcha por asperísimas alturas, donde la nevada ha borrado todos los senderos, o cuando otros peligros exaltan su fantasía entre los precipicios y derrumbes andinos, todo se presenta ante sus ojos deslumbrados con formas sorprendentes, todo reviste las apariencias, ya amenazado-

1_lorente 1.p65 370 29/11/2006, 12:15 p.m.

ras, ya propicias, de construcciones humanas, cuyos moradores pueden agravar o terminar sus padecimientos ya casi insoportables.

Por más difícil que a primera vista parezca el reconocimiento de las antigüedades peruanas, para no confundirlas con las formaciones naturales suele bastar el examinarlas con ánimo tranquilo, sin dejarse llevar ni de la opinión vulgar, ni de las primeras impresiones; al no haber sido enteramente destruidas, queda siempre en las obras del hombre algún vestigio del pensamiento humano, cierto sello de razón y de libertad que la inspección atenta reconoce pronto y pone fuera de duda. No es tan fácil distinguir las antigüedades primitivas de las que pertenecen a la civilización de los incas, a quienes suele atribuirse toda la cultura del antiguo Perú; los hijos del Sol, en el interés de su dominación y de su culto, acostumbraron transformar los anteriores monumentos cubriéndolos de nuevas construcciones o, al menos, los circundaron de edificios consagrados a la adoración solar, que dejan en débil luz las creencias y trabajos más antiguos; sin embargo el lugar, el tiempo y el estilo de las diversas obras permiten al crítico inteligente reconocer su verdadero carácter, aunque para confundirle se hayan acumulado las tinieblas. Los grandes monumentos, que nunca pueden improvisarse y que se hallan en lugares adonde no llegó o sólo ejerció una influencia efímera la dominación de los incas, ciertamente que no fueron levantados por su gobierno. Tampoco hay razón para atribuirles construcciones que, por su vetustez, recuerdan remotísimas épocas. Aun las obras que se descubren en la vasta extensión de su imperio, sin indicios seguros de que pertenecieran a siglos anteriores, son sin duda de otro origen, si difieren enteramente de las que ejecutaron sus súbditos, por los procederes de ejecución y por las ideas que revelan.

Por más penoso que sea el reconocimiento de las antigüedades primitivas, y aunque desde luego su sencillez, abundancia, oscuridad y confusión amortigüen el interés que deben excitar, desde Cieza de León llamaron la atención de los arqueólogos, y en nuestro siglo, cuyo positivismo está lejos de haber proscrito las meditaciones sabias, son objeto de estudios profundos. La edad inmemorial a que nos llevan las rodea del prestigio que prestan las canas al anciano venerable; el investigador diligente recibe las más gratas emociones viendo aparecer la luz en la noche de los tiempos, brillar antiquísima cultura cerca de las hordas más bárbaras y enlazarse con la marcha general de la humanidad la vida de tribus, que tal vez habrían podido tenerse por extrañas a la gran familia humana; prescindiendo de la ilustración que derrama no sólo sobre la historia del Perú, sino sobre la historia universal, para toda alma accesible a las impresiones más puras, la contemplación de las generaciones y de las cosas que florecieron en siglos remotísimos, es

1_lorente 1.p65 371 29/11/2006, 12:15 p.m.

fecunda en contrastes de delicia inefable. Una dulce melancolía se apodera del ánimo en presencia de misteriosas y grandes ruinas; la soledad se enseñorea sobre ciudades, que estuvieron muy pobladas; el desierto ha invadido regiones, en que sobreabundó la vida; pavoroso silencio ha sucedido a la alegría que por doquier estallaba; los lugares más solitarios, áridos y silenciosos ofrecen en sus ruinosos o arruinados monumentos toda la elocuencia de la tumba. También dan lugar a contemplaciones tan graves, como deliciosos lugares, donde se agita un pueblo alegre y se ostenta una vegetación espléndida entre escombros de poblaciones y campiñas, que allá en apartados tiempos tuvieron extrañas maneras de cultura; el cielo es el mismo, la tierra está vivificada por el mismo sol, soplan vientos iguales, corren las aguas del antiguo manantial; y sin embargo los hombres, y cuanto de ellos pende, han sufrido los cambios más profundos; variaciones de suma trascendencia ponen de manifiesto la incalculable influencia que en el destino de las naciones ejercen las ideas y la dirección de la libertad humana. Al través de los mayores contrastes se percibe claramente el orden universal, la invariabilidad de las leyes que rigen en el mundo físico y en el mundo moral; de aquí se desprenden las enseñanzas más provechosas; junto con la solidaridad de nuestro porvenir aparece la necesidad de reconocer los elementos que nos ha suministrado la Providencia, y las vías que nos ha trazado para mejorar la condición de nuestro pueblo.

Restos humanos.- Nada puede hacernos pensar con más seriedad, ni con más provecho en el destino común de la humanidad y en sus relaciones con el universo, que las reliquias del cuerpo humano perdidas entre el polvo inorgánico y los restos de otros vivientes: desde que el hombre vuelve al seno de la madre tierra van borrándose las vanas distinciones que tan desigualmente distribuían la estimación entre los favoritos y las víctimas de la fortuna; el cadáver del abyecto esclavo puede excitar tanto interés como el del altivo dueño; la momia y el cráneo son para la ciencia restos preciosos, por más despreciadas que hayan sido las personas durante la vida; todos conmueven profundamente al hombre reflexivo, todos dan lecciones inestimables envueltas en graves emociones. Dejando a los moralistas las reflexiones filosóficas, que los tristes despojos de la muerte sugieren en todos los países, indiquemos a grandes rasgos los que más de cerca se ligan a la civilización primitiva del Perú.

En ciertos lugares, como en el Arenal, que cerca de Trujillo media entre el mar y las antiguas ruinas de Chanchán, un área de muchos acres está cubierta de esqueletos, sepultados en desorden como después de una gran batalla, según ha observado el diligente Squier; esta presunción se halla confirmada por el hecho de que todos los huesos descubier-

1_lorente 1.p65 372 29/11/2006, 12:15 p.m.

tos son de adultos, y la mayor parte de los cráneos presentan señales inequívocas de violencia; algunos parecen golpeados con espadones, otros atravesados por las puntas que erizaban las porras; ciertas lesiones son iguales a las que producen las flechas o las lanzas, y en algún cráneo se ha visto un agujero semejante al que hubieron de abrir armas esparcidas en la arena inmediata. Entre las ruinas de Pachacamac sobreabundan las momias, enterradas a diversas profundidades, las unas encima de las otras formando capas sepulcrales sobrepuestas, y comprobando la tradición de que al gran santuario de la costa afluía desde remotos siglos gran número de peregrinos, muchos de ellos con la resolución de dejar sus restos mortales en aquella tierra santificada. En varios puntos de la sierra y de la costa se hallan cadáveres cuya posición y contextura manifiestan que los cuerpos fueron enterrados vivos para continuar prestando sus servicios a los magnates en la vida futura. Otras aspiraciones de ultratumba están reveladas por los objetos que se pusieron en torno del difunto, quedando de manifiesto la creencia unánime de una existencia ulterior, enteramente análoga a la existencia actual. La diversidad de posiciones sociales se demuestra en la humildad o suntuosidad de las tumbas, en su agrupamiento o especialidad, sea para familias poderosas, sea para ciertas edades o sexos.

La exploración atenta de las momias y huesos humanos descubre mucha semejanza, cuando no absoluta identidad, entre las más antiguas razas de la América y los actuales indígenas: hay conformaciones idénticas en los cráneos; la bella nariz aguileña, diversa de la nariz griega y de la nariz hebrea, que con razón se ha caracterizado de nariz americana, se encuentra en los que hoy viven y en los más antiguos difuntos; también suelen hallarse en unos y otros como caracteres más generales, el pie pequeño y arqueado, la estatura mediana, el pecho ancho, las formas regulares y robustas, la barba escasa, el cabello negro y lacio, la frente deprimida y como que huye; sin embargo no faltan cráneos, como el de un niño de Chachapoyas que se halla en la escogida colección de Raimondi, tan perfectamente conformados como el del mejor tipo caucásico; mientras en otros la degradación de la forma toca los límites de los animales herbívoros. Lo que hace más inciertos los resultados de la craneoscopia es la deformación artificial, que incuestionablemente se practicó en muchas tribus y cuya influencia no está bien determinada: en tanto que alguna vez el gran coleccionador Morton y como heredero de su primera opinión Wilson, Blake y otros etnólogos, así norteamericanos como ingleses, admiten razas dolicocéfalas o de cráneo naturalmente prolongado, Wilmore y la mayoría de los observadores atribuyen a la presión lateral destinada a producir un embellecimiento fantástico la prolongación de las cabezas aimaras y sus congé-

1_lorente 1.p65 373 29/11/2006, 12:15 p.m.

neres; todavía no puede decirse hasta qué punto el artificio desfiguró o secundó las formas de la naturaleza. También se han suscitado dudas menos fundadas respecto al color negro del cabello; por cuanto a menudo se hallan pelos de tintes más o menos claros, y aun se dice que en el departamento de Amazonas se han descubierto cabezas antiguas con pelo rubio; pero esta aserción necesita comprobarse, y por otra parte es fácil equivocar los matices naturalmente claros con la alteración rojiza que producen las influencias sepulcrales. Además, enfermedades endémicas o individuales decoloran profundamente así la piel como el cabello, no faltando personas ni pueblos de pelo y cutis tan descoloridos y alterados que, a no ser por su debilidad y achaques, se les tendría por tan rubios como la raza sajona, aunque su tipo general sea esencialmente americano.

Las viejas tradiciones de pigmeos y gigantes están completamente desmentidas por el examen atento de los restos humanos; en ningún punto se han encontrado esqueletos cuya talla difiera de las dimensiones reconocidas en nuestra especie, y los enormes huesos con que en otro tiempo quiso probarse la anterior existencia de cuerpos gigantescos, son de elefantes, de mastodontes u otros fósiles de grandes cuadrúpedos extinguidos. En cambio, con estudios incompletos y con las más aventuradas suposiciones se ha pretendido acreditar otro error de harto más grave trascendencia práctica: operando sobre un reducido número de cráneos, sin tener en cuenta las diferencias de edad, ni de sexo, no dando el valor correspondiente a la deformación artificial, y ocultando la debilidad de las razones con el lujo de las medidas en todos sentidos, se ha concluido del examen comparativo de las dimensiones craneanas, que las razas indígenas del Perú no poseían un órgano de inteligencia más aventajado que el de los hotentotes y el de los antiguos negros oceánicos; la capacidad media del antiguo cráneo peruano sería según unos de 65 pulgadas cúbicas y según otros de 80; el peso de la masa cerebral no pasaría de 45 onzas. Como ha manifestado Wilmore, aunque la cantidad de cerebro estuviese al mismo nivel entre las razas más degradadas y las razas que de todos modos han mostrado una esplendente cultura, todo eso probaría únicamente que la capacidad relativa del cráneo debe considerarse meramente como un carácter anatómico, no como un carácter fisiológico; si los cerebros de Cuvier y Schiller fueron del tamaño máximo, en el mismo caso se hallaban los de tres individuos desconocidos; mientras que el de Dante se elevó muy poco sobre el término medio, y probablemente no alcanzó esta dimensión el de Byron. Recordamos a este propósito que, ni toda la masa encefálica sirve de instrumento a las operaciones de la inteligencia, ni el poder de un órgano se mide exclusivamente por su magnitud: aun para las funciones más mecánicas, la

1_lorente 1.p65 374 29/11/2006, 12:15 p.m.

textura íntima y otras modificaciones inapreciables influyen más que el volumen; nada hay más poderoso que los agentes imponderables.

Monumentos primitivos.- Para confundir a cuantos pongan en duda las superiores aptitudes de los antiguos peruanos, no hay necesidad de examinar uno por uno los pueblos y los cementerios, las fortalezas y los santuarios, los acueductos y los andenes; con sólo considerar su portentoso conjunto se convencerá cualquiera de que esas empresas ciclópeas no tienen rival ni aun en este siglo, cuya industria es fecunda en obras maravillosas. Se ha calculado que la longitud de los paredones destinados a hacer cultivables las pendientes de las quebradas forman una muralla de piedra de 250 mil millas con una altura de 304 pies, o sea lo bastante para dar diez vueltas al globo terrestre; y Heath, que ha dado sorprendentes pormenores de las antiguas construcciones peruanas, asegura que la obra indicada es de una extensión superior al doble de la calculada. Por grande que sea la parte de estos andenes construidos bajo la dominación de los incas, la perteneciente a la cultura primitiva, especialmente en el norte donde los trabajos imperiales fueron de reducida duración, aumentada con las construcciones de otro género, dejaría siempre una masa estupenda de monumentos primitivos que revelan, junto con la energía de los Hércules, la incansable actividad de la abeja y de la hormiga.

Entre los monumentos primitivos ninguno ha llamado tanto la atención ni excitado tan alto interés como los del pequeño pueblo de Tiahuanaco; hoy, no obstante hallarse en la más completa ruina, suelen tenerse por señales evidentes de la cultura más antigua y más avanzada de las dos Américas, y se les cree contemporáneos de los primeros monumentos del Egipto y del Asia; Garcilaso y otros ciegos partidarios de la cultura de los incas reconocían que ésta les era posterior, y Cieza de León, cuyo espíritu observador y buen juicio no dejaron de extraviarse por los apasionados informes de la nobleza cuzqueña, decía: «yo para mí tengo esta antigualla por la más antigua de todo el Perú, y así se tiene, que antes que los Yncas reinasen, con muchos tiempos estaban hechos algunos edificios de éstos, porque yo he oído afirmar a indios, que los Yncas hicieron los edificios grandes del Cuzco por la forma, que vieron tener la muralla o pared, que se ve en este pueblo, y aún dicen más, que los primeros Yncas platicaron de hacer la corte en este Tiahuanaco». Conociendo tan importantes ruinas por las descripciones y por el grabado, el viajero que las encuentra circunscritas a una milla cuadrada, junto a una triste aldea, con las apariencias de colinas artificiales y de piedras ya en hilazas, ya esparcidas en confuso desorden, recibe impresiones poco favorables, y sólo después de un examen inteligente puede for-

1_lorente 1.p65 375 29/11/2006, 12:15 p.m.

marse idea del grandioso conjunto. Convertido el Baalbeck del Perú, como le llama Squier, en una cantera para las iglesias y casas de la comarca y hasta para la catedral de La Paz, sus piedras mejor labradas están empleadas en las paredes puertas, pisos, pilas y pedestales de obras cristianas, con cuya imperfección forman un desagradable contraste; pero no obstante una destrucción tan continuada, que ha adelantado la acción de los siglos y que a la vez ha sido agravada por buscadores de tesoros y por anticuarios poco escrupulosos, todavía hay en tan antiguas ruinas materiales bastantes para una admiración ilimitada.

A considerar sólo las piedras, diseminadas en Tiahuanaco o dispuestas en forma de murallas, son muy admirables, sea por su grandeza, sea por la perfección de sus labores; una de ellas medida por el padre Acosta tenía 30 pies de largo, 18 de ancho y seis de grueso; Cieza notó con sorpresa muchas portadas grandes, con sus quicios, umbrales y portaletes, todo de una sola pieza, y que de estas portadas salían otras mayores piedras, sobre las que estaban formadas, de las cuales algunas tenían 30 pies de largo, más de 15 de ancho y seis de frente. En cuanto a la labor, algunas la presentan muy tosca, otras están por desbastar, como si todavía no hubiera llegado la oportunidad de fijar su destino; pero el mayor número sorprende por lo pulido de sus caras, la precisión de sus cortes y lo acabado de sus ángulos. El concienzudo Squier, nada propenso a las exageraciones, da idea de tan admirables labores en los siguientes términos: «separad las construcciones superiores de los mejores edificios de nuestras ciudades, y pocos, si hay alguno, dejarán a descubierto cimientos puestos con igual cuidado y ninguna de las piedras cortadas con tal esmero o tan admirablemente ajustadas. Y yo puedo decirlo [de] una vez por todas, pesando cuidadosamente mis palabras, que en ninguna parte del mundo he visto piedras cortadas con tal precisión matemática y admirable habilidad, como en el Perú, y que en ninguna parte del Perú hay alguna que sobrepuje a las que están esparcidas sobre la llanura de Tiahuanaco». Lo que acrecienta la admiración es que sin bestias de tiro, ni vehículos apropiados, ni ninguna máquina poderosa, debieron traerse esas ingentes masas, las más cercanas de la distancia de cinco leguas, donde existen lechos de arenisca roja; y un número asombroso del istmo de Yunguyo, que dista unas 40 millas y tiene rocas traquíticas y basálticas que sirvieron de principal cantera, como muestran los cantos allí trabajados en todo o en parte y los esparcidos por el tránsito.

Entre las construcciones más notables se distinguen las conocidas con las denominaciones más o menos fundadas de fortaleza, templo, salón de justicia, palacio y santuario. La llamada fortaleza es un grandioso túmulo, o como dice Cieza, un collado hecho a mano, de 620 pies de largo, 450 de ancho y cerca de 50 de alto; se componía por lo menos de

1_lorente 1.p65 376 29/11/2006, 12:15 p.m.

tres terrazas sostenidas por muros de piedra, que respectivamente se elevaban sobre la base 9, 18 y 30 pies; en su base superior sostenía edificios, cuyos cimientos se conservan en parte; tanto allí como en los costados hay piedras de cortes regulares, y con varias esculturas, que debían unirse ordenadamente para formar un todo artístico; tenían la disposición conveniente para conservar la posición vertical de los muros, ya con la correspondencia exacta de las superficies, ya con la clavazón de bronce, a la que sin duda se destinaban los agujeros redondos abiertos en gran número de ellos. Hacia el lado oriental de la fortaleza se ve una terraza, que debía estarle subordinada, no alcanzando a la mitad de su elevación y siendo de 360 pies de largo, y de 186 de ancho. Tschudi encontró, en su inmediación, cavernas en las que le impidió penetrar el aire sofocante. Por lo demás, puede conjeturarse que este túmulo, si hizo las veces de castillo, lo debió más al carácter sagrado de sus construcciones superiores, como sucedió con otros santuarios fortificados del Perú y de México, que a sus débiles obras de defensa.

El llamado templo dista 64 pies de la fortaleza en la dirección NE; forma un rectángulo de 445 pies de largo y 388 de ancho; por la rudeza de sus piedras arenisco-rojas y lo gastada que se hallaban antes de la conquista española puede tenerse por el más antiguo monumento de Tiahuanaco; un muro exterior de materiales toscos sostiene una terraza a la altura de unos ocho pies sobre la llanura; en ese terraplén hay un recinto descubierto también cercado por un muro de piedras sin labrar semejante a un templo de druidas. También hubo aquí excavaciones, cuyo destino es un misterio y una especie de columnata o propileo que debió acrecentar la majestad de edificio sagrado, cuyo carácter acababan de precisar los ídolos y las esculturas simbólicas. El palacio y el salón de justicia, que no ofrecen ningún rasgo primitivo, probablemente fueron construidos bajo la dominación imperial. Cieza habla del santuario como de un pequeño retrete en que estaba puesto un ídolo junto al que, según la fama, se halló alguna cantidad de oro; según Squier se hallaba al este del salón de justicia en un terraplén de 173 pies cuadrados, y de 8 a 10 de altura, formando una construcción de cerca de 30 pies cuadrados, cuya parte más notable es un sillar escavado en forma de miniatura o pequeño modelo del sagrado edificio.

Entre los ídolos describió Cieza dos gigantescos, cuyas formas revelaban la mano de un artista: vestían ropas telares más largas y de otra forma que las túnicas usadas por los collas; tenían las cabezas cubiertas con gorros de un pie y siete pulgadas de alto; su cara estaba surcada por listones, de los que uno terminaba en cabeza de fiera, y en el cuello aparecían diversas figuras con rostro humano; Orbigni halló otros ídolos, uno de ellos alado también con rostro humano, y otro representando un

1_lorente 1.p65 377 29/11/2006, 12:15 p.m.

tigre. Caltelnau habla de una piedra tallada en forma de lagarto y de otras figuras esculpidas. En general, ruda o artística, la labor suele ofrecer un carácter simbólico, cuya significación parece religiosa. Este sentido se hace más evidente en las esculturas de la gran portada monolítica, que hoy se halla en el templo, y que no sólo puede considerarse como la principal maravilla de Tiahuanaco, sino como el monumento más interesante y misterioso de la antigua América.

El célebre monolito según Squier, se levanta sobre el suelo 7 pies 5 pulgadas, su mayor ancho es de 5 pies, 10 y media pulgadas, y su grueso de 16 y media pulgadas; la abertura de la puerta es de 6 pies 2 pulgadas de alto y 2 pies 10 pulgadas de ancho. En el frontispicio hay cuatro líneas de escultura en bajo relieve, con una figura esculpida de alto relieve en el centro de las tres líneas superiores, y con ocho figuras secundarias en cada una de las tres filas laterales; la línea inferior es una repetición, en pequeño, de la figura central. Ésta se halla sobre una base de grecas terminadas en cabezas de tigre o de cóndor; tiene en cada mano dos cetros semejantes a serpientes enroscadas, terminando el de la derecha en cabeza de tigre por arriba y en cabeza de cóndor por abajo, y floreciendo el de la izquierda una disposición opuesta; de la cabeza de esta figura salen cierta especie de rayos, cuyos remates son círculos, cabezas de tigre, o de cóndor; el rostro está surcado por rasgos que tienen una imperfecta semejanza con las imágenes de los animales representados en los remates. Las figuras laterales son de hombres: en el tronco, pies y manos llevan alas, y mientras las otras tienen también cabezas humanas con coronas, las de la línea intermedia las presentan de tigre o de cóndor; todas están en aptitud de adorar a la figura del centro, mirándola con una rodilla hincada, y dirigiendo sus cetros al respectivo centro. En las extremidades de la línea inferior ciertas figuritas de hombres, que llevan gorros adornados con plumas, acercan a sus labios un instrumento semejante a la trompeta. En el reverso del monolito se ha esculpido un friso, y se han escavado un nicho a cada lado en la parte de arriba y dos nichos menores bajo de ellos, pareciendo que una parte de esta obra quedó por concluir. Estos evidentes símbolos tenían según Orbigni un sentido político, representando la figura central al curaca o príncipe de Tiahuanaco, a quien rinden homenaje los jefes representados por las figuras laterales, cuya buena o mala voluntad están indicadas por las cabezas de hombres o de fieras. Con más fundamento atribuye Angrand a las esculturas del monolito una significación religiosa, suponiendo que en el centro se halla representado el Sol, imagen de la fuerza suprema a cuyo poder se somete todo; aunque varias de las suposiciones del último anticuario, quien refiere la cultura primitiva del Perú a las de México y Centroamérica fundándola en ciertas analogías del culto, sean

1_lorente 1.p65 378 29/11/2006, 12:15 p.m.

más ingeniosas que razonadas, las ruinas de Tiahuanaco revelan más bien una ciudad santa que una gran corte. Nada indica que allí haya existido una población muy numerosa, la que difícilmente habría hallado medios abundantes de subsistencia; el suelo a unos 13 mil pies sobre el nivel del mar, con una vegetación tan precaria como escasa, y la región vecina pobre de atractivos y de recursos impedían la formación de un poderoso centro político; en tanto que para el florecimiento de un venerado santuario bastaban un oráculo, un sueño o cualquier otro accidente supersticioso.

La hipótesis del ingenioso Falb, quien considera a Tiahuanaco como la segunda cuna del linaje humano, hallando en los símbolos del monolito la representación más completa del diluvio, no necesita de refutación detenida, aunque aparezca apoyada en las conjeturas acumuladas por una vasta erudición y la más poderosa fantasía.

También debió ejercerse desde remota edad alguna atracción religiosa cerca de Ilave, a donde en el siglo XVII destruyeron los extirpadores de la idolatría un ídolo de formas muy extrañas: era una estatua de piedra levantada a dos leguas de la población a la altura de tres estados; en ella se habían esculpido dos figuras monstruosas, una de varón, que miraba al oriente, y otra de mujer vuelta al occidente; a sus plantas se arrastran reptiles parecidos a sapos, y de los pies a la cabeza trepaban unas serpientes; cada figura tenía por delante una piedra cuadrada, que tal vez hubo de servir de ara para sacrificios sangrientos.

Los monumentos más abundantes en el Collao, que se extendieron hasta las cabeceras de Tacna, fueron las *chulpas* (sepulcros), especies de torrecillas de diverso tamaño y estructura: el mayor número tiene una pequeña abertura dirigida al oriente, otras carecen de puerta o la tienen en diversa dirección; la forma más común es de pirámides cuadrangulares, aunque no faltan algunas chulpas cilíndricas; las labores son rudas o artísticas: en el interior hay uno o más pisos, con fosa o sin ella en el más bajo, y con más o menos nichos en las paredes, sirviendo unas y otras cavidades para guardar cadáveres. Ninguno de estos sepulcros puede compararse con los de Silustani, panteón de los zapanas, o antiguos jefes de Katuncolla situado en un promontorio del lago de Umayo, a cinco leguas de Puno y no lejos de Vilque, célebre por sus ferias. Uno de los mayores y mejor conservados, descrito por Squier, está cerca del precipicio que por la parte del lago limita el promontorio: es redondo, de 39 pies de alto, de 16 en el diámetro de la base, y de algo mayor anchura al principiar el pequeño domo o coronación; a la altura de 30 pies aproximadamente ofrece una cornisa que sobresale tres pulgadas; sus piedras presentan cortes admirables, y su puerta está bien orientada, hallándose escavada en una de ellas; sus dos pisos se comunican por una abertura

1_lorente 1.p65 379 29/11/2006, 12:15 p.m.

del más alto. En general, las chulpas, fijándose sólo en la cúpula, son semejantes a los topos de la India y pagodas de Ceilán, destinados a contener pretendidas reliquias de Buda.

En Silustani y en otras regiones del Perú se encuentran también antiquísimos círculos solares que suelen confundirse con los cercos formados por cazadores y pastores para coger animales montaraces y servir de rediles: se componen de grandes piedras dispuestas en círculo o en varios círculos concéntricos y en nada difieren de las construcciones del mismo género que se hallan en la India, Siria, Dinamarca, Bretaña, Inglaterra, y se califican de monumentos ciclópeos, pelásgicos o megalíticos (de grandes piedras).

En el vasto territorio que se extiende del Collao al Pachachaca y de la montaña a las cabeceras de Arequipa, como que allí se ejerció de lleno por algunos siglos la dominación de los incas, no pueden distinguirse bien los monumentos primitivos; pero no es difícil de reconocer este carácter en algunos templos, fortalezas y sepulcros. El templo de Cacha, que los Canas habían elevado al dios Viracocha, si bien fue rehecho y embellecido por el octavo inca, hubo de ser muy antiguo; porque antiquísimo era aquel culto, y la forma del santuario difería enteramente de los edificios sagrados construidos por los hijos del Sol; a la fundación del Cuzco precedió también el santuario de Huanacaure, distante más de una legua de la ciudad imperial, al que se ligaba el origen de los incas, y cuyo ídolo invocaban éstos en sus grandes expediciones; tampoco hubieron de ser creación incásica las rocas sagradas, como las de Calca y Conchagua artificiosamente escavadas y según todas las apariencias dispuestas a recibir la sangre de víctimas humanas, ni las obras accesorias a estupendos nevados, como los de Coropuna, Sarasara y Solimana, objetos de una adoración tan antigua como duradera. Muchas fortalezas del lado de la montaña, como las de Chitabamba, Písac, Ollantaytambo, Toronto y Chuquillusca, precedieron igualmente al período incásico: su estructura ciclópea revela mayor antigüedad, y como ha observado Göhring, no parecen construidas por una raza que viniera conquistando del sur, sino por conquistadores venidos del norte; puesto que sus obras defensivas tienden a rechazar las agresiones meridionales con una marcada preferencia. En cuanto a los sepulcros, hay muchos que en vez de ser subterráneos, como fue la tendencia imperial, están a grandes alturas, ya escavados en los costados de altos cerros, como los de Tantanamarca cerca de Písac, ya formando pirámides, forma que en verdad es muy rara.

Desde el norte del Pachachaca hasta los orígenes del Marañón las numerosas y potentes tribus de Chancas, Huancas, Ppunpus, Huanucuyos, etc., levantaron en muy apartados tiempos construcciones muy notables que los últimos incas destruyeron o desfiguraron haciendo re-

1_lorente 1.p65 380 29/11/2006, 12:15 p.m.

saltar su predominio con las magníficas obras de Vilcas, Jauja, Tarmatambo, Huánuco el viejo y otros centros de su dominación. De los grandiosos monumentos, que hubieron de ser muy numerosos, sólo son conocidos por la descripción de Cieza los de Vivaque y Huarivilca; del primero dice: «[...] el mayor río de ellos tiene por nombre Vinaque, a donde están unos grandes y muy antiquísimos edificios, que cierto, según están desgastados y ruinados, hubieron de pasar por ellos muchas edades. Preguntando a los indios comarcanos, quién hizo aquella antigualla, responden que otras gentes barbadas y blancas como nosotros; los cuales muchos tiempos antes que los Incas reinasen, dicen que vinieron a estas partes y hicieron allí su morada. Y de éstos y de otros edificios antiguos, que hay en este reino, me parece, que no son la traza de ellos, como los que los Incas hicieron o mandaron hacer; porque este edificio era cuadrado y los de los Incas largos y angostos». Del santuario de Huarivilca había dicho Cieza: «[...] yo lo vi y junto a él estaban tres o cuatro árboles llamados molles como grandes nogales. A éstos tenían por sagrados, y junto a ellos estaba un asiento hecho para los señores, que venían a sacrificar; de donde se bajaba por unas losas hasta la fuente ya dicha de Huarivilca a donde está una gran muralla antigua hecha en triángulo». En el territorio de Ayacucho y Junín no son raras las torrecillas análogas a las del Collao, que Rivero y Tschudi han descrito como viviendas ordinarias, pero que probablemente sirvieron de tumbas o fortines.

Pasado el nudo de Pasco, los monumentos primitivos que más llaman la atención al este del Marañón son las fortalezas, que contra toda razón suelen contarse entre los monumentos de los incas: casi todas las quebradas que descienden al Marañón, y muchas de las que llevan sus vertientes al Huallaga, en las provincias de Huamalíes y Dos de Mayo, están defendidas por fuertes y bien labradas construcciones, levantadas en la parte más accesible de sus cuchillas; los antiguos castillos protegen sepulcros, de los que se han sacado valiosos artefactos; suelen tener garitas, aposentos con nichos y otras viviendas: cerca de Chupan hay uno con una ancha escalera de poca inclinación que sube hasta la cumbre; son de materiales toscos o de piedras bien labradas, sin mezcla o unidas con argamasa; entre los más conocidos se cuentan el de Masor cerca de Chavinillo, el de Huata a poco más de una legua de Singa que está muy bien conservado y el de Urpi que se interna en la montaña a cinco leguas de Tantamayo, camino para Monzón y Chicoplay, siendo el más grande y mejor construido. La más admirable de las obras militares son las murallas de Kuélap, hacienda de la provincia de Luya en el distrito de Santo Tomás. Por primera vez fueron descritas en 1843 por el juez Nieto, con la natural exageración que de suyo llevan los descubri-

1_lorente 1.p65 381 29/11/2006, 12:15 p.m.

mientos inesperados: son dos, la inferior de 3 600 pies de largo, 560 de ancho y 150 de alto, la superior de la misma altura, de 500 pies de ancho y de 600 de largo: ambas presentan nichos de una vara de largo y media vara en las otras dimensiones, en los cuales, así como en cierta especie de hornos de 6 pies de alto y 24 de circunferencia se ocultan cadáveres; las puertas ofrecen la particularidad de que el lado derecho es circular, y el izquierdo angular; la subida es poco sensible, y hacia la parte media presenta una especie de garita; otro mirador escondido en la parte superior da vista a una gran parte de la provincia; una altísima pared situada a la parte del norte es poco accesible a causa del espeso monte. Sin embargo, de encerrarse allí muchas preciosidades, los indígenas miran con el horror que en general les infunde el aire de gentil, una obra tan digna de examen por sus dimensiones titánicas y sus hábiles labores.

El sabio Unanue dio cuenta a fines del siglo pasado, en el *Mercurio Peruano,* de otros monumentos sepulcrales de Chachapoyas en forma de conos sustentando bustos corpulentos: están colocados en las pendientes de los cerros y en otros lugares inaccesibles, de suerte que sólo pudieron ser fabricados descolgando con maromas el material y los artífices; parecen mausoleos de curacas o principales, quienes para preservar sus restos mortales de cualquier violencia los colocaron al abrigo de durísimos peñascos, y en situación que hiciera alejar a los profanadores de las tumbas por el temor del precipicio. No mostraron menos solicitud para poner los restos humanos a cubierto de violentos ataques los pueblos situados al oeste del Marañón; a veces los colocaron en excavaciones semejantes a nidos de cóndor, practicadas en paredes casi perpendiculares de hondas quebradas, a las que no se descubre acceso que no sea aéreo, suspendido sobre el abismo: en las alturas de Yanacancha, a cuatro leguas de Hualgayoc, camino de Cajamarca se ven más de doce promontorios artificiales, semiesféricos o semejantes a panes de azúcar muy achatados, que hubieron de ser sepulcros de ricos curacas a juzgar por el oro sacado de alguno de ellos; se componen del enorme casquete a que deben su conformación exterior, cuya magnitud variable llega en los mayores a cinco metros de alto y cuatro de diámetro, son parecidos a otros de la provincia de Chota al norte y de Pomabamba en el sur; hay en el departamento de Áncash, en las antiguas provincias de Conchucos y Huaylas, otras tumbas de diversa forma pero no menos resguardadas, unas como pozos cilíndricos con excavaciones laterales para los cadáveres, otras que los tienen encerrados en tinas de piedra, algunas que están rodeadas de piedras dispuestas o no en muros, y todas más o menos ocultas por peñascos y tierra.

En el mismo territorio abundan importantes ruinas sea de poblaciones, sea de fortificaciones o templos de los que ya Cieza había hecho

1_lorente 1.p65 382 29/11/2006, 12:15 p.m.

algunas indicaciones y cuya importancia han dado a conocer recientemente Raimondi y Wiener. Ninguna ofrece un carácter tan misterioso como el llamado castillo de Chavín de Huántar, en la provincia de Huari, que en verdad no podría resolverse si fue una simple fortaleza, o si también sirvió de prisión y santuario: al exterior dos terraplenes, que están cerca del río, parecen obras avanzadas de fortificación, y el mismo carácter ostenta una pared aún en pie, especie de ala lateral de un paralelogramo, que hubo de estar abierto por el frente; pero una abertura de media vara escasa conduce a un laberinto de galerías subterráneas, que se cruzan en ángulos rectos, teniendo aproximadamente un metro de ancho y un metro ochenta centímetros de alto, presentando en el espesor de sus paredes canales cuadrados de 40 ó 45 centímetros, conduciendo a veces a cuartos de una sola entrada, largos de cuatro a cinco metros por casi dos de ancho, y hallándose bajo de ellos otros estrechos socavones, que según la creencia del país pasaban debajo del río; casi en la parte central del edificio, en el crucero de dos galerías, hay una especie de columna granítica en forma de prisma triangular con dibujos muy caprichosos, entre ellos de ojos y de bocas con grandes colmillos. Del mismo castillo se ha sacado una piedra de granito de forma rectangular, de un 1,88 metros de largo, 70 centímetros de ancho y 15 de grueso; monumento precioso que hoy se halla en el Palacio de la Exposición y en el que no obstante haberse deteriorado el dibujo se admira junto con la labor difícil, simétrica y delicada, una figura grotesca de hombre tridáctilo, que lleva en las manos serpientes enroscadas formando un cetro y sobre la cabeza un adorno complicado con otras culebras y bocas de grandes colmillos. Raimondi, a quien se debe el descubrimiento de estas galerías y esculturas, se inclina a creer que las serpientes representan aquí el genio del mal, como en algunas teogonías orientales; pero como ese símbolo, que figura con mucha distinción en las pompas de los Incas y de los poderosos Chimús, fue consagrado con más frecuencia al Sol y a la madre tierra por sus respectivos adoradores, es más probable que las figuras esculpidas se ligaran al culto de estas divinidades benéficas.

Descendiendo a la costa, así en el litoral como en las cabeceras, los monumentos primitivos se hallan en número sorprendente: Stevenson, Tschudi, Rivero, Squier, Raimondi, Hutcherson, Heath, Bastian y otros exploradores han descrito muchos, y de los que hay por describir y explorar podría formarse un volumen muy grueso, aunque los más hubieran de expresarse a grandes rasgos; su independencia de la cultura incásica no puede desconocerse, porque además de ofrecer por lo común diversos caracteres, sobreabundan más en la región, donde la dominación de los incas fue de más corta duración, se aceptó con mayor resistencia, y alcanzó menor éxito. No hay para qué insistir en los trabajos

1_lorente 1.p65 383 29/11/2006, 12:15 p.m.

destinados a hacer cultivables las pendientes más espesas y llevar las aguas fertilizantes al desierto, los que fueron de una extensión asombrosa; también sería interminable y poco necesaria la enumeración de poblaciones arruinadas que ocupan de ordinario terrenos muy áridos, altos o escabrosos para reservar las mejores tierras, buscar posición más saludable o estar menos expuestas a siempre inminentes agresiones; más difusa y menos necesaria sería la descripción de los sepulcros, que todo lo invaden ya esparcidos por la marisma, cerros y arenales, ya formando vastas necrópolis: ni había un interés general en detallar la estructura de las numerosas fortalezas, que desde puntos culminantes defienden la entrada de las quebradas o previenen los ataques por varios lados, aunque entre ellas hay algunas como la de Calaveras en el valle de Casma, cuyo triple muro, puertas de difícil acceso por los recodos y fortines interiores son una bella muestra del arte militar; todo el mundo conoce los enormes cerros artificiales llamados huacas, que no siempre tuvieron un destino sepulcral y que se hacen notar tanto en la campiña intermedia entre el Callao, Lima, Miraflores y la Magdalena; la llamada Juliana contiene más de 12 millones de pies cúbicos de materiales acumulados por la mano del hombre; después de las huacas llaman altamente la atención las murallas, a veces de un espesor a prueba de las descargas de la más gruesa artillería, que se encuentran en muchos recintos arruinados y que son bastante aparentes en las extensas ruinas de Huatica, ciudad que cerca del mar existió entre la Magdalena y Bellavista. La solidez de las construcciones costeñas es tanto más admirable, cuanto que la piedra fuera de las cabeceras únicamente suele emplearse en los cimientos; casi todo el edificio es de tierra, ya reunida en adobes consolidados por el calor del sol, ya aprensada entre moldes abiertos por tres lados, como los que todavía se usan para levantar algunas cercas, así en el litoral como en el interior.

Aunque nuestro examen de los monumentos primitivos limitado sólo a hacer patente y caracterizar la cultura anterior o independiente de los incas nos obliga a prescindir de las descripciones particulares, debemos consagrar unas pocas palabras a las ciudades de Pachacamac y Chanchán, la meca y el mayor centro político de la costa. La ciudad de los peregrinos costeños se alzaba como el santuario favorito del Creador del mundo sobre el valle de Lurín, que tenía al sur el Pacífico que le servia de límite occidental, y el desierto que le circundaba por el norte y oriente; fue muy grande y estaba defendida por una muralla ya en ruinas con otros muchos edificios cuando, prisionero de Pizarro en Cajamarca el infortunado Atahualpa, vino Hernando a recoger para su rescate los tesoros del opulento templo. Este santuario, que lleva el nombre de castillo, lo merece bien, por cuanto estaba en una posición dominante, forma-

1_lorente 1.p65 384 29/11/2006, 12:15 p.m.

do por terraplenes altos y escalonados que sostenían paredones de excelente construcción, dados de un color rojo, que el tiempo ha respetado en mucha parte; la capilla del venerado ídolo, situada en el punto más alto y recóndito, era oscura y hedionda, sin duda por causa de los secretos sacrificios cruentos; sólo tenían a ella acceso los ministros de los oráculos y de las ofrendas; los devotos la contemplaban de respetuosa distancia contentos con adorar las efigies de la suprema deidad colocadas en las calles y puertas de Pachacamac, hoy no menos desolada y más desierta que Palmira. La arena ha cubierto casi todas las construcciones no devoradas por los siglos: adonde resonaron las plegarias y los sagrados cantares sólo llega el debilitado estrépito de las olas, que espiran a los pies del castillo; la presencia de innumerables peregrinos ha sido reemplazada por algún cóndor, que se cierne en el alto cielo, y por alguna lagartija, que se arrastra entre los escombros.

La capital del gran Chimú, que debió sufrir incalculables quebrantos bajo el yugo de los incas, cayó en completa ruina una vez consumada la conquista española y principiando a florecer la inmediata ciudad de Trujillo; los buscadores de tesoros han completado la obra de destrucción halagados por el descubrimiento del *pez chico* o tapado cuyo valor hubo de pasar de un millón de pesos a juzgar por los quintos del rey, probablemente mal pagados, y esperando descubrir el *peje grande* o inestimable depósito de las riquezas del antiguo soberano; hoy al primer aspecto sólo muestra las huacas de Toledo, las Conchas, el Obispo y otros cerros, cuya formación artificial aparece desde luego increíble, junto con largas filas de gruesas murallas, el hueco de antiguos estanques secos, extensas huertas convertidas en desiertos, escombros de toda suerte de edificios y una masa confusa de tierra, piedras y adobones. Mas en esa región desolada existió la mayor ciudad del antiguo Perú: incluyendo sus arrabales, que hubieron de encerrarse dentro de la gran muralla, tuvo de 12 a 15 millas de largo, y unas 5 a 6 de ancho; entre los edificios había jardines espaciosos y se levantaban pirámides sagradas semejantes a los Teocalis o templos de México, de diversos terraplenes sostenidos por muros y coronados por el santuario; hubo también cementerios especiales, sea para las personas de rango, sea para diferente sexo o edad; grandes muros interiores muestran también que hubo diversidad de recintos con dependencias múltiples, palacios con sus accesorios de servicio u ornato, oficinas de fundición y otros talleres, casa de cabildo y mercado, una verdadera penitenciaria o *presidio* sujeto al régimen celular, cuarteles de la plebe con una disposición que se acerca a la de los falansterios; las construcciones eran pobres o lujosas según la posición de sus moradores, resaltando en las residencias de la clase opulenta los arabescos complicados, las pinturas brillantes y cierta especie de estuca-

1_lorente 1.p65 385 29/11/2006, 12:15 p.m.

do con fragmentos de conchas todavía usado en algunas decoraciones de poblaciones no muy lejanas; en suma, presentó Chanchán la estructura diversiforme y avanzada de una corte magnífica. No puede asegurarse si los ocultos tesoros satisfarán algún día las ávidas esperanzas por tres siglos alimentadas; pero es indudable que bajo esas ruinas tan difíciles de ponerse al descubierto como las de Pompeya hay una mina inagotable para la ciencia del anticuario.

Las incomparables riquezas descubiertas en el Perú civilizado hicieron pensar, desde los primeros años de la dominación española, que en la región de los salvajes se ocultaban mayores tesoros; la codicia, la impostura y la credulidad no tardaron en dar por cierta la existencia de un Dorado y de los imperios del gran Paititi y de Enim; la exploración de la montaña ha desmentido esos sueños deslumbradores, como el reconocimiento de las islas británicas ahuyentó los monstruos y sobrios fantasmas, que entre sus nieblas aseguraban haber visto narradores visionarios. Mas todavía leemos con extrañeza, en publicaciones científicas, que en medio del bosque no explorado y casi impenetrable también se encuentran ruinas como testigos mudos de imperios que se alzaron, florecieron y cayeron en donde ahora no hay más que soledad y desierto… No, los rudos y débiles hijos de la selva nunca pudieron erigir monumentos grandiosos, que inmortalizaran una cultura ceñida a las necesidades de un día; sus obras medianas o pequeñas son pronto devoradas por la exuberante vida vegetal, por lluvias torrenciales y por ríos prontos a desbordarse y cambiar enteramente de cauce: nada hay de estable en la montaña sino el predominio de la naturaleza sobre el hombre; lo que ayer era bosque, está hoy cubierto por las aguas corrientes o estancadas, el antiguo lecho del río rebosa en colosos vegetales.

Pequeños artefactos.- Aunque no suelen excitar tanta admiración, como las grandes construcciones, las pequeñas obras de mano pueden derramar mayor luz sobre la cultura primitiva del Perú: más apreciadas comúnmente por el valor de su materia que por la trascendencia de la hechura, mientras cayeron en manos ávidas de riqueza, o se destruían para sacar su equivalente en moneda, cuando eran de oro o de plata o se arrojaban con desprecio, siendo de barro o de otro material que no pudiera ofrecer ganancias a los ciegos buscadores de tesoros; mas desde que la ciencia ha hecho que se miren con el interés de preciosas antigüedades se buscan todas y se guardan con especial solicitud, así en los museos públicos de las naciones más ilustradas, como en las colecciones particulares de los aficionados a los estudios arqueológicos. Tan marcada consideración no puede ser más fundada: las creaciones manuales del arte peruano se prestan más que los monumentos a la conservación y

1_lorente 1.p65 386 29/11/2006, 12:15 p.m.

comparaciones ya entre sí, ya con las de otros pueblos más o menos célebres; entre las ruinas y en las huacas se hallan en cantidad inagotable; y un gran número de ellas habiéndose hallado a cubierto de toda violencia, han podido sobreponerse a la acción destructora de los siglos y son testigos irrecusables de lo que sucedió en tiempos muy remotos. Sea porque en la sierra los más cayeran en destructor abandono bajo la dominación absorbente de los incas, sea porque la población estuviese allí menos dispuesta a fabricarlos y a depositarlos en los sepulcros, que donde quiera fuesen los asilos más sagrados, los artefactos primitivos sólo sobreabundan en la costa, estando formados principalmente de los encontrados en el dominio del gran Chimú y en las provincias limítrofes las colecciones más importantes. Este hecho bastaría por sí solo para dejar fuera de duda la existencia de una civilización, cuando no anterior, independiente de la civilización imperial; lo que se comprueba con el examen particular de las antigüedades de este género, atendiendo a su materia, sus formas, sus usos, su grado de perfección técnica o artística, y su significación directa o simbólica.

Considerando en los pequeños artefactos primitivos la materia de que están formados, se la encuentra tan variada como en los países más adelantados; los hay de piedra, cobre solo o unido al estaño en combinaciones más o menos bronceadas, oro, plata, madera, algodón, lana, huesos, pieles, plumas, etc. Los objetos trabajados en piedra no pertenecen sólo al arte naciente, sino que revelan a veces labores más hábiles, especialmente si como las *zarapmamas* (mazorcas de piedra) formaban *conopas* o ídolos de familia. El cobre reemplazó al hierro, y por lo mismo fue de uso tan extenso como duradero. El oro y la plata tuvieron también un empleo ilimitado, que se facilitó ya por hallarse los metales preciosos más o menos abundantes en todas las regiones del Perú, ya porque hábiles artífices supieron dividirlos en láminas e hilos sumamente delgados. La madera, que la falta de cómodas herramientas dificultó labrar y que en la sierra únicamente tuvo aplicaciones excepcionales, se empleó bastante en la costa, donde sobre todo en forma de ídolos se hicieron algunos trabajos verdaderamente sorprendentes cuando se tiene en cuenta la carencia de útiles apropiados para la carpintería, ebanistería y escultura. El algodón y la lana, que por su abundancia y fáciles transformaciones se prestan a toda suerte de tejidos, son tal vez las materias más usadas, siendo por el contrario de reducido uso las pieles y plumas. La arcilla compartió con las materias textiles la frecuencia de empleos, por lo que los *huacos* (vasijas de barro) y otras obras de cerámica en las que la industria desplegó extraordinaria pericia, son de los objetos más apreciados entre las antigüedades primitivas.

1_lorente 1.p65 387 29/11/2006, 12:15 p.m.

Como era de esperarse, los artefactos ofrecían mayor variedad en sus formas que en su materia: la naturaleza y la sociedad les prestaron una multitud de modelos; se imitó la conformación de los objetos aéreos, terrestres y aéreos; la geometría suministró sus figuras; la humanidad ofreció escenas de paz y de guerra, representaciones religiosas y lúbricas, expuestas éstas con la ausencia de pudor que caracterizó al antiguo paganismo; la fantasía abandonándose a sus caprichosas ficciones dio lugar a caricaturas y grupos grotescos que, sin embargo de la falta de freno artístico, nunca fueron tan monstruosas y extravagantes como las de los antiguos mexicanos y chinos.

Los usos de objetos tan variados fueron tantos como exigían las necesidades, comodidad y el lujo de pueblos, que aspiraban a una existencia agradable y en general no carecían de medios: hubo prendas para el vestido, que al buen tejido de algodón o de lana añadían hilos o franjas de metales preciosos; adornos igualmente ricos en forma de pescados delgados que se ajustaban a la tela; topos o prendedores de oro, plata o cobre, preciosos ceñidores, chaquiras o tenues cuentas de oro, brazaletes, collares, diademas, hojotas, etc.; como útiles de tocador no faltaron cajitas de cosméticos, espejos de luciente mármol, peines y abanicos; entre los utensilios domésticos basta enumerar las tinajas, ollas, vasijas para beber, los batanes, mates o platos, asientos, etc., el pescador tuvo anzuelos, redes y embarcaciones, el guerrero sus diversas armas, el labrador azadones, arado, instrumentos cortantes, etc.; cada profesión los útiles indispensables. La religión, que hacía sentir sus inspiraciones en todas las esferas de acción, lo mismo durante la vida que para después de la muerte, produjo mayor número de obras; aun las que se aplican a la satisfacción de las necesidades más vulgares suelen revestir un carácter religioso por las representaciones con que están decoradas.

En cuanto al mérito del trabajo, si hay obras muy imperfectas y rudas, no faltan otras muchas que no sólo se hacen admirar, comparadas con las de los indios bárbaros y aun con las del Cuzco, sino que revelan una habilidad rara vez excedida por artífices más cultos; la superioridad de los costeños sobre los del interior resalta sobre todo en los huacos. Algunos vasos tienen cavidades dobles, triples o cuádruples, partiendo de un cuello común. Otros están dispuestos con tal artificio que, al salir el líquido, imita con su ruido el grito del animal que allí está esculpido; a veces es tal la estructura interior que, si se voltea el huaco, no se derrama una sola gota de su contenido. Por otra parte, el barro es más fino, su consistencia mayor, sus formas más perfectas; si el vaso lleva alguna escultura, la idea aparece más precisa, los caracteres más determinados, la acción más viva y las proporciones mejor observadas. Este progreso artístico suele hallarse también en las obras de platería y parece que fue

1_lorente 1.p65 388 29/11/2006, 12:15 p.m.

reconocido por los mismos incas; pues, según cuentan, Pachacutec, después de haber sometido al gran Chimú, se llevó a la corte imperial algunos plateros de Chanchán, reconociendo de ese modo su pericia. Entre un gran número de obras admirables pueden citarse las siguientes: vasos de oro y plata con dibujos de grupos han llamado la atención en el museo de Lima; un huaco con la representación de una batalla entre desnudos salvajes y soldados bien vestidos ha sido bien reproducido por el grabado en Alemania; otro hay con la representación de una danza muy animada; un grupo de tres figuras humanas entre algarrobos está lleno de vida, pero debe relegarse entre las exhibiciones secretas; de la rica colección de Sanz, sacada casi en su totalidad de huacas costeñas, las vasijas más sencillas llaman la atención por la expresión de la gravedad característica de los curacas, el aire burlón, o la emoción profunda que resalta en la fisonomía de sus figuras; entre varios grupos hemos señalado con especial interés siete de carácter muy marcado. Dos indios llevan un pequeño cadáver en una especie de canasta pendiente de un palo, que apoyan en sus hombros; dos figuras fantásticas, en parte humanas y en parte volátiles, tienen cogido fuertemente de los brazos a un personaje que manifiesta su violenta contrariedad; una madre da el pecho a un niño, tiene echado a sus pies otro pequeñito, al lado a su marido, a cuya izquierda está otro muchacho; un indio está echado sobre el lomo de una llama con los pies hacia la cabeza del animal y su cabeza hacia la cola; un hombre, que lleva un gorro coronado con la imagen de un tigre, tiene en las manos una larga serpiente a la que un ser fantástico trata de herir con un hacha y al lado opuesto hay un pescado de formas regulares; un ave nocturna se halla entre dos niños dormidos, uno de ellos cubierto de cruces, que Sanz considera representaciones de estrellas, en la parte baja del huaco hay un monstruo de enorme boca; en otro huaco están representadas dos cabezas de hombre y dos de llama, cada una con sus dos ojos y sin embargo la representación sólo consta de cuatro ojos, porque cada uno de ellos sirve al mismo tiempo al rostro humano y al del animal.

Más que por su mérito intrínseco, son de mucho valor las reliquias del arte primitivo por las inestimables luces que derraman sobre aquella época tenebrosa: además de presentar un testimonio irrecusable de la cultura técnica y artística, ofrecen muestras claras de aquella sociedad presentándola bajo sus diversos aspectos; nos dan a conocer el tipo, el tocado y la manera de vestirse de los antiguos peruanos, la estructura de edificios así públicos, como privados, las insignias de las autoridades, las plantas que se cultivaban, los animales que se conocían, las diversiones, las ocupaciones habituales, los instrumentos de todo género, los juguetes, lo que se creía y lo que se esperaba.

1_lorente 1.p65 389 29/11/2006, 12:15 p.m.

Usos extraños, como los de los caballitos de cañas o totora para la navegación y la pesca, y el de los despenadores para cortar la agonía de los desahuciados; otros ordinarios, pero que pudieran tenerse por recientes, y peculiaridades notables del culto, se representan por su formas propias o se expresan con símbolos convencionales. Las grandes divinidades del agua, de la tierra y del aire, que forman el fondo de las idolatrías más antiguas, están significadas respectivamente por las figuras simbólicas de peces, cangrejos y tortugas habitantes del mar, de serpientes y lagartos, que se arrastran por el suelo, y de la lanza, que recuerda el rayo lanzado de las nubes. El último símbolo, imagen viva del poder, era común a la majestad del soberano humano y a la majestad celeste, por lo que se halla a cada paso en Trujillo. Es muy común que las cabezas lleven un tigre sobre los gorros que las cubren, tal vez como signo de superioridad o de pretendido origen, tal vez como un simple adorno extendido por la moda caprichosa. En muchas representaciones abundan los círculos ya aislados, ya concéntricos, las cruces, o los paralelogramos sencillos o con alguna otra figura en medio; no falta quien dé a estos dibujos geométricos un sentido profundo, viendo en los primeros el símbolo del aire, en los segundos el del fuego y en los últimos el del agua. Con interpretaciones arbitrarias es fácil construir un sistema entero de antigüedades, desgraciadamente no menos frágil que las visiones de la astrología, o las adivinaciones de la quiromancia. La crítica juiciosa no puede menos de recibir con prevención las suposiciones aventuradas y las deducciones atrevidas a que se abandonan fácilmente los espíritus sistemáticos, siempre propensos a reemplazar la observación concienzuda de las antigüedades con el vuelo de la imaginación, cerniéndose a placer en las tenebrosas alturas del pasado; la historia se confunde con las quimeras de la fábula, y la antiquísima cultura se oscurece en vez de ilustrarse cuando a todo artefacto quiere darse un sentido tan misterioso como vasto, convirtiendo en arcanos las representaciones más claras y buscando la sabiduría prehistórica en los juguetes más insignificantes. Muy espesas son las tinieblas en que yacen envueltas las épocas primitivas para que convenga apagar la luz directa que arrojan las representaciones sencillas y luminosas de escenas y de objetos conocidos y preciosos, amontonando sobre ellas nebulosas conjeturas por el vano empeño de reconstituir un pasado imaginario.

Jeroglíficos.- Además de los símbolos particulares, emplearon los antiguos peruanos la escritura jeroglífica que, a no haber caído en desuso bajo los incas, podría haber aclarado mucho la cultura primitiva. Algunos escritores han puesto en duda la existencia de esos caracteres simbólicos alegando que no hablaron de ellos los primeros historiadores y que

1_lorente 1.p65 390 29/11/2006, 12:15 p.m.

sólo se ha pretendido reconocer su presencia en ciertas piedras; pero aunque los hechos alegados fuesen ciertos, con argumentos puramente negativos nunca se refutará sólidamente lo que consta de datos positivos; sobre todo cuando sería muy fácil explicar el silencio de los historiadores acerca de los jeroglíficos peruanos en un siglo en que aun los célebres de Egipto apenas llamaban la atención, y en que dirigida ésta casi exclusivamente en el Perú a la civilización de los incas, sólo debían tomarse en consideración los quipos, escritura más imperfecta, pero que había sido preferida por los hijos del Sol por ser más acomodada a los secretos designios de su política cautelosa. En cuanto a hallarse exclusivamente los jeroglíficos en piedras, si así pudo creerse al hacer los primeros descubrimientos, ya es incontestable su existencia en varios tejidos y huacos: en éstos resaltan a veces tanto que se les ha asimilado a los caracteres chinos hasta el punto de suponer que habían sido leídos por hijos del celeste imperio; en algunos paños o velos mortuorios encontrados en los sepulcros de Ancón y que posee Macedo, los hemos reconocido a primera vista con la satisfacción de que, según nos informaron, el entendido Wiener nos había precedido en su reconocimiento. Por lo demás, el silencio de los historiadores primitivos acerca de esa antigua escritura no es absoluta: explícitamente la menciona el padre Acosta, y Cieza parece referirse a ella cuando dice, hablando de las vetustas construcciones de Vivaque: «y también hay fama, que se hallaron ciertas letras en una loza de ese edificio; lo cual, ni lo afirmo, ni dejo de tener para mí, que en los tiempos pasados hubiese llegado aquí alguna gente de tal juicio y razón, que hiciese estas cosas y otras, que no vemos». Por lo demás, hubiera sido una anomalía difícil de explicar la falta de jeroglíficos entre las tribus cultas del Perú, cuando tanto se desarrollaron en México y, lo que es más notable, se les ha encontrado en el territorio salvaje.

Tan importantes muestras de una escritura que, prescindiendo de su significación particular, revela siempre una cultura duradera y animada de altas aspiraciones, no consiguieron de los sabios la consideración merecida hasta que Rivero habló de ella en su Memoria a la sociedad anticuaria de Copenhague, dando cuenta de los grabados, que se ven en los altos de la Caldera a ocho leguas de Arequipa, junto al tambo de Corralones, camino de Víctor: son figuras de hombres y animales, líneas rectas y curvas, círculos, paralelogramos, cierta especie de cruces y aun de letras. No son menos visibles los jeroglíficos en el valle de Locumba, en unas piedras dioríticas inmediatas a un cementerio; y precisamente sobre piedras de igual clase los ha hallado Raimondi en un sitio igualmente solitario, a menos de una legua del caserío de Janca y a media legua de una mina de oro en la provincia de Santa. La situación impide atribuirlos a una cultura posterior a la de los curacas, y esta

1_lorente 1.p65 391 29/11/2006, 12:15 p.m.

presunción se garantiza por el color rojizo de las inscripciones: según ha hecho notar nuestro sabio viajero, las piedras dioríticas, que son de color verdoso, se cubren de una costra rojiza debida a la descomposición de los elementos de la roca por los agentes atmosféricos que transforman el protóxido de hierro del anfíbol en peróxido de hierro de color rojizo; los grabados recientes por la destrucción de la superficie exterior ofrecen el color verdoso de la diorita, y a medida que se prolonga su exposición al aire, se van enrojeciendo por una nueva descomposición de la roca; siendo esta acción tan lenta que los dibujos hechos años atrás aparecen tan verdosos como si hubieran sido grabados ayer, el color rojizo sólo se caracteriza perfectamente después de períodos seculares. La piedra principal de Santa ofrece un dato más para atribuir una alta antigüedad a sus grabados, y es que la arena levantada por el viento durante varios siglos ha dejado los dibujos casi completamente borrados y enteramente pulida la superficie expuesta a sus débiles pero repetidos golpes.

No necesitamos hacer observaciones especiales sobre inscripciones halladas en Huaitará, cerca de Tacna, en Huaraz, en el paso de Yonan del río de Jequetepeque y en otros varios puntos para que, puesta fuera de duda la múltiple existencia de los jeroglíficos, se reconozca su valor absoluto como signos de una cultura muy antigua y muy notable; aunque desgraciadamente haya poca esperanza de descifrar algún día su hasta hoy misteriosa significación que pudiera suministrar las más interesantes revelaciones de los tiempos prehistóricos.

Conclusiones arqueológicas.- Aunque las tinieblas envuelvan todavía los primeros pasos dados por los peruanos en la carrera de la civilización, las antigüedades señaladas, que bastan para dar un valor histórico a las tradiciones, ponen en evidencia los siguientes hechos capitales. 1º En el Perú existió una cultura primitiva, en algunas regiones incuestionablemente anteriores a la de los incas, y en otras muchas coexistiendo con ella, pero desarrollándose con independencia. 2º Hay manifiestas relaciones, sino de origen al menos de carácter, entre la cultura antigua del Perú y las de América Septentrional, el Oriente y algunas islas de la Oceanía. 3º En la remota antigüedad no fue uno solo, sino que fueron muchos los focos de la civilización peruana. 4º No es posible determinar la antigüedad relativa de los diversos focos; si comúnmente se da por el más antiguo el de Tiahuanaco, parece más verosímil la opinión de Angrand, que concede la precedencia a los de la costa; puesto que la marcha general de la civilización suele ser del exterior al interior, y el litoral del Perú ofrecía mayores facilidades que la sierra para sus primeras manifestaciones. 5º Muchos focos estuvieron en relación entre sí; aunque Squier cree los monumentos de Tiahuanaco aislados, y tan ex-

1_lorente 1.p65 392 29/11/2006, 12:15 p.m.

traños a los demás del Perú como los de Nueva York, son manifiestas sus analogías con las construcciones ciclópeas del resto del país, los templos abiertos, la piedra gravada de Chavín, etc. 6º Antes de los incas no existió de una manera estable ninguna cultura general, la que habría dejado huellas indelebles en las razas, monumentos, lenguas y costumbres imponiéndoles el sello de la unidad y de la influencia predominante; aun era de temer que los diversos focos se extinguieran por el antagonismo de los habitantes o por calamidades naturales; y la Providencia reservó a los hijos del Sol encender en el Cuzco una antorcha que iluminara al Perú entero, así como el astro del día difunde la claridad por toda la tierra.

1_lorente 1.p65 393 29/11/2006, 12:15 p.m.

Civilización de los incas

Capítulo I
Crítica histórica

Elementos para la historia de los incas.- Semejante al Sol, que reconocían por padre, la civilización de los incas se presenta al mismo tiempo brillante y misteriosa: nada hay más claro que el esplendor de su culto, la magnificencia de sus monumentos, la grandeza de su imperio y la trascendental influencia de su organización social y política; sin embargo, el origen de la dinastía está envuelto entre las tinieblas de la fábula; el desarrollo de la dominación imperial sólo en los últimos reinados deja de ocultarse entre oscuras sombras; los sucesos particulares de cada reinado y el verdadero carácter de casi todos los soberanos, cuando no son enteramente desconocidos, dan lugar a dudas tan multiplicadas, como de solución dificilísima. Las *tradiciones,* los *usos,* el *quechua* o lengua general, los *quipos,* los *monumentos,* los *restos humanos* y los *informes contemporáneos* suministraron a la historia muchos y muy preciosos elementos; pero la abundancia y valor de los datos ofrecidos por las diversas fuentes históricas no han sido, ni serán nunca bastantes para disipar la incertidumbre que deja la mayor parte del período imperial en la región de los tiempos fabulosos y con enormes vacíos en su parte verdaderamente histórica.

La *tradición oral,* que es la fuente más copiosa, pocas veces puede inspirar gran confianza: acostumbrados por lo común los indígenas a meterse en cama muy temprano, apiñándose las familias en estrecho recinto y pasando desvelados largas horas de la noche, solían tener conversaciones interminables acerca de los sucesos trasmitidos por las leyendas populares; éstas suministraban a la curiosidad sobreabundante alimento, que se acrecentaba de mes en mes con la expansión de las festivas reuniones periódicas; por su parte el gobierno imperial cuidaba mucho de hacer pasar a la posteridad los hechos más interesantes, encargando a los *amautas* o sabios, que los consignaran en relaciones fáciles de retener en la memoria y a los *haravees* o poetas, que los populariza-

1_lorente 1.p65 397 29/11/2006, 12:15 p.m.

ran con sus cantos épicos. A primera vista se conoce que, ni la verdad histórica podía salir muy bien librada de su alianza con la poesía, ni las relaciones oficiales en prosa habían de estar exentas de las mentiras, que de intento o cediendo a falaces instintos se empeña en propagar todo déspota, cuyo poder está basado en la superstición del pueblo. A su vez, la irreflexiva y crédula muchedumbre, ya que no forjara los cuentos más absurdos y prestara fe ciega a sus propias ficciones, había de adoptar y trasmitir a las generaciones futuras como cosa juzgada las falsas tradiciones acreditadas por la autoridad y a menudo confundidas con las creencias religiosas. Por esta mezcla íntima de la realidad con la ficción, sólo llegan a adquirir valor histórico las tradiciones cuando a la constancia y generalidad del testimonio, garantías respetables de veracidad, se une la comprobación de otras fuentes, que son menos sospechosas.

Los *usos nacionales,* si no siempre comprueban los hechos en que al parecer tuvieron origen, ni en general ofrecen datos muy copiosos, suelen atestiguar con bastante seguridad las tendencias y el carácter de la cultura incásica, en el ramo a que se refieren directamente: los usos políticos de los incas se perpetuaron en costumbres que aún subsisten en parte, y entraron en la formación de las leyes de Indias y de las ordenanzas de los virreyes; todavía se recuerdan las pompas de las fiestas dedicadas al Sol en las mayores solemnidades del culto católico; las prácticas rurales, diversas industrias y muchos actos de la vida doméstica reproducen los usos del imperio sin alteraciones sustanciales.

La *lengua quechua,* que no sólo fue hablada en la corte, sino que llegó a ser el idioma oficial del vastísimo imperio, es un manantial inagotable de revelaciones históricas; ante todo pone en evidencia y de una manera incontestable un grado sorprendente de cultura, y saca de la oscuridad y de la duda los hechos más variados y trascendentales. La lengua cortesana y general de los incas, rica en sus voces, enérgica en la expresión, de sonidos muy dulces, de admirable regularidad y pudiendo plegarse a todas las exigencias del arte y de la ciencia, revela en la perfección de sus formas el perfeccionamiento de la inteligencia; denominaciones aplicadas así a los objetos naturales, como a los productos de la actividad humana con una propiedad que a menudo sorprende a los sabios, descubren la extensión y exactitud de los conocimientos, mientras que la falta de términos propios para expresar ideas del orden moral o de la vida práctica, como los de libertad y leche, manifiesta que no se pensaba o no se conocía un valor especial en tan importantes objetos. Por lo demás, para sacar deducciones legítimas de los datos suministrados por el *quechua,* es necesario no partir de bases imaginarias que falsearían completamente el juicio: en primer lugar debemos alejarnos de etimologistas temerarios que torturando las palabras, añadiéndoles, quitando, invir-

1_lorente 1.p65 398 29/11/2006, 12:15 p.m.

tiendo o cambiando letras descubren en las más diversas por el sonido o por la significación, semejanza perfecta, y basado en sutilísimas analogías hallan fácilmente en la etimología la demostración de los más extraños asertos. En segundo lugar, para que la actual pronunciación de nombres vulgares no nos induzca en error debemos recordar que en la lengua cortesana faltaban la *r* doble, la *l* sencilla, las *b, v, d, f, g, j, x,* y en cambio hay algunos sonidos particulares que exigían caracteres especiales, y que en vano se ha pretendido expresar convenientemente con las combinaciones *ce, ch, pp, qq, tt, chh* y con otros procederes imperfectos; de la imperfección en la escritura y de la viciosa articulación de las letras ha nacido el llamar a los hijos del Sol ingas e incas, al fundador del imperio Manco y Mango, a Huiracocha Viracocha, a Cochapampa Cochabamba, etc. En fin, una falsa suposición, que ha hallado eco en historiadores eminentes, tiene al *quechua* por un simple dialecto nacido en una de las provincias más insignificantes, enriquecido con voces exóticas por la extensión de las conquistas y convertido por el uso cortesano en cierta especie de mosaico que, como la capital, reflejaba todos los usos del imperio; para no caer en un error, que es el origen de otros muchos, respecto a las denominaciones locales y a varios ramos de la cultura antigua, basta saber que el *quechua* se hablaba en casi todo el norte del Perú, hasta en el reino de Quito, antes de la dominación imperial que, por lo demás, fue en esa región de muy corta duración para haber podido cambiar, cualquiera que fuera su ascendiente, la lengua nativa de numerosas naciones esparcidas por vastísimo territorio.

Sabido es que la escritura usual de los incas fueron los *quipos,* los cuales, heredados de las razas mogolas del Asia septentrional, recibieron en el Perú las más extensas aplicaciones y un maravilloso desarrollo. Esos manojos de hilos con diversidad de colores y de nudos expresaban con éstos el número de objetos y con aquéllos su diversa naturaleza: los nudos sencillos las unidades simples, los dobles las decenas, los triples las centenas, etc.; el color blanco indicaba plata, el amarillo oro, etc., y por analogía el blanco la paz, el rojo la guerra, y así de otros matices bien marcados; ya como instrumentos expeditos de cálculo, ya como un medio mnemónico fundado en la asociación de ideas, confiados a hábiles *quipocamayos* (cuidadores de quipos) no sólo satisfacían éstos todas las necesidades de la estadística, siendo la expresión fiel del movimiento de la población, del estado financiero y de otros datos numéricos, sino que conservaban archivados los más variados y preciosos recuerdos. Según el testimonio del licenciado Polo de Ondegardo, «en aquella ciudad [el Cuzco] se hallaron muchos oficiales antiguos del Inga, así de la religión, como del gobierno; y otra cosa que no pudiera creer, si no lo viera, que por hilos y nudos se hallan figuradas las leyes y estatu-

1_lorente 1.p65 399 29/11/2006, 12:15 p.m.

tos así de lo uno como de lo otro, y las sucesiones de los reyes y tiempos que gobernaron, y hallose que lo que todo esto tenía a su cargo, no fue poco, y aun tuvo alguna claridad de los estatutos, que en tiempo de cada uno se habían puesto». Según el padre Acosta, así como nosotros de 24 letras sacamos tanta infinidad de vocablos, así los quipocamayos de sus nudos y colores sacaban innumerables significaciones. No hay duda de que por combinaciones bien sistematizadas los quipos hubieran podido reemplazar a la escritura fonética, como pretendió el príncipe de San Severo, y así habría tenido fundamento la quípola o pretendido arte de interpretar los quipos; mas éstos nunca tuvieron el valor de letras: quedaron siempre reducidos a una significación simbólica y arbitraria, cuya perfecta inteligencia exigía un comentario verbal; faltando éste, quedaba el sentido envuelto en el misterio; para no confundirse los mismos quipocamayos, ponían mucho cuidado en tener los cordones separados, y desde que se olvidó la interpretación tradicional o se mezclaron los quipos, su sentido fue indeterminado no pudiendo decirse si los descubiertos o por descubrir expresan cosas materiales o abstractas, de ésta o de la otra especie. Aunque todavía se usan entre algunos pastores para llevar la cuenta de su ganado, son puras mistificaciones las explicaciones dadas en el primer tercio de este siglo sobre antiguos manojos, que se suponía fueron descubiertos en poder de un cacique araucano.

Prestándose a las reticencias y falsificaciones habituales a un gobierno que procuraba ocultar la verdad al pueblo para tenerlo en sujeción muy estrecha, los quipos formaron los anales del imperio; pero no fueron la escritura usada exclusivamente bajo la dominación de los incas. Según el padre Acosta se suplía en parte la falta de letras con pinturas como las de México, pero muy groseras y muy toscas; el mismo hecho fue consignado por testigos muy respetables, examinados por orden del virrey Toledo, quienes en sus declaraciones se refirieron a los quipos y a las *tablas.* Montesinos afirma en sus memorias historiales, que el uso de las letras, muy antiguo en el Perú, fue proscrito con penas severas por Pachacutec VII, cuyo noveno año de reinado coincidió con el año 3500 después del diluvio, y que el mismo soberano hizo quemar vivo a un amauta por haber inventado una nueva especie de caracteres. En verdad, la autoridad del citado cronista no es de gran peso, y como ha observado Desjardins, es bien difícil admitir que un pueblo haya perdido la noción de la escritura después de haberla conocido; pero muchos observadores, así en el siglo XVI como en el nuestro, han creído hallar letras en inscripciones antiquísimas, y su proscripción no habría estado en oposición con la política de déspotas, que procuraban absorber el pensamiento de todos sus vasallos. El fidedigno Cieza asegura que a sólo determinados empleados se permitía por los incas consignar los

1_lorente 1.p65 400 29/11/2006, 12:15 p.m.

sucesos de cada reinado; que se relegaban al olvido los pocos honrosos a la dinastía, cuidando borrar hasta el nombre de los monarcas indignos, y que sólo se toleraba recordar públicamente las glorias de los mejores en ciertos casos y con severas restricciones.

El vacío que dejaron los quipos se llenó en la parte más interesante con grandiosos *monumentos,* los cuales dan de la civilización incásica ideas tan altas como ciertas: semejantes a las obras de los romanos, ya se hallen aislados, como en el Cuzco, ya estén incorporados a construcciones primitivas, como en Tiahuanaco y Pachacamac, donde quiera revelan que por allí pasó un gobierno organizador de elevadas aspiraciones; las ruinas de templos y de otras casas religiosas comprueban los esplendores del culto, los palacios la magnificencia de la corte, las fortalezas la pericia militar, los caminos, puentes y tambos la actividad de la vida política, los andenes y las obras hidráulicas una agricultura muy esmerada, las tumbas y sus accesorios las creencias sobre la vida futura, una gran variedad de artefactos el desarrollo de las principales artes.

Por hallarse confundidos los cráneos y momias de diversas épocas, los *restos humanos* arrojan escasa luz sobre la cultura de los incas; los pocos cráneos que han podido considerarse de linaje imperial no han manifestado en su mayor ángulo facial la superioridad intelectual de la raza dominante, según ha pretendido Prescott, apoyándose en las observaciones de Morton. Sin embargo, los despojos de la muerte no han dejado de suministrar algunos datos interesantes; por ellos se probó en el siglo de la conquista la existencia y larga vida de los últimos y más eminentes príncipes; la traslación de los habitantes de una provincia a otra para formar colonias agrícolas o militares se evidencia con la forma de los cráneos, esparcidos en estos lugares [y de forma] diversa de las que caracteriza a los moradores del contorno; la variedad de los esparcidos en gran cantidad por los campos de batalla recuerda la magnitud de la lucha y la procedencia de los combatientes; pasando en silencio otros recuerdos menos importantes, la operación del trepano reconocida en un cráneo, sacado del cementerio de Yucay por Nelaton y otros hábiles profesores extranjeros, no deja duda de los adelantos de la cirugía en la época incásica.

Aunque el imperio de los incas fue destruido antes de ser conocido, vivamente impresionados por su grandeza, se apresuraron a *informar* acerca de ella los jefes españoles, desde que dieron principio a la conquista. Hernando Pizarro, que partió para la península antes del suplicio de Atahualpa, no la olvidó en su carta a la audiencia de Santo Domingo; el veedor Astete, que dio cuenta del viaje de Hernando a Pachacamac, aumentó las noticias; el mismo Francisco Pizarro suministró más datos en las relaciones escritas por sus secretarios Jerez y San-

1_lorente 1.p65 401 29/11/2006, 12:15 p.m.

cho, si bien el último limitó sus más importantes informes a la capital del imperio, y el primero la confundió con el monarca llamando a Huaina-Capac viejo Cuzco y a Huascar joven Cuzco; el fanático Valverde no dejó de hacer justicia a la civilización imperial en una carta a Carlos V; apenas pasados los primeros furores de la desoladora invasión y de las guerras civiles entre los conquistadores, a los hombres de destrucción, que todo lo sacrificaban a la codicia, sucedieron hombres de gobierno, de celo evangélico y de ciencia, quienes procuraron recoger inapreciables informes que pueden llamarse contemporáneos, por cuanto los escritores vieron o conocieron por testigos de vista las instituciones en vigor, los grandes monumentos en pie, las tradiciones viviendo a la par de los hechos y las costumbres no alteradas por la presión y el contacto extranjeros; el gobierno colonial promovió con loable solicitud extensas investigaciones, si no siempre con miras desinteresadas, al menos procurando ilustrarse acerca del pasado y facilitar el acierto administrativo. Vaca de Castro, que sucedió a Pizarro, encargó a Juan de Betanzos, acreditado de lenguaraz, y a otros intérpretes, que interrogaran a los quipocamayos de Pacaritambo, donde según todas las apariencias dio principio a su misión civilizadora el primer inca; el mismo Betanzos recibió del buen virrey Mendoza la comisión de escribir la historia incásica; varios virreyes y el arzobispo Loaysa obtuvieron del licenciado Polo de Ondegardo relaciones, que pueden aspirar al honor de historias especiales; el virrey Toledo, que por la sabiduría de sus ordenanzas mereció ser llamado el Solón peruano, hizo levantar de junio a agosto de 1571 un solemnísimo informe sobre idolatrías, entierros y otras costumbres de los indios, en el que declararon bajo la fe del juramento cerca de cien personas de edad avanzada, siendo varias de ellas más que centenarias, de regia estirpe, curacas o altos empleados que habían conocido a los últimos soberanos y alcanzado los días más prósperos del imperio; la audiencia de Lima, los cabildos de Jauja y del Cuzco, y otras autoridades en sus exposiciones al emperador, hicieron mención de las grandezas incorporadas en el Perú a sus dominios; Titucusi-Yupanqui, el penúltimo inca, desde su destierro de Vilcabamba le dirigió una larga instrucción, en que no podía menos de recordar las glorias de sus antepasados; ya para satisfacer la justa curiosidad de la corte española, ya para contribuir a la conversión de las almas, o para publicar trabajos históricos muchos hombres de buena fe y de recto juicio consultaron las tradiciones y pidieron noticias a los quipocamayos, y sus relaciones impresas o inéditas, anónimas o llevando un nombre respetable, son copiosas fuentes históricas. Las falsas interpretaciones a que se prestaban los quipos; la incoherencia, inseguridad y vaguedad de las tradiciones; la mala voluntad con que la raza oprimida hubo de comunicarlas; la peor inteligencia que hubieron

1_lorente 1.p65 402 29/11/2006, 12:15 p.m.

de darles intérpretes poco peritos, y el criterio histórico extraviado por las preocupaciones, la pasión o el amor a lo maravilloso, no pudieron menos de dejar en la oscuridad e incertidumbre la mayor parte de los sucesos particulares, que por lo mismo han quedado relegados en los dominios de la leyenda; pero la marcha general y el carácter de aquella civilización pertenecen de lleno a la historia, que aparece formada desde el siglo XVI, y no merece considerarse en el estado embrionario, del que no habría salido todavía, a ser ciertas las aserciones avanzadas por hombres de talento con pasmoso aplomo. Mas como la historia es un proceso siempre abierto, no hay duda de que la de los incas podrá ilustrarse más y más, mediante la mejor explotación de sus fuentes, la crítica más juiciosa de los documentos, la exposición más ordenada de los hechos, el examen comparativo de las antigüedades peruanas y de otros pueblos, las mayores luces de las ciencias así naturales, como filosóficas y el constante progreso de la historia universal.

Primeros historiadores de los incas.- Sin hacer alto en el terreno de la bibliografía, que no pertenece por entero a nuestro campo y que puede ser recorrido con más provecho por don Manuel Gonzales la Rosa, don José Toribio Polo y otros entendidos bibliógrafos, vamos a bosquejar a grandes rasgos el movimiento histórico haciendo la crítica rápida de los principales escritores. El primer lugar pertenece de derecho a Pedro Cieza de León por haber sido el más antiguo historiador de los incas y por la importancia de sus escritos; nacido en Llerena según Gonzales la Rosa, aunque él se llama vecino de Sevilla, vino al Nuevo Mundo de tan tierna edad que casi no había enteros 13 años según sus expresiones; pasó al Perú por tierra desde Cartagena, permaneciendo aquí dos años y gastados 17 en América, regresó a España e imprimió en Sevilla en 1553 la primera parte de su inapreciable crónica, la obra debía constar de cuatro, destinadas respectivamente a la geografía histórica, la sucesión de los incas, la conquista española y las guerras civiles de los conquistadores; la segunda parte, que es la más conducente a nuestro objeto y que se tenía por perdida, siendo ésta según Markham la mayor de las pérdidas sufridas por la literatura sudamericana, fue hábilmente explotada por el sabio Prescott, quien sin embargo por no haber reflexionado bastante la atribuyó a don Pedro Sarmiento, Presidente del Concejo de Indias; el sagaz Gonzales la Rosa la reivindicó para su autor con pruebas incontestables y la dio a luz en 1873. La crónica de Cieza es de aquellas obras que nunca dejarán de elogiarse, ni de leerse sin gran provecho: su inteligente autor, aunque había recibido una instrucción muy limitada y pasó en las rudas campañas de la conquista americana la mayor parte del tiempo, celoso porque no cayesen en eterno olvido hechos memorables y

1_lorente 1.p65 403 29/11/2006, 12:15 p.m.

temiendo por la verdad histórica un culto religioso, anduvo más de mil leguas y sufrió increíbles padecimientos a fin de descubrirla con sus propios ojos o con informaciones ciertas de personas de crédito que pudo alcanzar; dedicaba al estudio los pocos ocios que le dejaba la milicia, y así logró llevar a cabo una obra que, no obstante carecer de formas científicas y literarias, se recomienda altamente por algunas bellezas de estilo y por un precioso fondo. Las descripciones resaltan por aquel aspecto pintoresco que sólo puede darles un fiel observador dotado de genio; la narración libre de pretensiones y hecha con mucho candor inspira la mayor confianza en todo lo que Cieza asegura haber visto, y como él lo distingue cuidadosamente de lo que le han contado y no toma el menor empeño en dar por ciertas las leyendas, nunca puede inducir en error al lector reflexivo. Las únicas precauciones que exige su lectura son respecto de los sucesos en que su superstición, común a las inteligencias más cultivadas del siglo XVI, le hacía atribuir a la acción del diablo los efectos de la humana malicia, y respecto a la exagerada influencia civilizadora de los incas, la que escribió toda por la relación que, según confiesa, tomó en el Cuzco; mas aunque a veces se dejó llevar de testimonio tan parcial, nos ha preservado del engaño con las fieles observaciones que hizo, y con relaciones recogidas en otras provincias. Lástima grande es que, habiendo muerto a la edad temprana de 42 años, no pudiera dar a luz sin las incorrecciones de las obras póstumas la mayor parte de su inestimable crónica.

Juan de Betanzos componía la *Suma y narración de los incas,* que piensa publicar Gonzales la Rosa, y cuyo manuscrito fue consultado por fray Gregorio García y otros muchos escritores, por los años en que Cieza daba a luz la primera parte de su crónica; menos inteligente y laborioso que su contemporáneo, sin miras tan elevadas y sin las dotes de carácter que inspiran plena confianza, está muy lejos de merecer su altísimo aprecio; pero habiéndose casado con doña Angelina, la hija de Atahualpa, que estuvo en relaciones con Pizarro, conociendo el quechua y sabedor por los quipocamayos de los registros públicos, pudo recoger en largos años noticias tan copiosas como interesantes; no sólo fue ocupado por Vaca de Castro en la investigación de las antigüedades y encargado por Mendoza de escribirlas, sino que el marqués de Cañete le envió con otros a facilitar la reducción del inca Sairi Tupac; poco después de este penoso viaje le sorprendió la muerte.

Por este tiempo ofrecieron algunos datos acerca de los incas escritores de nombradía en sus historias generales de América o en sus particulares de la conquista y pacificación del Perú, siendo los más notables entre los primeros Gomara y Oviedo, y entre los segundos Pedro Pizarro, Zárate, Fernández, Levino Apolonio y algunos conquistadores anóni-

1_lorente 1.p65 404 29/11/2006, 12:15 p.m.

mos. Como estos historiadores tienen mayor relación con el coloniaje, reservamos su crítica para el tratado de la civilización colonial; por ahora baste manifestar que en lo relativo a la incásica ocupan un rango secundario, no sólo por la escasez de sus datos, sino porque de ordinario no hicieron en esta parte investigaciones dignas de todo crédito.

Un lugar mucho más alto debe ocupar entre los primeros historiadores de los incas el licenciado Polo de Ondegardo, aunque en sus varias relaciones nunca aspiró a presentar un cuerpo de historia: eminente jurisconsulto, corregidor de La Plata y del Cuzco, honrado con la estimación de los virreyes y del arzobispo, habiendo merecido la confianza de los indios por su justificación y su prudencia, en su larga residencia en el Perú y en su influyente posición tuvo ocasiones inmejorables para estudiar las antiguas instituciones: sus investigaciones abrazaron la cultura entera, y logró presentar en sus memorias un cuadro tan fiel como completo. Ondegardo aparece en sus escritos como un letrado entendido y circunspecto, que nunca se deja llevar de las primeras apariencias y todo lo pone en tela de juicio, examinando fríamente los testimonios contradictorios, dando lo cierto como cierto, lo probable como probable y lo dudoso como dudoso; el sentimiento de humanidad que le inspira, el imparcial examen de los mejores fundamentos históricos, y su buen juicio libre de la superstición dominante dan a sus apreciaciones una autoridad superior a las demás hechas en su época; los sabios Acosta y Herrera les dieron entero crédito, Prescott les ha prestado la estimación merecida, y desde que han empezado a publicarse, van adquiriendo el general aprecio. Las memorias de Cristóbal de Molina, eclesiástico ilustrado y bien intencionado, han sido consultadas por antiguos escritores y deben ser publicadas por Gonzáles la Rosa para ser explotadas por los nuevos historiadores. El padre Jerónimo Román, que publicó sus *Repúblicas del mundo* en 1584, concedió en su tercera parte, que lleva el título de Repúblicas occidentales, el lugar merecido al imperio de los incas; este tratado sucinto, como exigía el plan de la obra, merece mayor nombradía de la que ha alcanzado; las páginas son pocas, pero pueden contarse entre las páginas de oro por lo escogido de los datos y por el mérito de las apreciaciones. Miguel Cabello Balboa, natural de Archidona según Toribio Polo, abrazó la carrera eclesiástica después de haber militado en Francia y habiendo pasado a la América en 1566 residió diez años en Bogotá, a donde tuvo conocimiento de varios escritos del franciscano Orosco sobre antigüedades indias; habiéndose trasladado a Quito en 1576 y protegido allí por el obispo don Pedro de la Peña, compuso en diez años una especie de repertorio histórico con el título de *Miscelánea antártica* según León Pinelo y Toribio Polo y de *Miscelánea austral* según Ternaux y Compans, quien ha dado a luz con el nombre de *Historia del*

1_lorente 1.p65 405 29/11/2006, 12:15 p.m.

Perú la parte relativa a los incas; es obra notable por la relación de hechos curiosos, y presenta los anales del imperio con alguna novedad y a veces contradiciendo las relaciones más recibidas; sin ofrecer la certeza, ni aun la probabilidad tranquilizadora que en vano pediríamos a las relaciones de tiempos semifabulosos, refleja con cierto color de verdad la marcha general de los acontecimientos. Un repertorio análogo pero menos interesante fue publicado en Lima en 1602 con el título de *Miscelánea austral* por don Diego Dávalos y Figueroa. Cuatro años antes había publicado el sabio huamanguino fray Luis Oré, quien llegó a ser obispo de Concepción en Chile, su *Símbolo católico indiano,* en cuya introducción hay pocos pero muy valiosos datos acerca de los incas.

Otros dos distinguidos mestizos, pertenecientes a la primera generación hispanoperuana, cierran con dos doctos españoles el ciclo de los primeros historiadores de los incas; los nacidos en el Perú fueron el padre Blas Valera y el inca Garcilaso; los peninsulares: el padre José Acosta y el gran cronista de indias Antonio Herrera. Por Toribio Polo sabemos que Valera era natural de un pueblo de Chachapoyas; entró en la Compañía de Jesús, y habiendo hecho buenos estudios clásicos escribió en elegante latín la historia incásica, de la que sólo pudieron llegar a poder de Garcilaso papeles rotos, cuyo valor hacen muy lamentable la pérdida del resto. El padre Anello Oliva vio en la biblioteca de la Compañía perteneciente al colegio de La Paz un vocabulario quechua que el padre Diego de Torres Vásquez había depositado como obra de Valera; aunque sólo llegaba hasta la letra H, hablaba de Raimi como 39º soberano del Perú, de Capac Yupanqui como del 45º, de Cuyus Manco como del 64º y de Capac Yupanqui Amauteo como del 95º; estos príncipes ofrecen todo el aspecto de imaginarios, no precisamente porque entre los antiguos curacas no haya podido haber muchos monarcas de vastos dominios, sino porque todas las antigüedades manifiestan que antes de los incas no existió una larga serie de dominadores del Perú, que estuvo dividido por muchos siglos en pequeños señoríos, y aun dando esa serie por cierta, su memoria no habría podido conservarse con el orden cronológico que el vocabulario les atribuye. Por esta causa dudamos mucho de que esa obra sea del juicioso Valera, y nuestra duda se fortifica al leer en ella que Atahualpa sólo reinó tres años, el último después de muerto su hermano Huascar, quien falleció en el Cuzco a causa de las heridas recibidas en un combate: tan claro error no se concibe en un sabio escritor que nació poco después de sucesos tan ruidosos y tuvo la mejor oportunidad para averiguar lo cierto.

El padre José de Acosta nació en Medina del Campo hacia 1539, entró en la Compañía en 1553, pronto se distinguió entre los discípulos y maestros por su instrucción y elocuencia; en 1571 vino al Perú para ser

1_lorente 1.p65 406 29/11/2006, 12:15 p.m.

el segundo provincial de los jesuitas, fue consultado por el virrey Toledo y por los obispos reunidos en el tercer Concilio de Lima, restituyose a España en 1587, tres años después publicó su *Historia natural y moral de las indias.* Felipe II, que gustaba mucho oírle contar las particularidades más interesantes de esta inmensa región, le dispensaba especiales consideraciones, y aunque su espíritu independiente no fue muy grato a la Sociedad, no dejó de ejercer varias rectorías y otros altos cargos hasta su muerte acaecida en 1600. La historia de Acosta, fruto de 17 años de estudios hechos sobre los lugares por uno de los hombres más inteligentes e instruidos no tardó en adquirir gran aceptación entre propios y extraños; Feijoo llamó al docto jesuita el Plinio del Nuevo Mundo; la Academia española le escogió por uno de los maestros de la lengua para la formación de su diccionario; aunque la ciencia y la crítica hayan adelantado mucho en los tres últimos siglos, todavía se hace admirar aquel primer historiador filósofo por sus observaciones y sus juicios. Con todo, no es guía muy seguro, ni da mucha luz tocante a la sucesión de los incas, ya porque su exposición es más filosófica que narrativa, ya porque encerrando un vastísimo plan en muy estrechos límites no pudo prestar a los sucesos particulares la suficiente atención.

El inca Garcilaso, hijo de una sobrina de Huayna-Capac y de uno de los conquistadores más distinguidos por sus prendas personales y por su ilustre cuna, aprendió desde la niñez en las graves conversaciones que en su casa tenían sus parientes maternos, a rodear las glorias de sus mayores del prestigio que les prestan los grandes infortunios y la vanidad de los descendientes; habiendo dejado el Cuzco a la edad de 20 años, y no de 17, como afirman Ternauxe, Compans y Desjardins, nunca olvidó en España las grandezas del Perú, y en edad avanzada quiso cumplir con su augusta familia y su amada patria publicando sus *Comentarios reales,* llenos del interés que el asunto le inspiraba. Los datos suministrados por los escritores españoles, que él completó con sus recuerdos personales y con los informes pedidos a sus condiscípulos y amigos, le permitieron formar el cuadro más rico en pormenores, más brillante, más animado y con el colorido más característico: candoroso, pintoresco, afectuoso, con una sencillez de estilo que encanta, ofreciendo a la más exigente curiosidad suficiente alimento, y comunicando al lector la fe que le inspira calurosamente, ha sido y será siempre uno de los escritores más populares; pero por su credulidad, que a veces raya en infantil, por su viva imaginación, que en todo lo maravilloso suele prevenir su juicio, y por la misión de panegirista que había aceptado con pasión, si bien en sus mayores exageraciones hay cierto fondo de verdad y su buena fe no puede ponerse en discusión, ha autorizado con su incomparable popularidad muchas narraciones fabulosas.

1_lorente 1.p65 407 29/11/2006, 12:15 p.m.

El cronista Herrera en su *Historia general de indias,* que es el mayor monumento erigido a la de América y será siempre la obra de consulta para cuantos quieran emprender sobre sólidas bases estudios relativos a los tiempos que abraza, concentró en la década quinta cuanto se sabía acerca de los incas. Ningún escritor poseyó tantos, ni tan preciosos documentos, y ninguno estaba dotado de mejor criterio para sacar de ellos mayor fruto; en sus páginas están incluidas a menudo al pie de la letra las más escogidas de Cieza, Ondegardo y Acosta, siempre con juiciosa apreciación y formando con las demás un conjunto armonioso. Mas habiéndose impuesto el doctísimo cronista una tarea tal vez superior a la inteligencia del hombre, no pudiendo sobreponerse enteramente a las preocupaciones de su tiempo y no habiendo rectificado los juicios ajenos con observaciones suyas en el teatro de los hechos, su obra necesariamente ha de presentar vacíos, errores y lunares, que impiden atribuirle en todos los casos una autoridad incontestable.

El progreso histórico durante el coloniaje.- Una vez organizado el virreinato del Perú, se hizo sumamente difícil que mientras estuviesen en vigor las instituciones coloniales se levantara la historia de los incas a mayor altura de la alcanzada por los primeros historiadores, insignes por la diligencia, la circunspección, las miras filosóficas, el espíritu patriótico o el caudal de doctrina; durante el siglo XVII el despotismo privaba a las inteligencias del vigor necesario al florecimiento de los altos estudios; el temor a la inquisición detenía la lengua y la pluma de cuantos hubieran podido ilustrar los hechos sometiéndolos al libre examen; la falta de luces haciendo ver un prodigio en los sucesos más conformes al orden de la naturaleza impedía investigar las verdaderas causas, y las preocupaciones a la estrechísima condición de una plaza sitiada. Además no podía haber mucha decisión por el adelanto de la historia nacional, desde que los colonos de pura raza española buscaban por lo común recuerdos de la madre patria más allá de los mares, y los que llevaban en sus venas sangre peruana, no podían recordar con vivo interés las antiguas grandezas del Perú sin ser sospechados de miras revolucionarias con inminente riesgo de sus personas. En la espantosa decadencia a que fue precipitada la España por los últimos monarcas de la dinastía austriaca, y en el profundo letargo en que yacían sus colonias, se habrían inutilizado los elementos del progreso histórico, si no hubieran sido aprovechados por el celo religioso, que sostenía la actividad de los espíritus, inspirándoles miras elevadas.

Para doctrinar con fruto a los indios hubieron de cultivarse lenguas, que eran el depósito del pensamiento antiguo: el concilio tercero de Lima, que fijó la disciplina de la Iglesia en la América del Sur, promovió con

1_lorente 1.p65 408 29/11/2006, 12:15 p.m.

especial celo la traducción del catecismo y de algunas oraciones; el arzobispo Loaysa había creado en la Universidad de Lima una cátedra de quechua; Santo Toribio desplegó su apostólica solicitud enseñando y traduciendo la doctrina en dicho idioma; el docto Oré publicó, entre otras obras análogas, el *Ritual peruano en cinco lenguas,* y fuera de muchos trabajos que facilitaban la instrucción en los indígenas más importantes, se dieron a luz varias gramáticas y vocabularios. Desde 1560, fray Domingo de Santo Tomás había impreso en Valladolid su pequeña gramática quechua, que fue la primera de las publicadas; en el siglo XVII se publicaron la de Holguín y su diccionario, que forman la obra más considerable, las de Torres Rubio, Canto Olmos, Rojo Mejía, Huerta y Esteban Sancho; Figueredo compuso un vocabulario del dialecto chinchasuyo. El jesuita Ludovico Bertonio con su gramática y diccionario sirvió de guía a cuantos después cultivaron el aimara, que sólo cede en importancia a la lengua general. Don Fernando de la Carrera, cura de Reque, publicó una gramática sobre el mochica, que merced al celo lingüístico del doctor Villar puede imprimirse hoy en la *Revista Peruana.* El jesuita limeño Antonio Ruiz de Montoya, venerable varón apostólico del Paraguay, compuso sus *Tesoros de la lengua guaraní,* ligada a las principales de la montaña; obra que, según el doctísimo abate Hervás, no se puede leer sin admirar en su autor un prodigio de talento y de fatiga para reducir a reglas claras el artificio gramatical y las muchas y diversas pronunciaciones de la lengua guaraní, que es de las más difíciles de América. Tan loables esfuerzos no produjeron por entonces ventajas notables en las investigaciones históricas; porque no se hicieron estudios lingüísticos comparativos, que pudieron derramar abundante claridad sobre hechos de suma trascendencia. Las más importantes aplicaciones hechas en este sentido, las que por cierto no son de gran valor, se debieron al padre Gregorio García y al doctor Rocha con el objeto de esclarecer el misterioso origen de los indios.

Para desarraigar en los indígenas errores y vicios heredados de sus mayores se compusieron sermones bilingües como los de Ávila y Avendaño, y fórmulas de confesión que dan alguna luz sobre antigüedades; útil es también para conocer las antiguas idolatrías la pastoral del arzobispo Villagómez; pero ninguna publicación puede compararse en interés a la *Extirpación de la idolatría* por el jesuita Arriaga, obra que contiene las extensas observaciones de su autor, quien visitó muchas provincias con el encargo de extirpar las supersticiones. Desgraciadamente los visitadores tenían mayor facilidad para destruir artefactos destinados a prácticas supersticiosas, que para arrancar de raíz el culto de los ídolos apoyado no sólo en hábitos tenacísimos, sino también en la influencia permanente de las maravillas naturales; por eso decía cierto

1_lorente 1.p65 409 29/11/2006, 12:15 p.m.

cacique, cuyos ídolos manuales procuró destruir un visitador: «Destruye ese cerro, pues él es el Dios que yo adoro».

Sea para celebrar los triunfos de la Iglesia, sea para recordar las glorias de su orden, los cronistas de las religiones recordaban con más o menos extensión las grandezas del Perú antes de ser convertido: Calancha dejó datos apreciables en su crónica moralizada de San Agustín, Córdoba en la franciscana, Remon en la general de La Merced y el padre Oliva en su vida de los jesuitas ilustres del Perú. A esta última obra se ha dado por Ternaux Compans un valor especial poco merecido, publicando la introducción con el título de *Historia del Perú*, como una de las piedras con que podrá construirse el edificio de la historia americana, sobre la que según el editor todavía es demasiado pronto para escribir nada de positivo. Verdaderamente hace poco honor al buen juicio del traductor francés tener en tan poco muchos trabajos tan luminosos como graves y esperar notable fruto de unas cuantas páginas de las que más de un tercio está destinado a reproducir relaciones fabulosas de Catari, cacique de Cochabamba, quien se decía descendiente de Illa, el pretendido inventor de los quipos. Algunas biografías de santos, varias descripciones de fiestas religiosas, memoriales como el de Salinas y otros tratados, que abundan en pormenores, suelen tener algunos relativos a la época imperial, por lo común en corto número y sin novedad interesante ni en las reflexiones, ni en los datos.

Las dos historias del siglo XVII dedicadas de una manera especial a recordar los incas son las *Memorias historiales antiguas del Perú* compuestas por Montesinos hacia 1650 y la *Narración de los ritos y leyes de los incas*, obra que por el mismo tiempo compuso Juan de Santa Cruz, Pachacutec, Yupanqui, Calca-Mayhuac, descendiente de Manco-Capac. Fernando Montesinos era, según Muñoz, natural de Csuna, y estuvo en el Perú unos 15 años ejerciendo el influyente cargo de visitador regio; pudo adquirir muchos datos no sólo por las facilidades que le proporcionaba su posición, sino por haber conseguido en Lima importantes manuscritos trabajados bajo la dirección de fray Luis López, Obispo de Quito y, según presume con razón Gonzales la Rosa leído los de Valera; algunos escritores elogiaron su diligencia y su caudal de noticias; su traductor Ternaux Compans ha imaginado que su lista de soberanos remontándose al siglo XV después del diluvio pudiera hacer cambiar completamente de faz la historia antigua del Perú; el mismo autor, al terminar su volumen con una gloria a Dios, asegura que no lo ha forjado sino que lo ha sacado de los quipos y de las antiguas tradiciones, con muchas penas y cuidados. Mas haciendo a su buena fe todas las concesiones posibles, nos vemos obligados a reconocer con Prescott que los escritos de Montesinos no parecen dignos de gran elogio ni por la exactitud de los hechos, ni por la

1_lorente 1.p65 410 29/11/2006, 12:15 p.m.

sagacidad de las reflexiones: no será un visionario, ni un forjador de ficciones, pero al menos aparece adoptando sin criterio toda suerte de sueños y leyendas, como la del Dorado, la de salones que con el oro y las pedrerías habían eclipsado los fantásticos palacios de las Mil y una noches, los de encantadores, de gigantes y de Ophir identificado con el Perú, que todo lector juicioso rechazará sin duda sin temor de que le acusen de rutinario. La obra del descendiente de los incas, que traducida por Markham ha sido publicada por la Sociedad de Hakluit en 1873, y que Hutchesson no ha vacilado en oponer a los comentarios del inca Garcilaso, ciertamente merece menos fe por haberse hallado a mayor distancia de las fuentes históricas, y porque adolece de contrasentido e inconsecuencia en sus reflexiones. La época a que pertenece Juan Santos y Montesinos era muy desfavorable al criterio histórico.

Sabios de mayores alcances como Antonio León Pinelo, Torquemada y Solórzano no han consagrado en sus extensos trabajos una atención especial a la historia incásica; otros que, como García y Teruel se proponían tratarla con la merecida extensión, o no lo hicieron o son desconocidas sus obras. El vacío que en el siglo XVII dejaban los estudios nacionales, no puede suplirse con las publicaciones de autores extranjeros, quienes no tenían acceso al gran archivo de Lima, vasto depósito de los documentos relativos a Indias, ni podían poner el pie en la América española sin arriesgar la cabeza. La obra más considerable en este género es la *Historia del Nuevo Orbe* por Laet.

Con el siglo XVIII principió un período más favorable al progreso histórico: rotas por el advenimiento de los Borbones las fuertes vallas que separaban a la España de la Francia y relajándose a consecuencia de la guerra de sucesión la severa interdicción del sistema colonial, salió la metrópoli de su espantoso abatimiento y las colonias de su duradero letargo: algunos viajeros explorando el Perú y algún historiador conociendo informes y otros documentos secretos difundieron por Europa noticias y apreciaciones que inspiraron un interés creciente por la historia incásica; ya los novelistas enalteciendo la cultura imperial, ya filósofos más pretenciosos que instruidos, poniéndola en tela de juicio excitaron la atención general; la España cada día más ilustrada, sobre todo después del memorable reinado de Carlos III, y celosa por su buen nombre, acumuló y preparó los materiales para rectificar las apreciaciones temerarias y confundir a sus calumniadores con la incontestable exposición de los hechos; en la colonia, donde junto con ideas más claras se desarrollaban sentimientos más patrióticos, se hicieron mejores estudios sobre el glorioso pasado de la patria; de esa manera, al mismo tiempo que se iba preparando el recobro de la independencia, se restablecía el conocimiento de antiguas glorias, precursor de un porvenir más brillante.

1_lorente 1.p65 411 29/11/2006, 12:15 p.m.

El sabio Peralta, que reunía a los talentos más variados la instrucción más vasta, inauguró en el Perú la nueva era con sus *Júbilos de Lima* y su *Lima fundada*, obras más ricas en noticias nacionales que en bellezas de estilo y donde el genio superior y el criterio histórico mejorado brillan al través de las preocupaciones coloniales y de los resabios gongorinos. La Condamine, miembro de la comisión astronómica que vino a medir un grado de meridiano, aunque recibió de las autoridades locales el aviso de que explorase cuanto quisiera los cielos pero que se guardara de investigar las cosas de la tierra, observó bien y pudo describir los grandiosos monumentos del reino de Quito erigidos por los últimos incas. Ulloa, que había venido asociado a los académicos franceses y tenía mayor libertad para explorarlo todo, ofreció en la relación de su viaje y en sus noticias datos más variados, en mayor número y de superior importancia.

Mientras que sabios europeos observaban las cosas del Perú, el peruano Llano Zapata se proponía publicar en Europa memorias que dieran a conocer ventajosamente su patria; apenas pudo dar a luz una introducción en que estaba el programa de su colosal empresa; mas Gonzales la Rosa le atribuye un precioso manuscrito sobre inscripciones, medallas, templos, antigüedades del Perú, que de la colección del Dr. Robinson pasó al Museo británico. El sabio historiador de Carlos V concedió un lugar notable al antiguo Perú en su gran historia de América; el conde Carli no lo olvidó en sus preciosas cartas americanas; en cambio el abate Paw, Rainal y los enciclopedistas animados del espíritu escéptico, burlón y destructor que caracterizó a la filosofía francesa del siglo XVIII, cuando no combatieron con razones frívolas la grandeza tradicional del Perú, la desdeñaron o la hicieron objeto de apreciaciones tan superficiales como falsas. En Europa, Muñoz, encargado de restablecer la verdad de los hechos como cronista de indias, se ocupó durante medio siglo en formar la inestimable colección de documentos que, sorprendido por la muerte, sólo pudo aprovechar en muy pequeña parte, pero que ha sido la mina más opulenta para los historiadores y editores de nuestro tiempo. El jesuita quiteño Velasco, envuelto en la proscripción de la Compañía y conocedor de los manuscritos del cacique Tambohuaso, componía en Italia la historia del reino de Quito, que antes de la conquista española tuvo relaciones íntimas con la del imperio incásico. El jesuita español Hervás, con su catálogo de las lenguas en el que daba ancha cabida a las de Sudamérica, echó las bases de la filología comparada tan cultivada en nuestro siglo. Como fuente popular de noticias americanas pueden citarse entre otras obras europeas los diccionarios histórico-geográficos del jesuita Coletti y de Alcedo.

1_lorente 1.p65 412 29/11/2006, 12:15 p.m.

En el último tercio del siglo XVIII don Cosme Bueno, español que hizo del Perú su segunda patria, publicó sus descripciones de las provincias con tal acierto que su obra impresa por Odriozola unida a la primera parte de la crónica de Cieza, verdadera geografía histórica, suministra los mejores materiales para reconstruir científicamente el imperio de los incas. Miguel Feijoo reunió importantes datos geográficos e históricos en su descripción de Trujillo. El franciscano Tena destinó la última parte de su historia inédita de las misiones a la de estos monarcas peruanos. El *Mercurio Peruano*, espléndido foco de la ilustración nacional a fines del siglo pasado, se proponía hacer más conocido el país contra el cual los autores extranjeros habían publicado tantos paralogismos; para ello se inauguraba el memorable periódico con una idea general del Perú; el sabio Unanue llamaba la atención sobre los monumentos, el oidor Cerdan sobre las fuentes históricas, algunos hombres doctos sobre las provincias y los establecimientos más notables, Pastor con la relación poética de los incas y otros corresponsales con datos importantes o reflexiones muy juiciosas. La publicación de ese órgano inestimable de los adelantos históricos y las investigaciones profundas quedaron paralizadas con las guerras que, partiendo de la Francia revolucionaria, habían de terminar con el triunfo de la independencia. Si a favor de las complicaciones políticas o de un régimen más liberal pudieron venir al Perú más viajeros ilustrados, ya el espíritu del siglo, ya las tendencias especiales de los observadores impidieron por de pronto sacar gran luz de la venida de sabios huéspedes: el naturalista Haenke se ocupó ante todo de Botánica y de exploraciones geográficas; el gran Humboldt, incomparable por la feliz cuanto rara reunión del genio experimental con las vastas miras del filósofo, sólo visitó parte muy reducida del territorio como de paso y por lo tanto tan sólo dejó unos pocos rasgos dignos de su eminente genio; el inglés Stevenson que residió aquí mucho tiempo aplazó la publicación de su viaje para algunos años después de haber sido derrocada la dominación española.

Estado de la historia incásica después de la Emancipación.- La acción fecunda de la libertad, las relaciones expeditas con el resto del mundo civilizado y el espíritu progresista del siglo no han dejado de dar un fuerte impulso a la historia de los incas desde que, roto el yugo colonial, fue el Perú árbitro de sus destinos y dejó el campo abierto a la exploración de los sabios extranjeros, al mismo tiempo que los estímulos del patriotismo le movieron a buscar poderosos elementos de adelanto en el estudio de su pasada grandeza. Una cohorte de ilustrados viajeros ha explorado su territorio, si bien el mayor número ha dirigido de preferencia la atención a las condiciones físicas, que pueden enriquecer las ciencias naturales o proporcionar ventajas económicas. Publicaciones de muy importantes documen-

1_lorente 1.p65 413 29/11/2006, 12:15 p.m.

tos, los unos inéditos y los otros cuya reimpresión era necesaria, se han hecho en el mismo Perú, España, Inglaterra y Francia, sea por los esfuerzos aislados de particulares, sea por corporaciones sabias, alcanzando en gran número de casos la protección de los gobiernos. Los museos públicos y las colecciones privadas han suministrado a los solícitos investigadores de la antigüedad objetos tan variados, como propios para esclarecer los puntos más tenebrosos. La filología comparada ha ofrecido también copiosa fuente de datos, los que a menudo han extraviado a los anticuarios por el abuso de interpretaciones caprichosas. De todas las fuentes históricas se han sacado copiosas noticias, más o menos envueltas en falaces conjeturas y en deducciones temerarias. Como la tolerancia universal ha permitido vagar por la región de lo desconocido con todo el vuelo del pensamiento y escribir cuanto se ha pensado, ha surgido la luz del choque de las opiniones, y las hipótesis más aventuradas, abriendo nuevos rumbos a la inteligencia, han favorecido indirectamente el descubrimiento o la difusión de verdades muy interesantes.

Tratándose de escritores contemporáneos, cuyas obras son muy conocidas o fáciles de juzgar y cuyo juicioso podríamos nosotros exponer con la ligereza propia de esta reseña sin graves inconvenientes, debemos limitarnos a señalar los más notables, sea por su mérito intrínseco, sea por el valor dependiente de las circunstancias, absteniéndonos de mencionar los compendios, capítulos de historia universal o de historias particulares, catálogos de libros, folletos y otras publicaciones en que sin novedad de datos o reflexiones graves se trata de los incas por incidencia o de paso. Entre los escritores ingleses y norteamericanos merecen a este respecto mención especial Ranking por sus investigaciones acerca de la conquista del Perú por los Mongoles, Maculloh por las relativas al origen de la civilización peruana, Markham por sus traducciones y concienzudas observaciones, Bollaert por sus trabajos etnológicos, Morton por sus cráneos americanos, Prescott por sus sabias observaciones sobre la civilización de los incas y Squier por sus exactas descripciones de monumentos peruanos. La Alemania nos ha dado después del gran Humboldt a Tschudi, insigne por estudios sobre antigüedades y sobre el quechua, y a Bastian, uno de los más ilustrados etnógrafos. Entre los viajeros y compiladores franceses ocupan el lugar preferente Castelnau, D'Orbigni, Angrand, Vivien, Lacroix y Desjardins. De los muchos que han escrito en castellano para ilustrar o dar a conocer la civilización de los incas directamente o por sus trabajos sobre la lengua general, son los más conocidos Rivero, Córdova Urrutia, Sahuarahua, Mendiburu, Lorente, Fidel Lopez, Mossi, Pacheco, Zegarra, Anchorena, Barranca y Nadal, a los que podemos añadir, teniendo en cuenta preciosas indicaciones o la publicación de importantes documentos, Raimondi, Odriozola, Fuentes, Gonzáles la Rosa y José Toribio Polo.

1_lorente 1.p65 414 29/11/2006, 12:15 p.m.

En verdad está lejos de ser muy satisfactorio el estado en que hacen aparecer la historia de los incas las observaciones superficiales, el espíritu de sistema y las exageraciones de algunos escritores. A primera vista sólo se descubren narraciones fantásticas reemplazando a la fiel relación de los hechos, novelas históricas en vez de historias verdaderas, generalizaciones sin fundamento, que usurpan el nombre de filosofía de la historia, contradicciones, vacíos, incoherencia en los principales historiadores. En el mismo tiempo, ciertos críticos declaran que no pueden existir historias filosóficas, ni aún simples historias, mientras no se haya hecho el estudio minucioso de todos los documentos y la relación aislada de cada suceso por testigos u otras personas dignas de fe; como si no existieran monumentos y otros testimonios incontestables; como si los documentos, que merecen entero crédito, perdieran su autoridad por la ignorancia de otros más o menos valiosos, y como si de un conjunto de hechos bien probados no pudieran sacarse inducciones legítimas; a ser la opinión indicada la base de la crítica histórica, habríamos de reconocer que no sólo la imperfecta historia de los incas, sino las historias de todos los pueblos mejor conocidos en los tiempos antiguos y modernos están en germen y sin esperanza de desarrollo, que pueda satisfacer a un espíritu juicioso. Otros escritores más pretenciosos piensan rehacer, sea la historia antigua del Perú, sea los anales de todo el género humano, quienes por haber dado a luz documentos ya consultados por historiadores graves, ya poco dignos de especial consideración, quienes partiendo de una etimología arbitraria o insignificante, éstos fundando un vasto sistema en una antigualla mal observada y peor interpretada, aquéllos deduciendo de alguna anomalía del cráneo o de otra peculiaridad física de poca trascendencia el desarrollo de la humanidad entera y el destino de las diversas razas. Como consecuencia de doctrinas tan poco sólidas se deja sentir en el público cierto vértigo en las creencias más comunes, una tristísima propagación del escepticismo a que por diversas causas se inclina demasiado nuestro siglo; y como la duda no puede ser el estado permanente de la inteligencia, con frecuencia es pronto reemplazada por las conjeturas más aventuradas y por las suposiciones más absurdas, que por propia autoridad erigen sus autores en dogmas históricos. En sus obras se ve reemplazada la credulidad del siglo XVI por la fe en las opiniones propias, la acción superior de la Providencia por la ciega fatalidad y los poderes morales por las fuerzas brutas; llámase rutina al concierto secular de las inteligencias más circunspectas y progreso histórico a las temeridades de la negación sistemática y del espíritu sofístico.

Si hubiera de durar indefinidamente y generalizarse una crítica tan desorganizadora y falsa, sería mil veces preferible la ingenua, modesta y laboriosa marcha de historiadores crédulos y candorosos, como

1_lorente 1.p65 415 29/11/2006, 12:15 p.m.

Garcilaso, a quien los innovadores han declarado una oposición intransigente: sus poéticas leyendas, ya que no reflejan con fidelidad los sucesos, tienen algo de verdaderas reproduciendo el modo de sentir y, junto con las principales instituciones, costumbres y artes, el pensamiento dominante; en tanto que sus rigurosos críticos sólo esparcen errores y dudas en confuso desorden. Felizmente el buen sentido cumple pronta justicia a las pretensiones exageradas o temerarias; disipada en breve la anarquía intelectual que distingue a las épocas de transición se consolidan y adquieren mayor crédito las creencias bien fundadas; depurada la verdad histórica de las consejas, que la adulteraban, se restablecen en el juicio público la autoridad de los hechos capitales y su trascendental influencia en el porvenir de las naciones. Así está realizándose en la historia de los incas respecto a su civilización y a la marcha general del imperio: es cuanto pudiera desearse tratándose de un estado cuyos anales no pudieron ser ilustrados por las letras propias, ni por el contacto con otros pueblos letrados.

1_lorente 1.p65 416 29/11/2006, 12:15 p.m.

Capítulo II
Sucesión de los incas

Número de monarcas.- No obstante la falta de letras hay abundantes datos acerca del número de los incas y sólo ocurren dudas fundadas sobre la existencia de uno o dos monarcas. Las notables diferencias que aparecen en las listas presentadas por varios historiadores, si al echar la primera ojeada sobre el siguiente cuadro comparativo pueden causar alguna confusión, no turbarán mucho nuestro juicio después de haberlo sometido a un examen atento.

Cuadro de los incas

Cieza	*Fernández*
Manco-Capac	Maugo-Capa
Sinchi-Roca	Sinchi-Roca
Lloque-Yupanqui	Lloque-Yupanque
Maita-Capac	Maita-Capac
Capac-Yupanqui	Capac-Yupanque
Inca-Roca	Inga-Ruca
Inca-Yupanqui	...
Viracocha-Inca	Viracocha-Inga
Inca-Urco	...
Inca-Yupanqui	Pachacote-Inga
Tupac-Inca	Tupac Inga-Yupanque
Huaina-Capac	Huaina-Capa
Huascar	Huascar
Atahualpa	Atabaliba

1_lorente 1.p65 417 29/11/2006, 12:15 p.m.

Roman	*Balboa*
Ayar-Mango	Manco-Capac
Sinchi-Roca	Sinchi-Roca
Lloque-Yupangui	Lloque-Yupanqui
Maita-Capac	Maita-Capac
Capac-Yupanqui	Capac-Yupanqui
Inga-Roca	Inca-Roca
Yahuar-Huaccaci	Yahuar-huaca
Viracocha	Viracocha
...	...
Pachacutec	Inca-Yupanqui
Tupac-Inca	Tupa-Inca-Pachacuti
Huaina-Capac	Guaina-Capac
Huascar	Huascar
Atabaliba	Atahualpa

Acosta	*Garcilaso*
Mango-Capac	Manco-Capac
...	Sinchi-Roca
...	Lloque-Yupanqui
...	Maita-Capac
...	Capac-Yupanqui
Inca-Roca	Roca
Yahuar-Huaccaci	Yahuar-Huacac
Viracocha	Viracocha
Pachacuti-Inga-Yupangui	Pachacutec
Tupac-Inca	Yupanqui
Tupac-Inca hijo	Tupac-Inca-Yuoanqui
Huaina-Capac	Huaina-Capac
Huascar	Huascar
Atahualpa	Atahualpa

Oliva	*Montesinos*
Manco-Capac	...
Sinchi-Roca	Roca
Lloque-Yupanqui	Halloque-Yupanqui
Maita-Capac-Amara	Maita-Capac
Capac-Yupangui	Capac-Yupanqui
Quispi-Yupangui	Cinchi-Roca
Yahuar-Huacac	Guarguacae
Viracocha-Paulle	Huiracocha
Pachacuti-Tupa	...
...	...
...	Topa-Yupanqui
Huaina-Capac	Huaina-Capac
Huascar	Huascar
Atau-Valpa	Atahualpa

1_lorente 1.p65 418 29/11/2006, 12:15 p.m.

Los demás historiadores del Perú o no han hecho la enumeración de los incas o presentan una semejante a las del cuadro comparativo; por ejemplo, Herrera ha seguido a Cieza, Córdova al padre Acosta y casi todos los historiadores de los dos últimos siglos a Garcilaso, cuya lista ha prevalecido, ya por su mayor popularidad, ya por la presunción de que él debía ser el mejor informado acerca de sus ascendientes.

Según la razón que ha tenido la bondad de entregarnos Gonzáles la Rosa de Betanzos, además de los incas incluidos en la de Garcilaso admite otros dos Yupanqui, intercalados el primero entre el séptimo y el octavo inca, y el segundo entre el octavo y el noveno, teniendo todos los Yupanquis la apariencia de duplicados; además invierte el orden de Capac-Yupanqui y Maita-Capac; como era de esperar de sus relaciones de familia, coloca a su padre político en la misma línea que a Huascar.

Comparando entre sí las diversas listas se nota absoluta conformidad en los cuatro últimos incas, lo que es una garantía de su exactitud; y así debía suceder, porque muchos personajes fidedignos, quienes fueron contemporáneos de la conquista española, habían conocido a Tupac-Inca, padre de Huaina-Capac y abuelo de Huascar y de Atahualpa. Aunque vivieron en tiempo más remoto y menos accesible a la historia, no deja de haber notable acuerdo con respecto a los ocho primeros incas, a saber desde Manco-Capac a Viracocha, ambos inclusive; en general la divergencia de los historiadores recae sobre los nombres, en parte por variantes en la pronunciación o por error de copistas y en parte por la variedad de sobrenombres que se dieron a un mismo soberano. La lista más embarazosa y que en efecto ha sido opuesta por Ternaux Compans a la de Garcilaso, es la del padre Acosta, quien suprime a Sinchi-Roca, Lloque-Yupanqui, Maita-Capac y Capac-Yupanqui, cuatro incas intermedios entre el primero y el sexto; pero si la autoridad del sabio jesuita es por lo común muy respetable, pesa poco tratándose de la sucesión de los incas, que señaló a la ligera defiriendo enteramente a una averiguación hecha por orden de Felipe II; así es que, si bien omitió los citados nombres en la lista de los señores de la tierra, como él llama a los descendientes de Manco-Capac por el linaje de Hanan-Cuzco, los incluye en la parcialidad de Urin-Cuzco. La supresión de Manco-Capac en la serie incásica presentada por Montesinos es de ninguna importancia por la insignificancia de semejante testimonio, y tampoco pesa mucho en la balanza de la crítica la supresión de Yahuar-Huacac entre los doce incas enumerados por Fernández; desde luego porque este historiador de las guerras civiles de los conquistadores sólo por vía de apéndice se ocupó del imperio conquistado, y principalmente porque reparó su extraña omisión hablando en el contexto del citado monarca como de un hijo de Inga-Ruca, que le sucedió en el reino.

1_lorente 1.p65 419 29/11/2006, 12:15 p.m.

La principal dificultad para fijar con certeza el número de los incas está en el intervalo de Viracocha al padre de Huaina-Capac; Oliva y Montesinos no admiten ningún soberano intermedio aglomerando en la persona de Viracocha empresas que indudablemente no pudieron realizarse en un solo reinado, y que la tradición distribuye en dos o más; así es que ese doble testimonio, de suyo muy débil, pierde toda su fuerza desde que se pesan bien los hechos, y además Oliva, que había autorizado su enumeración con el sospechoso quipocamayo Catari, no deja de oponerle la autoridad de Garcilaso contando las empresas de Pacha-Cutec hijo de Viracocha. Cieza da por inmediato sucesor de éste al estúpido y corrompido Inca Urco, que pasó rápidamente sobre el trono aún viviendo su padre, habiendo sido depuesto por su cobardía y libertinaje; esto explicaría la falta de su nombre en la serie imperial: pues es sabido, que los hijos del Sol procuraban relegar al eterno olvido a los príncipes que degeneraban de su clara estirpe. Acosta habla de dos Tupac-Inca, padre e hijo, limitándose a nombrar el segundo, del que ningún historiador refiere la menor particularidad y que, si realmente gobernó el imperio, fue sólo como regente por ausencia de su hermano Huaina-Capac en una de sus expediciones al norte del Perú. El verdadero embarazo en el punto sometido a discusión nace cuando Garcilaso considera como dos soberanos distintos a Pachacutec e Inca-Yupanqui, y casi los historiadores, que le habían precedido, lo tenían por uno sólo, a quien designan por uno u otro nombre, o por ambos juntos. El embarazo sería mucho mayor, si como ha creído Desjardins por mala inteligencia del texto hubiera contado Garcilaso, que antes de su partida para España habiendo ido a visitar en el Cuzco al licenciado Polo Ondegardo, había visto reunidos en una sala los cuerpos de los *cinco últimos incas* embalsamados, revestidos de su traje, la frente ceñida de real diadema y las manos cruzadas sobre el pecho, hallándose entre ellos Pachacutec. Mas Garcilaso da un testimonio muy distinto en el pasaje siguiente copiado a la letra: «en el aposento hallé cinco cuerpos de los reyes Incas, *tres de varón* y dos de mujer. El uno de ellos decían los indios, que era este Inca Viracocha; mostraba bien su larga edad; tenía la cabeza blanca como la nieve. El segundo decían, que era el gran Tupac Inca Yupanqui, que fue bisnieto de Viracocha Inca. El tercero era Huaina-Capac, hijo de Tupac Inca Yupanqui y tataranieto del Inca Viracocha. Los dos últimos no mostraban haber vivido tanto, que aunque tenían canas, eran menos, que las del Viracocha. La una de las mujeres era la reina Mama Runtu, mujer de este Inca Viracocha. La otra era la Coya Mama-Ocllo, madre de Huaina-Capac».

Por la anterior cita aparece que no está en discusión tratándose de Pachacutec e Inca Yupanqui la veracidad de Garcilaso como un testigo que habría visto sus cuerpos, deposición que, conocida su buena fe, sería una prueba incontestable de que habían sido dos soberanos distintos: se

1_lorente 1.p65 420 29/11/2006, 12:15 p.m.

trata simplemente de una opinión suya opuesta a la de historiadores que pudieron conseguir informes más amplios y seguros; él cree que sus predecesores confundieron a dos reyes, padre e hijo, dando los nombres de ambos a uno solo, que el padre se llamó Pachacutec, siendo éste su nombre propio y sólo por el calificativo Inca Yupanqui, análogo al de César Augusto y aplicable a todos los emperadores del Perú, fue llamado también Pachacutec Inca Yupanqui. Es muy probable que el popular cronista fuera quien incurrió en una equivocación, adoptada ciegamente por casi todos sus sucesores. Fijándonos desde luego en el sistema de conquistas adoptado y continuado hábilmente por los últimos soberanos, con tanta constancia como si todos ellos hubiesen tenido un solo pensamiento, vemos que si Inca Yupanqui hubiese sido un soberano distinto de Pachacutec, se habría separado de la hábil política imperial, olvidando por las lejanas y menos importantes expediciones a Chile, Chirihuanas y Mojos la conquista del territorio peruano ya bastante avanzada y pendiente en el norte. Por otra parte, en el árbol genealógico remitido a Felipe III por 567 descendientes de Manco-Capac y firmado por once incas conforme a once descendencias, aparecían los linajes o *aillos* siguientes: de Manco-Capac el Chima-Panaca, de Sinchi-Roca Raruaca-Panaca, de Lloque-Yupanqui el Hanuanina Ayllu, de Maita-Capac Urco-Manta, de Capac-Yupanqui Apu-Maita, de Inca Roca Viraquirau, de Yahuar-Huaccac Ayllu-Panaca, de Viracocha Zozo-Panaca, de Pachacutec Inca-Yupanqui Inca Panaca, de Tupa Inca Yupanqui Capac-Ayllu y de Huaina-Capac el Tumipampa. No hay pues constancia de doce soberanos en las once descendencias imperiales; si bien pretende Garcilaso que en la Inca Panaca están incluidas las de dos monarcas distintos, alegando sólo que es muy numerosa. Una prueba que parece decisiva contra su pretensión es que en el informe solemne del virrey Toledo en el que declararon personajes mayores de 130 años, quienes en sus años juveniles habían podido conocer al abuelo de Huaina-Capac, se da por tal a Pachacutec y por hijo suyo a Tupac-Inca.

Salvo la duplicación de Pachacutec Inca-Yupanqui, la lista de Garcilaso no reposa sólo sobre la incierta tradición oral, sino sobre la genealogía conservada por la estirpe imperial, con la solicitud que aconsejaba su excelso origen: para hacer la serie de los incas más cierta que la de todo otro pueblo sin letras se unían las tablas, las estatuas erigidas a los soberanos, los palacios, huacas y riquezas destinadas al culto de su cuerpo y al sostenimiento de su familia, las honras solemnes, que periódicamente se les tributaban con el respeto que alcanzaron en vida, y la distribución de sus linajes en los barrios del Cuzco, según afirma el padre Román: de esa manera todo conservaba su memoria y garantiza la existencia de los sucesores de Manco, familias, usos, efigies, construcciones y hasta las calles.

1_lorente 1.p65 421 29/11/2006, 12:15 p.m.

Duración de la monarquía.- Es imposible fijar el tiempo que duró el imperio de los incas porque no se sabe de cierto la duración de cada reinado: la señalada sin conocido fundamento por ciertos historiadores ya es notoriamente falsa, ya aparece muy inverosímil; por ejemplo, Oliva hace durar el reinado de Manco-Capac 118 años y el de Sinchi-Roca su hijo y sucesor 72, lo que supondría vidas tan largas como la de los antiguos patriarcas. Sin hablar de otros historiadores destituidos de toda autoridad, Balboa hace morir a los incas en las siguientes fechas: Manco-Capac 1006, Sinchi Roca 1082, Lloque-Yupanqui 1161, Maita-Capac 1226, Capac-Yupanqui 1306, Inca Ruca 1356, Yahuar-Huacac 1386, Viracocha 1438, Inca-Yupanqui 1471, Tupac-Inca Pachacuti 1493, Guiana-Capac 1525; aunque no expresa el fin de Huascar y Atahualpa, sabido es que éste murió en 1533, y aquél pocos meses antes. Fuera de que las más datas son arbitrarias, a primera vista se descubre la exageración en la duración de los primeros reinados y en la total del imperio; éste habría subsistido unos cinco siglos y medio desde el X al primer tercio del XVI; aunque Valera manifiesta igual opinión en sus fragmentos, es demasiado tiempo para trece monarcas, de los cuales por lo menos los dos últimos tuvieron reinados muy cortos. Por el contrario, la Audiencia de Lima parece haber acortado en demasía la duración del imperio reduciéndolo a unos doscientos años, si bien es cierto que apenas duraría tanto su florecimiento. Lo más probable es que haya durado unos tres siglos y medio, de fines del siglo XII a 1533; es la suma aproximada que resulta juzgando la duración de los siete primeros reinados enteramente desconocida por la de los últimos acerca de los cuales se poseen algunos datos. Ese cálculo se encuentra apoyado por las siguientes palabras del padre Acosta: «el tiempo, que se halla por sus memorias haber gobernado, no llega a cuatrocientos años y pasa de trescientos». Lo mismo dice el juicioso Ondegardo.

Origen de los incas.- El origen de Manco-Capac está envuelto en las fábulas. Éstas suelen multiplicarse junto a la cuna de los grandes hombres fundadores de poderosos estados, como crecen los vegetales parásitos sobre los corpulentos árboles de las selvas primitivas: la admiración causada por sus altos hechos mueve a prestarles un carácter sobrehumano; el entusiasta reconocimiento que inspiran sus inestimables beneficios llega a divinizarlos; el interés de sus descendientes y la adulación hacia los poderes ya consolidados hacen degenerar en cierta especie de mito al hombre, de donde se deriva sus gloriosos títulos una excelsa familia. En el Perú la transformación mitológica del primer inca era tanto más natural y más fácil, cuanto que los antiguos peruanos solían colocar entre los objetos del culto a los *taita-llactas* o padres de pueblos, y los

1_lorente 1.p65 422 29/11/2006, 12:15 p.m.

pretendidos hijos del Sol nunca descuidaron ya las pompas reales, ya las grandezas fantásticas, que pudieran fascinar a la demasiado impresionable muchedumbre.

Las tradiciones vulgares en el Collao y en Condesuyo suponían que el señorío del Cuzco fue dado, al principio del mundo, a Manco-Capac por un hombre poderoso de Tiahuanaco, quien dividió el imperio de la tierra entre él y sus tres hermanos: Tocay, Pinahua y Colla. Otra tradición, de que habló Betanzos citado por García, le hacía descendiente de Alcavilca, el señor dado por Viracocha a los cuzqueños. Mas los indios próximos al Cuzco contaban que después del diluvio salieron de las cavernas de Pacaritambo (posada de la aurora o de la producción), por la venerada abertura de Capac-Toco (ventana real), cuatro hermanos y cuatro hermanas llamadas éstas Mama-Guaco, Mama-Cora, Mama-Ocllo y Mama-Aragua, y aquéllos Mango-Capac, Ayar-Cacha, Ayar-Sauca y Ayar-Sauco; Mango-Capac logró prevalecer sobre los otros tres por medios que variaban según las diversas relaciones, pero que revestían en común un carácter maravilloso. Ayar-Ucho, el mayor de los cuatro hermanos, habría excitado la envidia de los demás lanzando de su honda de oro piedras que llegaban hasta las nubes y hacían caer los cerros, y para hacerlo perecer le encerraron en una caverna, cuya entrada cerraron inmediatamente con grandes piedras: el cielo aterró con un violentísimo terremoto a los fratricidas, quienes huyeron a Tamboquiro (posada de dientes). Allí se les apareció Ayar-Ucho con grandes alas de brillantes colores, les aconsejó que se dirigieran a Huanacaure, donde le erigirían altares como al numen tutelar de la familia, y una vez llegados a dicho cerro Ayar-Ucho y Ayar-Sauca fueron convertidos en figuras humanas petrificadas, quedando sólo Manco con las mujeres para echar las bases del colosal imperio con la fundación del Cuzco. Conservando el mismo origen fabuloso, contaban algunos que Ayar-Sauca había sido encerrado en la cueva porque censuraba el incesto de Manco con Mama-Ocllo; Ayar-Cachi había sido petrificado por un mágico (*sic)*, de cuya persona quería apoderarse por sorpresa, y los dos hermanos sobrevivientes se unieron para establecer su dominación sobre las tribus vecinas. Los menos amigos de maravillas referían, que Ayar-Manco se deshizo de los otros tres encerrando al uno en una caverna, despeñando al segundo y obligando al tercero a buscar su seguridad en la fuga.

La narración de Catari, según lo expone el padre Oliva, es al mismo tiempo absurda y complicada. Tumbe, tatarabuelo de Manco-Capac, se estableció después del diluvio en la punta de Santa Elena; prosperando su gente con el buen gobierno, envió él una parte al descubrimiento de nuevas tierras con orden de regresar al cabo de un año, y no habiendo vuelto ninguno de los expedicionarios encargó al morir que se empren-

1_lorente 1.p65 423 29/11/2006, 12:15 p.m.

diera otra expedición. Su hijo y sucesor Quitumbe la realizó fundando la ciudad de Tumbes, haciendo otro establecimiento en Quito al que dio su nombre, y fijándose a las orillas del Rímac, cerca del que erigió el templo de Pachacamac. La hermosa Llira, su esposa, dio a luz después de su partida a Guayanay, y desesperada por el abandono del padre quiso sacrificar al niño, el que fue arrebatado de la hoguera por un águila y llevado a la isla de Guayan, así llamada por estar cubierta de sauces. Llegado Guayanay a la edad de unos 22 años y cansado de la vida solitaria se embarcó para el vecino continente, en donde habría sido sacrificado por los salvajes moradores si la bella Ciguar, hija del cacique, no le hubiera sacado de la prisión para refugiarse ambos en la isla. Atau, hijo de la amorosa pareja, viendo que su reducido asilo no bastaba ya para sostener a la creciente población, se propuso emigrar a tierra firme, y no habiendo podido realizar su proyecto a causa de su edad avanzada, encargó la ejecución a su hijo Manco-Capac, a quien el cielo había anunciado los más brillantes destinos; al nacer se serenó la atmósfera, que durante los dolores de la madre había sido turbada por la tempestad más espantosa; al salir de la infancia, un águila real principió a cernerse de continuo sobre su cabeza, como para resguardarle del sol, y anidó en la casa paterna. Con tan felices auspicios no vaciló, siendo ya adulto, en emprender la expedición encargada por su padre: un terremoto y un temporal violentísimos le hicieron dejar las playas del Rímac, a donde había desembarcado, y después de una larga navegación arribó a Ica, e internándose de aquí a la sierra llegó al lago de Titicaca; separándose allí de su comitiva, después de muchos días de marcha, hizo alto en Mamaota a legua y media del Cuzco, y se encerró en la caverna de Capac-Toco para salir oportunamente cuando sus artificios y los de sus compañeros, que había dejado atrás bien advertidos, pudieron hacerle pasar por hijo del Sol, e imponer su autoridad por la aceptación de su origen celestial.

Todas las tradiciones pueriles han sido relegadas al olvido por la magnífica leyenda popularizada por Garcilaso, la cual, si está en abierta oposición con el orden natural y las antigüedades peruanas, presenta verdaderamente bajo el velo de la poesía las pretensiones de los incas al imperio universal por su misión divina, sus tendencias brillantes y benéficas, así en religión como en gobierno, el fundamento de su autoridad ilimitada y la fragilidad de su poder como basado en una impostura incapaz de ocultarse ante los primeros albores de una cultura racional. Según refirió al citado historiador su anciano tío en una de las visitas de los parientes en que recordaban tristemente las prosperidades pasadas y los infortunios presentes, apiadado el Sol al ver a los peruanos viviendo como fieras sin policía, sin culto y sin los dulces vínculos de familia, alimentados de carne humana o de plantas silvestres, desnudos

1_lorente 1.p65 424 29/11/2006, 12:15 p.m.

o cubiertos ya de cortezas, ya de pieles, sin más albergues que las cavernas, envió para sacarles de la barbarie a sus dos hijos Manco-Capac y Mama-Ocllo, que a más de los lazos fraternales estaban unidos con los del matrimonio: habiéndolos colocado en la isla de Titicaca les dio una barreta de oro diciéndoles: «Tomadla y haced alto en el sitio en que al primer golpe se hundiere: allí enseñareis a los hombres la veneración que deben tributarme por mis beneficios diarios y por los que vosotros vais a prestarles; os han de obedecer como hijos míos encargados de conducirlos a una vida más arreglada y más dichosa». Los esposos hermanos, dirigiéndose al norte y después de haber golpeado con la cuña en diversos lugares sin el efecto deseado, se establecieron junto al cerro de Huanacaure, porque allí desapareció en las entrañas de la tierra al primer golpe que con ella dieron.

Descendiendo de las alturas poéticas al resbaladizo terreno de las conjeturas se han aventurado las más infundadas acerca del origen del primer inca: quien le ha tomado por un misionero de Buda; quien jugando con la etimología de Manco-Capac hasta convertir este nombre en *englishman* le ha supuesto un náufrago inglés; Ranking, partiendo de la imaginaria conquista del Perú por los mongoles, cree muy probable que el primer inca del Perú fuese hijo del gran Kan Kublai; no falta quien en su exaltado horror a las ficciones lleva la duda hasta considerar como un puro mito, sin ningún elemento de realidad, al eminente personaje cuya existencia atestiguan de una manera incontestable los monumentos y tradiciones. Cuando no se quiere violentar el juicio con sutiles cavilaciones, ni con suposiciones aventuradas, parece muy verosímil que el fundador del imperio incásico fue un peruano criado en las inmediaciones del Cuzco: con excepción de las leyendas conocidamente fabulosas, no hay el menor indicio de su existencia anterior en cualquier otro punto fuera o dentro del Perú, y su vida entera aparece encerrada en Pacaritambo, Huanacaure, Tamboquiro y otros lugares no muy lejanos de la futura ciudad imperial. Su obra no forma un contraste inconcebible con la cultura anterior de los cuzqueños: lleva el sello de la raza y del país; es la expresión de su tiempo, tal como podía comprenderlo un hombre más hábil que sus vecinos contemporáneos y dotado de un genio organizador para encaminarlos a mejores destinos. Su naturaleza se refleja en todas las tradiciones, desde que principian a apoyarse en un terreno algo sólido: en la relación de Catari aparece saliendo de Capac-Toco para deslumbrar a la muchedumbre con resplandecientes vestidos, cuyo brillo eclipsaba el del Sol, fascinarla con su porte majestuoso y traerla encantada ya con sus sabias lecciones, ya con alegres fiestas. Los indios que repetían el cuento de los cuatro hermanos, después de referir mil disparates, concluían con decir que Manco-Capac había salido de Pacaritambo solo y

1_lorente 1.p65 425 29/11/2006, 12:15 p.m.

había recibido cuatro nombres del pueblo agradecido, llamándose Capac por sus grandes hechos, Cachi (sal) por su enseñanza, Sauca (regocijo) por su alegre aparición, y Uchu (ají) por el gusto que dio a los cuzqueños; en ésa y otras leyendas, que le hacían venir de Titicaca, su existencia real solamente en el contorno del Cuzco se hace reconocer por apariencias imponentes. Así lo reconoció ya el licenciado Polo.

No faltan los testimonios directos de que el primer inca fue un cuzqueño que se impuso a sus paisanos, ya con su conducta benéfica, ya con fascinadores artificios. Según la relación dada a Betanzos por los quipocamayos del lugar, el curaca de Pacaritambo solía llamar hijo del Sol al hermoso niño que desde la cuna había quedado sin madre y, habiendo perdido después a su amoroso padre, el huérfano Manco se dejó persuadir fácilmente del origen celestial que le daban los oráculos; convirtiéndose en misionero del Sol con todo el celo que podía inspirarle la fe en su brillante padre, se atrajo numerosos prosélitos; levantó un oratorio a Huanacaure personificado en el monte vecino, y poco a poco logró establecer su dominación imponiendo a unos con la majestad de su persona, a otros con el lujo deslumbrador, a algunos con sus luces, a los más con sus servicios y a no pocos con su poder naciente.

Montesinos da la misma idea del primer inca, si bien supone que éste fue Roca y no Manco. La monarquía peruana, que había durado unos 35 siglos, siendo regida por unos 87 soberanos, cayó a fines del cuarto ciclo milenario después del diluvio en el más espantoso abatimiento: los reyes del Cuzco sólo lo eran en el nombre; el país retrocedía al estado salvaje; los hombres se encenagaban en deleites bestiales y nefandos; las mujeres no podían asegurar sus derechos ni aun empleando los hechizos más poderosos; Mama-Cibaco, princesa de la sangre imperial que era acatada del bello sexo y de algunos varones honrados por su digna conducta tanto como por su esclarecido origen, aspiró a restablecer la moral y las instituciones regias valiéndose del ascendiente de su hijo, el bello joven Roca, quien por la autoridad debida a sólo sus dotes personales era conocido con el sobrenombre de inca (señor). Puesto de acuerdo con él, con una hermana suya, que era hechicera y con otras seis personas cuya reserva inspiraba la mayor confianza, se llevó a cabo un hábil plan que fue coronado con el más feliz éxito. De repente desapareció Roca y se esparció la voz de que el Sol, envolviéndole en sus rayos, le había arrebatado para darle instrucciones a fin de que pudiera ser el deseado rey del Cuzco. Cuatro días después, cuando la gran lumbrera del mundo brillaba con todo su esplendor en el alto cielo, se dejó ver el joven en las alturas que dominan el Cuzco, junto a la caverna llamada Chingana; el brillo de las piedras preciosas y de las láminas de oro con que estaba ataviado oscurecía el de los rayos solares; la multitud, que le

1_lorente 1.p65 426 29/11/2006, 12:15 p.m.

miraba encantada, se afligió al verlo desaparecer trascurridos breves instantes; la fascinadora aparición se renovó por tres veces con la misma rapidez en ocultarse, dos días después; y cuando la sencilla muchedumbre estuvo enteramente alucinada, madre y tía la persuadieron a que en solemne procesión con alegres cantares y danzas fuera a traer al templo al hijo del Sol, que debía restablecer el floreciente imperio. Manco, que estaba vestido con el lujo más deslumbrador y echado sobre una piedra primorosamente esculpida, fingió despertarse de un profundo sueño y sorprendido de hallarse en aquel lugar rodeado de tales concurrentes; dijo a éstos con tono solemne: «id al templo donde os haré conocer la voluntad de mi padre Sol»; y cuando hubieron llegado al sagrado recinto, sentándose en un trono magnífico, les manifestó su misión restauradora diciendo al terminar su discurso: «Mi padre el Sol os protegerá con sus rayos, impedirá a la tierra secarse y a la luna inundaros, como lo habéis experimentado muchas veces por vuestra falta. Yo os gobernaré no según leyes nuevas, sino conforme a las antiguas. Mi padre el Sol, que no puede mentir, os hace esta promesa y también os manda que me obedezcais; si rehusais hacerlo, os forzará a ello enviando contra vosotros el rayo y las tempestades. Aquél os matará y la lluvia destruirá vuestras cosechas». Tales amenazas hechas con aterradora majestad acallaron toda resistencia.

Peralta se hizo el eco de tradiciones análogas en su *Lima fundada,* refiriendo en una nota que Mama-Huaco habiendo dado a luz un hijo hermoso lo ocultó en una cueva, de donde ya crecido lo sacó y vestido con orejeras de oro que llamaban *paco,* y calzado con abarcas del mismo metal dichas *osutas* (hoy ojotas) lo expuso en la cumbre de un monte, diciendo ser el hijo del Sol, que allí le había enviado, y adorándolo ella y su hermano Pilcanisa de rodillas. La misma exposición hizo en estas dos octavas:

Después la astuta Huaco a infante hermoso
Criado en el seno de una gruta umbría,
Para darle por padre luminoso
Del día al claro autor le negó el día:
Luego en un monte al parto prodigioso
A quien oro calzaba, oro vestía,
Lo expuso al vulgo infiel, que lo juzgaba
No hijo ya, el mismo sol, que lo alumbraba.
De Llanto real, de que lució pendiente
Purpúrea Mascaypacha o flueco bello
Insignia augusta de su augusta gente,
Cubrió las sienes, coronó el cabello:

1_lorente 1.p65 427 29/11/2006, 12:15 p.m.

De igual púrpura la manta refulgente
Sobre azul traje tan vivaz destello
Daba de luz, que poco hacer presumen
En admitirlo rey, al verlo numen.

Principios del imperio.- Las tenebrosas ficciones en que está envuelto el origen de los incas oscurecen profundamente los débiles principios de su imperio, sin que se disipe de todo punto la oscuridad, ni aun después de haber llegado al término de su maravilloso engrandecimiento. Según Acosta, su señorío por gran tiempo no se extendió más de cinco o seis leguas al derredor del Cuzco. Por el contrario, Garcilaso le hace salvar tan estrechos límites desde el primer inca y, asegurando que los hijos del Sol marcharon de triunfo en triunfo, los presenta dominando en dilatados territorios antes de emprender las conquistas, que son del dominio de la historia; la constante expansión del imperio antes de Viracocha se habría realizado en el orden siguiente:

—*Manco-Capac* se dirigió de Huanacaure al norte y Mama-Ocllo al sur para atraer los salvajes a la vida civil con sus beneficios y maravillas; de los primeros prosélitos formó el núcleo del Cuzco (ombligo) estableciéndose los reducidos por él en la parte alta (Hanan-Cuzco) y los reducidos por su esposa en la parte baja (Hurin-Cuzco); secundado por los fundadores de la capital convirtió a otros muchos bárbaros formando con ellos más de 100 pueblos, los mayores de unas 100 casas, los menores de 25 a 30; su señorío se extendió más de 10 leguas de Paucartambo al Apurímac, y 13 desde Quiquijana a Rimactampu; había enseñado a sus vasallos el cultivo de la tierra, la construcción de las casas, otros artes indispensables, el culto del Sol, la moral social y la obediencia a los curacas, mientras las mujeres aprendían de la reina el hilado, el tejido, la costura y los demás quehaceres domésticos; dio a sus compañeros los privilegios del *llautu,* el pelo trasquilado, las orejas horadadas, y el acatado título de incas; los vasallos agradecidos le llamaron Capac (poderoso) Zapallan-Inca (sólo señor), Yutip Churi (hijo del Sol) y Huacha-Cuyac (amante de los pobres); cuando se vio próximo a morir hizo una exhortación amorosa a los principales y a sus hijos diciendo poco antes de expirar que, llamado por su padre el Sol, iba a descansar con él, y que desde el cielo los socorrería en todas sus necesidades.

—*Sinchi-Roca* (valeroso prudente) casado con su hermana Mama-Ocllo o Mama-Cora, como otros dicen, fiel a las últimas instrucciones de su padre y secundado por los curacas, continuó su pacífica y benéfica cruzada como misionero del Sol; aunque no tuvo ocasión de desplegar el esfuerzo guerrero, alcanzó el renombre de valeroso porque era el más veloz en la carrera, el más ágil en el salto, el más diestro en el manejo de

1_lorente 1.p65 428 29/11/2006, 12:15 p.m.

la honda y el de mayor pujanza en la lucha; mereció el renombre de prudente por su sabia política, que le permitió extender su dominación hasta Chuncara, 20 leguas adelante de lo que había ganado su padre; según algunos logró reducir otros muchos pueblos hasta el de Pucará de Uma-Suyo.

—*Lloque-Yupanqui* (el izquierdo memorable) fue así llamado por ser zurdo y por sus altos hechos; estuvo casado con su hermana Mama-Cava, cuyo hijo único fue Maita-Capac, y disponiendo ya de fuerzas imponentes, quiso apoyar con las armas su misión civilizadora. Llevando consigo seis o siete mil guerreros se dirigió al sur para dar principio a sus conquistas ya con la persuasión, ya con irresistible violencia: los Canas aceptaron el yugo sin oposición alguna; los de Ayaviri (río de muertos), que estaban resueltos a morir independientes, hubieron de someterse después de una lucha desigual en la que perecieron muchos; también resistieron en vano los del pueblo vecino, que recibió el nombre de Pucará (fortaleza) por la que allí dejó el vencedor para asegurar la obediencia. Escarmentadas con uno y otro ejemplo las naciones que poblaban el Collao al oeste del lago de Titicaca, en el actual departamento de Puno, cedieron a las primeras intimaciones; los indios, que en la provincia de Hurin-Pacasa vivían entre las fragosidades de la cordillera occidental, sin orden ni policía, exigieron tres años para su reducción, gastándose más tiempo en doctrinarlos, según eran de brutos, que en sujetarlos.

—*Maita-Capac,* casado con su hermana Mama-Cuca, guerrero como su padre y con mayores elementos políticos y militares, se ilustró con triunfos más gloriosos: en su primera campaña, habiendo pasado el Desaguadero en balsas, redujo entre otros pueblos el de Tiahuanaco, donde encontró maravillosas antigüedades; con poca resistencia sometió igualmente la provincia de Hatumpacasa; los habitantes de Cacyaviri, que desde un débil cerro tenido por cosa sagrada defendieron su libertad con más tenacidad que elementos bélicos, después de sufrir gran mortandad se presentaron humildes al sitiador primero niños, mujeres y ancianos, y luego los hombres de acción descalzos, las manos atadas y sendas sogas al cuello implorando misericordia; habiendo sido perdonados de buena voluntad, la pujanza y la clemencia del vencedor le dieron sin necesidad de nuevos combates la posesión de las provincias de Cauquira, Mallama y Huarina. Un ejército a las órdenes de cuatro mariscales de campo, pasando las despobladas punas del oeste, descendió la cordillera occidental y redujo a los naturales más con los socorros a los hambrientos que con los hechos de armas; enviando más gente porque la población era escasa y parecía prudente tener allí alguno que sirviese de guarnición, se fundaron los pueblos de Cuchuna y Moquegua, y el nuevo gobierno se ganó la estimación común acabando con los envenenadores,

1_lorente 1.p65 429 29/11/2006, 12:15 p.m.

que eran el azote de la comarca. Pasados algunos años emprendió Maita-Capac otra gran expedición al Collao, dirigiéndola por la parte oriental del Titicaca: sometió por la persuasión las provincias de Llaricasa y Sancaván; después de una batalla muy reñida con los de Huaichu, la victoria y el generoso perdón de los vencidos hicieron que se rindieran sin combate muchos pueblos, extendiéndose la dominación imperial hasta la laguna de Paria por el sur y hasta la región templada próxima a Chuquiapu, donde se establecieron colonias para cultivar el maíz, que no podía cosecharse en las frías altiplanicies del Collao. Para adelantar la conquista por el lado de Cuntisuyo se cruzó el Apurímac con un puente de mimbres; con la fama de esta admirable obra se redujeron los indios de Chumpivilca; los de Vililli, que para resistir se habían encerrado en un fuerte, se rindieron a los pocos días, siendo fácilmente perdonados; el imponente espectáculo de una magnífica calzada, y la derrota de los habitantes de Allca no obstante haber esforzado la resistencia en pasos fragosos, determinaron la sumisión de Taunaima, Cotahuaci, Pumatampu, Parihuana-Cocha y otras provincias vecinas; pasado el despoblado de Coropuna, fueron sometidas con suavidad las de Aruni y Collagua, que llega hasta el valle de Arequipa; como esta fértil y amena región estaba sin habitantes, se llevaron de otras en número suficiente para formar los pueblos de Chimpa, Sucahuaya y otros dos o tres. Cargado de laureles pasó Maita-Capac sus últimos años en el Cuzco ilustrando sus hazañas con los beneficios de su gobierno, y dejando una numerosa descendencia.

—*Capac-Yupanqui,* cuya esposa fue su hermana Mama-Curyllpai, no fue indigno de su glorioso padre. Hecho un puente colgante para pasar el Apurímac en Huacachaca, y llevando consigo unos 20 mil hombres de guerra, obtuvo la espontánea sumisión de los yanahuaras y conquistó a los aimaras, reduciendo a los más obstinados por hambre y a otros cortando sus inveteradas disensiones por los pastos mediante el establecimiento de mojones. Los quechuas, a cuya conquista había sido enviado un hermano del inca, dijeron que de antes estaban resueltos a ponerse bajo su protección para libertarse de los fieros Chancas y, sin dejar atrás embarazos, los expedicionarios salieron hasta los llanos de Acarí para establecer la dominación imperial en los valles de Camaná, castigándose después con el último suplicio el pecado nefando, vicio secreto en ciertos naturales. Volviendo a expedicionar sobre el Collasuyo, y pasados los términos de Paria, se facilitaron grandes conquistas porque dos poderosos curacas Cari y Chipana, que habían heredado de sus mayores contiendas sin tregua, dejaron la decisión de sus diferencias al arbitrio del inca, del que se reconocieron vasallos, y de ese modo llegó el imperio hasta Tapacasi y Cochapampa. En otra nueva campaña em-

1_lorente 1.p65 430 29/11/2006, 12:15 p.m.

prendida también por el sur se echó un puente de totora sobre el Desaguadero; pasadas las tierras de Cari y Chipana, se intimó la sumisión a los indios de Chayanta, quienes la prestaron después de haber vacilado algunos días entre encontrados pareceres; sometidos ellos, lo hicieron poco después con expresivas manifestaciones de adhesión las provincias de Tutuca, Sipisipi, Chaqui, Chamuru, Sacaca y otras varias de Charcas. Satisfecho con ver dilatado el imperio más de 180 leguas por el sur, y hasta el Pacífico por el oeste, pasó Capac-Yupanqui sus últimos años consagrando su actividad a las obras públicas, mientras el príncipe heredero llevaba las armas imperiales por el lado del norte, avasallando con sólo recorrer las pequeñas poblaciones esparcidas del Apurímac hasta Abancay, esta provincia y las de Sura, Apucara y Rucanas hasta el caluroso valle de Nanasca; de aquí sacó alguna gente para poblar la estrecha quebrada del Apurímac.

—*Inca-Roca,* cuya esposa fue su hermana Mama-Micay, una vez sobre el trono siguió su carrera triunfal por el norte y por el sur; echado un nuevo puente sobre el Apurímac por la vía más directa, y sometidos sin amagos de oposición los pocos pueblos que halló hasta las inmediaciones de Antahuaylla, los belicosos chancas, que no podían resignarse a cambiar su antigua preponderancia con la humilde sujeción, hubieron de aceptar el yugo de mala voluntad por no hallarse preparados para rechazar a los invasores; esta conducta fue imitada por igual causa por los Uramarca, Villca, Sulla y Utunsulla. En su segunda campaña hecha en el territorio de los Charcas consiguió Inca-Roca la sumisión de las provincias de Chuncuri, Pucuna y Muyumuyo, habiendo prevalecido sobre la altiva juventud, que quería resistirle, el dictamen de los viejos adictos al benéfico gobierno de los hijos del Sol, y presentándoles los primeros sus armas y los segundos los frutos de la tierra. Una expedición, que a las órdenes del príncipe heredero fue dirigida contra los antis, salvajes de las montañas vecinas al Cuzco, no pudiendo internarse a causa de los obstáculos naturales, se limitó a tomar posesión de Challapampa, Pillcupata, Havisca y Tunu, donde se hicieron algunas plantaciones de la deliciosa coca. El soberano coronó sus empresas militares fundando en el Cuzco escuelas para la educación de la nobleza y levantando cerca de ellas su casa real.

—*Yahuar-Huacac* (llora sangre) recibió este nombre fatídico, sea porque alguna vez la derramó de sus ojos, sea porque los tuvo ensangrentados; tímido por carácter y siempre receloso de que la guerra le atrajera los infortunios predichos por los agoreros, nunca quiso hacerla por sí mismo, y sólo encargó dos expediciones poco arriesgadas a su hermano Apumaita; con la primera quedaron unidas al imperio las costas del sur, desde Arequipa hasta Atacama, las que desiertas en su mayor parte

1_lorente 1.p65 431 29/11/2006, 12:15 p.m.

ofrecieron más dificultad para ser visitadas que para quedar sometidas; con la segunda campaña se pensaba completar la posesión de Charcas con las de Carancas, Ullaca, Llipi, Chicha y Ampara, de suyo belicosas; pero las operaciones militares se paralizaron por causa de inquietudes domésticas.

Como suele suceder, el ciego temor hizo a Yahuar-Huacac víctima de peligros, de que habría podido libertarle la prudente serenidad. El príncipe heredero, cuya naturaleza altiva e indomable se mostraba reacia a las ásperas concesiones de su receloso padre, fue confinado a las solitarias punas de Chita a una legua del Cuzco para llevar la vida de los pastores que cuidaban de los rebaños del Sol; a los tres años de su duro destierro se presentó un día en palacio, sin ser llamado, pidiendo audiencia para dar cuenta de un mensaje importantísimo; aunque fue rechazado con dureza, insistió en que debía ser oído por venir enviado de un personaje más alto que el inca; tan extraño lenguaje hizo que el soberano se decidiera a recibirle, y una vez en su presencia manifestó el joven desterrado que estando recostado al mediodía debajo de una gran peña se le había aparecido un hombre cuyas barbas eran de más de un palmo, con un vestido largo y suelto que le cubría hasta los pies, el que traía atado por el pescuezo un animal no conocido, y le había dicho: «Sobrino, yo soy hijo del Sol y hermano del Inca Manco-Capac y de la Coya Mama-Ocllo-Huaca, su mujer y hermana, los primeros de tus antepasados; por lo cual soy hermano de tu padre y de todos vosotros. Llámome Viracocha Inca; vengo de parte del Sol nuestro padre a darte aviso, para que se lo des al inca mi hermano, como toda la mayor parte de las provincias de Chinchasuyo, sujetas a su imperio y otras de las no sujetas están rebeladas y juntan mucha gente para venir con poderoso ejército a derribarle de su trono y destruir la imperial ciudad del Cuzco. Por tanto ve al inca mi hermano y dile de mi parte que se aperciba y prevenga, y mire por lo que conviene acerca de este caso. Y en particular te digo a ti, que en cualquiera adversidad que te suceda, no temas que yo te falte, que en todas ellas te socorreré como a mi carne y sangre. Por tanto no dejes de acometer cualquiera hazaña, por grande que sea, que convenga a la majestad de tu sangre y a la grandeza de tu imperio, que yo seré siempre en tu favor y amparo, y te buscaré los socorros, que hubieses menester».

El mensajero de Viracocha fue recibido con desdén tomándolo por un impostor o un visionario; y no habiéndose adoptado ninguna providencia para conjurar la tempestad anunciada, se supo que los chancas se acercaban al Cuzco con formidable ejército a las órdenes de un terrible caudillo llamado Ancohuallu. Pusilánime y desprevenido el inca ante la formidable invasión, desamparó la ciudad para refugiarse en la angos-

1_lorente 1.p65 432 29/11/2006, 12:15 p.m.

tura de Muina; el heredero del trono, que volaba a la defensa de la capital, no pudiendo reducir a su padre a volver honrosamente sobre sus pasos, marchó al encuentro de los invasores recogiendo millares de fugitivos a los que infundía aliento con su valor y la protección ofrecida por Viracocha; su reducida hueste recibió a tiempo el refuerzo de 12 mil quechuas y otros vasallos amenazados de cerca por el enemigo; aunque ya estaba en aptitud de disputar la victoria, envió a los chancas mensajes de paz que fueron desairados y casi a las puertas de la ciudad se dio una batalla sostenida por ambas partes con igual ardor, hasta que los de Ancohuallu principiaron a flaquear a la llegada de cinco mil quechuas y otra multitud de gente que venía de refresco a engrosar las filas del príncipe; éste esparció la voz de que Viracocha a fin de protegerle convertía en guerreros a las piedras y a las matas de aquellos campos; y con semejante fábula quebró enteramente los bríos de sus contrarios, que con su sangrienta y completa derrota dieron lugar a que el llano, donde habían combatido, recibiese el nombre de Yahuarpampa (pampa de sangre).

El vencedor ordenó que se diera sepultura a los muertos, socorro a los heridos y libertad a los prisioneros, de cuyo número era Ancohuallu; anunció su victoria a los sacerdotes, a las vírgenes del Sol y a su padre; siguió el alcance de los derrotados, restableciendo la calma en las provincias sublevadas con un perdón general; de regreso fue acogido en el Cuzco como salvador del imperio, y pasando a Muina decidió a Yahuar-Huacac a la renuncia de la corona, que ya no podía llevar dignamente, ni con el beneplácito de los cobardemente desamparados. El monarca destronado pasó en la oscuridad sus últimos años, conservando la vana insignia de la borla imperial, con la servidumbre necesaria y en compañía de su esposa y hermana Mama-Chiaya...

La relación de Garcilaso agrada no solamente por sus bellas pinturas, sino también por sus apariencias de verdad: presenta un conjunto armonioso sin ninguna parte que discuerde del resto; los hechos aparecen conformes al carácter que se atribuye a las personas y, sin repugnar a las circunstancias, apenas se dejan percibir ligeras inexactitudes geográficas, y en general está salvado el orden de los tiempos. Sin embargo, por más grata y brillante que sea la leyenda, ante una sucesión de monarcas que tienen el aspecto de divinidades bienhechoras, extrañas a las flaquezas y desdichas de la especie humana, al contemplar una monarquía siempre próspera victorias sin mezcla de reveses, vencedores tan generosos como intrépidos, una cruzada civilizadora extraña a todo interés mezquino y a todo sentimiento bastardo, no podemos menos de repetir la exclamación de Argensola: «¡Lástima grande que no sea verdad tanta belleza!».

1_lorente 1.p65 433 29/11/2006, 12:15 p.m.

Los hermosos discursos no son sino las flores retóricas con que en tiempo de Garcilaso solían falsificar la historia pensando embellecerla; los curiosos pormenores, que no se sabe cómo hayan podido libertarse del olvido faltando de letras, no tienen ninguna garantía de exactitud; aun los principales sucesos constan casi exclusivamente por las sospechosas narraciones de parientes nada imparciales y de amigos crédulos. La gloriosa misión de arrancar los peruanos a las miserias de la vida salvaje, atribuida a los hijos del Sol, está en abierta contradicción con la incontestable existencia de la cultura preincásica; el rápido y fácil desarrollo del imperio no era posible existiendo no lejos de su centro señores muy poderosos y más dispuestos a extender su dominación que a renunciar a su independencia; la constante prosperidad y nunca desmentida magnanimidad de los incas son difíciles de conciliar con la mezcla de felicidad e infortunios de virtudes y vicios, que forman el accidentado drama de las dinastías más ilustres; en fin, el relato de Garcilaso se opone a otros que no pueden menos de hacer vacilar el juicio.

No pesan por cierto mucho en la balanza de la crítica los testimonios de Oliva y Montesinos: según la relación de Catari expuesta por el primero, Manco-Capac al año de su exaltación habría hecho matar junto con sus mujeres e hijos a cuantos caciques vinieron a saludarle sin traerle tributos. Sinchi-Roca, hecho el censo del imperio, encontró dos millones de hombres en estado de llevar las armas, conquistó parte del reino de Quito y de regreso tocó en Tiahuanaco, que era llamado entonces Chucaya, y recibió la actual denominación porque el inca dijo a un veloz mensajero, Tiahuanaco (siéntate huanaco). Lloque-Yupanqui, después de fundar o al menos embellecer el Cuzco, prometió erigir en la ciudad un templo a Pachacamac, y su voto fue cumplido por sus sucesores. Maita-Capac, que tenía horror a las mujeres y era muy aficionado a la caza, nunca tuvo hijos, y por haber muerto en rudo combate a una serpiente con alas de murciélago recibió el sobrenombre de Amaru. Su sobrino Capac-Yupanqui ordenó que todos los caciques residieran en la corte, y precipitó de una roca al de Quito por haber quebrantado su mandato. Quispi-Yupanqui estuvo cerca de ser el Rodrigo del Perú, después de haber violentado a la bella Chalcha, hija del sucesor del cacique precipitado, porque su padre vino a vengar su honor ultrajado con formidable ejército hasta las puertas del Cuzco. Yahuar-Huacac fue un príncipe hábil y prudente que levantó muchas fortificaciones y, para asegurar más la paz interior, mandó que los dos tercios de cada población la abandonaran para ser reemplazados por habitantes de otras provincias. Semejantes desatinos no se discuten, y tampoco merecen ser tomadas en consideración las fábulas de Montesinos, quien hace triunfar a Sinchi-Roca y a Inca Roca, cuya sucesión invierte después de haber sometido a

1_lorente 1.p65 434 29/11/2006, 12:15 p.m.

los chancas, el uno por la intimidación y el otro tras victoria sangrienta, con pompas fantásticas, añadiendo que el primero había destruido un falaz oráculo de donde salió un papagayo para introducirse en una piedra venerada en tiempo del autor; hace de Lloque-Yupanqui un soberano apacible y de Maita-Capac nada cuenta; dice de Capac-Yupanqui, que hizo enterrar vivo a su hermano Putano-Uman por conspirador y arrojar a sus cómplices en fosos donde había leones, tigres y serpientes; Guarguacac, sabio, religioso y pacífico habría triunfado de los chancas y reinado hasta su muerte, siendo siempre amado de sus súbditos.

Si la autoridad de Garcilaso nada puede sufrir del testimonio opuesto de Oliva y Montesinos, pierde mucho con la oposición de Cieza, Balboa, Acosta, Herrera y otros graves historiadores. Prescindiendo de la larga enumeración de los puntos especiales en que no están acordes con él, notaremos algunos que son capitales: no admiten que los primeros incas se casaran siempre con sus hermanas, y aunque ésta parece una divergencia insignificante, a ser cierta probaría que los hijos del Sol no se consideraron en los principios bastante poderosos para desafiar con el incesto elevado a ley soberana la conciencia universal, y que no prefirieron la pureza de la sangre solar a las alianzas de familia con caciques poderosos. En vez de que en su narración aparezcan Lloque-Yupanqui y Maita-Capac como grandes conquistadores, se les ve luchando penosamente para sofocar pequeños motines en su misma corte ocasionados según Balboa por el humor pendenciero de Maita-Capac, quien molestaba a sus compañeros de juego, entre ellos a los hijos del curaca Alcavilca, y según Herrera por haber roto el muchacho de un barrio el cántaro de una mujer que pertenecía al barrio opuesto. Las relaciones con Cari y Chipana llamado por Cieza Zapana sólo habrían tenido lugar en el reinado de Viracocha; lo que, habiendo establecido esos curacas sus cortes en Chucuito y Hatun-Colla y no en provincias más distantes, había de retardar mucho la conquista del Collao. En fin, Yahuar-Huacac, que se preparaba para ella, habría sido muerto por los capitanes de Cuntisuyu, que miraban como un peligro para su libertad la proyectada campaña, aunque el inca había buscado un asilo sagrado en el venerable templo del Sol.

Siendo contradictorias las relaciones de los historiadores más fidedignos, y habiendo sido inevitable la contradicción por la divergencia de las inciertas tradiciones, en vano aspiraríamos a dar por averiguado lo que está por averiguar, y por cierto lo que permanece dudoso o cuando más pueda llegar a ser probable. Lamentando pues las sombras, que no dejan percibir claramente los principios del imperio, debemos contentarnos con señalar los puntos principales sobre los que pueden ilustrarnos en mayor o menor grado los datos más aceptables, las analogías con la marcha de otros estados, las influencias topográficas, el estado social y

1_lorente 1.p65 435 29/11/2006, 12:15 p.m.

político del Perú antes de los incas y cualquier otra conjetura que nos ponga en el camino del acierto. La cuna del poder incásico fue el valle del Cuzco, centro de otros como el de Anta, Andahuaylillas y Yucay, que facilitaban el desarrollo pacífico de una cultura superior, cuando se presentara el hombre destinado por la Divina Providencia para encaminar el Perú a destinos más brillantes: el bello cielo de la sierra, la tierra fértil y el clima saludable favorecían la multiplicación de los habitantes; los cuzqueños numerosos, dóciles y juiciosos, dirigidos por un hábil jefe podían formar la base de un señorío preponderante; los montes vecinos, dejando entradas estrechas al invasor, y las barreras difíciles de expugnar por la región más distante del Apurímac y de las codilleras, protegían al naciente Estado. Manco-Capac se hizo reconocer sin dificultad como hijo del Sol por pueblos que adoraban al astro del día, y se atribuían orígenes más extraños; él y sus inmediatos sucesores pudieron extender dentro de reducidos límites su propaganda religiosa y militar, ya con el ascendiente de su política fascinadora y benéfica, ya haciendo valer sus exhortaciones con el uso de fuerzas irresistibles. El señorío de los incas hubo de tardar mucho tiempo en adquirir extensas dimensiones, por cuanto sus extraordinarias instituciones sólo podían arraigarse muy lentamente, y se oponían a su expansión ingentes obstáculos; por el norte la impedían ríos muy caudalosos y el poder de los chancas, por el este el terreno fragoso y selvas casi impenetrables, por el sur la cordillera de Vilcanota y las armas de curacas poderosos; sólo se prestaba a la fácil dominación la región occidental con poblaciones pequeñas, dispersas y poco cultas. De aquí resultó, según todas las apariencias, que hasta Viracocha la dominación imperial sólo se estableció sólidamente en las cercanías del Cuzco, del lado oriental hasta Paucartambo, Carabaya y curso inferior del Vilcamayo; del septentrional hasta el Pachachaca; del meridional hasta los confines del Collao; y del occidental, donde no halló considerables resistencias, hasta las vecinas costas. Si algunos soberanos extendieron más lejos su influencia a favor de las alianzas o aventuraron el poder de sus armas en expediciones más distantes, ciertamente que no lograron una gran dominación estable, la que estaría atestiguada por grandes monumentos o con otros recuerdos inequívocos de su preponderancia, como quedaron fuera de duda las grandiosas conquistas de los últimos incas.

Grandes conquistas.- Pasados unos dos siglos de lento desarrollo, se engrandeció rápidamente el imperio en los reinados de Viracocha, Pachacutec, Tupac-Yupanqui y Huaina-Capac: las instituciones de Manco-Capac habían echado ya profundas raíces y la cultura imperial había adquirido suficiente fuerza de expansión para extenderse prontamente

1_lorente 1.p65 436 29/11/2006, 12:15 p.m.

por dilatadas regiones sobreponiéndose a los obstáculos exteriores y a las debilidades del gobierno; por esto a una gran conquista sucedía otra conquista mayor; el sucesor llevaba a feliz término las empresas que un monarca había dejado adelantadas o en situación de empezar. Continuando la incertidumbre y el choque de las tradiciones, no es posible deslindar completamente la parte que en el engrandecimiento de sus dominios cupo a cada uno de los cuatro príncipes más eminentes; pero de una manera general puede creerse que el primero de ellos completó y consolidó las conquistas por el Alto Perú, Pachacutec sometió por el norte la mayor parte de la costa y de la sierra peruana, Tupac-Yupanqui fue el conquistador del reino de Chile y el de Quito fue conquistado por Huaina-Capac. En cuanto a la grandeza de carácter común a los cuatro incas, en el primero está envuelta entre las tinieblas de la fábula, en el segundo se anubla con ciertas sombras de crueldad, en el tercero llamado también Tupac-Yaya (padre resplandeciente) despide puros resplandores de bondad paternal, y en el cuarto se eclipsa con rasgos de debilidad que personifican en Huaina-Capac el apogeo y la fragilidad del imperio.

Colocado Viracocha en los confines de la fábula y de la historia, aparece entre claros hechos y tenebrosas ficciones, como en la atmósfera despejada de Egipto se levantan las pirámides sobre oscuras ruinas y desierto arenal. No se sabe de cierto si el octavo inca destronó a su padre o le vengó de los que le habían asesinado en el templo del Sol; en el primer caso habría perpetuado el recuerdo de su triunfo y de su ingratitud filial con dos obras notables: un templo erigido en Cacha al dios Viracocha con una estatua semejante al fantasma que se le presentó en Chita, y con la pintura de dos cóndores —el uno con alas desplegadas y el rostro vuelto hacia el Cuzco y el otro en actitud opuesta—, símbolos expresivos del monarca fugitivo y del príncipe que iba al encuentro de los invasores. Si es cierto que ambos monumentos subsistían a la llegada de los españoles, no es tan concluyente su significación a favor de los triunfos de Viracocha sobre los chancas: la pintura podía aplicarse a otro soberano, y el templo, el que no fue un pensamiento enteramente nuevo sino embellecimiento del que en apartados siglos erigieron los canas al Creador, lo que probaría mejor es que el octavo inca quiso restablecer y propagar ideas religiosas más elevadas que las de la idolatría del Sol, y que éste fue el verdadero secreto de sus grandes hazañas. Por lo demás la suposición que hace de Viracocha el vengador de su padre, víctima de sediciosos capitanes, aunque no es la más popular, se apoya en el testimonio de los más graves historiadores; según éstos, el reinado del hijo de Yahuar-Huacac tuvo principios azarosos. La nobleza del Cuzco quería suplantar el señorío con la behetría o comunidad sin jefe permanente o aspiraba a la oligarquía; pero se decidió fácilmente por la

1_lorente 1.p65 437 29/11/2006, 12:15 p.m.

conservación de la monarquía después de que una señora principal, habiendo distribuido abundante chicha entre los que deliberaban acerca de la forma de gobierno, les manifestó que Viracocha sería un buen rey. No obstante haber sido bien aceptado este nombramiento, el nuevo monarca, que estaba en campaña, fue sorprendido por una revolución que encabezaba su tío; volvió sobre los rebeldes antes de que pudieran organizar la resistencia; el impotente cabecilla se suicidó, y sus cómplices fueron castigados con el último suplicio al mismo tiempo que algunas vírgenes del Sol, olvidadas de sus votos durante la sedición.

Libre de enemigos domésticos emprendió Viracocha grandes conquistas por el norte y por el sur: según Montesinos, que absorbe en él la enérgica personalidad de Pachacutec, habría sido el Alejandro Magno del Perú habiendo llevado sus huestes vencedoras de una parte hasta la extremidad meridional de América y de otra hasta Quito, expedicionando en los bosques más allá del Ecuador donde llevaban vida salvaje las numerosas tribus de cofanes; por sus hechos sobrehumanos recibió el sobrenombre del Dios Supremo, y realmente habría gozado de un poder sobrenatural si, como afirma el crédulo analista, hizo abrir un camino al través de Chile desde Charcas hasta el estrecho de Magallanes. Teniendo en lo poco que valen tan absurdos cuentos, queda sin embargo para el octavo inca el honor de haber hecho reconocer la autoridad de los hijos del Sol hasta el apartado Tucumán por el mediodía y hasta los confines de Jauja por el septentrión; los medios políticos y militares con que alcanzó tan extensa dominación no pueden ser bien determinados por la historia a causa de la incoherencia de los testimonios. Se presume que se ganó la posesión del Collao y de Charcas a favor de hábiles negociaciones con Zapana y Cari; que sin grandes azares sometió las provincias de Llipi, Ampara y demás abandonadas por su receloso padre, y que del Tucumán le enviaron mensajeros ofreciendo la espontánea sumisión. Garcilaso ha presentado el mensaje en el siguiente discurso, donde está de manifiesto la acción de su viva fantasía: «Capa Inca Viracocha, la fama de las hazañas de los incas, tus progenitores, la rectitud e igualdad de su justicia, la bondad de sus leyes, el gobierno tan a favor y beneficio de los súbditos, la excelencia de su religión, la piedad, clemencia y mansedumbre de la real condición de todos vosotros, y las grandes maravillas, que tu padre el Sol nuevamente ha hecho por ti, han penetrado hasta los últimos fines de nuestra tierra y aun pasan adelante. De las cuales grandezas aficionados los curacas de todo el reino Tucma, envían a suplicarte, hagas por bien de recibirlos bajo tu imperio y permitas, que se llamen tus vasallos para que gocen de tus beneficios, y te dignes de darnos incas de tu sangre real, que vayan con nosotros a sacarnos de nuestras bárbaras leyes y costumbres, y enseñarnos la religión, que debemos tener, y los fueros, que debemos

1_lorente 1.p65 438 29/11/2006, 12:15 p.m.

guardar. Para lo cual en nombre de todo nuestro reino te adoramos por hijo del Sol y te recibimos por rey y señor nuestro, en testimonio de lo cual te ofrecemos nuestras personas y los frutos de nuestra tierra para que sea señal y muestra de que somos tuyos».

El panegirista de los incas refiere también que el octavo sometió importantes provincias en el territorio de los chancas con el ascendiente de su genio militar y político. La terrible derrota de Yahuarpampa hizo que los andahuaylas temiendo siempre un terrible castigo por su rebelión recibieran con humildes muestras de agradecimiento al bondadoso soberano, que a su generoso perdón añadió toda suerte de beneficios; los de Huaitará, Huamanga, Parco, Picoy, Azángaro y Acos se sometieron por iguales motivos; un canal de riego, que partiendo de Angaraes estaba destinado a dar agua en la estación seca a los pastos de Castrovirreina, Cangallo y parte de Lucanas en la extensión de más de 120 leguas, obra tan imponente como benéfica, les adhirió más a la dominación imperial, y ésta quedó afirmada no sólo con importantes fortalezas, sino con el establecimiento de colonias en los pueblos abandonados por el valeroso caudillo Ancohuallu, quien no pudiendo resignarse a vivir vasallo donde había sido señor, partió con numerosa hueste a la montaña de Moyobamba arrollando cuanta tribu quiso impedirle el tránsito. Viracocha después de haber visitado el vasto imperio por dos veces derramando favores y recibiendo entusiastas ovaciones, pasó sus últimos días en su deliciosa residencia de Yucay, que llegó a ser el paraíso de los incas, y le sucedió en el trono Pachacutec, su primogénito en Mama-Runtu, su hermana y esposa.

No fue tan dichoso el fin del hijo de Yahuar-Huacac según los historiadores que precedieron a Garcilaso. Habiendo abandonado en su vejez las riendas del gobierno al estúpido y corrompido Inca Urca, quien degradó la majestad real con la embriaguez y el más desenfrenado libertinaje, Astohuaraca, curaca de Huaitará, secundado por otros caudillos de su raza y al frente de aguerrida tropa vino de triunfo en triunfo hasta las inmediaciones del Cuzco; afortunadamente para los hijos del Sol las fáciles victorias le infundieron una confianza desastrosa para su hueste; el valeroso Inca Yupanqui, heredero según unos y según otros aspirante impaciente a la corona, logró sorprenderle en una noche en que yacía sepultado en el letargo de la embriaguez y del deleite; dueño del jefe impuso la ley a los invasores; vencedor arrebató el poder a su hermano y a su padre, y éste murió o de despecho o del dolor de ver asesinado a su hijo predilecto.

Montesinos atribuye la muerte de Viracocha a la melancolía que le causó el saber por un vaticinio que extranjeros barbudos vendrían algún día a destruir su religión y el poder de sus descendientes. Esa predicción

1_lorente 1.p65 439 29/11/2006, 12:15 p.m.

hecha en términos oscuros no habría encontrado eco hasta los últimos años de Huaina-Capac, en que la presencia de los españoles en el Pacífico revelaba la inminencia del peligro.

Desjardins cree que la palabra Viracocha es seguramente de origen extranjero, lo mismo que las ideas religiosas que representa; no habría tenido tal seguridad fijándose más en las etimologías y antigüedades indígenas. Viracocha significa laguna de sebo, o separándose de la composición ordinaria, sebo de la laguna; con esa denominación se designaba de tiempo inmemorial al Ser Supremo. Para que todo se oscurezca en la existencia de Viracocha, hay motivos de dudar acerca de su momia. Mientras Garcilaso asegura haberla visto en 1560 en casa del corregidor del Cuzco, Polo de Ondegardo, Acosta afirma que había sido quemada en el valle de Sacsahuana por Gonzalo Pizarro.

Aunque hay mucha diversidad de opiniones sobre la persona y hechos de Pachacutec, es indudable que ocupa un lugar muy alto entre los civilizadores del Perú. Así lo manifiesta el nombre Pachacutec (el que cambia el mundo, el que le da nuevo ser); podría decirse que le fue dado por un capricho de su padre o por la adulación cortesana, pero la voz pública y la experiencia secular no dejan duda de que lo llevó con honor. En su tiempo le llamaron también el gran Titu segundo Manco-Capac; en el gobierno del virrey Toledo, el hábil y activo organizador del virreinato, decían los indios en vista de sus sabias ordenanzas y enérgicas providencias, que era un nuevo Pachacutec. Éste, dotado de una inteligencia superior a su siglo, con mucha fuerza de voluntad y animado por el celo reformador, no sólo engrandeció el imperio con maravillosa rapidez, sino que levantó sobre bases indestructibles la unidad nacional: puede ser considerado como el verdadero creador del Perú, que ha subsistido y subsistirá, sobreponiéndose a conquistas destructoras, a revoluciones disolventes, a la caída de dinastías y al cambio de instituciones.

Estando confundidas muchas hazañas de Pachacutec Inca Yupanqui con las de su padre y de su hijo, no es posible señalar con exactitud la extensión de sus propias conquistas; pero en la gran obra de haber formado un cuerpo nacional de las diversas provincias del Perú, cúpole la parte más gloriosa por haber unido con fuertes vínculos lo que estaba débilmente adherido, conquistado para siempre el centro de la nación y allanado a sus sucesores el camino para extender la denominación imperial. Él redujo definitivamente a perfecta sumisión a las tribus del Collao y a los chancas, quienes más o menos sojuzgados por Viracocha, pero dispuestos siempre a sublevarse, eran un peligro permanente para la paz e integridad del imperio. Él conquistó, principalmente en campañas confiadas a su valeroso hermano Capac-Yupanqui y a su digno heredero Tupac-Yupanqui, por la sierra desde los confines de Jauja hasta los

1_lorente 1.p65 440 29/11/2006, 12:15 p.m.

últimos términos de Cajamarca y por la costa desde Ica a los dominios del gran Chimú, ambos inclusive. Según la relación de Garcilaso, que en lo principal está confirmada por los testimonios de más peso, los huancas hubieron de ceder ya a la superioridad de fuerzas, ya a seductoras dádivas; los de Tarma y Bombón cedieron a los dones y a las promesas; los bárbaros moradores de Chucurpu y de otros escabrosos lugares de ambas cordilleras sintieron quebrantada su fiereza por el ascendiente de una cultura superior; no pudieron sostener por largo tiempo la proyectada oposición ni los huaylas ni los conchucos; el viejo curaca de Huamachuco manifestó a los expedicionarios que mucho antes había resuelto ponerse bajo la protección de los hijos del Sol; la resistencia de los cajamarquinos cesó después de algunas derrotas y de halagüeños ofrecimientos; los yauyos fueron conquistados fácilmente al regreso de las huestes vencedoras; en la costa de Ica y de Pisco se rindieron sin combatir Chincha y el curaca de Runahuanac después de haber combatido con señalado valor; el señor de Pachacamac, por las concesiones que se le hicieron en favor de su religión y señorío; el gran Chimú, que defendió valle tras valle, posición tras posición, hubo de aceptar al fin el humillante yugo, estando combatido no sólo por las armas imperiales y por las de sus antiguos enemigos Chuquimancu y Cuismancu, sino por el desaliento de sus vasallos, cuyas familias habían caído prisioneras y cuyos campos estaban desolados ya por la rotura de las acequias, ya por la devastación de los sembrados. Cualquiera que sea la incertidumbre de los sucesos de la guerra por el olvido o la alteración de las tradiciones, es indudable que serranos y costeños divididos, sin planes bien concertados y sin una voluntad de resistir a prueba de reveses y de seducciones, tenían que sucumbir en la lucha desigual con un conquistador que les superaba así en el número y disciplina de los ejércitos, como en recursos y habilidad.

Las expediciones emprendidas en tiempo del gran conquistador del Perú para atraer hordas salvajes a la vida civil tuvieron el mal éxito que era de temer ante los ingentes obstáculos acumulados por el mortífero clima, la selva impenetrable, el terreno anegadizo, la falta de provisiones y la índole indomable de hordas errantes tan difíciles de ser reducidas por la fuerza, como los animales del bosque de ser encerrados en el redil. Unos 10 mil hombres que penetraron entre los chunchos embarcándose en el Amarumaru o Madre de Dios, fueron en su mayor parte víctimas de la insalubre habitación, de las flechas disparadas por salvajes ocultos en la espesura, y de toda suerte de privaciones; un número muy reducido, que sobrevivió a la penosa travesía, se estableció en la lejana montaña de Mojos, donde los expedicionarios lograron hospitalaria acogida. La hueste, que había ido a conquistar a los chirihuanas, huyó espantada

1_lorente 1.p65 441 29/11/2006, 12:15 p.m.

de una tierra sin atractivos, y sin las subsistencias indispensables ante enemigos que tenían la carne humana por exquisito manjar.

Mientras los salvajes se mostraban refractarios a la acción civilizadora de los incas, ésta alcanzaba espléndidos triunfos en la vasta extensión del imperio: por doquier se levantaban construcciones magníficas para asegurar la dominación, albergar al ejército sin molestia de los pueblos, encerrar las provisiones de muchos años y realzar la adoración del Sol o la majestad del soberano; se desterraban usos bárbaros y se introducía una admirable policía; pueblos y provincias tenían asegurada la propiedad común; se fijaba la suerte de las familias con el matrimonio legal y los testamentos autorizados; se determinaba el pago de tributos junto con el servicio militar; se precavía la ociosidad al mismo tiempo que en la distribución del año se señalaban días para la diversión popular; la ley fijaba los gastos reprimiendo los excesos del lujo, y prescribía a los magistrados procedimientos que garantizaran la recta administración de justicia; castigos rigurosos contra los grandes crímenes aseguraban la conservación del orden social; la ilustración nacional era favorecida con la protección de las escuelas destinadas a la nobleza y con el uso del quechua impuesto a cuantos tomaran parte en la administración. Pachacutec, haciendo de pontífice sin dejar de ser legislador, realizó una gran reforma religiosa, sistematizando los ritos, proscribiendo algunas supersticiones y haciendo predominar el culto visible del Sol y el invisible de Pachacamac; según el testimonio valioso del padre Acosta, fue el inventor de la mayor parte de los ritos y supersticiones de su idolatría.

La grandeza del imperio, para la que Viracocha había dejado poderosos elementos en un reinado de medio siglo, quedó asegurada en el de Pachacutec, que duró de 60 a 70 años según los informes más respetables. Sin embargo, el segundo Manco-Capac no ha alcanzado una nombradía comparable a la del jefe de la dinastía; probablemente su menor celebridad provino de haber deslucido sus altos hechos con no pocos actos de crueldad. Balboa le atribuye varios de que fueron víctimas no sólo prisioneros de raza enemiga, sino su ilustre hermano Capac-Yupanqui y uno de sus hijos; indicios son también de una conducta cruel los cueros [hechos con la piel de] los chancas sirviendo de tambores, campos cubiertos de huesos humanos y entre otros los nombres de Ayahuarcuna (lugar donde se cuelgan cadáveres), Huarco (horca), Ayacucho (rincón de muertos), Ayaviri (río de muertos) en Yauyos y otros, que se refieren a su época. Prescindiendo de falaces conjeturas, su doble destino de conquistador y reformador rara vez pudo cumplirse sin enormes atentados; no es por lo tanto sorprendente que la humanidad haya rehusado su alta estimación a un príncipe inhumano.

1_lorente 1.p65 442 29/11/2006, 12:15 p.m.

Tupac Inca-Yupanqui, hijo de Pachacutec y de Mama-Anahuarque, hermanos consortes, y casado con su hermana Mama-Ocllo, subió al trono sin oposición, aunque según la tradición había dejado su padre más de 300 hijos, y la ambición creciendo con la prosperidad excitaba en la familia imperial intrigas sediciosas. Si hemos de creer a Balboa, la transmisión apacible del poder se habría facilitado por la abdicación espontánea del anciano monarca en su primogénito. Según el mismo historiador habría conspirado contra él uno de sus hermanos, abusando de la protección que se le dispensaba por los esposos reinantes; pero descubierto a tiempo fue castigado con el último suplicio junto con sus principales cómplices, los demás conspiradores fueron reducidos a la servidumbre con el nombre de *yanaconas*, que les fue dado por Yanaco, lugar de su mitigado castigo. Haya sido o no cierta la conjuración reprimida con moderada severidad, Tupac-Yupanqui, de carácter bondadoso, rara vez tuvo que hacer usos de los extremos rigores demasiado gratos a su padre: la obediencia estaba ya arraigada, sea con leyes draconianas, sea por el respeto a la divina autoridad de los incas; reformas radicales habían desterrado los más graves abusos; la manifiesta preponderancia de las armas imperiales facilitaba el engrandecimiento sin guerras exterminadoras; la universal ley de la alternativa que, rigiendo constantemente en la sucesión del día y de la noche, no deja de aplicarse con frecuencia en el cambio de gobierno, hacía natural que a la dura y tirante administración de Pachacutec sucediera la blanda y aflojada de su hijo.

La primera conquista de Tupac-Yupanqui fue la de Chile, que desde Viracocha hacía desear las noticias recibidas en el Tucumán, y que según algunos historiadores había adelantado mucho Pachacutec Inca-Yupanqui; se duda si fue emprendida por la fría y escabrosa vía de la cordillera o al través de la desierta costa; es más probable la relación de Garcilaso, que presenta a los expedicionarios marchando de Atacama a Copiapó, de Copiapó a Coquimbo y del último valle a los del sur hasta más allá del Maule. La penosa cuanto difícil travesía se habría superado adelantando escalonadas las provisiones en numerosos rebaños de llamas y avanzando igualmente en escalones cuerpos de 10 mil hombres. La mayor parte de los chilenos se habría sometido sin gran resistencia en vista del número creciente de los invasores y de su cultura bienhechora; pero, pasado el río Maule, los promaucaes y otras esforzadas tribus, prefiriendo la muerte a la pérdida de la independencia, salieron al encuentro de la hueste imperial; habiéndose combatido con igual valor por una y otra parte, y teniendo ambas bajas enormes en sus filas, se mantuvieron otros tres días en sus respectivos puestos aguardando y no arriesgando nuevo ataque; el respeto, que mutuamente se impusieron, hizo

1_lorente 1.p65 443 29/11/2006, 12:15 p.m.

que los imperialistas regresaran al norte, y sus contrarios satisfechos con haber escapado al yugo extranjero, se abstuvieran de perseguirlos.

Puesto un término a las conquistas por el sur, se dirigieron las expediciones conquistadoras a las provincias septentrionales del Perú y al vecino reino de Quito: habiendo pasado el Marañón por la frontera de Cajamarca y vencidos con alguna dificultad los obstáculos naturales y el que en ciertos pasos opuso el valor de los chachapoyanos, quedaron sometidos, después de los huacrachucos, que no habían resistido, los pueblos de Chachapoyas; el imperio se extendió hasta Moyobamba, y al regreso de los expedicionarios se sometieron los huanucuyus, en otras expediciones al oeste del Marañón fueron sojuzgados los huambos con otras tribus de Chota, Huancabamba, Cajas, Ayabaca, Chalhuas, Zarza, Paltas y Cañaris, unos casi sin combatir, otras después de prolongada lucha. La campaña contra los bracamoros de Jaén fue tan estéril como las demás emprendidas por los incas en el territorio de los salvajes. Sometida la pequeña provincia de Alahuasi, que era limítrofe de Quito, se hizo inevitable la lucha entre los hijos del Sol y los Scirés, señores de ese reino: unos y otros estaban poseídos de ambición insaciable, y revelaban un origen común en el uso del quechua, en el culto del astro del día y en algunas tradiciones. En los principios de la azarosa contienda dejó Tupac-Yupanqui confiado el ejército al príncipe heredero con experimentados consejeros y también le encargó el castigo de los huancavilcas que, después de haber ofrecido la sumisión espontánea, habían dado muerte cruel a los agentes imperiales enviados a ruego suyo.

Balboa refiere una larga navegación hecha por Tupac-Yupanqui a islas desconocidas antes de retirarse al Cuzco; pero ese viaje, de que ningún otro historiador da cuenta, no se concilia con haber dejado impunes a los huancavilcas, cuyo castigo no habría diferido si hubiera bajado a la costa de Guayaquil para embarcarse, según se supone, en una gran flota con victoriosa hueste. Lo más probable es que el padre de Huaina-Capac, abandonados los cuidados de la guerra a su hijo, pasó sus últimos días, que no fueron muchos, embelleciendo la corte con obras monumentales; su reinado duró poco más de 20 años, si bien en la edad avanzada de Pachacutec estuvo mucho tiempo a la cabeza del gobierno.

Estaba reservado a Huaina-Capac elevar el imperio a la cumbre de la grandeza y dejarlo en la pendiente del abismo: su exaltación al poder supremo se realizó aproximadamente hacia el tiempo en que Colón descubrió la América, y su muerte por el año de 1525, mientras Pizarro hacía sus viajes de descubrimiento; antes de que el hijo de Tupac-Yupanqui diera pasos avanzados en su gloriosa carrera, tuvo que combatir graves peligros sea para su persona, sea para el prestigio de la dominación imperial. Según Balboa, Capac-Huari, su hermano bastardo y objeto de

1_lorente 1.p65 444 29/11/2006, 12:15 p.m.

la predilección paternal, le habría suplantado en el trono, si no fueran cruzados los planes de usurpación por su madre Mama-Ocllo, la que hizo matar a la poderosa madre del pretendiente acusándola de haber envenenado al esposo común. Un tío del joven inca, que gobernaba en su nombre, quiso arrebatarle el poder en beneficio de un hijo suyo, y hubo de ser castigado como merecía su enorme abuso de confianza. Los huancavilcas, después de condenada a último suplicio la décima parte de los culpables, fueron obligados a sacarse cuatro dientes, cuando antes solían sacarse dos en honor de sus dioses. Los habitantes de la Puná, que habían hecho morir en el mar o a golpes de remo desfondando las barcas en que navegaban a muchos nobles incas acogidos por los isleños con pérfida hospitalidad, recibieron un castigo análogo a su crimen. Más felices lo chachapoyanos, que habían dado principio a un motín asesinando la guarnición, fueron perdonados por la intercesión de una señora que había sido concubina de Tupac-Yupanqui. Afirmado en el trono y escarmentados los reos de lesa majestad imperial, hizo Huaina-Capac no difíciles conquistas en la costa desde el valle de Chicama a los confines del Choco, y deteniéndose conforme a la acostumbrada política imperial ante la indómita fiereza de los salvajes de barbacoas, se dedicó enteramente a completar la sumisión de los cultos serranos dando feliz término a la prolongada lucha con los Scirés.

El antiguo y poderoso reino de Quito se había engrandecido en los últimos siglos con las conquistas de los Scirés o Qutius los que, desembarcados hacia el octavo siglo de nuestra era en las costas de Cara, subieron por el río de Esmeraldas y después de 200 años de combates, despojando enteramente a los anteriores señores, habían adquirido entre otras provincias menos importantes las de Cayambe, Otavalo, Carangue, Quito, Latacunga y Puruoa. Su autoridad, muy inferior a la de los incas, estaba limitada por un cuerpo aristocrático sin cuya aprobación no podía ejecutarse ninguna resolución grave, y no había lugar al reconocimiento del príncipe heredero; la limitación del poder monárquico, la política menos hábil y la cultura no tan expansiva habían impedido a los Scirés engrandecerse tanto como los hijos del Sol; por lo que su caída era inevitable, una vez declarada la lucha sin tregua con sus rivales de ambición. Según la relación de Velasco, que en este punto es de gran valor, los primeros combates nada tuvieron de decisivo inclinándose ya a una, ya a otra parte la suerte de la guerra; pero las armas imperiales alcanzaron el triunfo definitivo en Tiacaja y Hatuntaqui, en aquel campo por la defección de algunos jefes quiteños y en esta principal plaza de armas por haber caído mortalmente herido el rey de Quito, del que los suyos aclamaron sucesora a la bella Pacha, su única hija. Huaina-Capac, obedeciendo más bien a los impulsos del corazón que a los cálculos de la

1_lorente 1.p65 445 29/11/2006, 12:15 p.m.

política, tomó por una de sus mujeres a la hermosa prisionera y así aseguró la posesión pacífica de un gran reino. Reforzado con nuevos súbditos, continuó sus conquistas por el norte, haciendo cruda guerra entre otras tribus bárbaras a los de Pasto, tan esforzados como amantes de su independencia, que sometió en parte. La resistencia de los carangas, los cuales, sea antes, sea después de haberse mostrado dispuestos a la obediencia, hicieron sufrir a los imperialistas pérdidas muy sensibles, dio ocasión a una de las más inhumanas venganzas: los incas arrogándose la dominación imperial a nombre de su origen divino consideraban rebeldes indignos de misericordia a cuantos rechazaban con tenacidad su yugo, y Huaina-Capac, quien llegó a ser adorado por Dios en vida, una vez vencidos los carangas, dio la más terrible muestra de cólera celestial manchando con la sangre de unos 20 mil prisioneros, según Cieza, la laguna de Otavalo, que por eso recibió el nombre de Yahuar-Cocha (laguna de sangre), y quitando la vida a todos los que podían llevar las armas; por lo que los restos de los carangas fueron llamados los Huarmacunas (los muchachos).

Rodeado ya el imperio por el Pacífico, por donde no parecía que pudiera venir ningún peligro, y por naciones bárbaras, cuya sumisión ofrecía escasa gloria, insignificante interés y dificultades casi insuperables, pudo consagrar Huaina-Capac toda la actividad de su genio emprendedor a la administración interior, que nunca había descuidado, y así disponiendo de mayores recursos que sus antecesores, logró presentar el vastísimo imperio en un estado de incomparable prosperidad. Según Montesinos, en una asamblea legislativa organizó el gobierno en todos sus ramos; por testimonios más seguros consta que, con sabias ordenanzas y oportunas concesiones de ganados hechas a los curacas y a las comunidades, acrecentó extraordinariamente la riqueza pública; es evidente que sólo él pudo acabar la gran maravilla del imperio que fueron los caminos abiertos desde el centro a la extremidades; de palacios, fortalezas y templos hizo levantar un gran número, distinguiéndose por la magnificencia los de Tumibamba en la provincia de los Cañaris, donde se cree que nació, y de donde ciertamente sacó los mejores auxiliares para su gloriosa conquista de Quito. La obra más célebre entre las mandadas hacer por el opulento monarca es la cadena de oro que dio nuevo nombre a su primogénito Huascar (soga) llamado antes Inti-Cusi-Hualpa (sol de alegría, bondad): según Garcilaso era de 700 pies, con eslabones gruesos como la muñeca y, según Zárate, tan pesada que con dificultad podían alzarla del suelo 200 indios. Es demasiado peso para adoptarlo sin otro testimonio que el de testigos dispuestos a exagerarlo, y cuando su objeto, que fue servir para un baile en cadena ejecutado con gravedad y gracia por la nobleza imperial, exigía un asidero harto más ligero.

1_lorente 1.p65 446 29/11/2006, 12:15 p.m.

Todos los excesos de lujo son creíbles tratándose del más rico de los incas, quien para solemnizar con pompa desusada el primer corte de cabello hecho a su heredero tenía motivos especiales: su hermana mayor no le había dado sucesor, y le fue necesario legitimar su unión con otra hermana que había dado a luz a Huascar. Tomó también por esposa legítima a una prima suya, que fue madre de Manco-Inca, y tuvo entre 700 concubinas por favorita a la princesa Pacha, de la que fue hijo Atahualpa; según cuentan, el número de sus hijos y nietos en el Cuzco pasaba de 300. Fue muy afecto a las mujeres a cuyos ruegos jamás supo negar cosa alguna; de rostro afable y majestuoso, grande en los hechos y corto en las palabras, magnánimo en sus proyectos, esforzado en la guerra, solicitó por la prosperidad de su estado, participando según las ocasiones de la bondad paterna y de la crueldad de su abuelo, fácil de ser engañado por los que lisonjeaban su orgullo, y demasiado propenso a tomar por sabiduría política lo que convenía a sus pasiones. Tan peligros defectos de carácter debían ser fatales al imperio, desde que su Dios rey podía sobreponerse a todas las leyes y conveniencias, seguro de que su palabra se tomaba por la expresión de la justicia humana y divina.

La grandeza imperial había tocado a la altura, que en las cosas humanas está a un paso de la ruina, cuando fatídicos presagios vinieron a turbar los ánimos: el rayo destrozó una de las mansiones imperiales; un arca o águila imperial perseguida por varios halcones cayó en la plaza mayor del Cuzco durante una gran fiesta, y se la vio desplumada, sarnosa y moribunda; la luna apareció con tres cercos, el interior rojo, el medio negro y el exterior deshaciéndose en humo, indicios todos de que la discordia desharía la familia imperial y arrastraría en su ruina a la religión y el imperio; grandes infortunios eran también anunciados por extraordinarias salidas del mar y por violentísimos terremotos que derrumbaban los cerros. La aparición de los españoles en el Pacífico vino a ser el más funesto agüero; el lejano rumor los presentaba como especie de monstruos con barbas, que en el mar marchaban sobre casas flotantes y en tierra montaban fieras de extraña magnitud, y fulminaban rayos. Su venida al Pacífico hizo recordar o suponer el vaticinio atribuido a Viracocha, y algunos declararon después de la conquista que Huaina-Capac poco antes de morir había ordenado que no se hiciera resistencia a enviados del cielo, de cultura superior y de armas irresistibles. La orden imperial, que toda la marcha de la conquista desmiente, es una falsa suposición; la noticia de que los blancos barbudos navegaban en grandes barcas por las aguas del Choco provistos de caballos y armas de fuego pudo temerse desde 1515, época en que Balboa se acercó a esas costas; porque el tráfico marítimo de los costeños y las correrías de los salvajes llevaban y traían nuevas del istmo de Panamá al territorio peruano. Es incalificable

1_lorente 1.p65 447 29/11/2006, 12:15 p.m.

la seguridad con que Desjardins califica esas noticias como un error de Garcilaso, afirmando que el descubridor del mar del sur jamás navegó en el océano Pacífico.

La prueba de que Huaina-Capac no percibió con claridad el peligro inminente es la fatal división que hizo de sus dominios entre Atahualpa y Huascar, legando al hijo de Pacha el reino de Quito poseído por sus abuelos maternos y al legítimo heredero el resto del imperio. Acaso adoptó medida tan impolítica que conducía de la discordia a la ruina asediado en sus últimos momentos por los quiteños por haber fallecido en Tumibamba de una mortal fiebre que le causaron los placeres, las fatigas y un imprudente baño; acaso lo hizo imaginándose que la división convenía al buen gobierno de tan apartadas provincias; pero es más verosímil que engañado o dejándose persuadir fácilmente de que lo más grato a su corazón era lo más conveniente al Estado, la más trascendental de sus faltas fue efecto del ciego cariño que profesaba al más amable vástago de su favorita, al que según Cieza llevaba consigo a la guerra y hacía comer de su plato.

Muerto el gran monarca, sus entrañas quedaron en Quito según su última voluntad, y el cuerpo fue llevado al Cuzco en solemne y fúnebre procesión para ser colocado en el santuario del Sol, frente al astro venerado. Más de mil personas y según algunos cuatro mil recibieron la muerte de buena voluntad para continuar sirviéndole en el otro mundo. El luto fue universal y extremado; no parece sino que el presentimiento de la nación lamentara con el fin prematuro de Huaina-Capac a los 30 años de reinado el último día de gloria, de prosperidad y de grandeza para el dividido imperio.

Caída de los incas.- Huascar, cuyos derechos habían sido sacrificados a favor de Atahualpa, aunque no había dado su consentimiento, ni estuvo al lado de su moribundo padre, como supone Garcilaso, no se mostró por de pronto dispuesto a recobrar el desmembrado reino de Quito; tal vez su aparente resignación nació de su respeto a la última voluntad paterna; tal vez no se creía bastante fuerte para despojar al agraciado quien, criado en el ejército, se hallaba muy querido de los soldados y contaba con la adhesión de Calcuchima, su tío materno, vencedor de los cuzqueños en la guerra de los Scirís, Quizquis, el mejor general del imperio, Rumiñahui, Sotahurco y otros jefes muy distinguidos. Por otra parte, el heredero legítimo de Huaina-Capac era poco ambicioso, más inclinado a la vida de corte que a los campamentos, y así pasó cerca de cinco años gozando tranquilamente las delicias del poder supremo, entre los encantos del serrallo, y teniendo según Balboa mucha pasión por una bellísima iqueña llamada Cusicoillur (estrella de oro), la que le fue enviada como el más

1_lorente 1.p65 448 29/11/2006, 12:15 p.m.

grato presente al felicitarle por su exaltación al trono. Atahualpa, que no tenía motivos de queja, sino de satisfacción por haberle dejado la herencia de sus abuelos maternos, empleaba sus recursos militares sometiendo las provincias independientes inmediatas a su reino. De ese modo pudo subsistir la paz entre los dos hermanos por más tiempo del que permitían esperar la colisión de intereses y la discordia promovida por egoístas cortesanos. Los del Cuzco, que veían en la división del imperio la más fuerte valla a sus pretensiones, hacían presente que en provecho de un bastardo no debía faltarse a la misión sagrada de los incas destinados por su padre el Sol a dominar solos en el mundo. En Quito se susurraba que Huascar no podía ser el soberano legítimo habiendo nacido antes de que su madre, por la legitimación de su unión conyugal, dejara de ser una simple concubina; con tal oposición de ideas y de aspiraciones, la discordia fratricida no podía menos de estallar al primer motivo grave de desacuerdo; y aunque el espíritu de partido no tardó en oscurecer el curso de la guerra civil, que coincidió con los aprestos para la conquista española, todo hace creer que las hostilidades se rompieron con ocasión del fallecimiento del gobernador de los cañaris. Éstos, aunque estaban más próximos a Quito, eran decididos partidarios del inca, quien no sólo logró que su autoridad suprema prevaleciese en la provincia, sino que exigió pleno homenaje del monarca quiteño. Mientras éste hacía secretos preparativos para rechazar con las armas la humillación, fue enviado de la corte el general Atoc, a quien Cieza llama Atoco, y apoyado por los cañaris pudo dar principio a la campaña con auspicios felices para el imperio.

Se dice que en el primer encuentro cayó prisionero Atahualpa con gran estrago de los suyos y que logró recobrar su libertad por haber embriagado una mujer a los que le custodiaban mientras los vencedores se abandonaban a la imprevisora alegría en una orgía nocturna. Otros creen que el mismo príncipe esparció la voz falsa de su prisión, añadiendo para dar prestigio a su causa, que su padre el Sol le había sacado del poder de su enemigo, convirtiéndole en culebra. Lo cierto es que el fugitivo llegó a Quito, decidió en su favor a sus vasallos, y estuvo al frente de un poderoso ejército a las órdenes de los mejores generales. A las faldas del Chimboraso alcanzaron los quiteños una gran victoria que hubo de ser muy disputada, pues algunos años después escribía Cieza: «yo he pasado por este pueblo y he visto el lugar, donde dicen, que esta batalla se dio y cierto, según hay la osamenta, debieron aún morir más gente de lo que cuentan». La venganza del inhumano vencedor está atestiguada por el mismo historiador en los siguientes términos: «cuentan muchos indios, a quien yo los oí, que por amansar su ira, mandaron a un escuadrón grande de niños y a otro de hombres de toda edad, que saliesen hasta las ricas andas, donde venía con gran pompa, llevando en las

1_lorente 1.p65 449 29/11/2006, 12:15 p.m.

manos ramos verdes y hojas de palma, y que le pidiesen la gracia y amistad suya para el pueblo (Tumibamba) sin mirar la injuria pasada y que con tantos clamores se lo suplicaron y con tanta humildad, que bastara a quebrantar corazones de piedra, mas poca impresión hicieron en el cruel Atahualpa, porque dicen que mandó a sus capitanes y gentes, que matasen a todos aquellos, que habían venido, lo cual fue hecho, no perdonando sino a algunos niños y a las mujeres sagradas del templo».

El infortunio de los cañaris, el exterminio de las familias que se mostraban indecisas y la buena acogida de cuantos venían a engrosar las filas aun cuando antes hubieran peleado en las del enemigo, reforzaban de día en día al ejército vencedor, y nuevos triunfos en los confines de los paltas cerca del Marañón, en la meseta de Bombón, en el valle de Andamarca que domina el de Jauja, en el paso de Angoyacu y en otros encuentros hasta el sur del Apurímac, le fueron dando la posesión del país, desapareciendo unas tras otras con muerte de los caudillos las numerosas huestes que, reclutadas de prisa en todas las provincias aún no declaradas por ellos, se enviaban del Cuzco para detener la marcha triunfal de los quiteños. Mientras Atahualpa hacía alto en Cajamarca para consolidar su reciente dominación, y según algunos para curarse de una herida recibida en un ataque a los isleños de la Puná; Quizquis y Calcuchima conseguían en Quepaipan, a las puertas del Cuzco, no lejos de Yahuarpampa, una victoria decisiva, quedando entre los prisioneros el infortunado Huascar.

Si se ha de creer a Garcilaso, el bastardo de Quito para estar seguro en el imperio usurpado y saciar su sed de venganza, procuró exterminar a la familia real con salvajes refinamientos de crueldad: sus parientes cuzqueños atraídos pérfidamente al campo enemigo fueron asesinados por la soldadesca; y, pasando la inhumanidad de los hombres al débil sexo, a las mujeres hermanas, tías, sobrinas, primas hermanas y madrastras de Atahualpa colgaban de los árboles y de muchas horcas muy altas que hicieron: a unas colgaron de los cabellos, a otras por debajo de los brazos y a otras de unas maneras muy feas que por la honestidad se callan: dándoles sus hijuelos, que los tuviesen en brazos, teníanlos hasta que se les caían y aporreaban. Prescott tiene semejante tejido de atrocidades por demasiado repugnante a la naturaleza humana y al sentido común para que le demos crédito sin más seguridad que el dicho de Garcilaso, acumulando dudas que nos indujeron a considerarlo inverosímil. Desgraciadamente el suceso, que según el eminente escritor no habría sido referido por ninguno de los que escribieron medio siglo antes que Garcilaso, lo está en la parte substancial por Fernández y con circunstancias agravantes por Balboa, según el cual fueron asesinadas en presencia de Huascar todas sus concubinas, las unas estando encinta

1_lorente 1.p65 450 29/11/2006, 12:15 p.m.

y las otras junto con sus tiernos niños, se quemó el cadáver de Tupac-Inca y se exterminó a sus descendientes, escapando sólo de la matanza los que se habían ocultado en humildes aillos.

Teniendo en su poder al inca destronado, al que hizo traer a la fortaleza de Jauja, tomó Atahualpa la borla imperial, y cuando todos le felicitaban por su exaltación, le dijo según Oliva, Chalco, célebre adivino: «Señor, yo he observado la última noche los astros, y he visto en ellos el presagio de una gran calamidad. De qué te servirá haber vencido y hecho prisionero al descendiente del Gran Manco-Capac, si tú has de experimentar pronto la misma suerte. Tú no caerás entre las manos de Huascar, de quien, como hermano tuyo, podías esperar alguna misericordia, sino entre las manos de los extranjeros feroces, que destruirán tus ejércitos y acabarán por darte la muerte. Ved, cual es la causa de mi dolor». El vaticinio de Chalco tiene todo el aire de haber sido inventado después del suceso; mas sin estar dotado del don de profecía, ni leer en los cielos los secretos de la tierra, un hombre previsor podía anunciar grandes infortunios sabiendo que los conquistadores estaban ya en el Perú. Cuando meses después supieron los cuzqueños que Atahualpa había sido capturado por los españoles, principiaron a llamarlos Viracochas, creyéndolos enviados del Dios, cuya protección habían invocado a favor de Huascar. Muerto éste por orden de su hermano y el fratricida por sus desapiadados, cuanto pérfidos espoliadores, los acogieron en el Cuzco como libertadores y saludaron con entusiasmo la exaltación de Manco-Inca. Cansado el legítimo sucesor de Huascar de ser vil instrumento de la tiranía extranjera, encabezó un levantamiento terrible; vencido en la desigualdad de la contienda se refugió en la cordillera oriental, donde murió a manos de un español asilado en su precaria corte. Sus cuatro hijos recibieron de algunos peruanos, fieles a la desgracia, el homenaje tributado a los incas, y Sairi-Tupac murió después de haber reconocido al gobierno español; Titu-Cusi-Yupanqui, en su refugio de Viticos; Hualpa-Titu, desterrado en Lima; y Tupac-Amaru, degollado en el Cuzco. Años antes habían sido llevados a la capital del virreinato las regias momias que la muchedumbre veneraba con idolatría para recibir pobre sepultura en el patio del hospital general.

Las causas principales de la caída de los incas fueron la influencia de las instituciones, la guerra civil y la preponderancia de los españoles. El imperio era un coloso con pies de barro, y su ruina se hizo inminente con la desmesurada grandeza de los soberanos: estando todo pendiente de una sola cabeza, todo estaba expuesto a caer con sólo derribarla o con que ella se precipitara locamente desde su altura vertiginosa; desde que Huaina-Capac fue adorado como Dios en vida, y puesto frente al Sol después de muerto, no participaron los incas del esplendor y elevación

1_lorente 1.p65 451 29/11/2006, 12:15 p.m.

celestial, sino que, puesto al nivel del mortal el astro, cuya veneración era el principio de la autoridad de sus pretendidos hijos, se confundió con los ídolos menos respetables; la muerte de Huascar como un oscuro cautivo y la exaltación de un bastardo despojaron a la majestad imperial de su fascinador prestigio. Los nobles divididos en intereses y afectos eran un peligro permanente para la unión de que pende la conservación de los estados: los pequeños señores hereditarios estaban dispuestos a hacer causa común con invasores que no les impusieran una sujeción tan estrecha, como los autócratas descendientes de Manco-Capac; los grandes curacas aspiraban a sacudir todo yugo; los príncipes de la sangre, aunque su porvenir era el de la dinastía, comprometían sus glorias con el orgullo y la corrupción inseparable de la excelsa cuna y de la impunidad casi segura; la multitud de concubinas, que solía dar al monarca centenares de vástagos, traía consigo continuas disensiones de serrallo, y desde Viracocha, si no mucho antes, puso al imperio en riesgo de ser destrozado por las guerras civiles; la de Atahualpa reunió todos los peligros, porque el usurpador descendía al mismo tiempo de Huaina-Capac y de la poderosa señora de Quito; sus monstruosas atrocidades, que acabaron con el ascendiente de la nobleza, fueron efecto de los furiosos odios de familia, que son triste privilegio de las razas divinizadas, y de que los déspotas de oriente han dado ejemplos horribles. El pueblo, que con milagros de patriotismo y con indomable espíritu de independencia salva a veces a las naciones abandonadas de sus reyes y de sus grandes, era incapaz de heroicos y bien concertados esfuerzos; porque carecía de voluntad propia, no sentía los enérgicos estímulos de la familia sacrificada a la comunidad, de la patria reducida al barrio o perdida en el gobierno, de la propiedad tan escasa como precaria, y de la libertad personal que no era conocida ni aun de nombre; como la obediencia pasiva y el socialismo habían reemplazado al sentimiento ilustrado del deber, descompuesta aquella artificiosa máquina social por la lucha interior y la invasión extranjera, todo se hundió en el abismo de la anarquía y se hizo irresistible la violencia de los conquistadores, que disponían de medios superiores. La audacia del intrépido aventurero se sobreponía a la timidez del asustadizo indio; las armas de acero y de fuego, al palo y a la piedra; el impetuoso jinete, al peón aturdido y la cohorte hábilmente capitaneada, a la desordenada muchedumbre que no formaba ejército sino número; el poder de los incas, basado en la fascinación religiosa, en los beneficios y en la fuerza, necesariamente hubo de anonadarse ante la ilustración evangélica, cuando el terror y la opresión fueron empleados en vez de la amorosa política de Manco, y la desordenada monarquía tuvo que resistir a la de España, puesta en la época de la conquista a la cabeza del mundo civilizado.

1_lorente 1.p65 452 29/11/2006, 12:15 p.m.

Capítulo III
Gobierno de los incas

Sistema de gobierno.- Los incas fueron menos admirables por la grandeza de su imperio sin igual en el Nuevo Mundo, que por sus extraordinarias instituciones políticas, mezcla singular de teocracia y de socialismo, en ningún otro Estado desarrolladas en tan vasta escala y con éxito tan completo. No gobernaban los hijos del Sol como los Califas y los Papas en calidad de simples sucesores del Profeta y de San Pedro, sino como dioses; más que simples legisladores eran la ley viviente, y no sólo imponían la sumisión exterior con su irresistible poderío, sino que exigían a nombre de su padre celestial la adhesión completa de la inteligencia y de la voluntad: resistir a sus órdenes era un crimen contra la religión, tenerlas en poco era un pensamiento sacrílego. El prestigio divino del gobierno imperial permitía realizar lo que habría podido considerarse como una utopía socialista: el egoísmo cedía al espíritu de fraternidad; la familia se subordinaba a la comunidad; y comprimido el libre albedrío perdían su individualidad todas las personas desde el humilde yanacona hasta las más encumbradas en la jerarquía social. La teocracia y el socialismo se prestaban apoyo recíproco, viniendo las creencias en apoyo de la sociabilidad, y haciendo posible en un imperio de ilimitada extensión un orden de cosas verdaderamente singular, millones de hombres pendientes de un solo hombre, partícipes todos de los mismos afectos, trabajos, ideas y goces: las instituciones de Licurgo, que han sido tan admiradas, estaban por su naturaleza relegadas al reducido territorio de Lacedemonia rigiendo solamente sobre algunos miles de espartanos, mientras las de Manco-Capac estuvieron en vigor en el Tahuantisuyu, dilatándose por regiones indefinidas, haciendo una nación de innumerables tribus, y lo que es más, dejando huellas indelebles en el carácter y en las costumbres.

El pensamiento civilizador del primer inca pasó a sus sucesores, como si todos ellos hubiesen tenido una sola alma; y la cruzada que

1_lorente 1.p65 453 29/11/2006, 12:15 p.m.

llamaba a los pueblos dispersos a formar un todo compacto bajo un solo régimen político, religioso y social, fue engrandeciendo en la sucesión de once reinados el círculo de los adoradores del Sol, sujetos a sus hijos en cuerpo y alma, y unidos entre sí en estrecha comunidad. Sin embargo, aunque la duración entera del imperio no fue sino la existencia desarrollada de la sociedad fundada en el Cuzco, como el árbol no es sino el desarrollo de la semilla, las limitaciones necesarias en todas las creaciones humanas nunca permitieron que el gobierno de los incas desplegase de lleno todo su carácter en todas las provincias y en sus diversos períodos. Aun se puede decir que las instituciones imperiales nunca rigieron en toda su pureza, ni en parte alguna estuvieron en pleno vigor: el numeroso cuerpo de la nobleza, cuya cooperación fue necesaria para que la organización comunista no degenerase en simple utopía, era por sus privilegios y abusos tolerados una odiosa y muy extendida excepción; los mismos incas, como hombres que no estaban exentos de pasiones y demás flaquezas de los débiles mortales, desvirtuaron a veces la constitución paternal, que constituía su grandeza y su gloria, por los insensatos caprichos y los fatales desaciertos de su venerada tiranía. Así, cuando se presenta el maravilloso conjunto de las instituciones imperiales, no vaya a creerse que rigieron simultáneamente sin modificaciones notables donde quiera que fue acatada la autoridad de los señores del Cuzco: fueron únicamente las sucesivas y variadas evoluciones de una civilización especial.

Considerado en general, el gobierno de los incas era más imponente por las apariencias que por la fuerza real, más brillante que sólido, y adolecía de enormes imperfecciones que apenas podía ocultar su orden fascinador. Hallándose en oposición con las tendencias universales y constantes de la naturaleza humana, estaba condenado a desvanecerse como los sueños de felicidad y de gloria, de los que sólo queda un recuerdo vago al despertar: aquel mecanismo político era demasiado artificial para que no tuviese la suerte de ciertos relojes, cuyos complicados movimientos señalan todas las divisiones del tiempo desde los segundos hasta los siglos y que se desordenan y paralizan inevitablemente por el entorpecimiento de sus muchos resortes. Además, toda teocracia, especialmente si como es su tendencia natural, sobreabunda en prácticas socialistas, atrae sobre las naciones las irreparables plagas del despotismo, que las llevan a la muerte por degradación y debilidad. Por esto ha dicho Prescott: «si es el mejor gobierno aquel que menos se siente, el que usurpa menos parte de la libertad natural del súbdito, la parte esencial a la conservación de la civilización civil, entonces de todas las clases de gobierno inventadas por el hombre, la de los peruanos es la que menos derecho tiene a nuestra admiración». Mas, si no consideramos las insti-

1_lorente 1.p65 454 29/11/2006, 12:15 p.m.

tuciones incásicas en su relación con el ideal, sino que las comparamos con otros gobiernos imperfectos, sobre todo si tomamos en consideración las insuperables dificultades del tiempo y del lugar para hacer otra cosa mejor, las creeremos sin duda dignas de elogio y admiración: ofrecieron un sistema admirable por sus proporciones, el vasto conjunto de sus partes y su general armonía; evitaron grandes males; produjeron gran suma de bienestar, y echaron las bases para la unidad y engrandecimiento del Perú.

El inca.- Más venerados que el vicario de Jesucristo, y más temidos que los déspotas del Oriente, los sucesores de Manco-Capac ejercían la plenitud de la soberanía: su palabra era la ley; la justicia se administraba por ellos o por sus delegados, y de sus órdenes pendía todo el movimiento social; su voluntad, que era tan sagrada al proteger la vida del último yanacona, como al decretar el exterminio de una provincia entera, dejaba sentir su influencia en la dilatada esfera de la administración. Los incas estaban a la cabeza de los sacrificadores en las mayores solemnidades del culto; dirigían la guerra, y en las principales expediciones solían mandar el ejército; inauguraban en el Cuzco los trabajos agrícolas, que eran la gran industria nacional; consagraban la unión conyugal en la juventud de regia estirpe; distribuían las labores sociales y acordaban la satisfacción de las necesidades públicas; nobles y plebeyos residían en determinado lugar, viajaban, se divertían, vivían y morían según el beneplácito imperial.

La incomparable autocracia de los hijos del Sol se imponía a la inteligencia por la superstición, a la imaginación por deslumbradores esplendores y a toda el alma por irresistibles móviles de miedo y de amor. Nadie habría osado poner en discusión el origen divino de Manco-Capac, y para que una sangre impura no hiciese desmerecer a sus sucesores, prevaleció al menos en los últimos tiempos la creencia que autorizada por la tradición oficial exigía que el heredero de la corona fuese hijo de dos consortes hermanos, de la pura estirpe solar; su exaltación era precedida de ayunos, acompañada de sacrificios humanos y seguida de las mayores pompas religiosas; sus enfermedades, sus peligros, sus triunfos y su muerte se revestían del carácter solemne de la religión; el Dios rey recibía homenajes supersticiosos en vida y, después de muerto, participaba del culto tributado al Sol, si es que no le había recibido antes de morir, como sucedió a Huina-Capac. Nadie osaba acercarse a la majestad reinante sino descalzo y llevando una carga a la espalda en señal de humilde sumisión; nadie sin su licencia alzaba los ojos para mirarle, ni mucho menos se permitía tocar su cuerpo venerable; si salía fuera de palacio, cuantos se hallaban al paso, le hacían la mocha o reverencia con

1_lorente 1.p65 455 29/11/2006, 12:15 p.m.

rendidas muestras de adoración; cuando se dignaba visitar las provincias, la multitud se precipitaba a los caminos, limpios de piedras y cubiertos de flores, y la explosión de aclamaciones al verle era tal que, según Cieza, hacía caer a las aves aturdidas por aquel nunca oído estruendo. El respeto, que se rendía a la imperial persona, trascendía a todos los lugares consagrados por su residencia estable o accidental. Los vestidos que había desechado, los huesos desprendidos de la carne que comía, los juncos sobre que estuvieron colocados los platos de sus manjares, todo objeto tocado por su mano o por su pie para servirle de algún modo, era preservado de aplicaciones profanas y o se consumía por inútil o se destinaba al uso de la familia imperial.

Los homenajes póstumos tributados a los incas eran más sorprendentes que los recibidos en vida. Al saber su fallecimiento, el luto se hacía universal; un mes entero era llorado, así en la capital como en las provincias, excediéndose en el llanto las plañideras de oficio, y recordándose en desgarradores lamentos sus beneficios y altos hechos; las demostraciones de dolor se renovaban cada quince días, y en el primer aniversario las honras se hacían con la mayor solemnidad. Para seguir a sus órdenes más allá de la tumba se daban la muerte muchos de sus principales criados y concubinas, habiendo llegado el número de las víctimas en los funerales de Huaina-Capac, según Cieza, a unas cuatro mil. El palacio que un soberano había habitado en el Cuzco se conservaba con todos sus muebles y servicio, como si esperaran su vuelta de uno a otro día; sus tesoros y haciendas, fuera de la parte que se depositaba en el sepulcro, se reservaban para el culto de su cuerpo y sostenimiento de su aillo; los descendientes y allegados sacaban en solemne procesión su *guaoqui* o efigie de piedra en las grandes solemnidades a la plaza mayor, honrándole con un espléndido festín y guardando la etiqueta, que les habría impuesto la presencia del augusto difunto. Según dice Cieza: «ni en Jerusalén, Roma, ni en Persia, ni en ninguna otra parte del mundo por ninguna república, ni rey de él se juntaba en un lugar tanta riqueza de metales de oro, plata y pedrería, como en esta plaza del Cuzco, cuando estas fiestas y otras semejantes tenían lugar». Según Garcilaso, «los cuerpos de los reyes después de embalsamados ponían delante de la figura del sol en el templo del Cuzco, donde les ofrecían muchos sacrificios a hombres divinos que se decían hijos de ese sol». Partiendo de ese hecho ha representado Prescott las momias regias colocadas en dos filas opuestas, los hombres a la derecha y sus esposas a la izquierda del gran luminar, que brillaba en oro refulgente, revestidos los cuerpos con el ropaje real, sentadas en sillas de oro, con las cabezas inclinadas al suelo y las manos tranquilamente cruzadas sobre el pecho, semejantes a un grupo solemne de adoradores abrumados en el silencio de la adoración. Séanos

1_lorente 1.p65 456 29/11/2006, 12:15 p.m.

permitido, mirar esta brillante pintura como una obra de fantasía: si se exceptúa a Huaina-Capac, cuya apoteosis en vida le ponía a salvo de todo recelo, el pensamiento acerca de la vida futura que dominaba en los incas era el de no sufrir ni en su persona, ni en sus bienes ningún ataque que les expusiera a los padecimientos corporales o a la penuria; por lo tanto, según los testimonios recogidos en el informe de Toledo y otros datos muy valiosos, acostumbraron enterrarse con parte de sus riquezas en sitios ocultos, tomando precauciones para no ser descubiertos. No es por lo tanto verosímil que sus cadáveres estuviesen en Coricancha y mucho menos que periódicamente fueran sacados a la plaza; esos homenajes se dirigían a sus simulacros, como se deduce de las relaciones más fidedignas.

Los incas habían procurado rodearse del esplendente lujo que pudiera hacer sensible su majestad al sencillo vulgo: la *yacolla*, o manto imperial, el *Capac-Unco* o túnica regia, las *ojotas* o sandalias, la *chuspa* o bolsita para la coca y las demás prendas del vestido deslumbraban por su preciosa materia, por la finura de la tela que rivaliza con la de la más delicada seda, por sus labores artísticas o por la opulencia de los adornos como collares, brazaletes y joyas para pies y piernas; las orejeras *(ccoripacorincri),* especie de cilindros de oro colocados en la hendidura de sus orejas, las alargaban enormemente embelleciéndolos a los ojos vulgares con las dimensiones monstruosas; la borla encarnada *(mascaypaccha),* que les cubría la mayor parte de la frente, les daba un semblante augusto, realzado por las dos plumas blanquinegras del misterioso Coraquenque que, según la opinión común, sólo aparecía en apartadas punas al advenimiento del Soberano; por el finísimo *llauto* de vicuña, que ceñía sus sienes, y por la lámina de oro *(tupa-cochu)* que retenía la regia banda; la señal de la autoridad suprema o cetro imperial era el hacha de armas o *champi,* que se distinguía con el nombre de *Tupac-curi* (hacha real). Los palacios, así del Cuzco como de las residencias vecinas y de las lejanas metrópolis, el trono y la litera realizaban los cuentos de las Mil y una noches. La imperial servidumbre, en la que ningún puesto dejaba de ser hermoso, se contaba por miles; la numerosa provincia de Lucanas proveía de conductores de las andas, acostumbrándose sus habitantes desde tiernos años a llevar el paso igual y suave con la perspectiva de que el menor tropezón les deshonraba y la caída era castigada con pena capital según Levino Apolonio; Chumbibilcas surtía de graciosos bailarines y otras provincias o pueblos suministraban los mejores criados o artículos de servicio en otros ramos; la cocina y la mesa eran servidas por las princesas de la sangre.

El ascendiente que a los incas daban su imponente majestad y su presunto origen divino se afianzaba con el amor inspirado a sus vasallos

1_lorente 1.p65 457 29/11/2006, 12:15 p.m.

por su bondadosa solicitud; la magnitud de los beneficios a que su misión civilizadora los inclinaba, administrados con sabiduría y constancia, era el verdadero secreto de su autocracia, tanto más suave, cuanto que era aceptada sin resistencia por espíritus sumamente dóciles; querían reinar sobre los corazones según la siguiente máxima, que el padre Valera atribuye a Pachacutec: «Cuando los súbditos, los capitanes y curacas obedecen de buen ánimo al Inca, entonces goza de perfecta paz el imperio». Los hermosos dictados de *Capac,* rico en virtudes, *Tupac* resplandeciente, *Yupanqui* memorable, *Titu* augusto, *Huachacuyac* amante de los pobres, y otros que en reconocimiento de su celo paternal y de sus virtudes aplicó el pueblo a muchos soberanos, si alguna vez pudieron atribuirse a la lisonja cortesana, son junto con el prestigio duradero de ellos prueba inequívoca de sus sabias y benéficas miras. Con todo, la formidable autoridad de dioses reyes hacía muy precaria la felicidad de los pueblos puestos bajo su tutela: el orgullo creciente inclinaba violentamente a los tutores a no mirarlos sino como simples rebaños o máquinas de gobierno; los arranques de inhumanidad a que esas miras llevaban eran tanto más de temer cuanto que los deleites del serrallo en todas partes han multiplicado los caracteres crueles; fuera de que, gastando las razas más excelentes física y moralmente, dan al fin una estirpe degenerada incapaz de aspiraciones generosas y de pensamientos elevados.

Los nobles.- Aunque ningún inca degenerara de su glorioso progenitor, la nobleza, rueda esencial de su gobierno, lo habría desarreglado por la irregularidad de sus movimientos: desde luego era un cuerpo heterogéneo capaz de comprometer la marcha regular del Estado por la colisión de intereses y de afectos, en él podían distinguirse tres clases muy diversas por la posición y por el nacimiento, la *familia imperial,* los *curacas* y los *indios principales.* Formaban parte de la primera la *Coya* o reina madre, las *shipacoyas* o concubinas de la misma raza que el inca, las *mamacunas* o concubinas escogidas por éste en otros linajes, las *ñustas* o doncellas de sangre imperial, las *pallas* o casadas del mismo origen, los *auquis* o príncipes solteros y los *incas* o príncipes casados. Los miembros de la augusta estirpe eran en gran número, no sólo porque la poligamia dio a varios soberanos más de 100 hijos, y según Garcilaso alguno tuvo 300, sino principalmente porque los recursos del imperio puestos a su disposición les permitían crecer y multiplicarse en el seno de la abundancia; sabido es que en el combate de la vida pertenece la victoria a las razas superiores, las cuales se posesionan de la mayor parte de las subsistencias, mientras las inferiores son desposeídas y desaparecen, a veces con rapidez espantosa. Los nobles de la sangre para ejercer incomparable ascendiente no necesitaban de una preeminencia intelectual, que sin

1_lorente 1.p65 458 29/11/2006, 12:15 p.m.

razón se atribuye a su raza, ni del uso exclusivo de un dialecto particular, del que sólo habla Garcilaso y que, si existió, pudo ser cierta fraseología o algunas formas introducidas en el quechua para guardar mejor los secretos de familia: bastábanles la superior jerarquía derivada del nacimiento, el reflejo de la gloria del soberano como sus inmediatos parientes, la educación distinguida, la posesión de grandes riquezas, el lujo que les rodeaba, las grandes orejas, el pelo corto y las demás insignias características, sin contar el ejercicio accidental de los altos cargos que monopolizaban en gran parte. Al fallecimiento del monarca, mientras el heredero se preparaba a tomar el cetro con el largo ceremonial de estilo, uno de sus tíos se encargaba de la regencia, y de aquí procedió tal vez el error de Acosta, que da por sucesor inmediato del inca difunto no a su hijo, sino a su hermano. También estaban a la cabeza del gobierno en el Cuzco, la Coya, o algunos de los príncipes de la sangre por ausencia o enfermedad del soberano y, según se dice, por la menor edad de Huaina-Capac, uno de sus tíos gobernó en su nombre hasta que intentó suplantarle. El *Villac-Umu* (sumo sacerdote) y los principales ministros del culto eran igualmente de la estirpe imperial, y solía componerse también de esta alta nobleza el consejo de Estado, que no tuvo una organización fija. A ella se reservaba de ordinario el mando superior del ejército, el gobierno de las provincias y otros puestos de la mayor confianza, si bien por haber abusado alguna vez de su influyente posición en perjuicio del monarca, se asegura que llegó a reusárseles el mando de las grandes divisiones territoriales.

El vulgo decía, y Garcilaso se detiene en dar razones para probar, que ninguno de los incas cometió delito grave al menos en público; pero él mismo habla de hechos de rebelión que prueban lo contrario, y que según varios historiadores más imparciales, quienes mencionan también envenenamientos y otros crímenes, no fueron ni secretos, ni raros. Aunque la historia hubiera pasado en silencio las faltas de la familia imperial, el conocimiento de la naturaleza humana pondría de manifiesto que una raza tan privilegiada, y casi segura de la impunidad por su elevación y aun por su pretendida impecabilidad, debía adolecer de la lascivia y del orgullo de que le acusa Pedro Pizarro, junto con otros grandes vicios, difíciles de evitar, cuando todo exalta las pasiones y facilita sus excesos en superior grado. Por lo tanto, si no hay duda de que la numerosa nobleza de la sangre acrecentaba el esplendor del trono, y estaba llamada a prestar servicios de inapreciable importancia, estamos lejos de creer con Prescott que ella constituyera la verdadera fuerza de la monarquía peruana, formando una falange insensible que la defendiera así de las conspiraciones secretas, como de la abierta insurrección. Creemos que sucedía y debía suceder todo lo contrario: entre los hijos del Sol,

1_lorente 1.p65 459 29/11/2006, 12:15 p.m.

como entre los Califas y los antiguos reyes de Persia, lo que comprometía más la suerte de la dinastía no era el pueblo sumido en la abyección más impotente, ni la aristocracia de origen extraño, que rara vez podía alcanzar el ascendiente peligroso de los príncipes de la sangre, sino éstos mismos, a quienes la cuna daba una ambición ilimitada, el mérito personal realzado por la educación, y el puesto permitían eclipsar a menudo la gloria del soberano y una intriga de palacio o un motín militar ponían en aptitud de suplantarle.

Tampoco dejaban de ser un peligro permanente para la estabilidad del imperio los curacas, que estaban en posesión de un prestigio inmemorial, eran siempre muy influyentes sobre sus vasallos por extensión de su patrimonio, y tenían intereses o al menos aspiraciones poco compatibles con la autocracia absorbente de los incas. Cuando el gobierno imperial florecía, no faltaron algunos que para derrocarlo llevaron sus armas vencedoras hasta las puertas de la capital, y durante la invasión española contribuyeron a la gran catástrofe, unos viéndola llegar con indiferencia, y otros poniéndose al lado del conquistador extranjero, del que aguardaban mayores deferencias, o al menos sujeción no tan estricta. Los incas, sea para hacerla más llevadera, sea para no estrellarse contra un poder firmemente apoyado en el prestigio local, acostumbraban conservar a los antiguos señores en posesión de sus dominios; y si por la tenaz resistencia se creían obligados a despojarlos, colocaban en lugar de ellos a los hijos o hermanos, respetando por lo común el orden de la sucesión hereditaria; además los lisonjeaban con presentes, a los que daba singular valor el venir de la mano imperial y, lo que se estimaba más, los casaban con alguna joven hermosa. Mas éstas y otras distinguidas pruebas de consideración no quitaban que los curacas vieran con disgusto su autoridad soberana suplantada por el gobernador de la provincia, sus vasallos llevados a lejanas tierras para alguna expedición militar o para formar colonias, las leyes de sucesión alteradas por un capricho imperial, la lengua materna y las costumbres veneradas de sus mayores cediendo la supremacía al quechua y usos nuevos, ellos mismos y sus hijos obligados a permanecer en la corte en calidad de rehenes.

Los grandes auxiliares del inca, los que mayor confianza podían inspirarle en su lealtad y los que cuando no con más inteligencia solían contribuir con mayor decisión a la prosperidad del Estado, eran los *indios principales,* cuya nobleza de origen más o menos reciente se basaba por lo común sobre el mérito y sobre los servicios prestados. Los más adictos de estos nobles fueron los *Hurincuzcos* y *Hanaicuzcos,* descendientes de los compañeros de Manco-Capac, que formaron el núcleo del Cuzco; Garcilaso los llama *Incas de privilegio;* los conquistadores los confundían con los nobles de la sangre, dando a unos y a otros el nombre de

1_lorente 1.p65 460 29/11/2006, 12:15 p.m.

Orejones; y Ondegardo da a entender que estaban exentos de tributos, comían de las provisiones imperiales, eran por la mayor parte gobernadores en todo el reino, y por donde quería que iban se les hacía mucha honra. En verdad constituían el principal elemento de progreso en aquella sociedad estacionaria, cuidando de los quipos, de la tradición oral, que consignaba los altos hechos, sea en cantos épicos, sea en sencillas relaciones, de la perfección de las artes, del culto y del buen desempeño en importantes empleos; en todo lo que, habiendo sido destinados por favor imperial, sabían desplegar doble celo, ya por convicción, ya por agradecimiento. El número de indios principales, y no su valiosa cooperación, se aumentaba con el engrandecimiento del imperio, reclutándose entre las familias y allegados de los curacas; la conquista del reino de Quito les dio un incremento tan considerable como peligroso, incorporando en sus filas la altiva nobleza, que había divido con los Scirís la autoridad soberana.

Las comunidades.- Aunque había en el imperio provincias muy dilatadas y pueblos considerables, ni éstos ni aquéllas tenían reconocida importancia política por carecer de representación legal y de todo derecho para influir directamente en la administración pública; las partes integrantes del Estado, la base permanente de la constitución social, eran las *comunidades* en que venían a resolverse pueblos y provincias, en cuyo seno quedaban absorbidas las familias, y de que los individuos formaban simples fragmentos o números sin verdadero valor personal. Esas colecciones, que pueden considerarse como la personificación de la parentela, que tienen asociaciones análogas en muchos pueblos primitivos, y a las que se adaptaba muy bien la índole de los primeros peruanos, no sólo florecieron en el gobierno de los incas, sino que subsistieron en mucha parte después de su destrucción, durante el coloniaje y aun en la república peruana. Cuando se trata de poblaciones habitadas exclusivamente por indígenas o de que éstos forman barrios determinados, sea para la administración, sea para sus diversiones y tareas especiales, la autoridad o las personas influyentes se dirigen a la comunidad llamándola con el nombre de su residencia, o con los de los respectivos aillos o parcialidades.

En la comunidad incásica se distribuían los bienes y trabajos, sea por casas, sea por individuos según las circunstancias; la corporación proveía de domicilio al recién casado, venía en auxilio del desvalido y prestaba su poderosa cooperación al que necesitaba de esfuerzos ajenos; en realidad, como los matrimonios debían verificarse entre individuos de un mismo linaje que reconocían un tronco común y seguían los mismos usos, la comunidad era una familia ensanchada y robustecida por

1_lorente 1.p65 461 29/11/2006, 12:15 p.m.

la reciprocidad de afectos y por la solidaridad de destinos. La concentración de esfuerzos, que el ciego egoísmo y las rivalidades entre las familias no debilitaban ni exponían a destructores extravíos, fue uno de los medios más eficaces para llevar a cabo las grandiosas obras de los incas; al mismo tiempo que previno los desórdenes y miserias, de que en las naciones más adelantadas suelen ser víctimas las clases desfavorecidas por la fortuna. Para espíritus independientes y celosos de la dignidad humana habría sido insoportable la situación personal en que el cónyuge era impuesto por la autoridad, no se podía cambiar de residencia, ni de vestido, estaba determinado el empleo del tiempo y casi se desconocía la espontaneidad para el trabajo y para la diversión; pero la falta de libertad no podía afectar mucho a los que nacieron y vivieron en la servidumbre, desnudos de ambición y sin la menor inquietud para el porvenir. El gran vacío de la comunidad, vacío en verdad de las más trascendentales consecuencias, era la imperfecta organización de la familia, de la que están pendientes el destino de los individuos y el de las naciones: los tiernos afectos y la providencial solicitud que en las sociedades bien constituidas deben unir entre sí a esposos, padres, hijos y hermanos, perdían en intensidad y dulzura cuanto los lazos de la parentela habían ganado en expansión; debilitados los afectos de la sangre por los sentimientos comunistas, y prevaleciendo los instintos de la fuerza sobre las delicadas consideraciones que la cultura superior presta a la debilidad, los seres flacos por el sexo o por la edad tenían mucho que sufrir. La mujer, más que la compañera, era la sierva del marido; los niños se consideraban como elementos del bienestar doméstico en vez de ser objeto de entrañable y abnegado cariño; a su vez los ancianos y cualquier individuo de la familia, que por sus achaques habría necesitado de la más cariñosa solicitud, solían ser vistos con indolente indiferencia, cuando no eran dejados en el más lamentable abandono. Tales serán siempre los efectos de socialismo que, violentado el corazón humano, sacrifica a la fraternidad oficial los sentimientos más íntimos, más dulces y más generosos, fuente inagotable y pura de la más deliciosa abnegación. Si su glacial influencia no se dejó sentir de lleno en las comunidades del imperio, debiose en parte a otras instituciones más humanitarias, y en parte a la inalterable ternura del carácter nacional.

La división de los bienes.- El interés que siempre inspiró el bienestar de la familia, el amor que en cualquier grado de la civilización tiene el hombre a lo suyo, el respeto a la posesión inmemorial de los curacas, la hacienda señalada a los linajes reales para sostener su rango y el culto de los monarcas difuntos, las mercedes otorgadas al favor o al mérito y otras causas más o menos influyentes, moderando la rigurosa aplicación del

1_lorente 1.p65 462 29/11/2006, 12:15 p.m.

socialismo, hicieron que junto con la propiedad de un carácter social existiera la propiedad privada, que en verdad sólo formaba una peligrosa excepción de las leyes destinadas a impedir la desigual repartición de riquezas, espantoso contraste de opulencia y de miseria. Los curacas conservaron sus patrimonios más o menos considerables según la extensión de sus señoríos, y el resto de la nobleza tuvo también posesiones particulares; de unos y otras han dado testimonios más o menos explícitos los historiadores, que sólo admiten las de carácter social, fueron una prueba los pleitos suscitados después de la conquista y las donaciones hechas por los propietarios a santuarios y conventos; todavía quedan algunas en poder de los herederos legítimos. Por otra parte, rindiendo homenaje la ley incásica a los derechos del individuo y de la familia, tomó bajo su protección el peculio del indio menos acaudalado: el padre podía dejar sus bienes muebles a cualquiera de los hijos; si él no había tomado ninguna disposición acerca de la herencia, quedaba ésta para la familia en común, y sólo por falta de descendientes pertenecía al gobierno.

Las tierras de labor o de pasto que no eran del dominio privado se dividían en tres clases: tierras destinadas especialmente al culto, que Garcilaso llama *del Sol* y con más propiedad llaman Ondegardo y Acosta *de las huacas; tierras del inca* cuyo producto se invertía en la satisfacción de las necesidades políticas, y *tierras de comunidad*, que se distribuían entre las familias dando una medida o *topo* por cada jefe de casa, otro topo por cada hijo varón y medio topo por cada hija; estos lotes no se heredaban ni se vendían sino que, faltando el agraciado, volvían a la comunidad; sólo el hijo, y no la hija que se casaba, llevaba el suyo al matrimonio en calidad de cabeza de una nueva familia. Según Ondegardo no existía una proporción fija entre las tres clases de tierras sino que, como debía ser, variaba según el número de indios y la cantidad de terreno disponible; difícilmente habría podido hacerse una distribución igual e invariable en la costa, donde el vecindario se hallaba a veces aglomerado en estrechas quebradas, o el cultivo se limitaba a simples hoyas; los nuevos andenes y las tierras mejores recién roturadas en la sierra solían aplicarse al inca y al Sol, salvo el conceder parte de ellas a la comunidad, cuando llegaba a exigirlo el aumento del pueblo. En cuanto a la cabida de los topos, Garcilaso la hace equivalente a una fanega de tierra para sembrar maíz, pero que tiene fanega y media de la de España. Don Juan José Lesero, contador general de tributos a fines del siglo XVII, dice en un libro de repartimientos citado por Córdoba Urrutia: «un topo de tierra tiene 96 varas de longitud y 48 de latitud, que hacen 4 608 varas. A cada indio tributario se le aplicó (en tiempo del virrey Palata) cuatro topos de tierra, que componen 18 432 varas planas, y admiten de sembradura 16 almudes de semilla que es una fanega y tercio, y a las indias viudas un topo,

1_lorente 1.p65 463 29/11/2006, 12:15 p.m.

cuando las tierras son fértiles; cada almud se compone de dos celemines… En unos autos de 1647 el licenciado Alonso Maldonado, oidor de Lima y visitador de tierras de la provincia del Cuzco repartió 645 topos y expresa, que cada topo tiene 96 varas de largo y 48 de ancho... A fojas 73 del libro primero del señor Toledo, se ordena, que al cacique se le siembre una fanegada y media de sembradura (tres fanegas) y en las ordenanzas del Duque de la Palata, se previene sean seis topos...». Es manifiesto que la desigual fertilidad de las tierras en valles calientes o templados, y en punas, junto con la diversidad de cultivos y de necesidades hacían inevitable la desigualdad de medidas, si es que habían de ofrecer la conveniente subsistencia a los indios de las diversas regiones.

El riego de los campos cultivados y de las dehesas cuando el agua era escasa se sujetaba a medidas de tiempo, tocándole a cada poseedor su turno y duración, según se sucedían las posesiones y había mayor o menor superficie que regar. El guano, con que solían fertilizarse los próximos campos de la costa, se distribuía también con cierta medida: a cada provincia correspondía un depósito del litoral o de las islas, y si el depósito era grande, se dividía con linderos entre dos o más provincias; a su vez la parte de cada una de ellas se dividía entre sus pueblos, y la de cada pueblo entre sus vecinos.

Garcilaso cree que las minas pertenecían a los curacas y a los indios de comunidad, quienes obsequiaban al inca el oro y la plata cuando venía a visitarles; pero la audiencia, Ondegardo y otros escritores, que hacen autoridad en materias fiscales, aseguran que las minas pertenecían al Estado; aun se dice que todo poseedor de metales preciosos estaba obligado a manifestar su procedencia, a fin de que el gobierno pudiera explotar el mineral de donde habían sido extraídos. Sin embargo, es probable que el oro recogido en los lavaderos quedara muchas veces a disposición de los particulares por la dificultad de vigilar la extracción.

Los reglamentos relativos a la distribución de los ganados variaron mucho y estuvieron sujetos a excepciones notables: en general pertenecían al inca y al Sol los grandes rebaños *(Hatun llama)* concediéndose a muy pocos curacas la posesión de mil cabezas; los pueblos y particulares sólo llegaron a poseer muy pocas, siendo muy reducidos sus ganados *(Huacha llama).* De los animales montaraces, los guanacos, vicuñas, venados y otros de gran cuerpo se reservaban para las grandes cacerías imperiales; los pequeños, excepto los que vivían en los sotos reales, estaban a disposición de cualquier cazador. Asimismo eran de libre adquisición los frutos espontáneos, los peces y demás animales acuáticos, el agua que no se consumía en el riego, la sal y otros minerales útiles. El comunismo primitivo no podía menos de prevalecer tocante a riquezas indefinidas o de difícil apropiación.

1_lorente 1.p65 464 29/11/2006, 12:15 p.m.

La lana recogida en la sierra y el algodón producido en las yungas se distribuían, fuera de la pequeña cantidad manufacturada por nobles doncellas, en las diversas comunidades, ya para que sus individuos se proveyeran de vestidos, ya para que trabajasen los pedidos por el gobierno. Las demás cosechas conseguidas en las tierras del inca y del Sol se depositaban en tres especies de *positos* o almacenes establecidos sea en las ciudades, sea en los tambos, los del soberano, los del culto y los comunes; las provisiones de los últimos se repartían en las comunidades si el año era de carestía, y en todo tiempo entre los desvalidos, y cualquier escasez se suplía con las de los otros dos depósitos, especialmente los del Sol. Por esto decía la audiencia de Lima: «todos los dichos tributos y servicios, que el Inca llevaba, eran con color, y para efecto del gobierno y procomún de todos, así como todo lo que se ponía en depósitos, todo se convertía y distribuía entre los mismos naturales».

Organización del trabajo.- Los principios del socialismo se aplicaron con señalado rigor en la organización del trabajo que, con excepción de los nobles, fue impuesto a los indios como fuente de la riqueza social y como el tributo que se pagaba al soberano; considerada la pereza como un crimen contra el Estado, fue reprimida con la severidad de las leyes; y el tiempo que los plebeyos no ocupaban en sus quehaceres propios, los cuales tampoco les era permitido desatender, debían emplearlo en el cultivo de los campos asignados al inca y al Sol, en las manufacturas para el ejército, en las obras públicas y en otros servicios de la religión o del gobierno. Los hábiles en minería se ocupaban en el beneficio de los metales, los artesanos peritos en sus diversas manufacturas, los músicos y bailarines en divertir a la corte; los ágiles en la carrera servían de correos, hasta los niños, los viejos y los privados de algún sentido desempeñaban las tareas compatibles con su debilidad y defectuosa conformación; las mujeres ayudaban a sus maridos en las tareas domésticas y a veces en las faenas públicas; los quillacingas, tribu miserable que vivía en la extremidad septentrional del imperio, y otros pueblos degradados por la miseria, que no podían ofrecer al Estado ningún producto apreciable, estaban obligados a presentar a la autoridad canutos llenos de los parásitos, que el desaseo habría multiplicado para su tormento y que alguna vez tuvieron por apetitosa golosina.

Todos los trabajos estaban perfectamente reglamentados, sea consultando las conveniencias sociales, sea procurando el alivio de los trabajadores. El cultivo de las tierras principiaba por las del Sol y seguía con el de las pertenecientes a los pobres, huérfanos, viudas, soldados en campaña y personas impedidas por la vejez o la enfermedad, y la preferencia de este cultivo era exigida con tal rigor que, según Garcilaso, hizo

1_lorente 1.p65 465 29/11/2006, 12:15 p.m.

ahorcar Huaina-Capac a un indio de Chachapoyas en el campo de su injusta prelación por haber antepuesto las labores de un curaca, pariente suyo, a las que reclamaba el campo de un huérfano. Concluidos los dos primeros cultivos, principiaba el de las demás tierras, y las últimas cultivadas eran las del inca. Especialmente al sembrar y recoger las cosechas en éstas y en las del Sol, las faenas campestres tomaban el carácter de alegres fiestas: el pito y el tambor llamaban la comunidad al trabajo común; todos acudían con sus mejores galas, se comía de regalo, se bebía abundante chicha, se bailaba a placer y la fatiga desaparecía oyendo entusiastas cantares de triunfo *(hailli).* Aun en las labores particulares, por la ayuda que unos a otros se prestaban, por los festines con que terminaban, y por la música que les acompañaba, la pena del trabajo solía convertirse en alegría. Por otra parte, para aliviar las cargas más pesadas se habían tomado todo género de precauciones: al que estaba encargado de una tarea lo dispensaban de las demás; corría de cuenta del Estado el sostenimiento de los empleados en su servicio, y se hacía con las rentas del Sol el de cuantos estaban sirviendo en el templo; se había establecido la *mita* o rotación de servicios por provincias, comunidades y secciones menores, según la índole de las obras, cuidando de no imponer al mitayo tareas superiores a sus fuerzas, y no trasladándole a lugares insalubres. Según Ondegardo: «se tenía cuenta que el trabajo, que pasaban, fuese moderado y con el menor riesgo que fuese posible. Era tanta la orden, que tuvieron estos indios —añade— que a mi parecer aunque mucho se piense en ello, sería dificultoso mejorarla, conocida su condición y costumbres».

Lo que hacía más soportables los trabajos era que con ellos se aseguraba el bienestar común, no pudiendo sufrir ninguna familia los rigores de la indigencia por la pereza, la disipación, las desgracias o las aventuradas especulaciones de los encargados de sostenerla. Como dice Ondegardo, era el único tributo que se exigía del pueblo para el sostenimiento del Estado; y Garcilaso supone que esa contribución era inferior a la exigida en los pueblos mejor gobernados en la antigüedad, calculándola en cuatro reales de su tiempo y hasta llegando a tenerla por cosa de burla... Por cierto no puede contarse entre las cargas livianas el triple tributo de las tareas campestres, de los vestidos y armas para el ejército y de las obras públicas, prescindiendo de otros servicios secundarios: la masa de trabajos que ese tributo imponía al pueblo era enorme, estando exentos de faenas los nobles, el sacerdocio, los soldados sobre las armas, cerca de un millón de empleados, los inválidos, los que no habían cumplido 20 años y los que pasaban de 50; excedía a lo que habría demandado el sostenimiento de una numerosa familia; y se agravaba, ya con las ilimitadas exigencias de los curacas, cuando podían sustraerse a la pro-

1_lorente 1.p65 466 29/11/2006, 12:15 p.m.

tectora vigilancia del gobierno, ya con labores de puro lujo, como el cubrir con arena de mar la plaza mayor del Cuzco, y el llevar de la ciudad santa piedras para los regios edificios de Tumibamba. El mismo Garcilaso confiesa que, si los indios no tenían familia que les ayudara en sus faenas, muchos de ellos enfermaban por el largo tiempo que ocupaban en el trabajo hasta cumplir con el tributo. Como ha dicho Prescott «el peruano, trabajando toda su vida para otros, podía compararse al presidiario que todos los días desempeña la misma tarea penosa y triste, sabiendo que por útiles que sean sus esfuerzos al Estado, a él nada le producen». Además, lo que fue una calamidad duradera para el oprimido indígena, la aversión que en él debía arraigarse para los trabajos espontáneos con los trabajos forzados, ha hecho considerarle por sus antiguos y modernos opresores como incapaz de laboriosidad voluntaria; y con esta opinión, que parecía justificada por engañosas apariencias, se han disculpado las explotaciones más desmedidas y más violentas.

Gobierno interior.- El pueblo anulado políticamente por la constitución imperial estaba siempre dispuesto a obedecer cuanto se le mandara y a trabajar cuanto pudiera; la cautelosa política de los incas lo tenía dividido de tal suerte que no cayera en la tentación de resistir a la autoridad, y lo agrupaba en secciones que facilitaran la acción administrativa. Una de las divisiones de los pueblos, que mejor podía impedir las tentativas sediciosas y secundar al mismo tiempo las grandiosas miras de la administración, era la de *originario* o *llactarunas* y *mitimaes* o trasportados de una a otra región del territorio peruano, siempre que era de recelar la menor resistencia de las provincias conquistadas a la cultura imperial; cuando la población se hallaba escasa de recursos en región poco fértil, o sobreabundaba en estrechas localidades, se transportaba un gran número de habitantes de entre los más fieles al país nuevamente sometido, de éste a las provincias antiguas, del país estéril al de gran fertilidad, o del muy poblado al de escasa población, y con esta traslación se facilitaba la obediencia y se venía en auxilio de los necesitados. Como tan violenta emigración no podía ser aceptada de buen grado, sin dejar de imponer graves penas al mitimae fugitivo, se recompensaba a los que permanecían en su nueva residencia con muestras especiales de estimación, procurando en todo caso que ni en sus hábitos, ni en el clima sufriesen cambios peligrosos o muy desagradables. El pescador era llevado a las orillas del mar, de lagos, o de ríos abundantes en peces; el cazador, a montes donde no escaseaba la caza; el ganadero, a tierra de pastos; el agricultor, a tierras de labor; el hijo de los yungas, a otros valles calurosos; y el serrano, a otras serranías. Esas colonias, adhiriéndose con fuertes vínculos al lugar donde eran trasplantadas, subsistieron en gran

1_lorente 1.p65 467 29/11/2006, 12:15 p.m.

parte después de la caída del imperio; en la relación de tributarios dada a fines del siglo XVI al marqués de Cañete por Morales Figueroa y en listas posteriores aparecen muchos mitimaes; aun en el último censo manifiestan esa procedencia algunos pueblos; y es muy fácil descubrir la antigua traslación de chimús a las orillas del Marañón, de cañaris al departamento del Cuzco, de collas al norte y de huancas y huailas a diversas provincias. Así, los indios trasladados, como otros muchos que de tiempo inmemorial reconocían diversos orígenes, aunque vivieran muy próximos conservaban su carácter especial distinguiéndose, cuando no por el idioma, en costumbres y peculiaridades del vestido, casas o sepulcros; y esta marcada distinción de *aillos* o linajes, que servía de base a las comunidades, establecía entre los pueblos de una misma provincia y a veces en el seno de un mismo pueblo un antagonismo favorable a las aspiraciones del gobierno imperial. Éste cuidaba especialmente de que en los grandes centros se perpetuara la división que desde su cuna se estableció en el Cuzco, entre los pobladores del barrio alto y los del barrio bajo, *hanan cuzcos* y *hurin cuzcos,* no confundiéndose nunca los *hanan suyos* o distritos altos con los *hurin suyos,* o distritos bajos, si bien esos calificativos no siempre indicaron la diversa altura de la respectiva localidad, sino simplemente el orden de la parcialidad considerada como primera o segunda. La distribución que más influjo ejercía en el orden social era la que agrupaba los indios en *décadas* o secciones de a diez, las décadas en *cincuentenas,* las secciones de cincuenta en *centenas,* cinco de éstas en secciones de *a quinientos,* dos de quinientos en una de *a mil* y diez de a mil en la *sección mayor.* Algunos admiten también divisiones de a *cinco indios,* que al parecer sólo existieron de una manera accidental.

La marcha regular de la sociedad se facilitaba con la vigilancia del gobierno, estando tan sometidos los indígenas a sus respectivas autoridades, como el religioso en su convento y el soldado en su cuartel. La autoridad del padre de familia en la casa reflejaba la del inca en el imperio, si bien mientras el soberano era irresponsable y aun pasaba por incapaz de delinquir, los grandes excesos del primero se reprimían con severidad. Cada pueblo tenía su respectivo *Llacta-camayoc,* y los *curacas* conservaban su jurisdicción, si bien estaban subordinados al gobernador de la provincia. Los grupos tenían a su cabezaa los *chuncamayoc,* cuidadores de cincuenta, *pachacamayoc,* cuidadores de a quinientos, *guaranga-camayos* cuidadores de mil y cuidadores de a diez mil llamados *hunos,* según el número de miembros. El *Tucuiricue* (el que lo ve todo) vigilaba la conservación del orden en toda la provincia, teniendo por auxiliar a un teniente o *michuc.* Ningún grupo ni función social dejaba de estar bajo la vigilancia de empleados permanentes o elegidos ad hoc, teniendo todos los cuidadores la doble misión de procurar el mayor

1_lorente 1.p65 468 29/11/2006, 12:15 p.m.

orden, precaviendo o notando las faltas, y de hacerlas llegar al conocimiento del superior; para que su celo no decayera, no sólo se les amenazaba con la pérdida del destino por no haber cumplido fielmente su obligación, sino que quedaban expuestos a sufrir la pena del delito, objeto de su culpable descuido.

El legislador había llevado su previsión hasta un exceso de refinamiento que, como dice Prescott, era ciertamente el último defecto que se hubiera podido esperar entre los indígenas de América: nada fue dejado al acaso, ni a la libre elección, todo fue minuciosamente determinado por la ley; por eso, fuera de las ordenanzas relativas al culto, señoríos, matrimonios, herencia, jueces, milicia, cuenta de años, quipos y otras innumerables de carácter moral o político existieron las que el padre Valera comparaba con satisfacción a las de griegos y romanos. Según los fragmentos conservados por Garcilaso, y al decir del primer historiador nacional:

> Tuvieron la ley *municipal* que hablaba acerca de los particulares provechos que cada nación o pueblo tenía dentro de su jurisdicción. Y la ley *agraria,* que trataba del dividir y medir las tierras y repartirlas por los vecinos de cada pueblo, la cual se cumplía con grandísima diligencia y rectitud; que los medidores medían las tierras con sus cordeles por fanegas, que llaman Tupu, y las repartían por los vecinos, señalando a cada uno su parte. Llamaban ley *común* a la que mandaba, que los indios acudiesen en común (sacando los viejos, muchachos y enfermos) a hacer y trabajar en las cosas de la república, como era edificar los templos, y las casas de los reyes o de los señores, y labrar sus tierras, hacer puentes, aderezar los caminos, y otras cosas semejantes. Llamaban ley de *hermandad* a la que mandaba, que todos los vecinos de cada pueblo se ayudasen unos a otros a barbechar y a sembrar, y a coger sus cosechas, y a labrar sus casas, y otras cosas de esta suerte, y que fuese sin llevar paga ninguna. La ley que llamaban *Mitachanacuy,* que es mudarse a veces por su rueda o por linajes; la cual mandaba que en todas las obras y fábricas de trabajo, que se hacían y acababan con el trabajo común, hubiese la misma cuenta, medida y repartimiento que había en las tierras, para que cada provincia, cada linaje, cada persona trabajase lo que le pertenecía y no más; y aquel trabajo fuese remudándose a veces, porque fuesen trabajando y descansando. Tuvieron ley sobre el *gasto ordinario,* que les prohibía el fausto en los vestidos ordinarios y las cosas preciosas, como el oro y la plata, y piedras; y totalmente quitado la superfluidad en los banquetes y comidas. Y mandaba que dos o tres veces al mes comiesen juntos los vecinos de cada pueblo delante de sus curacas, y se ejercitasen en juegos militares o populares, para que se reconciliasen los ánimos y guardasen perpetua paz, y para que los ganaderos y otros trabajadores de campo se alentasen y regocijasen. La ley a favor de los que llamaban *pobres,* la cual mandaba

1_lorente 1.p65 469 29/11/2006, 12:15 p.m.

que los ciegos, mudos y cojos, los tullidos, los viejos y viejas decrépitos, los enfermos de larga enfermedad, y otros impedidos que no podían labrar sus tierras para vestir y comer por sus manos y trabajo, los alimentasen de los positos públicos. También tenían ley que mandaba que de los mismos positos públicos proveyesen los *huéspedes* que recibiesen, los extranjeros, peregrinos, y los caminantes, para todos los cuales tenían casas públicas, que llamaban *Corpahuasi,* que es casa de hospedería, donde les daban de gracia y de balde todo lo necesario. Demás de esto mandaba, la misma ley, que dos o tres veces al mes llamasen a los necesitados, que arriba nombramos, a los convites y comidas públicas, para que con el regocijo común desechasen parte de su miseria. Otra ley que llamaban *casera,* contenía dos cosas: la primera que ninguno estuviese ocioso; por lo cual como atrás dijimos, aun los niños de cinco años se ocupaban en cosas muy livianas, conforme a su edad: los ciegos, cojos y mudos, si no tenían otras enfermedades, también les hacían trabajar en diversas cosas. La demás gente, mientras tenía salud, se ocupaba cada uno en su oficio y beneficio, y era entre ellos cosa de mucha infamia y deshonra castigar en público a alguno por ocioso. Después de esto mandaba la misma ley, que los indios comiesen y cenasen con las puertas abiertas, para que los ministros de los jueces pudiesen entrar más libremente a visitarles. Porque había ciertos jueces que tenían cargo de visitar los templos, los lugares y edificios públicos, y las casas particulares: llamábanse *Llactacamayu.* Estos por sí o por sus ministros, visitaban a menudo las casas para ver el cuidado y diligencia que así el varón como la mujer tenía acerca de su casa y familia, y la obediencia, solicitud y ocupación de los hijos. Colegían y sacaban la diligencia de ellos del ornamento, atavío, limpieza y buen aliño de su casa, de sus alhajas, vestidos, hasta los vasos y demás cosas caseras. Y a los que hallaban aliñosos, premiaban con loarlos en público, y a los desaliñados castigaban con azotes en brazos y pernas, o con otras penas que la ley mandaba. De cuya causa había tanta abundancia de las cosas necesarias para la vida humana, que casi se daban de balde, y aun las que hoy tanto estiman.

El cumplimiento de las obligaciones se procuraba asegurar con el rigor de los castigos: castigábanse con la muerte la rebelión, la traición, la blasfemia contra el Sol o contra el inca, el robo de sus bienes, la desobediencia contumaz a las autoridades, las graves mentiras ante los tribunales, el incendio de un puente, la muerte de las aves guaneras y la ida a las islas en tiempo de cría, el homicidio no siendo en pendencia o in fraganti de la esposa adúltera por su cónyuge, el aborto provocado, la profanación de la casa de las escogidas, la violación o el adulterio con mujer noble, el adulterio de cualquier mujer, la fuga reiterada del mitimae y las extorsiones del soldado al pasar por pueblos pacíficos. La pena de

1_lorente 1.p65 470 29/11/2006, 12:15 p.m.

los rebeldes se extendía a provincias enteras, y la de los traidores solía trascender a sus tiernos hijos; el violador de una escogida era ahorcado y ella enterrada viva, o sufrían ambos otro suplicio cruel; el homicidio agravado con el robo traía consigo la pena capital, precedida del tormento; el practicado con veneno o pretendidos hechizos envolvía en el castigo del delincuente a sus próximos parientes, a los que se suponía cómplices del crimen; la mujer que mataba a su esposo era colgada de los pies. El quitar los linderos, el entrarse en tierra ajena, el regar su chacra con el agua correspondiente a otra, la relajación de costumbres, el cambio de vestido o de residencia no siendo mitimae, las desobediencias no obstinadas, los golpes no graves, las simples injurias de palabra y las mentiras sin circunstancias agravantes se castigaban con penas arbitrarias. El raptor de una doncella, en caso de quejarse el padre, era separado de ella y recibía golpes con piedra en la espalda a más de otros castigos discrecionales; las mujeres públicas, infamadas con el nombre de *pamparunas* (mujeres de la plaza o del campo), tenían que vivir fuera de las poblaciones, sin rozarse con las honradas. El padre castigaba privada o públicamente al hijo desobediente, y el que faltaba a la autoridad, no siendo contumaz en el desacato, era golpeado con piedra en la espalda, quedaba preso o recibía otro castigo discrecional. Perdían su cargo, además del empleado negligente, el magistrado prevaricador y el curaca que dejaba de asistir a las comidas públicas o mataba sin razón a uno de sus súbditos. Cuando el homicidio se cometía en alguna pendencia, el provocado salía absuelto, y el provocador por lo menos iba confinado a los yungas, que para los serranos solía ser una muerte lenta. Cualquiera que robaba algo de comer aguijoneado por el hambre, la primera vez pagaba a lo más con una simple reprensión, mas se exponía a ser golpeado en la espalda en caso de reincidencia; el perezoso a más de ser afrentado llamándole por repetidas veces *misquitullu* (huesos dulces) sufría golpes de piedra o latigazos. No se consideraban reos de adulterio, sino de libertinaje, los que faltaban a la castidad con las concubinas; por lo tanto, sólo incurrían en la pena capital los hombres y mujeres que violaban los derechos conyugales, tratándose de *huarmimamas*, o esposas únicas, que el matrimonio conforme a la ley declaraba legítimas.

Hubo diversas formas de aplicar el último suplicio, siendo las más notables el echar a las fieras o enterrar vivo al delincuente, apedrearlo, precipitarlo, decapitarlo o estrangularlo. Respecto a las cárceles, nos dice Balboa que Tupac Inca-Yupanqui las estableció de tres clases: las más terribles fueron unos subterráneos tortuosos, comparables al laberinto de Creta, con el suelo erizado de agudos guijarros sobre el que se arrastran ponzoñosos reptiles y por donde vagaban hambrientas fieras; el traidor que era arrojado en aquella espantosa caverna, no tardaba en

1_lorente 1.p65 471 29/11/2006, 12:15 p.m.

ser destrozado por los tigres, leones u osos, o en recibir venenosas heridas; el segundo género de prisiones establecidas cerca de la montaña servía de reclusión perpetua a los reos de maleficio, hechicerías, falsas profecías y delitos sacerdotales; las últimas cárceles eran simples lugares de detención.

Si en el sistema penal de los incas no había el refinamiento cruel de suplicios, de que raras veces se ha libertado la mayor parte de las naciones aun después de haber salido de la barbarie, no deja de formar un lamentable contraste con la benignidad dominante en su gobierno y con la índole suave de sus súbditos la aplicación de la pena capital con prodigalidad verdaderamente draconiana. La causa de esta anomalía era según ciertos historiadores el carácter teocrático de las instituciones: según Garcilaso, si aun los delitos livianos se castigaban con la muerte, era porque decían que se había quebrantado el mandamiento o la palabra del inca, a quien respetaban como Dios; abundando en las mismas ideas, dice Prescott: «las leyes emanaban del soberano, y ese soberano tenía una misión divina y era de naturaleza divina; violar la ley no era tan sólo insultar la majestad del trono, sino cometer un sacrilegio; así considerado el menor delito merecía la pena de muerte, y el más grave no podía incurrir en pena mayor». Séanos permitido separarnos de un parecer que ciertamente es muy autorizado pero que está en contradicción abierta con el código penal de los incas, en el que hay diversidad de penas según la gravedad verdadera o supuesta de los delitos, y si hubiera dominado la consideración señalada por Garcilaso, Robertson, Prescott y sus copistas, para todas las faltas sólo habría existido la indivisible pena de muerte. La severidad legal, si en parte se debió al espíritu teocrático de suyo propenso a exagerar la criminalidad, nació principalmente de dos causas: el gobierno de los incas, tan reglamentario o más que el monasterio más rígido y el ejército más sujeto, llevaba consigo la necesidad de una disciplina muy dura, sin la cual las ordenanzas estrictas son una letra muerta; al mismo tiempo, las instituciones imperiales estaban profundamente penetradas del socialismo, cuyas inspiraciones mueven a sacrificar los individuos tomados por simples fracciones a la comunidad, que es el todo. Por lo demás, cualquiera que haya sido el móvil de esa penalidad draconiana, junto con los actos de inhumanidad a que arrastraba, traía por consecuencia tan fatal como duradera una profunda perversión de las ideas morales, no inspirando el amor vivificante del deber, sino el horror al castigo, y como resultado de esta influencia, dando apariencias de verdad a la perniciosa máxima de que el indio sólo es llevado por el mal.

La expedita administración, aunque por lo común ofrecía inapreciables ventajas, no dejó de agravar, a veces con grandes desaciertos e

1_lorente 1.p65 472 29/11/2006, 12:15 p.m.

iniquidades, la influencia desmoralizadora del excesivo rigor en las penas. Aunque se haya hablado de tribunales como de una institución separada, este aserto no halla apoyo en la historia y se encuentra en oposición con la naturaleza del gobierno imperial: era harto despótico para que diese lugar a la división de poderes, que caracteriza al régimen liberal; el inca, que los reunía todos en sumo grado, los comunicaba a las autoridades subalternas según la extensión de sus jurisdicciones, siendo el juez natural de sus subordinados el jefe de cada división; las faltas leves eran juzgadas por los cuidadores subalternos, y las graves por el curaca o las autoridades provinciales; el último suplicio fuera de campaña sólo podía ser aplicado por el *Tucuiricuc* o por el soberano. Las pocas causas civiles que ocurrían se terminaban una vez oídos los alegatos de las partes; en las causas criminales se principiaba por oír al reo y a los testigos; estando las declaraciones conformes, se decidía de acuerdo con la ley, y si el acusado negaba, se pedían informes acerca de su conducta al curaca, absolviéndole si éste informaba favorablemente, y sometiéndole al tormento en el caso contrario; confesándose culpable el atormentado sufría el castigo legal, y cuando persistía en declararse inocente, se le ponía en libertad, pero dejándole bajo la amenaza del último suplicio por el primer delito grave que cometiera. Por regla general la causa debía quedar resuelta en el término de cinco días. El temor que inspiraba la severidad del inca contra los magistrados prevaricadores, la necesidad de informar mensualmente a las autoridades superiores, y el riesgo de que la prevariación fuera descubierta por los visitadores extraordinarios, garantizaban la recta administración de justicia en los casos comunes, y así lo acredita la audiencia de Lima diciendo: «los vicios eran bien castigados, y la gente estaba bien sujeta y obediente; y aunque en las dichas penas había exceso, redundaba en buen gobierno y policía suya, mediante ella eran aumentados». Sin embargo, administrándose la justicia a la turca, y corriendo la verdad graves riesgos en la boca de cuantos intervenían en los juicios, se daba lugar al castigo de los inocentes y a la absolución de los culpables: sea por la timidez excesiva, que suele desconcertar al indígena viendo al superior indignado, sea por la tenacidad con que niega los hechos, aunque se le sorprenda con el cuerpo del delito, ya se declararía reo de faltas imaginarias e incurriría en penas no merecidas, ya lograría la impunidad del crimen con su obstinada negativa; la recta administración de justicia tenía también que luchar con las falaces deposiciones de testigos poco veraces o turbados y con la injusticia de magistrados mal inclinados o prevenidos; el peligro de la prevaricación era tanto más de temer, cuanto que podía encubrirse con artificiosos procedimientos, y las quejas de los agraviados, a quienes aterraba la enemistad de los poderosos, casi nunca se elevaban hasta el trono.

1_lorente 1.p65 473 29/11/2006, 12:15 p.m.

La visita del soberano, que no podía menos de ser de paso y de tarde en tarde al menos para los pequeños pueblos más expuestos a ser víctimas de la opresión, era más bien una majestuosa procesión y un triunfo continuado, que una inspección reflexiva y escudriñadora capaz de deshacer los agravios: los humildes y fervientes homenajes que recibía la majestad del Dios rey impedían que su majestad humana viese las llagas ocultas de su pueblo entre las alegrías y encantadoras pompas de una reverente adhesión. Hasta cierto punto estaban también expuestos a no penetrar en la profundidad de las injusticias secretas los visitadores extraordinarios, quienes también eran objeto de pomposos recibimientos. En los informes ordinarios todo debía aparecer en regla, y por su constitución social la atención de informantes e informados debía dirigirse de preferencia a los intereses generales. Acerca de éstos podía reunir el gobierno los datos más amplios y más exactos: por relaciones especiales, que se le dirigían cada mes, cada año o en períodos oportunos, más largos o más cortos, conocía el movimiento anual de la población, la producción aproximada, la existencia de los depósitos adonde todo entraba y de donde todo salía con medidas ciertas, el Estado de las obras públicas, en suma las diversas necesidades del estado y los recursos necesarios para verificarlos. Las luces de la estadística, más abundantes y seguras que las conseguidas hoy en varios ramos por administraciones bien sistematizadas, eran recibidas oportunamente y permitían proceder a ciencia cierta, no aventurando mejoras imposibles, y no dejando de emprender en vasta escala las que eran realizables.

No obstante los inmensos obstáculos que ofrecían el territorio y las tribus menos adelantadas, las comunicaciones se hacían con la rapidez necesaria para que las noticias trasmitidas al gobierno y las órdenes de la autoridad llegaran a tiempo de conjurar las desgracias remediables y de realizar los beneficios a que alcanzaba la acción de la autoridad. Los caminos, cuyo principal destino era facilitar el trato oficial, acercaban las extremidades del imperio a la capital mucho más de lo que en aquella época solían estarlo de las provincias próximas las capitales europeas; cuando había necesidad de propagar las noticias con suma rapidez se encendían hogueras en las alturas para dar la señal de alarma; de continuo había cuatro correos *(chasquis)* dispuestos para volar de su puesto al vecino, y como estaban acostumbrados a marchas, que por su celeridad hacen pensar en los viajes de vapor, trasmitían los encargos y mensajes con prontitud asombrosa; el pescado y fruta de las costas distantes 80 o más leguas podían comerse frescos en el Cuzco, y de ordinario en las 24 horas se llevaban las comunicaciones a distancia de 150 millas; a veces el recado era verbal y antes de llegar a la casa de postas, lo comunicaba a gritos un chasqui para que otro en oyéndolo echara a correr y lo trasmi-

1_lorente 1.p65 474 29/11/2006, 12:15 p.m.

tiera de igual modo al del puesto inmediato; más a menudo se hacía la comunicación por expresivos quipos y, si la gravedad del caso lo exigía, se autorizaba el mensaje con un hilo tomado de la mascaypacha. Por este medio, según dice Zárate, y puede inferirse de su incomparable autoridad, «gobernaban la tierra y proveían lo que querían con mayor obediencia, que en ninguna provincia del mundo se ha visto tener a las provisiones de su rey».

La extensión del quechua, que para el uso oficial llegó a convertirse de lengua cortesana en lengua general, contribuyó eficazmente a la buena administración, facilitando las relaciones entre gobernantes y gobernados. Sabido es que el quechua se hablaba en gran parte del norte hasta en el reino de Quito, antes de haberse extendido hasta allí la dominación imperial; y que el aimara y el puquina no dejaron de hablarse en provincias cercanas al Cuzco, lo mismo que el mochica en el territorio del gran Chimú. No es por lo tanto exacta la aserción de Prescott, quien, fundado en las exageradas o mal entendidas relaciones de Cieza, Ondegardo, Valera y Garcilaso, da por una de las medidas más atrevidas y más originales de los incas la abolición del idioma del país, y como ejemplo de la autoridad más absoluta la de una revolución en el idioma de un imperio al disponerlo así el amo. Lo que los últimos soberanos con sabia previsión se limitaron a promover y consiguieron con su política prudente, empleada también con éxito en otras monarquías, fue el uso de una lengua general en las relaciones con la autoridad: los hijos de los curacas la aprendían durante su residencia en la corte o con maestros particulares; los indios principales, y cuantos habían de ejercer cargos públicos, la necesitaban estudiar para adquirir influencia o brillar en altos puestos; como era de esperar, los que estaban en posesión del instrumento de la cultura superior solían distinguirse por sus mayores luces, y de alto a bajo se iba extendiendo el uso de la lengua cortesana, sin que cayeran en desuso los idiomas locales. Así se allanaba la marcha regular del gobierno, y lograba grandes triunfos su política unificadora sin suscitar la formidable oposición que, sin duda, habría causado la decretada abolición de la lengua materna, objeto para todos los pueblos de afecto entrañable.

Conquistas.- Los hijos del Sol eran una raza conquistadora que no podía abandonar el proselitismo armado sin renunciar a su pretendida misión divina, que era el principio vital de su autoridad, de su grandeza y de su gloria. El entusiasmo religioso se unía a la ambición creciente con el engrandecimiento para que no pusieran término a su cruzada civilizadora; aunque tomaban el mayor empeño en que los pueblos gozaran de los inestimables beneficios de la paz, nunca faltaba la guerra en las fron-

1_lorente 1.p65 475 29/11/2006, 12:15 p.m.

teras del imperio; después de que se formaron un señorío como pacíficos misioneros del Sol, hubieron de lanzarse a la conquista guerrera, a que de continuo los llamaban la fe en su destino, el espíritu belicoso de los nobles, las hostilidades de las tribus fronterizas y la pendiente fatal en que, una vez colocadas las razas conquistadoras, no dejan de marchar, hasta que caen por la sucesión misma de sus victorias: tarde o temprano los ejércitos vencedores, colocados o formados en provincias muy distantes del centro de las inspiraciones patrióticas y leales a instigación de caudillos audaces y prestigiosos, vuelven las armas contra el gobierno legítimo; las naciones son al fin víctimas de la violencia que desencadenaron contra sus independientes vecinos.

El heredero de la corona se educaba para la conquista junto con la noble juventud de su estirpe, al mismo tiempo que aprendía las prácticas religiosas y el arte del gobierno. Al entrar en la edad viril recibía la solemne investidura del *huaraco,* o como le llama Balboa, del *huarochiqui,* semejante al ingreso de los donceles en el orden de la caballería, tan celebrado en la edad media: los adolescentes incas pasaban la luna entera de noviembre a diciembre en duras pruebas, durmiendo en el suelo, comiendo mal y estando pobremente vestidos; en los seis últimos días del noviciado militar ayunaban rigurosamente a maíz y agua, absteniéndose de sal y de ají; concluido el ayuno, comían opíparamente para que no les faltase el vigor indispensable en los simulacros de batalla. La fortaleza de Sacsahuaman era asaltada y defendida alternativamente por los donceles, quienes daban y recibían heridas muy graves, a veces mortales, aunque hacían uso de armas sin filo; luchaban a brazo partido, saltaban a porfía y se disputaban el premio de la carrera y el de la habilidad en el manejo de armas arrojadizas, corriendo desde el cerro de Huanacaure a Sacsahuaman y disparando flechas al blanco. La resistencia física se comprobaba pasando en vela varias noches, y la serenidad del ánimo, permaneciendo impasibles mientras se blandían espadas y lanzas sobre la cabeza y en torno del cuerpo. Terminadas satisfactoriamente todas las pruebas, se presentaban los candidatos armados y, según Fernández, vestidos de blanco con cierta insignia parecida a las cruces militares; se les recordaba por el soberano o por el que hacía sus veces, la misión de los hijos del Sol, exhortándoles al cumplimiento de sus excelsos deberes; se le abrían las orejas con un alfiler de oro para que pudiese llevar los enormes pendientes propios de su alta clase; sus parientes más considerados por la edad o por las prendas civiles y militares les ponían en los pies un calzado de lana y ajustaban secretamente a las cinturas los pañetes o *huaro,* de que recibía su nombre la investidura; sus madres colocaban sobre las sienes guirnaldas entretejidas de las hojas verdes del *viñac huaina* (siempre mozo) de las amarillas flores del *chihuahua*

1_lorente 1.p65 476 29/11/2006, 12:15 p.m.

semejantes a clavelinas, y de las diversamente matizadas flores llamadas del inca o *cantu*, graciosos emblemas de las virtudes que nunca debían abandonar a los descendientes de Manco-Capac. La guirnalda del príncipe sólo se distinguía de las demás por una especie de borla amarilla, que caía unos cuatro dedos entre las dos sienes; al ponerle en la mano el champi, le decían *aucacunapac* (para los traidores, rebeldes, enemigos); y terminaba la ceremonia reconociéndole de rodillas toda la familia imperial por futuro soberano. El huaracu coincidía con el *Raimi,* la mayor de las fiestas nacionales.

La educación militar del príncipe y de sus esclarecidos parientes se completaba en las primeras campañas, que en el estado permanente de guerra exterior no se hacían esperar por largo tiempo; en ellas se fortificaba también el espíritu militar de la tropa, que había principiado a desarrollarse durante la paz con ejercicios militares, practicados dos o tres veces al mes. Muchas provincias eran un semillero de excelentes soldados, muy dispuestos para adquirir pronto el diestro manejo de las armas, corderos para sus jefes, leones contra el enemigo, capaces de sufrir las mayores privaciones y de hacer las más largas marchas, ejemplares en la observancia de la disciplina y sin temor para morir en su puesto o lanzarse al mayor peligro. La organización de grandes ejércitos era sobremanera fácil, porque decenas, compañías, mitades, batallones y grandes cuerpos no hacían sino reproducir las divisiones administrativas de los pueblos. Cada compañía tenía su bandera particular, y el estandarte general llevaba la insignia imperial del arco iris; los individuos de tropa usaban el traje de sus provincias con cierta especie de vistoso turbante; los jefes se distinguían por plumajes, cascos de oro o plata y otros vistosos adornos. Las armas más empleadas eran entre las *ofensivas* piedras lanzadas con hondas, flechas disparadas por arcos, lanzas, hachas cortantes, macanas, rompecabezas y porras erizadas de puntas; entre las *defensivas* se contaban los cascos *(humachinas),* las celadas *(ñahuichinas),* los escudos *(haulcancas),* y los petos, que eran jubones embutidos de algodón; los metales preferidos solían ser el oro, plata y cobre, y las maderas las de chonta y guayacán. Instrumentos guerreros facilitaban las evoluciones regulares con su concertado estruendo.

Como la victoria después de una o más campañas solía coronar las expediciones militares, se celebraba con una pompa que recuerda los triunfos de los romanos. Los vencedores entran en el Cuzco por un camino cubierto de flores y de yerbas olorosas, levantándose a veces en el tránsito magníficos arcos triunfales; abríales la marcha ya una escogida vanguardia del ejército, ya la gran muchedumbre, que había acudido de la comarca, deseosa de tomar parte en la alegría triunfal, con vivas entusiastas y con cantares de triunfo; los vencidos formaban el centro de la

1_lorente 1.p65 477 29/11/2006, 12:15 p.m.

comitiva, ya marchando en silenciosa sumisión, ya exhalando desgarradores lamentos, según se les había prevenido; el grueso de la tropa seguía en pos de ellos celebrando las últimas hazañas, alteradas a menudo por fábulas que suponían la conversión de piedras en *paruraucas* o auxiliares humanados y vueltos a petrificarse, terminada su maravillosa cooperación, el retroceso de las flechas disparadas por el enemigo, varillas y otras armas mágicas enviadas por el Sol a sus descendientes, la intervención directa del astro del día, que durante la noche alumbraba a los suyos dejando a los contrarios en oscuridad profunda, y otras ficciones absurdas fácilmente creídas del supersticioso vulgo; alzábase el inca en su deslumbradora litera vestido de ceremonia, entre los personajes más esclarecidos; bellísimas doncellas de la alta nobleza llevaban floridos ramos, bailando con animada gracia; el cortejo se cerraba por soldados, que con la viveza de sus movimientos querían representar el ardor desplegado en las operaciones militares; alternando el estruendo de los tambores y trompetas con los clamores de alegría, se llegaba a la plaza mayor o al templo del Sol para dar al Dios las debidas gracias por su eficaz protección; y por una semana o más días continuaban los regocijos públicos y privados, a veces sin ningún acto bárbaro y a veces sacrificando víctimas humanas. Los goces del triunfo avivaban el entusiasmo guerrero, y para que el ardor no se debilitara en la calma de la paz, la poesía perpetuaba la memoria de las grandes proezas en cánticos que repetía el pueblo hasta en las faenas rurales.

Los medios materiales, que son el nervio de la guerra, nunca podían faltar a los ejercicios imperiales: los españoles hallaron los depósitos de las ciudades y tambos con una provisión de víveres, armas, ropas y calzado, que podía bastar a una campaña prolongada por algunos años; los admirables caminos del imperio permitían marchas rápidas y cómodas; numerosas reservas llenaban a tiempo las filas aclaradas por el clima, por los combates o por las fatigosas operaciones; cuando los incas llegaron a contar más de diez millones de vasallos, podían poner sobre las armas 100 ó 200 mil soldados, porque la organización militar dejaba disponible para la guerra a la inmensa mayoría de los hombres vigorosos. Con ejércitos tan considerables renovados cuantas veces fuese necesario, con operaciones bien dirigidas y con la constancia en la cruzada conquistadora, no les era difícil someter las tribus más aguerridas, a no ser que la situación demasiado lejana, los bosques impenetrables o su poco atractiva y casi insuperable rudeza obligaran al conquistador a dejarlas en su bárbara independencia. Las que eran sensibles a las dulzuras de una cultura superior solían aceptar el yugo espontáneamente o con débil resistencia; para reducir a las más refractarias se ponían en juego toda clase de seducciones y de ardides. Se prodigaban los ofreci-

1_lorente 1.p65 478 29/11/2006, 12:15 p.m.

mientos y las dádivas; se solicitaban las alianzas o la simple neutralidad; se dejaban sentir las ventajas de la pacífica sumisión entre los estragos de la guerra, no tratando de destruir, ni de exasperar a los que resistían, sino socorriendo a esposas, ancianos y tiernos hijos, y procediendo con ellos, como si ya fuesen fieles súbditos, según la siguiente máxima: «no conviene hacer mucho daño en los mantenimientos y casas de los enemigos, porque presto serán éstos nuestros, como los que ya lo son». Así adelantó en los principios la dominación imperial, según el dicho de Cieza, más con la maña que con la fuerza; pero cuando la preponderancia manifiesta hizo preferir las rápidas anexiones de la violencia a las lentas conquistas de la propaganda benévola, desde que se veía el poco fruto de las medidas suaves, no se retrocedía ante los últimos extremos de la inhumanidad, devastación y perfidia. Taláronse los campos, incendiáronse los pueblos, fueron destruidos los canales de riego; las tribus que tenazmente resistían, calificadas de rebeldes, recibieron los castigos más crueles, ya ejecutados a viva fuerza, ya por medio de asechanzas aleves; se descendía al rango de los conquistadores vulgares, azote del linaje humano.

Cualquiera que hubiese sido el carácter de la lucha, procuraban los incas consolidar la sumisión de sus nuevos vasallos con prudentes medidas que reunían la energía a la suavidad habitual de su gobierno. Los curacas o sus herederos, si los primeros faltaban, eran llevados al Cuzco en calidad de bien tratados rehenes, junto con los dioses de la tribu, que hallaban su lugar en la Ciudad Santa, verdadero panteón nacional. Se dejaba en la recién conquistada provincia una guarnición imponente; fuertes castillos de triple muro se levantaban en lugares difíciles de expugnar, y los mitimaes formaban una colonia militar, que dificultaba así las insurrecciones generales, como las conspiraciones aisladas. La acción avasalladora de la fuerza, acrecentada con el recuerdo de terribles escarmientos, era eficazmente secundada por una política sabia y benéfica: después de reparar los quebrantos de la guerra se aseguraba el bienestar con el perfeccionamiento de la agricultura y con la organización socialista de la propiedad y del trabajo; se construían palacios y templos que excitaran el interés y la admiración de la muchedumbre: y al mismo tiempo que se respetaban las creencias y costumbres locales, se ganaban los ánimos a las instituciones religiosas y políticas del imperio.

1_lorente 1.p65 479 29/11/2006, 12:15 p.m.

Capítulo IV
Religión de los incas

Objetos de adoración.- Majestuoso, resplandeciente y benéfico hubo de ser el Sol, el objeto preferente del culto, desde que su adoración fue impuesta a los pueblos sometidos por los incas a favor de la cultura nacional y en el interés de la dinastía: si en todas las regiones derrama la luz, el calor y la vida, en la sierra, centro de la dominación imperial, infunde aliento y alegría a los seres animados, que el hielo nocturno había dejado triste y abatidos, da hermosos reflejos al monte y a la llanura, presta al cielo matices de incomparable belleza, y por doquiera hacer brotar hierbas, flores y frutos para el sustento y recreo de hombres y animales; nada era por lo tanto más fácil a los incas que imponer su culto a idólatras sencillos, quienes le adoraban ya como la más bella y bienhechora de las criaturas visibles, y prevaleciendo las nuevas creencias, debían mirarle en adelante como el alma del imperio. El astro del día había enviado a sus hijos para sacar a los peruanos de la miserable barbarie; a su nombre se hacían las conquistas, se daban las leyes, se regía la sociedad y se difundía el bienestar; la blasfemia se castigaba con el último suplicio; los homenajes religiosos más que hijos del terror, lo eran de la acción fascinadora ejercida sobre los sentidos y sobre el espíritu por la magnificencia de los templos, por la pompa de las fiestas, por el aparato de los sacrificios y por el prestigio del sacerdocio.

No obstante que la adoración del Sol fuera el culto dominante, la luz no extinguida de la revelación, los resplandores de la razón que crecían con la superior cultura y la política imperial que buscaba en las creencias la principal fuerza del gobierno fueron extendiendo de día en día al culto del Hacedor Supremo. Según Garcilaso, el creador era el Dios desconocido que no recibía homenajes visibles, ni se tomaba en los labios sino con temor reverencial, y sólo era adorado en el corazón silenciosamente. Mas abundan las pruebas inequívocas de que también recibía un culto público el templo de Pachacamac, verdadera cava de los costeños, y en la sierra

1_lorente 1.p65 481 29/11/2006, 12:15 p.m.

junto con el de Cacha tuvo otros santuarios antiquísimos; y según Acosta, Pachacutec, a quien él atribuye el triunfo sobre los chancas comúnmente atribuido al octavo inca, instituyó que Viracocha fuese tenido por señor universal, y que las estatuas del sol y del trueno le hiciesen reverencia y acatamiento, y desde aquel tiempo se puso la estatua del Viracocha más alta que la del sol y del trueno y de las demás huacas. Cristóbal Molina y Juan de Santa Cruz Salcamaihua están acordes en que el Creador era simbolizado por un anillo o lámina de oro, y sabido es que Hernando Pizarro en su viaje a Pachacamac vio al Dios Supremo bajo la figura de un ídolo de madera en forma humana, no sólo adorado en el recinto más secreto del famoso templo, sino expuesto a los ojos de la devota muchedumbre en las esquinas de las calles y en las puertas de las casas.

Aunque las pompas con que se veneraba al Ser Supremo fueran inferiores a las del culto solar, y aunque la muchedumbre llevada de las impresiones sensibles propendiera a confundirle con los demás ídolos, los espíritus ilustrados reconocían su inmensa superioridad sobre el astro del día. Si se ha de creer a Balboa, Inca-Yupanqui, concluido el magnífico templo de Coricancha y después de que una asamblea religiosa había decidido que el Sol era el más poderoso de los seres, echó en rostro a los sacerdotes la ignorancia en que estaban sumidos, y concluyó su discurso diciendo: «Hermanos y padres míos, buscad aquel que manda al Sol ordenándole recorrer su carrera, y miradle como al criador universal y omnipotente. Si alguno de vosotros puede responder a mi razonamiento, que lo haga, pues sin esto yo negaré el poder del Sol. Yo le miro como mi padre, pero niego su omnipotencia sobre los negocios del mundo». La asamblea convino en la existencia de una primera causa, a la cual se dio el nombre de *Ticci-Viracocha Pachacamac,* que quiere decir principio de todo lo bueno y Creador del mundo. Iguales ideas debió tener Tupac-Yupanqui si es verdaderamente suya la siguiente máxima: «Dicen que el Sol vive y que es el hacedor de todas las cosas; pero mal puede hacer las que se verifican estando él ausente; y el que no vive, se colige, de que dando siempre vueltas, no se cansa. Es como una res atada, que siempre hace un mismo cerco, y como una saeta, que va donde la envían, no donde ella querría». El mismo pensamiento aparece claramente en los términos con que Huaina-Capac replicó a su tío el sumo sacerdote en una fiesta solemne: «Pues yo te digo, que nuestro padre el Sol debe tener otro señor más grande y más poderoso que él; porque el Sol nunca descansa en el camino que hace todos los días, y el Supremo Señor ha de ejecutar las cosas con gran sosiego y detenerse por su gusto, aunque no tenga necesidad de reposo». Cuando Huascar cayó prisionero, invocaron los cuzqueños el auxilio de Viracocha, y sabida la captura de Atahualpa llamaron Viracochas a los españoles creyéndoles envia-

1_lorente 1.p65 482 29/11/2006, 12:15 p.m.

dos en protección del prisionero por el Dios supremo. El mismo Atahualpa, contestando la incalificable amonestación de Valverde precursora del más alevoso ataque, dijo según Zárate, que Pachacamac lo había criado todo lo que allí había. Calcuchima al ser arrojado a la hoguera exclamó ¡Pachacamac!, ¡Pachacamac! Los principales nombres que según entendidos intérpretes se daban a la divinidad invocada en momentos supremos significan el Ser, el ilimitado, el grande, el admirable, el principio de todo, el brillante, el sabio, el alma del mundo, el hacedor del cielo y de la tierra. Si algunas interpretaciones pudieran calificarse de arbitrarias, no puede hacerse lo mismo con el sentido de la siguiente oración conservada por Oré en la introducción al *Símbolo católico indiano:* «O Hacedor, que estás desde los cimientos y principio del mundo hasta en los fines de él, poderoso, rico, misericordioso, que distes ser y valor a los hombres, y con decir, sea este hombre y ésta sea mujer, hiciste, formaste y pintaste a los hombres y a las mujeres; a todos éstos, que hiciste y diste ser, guárdalos y vivan sanos y salvos, sin peligro y en paz. ¿En dónde estás? ¿Por ventura en lo alto del cielo y en las nubes y nublados o en los abismos? Óyeme y respóndeme y concédeme lo que te pido. Danos perpetua vida para siempre, tennos de tu mano, y esta ofrenda recíbela, a donde quiera que estuvieses, o Hacedor».

Ni las ideas elevadas acerca del Creador, ni el dominante culto del Sol podían impedir que en el imperio se perpetuara el politeísmo con su inseparable cortejo de supersticiones más o menos fetichistas. Más bien tolerada que autorizada, seguía la veneración a las diversas *conopas* llamadas en el Cuzco *chancas,* a las *zarapconopas* para guardia de maíz, a las *papapconopas* tutelares de las papas, a las *cuillamas,* que defendían el ganado, a las *chacrayoc,* defensores de la chacra, a las *larca-wilcas compas* protectoras de las acequias, a las piedrecillas pintadas o de formas singulares, a los *llacas* o pequeños cristales, y a los *quicu* o piedras bezoares, que ya las familias, ya los individuos aislados tomaban por penates o por numen de la persona. Si bien los incas propendían a desterrar el estúpido culto de los animales, no pudieron impedir que los huancas continuasen venerando a los perros, muchos pueblos de la costa a ciertos pescados y en Pachacamac mismo a la zorra. El culto de los antepasados era directamente estimulado por la deificación de los hijos del Sol, y se conservó entre los costeños con el nombre de *Munaos* (amados) por amor *(cuyacpa)* según el arzobispo Villagómez, y entre los serranos con el de *Mallquis* (almácigo) en señal de la fecunda estirpe. También estimularon los incas con su ejemplo la adoración de los héroes o *huaris,* dando mucho culto a Huanacauri, su pariente o protector convertido en cerro, y las transformaciones fácilmente creídas popularizaban y hasta cierto punto acreditaban la veneración de los montes, cuevas, fuentes, ríos,

1_lorente 1.p65 483 29/11/2006, 12:15 p.m.

lagos, mar y tierra, que tenían bien por madres, bien por *pacarinas* o lugares de origen. En general, las huacas o ídolos de cada nacionalidad, si podían transportarse, eran llevadas al Cuzco, cuyo santuario fue justamente calificado por Ondegardo y García de panteón del imperio, y en el caso contrario recibían tierras, ganado y el correspondiente servicio para que no decayera el culto recibido de los mayores. El de los cuerpos celestes estaba íntimamente unido al del Sol, del que eran considerados poderosos ministros o brillantes cortesanos; el formidable *Illapa,* que lanza el trueno, el relámpago y el rayo y también envía el granizo y las lluvias, era la divinidad más respetada después del Sol y de Pachacamac; la Luna o astro de la noche recibía los homenajes correspondientes a la hermana del astro del día, y en Pacasmayo era aún más venerada que su hermano por la especiosa razón de que le aventajaba en alumbrar a veces por la noche y a veces por el día. El arco iris, que embelleció el estandarte del imperio, se tenía por mensajero del divino padre de los incas. Todos los demás astros, en particular Venus, el Chasca o paje de bella cabellera, las siete cabrillas *(oncoy),* la Lira y otros a los que se admiraba por su especial hermosura o se les atribuía una protección señalada de los ganados o influjo poderoso en los destinos humanos, participaban de la veneración del esplendente astro, cuya celestial comitiva formaban.

Garcilaso, a quien ha seguido Desjardins sin alegar mayores fundamentos, pretendió que la religión de los incas sólo reconocía dos dioses, el invisible o Pachacamac, y el visible o el Sol, y suponía que los demás historiadores habían sido inducidos en error por la significación vaga de la palabra huaca, que se aplica a toda cosa sagrada y aun a todo lo extraordinario, como los seres naturales de enorme tamaño o de formas raras, los mellizos, los niños, que nacen de pies, y cualquier criatura monstruosa. Pero al considerar los principales huacas como dioses no se apoyaron los historiadores anteriores y posteriores a Garcilaso en indicios más o menos equívocos: basaron sus aserciones en hechos de un carácter tan manifiesto como decisivo, en el culto protegido por las leyes, en las creencias autorizadas, en la existencia de templos, sacerdocio, fiestas, sacrificios y bienes especiales. El testimonio de Garcilaso no puede pesar por cierto en la balanza de la crítica tanto como el de Cieza, Ondegardo, Molina, Acosta, Montesinos, Santa Cruz, el concilio de Lima, Arteaga, Ávila, Villagómez y otros que observaron la idolatría como jueces diligentes y entendidos; por lo que merecieron la adhesión de Román, Herrera y otros eminentes historiadores antiguos, y han obtenido en nuestros días la de escritores tan eruditos y juiciosos como Prescott, Dapper y Bastian. Por otra parte, aunque la historia no hubiese dado testimonios tan explícitos, y aunque hasta el día no se conservaran en pueblos aislados de la puna indicios claros de la antigua idolatría, la

1_lorente 1.p65 484 29/11/2006, 12:15 p.m.

razón la dejaría fuera de duda: dadas las instituciones de los incas y la ignorancia sistemática a que estaba reducida la muchedumbre era imposible que no subsistiese el politeísmo; mientras los espíritus superiores se elevaban al conocimiento de la primera causa acercándose más y más al puro deísmo, la nación cuya religión venía casi exclusivamente del corazón y estaba amoldada a las imágenes suministradas por los sentidos o por la fantasía, forzosamente había de reconocer muchas causas, poderes o fuerzas revestidas de formas humanas o de seres inferiores; la gratitud, el terror o la admiración que naturalmente excitan las criaturas benéficas, formidables o hermosas, llevados al grado que suelen presentar en espíritus sencillos o muy impresionables, habían de convertirse en sentimientos religiosos, desviando así hacia los seres criados y a aun a los simples fantasmas de la imaginación los homenajes exclusivamente debidos al ser supremo. La tierra y el mar continuaban siendo objeto de especial adoración.

Personal del culto.- Sacerdotes de diversas categorías y denominaciones estaban encargados del culto de los dioses: los *Macsas* y *Vihas,* que ocupaban la posición más modesta, entendían en las cosas de las conopas, y una de sus principales funciones era declarar a los indios, que habían encontrado piedrecillas notables, el carácter divino de su feliz hallazgo y la veneración que debían tributar a su Dios tutelar; los sacerdotes de los huacas eran llamados *Villac* (profetas o adivinos) *Laicas, Chachas, Uma* (el que habla), *Auquis* o *Auquillas* (padres); los de Pachacamac recibían el nombres especial de *Cushipatas,* el principal de cada ídolo el de *Guacavillac*, el del rayo, el de *Liviapac-Villac,* el de los antecesores *Malqui-Villac,* y los del Sol *Puncha-Villac* o *Intip-Villac.* Los demás ministros del culto se llamaban de una manera general *Yanapac* (auxiliares) y *Camayoc* (cuidadores). El sacerdocio se obtenía como un cargo hereditario, por elección, por vocación o por algún grave accidente: el que había sido herido del rayo y sobrevivía a tan peligroso golpe, se miraba como una persona consagrada por el cielo para ejercer funciones sacerdotales. Aunque los sacerdotes no formaran una casta privilegiada, ni siquiera se distinguieran por sus luces superiores, ni aun por vestidos reverenciados, no dejaban de alcanzar una estimación proporcionada a la elevación de sus funciones y ejercían notable influencia en la marcha de los asuntos públicos y privados; tenidos por medianeros entre los dioses y los hombres, recibían de tan importante cargo una investidura venerable; consultados a menudo acerca del porvenir, participaban de la consideración inherente a los diversos oráculos; empleados a veces como *ichuris* o confesores adquirían el poderoso influjo reservado a los directores de las conciencias; sobre todo solían recomendarse al respeto común por su

1_lorente 1.p65 485 29/11/2006, 12:15 p.m.

reputación de santidad o por su vida austera: algunos guardaban continencia perpetua y todos debían observarla durante el ejercicio de su ministerio sagrado; sus ayunos, sea por la felicidad pública, sea para entrar en la carrera sacerdotal, eran de ordinario rigurosos y largos; al acercarse como consultores a los más reverenciados huacas, temblaban de pies y cabeza, llevando la vista baja para no ofenderlos con su mirada, y según Gomara algunos se quebraban los ojos por no caer en semejante peligro; entre otras penitencias no fue raro el azotarse con espinas y el golpearse con piedras.

Si bien el gran sacerdote de Huamacchuco, el pontífice de Pachacamac, el de Copacabana y algunos otros gozaban de altísima y secular influencia, la de todo el sacerdocio extraño al culto del Sol era muy inferior a la ejercida por los ministros de la religión nacional, y no podía menos de ser así, desde que su número igualaba, si no excedía, al de los soldados del ejército imperial, su posición oficial les hacía intervenir en los negocios de mayor trascendencia y en la marcha general de la sociedad; la educación larga y esmerada los iniciaba en las minuciosas prácticas religiosas, que tomaban las proporciones y les daban el prestigio del mucho saber, y el nacimiento los tenía de antemano señalados al respeto del pueblo. El Villac-Umu, que estaba a la cabeza de los demás, era casi siempre tío o hermano del inca, poseía su altísimo cargo por vida, sólo cedía en consideración al soberano, y así en su coronación como en los grandes actos de la monarquía tomaba una parte muy activa. También pertenecían a la familia imperial los otros sacerdotes de Coricancha y los jefes de los demás templos del Sol; otros ministros eran parientes de los curacas o al menos indios principales.

Las mujeres no estaban enteramente excluidas del ministerio sacerdotal: algunas doncellas hermosas presidían al servicio de ciertas huacas, y entre los confesores los había pertenecientes al bello sexo. Las auxiliares del culto que gozaron de mayor consideración fueron las *ocllos* y las *acllas* o escogidas; las primeras distinguidas con el mismo calificativo que llevó la hermana de Manco-Capac eran venerables matronas que vivían en el siglo, fieles al voto de perpetua castidad, y así por su reputación de beatas como por su opulencia obtenían la veneración del público, y señalada influencia en las principales familias; las escogidas eran llamadas según algunos autores Coyas, como las esposas del inca, y vivían en monasterios cuyo lujo interior rivalizaba con el de los palacios imperiales. Nadie podía violar la clausura de sus veneradas casas *(acllahuasi)* sin exponerse al último suplicio, y las faltas contra la castidad debían ser expiadas por ellas, por sus cómplices, y aun por sus parientes y paisanos con crudelísimas muertes; más que por el temor del espantoso castigo, el atentado sacrílego se precavía con el sentimiento religioso,

1_lorente 1.p65 486 29/11/2006, 12:15 p.m.

igualmente enérgico en las personas sagradas y en las profanas. Garcilaso, demasiado inclinado a creer en la impecabilidad de la raza divina, supone que jamás llegó el caso de aplicar las terribles leyes; por el contrario, Pedro Pizarro y otros conquistadores aseguran que las escogidas tenían pocos derechos a la reputación de castas. En el estado normal de la sociedad, delitos cuyo solo nombre causaba espanto debieron ser raros, pero en tiempos de revueltas, o en lugares donde sacerdotes y acllas vivían poco separados y lejos de la vigilancia suprema como en la isla de Coati, no pudieron menos de ocurrir las infracciones a que la fragilidad humana está por desgracia muy expuesta, y de que los historiadores han dado testimonios incontestables.

Donde quiera que se elevaba un templo del Sol, se construía también una casa de escogidas. Un *Tumirico* según Balboa, al que otros escritores llaman *Apupanaca,* pedía para el monasterio a los respectivos padres las más bellas hijas de tierna edad, a veces de menos de seis años, sin que ninguno de ellos osara negarlas; algunos se adelantaban a ofrecerlas: todas las escogidas habían de ser insignes por la hermosura o por la nobleza. El monasterio del Cuzco sólo era habitado por doncellas de la familia imperial y temporalmente por lo más selecto de las provincias: entre sus vírgenes se distinguían las *Mamacunas* (madres elevadas, ancianas), que dirigían la educación de las jóvenes; las *Guayor-aclla* de 15 ó 20 años, entre las que el inca elegía sus concubinas o las esposas destinadas a los jefes más favorecidos y las *Saya-pallas,* que aún no habían cumplido 15 años y eran enviadas de otros monasterios antes de haber llegado a la edad de 12. El porvenir de las escogidas variaba mucho: el mayor número consagraba su virginidad al Sol; algunas, que todavía no habían hecho votos perpetuos, contraían enlaces ventajosos y de entre las niñas no pocas eran inmoladas en honor de Pachacamac, del Sol o del rayo. Mientas vivían en el claustro, la ocupación profesional de las vírgenes se reducía a hacer vestidos finísimos para los dioses y para el soberano, a conservar el fuego sagrado y en la víspera de ciertas fiestas a componer excelente chicha y cocer bollitos de la más fina harina de maíz, llamados *zancu,* para que fuesen distribuidos de la manera más solemne a la distinguida concurrencia.

Fiestas y sacrificios.- La influencia predominante de la religión, así en la vida privada como en la pública, y la desmedida afición a las pompas religiosas habían multiplicado las fiestas, que se asociaban a las alegrías particulares y comunes, a las faenas del campo y de la casa, a todos los acontecimientos de interés más o menos general, a la tradición inmemorial y a los usos más recientes. Cada conopa y cada huaca tenían sus tiempos de veneración solemne, y en circunstancias críticas, cuando

1_lorente 1.p65 487 29/11/2006, 12:15 p.m.

amenazaban gravísimos peligros o se padecían grandes calamidades, se celebraba con imponente solemnidad el *Capacocha* (adoración real, gran ofrenda) en al que todos los ídolos eran llevados a la plaza mayor del Cuzco para recibir el homenaje universal junto con los más imponentes sacrificios. Mas en la marcha del imperio las fiestas comunes y más populares eran las del Sol que, repitiéndose en períodos muy cortos y siendo tan pomposas como alegres, satisfacían las más vivas aspiraciones de la multitud dominada por la imaginación y por el amor desenfrenado a los placeres sensuales; las ordinarias tenían lugar todos los meses, y las extraordinarias se celebraban por el advenimiento del nuevo soberano, por el nacimiento del príncipe heredero, por una señalada victoria o por cualquier otro acontecimiento de tanta importancia, como de satisfacción general. En diciembre *(Raimi)* había la fiesta del *Capac Raimi* o fiesta por excelencia; en enero *(Camay* o *Rura Opiaquiz),* después de grandes fiestas, se arrojaban a los arroyos las cenizas de las víctimas pensando que las aguas se llevarían los pecados de la nación; en febrero *(Hatun Pucuy)* las fiestas eran acompañadas de muchas ceremonias supersticiosas; en marzo *(Ingalamo Pachapacuy)* y en abril *(Ariguaguiz)* las había también muy ceremoniosas, y probablemente hacia el equinoccio se solemnizaba la del *Paucar Hatay* durante la cual se encendía el fuego nuevo *(Mosoc nina)* recogiendo los rayos del sol en un espejo metálico o en la piedra llamada *incarirpo;* mayo *(Atuncuzqui Ayrmoay)* era un mes de grandes regocijos, porque en ese mes de recogía el maíz entre especiales sacrificios, danzas y cánticos; junio *(Aucay Cuzqui)* era la época señalada para la fiesta singular del Sol llamada *Intip Raimi;* en julio *(Chahuahuarquiz)* las fiestas ofrecían un carácter menos determinado, pero se ilustraban con danzas militares; en agosto *(Yapaquis)* el sacrificio ordinario de 100 llamas era acompañado con el de *micuques,* a fin de que ni el sol ardiente, ni la lluvia, ni el hielo, ni los vientos dañasen las chacras; al mes de septiembre *(Coya Raimi)* correspondía la gran fiesta de expiación llamada *Citua;* en el de octubre *(Huanai Raimi Punchaiquis)* además de sacrificarse las 100 llamas de costumbre se dejaba una o más sin comer en la pampa, mientras no llovía en abundancia; y en noviembre *(Ayamarca Raimi)* que recuerda el día de difuntos, junto con la celebración de la fiesta denominada *(Raimi cantara Raiquiz)* tenía lugar la preparación de los candidatos a la investidura del huaracu, que se verificaba en diciembre.

Para la celebración del Capac Raimi no estaban reunidos en el Cuzco los nobles del imperio, como han creído graves historiadores, atribuyendo a esta fiesta pompas que pertenecían al Intip Raimi; por el contrario, según Acosta, Balboa y otros escritores cuya autoridad es de gran peso en la materia, los forasteros debían estar fuera de la ciudad hasta

1_lorente 1.p65 488 29/11/2006, 12:15 p.m.

que terminaran las largas ceremonias del huaracu y otras solemnidades características de la familia imperial, y sólo trascurrido el mes o por lo menos muchos días regresaban a la capital para recibir el zancu en señal de alianza y como prenda de que serían fieles al inca. Lo que daba una singular importancia a esta fiesta es que al fin habían llegado a formar parte de ella la mayor parte de las festivas alegrías de familia antes dispersas en el año, desde el primer corte del cabello hasta la entrada en la pubertad, y la solemne inauguración de los trabajos agrícolas, abriendo el soberano los primeros surcos en el andén de Colcampata, entre entusiastas cantares de triunfo; también entraban por mucho en el esplendor de la fiesta las graves danzas en cadena llamadas *Capac Raimi* ejecutadas por la primera nobleza y la multitud de las víctimas, cuya carne distribuida en abundancia hacía saborear al pueblo el alimento animal, que el raro uso en el resto del año le hacía esperar con ansía.

Garcilaso califica de primera fiesta, de fiesta por excelencia, a la del Intip Raimi, la que en verdad recibía un valor singular por estar dedicada especialmente al astro del día, de la gran concurrencia que sus alegres pompas atraían al Cuzco y de los prolongados regocijos que la acompañaban o le habían precedido de cerca. Casi todos los curacas, y a falta de ellos sus hijos, tomaban parte en los festivos homenajes tributados al Dios tutelar del imperio; unos traían los más lujosos aparatos y un lucido séquito; otros se disfrazaban de leones o se ponían alas tan largas como las del cóndor para recordar sus pretendidos ascendientes; algunos tomaban máscaras o disfraces grotescos, sea para divertir con su extraña figura, sea para hacer el papel de bobos o payasos; los habitantes del Cuzco y de las cercanías acudían en tropel con sus mejores galas o con ruidosos instrumentos para animar la fiesta. Al amanecer del solsticio de junio se hallaba reunido innumerable concurso, ocupando la plaza mayor la familia imperial, la de Cusipata los demás nobles y las avenidas el vulgo, todos en expectación ansiosa del astro venerado; al presentarse sobre el horizonte era saludado con una explosión de voces y de sonoros golpes en los diversos instrumentos; puestos en cuclillas los asistentes, lo que equivalía a nuestra humilde genuflexión, se dirigía una plegaria al Sol y alzándose luego con dos *aquillas* o grandes vasos de oro henchidos de chicha hacía el inca la libación a su padre celestial con el de la mano derecha derramando el licor en una dorada tina que por oculto conducto lo llevaba a Coricancha, bebía un poco del contenido en el vaso de la izquierda, y del resto cebado oportunamente bebían parcamente sus parientes; entre los nobles de extraña estirpe se distribuía chicha hecha también por las escogidas, y las personas vulgares bebían de la preparada por otras doncellas. Enseguida se encaminaba la devota procesión a Coricancha, descalzándose y haciendo alto los profanos al

1_lorente 1.p65 489 29/11/2006, 12:15 p.m.

llegar a Intipata y penetrando sólo con pies desnudos en el sagrado recinto los príncipes de la sangre; el inca ofrecía su aquilla y los sacerdotes recibían los demás vasos junto con las diversas figuras de animales, plantas o cualquier otro objeto trabajadas en oro y plata en las diversas provincias. Terminadas las ofrendas, volvía la religiosa comitiva a Cusipata, el soberano ofrecía una víctima, y este sacrificio, que servía también de agüero, era seguido de la matanza de muchas llamas para alimentar a la muchedumbre. La danza llamada *cayo* estaba especialmente en uso durante esta solemnidad, y también se acostumbraba esparcir flores y exponer en los lugares figuras de madera toscamente esculpidas y vestidas con mucho lujo.

Pocos días antes del Intip Raimi había tenido lugar la fiesta del *Oncoy* celebrada en honor de las pléyades entre diversiones semejantes a las del carnaval. Desde un mes antes habían principiado las minuciosas ceremonias y borracheras a que prestaba la mejor oportunidad la sucesiva recolección de la cosecha del maíz y que eran conocidas con los nombres de *Aymoray* y de *Arahuanita;* esta denominación se daba a la más alegre de las fiestas a causa de una danza así llamada, que en esa ocasión se ejecutaba de preferencia; lo más característico de esta solemnidad era la consagración de las *pirhuas* u orones en que se depositaban la mazorcas señaladas por la disposición de sus granos, el color o la abundancia. Estas futuras zaraconopas, que habían de favorecer las venideras cosechas, se traían de la chacra con mucha pompa y adornos, cubriéndolas de ricas mantas se dejaban en su depósito, que era velado tres noches consecutivas, se ofrecía sebo a la huaca, y la consagración quedaba perfeccionada con otros ritos. Al año siguiente el ministro del culto preguntaba a la pirhua si todavía conservaba su fuerza, y en el caso de decir que no, se quemaban las conopas con religioso aparato para ser reemplazadas por otras cuya energía inspirara confianza, empleando para la renovación el anterior ceremonial.

La fiesta del citua, sea por su carácter expiatorio, sea por la intervención particular de la luna, difería mucho de las anteriores. Según Garcilaso, en la víspera, que según el rito común a las principales fiestas era de riguroso ayuno, se untaban las puertas y se frotaba el cuerpo con los bollitos de zancu a cuya harina se habían mezclado algunas gotas de sangre sacada del entrecejo o de la nariz de los niños; al rayar el día en el equinoccio de septiembre bajaba de Sacsahuaman un noble inca ricamente vestido y blandiendo una lanza coronada de plumas; al llegar a la plaza central tocaba con su arma la de otros cuatro parientes que le estaban aguardando y les gritaba: ¡Salid a desterrar los males de la ciudad! A esta voz partían a carrera los cuatro desterradores de las miserias hacia los cuatro rumbos cardinales; al cuarto de legua encontraba cada

1_lorente 1.p65 490 29/11/2006, 12:15 p.m.

uno de ellos otro armado con lanza, que le reemplazaba para ser reemplazado por un tercero una vez recorrida igual distancia, y de esa manera continuaba la carrera expiatoria hasta alejar los males fuera de los términos de la capital. Molina hace mención especial de los aillos imperiales y de los mitimaes que partían hacia las diversas regiones, hasta que los últimos emisarios llegaban respectivamente al Apurímac y a los ríos de Quiquijana, Cusibamba y Písac. Los indios del tránsito sacudían con fuerza sus vestidos para echar fuera de su persona las calamidades; por la noche al salir la luna se esparcían los cuzqueños por las calles agitando *puncuncus* o bolas de paja encendida, las que tardaban mucho en quemarse a fin de libertarse de males nocturnos, y al extinguirse las arrojaban en la corriente más próxima para que el agua las arrastrara junto con el alejado infortunio.

También se repartía el zancu en esta festividad a los curacas para estrechar las relaciones cordiales con el gobierno imperial y aun se enviaban a las principales huacas. La danza más usada era la llamada de los *guacones,* y las víctimas ordinarias eran las alpacas, tal vez porque su color blanco parecía más grato al argentado astro de la noche. Solía dar mucho interés a la solemnidad el matrimonio de las princesas, al que seguía el de otras doncellas nobles.

Otra especie de rogativa llamada *Itu*, que pertenecía a las fiestas extraordinarias, ha sido descrita en los siguientes términos por Acosta, que todavía pudo verla en uso: «la fiesta del Itu no tenía tiempo señalado, más de que en tiempo de necesidad se hacía. Para ella ayunaba toda la gente dos días, en los cuales no llegaban a mujeres, ni comían cosa con sal, ni ají, y todos se juntaban en una plaza, donde no hubiese forasteros, ni animales, y para esta fiesta tenían ciertas mantas y vestidos y aderezos, que sólo servían para ella y andaban en procesión, cubiertas las cabezas con sus mantas, muy despacio, tocando sus tambores y sin hablar uno con otro. Duraba esto un día y una noche, y el día siguiente comían, bebían y bailaban dos días con sus noches, diciendo que su oración había sido aceptada».

El color de los animales sacrificados, la especie y aun el género solían variar en las diferentes fiestas; por ejemplo, en las de mayor interés se sacrificaban llamas negras por considerarse este color más puro, en el Intip Raimi las víctimas pertenecían a la especie de guanacos, en el sacrificio llamado *contivizca* y destinado a quebrantar las fuerzas de los enemigos, se inmolaban aves de la puna. Los cuyes, de los que se mataba un millar en la fiesta de agosto, por ser abundantes y poco costosos, solían proveer a las fiestas caseras o de pobres huacas. Los perros apenas eran victimados sino por los huancas. Entre los despojos animales servían al holocausto la grasa, las plumas y, a falta de ofrenda mejor, los pelos de

1_lorente 1.p65 491 29/11/2006, 12:15 p.m.

las cejas. Del reino vegetal la sustancia más empleada en los sacrificios era el maíz en grano, amasado en zancu o convertido en chicha; se miraban también como un perfume grato a los dioses, las de la coca, resina de molle, hierbas y madera olorosa quemadas en los altares. Los minerales suministraban oro y plata, piedras preciosas, piedrecillas vistosas y tierra de que se hacían imágenes. El sacrificio reservado para las mayores solemnidades, a fin de calmar la irritación o atraerse los favores de dioses tan venerados como el Creador, el sol y el rayo, érale de hermosas doncellas o niños tiernos sin mancha, ni defectos. Este inhumano holocausto estaba en relación con las ideas acerca de la existencia ultraterrestre, la que se tenía por igual a la de los hombres que viven en la tierra y por eso se ofrecían estimables servidores a los nobles difuntos y a las divinidades, siendo extraordinario el número de hombres y mujeres que se mataron para servir a Huaina-Capac más allá de la tumba, no siendo pocas las mujeres que quisieron suicidarse después de muerto Atahualpa, y habiendo ocurrido algunas de estas inmolaciones años después de consumada la conquista. Por lo demás, los sacrificios humanos, que según ha evidenciado Augusto Nicolás, fueron comunes a los pueblos más ilustrados antes de la redención, no tanto son un testimonio de cruel barbarie, cuanto un efecto de creencias vivas, como se probó en el sacrifico de Abraham, y muestran de la varonil abnegación que forma los héroes y los mártires. Aunque en el Perú después de entronizados los hijos del Sol no fueron tan numerosos y tan bárbaros como en el imperio mexicano, no dejaban de practicarse algunas veces en el año por la salud del soberano, buenas cosechas y otros sucesos prósperos, en la coronación del nuevo monarca, al emprender importantes expediciones y en otras ocasiones que exaltaban el terror y la esperanza. Según Acosta, al tomar el inca la borla imperial el Villac Umu ofrecía un niño a la estatua de Viracocha, diciendo: «Señor, éste te ofrecemos, porque nos tengas en sosiego, nos ayudes en nuestras guerras, conserves a nuestro inca en su grandeza, y le des mucho saber, para que nos gobierne».

Lacroix, Desjardins y Squier, siguiendo el dictamen de Valera y Garcilaso, quienes se dejaron llevar del mal entendido amor a la patria y a la raza, en vez de guiarse por la fiel observación y el imparcial razonamiento han afirmado que los incas abolieron los sacrificios humanos. Mas su autoridad no puede debilitar el testimonio contrario de los demás historiadores que pudieron recibir los mejores informes y razonar sin prevenciones engañosas. Para resolver la cuestión bastarían las deposiciones unánimes de los muchos y competentes testigos examinados por orden del virrey Toledo: todos declararon como testigos de vista o refiriéndose a sus ilustres padres que el inhumano holocausto había sido ofrecido por Huaina-Capac y por Tupac-Yupanqui; alguno de ellos

1_lorente 1.p65 492 29/11/2006, 12:15 p.m.

alegó, para atenuar el horror del bárbaro uso, que éste había sido tomado de los Collas como un medio de asegurar el triunfo sobre sus enemigos. La declaración más concluyente fue la de don Martín Yupanqui, descendiente de Viracocha y cuyo padre había sido regente del imperio, reinando aquellos dos incas: el respetable anciano, que pasaba los 80 años, confesó que él mismo había escogido muchas veces las criaturas para el cruento sacrificio.

Vaticinios y prodigios.- A los animales que iban a ser sacrificados se les tenía fuertemente sujetos entre varios indios; haciéndoles dirigir la cabeza hacia el sol, se les abría vivos por el costado izquierdo y se les sacaban unidas las entrañas desde el corazón hasta la traquearteria a fin de conocer, por el estado de ellas, si el porvenir sería favorable o adverso: la palpitación de los pulmones se tenía por tan feliz agüero, que ella sola bastaba para neutralizar todos los presagios fatídicos; también se tomaba por anuncio de buena fortuna el que se presentasen henchidas las vesículas pulmonares, cuando se soplaba y apretaba fuertemente el conducto aéreo; en el caso de ser poco lisonjeras las primeras señales, se buscaban otras matando más víctimas. Inspiraban mucho recelo la imposibilidad de encender el fuego sagrado con los rayos del sol por hallarse el día nublado, y su extinción en el resto del año. Cuando había motivos de grave inquietud, para serenar el ánimo vivamente agitado por el temor y la esperanza se consultaban los oráculos, ya aisladamente, ya reuniendo a sus ministros en la solemnidad del Capacocha: si el éxito justificaba las predicciones de buena fortuna, el oráculo no sólo adquiría crédito, sino que era recompensado con regia liberalidad; mas, si en vez de la dicha anunciada sobrevenían graves infortunios, el falso profeta recibía severos castigos; Atahualpa después de su captura redujo a prisión al Sumo Pontífice de Pachacamac, quien le había predicho la victoria sobre los extranjeros y le dijo, según Jerez, veamos ahora si te quita las cadenas ese que dices que es tu Dios. Los adivinos eran favorecidos o perseguidos por los incas, según que como Maita-Capac los tomaban por instrumentos de la dominación imperial o como Tupac-Yupanqui los considerasen como impostores más o menos perjudiciales al orden social; pero siempre hallaban favor y recompensas en el pueblo crédulo y ávido de conocer las desgracias y prosperidades futuras. La estimación de esos falsos profetas variaba según eran sus medios de imponer al vulgo y la elevación de su pretendida ciencia: los *Hachus* o *Aillacos* leían el porvenir en los granos del maíz o en las heces animales, los *Hechecoc* por medio de la coca y del tabaco, los *Caviacoc* embriagándose, los *Pacharicuc* persiguiendo a grandes arañas, los *Accac* o *Asuac* inspeccionando la chicha, los *Cuiricuc* por el aspecto de los cuyes, los

1_lorente 1.p65 493 29/11/2006, 12:15 p.m.

Pichiuricuc por el vuelo de las aves, los *Yacarcaes* por el fuego, los *Camascas* por el rayo que examinaban con cierta magnificencia y, prescindiendo de otros menos notables, los *Huacarimachis* haciendo hablar a las huacas y los *Ayatapuc* aparentando que hablaban con los muertos; algunas veces procuraban que hablasen las personas a las cuales habían adormecido mediante artificios que hacen pensar en el magnetismo.

A menudo se pretendía rasgar el denso velo del porvenir con la simple interpretación de los sueños o de cualquier accidente grande o insignificante. Si entre los fantasmas nocturnos aparecía una persona arrebozada con manta, se la tomaba por mensajero de la muerte o por la muerte misma; el sol y la luna anunciaban la de algún pariente del soñador; un perro, grandes desgracias; las aves, el miedo; las redes, la tristeza; la quinua, el abatimiento; la comida de pescados, una borrachera; el tránsito por puente, la separación de alguna persona; la leña de quinua, que se tendrá mucha ropa; los buitres, que se tendrán hijos; hombres o animales con la cabeza o las manos cortadas, que fracasarían los proyectos concebidos al acostarse. De las cosas que acaecían o se veían estando despierto, el rayo, que caía en un edificio, los eclipses del sol y luna, los grandes terremotos y las extraordinarias salidas del mar se contaban entre los más funestos presagios; el picor de las manos prometía algún regalo, y el de pies, que se había de emprender alguna marcha; el temblor de los párpados, especialmente del superior, era un agüero feliz, y el de los inferiores, sobre todo del izquierdo, presagiaba desgracias; zumbando el oído derecho se creía que hablaban de uno para decir bienes, y para murmurar si el zumbido acaecía en el oído izquierdo; de la misma manera se anunciaba la prosperidad o el infortunio, cuando al salir de casa se tropezaba con el pie derecho o con el izquierdo; pero se tenían siempre por señales supersticiosas el encuentro de un *pancunco* después de la fiesta nocturna del citua, las lechuzas, serpientes, perros, grandes mariposas o quinua amarga por cualquier persona, y para el enamorado el ratón que pasa, los gusanos del cuy, cuando sobrenadan en la chicha, y la coronta del maíz, que arrojada al aire cae con la base vuelta al que la tira; el velo de las escogidas roído por los ratones manifestaba que alguna de ellas había faltado a la pureza y daba lugar a pesquisas inquisitoriales. Nada ofrecen de extraño estas y otras creencias supersticiosas en un pueblo sumido en la ignorancia, cuando se hallan iguales errores en las naciones más ilustradas, y ciertos sabios o poetas que dudaban de Dios creían en duendes, en la fascinación de perros y en otras puerilidades.

La misma ignorancia, que perpetuaba la fe en los más ridículos vaticinios, hacía admitir sin dificultad los prodigios más absurdos. Algunos adivinos, que se narcotizaban por largas horas, decían y eran creídos que durante su enajenación mental habían hecho largos viajes

1_lorente 1.p65 494 29/11/2006, 12:15 p.m.

mediante su conversión en aves, y habían sido testigos de las cosas más extrañas. Los *Canchusó Runa-Micuc* (come gente) aseguraban, aunque por ello hubieran de ser castigados, que tenían el poder de hacerse invisibles, de penetrar por casas cuyas puertas estuviesen cerradas, y de chupar la sangre de niños u otras personas durante el sueño, bastando a su alimento algunas gotas que se aumentaban prodigiosamente. Los *Runatinguis* prometían a los perdidamente enamorados *huancanquis* u otros filtros irresistibles, y entre sus hechizos figuran piedrecillas con groseras esculturas de hombres y mujeres dándose un abrazo. Otros encantos, ya maléficos, ya bienhechores, eran capaces de causar muertes, esterilidad y enfermedades o de traer el restablecimiento de la salud, de las fuerzas y de la fecundidad perdidas. Todo era creíble para los que pretendían conjurar la ruina inminente del universo durante los eclipses de luna o los estragos del terremoto con el ruido y los golpes, esperaban las mayores maravillas de la protección de los huacas o conopas, y pretendían sobreponerse a las leyes naturales con palabras mágicas u otras prácticas fútiles. Los incas sostenían cuando no fomentaban los engaños de viles impostores o de miserables alucinados, sea participando de la credulidad vulgar, sea explotándola con falaces invenciones tales como los pururaucas que llevaban a la guerra, la piedra mágica en que Inca-Yupanqui pretendía leerlo todo y las flechas de efecto prodigioso que algunos de ellos lanzaron contra fortalezas o huestes enemigas; la teocracia, que subsistía por la intervención del Sol y exaltaba el sentimiento y la imaginación del pueblo a expensas del juicio, no podía menos producir supersticiones, como cada árbol da los frutos propios.

Analogías religiosas.- Entre las innumerables supersticiones que tenían los súbditos de los incas, hay muchas comunes a otros pueblos del antiguo continente y del Nuevo Mundo; el docto Bastian ha señalado con detención semejanzas muy notables, y sin necesidad de largas y profundas reflexiones se perciben varias que no pueden atribuirse a coincidencias casuales, ni al influjo de una situación análoga. Desde luego, nos ha llamado la atención la coincidencia de las fiestas principales del Sol con los equinoccios y los solsticios, pareciéndonos un hecho sin explicación plausible a no admitir antiguas relaciones de origen o de cultura con naciones, situadas fuera de los trópicos, en que iguales fiestas tenían lugar al principiar las cuatro estaciones; no era natural que en el imperio incásico, tendido sólo en los últimos reinados fuera de la zona tórrida, fuese originaria semejante coincidencia, cuando sólo se marcan bien dos estaciones, la lluviosa y la seca, cuyo principio no coincide con la aparición del Sol en los puntos equinocciales y solsticiales. La fiesta del citua recordaba la expiación que practicaron los judíos hacia el equinoccio de

1_lorente 1.p65 495 29/11/2006, 12:15 p.m.

septiembre; el fuego sagrado, de cuya conservación cuidaban las escogidas, se diferenciaba muy poco del confiado en Roma a las vestales, y lo mismo sucedía con los agüeros sacados de las víctimas; éstos y otros vaticinios fueron comunes a los griegos; de los sacrificios hay notables analogías en toda la antigüedad pagana. La inmolación de las mujeres hace pensar en las viudas de la India, el culto de los malquis y otros ritos en las costumbres religiosas de la China, la consagración de cuanto estaba en contacto íntimo con el inca, en el tabú de los polinesios. Como era de esperar, las semejanzas son más numerosas y visibles comparando las creencias y prácticas de los peruanos con las que prevalecieron entre los antiguos habitantes de México y Guatemala, los muisas, quitus, tribus de Arauco y hordas de la montaña.

Desde el principio de la conquista llamaron especialmente la atención de misioneros y observadores profanos las creencias y las ceremonias que parecían tomadas del cristianismo. El oráculo decía que Pachacamac y el Dios de los cristianos eran uno mismo; de la trinidad parecían ser un vago recuerdo el ídolo Tangatanga (tres en uno), que era adorado en Chuquisaca según los informes dados al padre Acosta, las tres estatuas del Sol: Apu-Inti, Churi-Inti e Inti-Huaqui (señor sol, hijo sol, hermano sol) y las tres estatuas del rayo: Chuqui-Illa, Catuilla e Intillapa (rayo, relámpago y trueno); una cruz era tenida en mucha veneración por los cuzqueños; la fe en la existencia futura, el cielo, el infierno y la resurrección era general y muy viva; no se dudaba de la acción maléfica del diablo *(supay)* al que no se nombraba sin escupir al suelo. Ciertas prácticas recordaban los sacramentos: los del bautismo, confirmación, matrimonio, orden y extremaunción con ligera semejanza entre los ritos católicos y el lavatorio de los recién nacidos, la ceremoniosa designación de la pubertad, la manera de contraer legalmente relaciones conyugales, la elevación al sacerdocio y los conjuros pronunciados sobre el moribundo; y los de la penitencia y comunión con semejanza tan grande como clara. La distribución de la chicha y del zancu en las fiestas del Capacraimi y del Citua representan el sacramento de la eucaristía bajo las especies de pan y vino, y nada hay más parecido al de la penitencia que la confesión y las obras expiatorias. Estando el inca enfermo, se confesaban y mortificaban por su salud muchos de sus vasallos, especialmente las collas; el mismo soberano solía confesarse no con otros hombres, sino con su padre el Sol, lavándose en el *tingo* o confluencia de dos corrientes, que tenían el nombre de *opacunas,* y exclamando: «Yo he dicho mis pecados al Sol, tú, oh río, recíbelos y llévalos al mar, donde nunca más parezcan».

Interpretando a placer algunas tradiciones, tomando por huellas humanas las señales de ciertas piedras y apoyados en indicios que ha-

1_lorente 1.p65 496 29/11/2006, 12:15 p.m.

brían sido más concluyentes, a no ser la obra artificiosa de misioneros que habían procurado facilitar la conversión con esculturas sujetas a engaño, creyeron muchos españoles de los siglos XVI y XVII que Santo Tomás había traído a la América Meridional las semillas evangélicas de que eran seguras reliquias las supersticiones análogas halladas entre los indios. El padre Acosta, Herrera y otros historiadores las suponían obra exclusiva de Satanás que, como padre de la mentira, había procurado falsificar las doctrinas religiosas robando a la revelada todo cuanto pudo. Prescott, cuyo espíritu filosófico y erudición histórica rechazaban tales suposiciones, ha dicho: «apenas parece necesario invocar al príncipe de las tinieblas, ni la intervención de los santos para explicar coincidencias, que han existido en países muy distantes de la luz del cristianismo y hasta en siglos, en que su luz no había aparecido aún al mando. Más racional es atribuir esas semejanzas casuales a la constitución general del hombre y a las necesidades de su naturaleza moral». Semejante manera de discurrir no es indigna del sabio historiador citado; mas, como ha observado Desjardins, es necesario distinguir los caracteres generales de toda civilización de las formas accidentales, cuya coincidencia no podría explicarse por la sola conformidad de las tendencias del espíritu humano; más lógico es juzgar que esas formas análogas son un reflejo del cristianismo cuyas ideas, dogmas, liturgia y prácticas se encuentran desde la antigüedad en Oriente, del que parecen originarias las naciones americanas, y con el que probablemente han tenido relaciones numerosas y seguidas después de la era cristiana.

1_lorente 1.p65 497 29/11/2006, 12:15 p.m.

Capítulo v
Cultura moral y física

Educación.- La maravillosa armonía que caracteriza a las instituciones de los incas no podía faltar en la educación, la cual se adoptó perfectamente al diverso destino de nobles y plebeyos. Si se ha de creer al padre Valera, Inca Roca, fundador de las *sachahuasi* o escuelas para la nobleza, había dicho: «no conviene que los hijos de la gente común aprendan las ciencias, las cuales pertenecen solamente a los nobles, no sea que se ensoberbezcan y amengüen la república». Tupac Yupanqui dijo, según el mismo historiador: «No es lícito que se enseñe a los hijos de los plebeyos las ciencias, que pertenecen a los generosos y no más; porque, como gente baja, no se eleven y ensoberbezcan y apoquen la república: basta que aprendan los oficios de sus padres; que el mandar y gobernar no es de plebeyos, que es hacer agravio al oficio y a la república encomendárselo a gente común». Sean o no ciertos esos dichos, no hay duda de que expresan bien las tendencias de la política imperial: para el pueblo no se abrió ningún establecimiento de enseñanza; las escuelas públicas le estuvieron cerradas; en las reuniones periódicas, las cuales participaban más de la disipación y del espectáculo que de la conversación instructiva, cuando más podía aprender las supersticiones y las prácticas sociales dominantes; sus padres y señores apenas le enseñaban otra cosa que a trabajar y obedecer; así es que su inteligencia solía permanecer inculta, ruda y comprimida por obstáculos casi insuperables; por lo que sus interesados tutores, fundándose en una incapacidad que era obra exclusiva de la mala dirección, le declaraban incapaz de dirigirse por sí mismo. Entre tanto, la raza privilegiada podía desarrollar sus talentos cultivándolos; desde la infancia sus hijos aprendían cuanto se creía necesario para gobernar y cumplir con acierto otras funciones sabias; los colegios en que se educaban eran vigilados de cerca por los soberanos, habiendo edificado Pachacutec un palacio muy próximo a ellos a fin de poder

1_lorente 1.p65 499 29/11/2006, 12:15 p.m.

seguir de cerca la marcha de las lecciones y aun dirigir a los alumnos discursos provechosos.

Por más desigualdad que existiera entre la enseñanza del pueblo y la de sus tutores, era común a los nacidos en noble y humilde cuna la dureza en la crianza: unos y otros se acostumbraban desde los primeros años a poco blancos tratamientos, a cuyo rigor sucumbían en edad temprana o debían una constitución vigorosa, y a prueba de las privaciones y de violentas influencias. Según Garcilaso:

> Los hijos criaban extrañamente, así los Incas como la gente común, ricos y pobres, sin distinción alguna, con el menos regalo que les podían dar. Luego que nacía la criatura, la bañaban con agua fría para envolverla en sus mantillas, y cada mañana que la envolvían, la habían de lavar con agua fría, y las más veces puesta al sereno; y cuando la madre la hacía mucho regalo, tomaba el agua en la boca y le lavaba todo el cuerpo, salvo la cabeza, particularmente la mollera que nunca le llegaban a ella. Decían que hacían esto para acostumbrarlos al frío y al trabajo, y también porque los miembros se fortaleciesen. No les soltaban los brazos de las envolturas por más de tres meses, porque decían que soltándoselos antes los hacían flojos de brazos. Teníanlos siempre echados en sus cunas, que era un banquillo mal aliñado de cuatro pies, y el un pie era más corto que los otros para que se pudiese mecer. El asiento o lecho donde echaban el niño, era de una red gruesa, porque no fuese tan dura, si fuese de tabla; y con la misma red lo abrazaban por un lado y otro de la cuna, y lo liaban porque no se cayese de ella.
>
> Al darles la leche, ni en otro tiempo alguno, no los tomaban en el regazo ni en los brazos, porque decían que haciéndose a ello, se hacían llorones y no querían estar en la cuna, sino siempre en brazos. La madre se recostaba sobre el niño y le daba el pecho, y el dárselo era tres veces al día. Por la mañana, y a medio día, y a la tarde, fuera de estas horas no les daban leche aunque llorasen, porque decían que se habitaban a mamar todo el día, se criaban sucios y con vómitos y cámaras; y que cuando hombres, eran comilones y glotones. Decían que los animales no estaban dando leche a sus hijos todo el día, ni toda la noche, sino a ciertas horas. La madre propia criaba su hijo, no se permitía darlo a criar por gran señora que fuese, sino era por enfermedad: mientras criaban, se abstenían del coito, porque decían que era malo para la leche y encanijaba la criatura. A los tales encanijados llamaban Ayusca, es participio de pretérito, quiere decir en toda su significación, el negado, y más propiamente el trocado por otro de sus padres.
>
> Si la madre tenía leche bastante para sustentar su hijo, nunca jamás le daba de comer hasta que lo destetaba; porque decían, que ofendía el

1_lorente 1.p65 500 29/11/2006, 12:15 p.m.

manjar a la leche, y se criaban hediondos y sucios. Cuando era tiempo de sacarlos de la cuna, por no traerlos en brazos, les hacían un hoyo en el suelo que les llegaba a los pechos; aforrábanlos con algunos trapos viejos, y allí los metían y les ponían delante algunos juguetes en que se entretuviesen. Allí dentro podía el niño saltar y brincar, mas en brazos no lo habían de traer aunque fuese hijo del mayor curaca del reino.

Ya cuando el niño andaba a gatas, llegaba por el un lado o el otro lado de la madre a tomar el pecho, había de mamar de rodillas en el suelo; empero no entrar en el regazo de la madre; y cuando quería el otro pecho, le señalaban que rodease a tomarlo por no tomarlo la madre en sus brazos. La parida se regalaba menos que regalaba a su hijo, porque en pariendo se iba a un arroyo, o en casa se lavaba con agua fría, y lavaba su hijo, y se volvía a hacer las haciendas de su casa como si nunca hubiera parido. Parían sin partera, ni la hubo entre ellas: si alguna hacía el oficio de partera, más era hechicera que partera. Esta era la común costumbre que las indias del Perú tenían en el parir y criar sus hijos, hecha ya naturaleza, sin distinción de ricas a pobres, ni de nobles a plebeyas.

La enseñanza principal de las escuelas abrazaba las artes del gobierno y de la guerra, la religión, las hazañas de los incas, la lengua cortesana y los quipos. Para probar que aprendían también una lengua particular de uso exclusivo por los nobles de la sangre, ha citado el padre Oliva, según Bastian, las voces Manco, Cuzco, Ayar, Raurana, Socso, Collam, Coraquenque, Hahuanina, Panaca, Ucsa, y Vicaquirau; pero, como observa el último escritor, no faltan en la lengua vulgar medios de aclararlas; la misma palabra Manco, que como otros nombres propios pudiera escapar a las comparaciones etimológicas, ofrece una analogía evidente con Chuiquimancu, Cuismancu y Guzmango, denominaciones llevadas respectivamente por los curacas que tenían su corte en Lunahuaná, Pachacamac y Cajamarca.

El estudio preferente de los quipos, como el medio empleado por los incas para suplir a las letras o desconocidas enteramente de los antiguos peruanos o severamente proscritas en siglos anteriores, no excluía el conocimiento de otras escrituras simbólicas; el vulgo mismo solía reemplazar los quipos, cuya completa inteligencia estaba reservada a los quipocamayos, sea con pedrezuelas, sea con granos de maíz de los que hacía uso para sus cuentas con una habilidad que el padre Acosta ha elogiado en los términos siguientes: «Fuera de estos quipos de hilo tienen otros de pedrezuelas, por donde puntualmente aprenden las palabras, que quieren tomar de memoria; es cosa de ver a los viejos ya caducos con una rueda hecha de pedrezuelas aprender el Padre nuestro y con otra el Ave María y con otra el Credo, y saber cuál piedra es: que fue

1_lorente 1.p65 501 29/11/2006, 12:15 p.m.

concebido por el Espíritu Santo, y cuál: que padeció debajo del poder de Poncio Pilatos, y no hay más que verlos enmendar, cuando yerran, y toda la enmienda consiste en mirar las pedrezuelas, que a mí para olvidar, cuanto sé de coro, me bastara una rueda de aquéllas. De éstas suele haber no pocas en los cementerios de las iglesias para este efecto; pues verles otra suerte de quipos, que usan de granos de maíz, es cosa que encanta; porque una cuenta muy embarazosa, en que tendrá un muy buen contador, que hacer por pluma y tinta, para ver a cómo les cabe entre tantos, tanto de contribución, sacando tanto de ella, y añadiendo tanto de acá, con otras cien retartalillas, tomarán estos indios sus granos y pondrán unos aquí, tres allá, ocho no sé donde; pasarán un grano de aquí, tocarán tres de allá; y en efecto, ellos salen con su cuenta hecha puntualísimamente sin errar en tilde; y mucho mejor se saben ellos poner en cuenta y razón de lo que cabe a cada uno de pagar o dar, que sabemos nosotros dárselo por pluma y tinta averiguado. Si esto no es ingenio, y si estos hombres son bestias, júzguelo quien quisiere, que lo que yo juzgo de cierto es, que en aquello a que se aplican, nos hacen grandes ventajas».

Si bien los jeroglíficos habían cedido a los quipos el primer puesto en la escritura, no por eso estaban olvidados enteramente. Según Balboa, escribió Huaina-Capac su testamento en cierta especie de cayado con rayas de diversos colores y por el informe de Toledo consta que los hechos de los monarcas se consignan en tablas con más o menos extensión. El padre Acosta, quien habla de pinturas más imperfectas que las de México, dice en otra parte: «por la misma forma de pinturas y caracteres vi en el Perú escrita la confesión, que de todos sus pecados un indio traía para confesarse, pintando cada uno de los diez mandamientos por cierto modo, y luego allí haciendo ciertas señales con cifras, que eran los pecados, que había hecho contra aquel mandamiento». A fines del siglo pasado el padre Girval halló entre los panos, que habitan las orillas del Ucuyali cerca de Sarayacu, jeroglíficos recientes y d'Orbigni los ha hallado entre los mojos. Lo que prueba más el uso persistente de esta escritura bajo la dominación imperial y da alguna esperanza de arrancarle algunos secretos, es lo que Barranca se ha informado en su viaje al Collao sobre que en algunos pueblos retirados hay todavía quienes saben escribir sus pensamientos mediante variedad de figuras y colores, y que con esa especie de signos se ha escrito el catecismo. Por otraparte, Mosbac asegura haber visto cerca del Titicaca pieles y tablas llenas de jeroglíficos formados ya por puntos, líneas, círculos y otras figuras, ya por imágenes de hombres, animales, árboles, el sol, la media luna y su cuadrante. Difícil habría sido el olvido completo de una escritura conocida desde tiempo inmemorial, más o menos usada en los pueblos más bárbaros, y

1_lorente 1.p65 502 29/11/2006, 12:15 p.m.

que constantemente recordaban en el Perú las antiguas inscripciones en rocas, huacas y tablas, sobre todo cuando varios de estos trabajos nunca dejaron de ser imitados o reproducidos por el arte.

Instrucción.- Ni los quipos, ni los jeroglíficos podían llenar el vacío dejado en la instrucción por la falta de letras; vacío a que daban enormes proporciones la ignorancia sistemática en que estaba sumido el pueblo, y los invencibles obstáculos que impedían a la nobleza elevarse a la altura de la ciencia. El libre examen que es necesario a la razón para sus altas y fecundas especulaciones estaba proscrito por la recelosa teocracia, cuyo poder se basaba en absurdas creencias, no tolerándose ni aun al inca mirar al Sol con ojos escudriñadores: «¿Qué hacéis Inca?, le dijo a Huaina-Capac, el sumo sacerdote cierto día solemne, viéndole con los ojos fijos en el astro del día; piensa, que no es lícito mirar tan libremente a nuestro padre el Sol, y que con tu desacato estás causando gran escándalo a tu corte y a todo tu imperio reunido aquí para venerar a nuestro solo supremo señor». La enseñanza tomaba formas exclusivamente empíricas y revestía un carácter decididamente práctico, exigiendo para las aplicaciones rutinarias la atención que habrían reclamado las meditaciones sabias, e imponiendo las doctrinas más bien con ejercicios de memoria, que con luminosas explicaciones. El tiempo, que la noble juventud salida de las escuelas hubiera podido destinar a ilustrarse por reflexiones profundas, era absorbido por sus numerosas y reglamentarias ocupaciones en la vida pública que apenas le dejaban holgura para pensar en otra cosa. En fin, poco o nada podía esperar los estudios filosóficos de inteligencias, cuyo vigor gastaban los fáciles abusos del deleite, a las que la preponderancia asegurada por el nacimiento dispensaba de distinguirse por luces superiores, y que con el resto de los vasallos tomaban por la más alta sabiduría las creencias más absurdas, subordinaban el juicio a la inteligencia y todo lo veían al través de ilusiones pueriles.

Como confiesa el mismo Garcilaso, de la filosofía natural alcanzaron poco o nada, y no podía ser de otro modo desde que en la naturaleza buscaban únicamente la acción de seres fantásticos en vez de fuerzas reales, y prodigios en lugar de orden constante: cielos, mares y tierra, astros y meteoros no ofrecían fenómenos regulares, sino caprichos y achaques de seres parecidos a los veleidosos y frágiles mortales. El Sol se eclipsa porque está enojado; los eclipses de luna dependen de una nube de arañas que la atormentan y la hacen enfermar, y sus manchas del abrazo que le dio una zorra prendada de su hermosura; el dios tronante o el Illapa produce los truenos, relámpagos y rayos, goleando fuertemente en un cántaro del que su bella hermana (la luna) vierte las lluvias; las

1_lorente 1.p65 503 29/11/2006, 12:15 p.m.

lágrimas del Sol se han formado del oro; a la caída de la tarde va el astro del día a sepultarse en el gran océano para saltar de debajo de la tierra después del reposo nocturno; todos los animales tienen su origen y su guía en las estrellas del cielo; así como las aguas, las rocas, las hierbas, la chicha y las ollas tienen su madre, no se sabe dónde; en las nebulosidades de la Vía Láctea se imaginaban ver una oveja amamantando un cordero.

Aunque sólo distinguían bien al Sol, la Luna, la estrella de Venus y dos o tres constelaciones, y el sistema del mundo se les presentada envuelto en tenebrosas fábulas, tuvieron los antiguos peruanos los conocimientos astronómicos indispensables para dividir el tiempo, conforme exigían la celebración de las fiestas y sus atenciones profanas. En la sucesión del día y de la noche sólo distinguían las alternativas, que saltan a la vista, las horas de tiniebla y de claridad, el mediodía y la medianoche, el amanecer y el ocaso; tuvieron un año de 365 días dividido en 12 meses o lunas, añadiendo al fin de los 12 los días vacantes y complementarios; según Montesinos, formaron períodos de diez años, de cien y de mil, llamando al más largo *intiphuata* o año solar; aunque en la mayor parte del imperio no se marcaran bien las cuatro estaciones, distinguían la época primaveral con el nombre *panchin,* la de otoño con el de *umaraimi,* y llamaban *rupacmita* a los meses de mayor calor y *casacpuchu* a los de mayor frío. Aunque Velasco asegura que dividían el mes en cuatro semanas correspondientes a la luna nueva, cuarto creciente, luna llena y cuarto menguante *(mosocquilla, puca-quilla, quilla-huañuy* y *huañu-quilla);* no es creíble que tuvieran una idea clara de la semana correspondiente a otro orden de ideas y, probablemente, subordinaron la división del mes a las fiestas o reuniones periódicas que desde Pachacutec fueron en número de tres. La época de los equinoccios se determinaba por los *intiphuatana* (lugar donde se detiene el Sol) que eran columnas erigidas en un patio o llano inmediato a los templos en el centro de un círculo en el cual se trazaba el diámetro sombreado por el Sol en el día equinoccial; estas columnas se adornaban entonces con vistosas flores y recibían homenajes supersticiosos, tanto mayores cuanto se hallaban más próximas al ecuador; la de Quito situada casi en la misma línea fue objeto de especial veneración por cuanto al mediodía al pasar el Sol por su meridiano, parecía descansar allí por completo, dejando el intiphuatana de arrojar la menor sombra. Según Garcilaso, la época de los solsticios era determinada en el Cuzco por ocho torres colocadas (en el cerro de Carmenca) de cuatro en cuatro, dos mayores en las extremidades y dos pequeñas en medio; el Sol salía y se ponía en el respectivo solsticio por el intervalo que había en el centro. Acosta cree que dichas torres llamadas *Succallunga* fueron en número de doce y que su destino era marcar, por las respectivas sombras, el principio de los

1_lorente 1.p65 504 29/11/2006, 12:15 p.m.

meses del año. Esta opinión es más plausible, pues difícil sería señalar en la de Garcilaso el objeto de las cuatro torres mayores.

Para los estudios cronológicos y astronómicos, que tanto favorecen el calculo, ofrecía facilidades el sistema de numeración, que fue el decimal, exento de toda anomalía; los indios contaban como nosotros por unidades, decenas, centenas, millares y decenas de millar; pero por falta de hábito llegando a cien mil declaraban los objetos innumerables, porque se confundían sus ideas numéricas. Nociones de geometría práctica bastante desarrolladas no pueden negarse a hombres que sobresalían en la nivelación del terreno, en el aplomo de las paredes, en artefactos de formas geométricas y en general en la medida de extensiones poco considerarles. Mas no parece que jamás se propusieran medir las dimensiones, ni la distancia de los cuerpos celestes. El atraso en este ramo es, según Prescott, sorprendente en un pueblo que adoraba al astro del día; pero en nuestra humilde opinión esa adoración lo explica perfectamente: toda observación escudriñadora y toda explicación sabia habían de ser reemplazadas por tímidos, supersticiosos y ciegos homenajes.

A la falta de conocimientos astronómicos era consiguiente la ignorancia en geografía, que por otra parte apenas podía salvar los límites del imperio por la incomunicación casi absoluta con las regiones vecinas; sin embargo, para los detalles topográficos se formaron mapas de relieve en los que, según vio Garcilaso, se marcaban perfectamente los accidentes del terreno. Todo contribuía a retener por mucho tiempo la historia en los confines de la fábula: además de no prestarle sino muy escasos auxilios la cronología y la geografía, que con razón han sido llamadas sus ojos, las falsificaciones o errores oficiales habían de ser muy frecuentes desde que la exposición de los hechos estaba monopolizada por los poetas y amautas cortesanos; las tradiciones que hubieran debido rectificar la historia forjada según las exigencias del gobierno habían de confundirlo y oscurecerlo todo, no sólo por la ignorancia de los tiempos y de los lugares, sino porque los sucesos más sencillos y claros se complicaban y oscurecían con la mezcla incoherente que se hacía de lo divino en lo humano, de lo fantástico y real, de seres irracionales, hombres y divinidades. Los profetas y los héroes convertidos en dioses, y las múltiples y alternadas transformaciones que según las creencias vulgares habían tenido lugar entre los seres humanos y los cerros, corrientes, plantas y animales, dejaban el pasado entre fantasmas y sombras. Ni en aquella época de ilimitada credulidad, ni en nuestro siglo que todo lo somete al análisis, pudo constituirse una verdadera historia de los primeros tiempos con tan inciertas y vagas tradiciones; los esfuerzos de Bastian por aclararla con datos y testimonios de ese

1_lorente 1.p65 505 29/11/2006, 12:15 p.m.

origen hacen honor a su erudición, pero no ofrecen luces hasta ahora apreciables.

Desde que los hechos de la naturaleza y los del hombre presentaban un carácter falso o enigmático, no podía recibir las luces de la ciencia el difícil arte de la medicina, cuyos progresos eran detenidos por otros obstáculos muy poderosos: personificadas las epidemias y atribuida la mayor parte de otras enfermedades a maleficios y a diversas influencias quiméricas, era inevitable el empleo de conjuros y otros remedios sin la menor eficacia; los curanderos solían ser viejos y otras personas inhábiles a los que, por falta de ocupación más provechosa, se confiaba ese oficio unido casi siempre al de hechiceros o brujos. Mas, no obstante esas causas de error y de rémora, la casualidad, el instinto y la solicitud por el restablecimiento de enfermos muy amados permitieron el conocimiento de medicamentos preciosos y operaciones quirúrgicas, figurando entre éstas las sangrías locales y la dificilísima de la trepanación; de los medicamentos más eficaces pueden dar idea la cascarilla, la ratania, la huachangana, el matico y varios que todavía son el secreto de los *camatas* o curanderos vagabundos, procedentes del Collao.

Como era de esperar de la naturaleza de la civilización incásica, el conocimiento del hombre moral era superior al del hombre físico: fuera de las ideas sobre el alma y sobre la vida futura, que presentan un carácter decididamente religioso, es digna de admiración, aunque no por eso deba ponerse en práctica aquella concepción socialista verdaderamente singular por la grandeza de las proporciones, por la fortísima trabazón de las partes y por la armonía del conjunto. Mas, aun aunque el mecanismo social, que se aplicó con éxito sorprendente a un imperio muy dilatado, exigiese vastos conocimientos, mucho juicio práctico y consumada prudencia, no puede decirse que constituyera la verdadera ciencia del gobierno, ni mucho menos la filosofía de las costumbres: ésta en vez de presidir, estaba subordinada a la política, que no partía de principios humanitarios, sino de aspiraciones más o menos ambiciosas; así los individuos como los pueblos carecían de derechos, no habiendo para éstos otra alternativa que la de someterse a la conquista o ser exterminados como rebeldes, y para aquéllos otra función que la de simples instrumentos de la autoridad, moviéndose tan pasivamente como las ruedas de una máquina; la libertad, tan esencial en la moral como el movimiento en la mecánica, se hallaba comprimida en todas sus manifestaciones, y aun la conciencia social suplantada por la conciencia del autócrata. Todo el saber respecto a las conveniencias y los deberes privados se hallaba reducido a simples consejos, como no seas ladrón, ni embustero, ni perezoso *(ama-sua, ama-llulla, ama-qquella);* y toda la ciencia acerca de la vida

1_lorente 1.p65 506 29/11/2006, 12:15 p.m.

moral se encerraba en las leyes o en máximas, como las siguientes atribuidas por Valera al inca Pachacutec:

«Cuando los súbditos y sus capitanes y curacas obedecen de buen ánimo al rey, entonces goza el reino de toda paz y quietud.»

«La envidia es una carcoma que roe y consume las entrañas de los envidiosos.»

«El que tiene envidia y es envidiado, tiene doblado tormento.»

«Mejor es que otros por ser tú bueno te hallen envidia, que no que la halles tú a otros por ser tú malo.»

«Quien tiene envidia de otro, a sí propio se daña.»

«El que tiene envidia de los buenos, saca de ellos mal para sí como hace la araña en sacar de las flores ponzoñas.»

«La embriaguez, la ira y locura corren igualmente; sino que las dos primeras son voluntarias y mudables, y la tercera es perpetua.»

«El que mata a su semejante, necesario es que muera; por lo cual los reyes antiguos, progenitores nuestros, instituyeron que cualquiera homicida fuese castigado con muerte violenta, y nos lo confirmaron de nuevo.»

«En ninguna manera se deben permitir ladrones; los cuales pudiendo ganar hacienda con honesto trabajo, y poseerla con buen derecho, quieren más haberla hurtando o robando; por lo cual es muy justo que sea ahorcado el que fuere ladrón.»

«Los adúlteros, que afean la fama y la calidad ajena, y quitan la paz y la quietud a otros, deben ser declarados por ladrones, y por ende condenados a muerte sin remisión alguna.»

«El varón noble y animoso es conocido por la paciencia que muestra en las adversidades.»

«La impaciencia es señal de ánimo vil y bajo, mal enseñado y peor acostumbrado.»

«Cuando los súbditos obedecen lo que pueden sin contradicción alguna, deben los reyes y gobernadores usar con ellos de liberalidad y clemencia; más de otra manera de rigor y justicia, pero siempre con prudencia.»

«Los jueces que reciben a escondidas las dádivas de los negociantes y pleiteantes, deben ser tenidos por ladrones, y castigados con muerte como tales.»

«Los gobernadores deben advertir y mirar dos cosas con mucha atención; la primera, que ellos y sus súbditos guarden y cumplan perfectamente las leyes de sus reyes. La segunda, que se aconsejen con mucha vigilancia y cuidado para las comodidades comunes y particulares de su provincia. El indio que no sabe gobernar su casa y familia, menos sabrá gobernar la república, este tal no debe ser preferido a otros.»

1_lorente 1.p65 507 29/11/2006, 12:15 p.m.

«El médico o herbolario que ignora las virtudes de las hierbas, o que sabiendo las de algunas no procura saber las de todas, sabe poco o nada. Conviénele trabajar hasta conocerlas todas, así las provechosas, como las dañosas para merecer el nombre que pretende.»

«El que procura contar las estrellas no sabiendo aún contar los tantos y ñudos de las cuentas, digno es de risa.»

Bellas artes.- Influencias análogas a las que hasta hoy detienen en Oriente los progresos del arte, impedían en el imperio de los incas el perfeccionamiento: el despotismo, que pesaba sobre las almas tanto como sobre los cuerpos, imposibilitaba el pleno desarrollo de la libertad en una de sus aplicaciones más naturales; la rutina y los reglamentos encadenaban el genio; la superstición ejerciendo la superior influencia proponía a los artistas tipos monstruosos; el simbolismo, que era su consecuencia, hacía mirar con indiferencia, cuando no con veneración, las formas imperfectas; y el deleite sensual, lamentable compensación con que los déspotas hacen olvidar a los siervos la miserable abyección de su estado, debilitaba ya que no corrompiera el amor a lo bello. La acción de tan poderosos obstáculos para el desarrollo de las bellas artes se neutralizaba en gran parte por las influencias estéticas que les eran favorables: la viva y tierna sensibilidad de la raza disponía a las más felices inspiraciones; la imaginación, que todo lo personificaba, daba fácilmente bellas formas a las vagas aspiraciones del corazón apasionado; los hábitos de orden y la armonía que reinaba entre todas las instituciones perfeccionaban las creaciones de la fantasía, y para estimular la fuerza creadora se reunían las variadas bellezas en que reboza el país, las brillantes escenas del socialismo, los esplendores del culto, las pompas del gobierno, el lujo de la nobleza, y el amor del pueblo a las fiestas magníficas que podían celebrarse con frecuencia en el seno de la paz y de la abundancia.

La poesía, verdadera síntesis del arte, además de sentir las influencias inspiradoras, hallaba el instrumento más favorable para las composiciones más variadas en el quechua, de sonidos musicales, de enérgica concisión, pintoresco y apropiado para expresar con viveza y dulzura toda suerte de conceptos. Los *haravec* o poetas se distinguieron en los principales géneros poéticos, luciendo su genio inventivo en versos por lo común cortos, inciertos en la rima, sin sujeción a cantidad y acentos, pero haciendo sentir los encantos del ritmo en la sucesión melódica de las sílabas, que con visos de verdad hace depender Pacheco Zegarra de la alternativa regular de vocales. El género épico se consagró a celebrar los sucesos más o menos interesantes, mostrándose elevado y sencillo al referir los altos hechos de los incas y la producción fabulosa de los grandes meteoros: de esta última aplicación puede formarse idea por el si-

1_lorente 1.p65 508 29/11/2006, 12:15 p.m.

guiente romance acerca de la causa de las lluvias y tempestades conservado por el padre Valera:

Sumac Ñusta	Hermosa princesa
Tora llaiquin	Tu hermano
Puyñuy quita	El cántaro tuyo
Paqui cayan	Ahora quiebra
Hina mantara	Y por esto
Cunuñu mun	Truena relampaguea
Illac Pantac	Caen rayos
Camri Ñusta	Tus aguas
Unuy quita	Nos llueves
Para munqui	Y a veces
May nimpiri	Granizas
Chichimunqui	Y nievas
Pacha rurac	El hacedor del mundo
Pachacamac	Pachacamac
Viracocha	Viracocha
Cay hinapac	Para eso
Churasunqui	Te destinó
Camasunqui	Te dio alma.

En el género lírico ya se cantaban afectos apacibles, ya hacía su explosión el entusiasmo guerrero, y con tanta frecuencia como buen éxito se exhalaban los sentimientos de tierna melancolía con una dulzura y dolor incomparables: en los yaravíes o composiciones elegíacas, los poetas quechuas representan a las rocas quebrantándose por la pena, al pecho humano deshaciéndose en lágrimas y a la naturaleza entera conmoviéndose y simpatizando con las quejas, y suspiros de un infeliz amante. Muestra de apacible cántico es éste citado por Garcilaso:

Caylla Ilapi	Al cantar
Puñunqui	Dormirás
Chaupi tuta	A media noche
Samasuc	Yo vendré.

De expresión más sentida es el siguiente:

Phurum pampapi	En la solitaria pampa
Pisccocunata	A los pájaros
Ricciemi canchis	Ver olíamos
Ccesaman nispa	A su nido yendo

1_lorente 1.p65 509 29/11/2006, 12:15 p.m.

Cuyay huaccata	Con lástima llorar
Chayhinam ñoca	Así yo
Cam ripunqui	Al irte tú
Munacusccallay	Mi amado.

Son de Job los acentos en que el mendigo *(huaccacha)* lamenta su indigencia, y varias canciones intercaladas en la célebre tragedia de Ollanta llegan a la profundidad del alma conmovida, arrancando lágrimas al hombre más insensible. La poesía dramática, que sólo puede florecer en un elevado grado de cultura, no fue desconocida en la corte imperial; la nobleza se hacía un honor de representar en las mayores solemnidades tragedias y comedias cuyos argumentos eran, según Garcilaso, de hechos militares, triunfos y victorias, hazañas y grandezas de los reyes pasados y de otros heroicos varones en las primeras, de agricultura, hacienda, cosas caseras y familiares en las segundas, siendo todo de cosas graves y honestas, con sentencias y donaires permitidos en tal lugar. Santa Cruz Salcamayhua menciona como dramas representados delante del inca los llamados *Haya-chuco* y *Amaysanca;* la interesante tragedia de Ollanta ha merecido ser traducida al castellano por Barranca, Carrasco y Nadal, al alemán por Tschudi, al inglés por Markham, y al francés por Pacheco Zegarra: no sólo los traductores sino otros distinguidos literatos la han considerado como una producción inestimable de la época incásica, fundándose así en su mérito especial, como en los indicios de antigüedad, que hallan en ciertas locuciones ya desusadas, en la ausencia de sentimientos e ideas posteriores al imperio, en la representación continuada sin entreactos, ni escenas bien enlazadas, en el aislamiento de los versos dichos por cada personaje y en otras diferencias que la pieza ofrece comparada con los dramas castellanos. Estas razones no han debilitado en nada nuestra convicción de que el Ollanta ha sido rehecho del todo después de la conquista, y creemos que será de nuestra opinión todo crítico imparcial que lo examine detenidamente a la luz de las antigüedades peruanas y de sólidos estudios dramáticos. Sin descender a un análisis, que no corresponde a nuestras observaciones de un carácter general, podemos señalar estos indicios claros de una refundición hecha probablemente en la segunda mitad del siglo XVII por algún cuzqueño tan hábil e ilustrado como Espinosa Medrano (el Lunarejo), quien compuso algunos dramas en quechua, o el historiador Santa Cruz, que conocía otros del tiempo de sus ascendientes: desde la primera escena, como ha notado Palma, el estilo y el plan recuerdan las obras de los dramáticos españoles; según la incontestable observación de Gonzales la Rosa hay osadías de lenguaje que no habrían tolerado los incas; además el desarrollo de los caracteres, el olvido

1_lorente 1.p65 510 29/11/2006, 12:15 p.m.

de las conveniencias cortesanas, el martirio de Cusicuyllur en Acllahuasi, el perdón y elevación de Ollanta a la regencia después de su rebelión escandalosa, el desprecio del pérfido amigo que le entregó y que según la moral imperial habría sido el tipo de los servidores heroicos, los sentimientos de casi todos los personajes y hasta ciertos nombres propios poco usados entre los nobles del Cuzco ponen en evidencia que por la antigua obra, por otra parte difícil de conservar íntegra sin letras, pasó la pluma de un poeta cristiano que había leído a Calderón y a otros dramáticos castellanos del Siglo de Oro. Esta refundición no quita que la obra peruana haya retenido preciosos trozos líricos de la antigüedad, frases de la corte imperial, la sencillez primitiva de muchas escenas y sobre todo la semejanza con los coros, que dieron origen a la tragedia griega, representando todos los sucesos a la vista del público sin interrumpir la presentación y acompañándose de música y danzas.

Según la tendencia constante de los pueblos, cuya educación musical no está muy avanzada, los antiguos peruanos en vez de sabias armonías y de melodías puras buscaban los sonidos muy ruidosos con la multiplicación de voces e instrumentos: especialmente las composiciones alegres y guerreras eran cantadas por numerosos grupos, siendo los versos entonados por una o más voces, y repitiéndose estrepitosamente el estribillo por el coro. Los instrumentos más usados fueron la tristísima *quena,* el *huacra* o cuerno, el tambor *(huanca),* el pito *(pincullo),* la *tinia* especie de guitarra, los *chilchiles* cascabeles, el *ccuyor* flautín, el *pututu* o concha, la *queppa* o trompa guerrera, y la *antara* el más dulce de todos, que componiéndose de tubos de mayor a menor puede formar armonía entre varios tocadores. A este propósito dice Garcilaso:

> De música alcanzaron algunas consonancias, las cuales tenían los indios collas, o de su distrito en unos instrumentos hechos de cañutos de caña, cuatro o cinco cañutos atados a la par: cada cañuto tenía un punto más alto que el otro, a manera de órganos. Estos cañutos atados eran cuatro, diferentes unos de otros. Uno de ellos andaba en puntos bajos, y otro en más altos, y otro en más y más: como las cuatro voces naturales, tiple, tenor, contra alto y contra bajo. Cuando un indio tocaba un cañuto, respondía el otro en consonancia de quinta o de otra cualquiera, unas veces subiendo a los puntos altos, y otras bajando a los bajos, siempre en compás. No supieron echar glosa con puntos diminutos, todos eran enteros de un compás. Los tañedores eran indios enseñados para dar música al rey y a los señores de vasallos, que con ser tan rústica la música no era común, sino que la aprendían y alcanzaban con su trabajo. Tuvieron flautas de cuatro o cinco puntos como las de los pastores, no las tenían juntas en consonancia, sino cada una de por sí, porque no las supieron

1_lorente 1.p65 511 29/11/2006, 12:15 p.m.

> concertar, por ellas tañían sus cantares compuestos en verso medido, los cuales, por la mayor parte, eran de pasiones amorosas y de placer, ya de pesar, de favores o disfavores de la dama.
>
> Cada canción tenía su tonada conocida por sí, y no podían decir dos canciones diferentes por una tonada; y esto era porque el galán enamorado, dando música de noche con su flauta por la tonada que tenía, decía a la dama y a todo el mundo el contento o descontento de su ánimo, conforme al favor o disfavor que se le hacía; y si se dijeran dos cantares diferentes por una tonada, no se supiera cuál de ellos era el que quería decir el galán, de manera que se puede decir, que hablaba por la flauta. Un español topó una noche, a deshoras en el Cozco, una india que él conocía, y queriendo volverla a su posada, le dijo la india: señor, déjame ir donde voy, sábete que aquella flauta, que oyes en aquel otero me llama con mucha pasión y ternura, de manera que me fuerza a ir allá; déjame por tu vida que no puedo dejar de ir allá, que el amor me lleva arrastrando para que yo sea su mujer y él mi marido.

El baile *(taqui),* al que casi siempre acompañaba la música, sumamente variado en sus formas y expresión, se revestía en las ocasiones solemnes de un carácter religioso y guerrero, sobre todo cuanto entre los danzantes se mezclaban el inca y los nobles más distinguidos: no faltaban danzas tan animadas como airosas, en las que se hacía ostentación de habilidad y destreza sorprendentes; en las de huaicones y otros enmascarados, más que la gracia se pretendía lucir lo raro del disfraz en que se prefería lo monstruoso y los gestos grotescos, que podrían hacer reír al más melancólico; pero, como ha observado Acosta, «ordinariamente eran todas con sonido, pausa y compás muy espacioso y flemático».

En todas las artes subjetivas predominaba la expresión melancólica, y no podía menos de ser así, si habían de reflejar fielmente la vida, pues los puros indígenas, sea que bailen, sea que adoren, ora se lamenten, ora rían, ya canten, ya representen, parece que siempre lloraran. Aunque su existencia se pasara entre fiestas sucediéndose a cortos intervalos las rurales y las urbanas, las públicas y las domésticas, las sagradas y las profanas, la melancolía constituía su estado habitual; cuando nada venía a turbar el orden de sus pensamientos permanecían largas horas inmóviles y silenciosos, pudiendo tomárseles por la estatua del dolor; las mujeres amorosas y mal correspondidas, víctimas de la tiranía conyugal, condenadas a las más rudas faenas, rara vez admitidas a la mesa y a menudo pospuestas cínicamente a la concubina, al verlas desfallecer por la tristeza, y al oír sus suspiros arrancados del corazón aparecían las más infelices así como las más llorosas entre las hijas de los hombres. Chateaubriand ha comparado en los Natches la mirada

1_lorente 1.p65 512 29/11/2006, 12:15 p.m.

melancólica de Celuta a la tristeza de la noche, y esta aflictiva situación de la bella mitad del género humano, llamada a esparcir por doquier la alegría y la risa, debió contribuir mucho al humor triste de los súbditos del inca, que les fue común con las demás razas americanas; además no permitían entregarse a las expansiones del gozo la estrechísima sujeción y el régimen monástico en que vivían, el espionaje inquisitorial que de continuo se ejercía sobre sus palabras y movimientos, la disciplina rigurosa que reprimía sus menores extravíos, y el pensamiento de la muerte que se mezclaba a todos sus actos y pensamientos. Para los que vivían retirados en heladas punas, los colosales nevados, los horribles precipicios, las lluvias de rayos, y el aspecto monótono del amarillo pajonal, no podían menos de llevar el desaliento y a veces la desesperación a los espíritus que la heredada tristeza había abatido: era de recelar la muerte por consunción o el suicidio, siempre que el pastor de los Andes huía de sus compañeros, y prefería estar echado sobre desnudas rocas, ocultas en las heladas y solitarias alturas.

En cuanto a las artes objetivas, la escultura y la pintura, cuya belleza ideal sólo puede ser alcanzada por pueblos de una cultura privilegiada, permanecieron en la infancia. Las estatuas formadas por lo común de barro, piedra, metales o madera, fueron relativamente pocas, y las más representaron objetos de culto; casi todas tuvieron formas monstruosas, con enormes cabezas, miembros rudimentarios, poca o ninguna expresión, mucha rigidez y la inmovilidad característica de las egipcias, de las que a veces es muy difícil distinguirlas; algunos tipos grotescos son más expresivos, y ciertos animales menos informes. La pintura nunca tuvo una existencia independiente: la de las tablas, donde las imágenes hubieran podido tomar un carácter más artístico, se confundía con la escritura, que suplía con símbolos más o menos arbitrarios e imperfectos; el mosaico formado en el suelo con piedrezuelas, el bordado de las telas más delicadas, el dibujo bosquejado en los huacos o en otros útiles y las grandes figuras trazadas sobre los muros de palacios, templos y fortalezas participaban más de la decoración, que del cuadro interesante por sí mismo; con todo encanta y revelan un sentimiento delicado de la belleza visible la armonía y viveza de los colores, verdaderamente dignas de la nación más civilizada. Los más usados fueron el rojo de diversos matices, el azul, el negro y el blanco.

Como era de esperar de la civilización incásica, cuyo poderoso y opulento gobierno se interesaba en rodear las instituciones religiosas, políticas y militares de apariencias imponentes, la arquitectura elevó para el servicio público muy bellos monumentos, siendo dignos de la grandeza del imperio los templos, casas de escogidas, palacios, salones públicos, fortificaciones, cuarteles y depósitos. Los edificios de los incas

1_lorente 1.p65 513 29/11/2006, 12:15 p.m.

considerados sólo bajo su aspecto artístico son de una uniformidad que recuerda la marcha uniforme del Estado, como ha dicho Humboldt: «imposible es examinar con atención un solo edificio del tiempo de los incas, sin reconocer el mismo tipo en todos los demás, que existen en la superficie de los Andes en una extensión de más de cuatrocientas leguas, desde mil hasta cuatro mil metros de elevación sobre el nivel de océano. Parece que un solo arquitecto ha construido este gran número de monumentos». El sabio viajero ha dicho en otra parte: «sencillez, simetría y solidez, he aquí los tres rasgos característicos que distinguen de una manera ventajosa a todos los edificios peruanos». En efecto, por la sencillez corresponden a las costumbres de un pueblo agricultor; por la solidez representan el pensamiento de un gobierno que se creía perpetuo con el paternal apoyo del poderoso astro del día; y por la simetría, que resalta en todas sus partes, reproducen el orden maravilloso que caracterizó a la civilización imperial. Todo hombre sensible a la acción de la armonía no puede menos de reconocer una sociedad apacible y completamente arreglada al percibir las formas simétricas de los edificios, el concierto de los colores, las dulces melodías y los encantos de las armonías poéticas, vivos y fieles reflejos de las aspiraciones, leyes y costumbres que bajo los sucesores de Manco-Capac regularizaban la vida de los antiguos peruanos.

Moralidad.- Se han formado diversos y aun opuestos juicios sobre el estado moral del imperio. El testimonio más favorable a los indios fue dado por Mancio Sierra de Leguizamo, quien gozó de cierta nombradía entre los conquistadores, así por sus hazañas, como por haber perdido al juego en una partida nocturna la efigie dorada del sol, dando origen al proverbio, *juega el sol antes que amanezca;* en el preámbulo del testamento hecho en 1589, más de medio siglo después de la conquista, dijo:

> Primeramente, antes de empezar el dicho mi testamento, declaro que há muchos años que yo he deseado tener orden de advertir a la católica real majestad del rey don Phelipe, nuestro señor, viendo cuán católico y cristianísimo es y cuán celoso del servicio de Dios nuestro señor, por lo que toca al descargo de mi ánima, a causa de haber yo sido mucha parte en el descubrimiento y conquista y población de estos reinos, cuando los quitamos a los que eran ingas que los poseían y regían como suyos, y los pusimos debajo de la real corona, que entienda su majestad católica que hallamos estos reinos de tal manera que en todos ellos no había un ladrón, ni hombre vicioso, ni holgazán, ni había mujer adúltera ni mala, ni se permitía entre ellos, ni gente mala vivía en lo moral y que los hombres tenían sus ocupaciones honestas y provechosas. Y que las tierras y montes y minas y pastos y caza y maderas y todo género de

1_lorente 1.p65 514 29/11/2006, 12:15 p.m.

aprovechamientos estaba gobernado y repartido de suerte que cada uno conocía y tenía su hacienda, sin que otro ninguno se la ocupase ni tomase, ni sobre ello había pleitos; y que las cosas de la guerra aunque eran muchas, no impedían a las del comercio ni éstas a las cosas de labranzas y cultivar de las tierras ni otra cosa alguna; y que en todo desde lo mayor hasta lo más menudo, tenía su orden y concierto con mucho asiento; y que los ingas eran temidos y obedecidos y respetados y acatados de sus súbditos como a gente muy capaz y de mucho gobierno y que lo mismo eran sus gobernadores y capitanes; y como en éstos hallamos la fuerza y el mando y la resistencia, para poderlos sujetar y oprimir al servicio de Dios nuestro señor y quitarles su tierra y ponerla debajo de la real corona, fue necesario quitarles totalmente el poder y mando y los bienes, como se los quitamos a fuerza de armas: y que mediante esto y haberlo permitido Dios nuestro señor, nos fue posible sujetar este reino de tanta multitud de gente y riqueza y que de señores los hicimos siervos, tan sujetos como es notorio, siendo nosotros tan pequeño número de españoles como entramos conquistándolos: y que entienda su majestad católica que el intento que me mueve a hacer esta relación es por el descargo de mi conciencia y por hallarme culpado en ello; pues habemos pervertido gente de tanto gobierno, como eran estos naturales y tan quitados de cometer delitos, ni excesos ni exhorbitancias así hombres como mujeres, tanto que el que tenía cien mil pesos de oro y plata en su casa, la dejaba abierta, puesta una escoba o un palo pequeño atravesado en la puerta para seña que no estaba allí su dueño y con esto, según su costumbre, no podía entrar nadie dentro, ni tomar cosa de lo que allí había. Y cuando ellos vieron que nosotros poníamos puertas y llaves en nuestras casas, entendieron que era de miedo que teníamos de ellos que no nos matasen; pero no porque creyesen que era posible que ninguno hurtase, ni tomase a otro su hacienda; y así cuando vieron que había entre nosotros ladrones y hombres que incitaban a pecar a sus mujeres e hijas, nos tuvieron en poco; y habiendo venido este reino a tal rotura, en ofensa de Dios, entre los naturales por el mal ejemplo que les habemos dado en todo, que aquel estremo de no hacer cosa mala, se ha convertido en que hoy ninguna o pocas se hacen buenas, y requiere remedio y esto toca a su majestad [...]

La declaración del arrepentido moribundo pierde mucha parte de su peso por ser hija del deseo escrupuloso de reparar en lo posible antiguos escesos, y estar en contradicción con hechos incontestables. Mas por mucho, que se rebaje del elogio hiperbólico dictado por el confesor a una conciencia atormentada por el remordimiento, siempre quedará una confesión tan sincera, como honrosa a la moralidad de los indígenas, hecha con la mayor solemnidad en instantes supremos.

1_lorente 1.p65 515 29/11/2006, 12:15 p.m.

Otros testimonios favorables han sido dados por jueces tan competentes, como Cieza, el cual asegura que, «si con celo de cristiandad, y no con ramo de codicia en lo pasado (se) les diera entera noticia de nuestra sagrada religión, era gente en quien bien imprimiera». En el siglo pasado, después de otros encarecimientos debidos a sabios distinguidos, declaró Carli que «el hombre moral en el Perú era infinitamente superior al europeo». Mas, según Prescott, «estos resultados se concilian difícilmente con la teoría del gobierno (que estaba analizado). Donde no hay libre albedrío, no puede haber moralidad. Donde no hay tentación, pocos derechos puede haber a llamarse virtuoso. Donde la ley dispone rigurosamente la rutina, a la ley no al hombre pertenece el mérito de la conducta». No sólo rudos conquistadores como Pedro Pizarro, naturalmente inclinados a calumniar sus víctimas, sino misioneros animados del puro celo de la conversión, autoridades políticas y eclesiásticas tan ilustradas como bien intencionadas, filósofos e historiadores que buscaban la verdad con hábil solicitud, y lo que es más, distinguidos y bien informados indios han representado las costumbres imperiales bajo aspectos poco lisonjeros, reconociendo unos la descarada corrupción de las clases superiores y presentando otros al pueblo con los vicios inseparables de su servidumbre.

En general, las pinturas del antiguo peruano considerado bajo el aspecto moral han de resentirse de las prevenciones políticas con que sea mirado. Los conservadores y socialistas, cuyo respectivo ideal es el orden en el absolutismo y la igualdad de la fortuna bajo el régimen paternal, no podrán menos de conceder a la sociedad incásica el tributo de admiración y de alabanza que se ha concedido a los egipcios y espartanos. Por el contrario los progresistas y liberales, que esperan de los adelantos debidos a la libertad el perfeccionamiento de las sociedades humanas, han de mirar con poco interés, ya que no con aversión, las bellas apariencias del orden imperial, atentos sólo a la desmoralizadora abyección, que hay en el fondo del despotismo teocrático.

La misma divergencia de apreciaciones ha de ser el resultado de la atención exclusiva sea a los malos efectos, sea a la benéfica influencia de las instituciones del imperio. El culto del Sol, participando más del espectáculo divertido que de la enseñanza religiosa, había de inclinar los espíritus al sensualismo y las supersticiones que traía consigo, junto con las toleradas por los incas, habían de ejercer la influencia viciosa que es inseparable de los errores, así como el perfeccionamiento es el efecto natural de las verdades. La acción absorbente del gobierno despojaba a la sociedad de los principios de la vida moral turbando las conciencias y arrebatando la energía de la libre elección: como se indicó oportunamente, el rigor de los castigos, en vez de inspirar el sentimiento puro del deber y de hacer más distinta su noción, sólo retraía del mal por el temor

1_lorente 1.p65 516 29/11/2006, 12:15 p.m.

de la pena y confundía todas las ideas de virtud. La educación, que infundía en las clases privilegiadas un orgullo y una confianza capaces de llevar a los mayores excesos y condenaba a las clases abatidas a perpetua tutela como ignorantes e incapaces de dirección propia, necesariamente había de agravar con la tenacidad de los hábitos y la inflexibilidad del carácter la influencia inmoral del absolutismo y de las falsas creencias. Por otra parte, las apacibles emociones excitadas por la festiva adoración del astro benéfico, y la pureza que se exigía de sus sacerdotes y vírgenes, favorecían las aspiraciones virtuosas que se encontraban fortificadas por la convicción de que las desgracias públicas y privadas procedían del pecado, y que a su remedio contribuía eficazmente el arrepentimiento, después de haber declarado en secreto al confesor los homicidios, hurtos, adulterios, maleficios, faltas contra los huacas o contra el inca o cualquier otro delito. El ocio y la mendicidad, peste de las almas, desterrada por la organización socialista, los deseos ambiciosos sofocados por la organización política, y los excesos reprimidos por la vigilancia constante de los cuidadores y por la inexorable severidad de los magistrados ahuyentaban las más peligrosas y frecuentes tentaciones. La educación no obstante sus gravísimos defectos arraigaba los hábitos de orden, la dulzura, la sumisión y el espíritu de fraternidad. Esa mezcla de bien y de mal, de perfeccionamiento y degradación, que ejercían las principales instituciones, había de manifestarse por resultados tan generales como duraderos; así en el individuo, como en la familia y en la sociedad política había de marcarse por grandes ventajas en el orden moral mezcladas a notables imperfecciones; la existencia de unas y otras, que a falta de datos históricos hubiera podido deducirse de la naturaleza de las cosas, se pone en evidencia al examinar las costumbres que subsistieron después de la caída del imperio y todavía prevalecen donde quiera que no han podido influir de lleno otras razas y la civilización exótica.

Los incas arraigaron el espíritu de rutina, que suele mostrarse refractario lo mismo a la persuasión, que a la violencia, a la educación, que a la política; la sumisión llegó a ser el rasgo más característico de la índole del indio, que vivió y murió no tanto por sus propias determinaciones, cuanto obedeciendo a la voluntad de sus tutores, faltáronle la audacia y la iniciativa, entre tanto que sucumbió con sublime abnegación en el puesto que le señalaba la obediencia, y realizó grandes cosas iniciadas por los que mandaban; como los niños, se pagó más de la exterioridad, que del fondo, apegándose extraordinariamente a las formas imponentes y al curso reglamentado de las labores y diversiones. Sus defectos más comunes fueron la embriaguez, que solía ostentar como una grandeza o como una dicha, la desmedida afición a los bailes y banquetes prolongados, la lascivia, que condujo a extravíos indecibles, la poca dignidad personal,

1_lorente 1.p65 517 29/11/2006, 12:15 p.m.

la debilidad del patriotismo y del imperio sobre sí mismo, la subordinación del deber a la inclinación o a la conveniencia, la frialdad con la familia, la indiferencia por los intereses públicos y la indolencia en lo que tocaba a su propia persona. Como ventajosa compensación de esos defectos e imperfecciones se presentan la rareza de crímenes, tal que en un vastísimo imperio hubo menos asesinos, ladrones y adúlteros, que en las pequeñas ciudades, los sentimientos de una dulzura incomparable, la fraternidad y la hospitalidad ejercidas en la más vasta escala, y los sacrificios heroicos por los objetos de su amor.

Las mujeres, llamadas por el Supremo Hacedor a ser la providencia de la débil infancia, el ángel tutelar de la familia, y el genio encantador que ha de esparcir la suavidad y los atractivos en las relaciones sociales, ejercieron en el imperio una influencia que no sin razón ha caracterizado Bastian de ginacocrática, y contribuyeron mucho a sostener el nivel moral a gran altura: su benéfica cooperación fue debida a cualidades que las distinguieron ventajosamente, ya sobresaliendo en la amabilidad característica del bello sexo, ya desplegando las dotes del carácter varonil. Las gracias personales les prestaban encantos; causaban admiración por la viveza del ingenio o por el buen juicio; cautivaban con su amor a prueba de todo sacrificio, con su dulce ternura y con su resignación de mártires; merecían el respeto y la veneración como fieles esposas y como castas escogidas; en la paz eran laboriosas hasta el punto de ir hilando por los caminos y de llevar o pedir algún quehacer en las visitas; en la guerra sufrían las mayores privaciones y arrostraban los grandes peligros con la fortaleza del varón más constante. La historia y la leyenda atestiguan igualmente su esclarecido mérito y su influjo bienhechor. Mama-Ocllo comparte con Manco-Capac la misión civilizadora y la princesa Cibaco con Inca-Roca la regeneración del imperio; los inmediatos sucesores del primer inca engrandecen el naciente estado tomando por esposas a las hijas de poderosos curacas; una matrona salva la monarquía aconsejando la elección de Viracocha, quien probablemente debió a la educación materna la resolución de erigir un templo al Creador del universo; otra Mamacuna obtiene del irritado Huaina-Capac el perdón para los chachapoyanos; la bella Pacha le facilita la posesión apacible del reino de Quito, y su madre Mama-Ocllo, después de haberle asegurado la del trono, lleva con mano firme las riendas del gobierno durante largas ausencias del deificado monarca. Las repetidas pruebas de talentos políticos dieron a ciertos señores de la costa el imperio local con el nombre de *capullanas* y *sayapullas*, y las señaladas muestras de esfuerzo bélico acreditaron la creencia de que habían existido estados de naciones guerreras al sur del Cuzco, en los confines de Quito y en el caudaloso río que se llama de Amazonas.

1_lorente 1.p65 518 29/11/2006, 12:15 p.m.

Industria.- No pudiendo existir la cultura moral sin la física por la estrechísima conexión que hay entre la satisfacción de las necesidades del cuerpo con la de las aspiraciones espirituales, la industria hubo de florecer bajo los incas, quienes sin olvidar las exigencias superiores de la religión, del gobierno y de la educación desplegaron un celo esencial por el bienestar de sus súbditos. Entre las industrias extractivas la *minería*, que por la profusión de riquezas minerales tiene en el Perú el porvenir más brillante, a causa de esa misma abundancia que dificultó o más bien no exigía una reglamentación severa, estuvo lejos de llevar al desarrollo alcanzado en la época colonial. Sin embargo, no dejó de ser admirable la explotación de las grandes canteras que suministraron materiales para los monumentos del Cuzco, Ollantaytambo y otras construcciones estupendas: parece increíble que fuerzas humanas no auxiliadas por agentes explosivos, ni por máquinas poderosas, ni aun por bestias de tiro, pudieran haber separado de la durísima roca tan colosales masas y las hubieran trasportado a distancias muy considerables. Hablando de la explotación de los metales más preciosos o más útiles dice Unanue: «los socavones de Escamoza, Chilleo y Mitanis, minerales de oro; los de Choquipiña y Porco de Plata; Carahuara de cobre; Carabuco de plomo; y las magníficas labores de Ancoraimes de fierro, todos trabajados bajo el imperio de los incas dan una idea de su arquitectura subterránea y metalúrgica». La extracción del hierro, porque no se sabía la manera de beneficiarlo, fue poco considerable, siendo reemplazado en sus principales usos por el cobre, que por lo tanto tuvo que explotarse en grande. De oro y plata se extrajeron ingentes cantidades, aunque ninguno de los metales preciosos se empleara como moneda, ni se extrajera de grandes profundidades, ni se beneficiara con azogue: el oro era separado de las materias extrañas lavando las arenas o las otras tierras con que está mezclado, y la plata se beneficiaba por fundición, quemando el metal plomizo en *huairas* u hornillos abiertos de todos lados y expuestos a todo viento en las laderas de altos cerros. El azogue puro sólo era conocido por sus efectos dañinos; por lo que únicamente se extraía bajo la mezcla que da el bermellón, y que los indios conocían con los nombres de *Ichma* y *llimpi*, para dar un subido color a los rostros de las mujeres nobles, de los guerreros y de los ídolos. Sin embargo, su explotación era muy considerable, habiéndose formado en uno de los cerros próximos al de Santa Bárbara un verdadero laberinto de minas.

Bajo un régimen que dejaba muy poco al acaso y no daba mucho lugar a las ocupaciones enteramente espontáneas, las industrias, en que preponderan los hallazgos casuales sobre las conquistas de la actividad diligente, y no es fácil sujetar a minuciosas reglas, en vez de adelantar solían retroceder quedando por lo común en un grado inferior al de la

1_lorente 1.p65 519 29/11/2006, 12:15 p.m.

cultura primitiva, que gozó de mayor independencia. Por lo tanto, no avanzaron mucho los procedimientos para sacar provecho de las plantas, que crecen espontáneamente, ni para apoderarse de los animales acuáticos, ni para cazar los del aire o los de la tierra. Lo principal que se hizo respecto de la *pesca* fue la traslación de algunos pescadores que habitaban junto al Pacífico a las orillas del Titicaca, donde todavía pueden reconocerse vestigios de los chimús trasladados, y a las márgenes del Marañón, en las que algunas comunidades se distinguían por el uso de la lengua mochica. Lo más reglamentado en la caza fueron los chacos o rodeos reservados al gobierno: se había prohibido a los particulares cazar, sea en sotos como el de Huamachuco, cuya extensión era de muchas leguas, sea en ilimitadas regiones, donde los animales montaraces se multiplicaban prodigiosamente en plena libertad, como en su propio y bien provisto dominio; al cabo de cuatro o más años se emprendía el rodeo con 50 ó 60 mil personas, y según Cieza hasta 100 mil, las que levantando la caza con gritos, pedradas y palos, la encerraban en estrecho círculo; allí se exterminaba a las fieras, se trasquilaba a los guanacos y vicuñas, se daba soltura a las hembras de ambas razas y de los *tarugas* (ciervos), y muertos los machos, la parte de carne que no era consumida por los cazadores se convertía en *charqui* para ser repartida entre plebeyos y nobles; las pieles y las lanas quedaban reservadas para los diversos usos de la industria fabril. Así se conciliaban los goces del presente con las providencias para el porvenir. A aquel fin y con éxito más seguro se dirigían las severas prescripciones contra los que mataran las aves guaneras o entraran en las islas en la época de la incubación.

La cría de llamas y alpacas, que venía de la cultura primitiva, fue favorecida por los incas del modo más decidido; de las ordenanzas dadas al efecto decía Polo de Ondegardo: «en esto de los ganados pareció haber hecho muchas constituciones en diferentes tiempos, o algunas tan útiles y provechosas para su conservación, que convendría que también se guardasen agora». Especialmente los rebaños del Sol se multiplicaron extraordinariamente por estar puestos bajo la protección del Dios nacional y pastando en moyas o abundosas praderas. Con la eficaz protección de Huaina-Capac fue también increíble el incremento que recibieron los ganados de las comunidades y de los particulares agraciados con mayor o menor número de cabezas. No era desconocido la trashumación o viajes periódicos que tanta celebridad dieron en Europa a los marinos de España. Cuando alguna res aparecía con caracha o sarna, se la enterraba viva, a fin de evitar el contagio. De los animales caseros no necesitó ocuparse mucho la autoridad, porque los apetecidos y prolíficos cuyes no faltaban en la más humilde choza; y los aficionados no descuidaban la cría de perros, patos y algunas otras aves. Sólo los pumas, jaguares, *ucumaris*

1_lorente 1.p65 520 29/11/2006, 12:15 p.m.

(osos), las serpientes y otros animales, que llamaban la atención por fieros o raros, estaban reservados a los cuidados del gobierno, que los criaba en casas de fieras, en el Cuzco o en otras residencias imperiales.

Nada mereció mayor solicitud de parte de gobernantes y gobernados, que la *agricultura,* alma de la civilización incásica: las labores del campo suministran los principales recursos a las familias y al Estado, se confundían con las pompas del culto y con las alegrías privadas, sostenían el espíritu socialista y conservaban así la dulzura de carácter, como la sencillez de costumbres; por eso grandes y pequeños se honraban con tomar parte en ellos, festejando el triunfo sobre la tierra, como las victorias que dilataban el imperio. Los incas inauguraban los trabajos agrícolas surcando el andén de Colcampata con un arado dorado al terminar la fiesta más solemne; así dice un escritor anónimo: «pasadas todas las fiestas, en la última llevan muchos arados de manos, los cuales antiguamente eran de oro, y hechos los oficios tomaba el Inga un arado y comenzaba con él a romper la tierra, y lo mismo los demás señores, para que de allí adelante en todo su señorío hiciesen lo mismo; y sin que el Inga hiciese esto, no había indio, que osase romper la tierra, ni pensaban, que produjese, si el Inga no la rompía primero».

A los estímulos del honor se añadieron medios más eficaces a favor del progreso agrícola, que floreció desde tiempo inmemorial, sino porque se aplicaron en más vasta escala, con mayor regularidad y con mayor constancia los buenos procederes que estaban ya en uso en las diversas provincias del imperio. La paz y concordia establecidas entre tribus antes destrozadas por hostilidades y disensiones permitieron dar a los trabajos hidráulicos extraordinaria extensión, abriéndose canales de riego como el de Lucanas, que tenía más de 100 leguas, y conduciendo el agua fertilizante por cumbres, laderas y hondonadas. Multiplicáronse los andenes hasta el punto de no dejar en las pendientes de la sierra y en las quebradas de las cabeceras sin aprovechar el más pequeño espacio de tierra cultivable. La parte pedregosa fue despejada de las piedras que embarazaban el cultivo; echose buena tierra sobre las rocas desnudas y en el desierto se aumentó el número de hoyas. Colonias numerosas dieron cultivadores a valles muy fértiles, como los de Carabaya, en donde sin dificultad pudieron lograrse cosechas que no sólo hicieran vivir en la abundancia a sus habitantes, sino que dejaran un gran sobrante para la población escasa de recursos en las vecinas alturas de Puno. El respeto a la propiedad, que sólo había estado protegido por la veneración al ídolo tutelar de la chacra, se afianzó mucho, sea con el riguroso castigo de los ladrones, sea con cercos, cuando no de piedras aplicadas o de adobes, con tierra aprensada en moldes y con el foso, que dejaba en el lugar de su extracción. Reglamentos severos acerca del riego y del guano, provisión

1_lorente 1.p65 521 29/11/2006, 12:15 p.m.

de semillas en tiempo de carestía, y brazos auxiliares si para la siembra y cosecha eran necesarios, favorecían eficazmente la agricultura. No sólo se hizo uso para los trabajos rurales del imperfecto arado, conocido desde la remota antigüedad, sino que se aplicaron entre otros varios útiles rastrillos, azadones, palas cuchillos de monte y los demás indispensables para limpiar la mala hierba y cortar las provechosas.

Como era natural, las plantas más cultivadas fueron las que formaban la base de la subsistencia general, llevándose la referencia el maíz, la papa, la quinua, el plátano, la yuca, el camote y otras raíces comestibles; también se cultivaron mucho el ají, que es el condimento general, el algodón y el maguey que se empleaban como las principales materias textiles tomadas del reino vegetal. Aunque la coca fuera universalmente estimada, los incas reservaron el uso de ella para sí y para sus favorecidos, quedando por lo tanto restringido el cultivo a pocos valles de la montaña y otras quebradas ardientes en chacras contadas, y mezclándose sus aplicaciones ya con ridículas fábulas, ya con desmoralizadoras supersticiones. Las flores fueron más cultivadas, sea para embellecer los jardines, sea para derramarse por caminos, calles y plazas en el tránsito del inca o en las entradas triunfales del ejército y en ciertas fiestas para adornar las cabezas o perfumar los aposentos. La arboricultura recibió algún impulso por las plantaciones que se hacían a lo largo de los caminos en la tierra caliente, por la arboleda, que crecía espontáneamente en las orillas de las acequias, y por la veneración de los bosquecillos o árboles sagrados, contiguos a huacas como la de Huarivilca en el valle de Jauja.

En estrecha conexión con la floreciente agricultura, enlazadas con la satisfacción de las necesidades a que proveía con solicitud la benéfica política de los incas, fomentadas por las exigencias del lujo cortesano y pudiendo reunir todas las mejoras de la cultura primitiva, las *artes* no podían menos de presentar considerable desarrollo. En los vestidos de uso popular, en los albergues y mobiliario del vulgo, en todos aquellos artefactos que el común de los indios fabricaba para su uso exclusivo, y en que no había otra enseñanza, ni otra tradición, que la práctica rutinaria trasmitida de una generación a la siguiente, el trabajo fabril ganó mucho en la cantidad, poco o nada en la calidad de los productos; pero no dejó de producir obras menos imperfectas, desde que como las construcciones monumentales, los tejidos finos y los artefactos sea de cerámica, sea de platería, se ejecutaron por los artífices más peritos, cuya habilidad podía luchar con todas las dificultades de ejecución, merced a las luces vinculadas en los individuos de una profesión hereditaria, y al talento personal desarrollado ya con la larga práctica, ya por muy poderosos estímulos.

En la parte mecánica de las bellas construcciones, apenas se concibe cómo sin buenas herramientas pudieron pulirse hasta una tersura admi-

1_lorente 1.p65 522 29/11/2006, 12:15 p.m.

rable duras y escabrosas piedras, y ajustarse los sillares como si fueran un monolito. Respecto de los grandes monumentos de los incas se discute todavía si se empleó alguna especie de argamasa, o las piedras se ajustaron por la exacta correspondencia de sus superficies contiguas; la opinión más plausible niega con Acosta y Squier la existencia de toda mezcla intermedia en los del Cuzco, y admite una muy sutil para los de Quito y otras ciudades del norte con Velasco, Ulloa y Humboldt. La existencia de ventanas, que ha sido negada por Prescott, está fuera de duda; aunque de uso excepcional, tampoco es dudosa la del arco, que aparece muy perfecto en el arruinado monasterio de las vírgenes, que se conoce en Pachacamac con el nombre de *Mamacona;* los techos, que generalmente se suponen de paja, fueron también de cobre y de otros materiales. Lo más característico en las grandes edificios del imperio eran la disposición alargada, las paredes inclinadas hacia adentro, las puertas con el dintel más estrecho que el umbral, y los nichos simétricamente colocados en el interior de las piezas, las que sin comunicación entre sí, a no ser los pequeños retretes, daban a un patio común. Lo que nunca será bastante admirado fueron los labores incomparables, sea para pulir, sea para unir estrechamente las piedras.

Los artífices imperiales se señalaron mucho por sus labores en esmeraldas y en otras piedras durísimas, de que supieron formar complicadas estatuas y joyas primorosas. La Condamine vio en Hatun-Cañare ciertas figuras de granito con argolla en la nariz, que se movía junto con el hocico, sacado de la misma pieza; en la colección de Romanville hay un admirable lagarto de piedra, y no son raros los animales y conopas trabajados en el mismo material. Parece que en la cerámica no lograron los hijos del Sol productos tan admirables, como los régulos del Chimú. Unos y otros los consiguieron muy dignos de admiración en platería y tejidos; porque sus artífices sabían hilar, tejer y colorear la más fina lana de vicuña y hacer telas maravillosas por la finura de la hebra más que de seda, la textura artística y la magia del colorido, distinguiéndose en este trabajo las escogidas de diversos monasterios y los obreros de Capachica; fundían perfectamente el oro y la plata, estiraban los metales preciosos en hilos finísimos, los extendían en láminas tenues, los combinaban en multiplicadas capas, los unían sin señales de soldadura y los doblegaban según las exigencias del caprichoso lujo. En otro orden de trabajos es tan misterioso como sorprendente el embalsamamiento de los cadáveres de los últimos incas, hecho con éxito tan feliz que según el respetable testimonio de Garcilaso y Acosta, testigos de vista, las regias momias presentaban las carnes llenas, las facciones sin alteración, y el cutis blando y suave.

Pocos datos poseemos acerca del comercio al que los incas dieron algunas facilidades, y opusieron grandes obstáculos por la estrecha es-

1_lorente 1.p65 523 29/11/2006, 12:15 p.m.

fera de acción dejada a la libertad individual. Se dice que Pachacutec ordenó que hubiese tres días de mercado *(catu)* cada mes, y que Tupac-Yupanqui acordó garantías a los traficantes. Se sabe que los tumbecinos traficaban en la costa del Ecuador navegando en grandes balsas a vela y remo; que la falta de moneda metálica se suplía con el ají, la sal, la coca y otros objetos de estimación general; que al pasar las mercaderías por algunos puentes, era necesario pagar cierto derecho; y que para pesar el oro y la plata había balanzas de mucha precisión, unas con platillos metálicos y otras con saquillos de tela que contenían las pesas y los objetos ponderables. En la colección de Sanz hay una de estas últimas, que se inclina con la más leve diferencia de peso. Usaban también piedras de toque para medir los quilates del oro.

Adelantos materiales.- La escasa actividad del comercio, la imperfección de las artes y la situación precaria de las industrias extractivas no permitieron alcanzar la plenitud de las grandes ventajas que prometían la ganadería y labores rurales florecientes bajo la dominación imperial. Entre otras poderosas rémoras impedían los rápidos adelantos materiales, la falta de libertad y de ciencia, que junto con las necesidades de una cultura superior trae la mejora de todas las industrias; la imperfección de los instrumentos, la acumulación de oficios, la consiguiente limitación de los cambios, la fuerza creciente de inercia, la aversión a las innovaciones y la debilidad del interés privado, que estimula para redoblar los esfuerzos espontáneos y para inventar mejores procedimientos, perpetuaban las prácticas rutinarias, el atraso industrial y la ignorancia casi absoluta de ciertas artes de suma importancia, como las del carpintero y del ebanista; la organización socialista de la propiedad y del trabajo era tan contraria al progreso material, como al perfeccionamiento moral. Además, semejantes a los romanos y a otras razas conquistadoras, no se distinguieron los incas por la originalidad de sus obras: ocupados de continuo en someter y gobernar pueblos, no tenían tiempo para ocuparse de descubrimientos industriales; todo lo que en este género podían hacer a favor de sus súbditos aumentados asombrosamente de año en año por el rápido incremento de poblaciones no escasas de subsistencias, y por la no interrumpida sucesión de conquistas, era la generalización de las mejores prácticas encontradas en las nuevas o en las antiguas provincias; era por lo tanto imposible que en su imperio se realizaran los maravillosos progresos de las naciones modernas, desde que su civilización carecía de ciencia y de máquinas, del trabajo libre y dividido, de concurrencia y dilatados mercados, de moneda metálica y crédito, de una extensa propiedad privada y de otras muchas condiciones, que son esenciales en la vida económica. Sin embargo hicieron sor-

1_lorente 1.p65 524 29/11/2006, 12:15 p.m.

prendentes adelantos: porque a ellos los estimulaban sus ilimitadas aspiraciones, la magnificencia de que querían rodear al culto y al gobierno, la necesidad de ostentación creciente en las clases superiores con la prosperidad pública, y la solicitud por el bienestar de los pueblos; los beneficios, que en el seno de la paz derrama la Providencia en el privilegiado territorio del Perú, facilitaban la realización de las grandiosas miras y podían conseguirse prodigiosas mejoras con la universalidad, orden, constancia y solidaridad de esfuerzos hechos en la más vasta escala por millones de hombres no destituidos del talento de imitación y obedeciendo a un impulso común. Hábiles artífices se distinguieron mucho en las profesiones especiales.

La cantidad de riquezas producidas estaba lejos de guardar proporción con la enormidad de los trabajos; porque muchos no tenían por objeto producir, sino evitar el ocio, y no pocos se perdían en la traslación de los trabajadores y en las minuciosas formalidades de una reglamentación, tan complicada, como inflexible. Mas no por eso dejó la producción de elevarse a sumas ingentes de que no dejan la menor duda los más seguros indicios: todo el país está cubierto de ruinas monumentales, restos de caminos y acueductos, andenes y otras obras de interés público; al fin del imperio, los ganados poblaban regiones inmensas; los conquistadores hallaron los depósitos henchidos de ropas, armas, utensilios de oro, plata y cobre, toda suerte de manufacturas y provisiones bastantes para alimentar los ejércitos imperiales y las comunidades afligidas por la carestía durante diez o más años; el ingente botín de Cajamarca y del Cuzco era bien poca cosa comparado con los tesoros que se ocultaron para burlar la rapacidad de los aventureros o que de siglos atrás venían ocultándose con el fin de que sirvieran a los ilustres difuntos en la vida futura. Donde quiera se habla de riquezas arrojadas a los lagos o de cargas de oro y plata dejadas en el desconocido desierto cuando, los que las conducían para el rescate de Atahualpa, tuvieron noticia de su inicuo suplicio. Prescott ha vulgarizado la leyenda dorada que acerca de don Carlos Inca, nieto o bisnieto de Huaina-Capac recogió León Pinelo, y fue reproducida por Llano Zapata: «Doña María Esquivel, esposa del desposeído príncipe, le echaba en rostro el contraste de su pobreza con su pomposo título; para manifestarle que ningún noble ni rey del mundo tenía tesoros más ricos que él, la llevó una noche con ojos vendados al interior de la fortaleza del Cuzco, y andados apenas unos doscientos pasos, bajados unos pocos escalones y quitado el pañuelo, se halló aquella señora en un gran salón cuadrado, donde colocadas en bancos o potros alrededor de la pared vio las estatuas de los incas, cada una del tamaño como de un niño de doce años y todas de oro macizo. También vio muchos vasos de oro y plata; en una palabra, según ella

1_lorente 1.p65 525 29/11/2006, 12:15 p.m.

decía, era uno de los tesoros más magníficos del mundo entero». Si bien semejantes relaciones inspiran justa desconfianza, la ocultación de inestimables tesoros está fuera de duda: los que se han descubierto en varias huacas atestiguan el hecho de una manera incontestable y, entre otras pruebas, por el informe de Toledo consta que los hijos del Sol enterraban en la campiña la mayor parte del oro y plata de su uso, no dando parte del secreto sino a la más segura de sus mujeres o ancianos favoritos con la esperanza de que lo llevarían consigo a la tumba.

Como se ve por lo expuesto, ni la tendencia niveladora del socialismo, ni la previsora política del gobierno impedían que la riqueza producida se distribuyese con mucha desigualdad entre nobles y plebeyos, ni que el bienestar se sacrificara a gastos impuestos por la superstición y por el lujo. Las habitaciones del pueblo, especialmente en la sierra, fueron siempre estrechas, escasas de luz, sucias y poco ventiladas; los vestidos de abasca u otra tela basta y no tan renovados como habría exigido la limpieza; los muebles se reducían a pocas ollas de barro *(manca),* platos de zapallos *(mate),* vasijas para la chicha *(puiño),* alguna estera *(caya),* uso *(puchica),* batán de piedra *(cutana),* y vasos de barro o tosca madera; la alimentación fue tan parca que sin el frecuente abuso de la chicha y otros excesos se habrían tomado las comunidades de indios por comunidades de anacoretas; entre tanto, la nobleza residía en palacios suntuosos, podía solazarse en amenos jardines, saboreaba platos exquisitos, se adornaba con vestidos magníficos de *cumbi* (lana de vicuña), descansaba en ricos asientos *(tiana),* lucía en su persona y casa las piedras y metales preciosos, las plumas y pieles vistosas, daba a sus hijos juguetes de gran valor y encerraba en su sepulcro riquezas que habrían hecho la fortuna de muchas familias. Todos, pobres y ricos, prodigaban sus bienes, sea para la vana ostentación en las fiestas públicas, sea para alegrarse con sus parientes y allegados en las festivas reuniones privadas. Si las labores campestres se convertían a menudo en fiesta; si también era una fiesta de la muerte, renovada periódicamente, el duelo de los poderosos y de los humildes; si en fin tomaban un carácter festivo el nacimiento, el corte del primer cabello y la entrada a la pubertad; el matrimonio, como que solía celebrarse simultáneamente uniendo con lazos conyugales el inca a sus parientes y los gobernadores a las doncellas que tenían de dieciocho a veinte años con jóvenes de veinticuatro años a veintiséis, siendo obligatorio para los de treinta, era la fiesta nupcial de todas las familias: en ella y en las demás, no habiendo inquietudes por el porvenir, de que la autoridad se encargaba, se consumía cuanto se tenía, impidiendo limitar los gastos la competencia y la imprevisión inevitable en cabezas acaloradas por la embriaguez incipiente.

1_lorente 1.p65 526 29/11/2006, 12:15 p.m.

No obstante los usos poco económicos, en el vastísimo imperio de los incas fue desconocido el pauperismo, la más terrible plaga de las naciones modernas que marchan a la cabeza del mundo civilizado. La suerte común del pueblo era muy superior a la que entonces tenían las demás tribus de América y la clase plebeya en toda la Europa feudal; la nobleza imperial gozaba de una opulencia que hubieran podido envidiar los príncipes de feudalismo. Al considerar el espléndido lujo de los poderosos y la holgada situación de la muchedumbre nadie puede negar su admiración, ni sus elogios a los hijos del Sol; en nombre de la libertad ilustrada será censurada la absurda teocracia; invocando los derechos de la conciencia se presentará muy bajo el nivel de la moralidad, que no podía levantarse sobre la obediencia ciega y absoluta; ante el progreso indefinido aparecerán reaccionarias las instituciones incásicas; pero todo hombre de buena fe reconocerá en aquella civilización dos beneficios inapreciables, la difusión del bienestar y el establecimiento de la nacionalidad peruana sobre bases indestructibles. El Perú creado por los incas ha resistido y resistirá a las conquistas desoladoras, a las veleidades del despotismo y a la disolvente discordia.

1_lorente 1.p65 527 29/11/2006, 12:15 p.m.

Capítulo VI
Descripción del imperio

Idea general.- Aunque los incas aspiraban a la conquista del mundo la naturaleza de las cosas, más poderosa que la voluntad de los hombres, limitó su imperio al oeste por las aguas del Pacífico, y en las demás direcciones por territorios que ocupaban hordas bárbaras, cuya reducción no les inspiraba mucho interés y ofrecía dificultades casi insuperables. Por esta causa la dominación imperial sólo se extendió de Oriente a Occidente en la parte más ancha, unas ciento veinte leguas o seis grados de longitud, y de Norte a Sur unas ochocientas leguas o cerca de cuarenta grados de latitud, estando poco más o menos el río Angasmayo, que fue su límite septentrional, a 2º latitud N y el río Maule, su límite meridional a 37º latitud S. Sin embargo, el largo del imperio, si se tienen en cuenta los rodeos, pasó de mil doscientas leguas y en él estuvieron incluidos los vastos territorios que hoy posee la parte civilizada del Ecuador, Perú, Bolivia, Chile y parte de la Confederación Argentina y Colombia.

Sobre la conocida división del imperio en cuatro partes ha dicho Cieza, refiriéndose a la plaza mayor del Cuzco, «de esta plaza salían cuatro caminos reales; en el que llamaban Chinchasuyo, se camina a las tierras de los llanos con toda la serranía hasta las provincias de Quito y Pasto; por el segundo camino, que nombran Condesuyo, entran las provincias que son sujetas a esta ciudad y a la de Arequipa. Por el tercer camino real, que tiene por nombre Andesuyo, se va a las provincias que caen en las faldas de los Andes y a algunos pueblos que están pasada la cordillera. En el último camino de éstos, que dicen Collasuyo, entran las provincias, que llegan hasta Chile. De manera que, como en España los antiguos hacían división de toda ella por las provincias así estos indios para contar lo que había en tierra tan grande, lo entendían por sus caminos». En realidad las denominaciones Andesuyo, Collasuyo, Cuntisuyo y Chinchasuyo no expresaban las cuatro mayores provincias del impe-

lorente_ultima parte_1.p65 529 29/11/2006, 12:16 p.m.

rio regidas por cuatro virreyes, como han creído varios historiadores: eran cuatro regiones muy desiguales en el número y extensión de las provincias que en ellas se encerraban. Tampoco correspondían, según se cree comúnmente, a los cuatro puntos cardinales; como ha notado Squier, Andesuyo se extendía entre E y S, Collasuyo entre S y O, Condesuyo entre S y O, Chinchasuyo entre O y N.

Las divisiones provinciales del imperio hubieron de variar necesariamente con los progresos de la conquista y las necesidades de la administración, siéndonos desconocida su última forma; pero entre las provincias que ofrecen mayor interés histórico por haber sido de más extensión, de mayor importancia o de carácter más permanente, se distinguen las siguientes:

En Antisuyo los Andes de Vilcabama, valle de Yucay, Calca, Lares, Paucartambo, Callahuaya (Carabaya) y Llaricasa (Larccaja). En Collasuyo el territorio meridional del Cuzco con Quispicanchi, Canas y Canchas; el Collao con Orcosuyo al O., Umasuyo al E., islas de Titicaca en el centro, Pacages (Pacasa) al S.; fuera del Collao Paria, Chayanta, Sicsica, Cochabamba, Amparaes, Caranca, Llipi y Chichas en el Alto Perú y más allá los reinos de Tucumán y Chile. En Cuntisuyo por la sierra Chilques y Masques (Paruro), Quechuas, Aimaras, Chumpivilcas, Collaguas, Condesuyos y Parihuanacochas; por la costa Camaná. Arequipa, Monquehua, Arica, Tarapacá, Tacna, Atacama. En Chinchasuyo, entre los Andes Abancay, Andahuaylas, Soras y Andamarcas, Vilcas, Huamanga, Tayacaja; Angaraes, Sullas, Huancas, Tarama, Chinchaycocha, Huánuco, Huamalies, Conchucos de Este, Cajamarquilla, Pataz, Chachapoyas, la sierra de Cajamarca y Huamachuco; al O. de los Andes Lucanas; Chocorvos, Huaitará, Yauyos, Huarochirí, Canta, Cajatambo, Huailas, Cabeceras de Conchudos, Huamachuco, Cajamarca y Huancabamba, valles de Nazca, Ica, Pisco, y Chincha, Señoríos de Chuquimanca, Cuismancu y Chimnu, valles de Lambayeque y Piura; al norte del Perú el reino de Quito con gran número de provincias en la sierra y en la costa. Las subdivisiones de las grandes provincias en otras más o menos considerables, y las de éstas en las inferiores secciones administrativas son poco conocidas; pero no por eso deja de reconocerse la existencia del mayor número de agrupaciones, las cuales revelan su antigüedad, sea por su nombre y conformación o la raza pura de sus habitantes actuales, sea por los recuerdos y ruinas. El coloniaje fuera de la costa y algunos centros minerales de la sierra, cambió muy poco la situación y denominaciones que habían dejado los incas: las violentas reducciones de Toledo, quien reunió al de su preferencia varios pueblos y estancias fueron poco estables ya por la dispersión de los indígenas que querían librarse de intolerables vejaciones, ya por el invencible apego al suelo nativo.

lorente_ultima parte_1.p65 530 29/11/2006, 12:16 p.m.

La grandeza del imperio, la extensión del cultivo, innumerables ruinas y la conocida solicitud de los incas por el bienestar de sus vasallos no dejan duda de que la población pasó de algunos millones; pero, no habiéndose conservado los censos imperiales, es imposible determinar, ni aun aproximadamente el número de habitantes. Fijándose, en que antes de la conquista faltaban los cereales y los animales domésticos importados de Europa, que hoy forman gran parte de la subsistencia, han creído algunos que la población sujeta a los incas apenas pudo llegar a cinco millones; pero al fijar ese número de habitantes, que por cierto es demasiado bajo, han olvidado la sobriedad habitual de los indígenas, que permitía subsistir a familias enteras con el sustento necesario para algún individuo europeo, y no han tenido en cuenta los innumerables rebaños de llamas, que entonces se criaban en las punas, ni los muchos terrenos hoy eriales, que producían abundantes cosechas a beneficio del riego. Incurriendo en el extremo contrario, ciertos escritores han asegurado que el imperio debió contener más de veinte millones de almas, no dando ninguna prueba de su aserción, o fundándose en que las poblaciones ya subsistentes con el mismo o con nombre diferente, ya enteramente arruinadas, sobreabundan en las quebradas, a las orillas del mar, en las punas y sobre todo en las laderas: el valle de Santa y otras regiones hoy casi desiertas fueron un semillero de pueblos; y grande fue tambien el número de los que entonces existieron en las que ahora son simples haciendas. Mas el cálculo basado en las ruinas es por extremo aventurado: suelen pertenecer a diversas épocas, y en varias de ellas están confundidos los sepulcros y los campos cultivados con la morada de los habitantes, los que a veces se hacinaban en cierta especie de colmenas, y a veces se diseminaban en caseríos por la dilatada campiña. No obstante las causas de incertidumbre, creemos no alejarnos mucho de la verdad, estimando la población del imperio en algo más de diez millones: es aproximadamente la que hoy vive en el territorio dominado por los incas, y fuera de otras valiosas conjeturas se encuentra conforme a las numeraciones acabadas en 1551 y 1581; la primera que había sido decretada por Gasca, fue ejecutada por el oidor Cianca, el arzobispo Loaisa y los dominicos fray Domingo de Santo Tomas y fray Tomás de San Martín, que llegaron a ser obispos de Chuquisaca; y sin incluir Chile y algunas otras provincias, dio 8 285 000 habitantes. En la numeración de Toledo resultaron 1 067 697 indios varones tributarios, es decir, de la edad de 18 a 50 años, no habiéndose incluido en la visita general, que al efecto se hizo, Quito, Tucumán, ni Chile: a razón de cinco indios por cada tributario, esa numeración daría 5 338 485 almas. Cualquiera que tome en consideración las bajas producidas por las guerras civiles por la conquista, las omisiones expresadas y otras inevitables, cuando se trata

lorente_ultima parte_1.p65 531 29/11/2006, 12:16 p.m.

de impuestos, se convencerá fácilmente de que los súbditos de Huaina-Capac pasaron de los diez millones indicados.

Bajo los incas la población no podía aglomerarse en grandes ciudades, porque la vida rural, a que estaba entregada la inmensa mayoría de habitantes, los dispersaba por campos y punas; además faltaban los vastos emporios de las manufacturas y del comercio, que forman otros tantos centros muy poblados, y ni los incas, cuya hábil política nunca violentó los hábitos inveterados, pusieron empeño en aglomerar la población diseminada ni ésta se prestaba de buen grado a separarse de su venerada pacarina, y del sitio en que su vida se deslizaba agradablemente entre rústicas ocupaciones. Las alegres solemnidades del culto, si atraían numeroso gentío, no podían retenerlo cerca del santuario, sino días contados; y la concentración producida por las empresas políticas y militares, era de suyo poco duradera. Por estas causas sólo eran poblaciones de consideración el Cuzco, como capital del imperio y de veinte a treinta ciudades metropolitanas, como capitales de muchas provincias reunidas en una circunscripción administrativa. Entre estas metrópolis, algunas equivalían a capitales de reino y otras a capitales de departamento; las principales eran por el norte Vilcas, Pucará, Jauja, Huánuco, Cajamarca, Huancabamba, Tumibamba, Lacatunga y Quito; por el Sur, Ayaviri, Hatuncolla y Paria, y todas se hallan en la sierra. En la costa, aunque hubo poblaciones antiquísimas y de gran vecindario, sea porque en gran parte de ella la dominación imperial sólo llegó a establecerse en los últimos reinados, sea principalmente porque los incas considerando la resistencia de los yungas, sus recursos y su espíritu de independencia tendieran de ordinario más bien a debilitar que a engrandecer los centros políticos, no existieron verdaderas ciudades metropolitanas; apenas conservaron restos de su pasada preponderancia Pachacamac, Chanchán y Chincha, y sólo recibieron débiles incrementos Tumbes, Tarapacá y algún otro centro secundario. Cieza lo atestigua con estas palabras: «los tributos, que daban a los reyes ingas, unos de ellos los llevaban al Cuzco, otros a Hatuncolla, otros a Vilcas, algunos a Cajamarca; porque las grandezas de los incas y las cabezas de las provincias lo más sustancial era en la sierra». Sin contar las metrópolis hubo de cien a doscientas poblaciones algo considerables; el número de las pequeñas fue de algunos miles, como es fácil reconocer examinando los restos de caseríos, que a cortos intervalos se suceden casi sin interrupción en la mayor parte de los valles; y como puede comprobarse entre otros testimonios por los de Cieza, Garcilaso, Balboa, Diego León Pinelo, repartimientos de Toledo, razón de Morales Figueroa, primeras doctrinas y otras relaciones nominales.

lorente_ultima parte_1.p65 532 29/11/2006, 12:16 p.m.

El Cuzco.- La capital del imperio recibió, según algunos historiadores, el nombre de Cuzco de una palabra que significa piedra, por las muchas que había en aquel sitio. Otra opinión más verosímil deriva dicho nombre de un verbo, que significa allanar, porque en efecto hubo necesidad de terraplenar el terreno, que era muy desigual y se hallaba inundado en la parte baja. La etimología adoptada por Garcilaso, que hace a Cuzco sinónimo de ombligo o centro en sentido metafórico, no está fundada en las lenguas indígenas, y no parece conforme al orden de los hechos: no era natural, que una naciente población se considerase centro de un Estado por crearse, y en realidad la parte central del imperio no fue el Cuzco, sino la ciudad de Vilcas, equidistante de Chile y de Quito. Si se dice, con Squier, que la denominación de centro se refiere a la posición central del valle del Cuzco con relación a los de Anta y Andahuaylillas, pocos lugares hay que no pudieran recibir igual calificativo; porque casi todos ocupan igual posición respecto a otros del contorno.

No es seguro que el Cuzco haya sido fundado por Manco-Capac, según se cree comúnmente: algunos historiadores suponen la fundación anterior en muchos siglos a la aparición del primer inca y otros la creen obra de Lloque Yupanqui. Sin embargo, es muy probable, que Manco-Capac fundara la humilde cuna del grandioso imperio a las faldas de Sacsahuaman, porque allí existía el modesto palacio, que la tradición tuvo siempre por suyo. Esto no obsta, para que más abajo existiera desde tiempo inmemorial un caserío llamado Cuzco, patrimonio de los Alca-Vilcas, antiquísimos curacas de la comarca; ni para que el tercer inca fuera considerado fundador de la ciudad, por haberla engrandecido y embellecido mucho.

El núcleo del Cuzco, donde se levantaron los suntuosos edificios del culto y de la nobleza, estuvo encerrado entre los ríos Huatanay, que baja por el oeste de Sacsahuaman, y el Tulumayo, que viene del Rodadero; el camino de Antisuyu separaba a Hanan-Cuzco situado hacia el norte, de Hurin-Cuzco constituido en el sur; en la extremidad septentrional estaba el barrio de Colcampata; en la meridional, cerca de la confluencia de los ríos el Pumapchupan (cola del león); entre ambos barrios por el lado oriental los de Cantutpata (andén de las flores llamadas Cantuta) Pumacunco (viga de leones), Tocacachi, Munaicenca y Rimacpampa (plaza de los pregones), por el lado occidental los de Huacapunco (puerta del santuario), Carmenca, Quillipata, Pichu, Chaquilchaca y Cayancachi. La gran plaza llamada Haucaypata (plaza de regocijos) ocupaba el centro de la ciudad; por tres costados estaba ocupada por los mayores palacios y al occidente, que había quedado vacío, la separaba el Huatanay de otra plaza menor llamada Cusipata (plaza de la alegría). Tres calles, que corrían del medio de la ciudad hacía Pumapchupan, terminaban en

lorente_ultima parte_1.p65 533 29/11/2006, 12:16 p.m.

Intipampa (plaza del Sol), la que estaba delante de Coricancha (cerco de oro) el opulento santuario dedicado al astro del día. El prolongado monasterio de las Vírgenes del Sol se extendía desde Haucaypata hasta las casas adyacentes a Coricancha, destinadas a los sacerdotes. Detrás del lado oriental de Haucaypata se hallaban las escuelas, llamadas Sacha-Huasi (casa de enseñanza) en conexión con otros palacios. Sobre el Sacsahuaman se alzaba la estupenda fortaleza, como la acrópolis de Atenas dominando la ciudad y coronando su grandeza.

La hermosura del valle, el clima saludable, los abundantes recursos de todo género y la poderosa atracción de la corte imperial hubieran podido hacer del Cuzco una de las mayores capitales del mundo; pero, como los incas no dejaban a sus súbditos la libre elección de su residencia, el número de los establecidos en el Cuzco, lugar privilegiado, nunca pasó de cincuenta mil; de lo que es fácil convencerse observando que su recinto fue algo inferior al de la ciudad actual, que no cuenta mayor vecindario. Los conquistadores, que la vieron en todo su ser, no le dieron una población superior; es verdad que el escritor anónimo citado por Prescott habla de cuarenta mil vecinos, y que representando generalmente cada vecino cinco individuos, resultarían doscientos mil habitantes; pero dicho escritor ha tomado la palabra vecino por individuo, como aparece de sus expresiones, que son las siguientes: «sería pueblo de cuarenta mil vecinos solamente lo que tomaba la ciudad, que arrabales y comarcas en derredor del Cuzco a diez o doce leguas, creo yo, que había doscientos mil indios, porque esto era lo más poblado de todos estos reinos».

Aunque el Cuzco no fuera la ciudad más populosa del Nuevo Mundo, y ni siquiera tuviera la extensión de Chanchán, la capital de Chimú, se aventajaba a todas de la América y aun a las más de Europa durante la Edad Media, por su aspecto regular e imponente. Las calles, si bien eran angostas, estaban regularmente dispuestas y pavimentadas primorosamente con pequeñas piedras. Aunque constaban de un solo piso, las casas principales llamaban la atención por ser de piedras admirablemente labradas y colocadas con artificio sorprendente; no perjudicaban al efecto general los techos de paja, que hacían olvidar la inferioridad del material con la primorosa disposición, y no podían menos de causar gran sorpresa monumentos grandiosos que aparecían por todas partes. El Huatanay se hallaba canalizado hasta su salida del valle, y dentro de la población había sido cubierto con losas, que descansaban sobre ambas orillas o sobre puentes de madera. Los conquistadores, no obstante que nada podía igualar al Dorado de sus sueños, saludaron a la ciudad imperial con admiración entusiasta y de este sentimiento han participado cuantos viajeros han podido reconstruirla en su imaginación por el espectáculo de las ruinas. La veneración, que en los días de esplendor de

lorente_ultima parte_1.p65 534 29/11/2006, 12:16 p.m.

tributaban los antiguos peruanos, era incomparable: para ellos reunía el doble prestigio de la Roma de los Césares y de la Roma de los Papas; de ella partían la acción política y la militar, que unían en el vastísimo imperio las mil naciones antes rivales, y allí existían más de trescientos adoratorios, sin contar el fascinador de Coricancha; teniéndola por cosa santa, habían llamado a uno de los barrios de entrada Huacapuncu; cuanto de ella salía, era objeto de preferente estimación; el caminante que se dirigía a su recinto sagrado cedía el paso al que había tenido la dicha de visitarla.

El palacio de Manco-Capac excitaba singular veneración, por su antigüedad y por lo sagrada que se había hecho la memoria del primer inca. El de Inca Roca, que estaba junto a las escuelas en Coracora (herbazal) se hacía admirar por sus paredes ciclopeas en las que había piedras del peso de muchas toneladas, distinguiéndose la llamada de doce esquinas por sus doce ángulos, a los que se ajustaban perfectamente otras tantas piedras. El palacio de Pachacutec, situado al oeste de Coracora, había recibido el nombre de Cassana (cosa para helar) porque su construcción podía pasmar al que lo mira atentamente. El de Viracocha, que formaba el costado oriental de la plaza mayor, ocupado hoy por la catedral, tenía galpones o grandes salones cubiertos para las reuniones populares en los días de lluvia, donde podían divertirse más de tres mil personas, y maniobrar sin embarazo sesenta soldados de a caballo. Amarucancha (cerco de culebras), que era el palacio de Huaina-Capac, llenaba casi todo el costado meridional de Haucaypata y excedía a los demás en grandeza y en el lujo de las decoraciones. Todas las mansiones regias presentaban magníficas portadas, muros de imponente sencillez, ya labrados con la perfección del gusto clásico, ya con el aspecto rústico, que hermosea varios monumentos de Florencia, un vastísimo patio en el que se abrían las principales habitaciones y gran número de grandes piezas, sin comunicación entre sí, y ofreciendo a lo más en su interior pequeños cuartos reservados. En el exterior del edificio lo más admirable eran las piedras: éstas se hallaban tan unidas sin mezcla alguna, no obstante la desigualdad de tamaño y formas, que no pudiendo pasar por entre sus junturas la más delgada hoja de cuchillo, se habrían tomado por un colosal monolito; los hombres más competentes convienen en que pudieran tomarse por obras de bárbaros las más perfectas de nuestros días, comparado su trabajo con el de las construcciones imperiales. El lujo interior parece un cuento de las Mil y una noches, cuando se consideran las maravillosas alfombras, la profusión de piedras preciosas, el oro y la plata prodigados en muebles, decoraciones y toda suerte de utensilios. Hubo también grandiosas escuelas, prisiones muy notables, magníficos baños y depósitos de fieras, aves y reptiles.

lorente_ultima parte_1.p65 535 29/11/2006, 12:16 p.m.

Las materias preciosas se habían prodigado sobre todo en Coricancha, convertido hoy en convento de Santo Domingo. Según Cieza, el cerco de oro tenía unos cuatrocientos pasos de circuito, y a su admirable estructura sólo podía compararse a la de dos edificios españoles, uno en Córdoba y otro en Toledo. El templo del Sol propiamente dicho ocupaba todo un lado de Coricancha, tenía su puerta principal hacia el nordeste mirando a la plaza del Sol, y su testero oriental estaba ocupado por la radiante imagen del astro del día, cubierta de esmeraldas. Aunque la posición de la brillante efigie no le permitiera reflejar, como se ha creído, la luz del sol saliente; en los clarísimos días de la sierra todo el santuario despedía resplandores deslumbrantes; porque se hallaban cubiertas de oro y piedras preciosas sus paredes y puertas, y corría una ancha cornisa del rico metal por dentro y fuera de sus muros. Las estatuas de los incas y no sus momias, si se exceptúa la de Huaina-Capac, según los indicios más verosímiles, eran con la imagen de su celestial padre los únicos objetos que allí se presentaban a la adoración pública. Para el soberano reinante había cierta especie de tabernáculos escavados en la pared, donde podía descansar sobre asiento de oro, entre adornos de turquesas y esmeraldas.

Adyacentes al santuario del Sol, se veían cuatro capillas menores consagradas respectivamente a su hermana la Luna, a las estrellas, especialmente Venus, que forman su celeste comitiva, al Illapa, que con el trueno, rayo y relámpago ejecuta sus venganzas, y al arco iris su bellísimo mensajero: en ésta y en la primera capilla, los adornos eran plateados, en las otras dos de oro. En el adoratorio de la Luna se veneraban también las estatuas de las reinas.

Se hallaban igualmente adornados con lujo los departamentos destinados al sumo sacerdote y a los demás guardianes del santuario. Doce pirhuas u orones, en que se depositaba el maíz, eran de oro, lo mismo que los útiles del culto, y lo que es más sorprendente, las llamas, pastores, plantas artificiales, herramientas, terrones y otra gran variedad de objetos con que se había procurado realzar las bellezas naturales del jardín plantado sobre vistosas terrazas que dominaban el Huatanay. Hasta los conductos que llevaban el agua y las fuentes que recibían la destinada a los sacrificios, eran dorados o plateados.

La opulencia se hacía admirar igualmente en la decoración interior de Acllahuasi (casa de las escogidas); el exterior sólo ofrecía un gran edificio, de unas ochocientas varas de largo y unas doscientas de ancho, situado al oriente de Amarucancha, de la misma imponente sencillez, y con el aspecto de austero recogimiento, que hoy corresponde al monasterio de Santa Catalina, colocado en el sitio que antes ocuparon las Vírgenes del Sol.

lorente_ultima parte_1.p65 536 29/11/2006, 12:16 p.m.

Se ha tachado de exageración a Sancho, Cieza, Garcilaso y demás escritores españoles que han pintado con mágico colorido las riquezas acumuladas en los palacios y casas religiosas del Cuzco. Mas desde luego no parece cuerdo rechazar de ligero testimonios respetables: además nada tiene de increíble la acumulación de ingentes tesoros en la capital de un imperio abundante en metales preciosos, donde no estaba en uso la moneda metálica y el oro y la plata afluían en corriente continua para realzar la majestad del Monarca y de su divino padre. Por otra parte, habiendo llegado los artífices a disponer los valiosos adornos en muy delgadas láminas, la cantidad aparente superaba en mucho a la existencia efectiva de la plata y del oro manufacturados.

Sin necesidad de ostentar un Dorado, aunque no carecía de ricos adornos en todas sus partes, la fortaleza de Sacsahuaman fue un monumento rival de las pirámides de Egipto; si en sus estupendas tumbas desplegaron los Faraones todo su poderío y la cultura entera de sus vasallos, en su titánico baluarte legaron los incas a las generaciones futuras una maravilla igual y no menos duradera.

Por la parte que mira a la ciudad, siendo un verdadero precipicio, no necesitaba la fortaleza de grandes obras de defensa; por lo tanto, sólo se levantaron algunos terraplenes y una muralla de 1 200 pies en la explanada. Como las piedras eran medianas y estaban labradas con primor, fácilmente fueron separadas y precipitadas por la pendiente para ser empleadas en las construcciones privadas o públicas de los vecinos españoles, arrancando sentidas lamentaciones a las personas que, con razón, deseaban que se respetara el portentoso monumento. Felizmente para los admiradores de la venerable antigüedad han quedado en pie las tres murallas semicirculares que defendían la posición por la parte accesible; eran también de 1 200 varas de largo, siendo sus respectivas alturas de 27, 18 y 14 pies; la inferior, que era la más alta, distaba 35 pies de la media, y ésta 18 de la superior. Las principales entradas, fuera de los portillos, yendo desde la explanada, fueron tres: Tiapuncu (puerta del arenal), Acahuanapuncu (puerta de Acahuana, uno de los grandes arquitectos), y Viracochapuncu (puerta de Viracocha) consagrada al Dios protector de la ciudad santa. En el último recinto se levantaban tres torreones, el del centro en forma de cubo (Moyoc Marca) y los laterales cuadrados (Paucar Marca y Sallac Marca); el inca se alojaba en el circular, que ostentaba todo el lujo imperial, y en los laterales una guarnición escogida, a las órdenes de algún príncipe de la sangre; los tres torreones se comunicaban entre sí, y el principal estaba en comunicación, por un desfiladero subterráneo, con los palacios del Cuzco; las excavaciones formaban un verdadero laberinto, casi impenetrable por los extraños.

lorente_ultima parte_1.p65 537 29/11/2006, 12:16 p.m.

En la fortaleza de Sacsahuaman el militar podía admirar los parapetos y ángulos de los muros, que satisfacían las exigencias más avanzadas del arte; el artista debía contemplar con entusiasmo el primoroso artificio de las labores; la curiosidad vulgar se extasiaba ante tantas y tan grandes piedras, que en el muro inferior eran verdaderas rocas y fueron reunidas en la maravillosa cristalización por constructores que no disponían de bestias de tiro, ni de maquinaria perfeccionada, ni de otros procederes para vencer ingentes resistencias. Considerando la inmensidad de las dificultades y la escasez de medios mecánicos, los admiradores sencillos se inclinaban a tomar la titánica construcción por obra del diablo o de una raza extinguida de gigantes; otros, que aspiraban a explicarlo todo por procederes científicos, suponían que las piedras habían sido artificiales y hechas en el mismo sitio imitando las formaciones de la naturaleza en aguas petrificantes como las de Huancavelica; pero no entraron para nada la magia, ni los gigantes, ni los procederes científicos: todo lo hicieron el número de trabajadores, que subió a veinte mil, y la constancia en los trabajos, que duraron más de cincuenta años, desde el reinado de Pachacutec hasta el de Huaina-Capac. El prodigio habría sido inexplicable si, como asegura Garcilaso, una de las rocas trasportadas hubiera sido la llamada *sacayusca* (piedra cansada), la que empujada por veinte mil acarreadores en una caída mató trescientos, y por eso se dijo que había llorado sangre; pero según la juiciosa observación de Squier, esa roca, que pesa más de mil toneladas, nunca fue removida de su actual sitio por fuerzas humanas. El sabio viajero nota con igual razón que otras grandes piedras no fueron traídas atravesando ríos y cerros de la distancia de cinco y de quince leguas, sino que con menores obstáculos se trasportaron de canteras que distan una milla escasa. Para elevarlas a más o menos altura, bastó formar planos inclinados, amontonando convenientemente la tierra.

A unos trescientos pies en frente de la fortaleza se levanta la piedra lisa del Rodadero, en la que hubo terraplenes, escalinatas, asientos y otras varias labores, y por cuya resbaladiza pendiente se ha entretenido desde tiempo muy atrás en deslizarse la juventud cuzqueña. Squier ridiculiza con razón el error de los que han hablado como de una piedra, que se hacía rodar por pasatiempo, de aquella roca, que tendrá media milla de circuito y al menos ochenta pies de altura.

No lejos del Rodadero está la Chingana, otra gran roca llena de hendiduras naturales que, aumentadas por el arte, forman un peligroso laberinto en cuyas secretas cavidades ha supuesto la leyenda, fácilmente acogida por la crédula codicia, la existencia de inapreciables tesoros ocultados durante la conquista.

Los arrabales del Cuzco, aunque no podían ostentar la opulencia del recinto habitado por la nobleza, llamaban la atención por la varie-

lorente_ultima parte_1.p65 538 29/11/2006, 12:16 p.m.

dad de usos que allí desplegaba la multitud de habitantes transportados de las diversas regiones: era aquélla una miniatura del imperio, porque cada raza se establecía en la parte que miraba a su provincia, conservando sus individuos el tocado respectivo. La comarca entera parecía una prolongada población, sucediéndose los caseríos y aun los verdaderos pueblos a distancias poco considerables. Hasta el valle de Anta abundaban las casas de recreo con suntuosos aposentos para la familia imperial; allí había una ancha y fuerte calzada, y eran muy pintorescos los andenes, cubiertos de plantas lozanas. En toda la campiña eran de ver no solamente las amenas plantaciones, sino también las magníficas residencias del numeroso cuanto lucido cortejo, que de continuo rendía culto a los incas difuntos enterrados secretamente junto con grandes tesoros para que estuvieran los hijos del Sol libres de la indigencia, una vez resucitados. En las alturas se habían construido muchos santuarios, siendo el de Huanacauri el más venerado.

Antisuyu.- Aunque la región de Antisuyu era inmensa y sobreabundaba en recursos, los incas sólo poseían en ella territorios muy reducidos con escaso número de habitantes. Los Andes de Vilcabamba, que fueron el refugio de Manco-Inca y de sus hijos después de la conquista, por su difícil acceso, su escabroso suelo, sus tupidos bosques y sus alturas casi inaccesibles, florecieron a los fugitivos y a más de 60 mil partidarios suyos un asilo segurísimo. *Choqquequircio* (cuna de oro) corte de los destronados monarcas, estaba como suspendida entre cimas coronadas de nieves eternas y la profundísima quebrada, por donde corre el Apurímac; sus ruinas, de que la tradición local conservaba vagos recuerdos, fueron visitadas a fines del siglo pasado por algunos curiosos, de cuya superficial observación dio cuenta Cosme Bueno, y habiendo sido mejor examinadas en nuestros días por Angrand, han llamado la atención del mundo sabio por la interesante descripción de Desjardins: hoy están reducidas a paredes de palacios, salón para fiestas, casa de fieras, plaza de armas, fortines, prisiones, baños, garitas y algunos restos confusos perdidos en la selva pantanosa; si bien el todo no es indigno de las grandes residencias imperiales, el aislamiento y el mal clima hacen inverosímil, que allí pasaran su juventud los herederos del imperio, como se ha supuesto por algunos. Vilcabamba, principal población de esta provincia, estaba situada en la falda oriental de los Andes, a la cabeza de un afluente del río de Santa Ana, y su numeroso vecindario se ha reducido a unos pocos habitantes dispersos en caseríos. La misma suerte han corrido los del inmediato pueblo de Puquiura (Pucyura), Huarancalla, Occobamba, Amaibamba, Quillobamba, Huayonata, Lucuma, Viticos, Chuquipalpa, Pambacona y Marcahuasi.

lorente_ultima parte_1.p65 539 29/11/2006, 12:16 p.m.

El valle de Yucay, de encantadores paisajes, fue la más placentera residencia de los incas en sus días más prósperos: sus variadas perspectivas, en que se mezclan toda suerte de bellezas naturales; sus artísticos andenes, que eran una vistosa sucesión de jardines escalonados; sus magníficos palacios, en que había otros jardines de plantas, animales y útiles campestres, hechos de oro; el clima primaveral, las producciones tan abundantes como delicadas y los goces de la espléndida corte incesantemente renovados en aquel apacible albergue, todo convertía en un edén al sitio real de los afortunados descendientes de Manco-Capac. La fortaleza, llamada entonces por excelencia Tambo, a la que aventuras novelescas han hecho célebre con el nombre de *Ollantaytambo,* presentaba asilos casi inexpugnables por los fortísimos medios de defensa, que allí habían acumulado la naturaleza y el arte: éste había multiplicado, desde tiempo inmemorial hasta el levantamiento de Manco Inca, las murallas ciclopeas de bien dispuestas almenas, los torrones avanzados, toda suerte de construcciones gigantescas, colocadas ya en tortuosos escalones, ya en plano inclinado, que sube por terraplenes; las fortificaciones naturales son la quebrada de Urubamba, la garganta o precipicio de Patacancha, el Pithocuna (cuesta de flautas) masa de rocas que se elevan a miles de pies de altura, el imponente nevado de Chicón y otros obstáculos que cierran el paso a los agresores; junto con la seguridad se habían consultado en Tambo las conveniencias imperiales con las habitaciones regias, vastos edificios para la guarnición y servidumbre, lugares de suplicio (horcas de hombre y mujer) acueductos, jardines y demás necesarios para la vida cómoda así en la paz como en la guerra; por la variedad, contrastes, grandeza y hermosura de las obras, sea del hombre, sea del Hacedor Supremo, Ollantaytambo ha excitado justamente el asombro de los viajeros desde los primeros conquistadores hasta Squier, que ha dado de ellas la descripción más notable. Sin ser tan sorprendentes no dejaban de ser muy vistosas otras construcciones de Iucay, Urubamba, Maras, Guallaibamba, Mahuaypampa, Chequere, Bimbilla, Quiralla, Caitomarca, Osma, Managua, Canto y otras antiquísimas poblaciones hacia este lado en posición incierta.

La provincia de Calca, en la que está enclavado el ameno valle de Yucay, tenía en sus templadas alturas gran número de florecientes pueblos, siendo los más señalados Calca, que le da nombre y posee un antiquísimo santuario en su roca sagrada, Llamay, Coya, Zaquicancha, Omasbamba, Poqués, Chinchero con palacio y vistas muy bellas, Toray, Matinga, Masca, Cupirpongo tambo (Cuper), Písac de imponente fortaleza, grandiosa intiphuatana y cuesta de sepulcros (Tantana Marca). Pasadas las nevadas alturas de los Andes, se descendía a Lares, que poseía

lorente_ultima parte_1.p65 540 29/11/2006, 12:16 p.m.

en vez de pueblos formados las rancherías de Chuquibamba, Chuquicancha, Cachin, Huaylla y otras.

De mayor población e importancia eran los ricos valles de Paucartambo, donde se cultivaba de preferencia la apetecida coca para el placer del Monarca y de sus favorecidos. Los pueblos más conocidos fueron el de Paucartambo, que Herrera llama de Pacual, y los de Challapampa, Characay, Havisca, Tunu (Tono), Guacanga, Chemor, Atacallanga, Patamarca, Colquepata, Caycay, Huasa y Opotarí fundado con los primeros chunchos, que logró reducir la expedición llevada en tiempo de Inca Yupanqui por el Amarumasu (Madre de Dios) y el Beni hasta el territorio de los Musus (Mojos).

La provincia de Carabaya, llamada entonces de Callahuaya y Sancabán, es sin duda una de las más opulentas regiones del mundo, abundando las producciones vegetales de valor inestimable y derramando allí las lluvias el oro de subida ley hasta en las calles de los pueblos. Mas éstos no pudieron ser en número considerable, ni florecer mucho, porque la tierra, a cuyos ricos valles no baja cómodamente, sino que casi ha de precipitarse el viajero, no puede ser más inhospitalaria: el clima es en general muy insaluble; nieblas casi continuas impiden deleitarse en las bellezas del paisaje; lluvias torrenciales traen enormes y frecuentes derrumbes; la tradición recordaba con espanto la desaparición de muchas poblaciones por causa de los terremotos; en los bajíos, en que las sacudidas del suelo inspiraban menos terror, causaban grave inquietud los siempre inminentes asaltos de los feroces hijos de las selvas.

Con alguna probabilidad pueden referirse a la época incásica entre otros pueblos sea de la nebulosa ceja, sea de los inundados bosques, ocupados los naturales, unos en la industria agrícola y otros uniendo al cultivo de la tierra la extracción del oro: Ayapata, situada en la vertiente oriental de la cordillera, Ollachea en quebrada templada, Sancabán en región mucho más baja y cálida, Inambarí en la confluencia del Sangabán con el río caudaloso de aquel nombre, Coasa y Usicayos en la altura con antiguas chulpas en el tránsito, Chaluma, Cangali, Callahuya, Quinsamayo y otros lavaderos. Cuyocuyo de aguas termales, Patambuco cubierto de plantas hasta en las paredes y techos, Sandia, Iparo y otros con cultivo de vegetales intertropicales, Quiaca de benigno clima, y Chia con andenes y extensas ruinas no lejanas. De la próxima quebrada de Palca, pasando un ramal de la cordillera se iba a los Andes llamados de Cuchoa, a los que se descendía por Marcapata viniendo del Cuzco, y en los que se hallaba el rico mineral de oro llamado cerro de Camanti.

Aunque muy distante del Cuzco y situada al Este de los Andes la provincia de Llaricasa (Lasecaja en el virreinato y Muñecas en la República de Bolivia), era muy poblada y bastante cultivada: la prolongada

lorente_ultima parte_1.p65 541 29/11/2006, 12:16 p.m.

quebrada que la forma, dilatándose del bosque a las cumbres andinas, ofrece gran diversidad de climas, por lo común saludables, toda suerte de producciones y no muy difíciles vías para comunicarse. Sus condiciones favorables al desarrollo humano acreditaron la fábula del opulento imperio del Paititi, que se suponía oculto en las selvas vecinas. Probablemente fueron antiguas poblaciones o al menos ocuparon su lugar, Charazani, Pelechuco, Camata, Ayata, Mocomoco, Italaque, Combaya, Ilabaya, Challana, Zorata, Songo, Quiabaya y otras posteriores cabezas de doctrina.

Collasuyo.- Tomando la dirección del Collao, y pasados los arrabales de la capital, se encontraban a uno y otro lado del camino unos dieciocho pueblos de la nación Ayamarca, cuya reducción se atribuía al primer inca. Al dejar la comarca del Cuzco, se entraba en los amenos valles de Oropesa y Andahuailillas, donde existían poblaciones y edificios muy notables: Quespicancha, situada hacia la izquierda y que ha dado nombre a la provincia de Quispicanchi, tenía magníficos aposentos; en Muina, no obstante sus cenagosas cercanías, estaban el palacio de Huascar, otras casas reales con algunas estatuas y chinganas o laberintos subterráneos en el cerro de Rumicolca, que según la tradición ocultan grandes tesoros; Urcos, según se cree comúnmente, recibió en su pequeño y acaso artificial lago la cadena de Huascar; Cangalla gozaba de tambo; Yanamanche grande y chico, está hoy reducido a dos caseríos; Piquillacta se hacía notar por un fortísimo muro, que según Squier hubo de ser el límite fortificado del primitivo señorío y en la opinión más común fue un acueducto con una especie de portazgo en que se cobraban derechos de entrada y se impedía la salida de metales preciosos. El pueblo de Quiquijana, al que se iba por ásperas sierras, estaba inmediato a los Caviñas, cuya principal huaca se hallaba en Anzangata (Ocongate) donde veneraban un ídolo semejante a ellos, de espantoso aspecto, haciéndole bárbaros sacrificios; entre los pueblos afines se contaban Acomayo, cabeza hoy de una provincia, Acos, Huaruc, Acopia, cerca de una laguna, Pomacanche, Ccuñotambo o Sañu residencia de un supuesto mágico; entre otros de los Quechuares, que vivían en punas con árboles de ese nombre, había Punaquehuar, Rondocan, actual cabeza de distrito, Marcoconga y Sangarará, que posee un crucifijo muy venerado. Lucre, Lauramarca, Yanapampa, Saihua, Paprés, Pirque, Corma y Zancá. Siguiendo el camino del sur se llegaba al dilatado y en la mayor parte frío territorio de los Canas y Canchis, los cuales fueron atraídos con dificultad por los incas de las rígidas punas en que se encastillaban, a más templadas y accesibles laderas, siendo los siguientes las poblaciones mas notables: Tintacanche (Tinta) y Sicuani, capitales posteriores de pro-

lorente_ultima parte_1.p65 542 29/11/2006, 12:16 p.m.

vincia, Tungasuca patria del segundo Tupac-Amaru, Layosupa (Layo), Languisupa (Langui) con gran lago, Pomachape, Combapara, Combapata con puente de suspensión, Surimana, Sincahurucache, Llanaoca (Yanaoca) sobre altura fría, Marangani, Pampamarca en la orilla de una laguna, Pitumarca, Checacupi, Ancasaya, Anta, Lloto, Marquire, Huascapampa, Pichigua cerca del rico mineral de Condoroma, Yauri con minas de cobre, Llala, Consa, Cotomatinta, Cricoca, Quechua, Sahuasahua, Ocoruro, Huisa, Ampotusa, Ccahuaya, Chani, Alccasana, Ccama Checa, Coporaque, Chungará, a donde según cierta leyenda fueron exterminadas por Zapana las guerreras que dominaban en aquella región, Aconcagua de antiquísimo templo Checasupa, Charrachape, Ancocara, Coyopata y Cacha, que junto con otras admirables construcciones ostentaba el dedicado al dios Viracocha. El santuario se levantaba sobre grandes terraplenes, con cimientos de piedra y parte superior de adobe; tenía dos pisos, sostenido el alto por paredes formando callejones según Garcilaso y por simples pilares según Squier; en su capilla principal estaba la estatua del Dios, semejante a la aparición de Chitapampa, y en las laterales, se ignora, si hubo o no divinidades secundarias, rindiéndole homenaje.

Pasada la raya o cumbre meridional de Vilcanota, el primer pueblo considerable del Collao era Ayaviri que, después de arruinado, había sido repoblado por los incas, y se había ido engrandeciendo con palacio, templo, cuarteles, depósitos y demás edificios correspondientes a la capital de varias provincias. Pucará de Orcosuyo llamaba la atención por su fortaleza y por un cerro inmediato, muy pendiente y de maravillosas tradiciones; las ciudades principales al O del Titicaca eran Hatun-Colla y Chucuito. La antigua capital de los Zapanas, situada al pie de una lomada en una gran llanura, fue embellecida por los incas con las acostumbradas construcciones de las grandes metrópolis, y conservó su influencia sobre gran número de pueblos, que forman hoy la mayor parte del departamento de Puno: entre ellos se contaban Silustani con panteón de los poderosos curacas, Llamico, Condormilla, Pirhuani, Sunimarca, Humasuyo, Cacobamba, Carauco, Huayta, Chanahuayta, Champihuayta, Payllá, Antanta, Capacaypi, Achaya, Chaycosalla, Cupisalla, Caquixa, Churani, Allacatura, Queta, Pichacani, Nuñimarca, Mansaya, Ticoca, Sulcata, Callopoca, Tancuaña, Quinsachata, Hatunsayna, Huamanruro, Sellque, Sullcasaina, Quepa, Angara, los aillos hoy incorporados a Santa Rosa, Munibilata, Siali, Capano, Hicho, Llachon, Cotos, Ypusa, Amantini y Taquili en las islas de su nombre, Capachica en una península, Iscallani, Utuata, Hachasulcata, Hachacallata, Huancho, Taypioco, Yanchuco, Chicasco, Huaraya, Yuca, Ocapampa, Pomaoca, Paru, Marcayoca, Huaysapata, Huatasani, Paucorcolla, Lampa,

lorente_ultima parte_1.p65 543 29/11/2006, 12:16 p.m.

Umachiri, Ocuviri, Nicasio, Juliaca, Caracoto, Nuño, Mañzo, Macari, Cavanilla y Hatuncavanilla separados por un fuerte río, Tocani, Oruro, Calapuja, Caminaca, Laicacota, cuya laguna se tenía por encantada, Toquepani, Llalli, Tiquillaca, Coata, Huancané, Cojata, Moho, Conima casi en la orilla de la laguna, Vilque chico en una hermosa ensenada, la pintoresca Chupa, la inmediata Arapa, que explota un lago salado, Putina de aguas termales, Inchupalla expuesta a vientos muy fríos, Azángaro que conserva la antigua casa llamada Sondorhuasi, Pusi con manantial de petróleo, Quia, Sillota, Anorasi, Hila, Chaca, Llanahua, Mataró, Huatasani, Yacani, Ccasana, Ocalla, Taraco, Saman, Asillo, Muñani, Potoni, Papuja, Ainu, Chejachi, Accapisco, Apice, Chucaripu, Chaura, Yauli, Licos, Supirú, Huancalloso, Sucasco, Patascachi, Sahuaya, Poto, Mallcosuca, Challapa, Rurucachi, Escoma a las orillas del Titicaca, Ramis en la desembocadura de ese río, que también se llama Pucará, Phaca, Queneque, Huaca, Ilasin, Ananca, Vilque hoy célebre por sus ferias, Sayani, Ñacoregue, Limbani, Chejani, en fin, muy poblados caseríos, cuya importancia se expresaba con el calificativo Collana. Chuchuito la antigua rival de Hatuncolla, todavía en el primer siglo de la conquista extendía su jurisdicción sobre más de cien mil indios, mereciendo por sus ricos tributos ser repartimiento de la Corona; los principales pueblos de su dependencia fueron Acora, Zepita, Pomata, Chuli (Juli), Ilave, Pichacani, Zaacata, Huacallumi, Calocoto, Copani, Pavita, Patacollo, Vilcallamas, Isani, Pacota, Copata, Ayrahilata, Sullcamaquera, Yaja, Huahuachi, Maquera, Sallasi, Huahuayco, Yaccacañi, Ayrihuas, Aracachi, Totorhuma, Poccona, Amoquilla, Chambi, Yanapata, Imicata, Unicachi, Anapia en una isla, Pisacoma, Chambalaya, Yunguyo en el istmo de su nombre, y los aillos, que se incorporaron después al pueblo llamado por los españoles Desaguadero. Muchas parcialidades conservan todavía su nombre antiguo de Collanas (principales), Hurinsaya, Hanansaya, Sullcas (inferiores), Hilayas, Hilacaturas (superiores).

La próxima península de Copacabana, que hoy posee uno de los más venerados santuarios de la Virgen Santísima, en la antigüedad pagana, atraía igualmente innumerables devotos por un ídolo que recibía aquel nombre (piedra preciosa, que hace ver) por representar en una piedra de bello azul un rostro humano y atribuírsele maravillosas visiones; los peregrinos, que iban a embarcarse para la isla sagrada de Titicaca, tenían que pasar por tres puertas, *pumacunco* (puerta de los leones), *kentipunco* (puerta de las aves) y *pillcopunco* (puerta de la huaca); según Ramos, cronista del Santuario cristiano, los incas habían llevado allí mitimaes de las principales provincias. La isla de Titicaca fue así llamada según la etimología vulgar por una roca *(caca)* de plomo *(titi);* pero como este metal no existe en ella, es más probable que dicha denomina-

lorente_ultima parte_1.p65 544 29/11/2006, 12:16 p.m.

ción venga del mono llamado también titi, que natural o figurado pudo existir antiguamente: de tiempo inmemorial era venerada, porque se creía haber sido la primera tierra alumbrada por el astro del día, y desde que los incas se hicieron pasar por hijos del Sol colocados allí para civilizar el mundo, procuraron embellecerla con las más ricas construcciones; según Valera, con el oro y plata atesorados en su templo hubiera podido levantarse desde los cimientos el deslumbrador edificio; opulentos eran también el palacio, los baños y los jardines. La inmediata isla de Coati, que fue consagrada a la Luna, conserva todavía admirables restos del santuario de la diosa y del monasterio de las vestales. Las demás islas en parte fueron habitadas por los uros, cuya rudeza resistió tenazmente a la cultura incásica o a favor del clima menos rígido, que el de la tierra firme dieron a la agricultura producciones muy estimadas por su rareza en aquellas alturas; el maíz cosechado en la de Titicaca, se tenía por una de las más enérgicas zaraconopas.

Si en lugar de dirigirse a Orcosuyo se tomaba el camino de Umasuyo, una vez pasada la actual frontera con Bolivia, se hallaban entre otras las siguientes poblaciones: Huaichu, que resistió tenazmente a los incas, Chuquiapu (heredad de oro) futuro asiento de la Paz, Tanahuacas con una fortaleza de piedra, que da vista a la laguna, Oyune junto a un nevado, donde se creía haber oculto un gran tesoro, Ancoanco, que fue destruido por una tempestad, Huarina de grandes construcciones y célebre por una victoria de Gonzalo Pizarro, Pucarani, Ancoraimes, Ancoamayo, Huangaco, Tajara, Huata, Aygachi, Iscacachi, Lacsa, Llollo. Achacache, de gran población, Carabuco, que una leyenda supone visitado por San Bartolomé y Tiquina lugar delicioso en el estrecho de su nombre. La provincia de Pacasa, no obstante ser toda de punas, tuvo entre otros pueblos el antiquísimo Tiahuanaco, dotado por los incas de una casa real, en la que nació Manco-Inca; Cacyavirí, cuyos moradores adoraban un cerro a causa de su hermosura singular y esperaron de tan débil fortaleza una vana protección; Guaqui, Cajas, Viacha, Achocalla, Caquingora, Callapa, Curahuara, Hulloma, Calacoto, Machaca y Nasacará junto al Desaguadero.

Fuera del Collao las provincias más atendidas en el Alto Perú por los incas fueron las de Paria y Chayanta o Charcas. La ciudad, que daba nombre a la primera, fue metrópoli de muchas otras y como tal estuvo dotada de palacio, templo y depósitos, llamando todavía la atención las muchas y grandes sepulturas levantadas en las cercanías; pueblos de su dependencia fueron Condocondo, cuya cordillera abunda en oro y plata, Poopo, Challapata, Challacata, Challarcolla, Cuicari, Urmiay, Carahuay, Uros, Ancacata, Huancané, Huari, Cacachaca, Culta, Cahuayo, Hatunquillacaca, Usmara, Huancarama, Chocoña, Copacabana, Micani,

lorente_ultima parte_1.p65 545 29/11/2006, 12:16 p.m.

Moscari, Culluri, Curicasi, Machocomarca, Capanota y Aullagas junto a la laguna, en que entra el Desaguadero. La provincia de Charcas, que recibía su nombre de una tribu extendida por otras varias, se llamó también de Chayanta por su principal población, e incluía el asiento de Chuquisaca, futura capital del Alto Perú; el mineral de Porco, de donde se sacó la mayor parte de la plata empleada en Coricancha; el cerro de Potosí, cuya incomparable riqueza aún no era explotada; los pueblos de Murumuru, Macha, Pocoata, Panacachi, Amaya, Pitantora, Micani, Surrumi, Torocari, Huaicoma, Tutora, Sipisipi, Chiqui, Laimes, Catacollo, Chayala, Carimbuco, Marahua, Sacaca, Ocuri, Acaiso, Caiza, Yura, Tomahave, Coroma, Tacobamba, Pitobamba, Cauna, Sipoco, Miculpaya, Esquiri, Pocoporo, Turuchipa, Turupalca, Chuncuri, Pucuna, Caracara, Misque, Sacaca, Machaca y otros muchos, que después han figurado en diversas provincias. Las de Carancas, Ullaca, Llipi y Chicha situadas al O en terreno generalmente estéril, frío y escabroso, carecieron de pueblos dignos de especial mención. Aunque poco conocidos por estar los más fuera del gran camino, no dejaron de ser notables varias de las provincias orientales, cuyo territorio gozando de los más variados climas, se prestaba a producciones tan abundantes como variadas: pueden recordarse en Yamparaes, Quillaquilla, Amparaes, Mojotoro, Yotola, Churumatas, Pacha, Capavilque, Puruma, Sapci, Huanipaya y Huata; en Sicasica, que llegaba hasta la montaña, Mecapaca, Calamarca, Cooni, Collana de costumbres puras, Ocabaya, Calacoto, Zapaoqui, Palco, Yaco, Luribay, Mohomoho, Zuri, Cabari, Lala, Chulumani, Coroico, Yanacache, Huayrapata, Cotypata, Milluhuay, Choxlla, Irupana, Mohoso, Colquite, Ichoca, Quimi, Haraca, Hayohayo y Chamuru; en Cochabamba, cuyos fértiles valles son el granero de aquella serranía, Cochabamba, Sacaba, Choquemata, Yani, Arque, Capinota, Sipaya, Calliri, Tapacrí, Colcapirhua, Carasa, Sunata, Quillacoyo, Tarata, Tiquipaya.

En los confines del Tucumán y del gran Chocó existían los pueblos de Cotagaita, Tupiza y otros del linaje chicha *(sic)*, los de Pilaya, Finti, Pomabamba y Tomina, cuya prosperidad y existencia estaban comprometidas por la aproximidad de los Chirihuanas y otras hordas bárbaras. El dilatado reino de Tucumán, si bien por su espontánea adhesión mereció especiales consideraciones, y así por sus abundantes pastos, como por el fecundo cultivo de sus valles alimentó muchos miles de indios, no puedo tener pueblos muy grandes, ni muy estables, porque también estaba expuesto a continuas irrupciones de salvajes, y porque sus naturales, especialmente los Chalcaquies y otras tribus celosas por su independencia, solían dispersarse en la ilimitada pampa o refugiarse en el Chocó (reunión). El remoto reino de Chile, aunque hizo conocidos adelantos bajo la organizadora administración de los incas, tampoco pudo osten-

lorente_ultima parte_1.p65 546 29/11/2006, 12:16 p.m.

tar grandes poblaciones, sea porque a larga distancia, las difíciles comunicaciones y el corto tiempo de dominación debilitaban el influjo del gobierno imperial, sea a causa de los hábitos de aislamiento, que prevalecían entre los belicosos naturales y que hubo de respetar una política prudente.

Cuntisuyu.- Las provincias occidentales, cediendo más bien al prestigio de un gobierno sabio y benéfico, que al temor infundido por grandes ejércitos, se sometieron sin combate a los incas, antes que las fuerzas del imperio parecieran irresistibles; su pronta sumisión fue recompensada entre otros beneficios con puentes, calzadas y un canal de riego, que superando los mayores obstáculos llevaba la fecundidad a las dehesas en la extensión de más de 150 leguas; la protección imperial hubo de ser tanto más eficaz, cuanto que duró más de dos siglos, y en muchos lugares se hallaba favorecida por la proximidad a la capital. Sin embargo de estas condiciones favorables, tampoco pudieron formarse grandes pueblos en la dilatada región de Cuntisuyu: en la sierra, el terreno, casi todo frío y escabroso, disponía más a la dispersión propia de la vida pastoral, que a las vastas aglomeraciones producidas por otras industrias; en la costa, que nunca había sido muy poblada, el horror a la tierra caliente, peligrosa para la salud y para la vida de los serranos, solía retraerlos de establecerse en valles que tenían por mortífero destierro.

En la provincia de Chilques y Masques Pacaritambo fue de mucha nombradía no tanto por su grandeza, cuanto por haber sido el lugar donde se crió o al menos apareció el primer inca, debió existir en las ruinas llamadas Mauca Llacta (pueblo viejo); no muy lejos se hallaban Paruro que ha dado nuevo nombre a la provincia, y Yaurisque cabeza de aquel curato; a diversas distancias estaban Accha, subdividido en Aillo alto y Aillo bajo, y con uno de los primeros puentes de suspensión, Pilpinto, Huanoquite, Huancahuanca, Colca, Capi, Coyabamba, Tucuyachi, Omacha, Huillque, Hacca, Antapalpa, Araypalpa, Cusibamba, las fortalezas de Checcapucara y Cajapucara, Cuchirihuay, Pacopata, Pampacuchó, Pocora, Colcha, Capa, Huayaconga, Parco, Pocorhuary y Coror con vetusto, árbol, que sostiene las campanas. En el territorio de los quechuas se señalaban Cotabambas, que ha dado nombre a una provincia; Cotanera de menos nombradía; Apumarca, Chalhuahuacho, Pisabaya, Queuña, Piti y otros pueblos de Yanahuaras, Mara, Tambobamba, Mamará, Ayrihuanca, sobre una loma, Churoc suspendido sobre el abismo, Aquira, Ccyllurqui, Chuquibamba, Cocha, Palcaro, Llachua, Patahuasi, Acaro, Totorhuaila, Llachivilca, Palpocachi, Curpahuasi, Chirirqui, Turpay, Totora, Pituhuanca, Corasco, Choqquera, Pamparacay, Apomarca y Vilcabamba. En la provincia de Aymará los

lorente_ultima parte_1.p65 547 29/11/2006, 12:16 p.m.

pueblos más notables, cuyo mayor número estuvo situado a los lados del Pachachaca, fueron Chalhuanca, Pampamarcal, Mollebamba, Sabaino, Huaquirca, Pachaconas, Pocamarca, Yanaca, Colcabamba, Saraya, Chuquinga, célebre por la victoria de Girón, las parcialidades de Huallaripa con lavadero de oro, Mutca, Chaupimarca, Tiaparo, Pampallacta, Virahuacho, Chacocha, Maraypata, Ancobamba, Chacha, Sillco, Pachaconas, Subcunga, Ayabaya, Yacobamba, Sarayca, Huancaray, Caraybamba, Catarasi, las parcialidades de Umasuyos, Chacna, Tintay, Huayquipa, Tapayrihua, Colca, Calcauzo, Matora, Totora, Vitoc, Antilla, Antabamba cabeza de una nueva provincia, Amoca, Chacoche, Chalhuani, Atancama, Caypi, Lucre, Caracara, Tobaya, Capaga, Sañaica, Payraca, Colpa, Lucuchanga y Ruerí. Los Chumbivilcas, que habitaban en una región poco favorecida por la naturaleza, tuvieron por residencias principales a Villille, Livítaca con la llamada cueva de Huararí, bellísima gruta de estalactitas, Chamaca, Coquelmarca, Cotahuasi, las parcialidades reunidas hoy en Santo Tomás, Lluzco, Quinota, Yanqui, Achambi, Huaynacota, Totora, Toro, Capacmarca, Tomepampa, diversas parcialidades de Alcas, Puyca, Ayacasi, Quibio, Cancahuanis, Quillunza, Cuspi y Cupi. La provincia de Collahuas se llamó de Cailloma en la época colonial por su rico mineral de plata; en la del imperio su población más notable fue Coporaque, donde según los informes de Oré existió un palacio de cobre fabricado a Maita-Capac por los paisanos de una de sus concubinas; eran también de cierta importancia Yanque, que llegó a ser capital de la provincia, Tisco, Callalli, Sibayo, Maca, Chopampa, Chivay, Tuti, Lari, Lluta, Tapay, Cabanaconde, Pinchollo, Achoma, Chigna, Canacota, Huambo, Huanca, Murco, Taya, Yura, Ichupampa, Hucan, las parcialidades del valle de Sihuas. Aunque Cuntisuyu (Condesuyos) daba nombre a toda la región, y según una opinión aventurada lo había recibido del gran dios Con, su clima rígido y su terreno sumamente escabroso la hicieron de población muy escasa, la que se recogió especialmente en Chuquibamba, Andaray, Chachas, Huaman, Yanaquihua, Viraco, Cayarani, Choco, Pampacolca, Ayo, Machahuay, la provincia llamada por Garcilaso, Aruni, otras parcialidades llamadas Arones por Morales Figueroa, a Toro, Tomepampa, Illiomas, Andahua, Quechualla, Belinga, Chorungo, Arirahua, Ucuchaca, Llanca, Tipan, Cayarani, Umochulco y Zaina, Parinacochas, así llamada por su hermosa laguna frecuentada de parihuanas (flamencos) gozaba de terreno más llano y de mejor clima; entre sus numerosos pueblos se distinguían Coracora de amena pradera, Chumpi con mina de brea, Pullo en situación pintoresca, Chaipi, donde había de existir un santuario, Ingahuasi de futura feria, Pacca enteramente arruinada, Corculla, Pausa, Caciri, Oyolo, Paracca, Chaicana, Zaila, Colta, Pampamarca,

lorente_ultima parte_1.p65 548 29/11/2006, 12:16 p.m.

Taurisma, Huataca, Chiasa, Quilcota, Cotocaca, Rivacaico, Pomacha, Alpabamba, Huachua, Huaynacotas, Sahua, Acos, Monguy, Andamarca, Huanacmarca, Ampi, Opahuacho, Huataca, Carcara, Lampa, Chacoray, Pacapausa, Mirmac, Susará, Ushua.

En la costa de Cuntisuyu la provincia de Camaná, que era la más septentrional, presentaba los pueblos de Acarí con antigua fortaleza y resonante cerro, Jaqui, Yauca, Quiracha, Huanohuanu, Achaniso, Atiquipa, de bellísimas lomas, Atico, Caravelí en la cabecera, Ocoña de gran río, Camaná (la dilatada) con extensa y fértil comarca, Quilca con embarcadero, Mollehuaca, Chala, Chaparras, Tocotay y las parcialidades diseminadas en los valles de Majes y de Víctor. El de Arequipa según la etimología más recibida fue llamado así por haber dicho Maita-Capac a ciertos capitanes prendados de su hermosura: «Ariquepay» (bien está, quedaos); pero según la opinión más plausible de Valera viene de *quepay* (caracol marino o trompeta) y *arí* (sonoro), trompeta sonora, nombre que pudo recibir por el ruido del Misti o por el uso de aquel instrumento guerrero; por lo demás, lo mismo que el resto de la costa meridional, parece que recibió de muy antiguo colonias que hablaban el aimara, lengua a que pertenece su denominación; los principales pueblos de esta provincia fueron Chimpa (la Chimba) Sucahuaya (Socabaya) Tiabaya, Pancarpata, Yanahuara, Yuminas, Caina, Sachaca, Quequeña, Cacapata, Usuña, Piaca, Socay, Chihuata, Characoto, Mollebaya, Pocsi, Sabandía, el puerto de Chule (Mollendo) y varias parcialidades de Tambopalla (valle de Tambo). A Moquehua pertenecían su capital no lejos de la ciudad actual, Samehua alto y bajo, el puerto de Ilo, Torata, Yacango, Tumillaca, Cochuna, Sahuanay, Corahuaya, Catataque, Cambrune, Calacoa, Yunga, Puquina, Omate, Quinistacas y otros pueblecitos destruidos enteramente por la erupción volcánica de 1600, Ubinas al otro lado de la cordillera, Zarunas, (Carumas) Challahuaya, Locumba, Ite, Cayrani, Camilaca, Quilahuani, Candarave, Ilabaya, Befren, Pachano, Soray, Peconchile. El puerto de Arica, para la habilidad e intrepidez de sus pescadores, ofrecía recursos al pueblo vecino y a los de Lluita, Pachica, Esquiña, Putre, Ticnamar, Timar, Cacsama, Livilcas, Cotpa, Socoroma y otros poco lejanos. Subsistían principalmente de la agricultura las parcialidades del valle de Sama, Azapa, Painacota, Choqueumbe, Huayaquirí, Tacana (Tacna), Pachia, Calana, Putina, Toquella, Caplira, Ticaco, Challahuaya, Estique, Curibaya, Huanuará, Ilmagata, Ticaco, Chaspayo, Tarucachi, Maure, Tacatá y otras poblaciones interiores. Sea por la escasez de agua, sea por insuficiencia de alimentos eran de reducido vecindario Tarapacá, que llevaba uno de los nombres del Ser Supremo, Pisagua, Mejillones, Patache, Matilia, Tirana, Quisma, Pipirá, Cumiñaya, Pachica, Onsana, Coscaya, Miñimiñe, Usmagorna, Iquique,

lorente_ultima parte_1.p65 549 29/11/2006, 12:16 p.m.

Pica, Camiña, Mamina, Sibaya, Chiapa, Isluga de imponente volcán, Chanavaya, Guatacondo, Cancana, Huavina, Usma, Mocha, Sotoca, Estacama y otros perdidos en los desiertos del Sur. El de Atacama había recibido pobladores de la pobre provincia de Lipes y contaba a más de pequeños caseríos los pocos considerables pueblos de Tacama, Antofagasta, Cobija, Chiuchiu, Calama, Quillahua, Tocona, Soncor, Socaire, Hiquina y Cospana.

Cinchasuyu.- La dilatada región de Chinchasuyo aventajaba a las demás del imperio juntas en el número y en la importancia de los pueblos. Los de Anta, que principiaban en el fértil valle de Sacsahuana contiguo al Cuzco, fueron Anta y Sacsahuana que le dan nombre a diversas parcialidades de Cancu y Mayu, Chacona, Puquiura, Huaracondo, Zurite, Chinchaypuquio cercado de extraños cantos rodados, Zumara, Rimactampu (Limatambo) con suntuosos aposentos y Mollepata. La provincia de Abancay además de este pueblo tuvo los de Concacha con una antiquísima piedra de sacrificios cruentos, otra cubierta de figuras simbólicas y un palacio o templo en ruina; Calpa, Pantipata, Pibil, Chonta, Caspique, tiene madrigueras en vez de casas, Circa rodeada de perros a manera de un anfiteatro, la pintoresca Pichirhua, Lambrama, Ibin, muchas aldeas pertenecientes a las naciones Tacmara y Quinualla hacia la cordillera occidental; Cochapasa al norte de un gran despoblado, y Curampa donde existe una de las raras pirámides sepulcrales. La provincia de Andahuaylas, centro de los valerosos Chancas, tuvo una población continuada en el hermoso valle de Andahuaylas; junto al de Chincheros las de Uripa, Cayara, Caxabamba, Cocharcas, Uchubamba, Urcumarca y Maray; a diversas alturas y distancias los de Ongoy, Huancohuallu residencia de valerosos jefes, Ocobamba, Piscobamba, Huancaray, Turpo, Cachi, Tambo viejo, Pincos, Paccha, Topajalla, Anansaya, Chuzero, Huancarama, Andarapa, Cascabamba, Pampachisi, Umamarca, Chiara, Pomacocha, Huayana, Chacrapampa, Cotarma, Cachi y Chulisana. En la parte oriental de Lucanas habitada principalmente por los Soras y Andamarcas existían Soras, Carcaya, Andamarcas, Sondondo, Auaycahuacho, Apucara (Aucará) que fue capital de la provincia y conserva ruinas, Ishua, Chacralla, Pampamarca, Cabana, Huacaña, Choschama, Morocolla, Tintay, Payco, Paucará, Matará, Quero, Quije, Chilcayo, Chalcos, Chipau, Queca, Moyobamba, Carhuanca y Poma.

Entre Andahuailas, Lucanas, Vilcaschuaman y territorio de los Pocras se levantaba Vilcas, la ciudad central del imperio, que según la descripción de Cieza sólo cedía al Cuzco en lo imponente del culto y en la extensión de los edificios públicos: el templo era servido por cuarenta mil indios alternativamente, llegando a cincuenta el número de los por-

lorente_ultima parte_1.p65 550 29/11/2006, 12:16 p.m.

teros; para el maíz y demás provisiones de guerra había más de setecientas casas; la fortaleza estaba defendida por triple número cíclopeo; todo era rico y grandioso en el palacio, santuario y lugares de regocijo. Los demás pueblos de Vilcas eran Cangallo, que ha dado nombre a la provincia, Putica, Pantin, Hualchaucca, Huancarucma, Pomabamba, Huambalpa, Acamarca, Huanmarca, Cocha, Huaccay, Vischongo, Chacamacca, Chumpis, Ocros, Zancos, del que estaban próximas las imponentes fortalezas de Lucanamarca y Sacsamarca, los aillos hoy agregados a Canaria, Apongo, Hualla de paisaje muy pintoresco, Tiquihua, Cayara, Moyabamba, Cachi, Colca, Huancapí Quilla, Pitohua, Huancaraillac, Quispellacta, Huamanquiquia, Huambalpa, Lucamarca, Alcamenga y otros lugares hoy despoblados, Chuschi, Sarhua, Anquilla, Tomanga, Canchacancha, Huaroaya, Totos, Paras, Espiti, Vilcancho, Cocas, Aspilipampa y Moros. Los Pocras o naturales de Huamanga residían principalmente en Quinoa con antiquísimos edificios y cercana al campo de Ayacucho, Copavilca, Acocro, Socos, Vinchos, Huaychao Tambillo, Huayhuaunto, Suz, Charca, Maynas, Viruviru, Porquía, Ticllos, Pacha, Picha, Cachi, Ñeque, Huamanguilla, Quintapa, Huayhua, Chilcacasa, Pacaycasa, Macachacra, Chihua, Azángaro (Huanta), a la cabeza de fertilísimo valle, Julcamarca, sobre las alturas que lo dominan por el oeste gozando de la más vasta y hermosa perspectiva, Pata, Cangallo, Antaparca, Carcosa, los fieros habitantes de Iquiche en las alturas orientales, Lauricocha dentro de un bosque de elegantes molles, Ayohuan, Calano, Huayllay y Secce.

Al terminar la fértil hoya regada por el Vinaque, hoy llamado Pangora, se entraba en el territorio de los Angaraes, que era la principal tribu de Huancavelica, o se pasaba al de los Huancas por la provincia de Tayacaja, que con su serpenteo forma el río de Jauja recibiendo por el mismo el nombre de Angoyaco (río de culebra). Los principales pueblos Angaraes eran Acobamba en fértil campiña, Parco y Picoy con tambos, Pucará con pirámides naturales, Caja, Andabamba, Anta, Choclococha con lago y hermosa campiña, Pomacocha, Carhuapata, Pirca, Lircay de ricas minas, Huayllay, Callanmarca, Huancahuanca, Huachocolpa, Anchonga, Vilca, Huailachucho, varias parcialidades sobre el cerro de Santa Bárbara, que ya extraían el cinabrio, Acoria, Huando, Palpa, Yananaco, Pachaclla, Pallalla, Anancusi, Huanaspampa, Tinyacclla, Pillchaca, Manta, Conaica, las parcialidades incorporadas a Cuenca, Chupaca, Acobambilla, Vilca, Moya con pradera reservada a los rebaños del Sol, y Angoyaco con baños para el inca y puente de piedra reemplazado por el de Izcuchaca. Entre las fragosidades de la cordillera existían Choclococha en puna rígida junto a la pacarina de los Chancas, Pilpichaca, Llillinta, Ingahuasi, Sulla, Hatunsulla, Astobamba y otras

lorente_ultima parte_1.p65 551 29/11/2006, 12:16 p.m.

pequeñas poblaciones. Dotada de buen clima y de rico suelo Tayacaja tenía entre otras más o menos considerables las de Locroja, Mayoc, Churcumpa, Ayasi, Paucarbambilla, Huanchos, Coray, Tucuma, Anco, Colcabamba, Ocoro, Tocllacuri, Huaribamba, Talcabamba, Paucarbamba, Cosme, Anchan, Picchos, Roea, Tongos, Ila, Ayacocha, las parcialidades hoy incorporadas al pueblo de Pampas, en los confines de Jauja, Huallua, Ñahuinpiquio y Acos provisto de tambo; en la ceja de la montaña, Surcobamba y Huachocolpa. En la misma situación se extiende con inciertos límites y habitantes inestables el valle de Mayocmarca, que en el virreinato formó la provincia de Anco llamada hoy de La Mar, y que está más próximo a Huamanga, de cuya jurisdicción depende.

Los incas habían dividido el territorio de los Huancas, concentrados en el valle de Jauja, en tres provincias con los nombres de Llasapallanca, Marcavilca y Xauxa, las que conforme al orden de las divisiones imperiales debían contener cada una por lo menos diez mil familias, formando una población de más de ciento cincuenta mil indios. Al regresar Hernando Pizarro de Pachamac se reunían habitualmente en la plaza de Jauja unas cien mil almas, a cuya numerosa reunión podría contribuir la presencia del ejército quiteño; y aunque algunos historiadores hayan tenido semejante reunión por increíble o muy exageradas no serán de su parecer los que hayan observado atentamente la población del valle muy superior al censo, tengan en cuenta sus incalculables recursos, y además de los lugares, que todavía conservan la situación y denominación antiguas, tomen en consideración los muchos, que se han convertido en haciendas, y otros de que apenas quedan ruinas o un confuso recuerdo. Al este del principal río se hallaban Pucará, fortaleza a la entrada meridional del valle, Zapallanga, Huayacachi, Huacrapuquio el hoy llamado la Punta, Viques, Huamanmarca, Huancayoc (el señor de los Huancas, o el que lleva piedras), Cajas, Pachas, Umuto, Huari, Patancoto devorado por las avenidas, Hualhuas, Tunan (hoy San Gerónimo), Viloy, Huanchar, Alayo, Caricancha, Quichuay, Quilcay, Qcopa, Apata, Matahuasi, Ataura, Huamalili, Pucucho, Hatún Sausa con templo y palacio servido por más de ocho mil indios, casas de escogidas, cuarteles y depósitos muy grandes, los Huancas cuyas ruinas se ven en las alturas vecinas, Acolla de pequeña laguna, Yanamarca, hoy simple hacienda, Marco, Julcan, Concho, Masma, Yauli, Paucan, Chunan, Huala, Paca, con otra pintoresca laguna, Ricran en la puna y hacia la ceja de la montaña, Uchubamba, Comas, Andamarca, Lampa, Cochangara, Monobamba, Acobamba y Pariahuanca. La región occidental con menor recursos y habitantes tenía entre otros varios pueblos Ahuacpacta, Chongos, Huamancaca, Chupaca, Pillo, Ahuac, Yscos, Huayao, Pincha, Huarisca, Sicaya, Huachac, Mito, Aco, Chambara, Llacnas, Zincos,

lorente_ultima parte_1.p65 552 29/11/2006, 12:16 p.m.

Huancani, Muqui, Huaripampa, Muquiyauyo, Parco, Paecha, Llocllapampa, Yanama, Canchaillo, Pachacayo y en las alturas Colca, Carhuacallanga, Huaricancha, Chacapampa, Potaca, Ingahuasi y otros hoy reducidos a simples estancias o haciendas.

Las provincias de Tarama y Chinchaycocha, que estaban íntimamente unidas, aunque en la mayor parte eran de rígida puna, tenían también muchas poblaciones. En las cumbres, que forman la raya de Jauja, estaba Porsi del que pueden reconocerse algunos vestigios; en la bajada al hermoso valle de Tarma se admiraban los grandiosos aposentos de Tarmatambo bárbaramente destruidos para ensanchar las chacras y extraer salitre; en las faldas de la pintorezca quebrada eran numerosas las parcialidades de Taramas, entre ellas Collana, Chancha, Huancoy y Cayao, y más abajo existían Acobamba, Palca, Palcamayo, Tapu, Picoy, Huaracayo, Morocancha, Tapin y varios caseríos. Por las faldas de la cordillera de Yauli había muchas aldeas ya en las orillas de ese río, ya en diversas mesetas de los Andes, como Chacapalpa, Huayhuay, Pucara, Tucto y la Oroya. La gran mesa de Junín o Chinchaycocha presentaba en torno de la espaciosa laguna Pumpu (Bembón) asiento principal de aquellos tempestuosos altos, Chacamarca junto al origen del Parí o río de Jauja, Junín que ha dado nombre a una célebre batalla, Raccas, Huasahuasi, Yañec, Carhuamayo, Yanacachi, Vico, Cacas, Ninacaca, Ondores, Anticona y otros muchos caseríos. A la montaña se internaban Colla, Carhuamayo, Quiparacra, Paucartambo, Ulucmayo y otras rancherías. Por las quebradas del norte se diseminaban las parcialidades de Huariaca, Tusi, Cachacalla, Caina, Chicayan, Yarusyacan, Pallanchacra, Pillao, Yacan, Chaupimarca, Antapirca, Huayllay, Pasco, Llanamate, Llanacachi, Tullacayan, Chinchan, Chacos, Marcan, Angasmarca, Mosca, Rondosa, Sarria, Caina, Tangos, Coquin, Llama, Paucar, Vilca, Camlla, Llanococna, Huaylashura, Roca, Yanahuana, Mito, Michivilca, Cajamarquilla, Chango, Pilcabamba, Yanahuanca, Yanacochas, Tapuc, Margos, Cauri y otras.

En el norte de la altiplanicie cerca de los orígenes del marañón y no lejos del actual pueblo de Baños era una floreciente metrópoli Huánuco, llamada por los primeros españoles Guaneso y Guanuco el viejo y del que dice Cieza: «en lo que llaman Guanucu, había una casa real de admirable edificio, por que las piedras eran grandes estaban admirablemente asentadas. Este palacio o aposento era cabeza de las provincias comarcanas a los Andes, y junto a él había templo del sol con número de vírgenes y ministros y fue tan gran cosa en tiempo de los incas, que había a la continua solamente para servicio de él más de treinta mil indios». La ciudad poseía además del santuario, palacio, fortaleza, vastos depósitos, baños y otros edificios correspondientes a una metrópoli de más de

lorente_ultima parte_1.p65 553 29/11/2006, 12:16 p.m.

doscientos pueblos situados desde Tarma, a las fronteras de Chachapoyas y desde la montaña hasta el Callejón de Huaylas. Los principales de Conchucos en la región interandina fueron Huari, que ha dado nombre a una provincia, Pomabamba cabeza de otra, Huanta, el inmediato Chavín de misterioso castillo o santuario, Uchupincos y Collapincos-pincos (Pinca), Piscobamba, Andaibamba, Llamellin de extrañas piedras, Yunga, Parara, que ha dejado importantes ruinas, Pasacancha de admirables sepulcros, Tumaringa, Sihuas, Llaco, Chacas, Siccibamba, Umbe, Chullin, Huaillan, Chogo, Quiches, Chingalpo, Ullullua, Cutamayo, Pegallo, Puruay, Yanana, Huachis, los caseríos de Rupa, Jaquia, Aczo, Mirga, Paucar, Siccican, Chacas, Pomabamba, Uco, Rapayan, Malla, Masin, Yauya, Huacachi, Chana, Xunguillo, Llama, Lisco, Cuzca, Parco, Yurma, Llumpa, Camaybamba, Caviñas, Poma, Cauchos, Parobamba, Quinuabamba y Piscos. En la provincia de Huamalies entre más de cincuenta pueblos merecen especificarse el llamado Tuparomarca en la relación de Estete y que según Raymondi hubo de ser Aguamiro, Llata, Huacrachuco, Yamos, Huambo, Pinza, Cajan, Huayotuno, Huarazillo, Singa, Punchao, Huacaybamba, Rondobamba, Arancay, Huallanca, Sillapata, las parcialidades de Raños, Rondos, Cosma, Quipas, Chuquis, Margos, Jirca, Huacora, Choras, Llacos, Punchao, Huacachi, Chipaco, Huacaybamba, Runtuamba, Huaricancha, Quirin, los aillos del valle de Arancay, Chupan, Chavín de Pariarca Jacas, Tantamayo, Jicán, Ovas, Chavinillos, Cuhuac, Urpi, Pachas, Yanos y las parcialidades de Jesús. En la actual provincia de Huánuco la proximidad a la montaña hacía más incierta la estabilidad de las poblaciones expuestas a las irrupciones de los Panataguas, Carapachos o Chupachos, Callisecas y otras hordas feroces, siendo las principales agrupaciones las de Chinchao, Pillao, Acomayo, Aromayo, Cani, Chullay, Panao, Chaglla, Muña, Churubamba, Pachabamba, Quera, Rondos, Quican, Cayran, las que tomaron después de la conquista los nombres de Guanuco y Santa María del Valle, Tomayquichua, Ambo, Huacar, Allancahuari, Allavipincos, Huaricancha, Lampas, Yaros, Ichoguan, Mancha, Yacllas, Yanate, Lampas, Canchamarca, Ñaura, Llacón y Pumacucho.

En la parte septentrional de Chinchasuyo encerrada entre el bajo Marañón y Huallaga, además de los tribus errantes en los bosques vecinos, existían los esforzados Chachas en la actual provincia Pataz, y en el departamento de Amazonas: perteneciendo a la primera Cajamarquilla, Bambamarca, Cuntumarca, Calcamar, Chilia, Pias, Queros, Bulbiduyo, Huayo, Challas, Tayabamba, Ullos, Uchumarca y las parcialidades donde se establecieron las conversiones de Cajamarquilla y los asientos minerales de Parcoy y Pataz; a la provincia de Chachapoyas la principal de Amazonas pertenecían Llavantu, uno de los asientos de la moderna

lorente_ultima parte_1.p65 554 29/11/2006, 12:16 p.m.

Chachapoyas Huancas más cerca de su actual sitio, Leimebamba, las parcialidades del hermoso valle de Huillabamba, Caimal, Chazmal, Taulia, Colquemarca, Chilco, Chupata, Milmar, Cicamar, Llapa, Collay, Chiliquin, Kuélap, Timorbamba, Choco, Sopla, Timal, Comacocha, Culquimangla, Casjayjungas, Acobamba Cuelcho, Tracta, Chicbata, Quinalca, Omia, Yampit, Chisgo, Utac, Quillay, Tingo, Ponaya, Corobamba, Chirquilla, Tiatilla, Yambrabamba, Chirta, Yapa Goncha, Taupa, Yuamarca, Vituya, Diosan, Yambajalca, Sonche, Muyapampa (Moyobamba), Chuquipampa, Lamud, Vilaya, Palcas, Tumbilla, Ocalli, Pisuquia, Cumba, Pomacochas Shipasbamba, Copallin, Peca, Papamarca, Raimipampa, Soritor, Yantato, Nijaque, Palanca y Thoe; en la provincia de Luya y Chillaos se hallaban Luya, Jalca, Coamal, Paclas, Jacapata, Jucusbamba, Olto, Cumumal, Chusgon, Jamalca, Bagua, Cheto, Soloco, Chetel, Cochama, Tiapollo, Balcho, Cumba, Yamon, Lonia y Conila.

Al oeste del Marañon, dando frente a Chachapoyas, dilataba su influencia por la sierra y por la costa la bella Cajamarca, recostada sobre vistosas colinas, gozando de fértil valle, con lujosas construcciones de metrópoli en su recinto y con baños termales a la vista. Por el sur, prescindiendo de los pueblos de costa, tenía sujetos a Llacanora, Matará, las parcialidades de Jesús y entre ellas la bien encastillada descrita por Stevenson, Ychocán, Amarcucho y otros dispersos caseríos; en el valle de Condebamba, la comarca asignada al culto del Sol, Sitacocha, Lluchubamba, Colcabamba, Guayllabamba, Nuñamabamba y Cajabamba; en Huamachuco a Marcahuamachuco con magníficos aposentos, el soto reservado para las grandes caserías, Sarin Sanagoran, Chuco, Cachicadan, Cachilla, Tulpo, Chulite, Huaran, Sartimbamba, Mollebamba, Angasmarca, Porcon, Sangual, Uningambal, los innumerables caseríos y estancias diseminados en torno de Mollepata, Jucusbanca, Marcabal, Chuquisongo, entre otros el de Andamarca, donde hubo de ser muerto sin duda Huascar y no en Andamarca de Jauja, situada hacia la montaña, fuera del tránsito del ejército quiteño y más atrás de aquella capital, donde el desgraciado inca fue encontrado por los comisionados de Pizarro, que iban al Cuzco; en la inmediata dependencia de la ciudad estaba Pacha, Hualanga, Tual, Pariamarca, y otras aldeas; en el valle de Celendín, Sorochuco, Salacate, Cochapampa, Huauco, Ocsamarca, Chumuch, Pallan, Huashmin, Lucmapampa e innumerables estancias; en el malsano y fértil valle de San Marcos grandes caseríos; por las punas y quebradas del norte los Llaucanes, que han dejado grandes sepulcros, Pupuje, Moran, Tocmache, Putig, Cochaden y otras aldeas próximas al río mineral de Hualgayoc; Bambamarca en bella explanada con Lacamaca, Huacar, Tallamac, Lucma y otras importantes dependencias; en el dilatado pintoresco y fértil territorio de los

lorente_ultima parte_1.p65 555 29/11/2006, 12:16 p.m.

Huambos, que después se ha llamado provincia de Chota, las poblaciones así nombradas, Copas, Yurayacu, Cuyumalca, Chipopon, Cochapampa, Iraca, Chubamba, Llasavilca, Shivingan, Jaihua de habitantes albinos, grandiosos aposentos en la cordillera próxima a Chota, Tacabamba, Chiquirip, Conchán, Chetilla, Turpon, Lajas, Olmos, Chontabamba, Challuaracra, Llama, Cutervo, hoy conocido por sus ferias y de que dependían innumerables caseríos, Cachen, Querecoto, Socota camino para el Marañón y Pion, uno de los más frecuentes embarcaderos; por último, en los confines de los Paccamoros (Jaén), quienes resistieron tenazmente la dominación imperial a favor de su clima y espesas selvas, varias rancherías y fortines avanzados.

La parte occidental de Chinchasuyo no abundó menos en poblaciones que la región interandina. Bien entrado ya el siglo diecisiete se contaban de Nazca a Tumbes, en la costa y en las cabeceras más de seiscientas agrupaciones de indios entre pueblos y aldeas, fáciles de reconocer por ruinas, caseríos, haciendas y lugares que han conservado iguales denominaciones más o menos ligeramente alteradas; en la época citada ya había desaparecido un número muy considerable de pueblos indígenas, sea por los estragos de la conquista o por las reducciones del virrey Toledo, sea porque la colonización española devoraba a éstas y a los demás establecimientos de indios, a que alcanzaban eficazmente su influencia, con la espantosa rapidez propia de las razas dominantes, que suplantan a los vencidos siempre que no los protege decididamente una cultura previsora y benéfica.

En los valles de Nazca la población más considerable era la que hoy lleva ese nombre y entonces se llamaba Cajamarca; según Acosta, sus habitantes adoraban un gran cerro admirándose de que existiera allí aislado y con vistosa forma; eran numerosos porque los célebres acueductos que con notable artificio utilizaban las aguas subterráneas, permitían el cultivo provechoso de campos dilatados. Tenían menos importancia dos caseríos de Palpa, Tivillo, Changuillo y otros varios, que subían por diversas quebradas hasta las cabeceras de Lucanas. En la parte occidental de esta provincia se hallaban Paray, Zancos, Otoca, Chavincha, Cojas, Sarla, Huallhuas, Uchumaran, los aposentos llamados Tambos, Chiques, Palco, Uruisa, Lucanas y Puquio cerca de ricos minerales, Laramate, Carhuacucho, Llanta, Huacas y el aillo, que después tomó el nombre de Ocaña. El valle de Ica, para cuyo riego se había sacado la gran acequia llamada la Chirana, fue de los más florecientes y poblados: Ocucaje, hoy simple hacienda, muestra parte de su grandeza en las ruinas y pudo sostener gran número de habitantes, sea con la pesca, sea con el cultivo; Hananica cerca de la ciudad actual y Hurinica (Luren) contuvieron el vecindario más considerable; menos favorecidos con su situa-

lorente_ultima parte_1.p65 556 29/11/2006, 12:16 p.m.

ción tuvieron menor importancia Curis, Tingo, Tingue y Yanca que se hallaban hacia al E, a diversa distancia, los caseríos del contorno y Villacuri, que con sus fértiles hoyas interrumpía la triste uniformidad del desierto intermedio hasta los valles del norte. Los de Pisco y Chincha, estrechamente unidos formaban uno de los señoríos más poderosos: cuando Pizarro vino descubriendo el Perú hasta Santa, todos los costeños del tránsito le encarecieron tanto la grandeza de Chincha, que le movieron a hacerla incluir en su futuro gobierno al capitular con Carlos v la conquista; Almagro quiso hacerla capital de la Nueva Toledo y el Rey se reservó la encomienda. Si bien todo el valle podía considerarse como una vasta ciudad, cuyos edificios se continuaban en la campiña sin ninguna o con cortas distancias, las agrupaciones más considerables eran Hananchincha y Hurinchincha, (Chincha alta y Chincha baja); en el de Pisco, y sus dependencias los pueblos más conocidos fueron Yumay según Balboa (Humay) que Almagro el joven llama en el documento publicado por Mendoza pueblo o asiento de Limaycasca, con una de las denominaciones complejas muy usadas en el imperio, Chunchanga, Pisco y Sangallán. De la actual provincia de Castrovirreina, los pueblos occidentales en relación con Ica, Pisco y Chincha fueron Cinto, Sacsaquero, Huacahuaca, Huallanto, Huallanga, Chiris, Cocas, Colcrillo, Yanan, Tantara, Huanca, Huañupisa, Tana, Ongos, Chacla, Huiatara dotada de templo, inyphuatana y fortaleza, en bella situación y próxima a pequeños pueblos, los de Chocorvos que hoy pertenecen a Santiago, los incorporados a Córdoba, Arma, Chavín, Huachos y los numerosos caseríos de Huangasca.

El antiguo señorío de Chuquimancu poseía en el valle de Cañete, Huarco (pueblo viejo) y Hervy con palacio, fuera de muchos caseríos; en la quebrada de Lunahuaná (escarmienta gente según Garcilaso, gente corregible según el padre Cobo), el pueblo así llamado y el de Pacaran; en el distrito de Coaillo este pueblo escaso de agua, el de Mala no lejos del río del mismo nombre y los caseríos llamados hoy de Asia; en el distrito de Chilca el pueblo así llamado que a los recursos suministrados por la pesca y las salinas añadía el reducido cultivo de los hoyas, el de Calango, donde la tradición fabulosa quiso reconocer las huellas de un apóstol y Tanqui colindante con Yauyos. Esta provincia sumamente escabrosa y fría, excepto en pequeñas quebradas, contenía los pequeños pueblos de Hatun-Yauyu, Aquicha, Huantan y Ayanco (Anco), en el distrito de Yauyos; en el de Laraos, Cocha, Laraos, Caranca, Piños, Huaquis, Vito, Huancaya, Vilco, Tangayo, Huancache y Alis; en el de Huañec los aillos de Huañec, Cochas, Suticancha, Huacracocha y Quinche; en el de Ayaviri, el pueblo de este nombre, Huampara, Quinocay y Viscas; en el de Omas, Pilas, Omas, Tamara; en el de Tauripampa, Pororocha, Allanca,

lorente_ultima parte_1.p65 557 29/11/2006, 12:16 p.m.

Capilluca, Picomaran, Chupamarca, Huanaco, Huamatambo, Viñac, Chocos, Apuri, en el distrito de Pampas el pueblo de este nombre, Cusi, Quisque, Chachui, Catahuasi y Tupe.

Sometidas a la inmediata influencia de la antigua y venerada Pachacamac, estaban innumerables poblaciones esparcidas en los valles que riegan los ríos de Lurín, Rímac, Chillón y Pasamayo o en sus cercanías. Aquel santuario que dominaba los pueblos de Lurín, Pachacamac y otros, había sido embellecido por los incas con magnífico templo del Sol, depósitos y una cerca de escogidas, en cuyas ruinas se admira un raro ejemplar de arco perfecto. El litoral comprendido entre Pachacamac y el río de Chillón estaba dividido, según Cobo, en tres hunos o secciones de a diez mil familias, encabezada la del sur por Surco, la del centro por Maranga, la del norte por Caracaillo, todas tres con grandes construcciones y algunas adornadas de vistosos dibujos; más de ciento cincuenta mil habitantes establecidos en tan bella comarca formaban además de los dichos pueblos y de otros muy pequeños los de Limatambo, Lima a lo largo del río y cuyo curaca tenía su asiento en el lugar ocupado hoy por la plaza mayor, Huatica, Lati (Ate), Huanchihuailas, Pariache, Huaycán, Pocorucho, Huachipa, Lurigancho y los cuatro de Chuquitanta, Huancané, Comas y Collique, que arruinados dieron vecinos a Carabaillo. El aislado Ancón debió contar además de las subsistencias que le ofrecía la abundante pesca, algunos pozos hoy cegados o manantiales invadidos por el mar; pues de otro modo la falta de agua le habría impedido contener el numeroso y floreciente vecindario de que las muchas huacas dan un testimonio incontestable. El valle de Chancay y demás territorio regado por el Pasamayo o por las acequias sacadas de este río, donde desde hace tres siglos es poco considerable la raza indígena, tuvo en él dieciséis unos *(sic)*, 30 mil tributarios o sea más de 150 mil almas: su capital era la hoy insignificante Aucallama, de la que dependían Huaral (llamado hoy el viejo, en ruinas), Chacaillo con depósitos subterráneos y otros dieciséis o dieciocho pueblos, en la extensión de doce o catorce leguas, según el padre Meléndez. En las provincias de Huarochirí y Canta, que son casi tan escabrosas como la de Yauyos y que dominan los últimos valles, las poblaciones eran también muy pequeñas y en gran número: pertenecían a la primera Huarochirí, Calahuara, Huancayre, Tantaranche, Carhuapampa, Matará, Chatacancha, Matucana, Huanchor (San Mateo), Surco, Huariquiña, Mama, Choclla, Jicamarca, Collata, Quilcamachay, Carampona, Larao, Acobamba, Huanta, Casta, Huachupampa, Chauca, Otao, Viso, Checa, Mujica, Sunicancha, Tupicocha Tuna, los caseríos de Chorrillos, Olleros y Quintí; las estancias de Santa Olaya eran pueblos de Canta el que le da nombre, Pariamarca, Carhua, Lachaque, Huamantanga, célebre por su santuario, Quipan, Cayo, Marco, Zumbilca, Rauma,

lorente_ultima parte_1.p65 558 29/11/2006, 12:16 p.m.

Huandaro, Chulluay, Huaros, Lampian con varias aldeas, Pacaraos con siete, Arahuay con otras que colindan con las quebradas del Rímac, siendo una de ellas la arruinada Quibe donde vivió y fue conformada Santa Rosa, los seis pequeños pueblos de Atabillos bajos y los siete de Atabillos altos, cuyo conjunto fue bastante considerable para que de ellos tomara el título de marqués Francisco Pizarro, Pomacocha, Carhuacayan, Pari con una docena de dependencias y las estancias incorporadas hoy a San Buenaventura.

Al norte de Chancay, dirigiéndose a la sierra de Cajatambo, existían Zapillán (más adentro) llamado hoy Sayán por corrupción, Quintay, Topaya, en territorio escabroso y sobre la cabecera los doce pueblecillos de Checras, los nueve de Paccho y los siete de Huari; en llana y amena costa, Llachay de bellísimas lomas, Huacho entonces ranchería de pescadores y de navegantes, que iban por guano y homenajes supersticiosos, Huarmey, Lauriama y otros muchos caseríos, Huaura, la floreciente Vilcahuara, Mazo, Begueta, Supi (Supe), Pativilca y Huamanmayo cerca del torrentoso río de su nombre llamado hoy de la Barranca; como otros tantos pequeños oasis en el prolongado desierto, Parmunga junto al río llamado de la Fortaleza, Hualmi (Huarmey) de afamada chicha, Casma baja y alta con notable castillo, Nepeña, Huacatambo, Huambacho y Moro; más adentro Quisquis, Quillo, Huambo, Cusmo, Yautan, Simbe y Sanca. La dilatada, fragosa y con excepción de pequeñas quebradas, fría provincia de Cajatambo dominaba estas costas, teniendo entre más de sesenta pueblos por los más notables a Cajatambo, Astobambas, Utcas, Mangas con sus aldeas, Chiquian, Matara, con manantial de agua negra, Huaita, Aquia, Ticllos con cinco o seis dependencias, Acas con cuatro, Ocros con tres, Canjacay con cinco, Gorgor con cuatro, Churín de baños termales, con once, Andax o Andages con seis, Cochamarca con cinco, Ambar, Cochis Huanchay, Oyon, Picos, Carcas, Cajamarquilla, Paellón y Llaclla pequeño, pero de un aspecto alegre, raro en la provincia.

Entre los pequeños oasis de la desierta costa ostentaba su grandeza el hoy también desolado valle de Santa, en el que un hábil sistema de irrigación extendido hasta Chimbote hacía vivir en la abundancia a millares de indios. En una quebrada interior regada por un arroyo, que pocas veces llega hasta el río de Santa, existió el pueblo de Lacramarca, que todavía conserva dos huacas a poca distancia. En el bellísimo Callejón de Huaylas, de apacible cielo y las más pintorescas vistas, fertilísimo, rico, sano, y rebosando vecindario, las poblaciones más señaladas fueron Huaraz, Carhuaz, Recuay, llamado entonces Suca, Recuay, Huaylas, Yungay, Áncash destruido al principio del siglo dieciocho por un derrumbe de nieve, Pariahuanca, Marcará, Yangas, Mancos, Huacra (pueblo libre), Huata, Mato, Huasca e innumerables caseríos muy poblados,

lorente_ultima parte_1.p65 559 29/11/2006, 12:16 p.m.

que aún subsisten o se han perdido en las haciendas. Dominando por el nordeste el Callejón de Huaylas y en las vertientes, que tributan sus aguas al caudaloso Santa, existían Pallasca, capital de una reciente provincia, Conchucos, que daba nombre a otra más dilatada, Tauca, de extrañas idolatrías, Corongo, Cabana, Huandoval, Llapo, Tupan, Auco, Puydi, Pampas, Lacabamba, Yanac, Cuzca, Pachamaca, con gran número de caseríos y aldeas. Hacia la parte occidental de la cordillera negra, que cierra el callejón por el lado de la costa, estaban Pamparomas, Coler, Quilo, Macata y entre otros pueblos llamados de *vertiente*, Marca, Huambo, Ichoca, Chancayan, Pararin, con aldeas insignificantes, Cotaparaco, Tapacocha, Cochapeti, Aya, Laccha, con pequeñas dependencias, Pampas, Cochabamba, Huanchay, Pira, Cajamarquilla y Pariacoto, que por su clima y producciones puede considerarse como límite entre la sierra y la vecina costa.

El territorio, que se extendía de Santa a paramazo y donde tenía su centro el señorío del gran Chimú, sólo pudo alimentar en los pequeños valles de Chao y Virú las relacionadas poblaciones así llamadas y la de Guañape con varios caseríos; pero en la espaciosa llanura, que hoy domina Trujillo, existían además de la populosa Chanchán, Mansiche, Huanchaco, Huaman y Moche; subiendo el valle, se hallaba Simba; en las cabeceras se distinguían entre otros varios, que hoy forman las provincias de Otuzco y Contumazá, los pueblos que llevan esos nombres, Lucma, Usquil, Chota, Lluin, Huancamarca, Carata, Culnnalca, Cuichugo, Ramuso, Pumaquia, Choquisongo, Copachic, Tinacap, Zincapaci, Charat, Marmot, Coipin, Huaranchal, Chacas, Cheten, Cotan, Calata y varios incorporados hoy a Guzmango y Trinidad; el valle fértil y prolongado de Chicama formaba una población no interrumpida, cuyos principales pueblos fueron la antigua Chicama, Cao, Paijan, Chicote, Talape y Facalan.

De Pacasmayo a Sechura vivía una raza tan numerosa, como activa, conservando en el mochica, que era el idioma de la mayoría, en las tradiciones de la venida por mar con un jefe llamado *Nainlap,* y en diversos usos pruebas incontestables de su espíritu independiente y de su procedencia lejana. Las poblaciones más conocidas en esta región fueron Pacatuamu, que dejó considerables ruinas, Lloc, que cambió de situación al llamarse San Pedro, Jequetepeque, que da nombre al río, Cherrepe abandonado para formar el Pueblo nuevo, Lurificio, Talambo y otras parcialidades a que han reemplazado grandes haciendas, Chepentecapa (ChepÉn), Niepos, Nancha, Chalique (San Pablo), Tambanden, Cuños, Pallasque (San Miguel, Colquir, Chuad, Nuden, Chancay, Ussindud, Udime, Quinden, Catamuche, Canchán, Catache, Yauyucan y otras parcialidades de Santa Cruz, Llapa, Cechún, Llalen, los aillos de San

lorente_ultima parte_1.p65 560 29/11/2006, 12:16 p.m.

Gregorio, Collique y Cinto (Chiclayo), Saña, Mocupe, Pacora, Etén, Ferreñafe, Llampallec (Lambayeque), Chot con huaca célebre, Jayacá centro de muchas poblaciones, Callanca y Naugal, Tucmi, Tacume, Illimo, Muchumi, Monsefú, Pomalca, Picsi, Patapo, Tumun, Cayalti, Chongollape, Requen y Morrote. Aunque habitaban dentro de los límites naturales del mismo territorio, pertenecían a la raza de los Tallanes y procedían de la sierra los naturales de Motupe, Cañares, Ingahuasi, Chochope, Colaya, Penacho, Copiz y Olmos, dos poblaciones que parecen en la razón de Morales Figueroa por separado, si bien hubieran de existir muy próximas.

Del desierto de Sechura al golfo de Guayaquil fueron pocas las localidades habitadas a causa del árido arenal que domina en la prolongada costa; pero se aglomeró innumerable gentío, donde quiera que la feracísima tierra alcanzó el beneficio del agua. Allí existieron entre otras poblaciones Sechura, Catacaos, según Morales Figueroa, Lamunera (Yapatera), los indios llamados después de Castillo, los Paitas, Colanes, Poechos, Maizabelica, Tangarará, Huacha, Sullana, Mancora, Pavor, los Piuras, Serrán, Huaura, Amotape, La Chira, cera del río que entonces se llamaba Turicara o Tuccarami, Casarana, Chaz, Vichayal, Simbita, Cumbilica, Llicuar, Moscata, Morropon, Chilcal, Muñuela, Malingas, Ceren, Locuto, Huapalas, Ñomala, Chapica, Chulucanas, Qterecotillo, Mosolaque, Menon, Micama, Bitanera, Chinchara, Chaparro, Malaca, Tumbes, que fue el baluarte y la capital floreciente de la región vecina. La metrópoli general de aquella provincia y de la inmediata serranía fue Huancabamba, dotada de los correspondientes edificios religiosos, políticos y militares; de sus cercanas dependencias las más notables eran Ayabaca, Cajas y Colhuas.

El dilatado y poderoso reino de Quito, cuyas principales provincias contaban muchos siglos de cultura y según la detallada enumeración de Velasco pasaban de cincuenta, presentó muchas grandes poblaciones que el poderoso Huaina-Capac embelleció y protegió eficazmente, haciendo de ellas su residencia favorita. Según la relación dada por Cieza, después de su inteligente viaje, en la sierra viniendo de norte a sur se encontraban algunas fortificaciones para contener a los pastusos; Caranque con cuarteles para la guarnición, rico templo con doscientas hermosas vertales, un bello estanque y palacios hechos con piedras galanas, bien asentadas sin mezcla; Otavalo dotado también de aposentos muy grandes y muy ricos, con las poblaciones de Poritaco, Collaguazo, Huancas y Cayambes al poniente y las tribus de Quijos dispersas por la montaña; Cochasquí, después de pasar un puesto nevado; Quillabamba y Quito la capital del reino; Panzaleo, que tiene al oeste los montes de Yumba, y al oeste los de Quijos; Mulahaló pequeño, pero con regios apo-

lorente_ultima parte_1.p65 561 29/11/2006, 12:16 p.m.

sentos; Latacunga una de las metrópolis de aquella región; Muliambato de tambo ordinario; Ambato con iguales aposentos; Mocha con otros muy admirables por su grandeza y por su número; los de Riobamba, que no era menos de ver en la provincia de Puruaes; Cayambi y Teocajas en llanos no poco fríos; Tiquirambi en terreno más templado y Chupán en tierra de Yungas; en el país de los Cañaris muchos aposentos distantes entre sí de tres a cuatro leguas, entre ellos los de Cañaribamba y Hatun-Cañari y los incomparables de Tomebamba, que Huaina-Capac por amor a su suelo nativo dotó con opulentos adornos, trabajos artísticos y según decían, hasta con piedras llevadas del Cuzco; pasando de los Cañaris hasta la provincia de los Pastos se encontraban entre otros aposentos los llamados de las piedras y los de Tambo blanco a causa de sus materiales y aspecto y al sur de los Paltas otros muy notables pertenecientes a la provincia de Zarza, donde se fundó Loja. Además de los lugares indicados por Cieza tuvieron su importancia otros muchos, como Curibamba y Callo; en la relación de Morales Figueroa aparecen más de ciento veinte, siendo de los más poblados Colambo, Cariamanga, Huachamama, Ahuazochamba, Sosoranga, Turu, Sicho, Pinta, Calicali, Angamarca, Puni, Macaxi, Octaval, Luiza, Tacunga, Alaque, Mulabaló, Ambato, Cañaribamba, Tomavela, Lita, Puichuqui, Anamigal, Tulcán, Achambo, Caparica, Puellaro, Chumchi, Pacharacapa, Penolli, Ciceyhualacio, Pallatanga, Zangola, Amahuaña, Biumbicho, Cayambi, Pancallo, Pacaybamba, Cotocollao, Huacán, Namba, Sicho y Mira.

En la costa del Ecuador, aunque el terreno montuoso, los hábitos selváticos, la corta duración del gobierno imperial y el poco interés de los incas por lugares malsanos y por tribus refractarias a su política impidieran la formación de grandes ciudades; la abundancia de subsistencias y la antigüedad de la colonización habían multiplicado extraordinariamente el número de poblaciones, contando Coaque y algunas otras, algunos miles de habitantes. Las principales divisiones políticas fueron la Puná henchida de deliciosos naturales, los Huancavilcas cercanos a Guayaquil, las tribus de Jocay llamada después Manta, que según la leyenda habían reemplazado a una raza gigantesca exterminada por el fuego del cielo, los de Cara, que habían sucedido a los Quitus y los Tacames, que confinaban con los salvajes del Choco. Cieza nombra en esta región unos veinte pueblos y entre más de sesenta enumerados por Morales Figueroa aparecen como los más considerables en el distrito de Guayaquil la Puná, Chongon, Daule, Yontomo, Baba, Pimocha, Yaguachi, Baltao, Yagual, Yanco y Chanduy en el de Puerto Viejo; Picoacán, Apechinque, Pipay, Apelope, Pasao, Catarama Xipexapa la alta y Xipexapa la baja.

lorente_ultima parte_1.p65 562 29/11/2006, 12:16 p.m.

Vías de comunicación.- La obra más grandiosa y la más característica de la benéfica cultura de los incas fueron los caminos, que llevaban la acción administrativa a todas las partes del vastísimo imperio, como los vasos circulatorios llevan la sangre a todos los órganos. La comunicación expedita en un Estado de desmesurada extensión era de primera necesidad para dar unidad al cuerpo político, fuerza al gobierno, mejoras a los pueblos y facilidades al progreso nacional; mientras la naturaleza parecía haber condenado al aislamiento las regiones más próximas, separándolas por áridos desiertos, desoladas punas, bosques impenetrables, furiosos torrentes, nevados, ciénegas, alturas inaccesibles, quebradas de vertiginosa profundidad, precipicios horribles y sus cerros de montes, desfiladeros y hondas depresiones. El arte imperial hubo de superar tan ingentes obstáculos, operando en la más vasta escala, con titánica osadía y con una constancia singular, que preservaba las estupendas construcciones de la acción constructora de las lluvias, tempestades, erupciones volcánicas y convulsiones terrestres. No sólo se allanaron las mayores dificultades, sino que en los principales caminos hubo magníficas casas reales *(Incahuasi),* tambos extensos, albergues para los correos y *Corpahuasi* (hospederías) para los traficantes.

Las vías de comunicación fueron de tres órdenes: las más cortas ponían en relaciones expeditas a los pueblos de una misma provincia, las de segundo orden a las metrópolis con las provincias de su dependencia y las más largas a la capital del imperio con las fronteras de los bárbaros en los reinos de Chile y de Quito. La corte comunicaba con los sitios reales por excelentes caminos de pocas leguas. Aunque algún sabio viajero haya afirmado lo contrario, consta por el verídico Cieza, que existía uno digno de admiración de Lima a Jauja, atravesando las asperezas de Huarochirí y las nieves de la cordillera. Los caminos generales fueron dos: uno por la sierra y otro por la costa. Éste, que iba siempre por terreno llano, presentaba en los valles una calzada poco elevada con paredes, que le daban el aspecto de un largísimo callejón, y con hileras de árboles, que con sus sombras moderaban el calor del sol intertropical difícil de soportar en los días despejados; al atravesar el desierto estaba reducido a estacadas, que permitieran al viajero tener rumbo cierto, no obstante que el instable médano borra a menudo todas las huellas y comunica un aspecto enteramente desconocido a los parajes más frecuentados; los tambos y casas de posta se hallaban más o menos distantes entre sí, según el intervalo, que mediaba entre las diversas aguadas.

El camino general de la sierra, cuya longitud se ha calculado en mil quinientas a dos mil millas, fue una verdadera maravilla del mundo, comparado con razón a los mayores de Egipto y como ha dicho Humboldt nada inclinado a los elogios hiperbólicos, una de las otras más útiles y al

lorente_ultima parte_1.p65 563 29/11/2006, 12:16 p.m.

mismo tiempo más gigantescas ejecutadas por el hombre. Tenía unos veinte pies de anchura, edificios para los *chasquis* (correos) a cada tres cuartos de legua o según otros de cinco en cinco millas; los tambos se sucedían de cuatro en cuatro leguas aproximadamente, siendo unas veces aposentos grandiosos, pero aislados y tomando otras las proporciones de populosas ciudades. En la maravillosa vía se atravesaban las corrientes con puentes de piedra, como en Angoyacu y Pachachaca, con puentes de mimbres suspendidos como en el Apurímac, Pampas y Santa, con balsas o cables al nivel del agua como en el Desaguadero; se cruzaban las cienegas por calzadas magníficas; se ascendía a cumbres altísimas y se bajaba a hondas quebradas por rampas suaves y perfectamente empedradas con los convenientes descansos y en los lugares que lo permitían, con bellísimos miradores; para conseguirlo se habían allanado los montes y se habían salvado los barrancos con obras de mampostería que, según el testimonio de Velasco, horadadas en su parte inferior por lluvias torrenciales habían quedado suspendidas en el aire como puentes hechos de una sola pieza; en las más duras rocas suspendidas entre el nevado y el abismo se abrieron sendas aéreas con parapetos que daban seguridad junto al derrumbadero. Algunos escritores, en cuya fantasía se exalta describiendo por ajenos relatos tan asombrosas construcciones, han exagerado su grandeza, hablando de leguas enteras de galerías abiertas en peña viva, de barrancos cruzados con sólidas paredes de ladrillo y de otras labores imaginarias. Por otra parte, filósofos pretenciosos dispuestos a negar cuanto no cabe en su estrecho sistema y viajeros que sólo admiten lo visto en sus limitadas excursiones han puesto en duda la realización de una obra que eclipsa las de los romanos. Pero no sólo irrecusables testimonios de muchos escritores que la vieron, cuando aún estaba perfectamente conservada, sino los preciosos restos, que todavía pueden admirare entre Jauja y Tarma y en otros muchos lugares, justifican plenamente el siguiente parecer de Cieza: «Si el Emperador Carlos V quisiese hacer otro camino real, como el que va del Quito al Cuzco o sale del Cuzco para ir a Chile, ciertamente creo con todo su poder, para ello no fuese poderoso, ni fuerzas de hombres lo pudiesen hacer, sino fuese con la orden tan grande, que para ello los incas mandaron que hubiese».

lorente_ultima parte_1.p65 564 29/11/2006, 12:16 p.m.